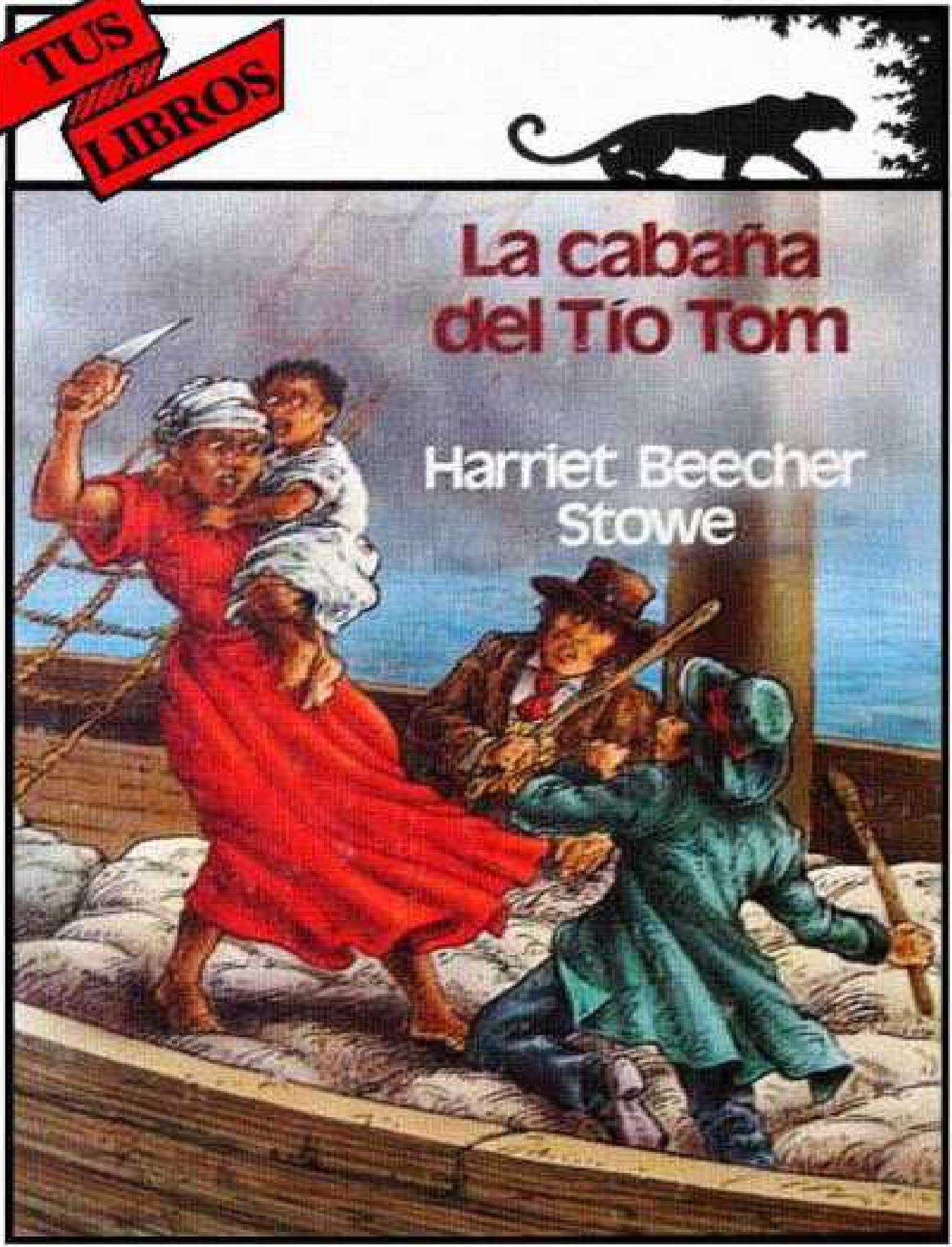
TUS LIBROS



La cabaña del Tío Tom

Harriet Beecher Stowe

En 1852 concluyó H. B. Stowe la publicación periódica de una novela de la que se vendió medio millón de ejemplares nada más aparecer. Muchos norteamericanos se miraron en aquel espejo ocuro, y ello explica algunas calves del éxito. La Guerra de Secesión confirmaría la gravedad del cáncer denunciado. Lincoln subrayó la influencia de esta novela cuando denominó a su autora «la mujercita que ganó la guerra». Y aunque, a casi siglo y medio de distancia, pueden resultar incómodos ciertos episodios especialmente lacrimosos, en tiempos de rebajas éticas quizá no venga mal reivindicar un valor indiscutible del libro: la indignación moral que sus páginas rezuman.

Capítulo I
En el que se presenta al lector a un hombre humanitario

Ya avanzada la tarde de un helador día de febrero, dos caballeros se encontraban solos, con sendos vasos de vino, sentados en un salón muy amueblado, en la ciudad de P…, del Estado de Kentucky. No había ningún criado presente y los caballeros, con sus sillas muy cerca la una de la otra, parecían estar discutiendo de algún tema con gran seriedad.

Por razones de conveniencia hemos dicho que se trataba de dos caballeros. Uno de ellos, sin embargo, una vez examinado detenidamente, no parecía satisfacer las condiciones necesarias, hablando en términos estrictos. Era bajo, de complexión gruesa, de rasgos groseros y vulgares, y tenía ese aire pomposo con pretensiones que señala al nombre de baja estofa que intenta mejorar su situación abriéndose paso a codazos. Estaba vestido con un exceso de prendas y llevaba un chillón chaleco multicolor, un pañuelo azul al cuello, alegremente estampado con lunares amarillos y anudado con un lazo de corbata ostentoso, en consonancia con su aspecto. Sus manos, anchas y bastas, estaban completamente cubiertas de sortijas y llevaba una pesada cadena de oro para el reloj, con un manojo de dijes de tamaño portentoso y gran variedad de colores colgando de ella, la cual, en el ardor de la conversación, tenía por costumbre agitar y hacer tintinear con evidente satisfacción. Su conversación desafiaba con toda libertad a la Gramática de Murray[1] y estaba puntuada por expresiones profanas variadas, las cuales no transcribiremos, ni siquiera inducidos por el deseo de ser gráficos en nuestro relato.

Su compañero, el señor Shelby, tenía el aspecto de un perfecto caballero, y el acomodamiento de la casa y el aspecto general de la vida doméstica indicaban una situación holgada e incluso opulenta.

Como hemos dicho antes, ambos se encontraban enfrascados en una seria conversación.

—Así es como yo resolvería este asunto —dijo el señor Shelby.

—Yo no puedo hacer negocios de esta manera, de verdad, no puedo, señor Shelby —dijo el otro, poniendo su vaso de vino al trasluz.

—Mire, Haley; el hecho es que Tom es un tipo fuera de lo común, de seguro que vale esa suma en cualquier parte: trabajador, honrado, competente, dirige por entero mi granja como un reloj.

—Quiere decir honrado, en cuanto a negros se refiere —dijo Haley, sirviéndose un vaso de *brandy*.

—No, quiero decir completamente honrado; Tom es un hombre bueno, trabajador, sensato y piadoso. Se inició en la religión en un encuentro con unos predicadores durante una campaña hace cuatro años, y creo que de verdad se convirtió. Siempre he confiado en él desde entonces, le he encomendado todo: el dinero, la casa, los caballos, le he dejado ir y venir por todo el país y siempre le he encontrado sincero y recto en todo lo que hacía[2].

—Bastantes personas no se creen eso de que haya negros piadosos, Shelby —dijo Haley con un cándido gesto de su mano—, pero yo sí que lo creo. Tuve un tipo, precisamente, en el último lote que llevé a Nueva Orleans; realmente, oírle rezar valía tanto como ir a una celebración, y era muy amable y muy tranquilo. Me hizo ganar una buena suma de dinero también, ya que lo compré barato a un hombre que se veía obligado a venderlo, así que conseguí seiscientos dólares con él. Sí, yo encuentro que la religión es algo muy valioso en un negro, siempre que sea un artículo genuino y no una engañifa.

—Bueno, Tom es el artículo más genuino, si alguno jamás lo ha sido —repuso el otro—. Como que el otoño pasado le dejé ir solo a Cincinnati[3] para resolverme unos negocios y para traer a casa quinientos dólares. «Tom —le dije—, confío en ti porque pienso que eres un buen cristiano, sé que no me engañarás». Tom volvió, por supuesto, yo sabía que lo haría. Algunos

pobres tipos, dicen, le preguntaban: «Tom, ¿por qué no te marchas a Canadá?»[4]. «¡Ah, porque el amo ha confiado en mí y no puedo!» —me dijeron que respondió—. Siento mucho separarme de Tom, tengo que decirlo. Debería consentir usted que él cubriera el saldo completo de la deuda, y usted lo haría, Haley, si tuviera alguna conciencia.

—Mire, tengo tanta conciencia como pueda permitírsela cualquier hombre que se meta en negocios, justo un poco, ya sabe, para jurar por ella, como si existiera —dijo el traficante, jocosamente—; y por ello, estoy dispuesto a hacer cualquier cosa para complacer a los amigos, pero este año, lo que me pide es un poco excesivo para mí, un poquito excesivo.

El traficante se quedó mirando en actitud contemplativa y se sirvió más *brandy*.

—Bien, Haley, ¿cómo cerraremos el trato? —dijo el señor Shelby, después de un incómodo momento de silencio.

—Bueno, ¿no tendrá usted un chico o una chica que pueda poner con Tom?

—¡Hum, ninguno del que pueda prescindir! Para decirle la verdad, solo la necesidad me empuja a vender. En realidad, no me gusta desprenderme de ninguno de los de casa.

En aquel momento se abrió la puerta y un pequeño cuarterón[5], de unos cinco años de edad, entró en la sala. En su aspecto había una belleza y un atractivo muy notables. Su cabello negro, hermoso como la seda, rodeaba con espesos rizos su rostro redondo y con hoyuelos, mientras sus ojos oscuros, llenos de fuego y de dulzura, escudriñaban con curiosidad la habitación tras sus largas y espesas pestañas. Un alegre vestido a cuadros de color escarlata y amarillo, bien hecho y muy limpio, ponía de relieve su belleza oscura, y cierto aire cómico de seguridad en sí mismo, mezclado con algo de timidez, mostraba que estaba acostumbrado a ser visto y mimado por su amo.

—¡Hola, Jim Crow[6]! —dijo el señor Shelby, silbando, y lanzándole un racimo de uvas—. ¡Anda, atrápalo!

El niño saltó, con todas sus fuerzas, hacia su presa, mientras su amo se reía.

—Ven aquí, Jim Crow —le dijo.

El niño se acercó y el amo le acarició la cabeza rizada y le pellizcó bajo la barbilla.

—Ahora, Jim, muéstrale a este señor lo bien que sabes cantar y bailar.

El niño comenzó una de esas canciones salvajes y grotescas comunes entre los negros, con una voz clara y rica en matices, acompañando su canto con muchas evoluciones cómicas de manos, pies y cuerpo entero, llevando perfectamente el compás[7].

—¡Bravo! —dijo Haley, lanzándole un gajo de naranja.

—Ahora, Jim, anda como el viejo Tío Cudjoe, cuando tiene reúma —le dijo su amo.

Instantáneamente, los flexibles miembros del niño imitaron la deformidad y la distorsión, mientras renqueaba por toda la habitación con su espalda encorvada y el bastón de su amo en la mano, con su infantil rostro sumido en una horrible mueca, escupiendo a derecha e izquierda, imitando a un viejo.

Los dos caballeros rieron de buena gana.

—Ahora, Jim —le dijo su amo—, muéstranos cómo dirige los salmos el viejo Elder Robbins.

El niño estiró de modo considerable su rostro y empezó a entonar con la nariz la música de un salmo, con una gravedad imperturbable.

—¡Hurra! ¡Bravo! ¡Qué chico! —dijo Haley—. Este niño es un caso único, se lo aseguro. Le voy a decir algo —dijo de repente, dándole una palmada en la espalda al señor Shelby—: me cede usted al chiquillo y zanjamos así el negocio. ¡Ya está! ¡Vamos, si estoy poniéndole bien las cosas!

En aquel momento, la puerta se abrió con delicadeza y una joven cuarterona que aparentaba unos veinticinco años entró en la habitación.

Con dar un simple vistazo al niño y a ella, se podía saber que se trataba de su madre. Tenía los mismos ojos oscuros, de mirada llena y rica en expresión, con las largas pestañas y los mismos rizos de sedoso cabello negro cayendo en cascada. Su tez morena dio paso al rubor en sus mejillas y su sonrojo se acrecentó a medida que notaba cómo la miraba el forastero, que clavaba en ella su mirada con admiración no disimulada y grosera. Su vestido tenía un corte exquisito y hacía resaltar sus armoniosas formas, unas

manos muy delicadas y unos pies menudos con los tobillos finos al ojo apresurado del traficante, muy acostumbrado a calcular de un vistazo los puntos fuertes de un excelente artículo femenino.

—¿Qué hay, Eliza? —dijo el amo, cuando ella se detuvo y le miró con expresión de duda.

—Estaba buscando a Harry; dispénseme, señor —y el niño saltó hacia ella, mostrándole sus regalos, que había depositado en los faldones de su vestido.

—Bien, llévatelo entonces —le repuso el señor Shelby, y ella salió de allí lo más deprisa posible, llevándose al niño de la mano.

—¡Por Júpiter! —dijo el traficante, volviendo en sí de su estado admirativo—. ¡Eso sí que es un buen artículo! Usted podría ganar una fortuna con esa chica en Orleans[8], en cuanto quiera. He visto pagar más de mil dólares, se lo aseguro, por chicas que no eran tan guapas.

—Pero yo no quiero ganar ninguna fortuna con ella —dijo el señor Shelby con sequedad, y, tratando de cambiar de conversación, descorchó

una botella de vino y le preguntó a su compañero cuál era su opinión al respecto.

—Excelente, señor, realmente de primera categoría —le contestó el traficante, y dándole una palmada en la espalda con familiaridad, añadió—: Vamos, ¿cómo podemos negociar con la chica? ¿Cuánto le puedo ofrecer y qué es lo que usted me va a pedir?

—Señor Haley, la chica no está en venta —dijo Shelby—. Mi mujer no se querría separar de ella ni por su peso en oro.

—¡Bueno, bueno! Las mujeres siempre dicen esas cosas porque no son capaces de calcular. Con que se les muestre cuántos relojes, plumas y chucherías se podrían comprar con el peso en oro de alguien, cambian de opinión, me parece.

—Se lo digo, Haley, no vuelva a tocar el tema: le he dicho que no y no tengo intención de seguir hablando de ello —dijo Shelby con decisión.

—Bueno, entonces dejará que me lleve al niño —dijo el traficante—. Usted ha debido notar lo mucho que me ha gustado.

—¿Pero para qué puede querer usted al niño? —dijo Shelby.

—Mire, tengo un amigo que se está encargando de este ramo en los negocios, quiere comprar chicos guapos para venderlos algo mayores. Como artículos de fantasía, para ser camareros o ayudas de cámara, y esas cosas. Los ricos pagan bien por los más guapos. Causa buena impresión que en las casas elegantes salga a abrir la puerta un criado verdaderamente guapo y que sirva y atienda a los invitados. Sueltan una buena suma de dinero por ellos, y este diablillo, que es tan gracioso y está tan bien dotado para la música, es justo lo que le conviene.

—Lo que pasa es que preferiría no venderlo —dijo el señor Shelby, pensativo—. Mire usted, yo tengo sentimientos humanos y aborrezco tener que separarlo de su madre.

—¿Oh sí, de verdad? ¡Ah, ya, esas cosas! Yo le comprendo muy bien. De verdad que es desagradable tener que arreglarse uno con las mujeres, en ciertas ocasiones, y siempre he aborrecido cuando se ponen a gritar y a gemir. A veces llegan a ponerse de verdad desagradables, pero como yo sé llevar los negocios, en general consigo evitarlo. Mire, ¿qué le parece si se lleva a la chica fuera un día o incluso una semana? Mientras, la cosa se hace

con toda tranquilidad, y todo se arregla antes de que vuelva a casa. A su mujer le regala unos buenos pendientes o un vestido nuevo, o algo así, y con eso la tiene contenta.

—Me temo que no puede ser.

—¡Que Dios le bendiga, hombre! Esas criaturas no son como los blancos, sabe usted, se les olvidan las cosas con solo darse un poco de maña. Ahora bien, se dice por ahí —dijo Haley, poniendo cara de ingenuidad y de confidencia— que este tipo de comercio endurece los sentimientos, pero a mí nunca me ha parecido cierto. El hecho es que yo no puedo hacer las cosas con los malos modos que tienen algunos tipos para los negocios. Los he visto arrancando de los brazos de una mujer a su hijo y poniéndolo a la venta mientras ella gritaba sin parar, como si estuviera enloquecida; ese es un método muy malo, echa a perder el artículo y lo deja algunas veces inútil para el uso. Recuerdo a una chica muy guapa que en cierta ocasión, en Orleans, se echó a perder por completo por ese tipo de trato. El hombre que la estaba comprando no la quería con su hijito, y ella era una mujer a la que se le calentaba la sangre con facilidad, de una clase especialmente altanera. Y, se lo digo, estrechaba al niño entre sus brazos y hablaba y se puso verdaderamente horrible. Casi se me hiela la sangre en las venas cuando lo pienso. Y, cuando se llevaron al niño y la encerraron a ella, le entró una locura terrible y murió una semana después. Un despilfarro, señor mío, de por lo menos mil dólares, y todo por no saber hacer las cosas como es debido, eso es lo que pasó. Siempre es mejor tener un poco más de humanidad, hombre, esa es la experiencia que yo tengo —y el traficante se inclinó hacia atrás en su silla y cruzó los brazos con un aire de virtuosa decisión, considerándose a sí mismo como a un segundo Wilberforce[9].

El tema pareció interesar profundamente al caballero, pues mientras el señor Shelby, pensativo, pelaba una naranja, Haley le confió con gran secreto, pero como si fuera alguien a quien la fuerza de la verdad le empujara a decir unas cuantas palabras más:

—Ya sé que no está bien visto que uno mismo se alabe, pero se lo digo porque es la verdad. Tengo la reputación de llevar siempre los mejores esclavos negros al mercado, al menos eso es lo que me han dicho. Y no una

vez, habrá sido un centenar, siempre en su juicio, gordos y con buen aspecto, y pierdo menos esclavos que cualquier otro que esté en los negocios del tráfico como yo. Y eso gracias a mi manera de tratarlos, señor mío, gracias a mi humanidad, que he de decir que es el pilar sobre el que reposa mi trato.

El señor Shelby no sabía qué decir y por eso soltó:

—¡En efecto!

—Mire, se han reído de mí por mis ideas, y he dado mucho de que hablar. Porque no son populares y no son corrientes, pero yo estoy apegado a ellas, de verdad que lo estoy, y me han sido de gran utilidad, sí señor, de verdad que se han pagado el viaje, si se puede decir —y el tratante se rio de su propio chiste.

Había algo tan gracioso y original en estas explicaciones sobre su sensibilidad, que el señor Shelby no pudo evitar acompañarle en su risa. A lo mejor tú también te ríes, querido lector, pero tienes que saber que los valores humanos se presentan en nuestros días con gran variedad de formas entre las personas llamadas humanitarias.

La risa del señor Shelby animó al traficante a continuar:

—Le parecerá extraño, mire, pero no consigo meterles esto en la cabeza a otras personas. Por ejemplo, ahí está Tom Loker, mi antiguo socio, de Natchez[10]; Tom era un chico listo, solo que era un auténtico demonio con los esclavos negros; su principio era que no se podía ganar su pan si tenía mejor corazón, que eso era su sistema, señor. Yo le solía decir: «Mira Tom —le decía yo—, cuando tus chicas se ponen malas o lloran, ¿de qué te sirve pegarles en la cabeza y darles una paliza? Eso es ridículo —le decía yo— y no sirve para nada. Mira, no tiene nada de malo que lloren, digo yo, eso es natural, y si la naturaleza no puede salir y desbordarse por alguna parte, pues saldrá por otra. Además, Tom —le digo—, eso echa a perder a tus chicas, se vuelven enfermizas y están decaídas, y a veces se ponen realmente feas, en particular las chicas de piel amarillenta, y para colocarlas se nos pone la cosa endemoniadamente difícil. Mira —le digo—, ¿qué te cuesta ser más amable con ellas y hablarles mejor? Eso depende de ti, Tom, un poco de trato algo más humano a la larga lleva mucho más lejos que tus gritos y golpes y da mejores resultados, te lo digo, y eso depende de ti».

Pero Tom no consigue convencerse de esto y ya me ha fastidiado tantos asuntos, que he tenido que romper con él, aunque era un compañero muy afable y tan honrado en los negocios como pueda serlo cualquiera en nuestros tiempos.

—¿Y usted encuentra que su modo de llevar los negocios da mejores resultados que el de Tom? —preguntó el señor Shelby.

—¿Cómo? ¡Claro que sí, señor, se lo aseguro! Mire usted, cuando de alguna manera yo puedo hacerlo, tomo medidas para evitar los tragos desagradables, como es la venta de los críos y todo eso, y quito a las mujeres de en medio, ya sabe: «ojos que no ven, corazón que no siente»; y cuando ya está hecho con toda limpieza y como ya no tiene solución, en general se acaban acostumbrando. Ya sabe, no es como si se tratara de los blancos, que han sido educados para que se respete el que se queden con sus mujeres e hijos y demás familia. Los esclavos negros, ya se sabe, cuando se les ha criado como es debido, no tienen ninguna clase de expectativa de este tipo, y así se nos facilitan las cosas.

—Pues mucho me temo que mi chica no haya sido educada como es debido —dijo el señor Shelby.

—Ya me imagino que no. Ustedes los de Kentucky miman mucho a sus esclavos. Lo hacen ustedes con buena intención, pero no les ayudan para nada, al fin y al cabo. Mire, un negro, ya lo ve, está destinado a ser vendido y a rodar por el mundo de mano en mano: ahora se lo vendo a Fulanito y mañana a Menganito y a Dios sabe quién, por eso no es ningún favor tratarles demasiado bien, porque la vida dura y áspera se les hace después más difícil de soportar. Por ejemplo, me atrevería a decirle que los negros de su casa notarían un cambio tremendo en el mismo lugar donde los esclavos de plantación cantarían y darían gritos de alegría como posesos. Cada ser humano, ya se sabe, señor Shelby, piensa de modo natural que lo que uno hace está bien hecho, y yo pienso que trato a los negros tan bien como ellos merecen que se les trate.

—Es algo muy bueno eso de sentirse satisfecho de uno mismo —dijo el señor Shelby con un ligero encogimiento de hombros y algunos perceptibles gestos de desagrado.

—Bueno —dijo Haley después de un rato en el que habían estado comiendo nueces en silencio—. ¿Qué me dice usted?

—Voy a pensar mejor este asunto y voy a hablar con mi mujer —repuso el señor Shelby—. Entre tanto, Haley, si usted quiere que la cosa se haga de una manera tan apacible como cuenta, lo mejor será que no haga correr la voz por el vecindario. Se enterarían pronto mis esclavos, y no sería particularmente fácil separarme de ninguno de los que tengo, se lo puedo asegurar.

—¡Oh, desde luego! ¡Eso se da por sobrentendido, claro está! Pero es que tengo una prisa endiablada, y debería saber cuanto antes a qué atenerme —respondió Haley, poniéndose el abrigo.

—Bien, pase esta tarde entre las seis y las siete y le daré mi respuesta —le dijo el señor Shelby, y el traficante se dirigió hacia la puerta de salida de la estancia.

«Me habría gustado poder echar a este tipejo escaleras abajo —se dijo cuando vio que la puerta estaba bien cerrada—, con su descarada seguridad en sí mismo, pero ya sabe él la ventaja que me saca en este negocio. Si alguien me hubiera dicho alguna vez que me vería obligado a vender a Tom para los mercados del Sur a uno de estos condenados traficantes, le hubiera dicho: "¿Acaso tu criado es un perro, para que se pueda hacer tal cosa?". Y ahora el momento ha llegado, por lo que veo. ¡Y también el hijo de Eliza! Bien sé yo que voy a tener un buen lío con mi mujer por este asunto y, por lo mismo, también por lo de Tom. ¡Y todo esto por estar endeudado, maldita sea! El tipo ve bien que todo está a su favor y se aprovechará».

Quizá la esclavitud tenga en el Estado de Kentucky una de sus formas más suaves. El predominio de las labores agrícolas con una naturaleza gradual, que no requiere las temporadas de cosecha intensiva y apresurada necesarias para los negocios en las tierras sureñas, hace que el trabajo de los negros sea más equilibrado y saludable, además de que el amo se satisface con un estilo de adquisición más progresivo que no le empuja al endurecimiento de corazón ni a las tentaciones en las que suele caer la frágil naturaleza humana cuando la perspectiva de una ganancia rápida y repentina se encuentra en un platillo de la balanza, sin otro contrapeso que el interés de los desvalidos e indefensos[11].

Cualquiera que visite alguna de estas haciendas y observe la afable indulgencia de algunos amos y amas, así como la afectuosa lealtad de algunos esclavos, puede sentirse tentado de soñar en la legendaria y poética leyenda de una institución patriarcal y todo lo demás, pero por encima y más allá de este cuadro, se ciernen unas sombras portentosas: las de la ley. En tanto que la ley considere a todos aquellos seres humanos, con sus corazones palpitantes y sus vivos afectos, como si solo fueran cosas que le pertenecen al amo; en tanto que la quiebra, la desventura, la imprudencia o la muerte del mejor de los amos pueda conducirles a un cambio que les haga dejar una vida de amable protección e indulgencia para llevar una existencia miserable de trabajo penoso y sin esperanzas; en tanto perdure esta situación, es imposible hacer nada hermoso o deseable en la esclavitud mejor administrada.

El señor Shelby era una persona normal, amable y bondadosa, de buen carácter, dispuesto a una gran indulgencia con los que le rodeaban, y nunca dejó pasar la mínima ocasión para mejorar las condiciones materiales de los negros en su hacienda. Sin embargo, había especulado mucho y de modo muy descuidado, se había endeudado en gran medida y sus letras y pagarés habían llegado a manos de Haley, de modo que esta pequeña información encierra la clave de la conversación precedente.

Pero las cosas ocurrieron de tal modo que Eliza, al acercarse a la puerta, había captado lo bastante de la conversación como para comprender que el traficante estaba proponiendo comprarle algún esclavo a su amo.

De buena gana se habría quedado a escuchar junto a la puerta, una vez que estuvo fuera, pero su ama la llamó en aquel preciso momento y tuvo que marcharse de allí.

Entonces pensó que había oído que el traficante había hecho una oferta para comprar a su hijo. ¿Podría estar equivocada? Su corazón se encogió y toda ella tembló, y abrazó tan fuerte a su niño sin darse cuenta, que este la miró con gran sorpresa.

—Eliza, mujer, ¿qué es lo que te pasa hoy? —le dijo su ama.

Cuando Eliza derramó la jofaina con agua para lavarse, se dio un golpe contra el mueble de las labores y tendía distraída un camisón largo a su señora, en lugar del vestido de seda que ella le había pedido que le sacara

del vestidor, empezó a decir: «¡Oh, señora!», y, levantando entonces los ojos, que tenía rebosantes de lágrimas, se sentó en una silla y empezó a sollozar.

—Pero, Eliza, hija mía, ¿qué es lo que te pasa? —inquirió su ama.

—¡Oh, señora, señora! —dijo Eliza—. ¡Ha venido un traficante para hablar con el señor en el salón! ¡Le he oído!

—Bueno, boba, supongamos que ha sido así.

—¡Oh, señora! ¿Puede usted suponer que el amo quiere vender a mi Harry? —y la pobre criatura se tiró en una silla y se puso a llorar convulsivamente.

—¡Venderlo! ¡No, nunca, estás loca, chica! Ya sabes que el señor no hace nunca negocios con los traficantes del Sur y que no tiene ninguna intención de vender a ninguno de sus criados, mientras estos se porten como es debido[12]. Pero bueno, tontita, ¿quién crees tú que querría comprar a Harry? ¿Te crees que todos están tan enloquecidos por él como tú, presumida? Vamos, anímate y tráeme mi traje. Y ahora colócame el pelo por detrás con esa trenza tan bonita que aprendiste a hacer el otro día, y no escuches más detrás de las puertas.

—Bueno, señora, usted no daría nunca su consentimiento para… para…

—¡Qué tontería, hija! Desde luego que no lo daría. ¿Por qué me lo preguntas? Para mí sería lo mismo que vender a uno de mis hijos. Pero lo que es verdad, al fin y al cabo, es que te estás poniendo demasiado engreída con tu niñito. No puede meter un hombre sus narices en la casa sin que pienses que quiere comprarlo.

Tranquilizada por el tono confiado de su señora. Eliza procedió a arreglarla con habilidad y destreza, riéndose de sus propios miedos mientras lo hacía.

La señora Shelby era una mujer de elevada clase, tanto intelectual como moralmente. A la natural magnanimidad y generosidad de espíritu que constituyen a menudo las señaladas características de las mujeres de Kentucky, había añadido ella una altura moral y de principios y una sensibilidad religiosa que se veían acompañadas por una gran energía y una pronunciada habilidad para conseguir resultados prácticos. Su marido, que no mostraba tener un carácter particularmente religioso, respetaba y

reverenciaba sin embargo la solidez de los principios de su esposa e incluso sentía cierto sagrado temor a sus juicios. Lo cierto era que le había dado poderes ilimitados para que aplicara toda su benevolencia en pro de la comodidad, la instrucción y el progreso de todos sus criados, sin que él interviniera directamente en ello. De hecho, si no era exactamente un creyente en la doctrina de la validez de las buenas obras de los santos, sí que parecía que creyera que de uno u otro modo su mujer tenía bondad y piedad suficiente para ambos, y se permitía esperanzas encubiertas de ganarse el cielo a través de la abundancia extraordinaria de las cualidades de su esposa, que quedaban, por su parte, fuera de sus aspiraciones personales[13].

La mayor pesadumbre que sentía, después de su conversación con el traficante, consistía en tener que informar del acuerdo previsto a su mujer y encontrarse con las molestias y oposición previsibles, pues él sabía que había buenos motivos para ello.

La señora Shelby, ignorando por completo la inquietud que sufría su marido y conociendo solo la amabilidad acostumbrada de su carácter, había respondido a las sospechas de Eliza. De hecho, el asunto se le fue de la cabeza, sin más reflexiones al respecto, y al ocuparse de los preparativos para asistir a una velada aquella noche, salió por completo de su pensamiento[14].

Capítulo II
La madre

Desde su infancia, Eliza había sido educada por su ama como una favorita mimada y consentida.

Los que hayan visitado el Sur habrán notado a menudo el aire refinado y la suavidad de la voz y los modales que parecen ser un don de las muchachas mulatas y cuarteronas. Esta gracia natural va unida casi siempre a una belleza deslumbrante y, en la mayoría de los casos, está acompañada de una apariencia agradable y atractiva. Eliza, como la hemos descrito, no es una fantasía inventada, sino un retrato tomado del recuerdo, tal y como la vimos, hace años, en Kentucky. A salvo bajo la protección y cuidados de su ama, Eliza alcanzó la edad adulta sin las tentaciones que hacen de la belleza la fatalidad hereditaria para las esclavas. Se casó con un joven mulato, brillante y con talento, que era esclavo en la propiedad vecina, y que llevaba el nombre de George Harris.

Este joven había sido cedido por su amo para trabajar fuera de su propiedad en una fábrica de sacos, donde su destreza y habilidad le habían granjeado el ser considerado como el mejor trabajador del lugar. Inventó una máquina para blanquear el cáñamo, lo cual, teniendo en cuenta la educación y circunstancias del inventor, necesitaba tanto ingenio mecánico como el invento de Whitney para desmotar el algodón[1].

Tenía una personalidad atractiva y modales agradables, y era en realidad el favorito de la fábrica. A pesar de ello, para la ley, este joven no era un hombre sino un objeto; todas esas cualidades de orden superior se encontraban sujetas al control de un vulgar amo con ideas estrechas y carácter tiránico. Este mismo caballero, al enterarse de la invención de George, se fue a la fábrica para ver lo que hacía su tan inteligente

propiedad. Fue recibido con gran entusiasmo por el industrial que le había contratado, quien felicitó al caballero por tener un esclavo tan valioso.

Visitó toda la fábrica, contemplando la maquinaria guiado por George, quien, muy emocionado, hablaba con elocuencia, se mantenía muy erguido y parecía tan hermoso y señorial que su amo empezó a sentirse a disgusto con la consciencia de su inferioridad. ¿Qué tenía que ver su esclavo con la marcha general del país, inventando máquinas y llevando la cabeza bien alta entre caballeros? Rápidamente puso fin a la situación. Lo sacó de la fábrica y lo puso a cavar y a destripar terrones «para que se le bajaran los humos». A continuación, el industrial y los demás trabajadores de la fábrica se sorprendieron cuando el amo exigió el salario de George, manifestando su intención de llevárselo de vuelta a su casa.

—Pero, señor Harris, ¿no es esta una decisión demasiado repentina? —insistía el industrial.

—¿Qué pasa? El hombre es mío, ¿no?

—Estaríamos dispuestos a aumentarle su tasa de compensación, señor.

—De ninguna manera. No necesito alquilar a ninguno de mis hombres si no quiero.

—Pero señor, parece especialmente apto para este trabajo.

—Me atrevería a decir que es muy posible; nunca era apto para lo que yo le mandaba hacer, palabra.

—Pero fíjese en que ha inventado una máquina —intervino otro de los trabajadores, con bastante mala fortuna.

—¡Oh, sí! Una máquina para ahorrarse trabajo, ¿no es eso? Eso es lo que ha inventado, por supuesto. Deje usted a un negro a su aire un momento. Son todos ellos máquinas de ahorrarse trabajo, todos y cada uno de ellos. Lo que les gusta es hacer trampas.

George permaneció impasible, como de piedra, al oír pronunciar el dictado de su destino por un poder al que sabía que no podía resistirse. Cruzó los brazos, apretó los labios, pero un volcán de sentimientos amargos ardía en su pecho y mandaba coladas de fuego por sus venas. Se aceleró su respiración y sus grandes ojos brillaron como carbones encendidos; podía haber estallado en una peligrosa explosión, de no ser porque el industrial le tocara amablemente el brazo y le dijera en un susurro:

—Acéptalo, George; vete con él por ahora; ya intentaremos ayudarte.

El tirano observó el cuchicheo y supuso su contenido, aunque no pudo oír lo que se dijo, y en su interior se afianzó la determinación de mantener el poder que tenía sobre su víctima.

Llevó a George a su casa y le dedicó a los oficios más penosos de la granja. Había conseguido reprimir todas las palabras irrespetuosas, pero la mirada airada y el ceño fruncido formaban parte de un lenguaje natural que no podía evitarse, signos indudables de que el hombre no puede convertirse en un objeto.

Fue durante el feliz período de su empleo en la fábrica cuando George había conocido a Eliza y se había casado con ella. Durante este período —en el que el patrón de la fábrica le otorgaba su confianza y sus favores—, tenía total libertad de movimientos para ir y venir a su antojo. El matrimonio había sido aprobado y bendecido por la señora Shelby, quien, sintiendo cierta complacencia femenina, propia de las casamenteras, se encontraba muy satisfecha con esta unión de su favorita con uno de su clase que parecía convenirle perfectamente en todo; así que se casaron en el gran salón de su ama, y la señora Shelby adornó los hermosos cabellos de la novia con flores de azahar y le puso el velo, que difícilmente podría haberse posado sobre una cabeza más hermosa, y no faltaron los guantes blancos, ni la tarta nupcial, ni el vino, lo que hizo que los invitados alabaran la belleza de la novia y el cariño y la generosidad de su ama[2].

Durante uno o dos años, Eliza vio a su marido frecuentemente, y nada turbó su felicidad, a no ser la pérdida de dos de sus hijos, a los que estaba unida por un cariño muy vivo, y por los que sufrió un duelo tan intenso que su ama tuvo que amonestarla, con preocupación maternal, intentando dirigir sus sentimientos apasionados con los lazos de la razón y la religión.

Después del nacimiento del pequeño Harry, sin embargo, se había tranquilizado y equilibrado poco a poco, y las llagas abiertas cicatrizaron y los nervios excitados se apaciguaron con la llegada de esa vida, que parecía ser muy sonora y saludable, de modo que Eliza era una mujer feliz por aquel tiempo en el que su marido era arrebatado a su amable patrón para terminar bajo el férreo poder de su legítimo propietario.

El industrial, cumpliendo su palabra, visitó al señor Harris una o dos semanas después de que este se llevara a George, cuando, como esperaba, su enfado se hubiese pasado, e intentó por todos los medios posibles que le devolviera a su antiguo empleo.

—No se moleste más —dijo el amo obstinadamente—, sé cómo ocuparme de mis asuntos, señor.

—Yo no pretendo interferir en nada, señor. Lo único que pienso es que usted debe considerar esto por su interés, cediéndome a su hombre en las condiciones que le propongo.

—No, si yo entiendo lo que pasa muy bien. Le vi a usted cuchicheando y haciendo guiños el día que me lo llevé de la fábrica, pero no crea que podrá engañarme con sus buenas palabras. Este es un país libre, sí señor, y ese hombre es mío, y hago lo que me da la gana con él. ¡Y ya está!

De esta manera se desvanecieron las últimas esperanzas de George; frente a él no había más que una vida de trabajo arduo y de desazones, que se le haría todavía más insoportable con cada una de las rebuscadas vejaciones e indignidades que puede concebir la ingeniosidad de una mente tiránica.

Un legislador muy humanitario dijo en cierta ocasión: «El peor trato que puede dársele a un hombre es ahorcarle». No; ¡hay otro trato que resulta aún peor[3]!

Capítulo III
Marido y padre

La señora Shelby había salido de visita y Eliza permaneció de pie en la galería, mirando muy abatida cómo se alejaba el coche, cuando una mano se posó sobre su hombro. Se volvió y una radiante sonrisa iluminó sus hermosos ojos.

—George, ¿eres tú? ¡Qué susto me has dado! No sabes la alegría que me da verte. El ama ha salido a pasar la tarde. Puedes venir a mi cuartito y tendremos todo el tiempo para nosotros solos.

Diciendo esto, le llevó a su pequeña y limpia habitación que daba sobre la galería, donde ella solía sentarse para coser, lo bastante cerca de su señora como para atender a posibles llamadas.

—¡Qué contenta estoy! ¿Por qué no sonríes? Mira a Harry, ¡qué deprisa crece!

El niño miraba tímidamente a su padre, con los rizos que le caían delante de los ojos, y se quedaba pegado a las faldas de su madre.

—Qué precioso es, ¿verdad? —dijo Eliza, levantándole los rizos y besándole.

—¡Ojalá no hubiera nacido nunca! —dijo George con amargura—. ¡Y ojalá no hubiera nacido tampoco yo!

Sorprendida y asustada, Eliza se sentó, apoyó la cabeza en el hombro de su marido y se echó a llorar.

—Es horrible para mí hacerte sufrir con estas cosas, pobrecita —dijo con ternura—, es demasiado horrible. ¡Cómo me gustaría que no me hubieras conocido nunca, podrías haber sido feliz!

—¡George! ¡George! ¿Cómo puedes decir eso? ¿Qué ha sucedido, o qué va a suceder, tan espantoso? Hemos sido muy felices, estoy segura, hasta

hace muy poco tiempo.

—Tienes razón, mi vida —dijo George.

Entonces, poniendo al niño en sus rodillas, contempló fijamente sus bellísimos ojos oscuros y le acarició los cabellos con la mano.

—Es igual que tú, Eliza; y tú eres la mujer más guapa que jamás haya visto, y la mejor que nunca haya deseado conocer, pero… ¡Ay! Me gustaría no haberte conocido nunca y que tú no me hubieras conocido tampoco.

—Pero, George, ¿cómo puedes decir eso?

—Sí, Eliza, todo son miserias, miserias, miserias…; mi vida es tan amarga como la de un vil gusano, se me está escapando la verdadera vida. Soy un pobre y miserable pozo de desdichas y temo arrastrarte a ti también. ¿Para qué sirve que hagamos algo, que intentemos saber algo, que intentemos ser algo? ¿Para qué sirve la vida? ¡Me gustaría estar muerto!

—¡No, mira bien lo que dices, George! Es realmente muy malo… Ya sé cómo te dolió tener que dejar la fábrica y que tienes un amo muy duro, pero reza y ten paciencia y a lo mejor ocurre algo…

—¡Que tenga paciencia! —dijo, interrumpiéndola—. ¿Pero no he tenido ya bastante paciencia? ¿Dije una sola palabra cuando fue a la fábrica y me sacó de allí sin ninguna razón, a pesar de que todo el mundo me apreciaba? Le he pagado honradamente hasta el último céntimo que ganaba sin quedarme con nada y todos decían que yo era un buen trabajador.

—Sí, eso es espantoso —dijo Eliza—, pero, al fin y al cabo, él es tu amo y tú lo sabes.

—¡Mi amo! ¿Quién le hizo ser mi amo? En eso pienso ahora. ¿Qué derecho puede tener él sobre mí? Soy tan hombre como él. Y soy mejor hombre que él. Conozco mejor que él sus negocios, soy mejor director que él, leo mejor de lo que él puede hacerlo, y escribo con letra más hermosa, y todo lo he aprendido yo solo y no gracias a él. Lo he aprendido todo a pesar de él; y ahora, ¿qué derecho tiene a convertirme en una bestia de carga? ¿Para qué me quita los trabajos que puedo hacer mucho mejor que él y me pone a trabajar en lo eme hace cualquier caballo? Y eso es lo que intenta: dice que quiere aplastarme y humillarme, y me encarga las tareas más duras, más desagradables y más sucias a propósito.

—¡Ay, George, George! Me asustas. Nunca te había oído hablar así y me da miedo, Dios mío, no vayas a hacer algo terrible. No me sorprenden en absoluto tus sentimientos, pero hazlo por mí, ten mucho cuidado, sí, sí, por mí y por Harry.

—He tenido cuidado y he tenido paciencia, pero las cosas se están poniendo cada vez peor y la carne y la sangre no pueden soportarlo ya más. El amo aprovecha hasta la menor oportunidad que tiene para insultarme y atormentarme. Al principio, pensé que podría hacer el trabajo bien y quedarme tranquilo luego y aprovechar el tiempo libre para leer y escribir fuera de mis horas de trabajo, pero cuanto más hago, más trabajo me da. Dice que aunque yo no diga nada, adivina que tengo el demonio en el cuerpo y que ya me lo sacará; uno de estos días va a salir de una manera que no le va a gustar, o mucho me equivoco…

—¡Ay, mi amor! ¿Qué vamos a hacer? —le dijo Eliza aterrorizada.

—Mira, ayer mismo —dijo George—, cuando yo estaba cargando un carro de piedras, el amito Tom se puso al lado y comenzó a hacer restallar su látigo tan cerca de las orejas del caballo que el animal se espantó. Le rogué de la manera más amable que terminase con ese juego, pero no me hizo el menor caso y continuó. Le supliqué de nuevo y se volvió contra mí y me pegó. Traté entonces de sujetarle la mano, pero se puso a gritar y a dar patadas y fue a ver a su padre, para decirle que yo le estaba pegando. El padre vino rabioso y me dijo que iba a enseñarme quién era el amo, me ató a un árbol y cortó varitas para el amito diciéndole que podía golpearme hasta que se cansara, ¡y lo hizo! ¡Algún día puede ser que se lo recuerde!

El ceño del joven se ensombreció y sus ojos ardieron con una expresión que hizo temblar a su esposa.

—¿Quién hizo a ese hombre mi amo? Eso es lo que me gustaría saber —dijo.

—Bien —dijo Eliza muy triste—. Siempre pensé que había que obedecer al amo y a la amita, y que si no, no podría ser una buena cristiana.

—Eso tiene algún sentido en tu caso: te han criado como a una hija, te han alimentado y vestido, te han mimado y te han enseñado y por eso tienes una buena educación. De ahí que haya alguna razón para que ellos te reclamen. Pero a mí me han golpeado, me han escupido, se han burlado de

mí, y en el mejor de los casos solo me han dejado en paz; ¿les debo yo algo a ellos? Ya he pagado más de cien veces lo que han hecho por mí. No lo soportaré más. No puedo soportarlo —dijo y frunció el entrecejo con fiereza al tiempo que alzaba su puño.

Eliza temblaba, pero se quedó en silencio. Nunca había visto así a su esposo, y sus sencillos esquemas éticos parecían agitarse como un junco ante el torbellino de esas pasiones.

—¿Te acuerdas, mi niña, del pobrecito Cario que me regalaste? —añadió George—. Esa criatura ha sido el único consuelo que he tenido. Dormía conmigo por la noche y me seguía por el día, con una mirada que parecía que entendía todo lo que yo sentía. Pues el otro día le estaba dando unos mendrugos que había recogido delante de la puerta de la cocina, cuando salió el amo y me dijo que estaba alimentando al perro con su dinero y que no podía consentir que los negros tuvieran perros y me ordenó que le atara una piedra al cuello y que lo tirara al estanque.

—¡George, tú no hiciste eso!

—¿Yo? Desde luego que no. Pero él sí lo hizo. El amo y Tom apedrearon al pobre animal hasta que se ahogó. ¡Pobrecillo! Me miraba tan triste y parecía preguntarse por qué no lo salvaba. Me azotaron porque no quise hacerlo yo mismo. No me importa. El amo terminará enterándose de que yo no voy a doblegarme por sus latigazos. Ya llegará mi hora, si no se anda con cuidado.

—¿Qué vas a hacer, George? ¡Ay, George, no hagas nada malo! Si confías en Dios e intentas hacer el bien, él te salvará.

—No soy un cristiano como tú, Eliza. Mi corazón rebosa de amargura, yo no puedo confiar en Dios. ¿Por qué deja que las cosas sean así?

—¡Ay, George, tenemos que tener fe! Mi amita dice que cuando todo nos va mal, debemos pensar que Dios lo está haciendo lo mejor posible.

—Eso es muy fácil de decir para las personas que están sentadas en sus sofás y que van en coches de caballos, pero deja que se pongan en mi lugar, me imagino que se les haría mucho más difícil. Me gustaría poder ser bueno, pero mi corazón está ardiendo y no puedo apaciguarlo de ningún modo. No podrías en mi lugar, no se puede, si te cuento todo lo que te tengo que contar. Todavía no lo sabes todo.

—¿Qué te queda aún por decirme?

—Mira, últimamente mi amo anda diciendo que había cometido una estupidez dejando que me casara fuera de su propiedad, que odia al señor Shelby y a los suyos, porque son orgullosos y altivos, y que yo me he hecho orgulloso por tu culpa; y dice que no me dejará venir aquí nunca más y que tendré que tomar una mujer en su propiedad y establecerme allí. Al principio solo mascullaba y refunfuñaba estas cosas, pero ayer me dijo que tenía que casarme con Mina y ponerme a vivir con ella en una cabaña o me vendería río abajo.

—¡Pero cómo! ¡Si tú estás casado conmigo, por el ministro del Señor, tanto como lo pueda estar un hombre blanco! —dijo Eliza ingenuamente.

—¿Es que no sabes que un esclavo no puede casarse? No hay ley en el país para ello, no puedo decir que seas mi mujer si el amo decide separarnos. Eso es por lo que me hubiera gustado no haberte visto nunca, por lo que me gustaría no haber nacido jamás, habría sido mejor para los dos, habría sido mejor para este pobre niño si nunca hubiera nacido. ¡Todo esto puede sucederle también a él!

—¡Ay, pero el amo es tan bueno!

—Sí, pero ¿quién sabe? Puede morirse, y entonces puede ser vendido vete a saber a quién. ¿Qué placer puede darnos que sea tan guapo, tan inteligente, tan brillante? Te lo digo, Eliza, una espada te atravesará el corazón por cada cosa buena y agradable que tenga tu hijo, le hará demasiado valioso para que puedas guardarlo contigo.

Las palabras cayeron como piedras en el ánimo de Eliza, la visión del traficante se le vino a la cabeza y, como si hubiera recibido un golpe mortal, palideció y casi le faltó la respiración. Miró nerviosamente hacia la galería, hasta donde el niño, cansado por la seriedad de la conversación, se había alejado y donde estaba cabalgando triunfante sobre el bastón de paseo del señor Shelby. Le hubiera gustado hablar con su marido de sus temores, pero se contuvo.

«No, ya tiene bastantes sufrimientos, pobrecillo —pensó—. No se lo diré. Además, no es verdad. La amita nunca nos engaña».

—Así que, Eliza, mi amor —dijo el marido tristemente—, ten mucho ánimo, y adiós, porque ya me voy.

—¿Te vas, George? ¿Y a dónde vas?

—A Canadá —dijo levantándose—. Y cuando esté allí, te compraré, esa es la única esperanza que nos queda. Tienes un buen amo que no se negará a que te compre. Te compraré a ti y al niño. Si Dios me ayuda, lo haré.

—¿Y si te cogen? Sería espantoso…

—Es que no me cogerán, Eliza. Antes me dejaré la vida: o libre o muerto.

—¡Pero no te vas a matar!

—No será necesario. ¡Podrán matarme, eso es posible, pero nunca conseguirán llevarme vivo río abajo!

—¡Ay, George, por el amor que me tienes, ten cuidado! No hagas nada malo y no levantes la mano contra ti ni contra nadie más. La tentación que sufres es demasiado fuerte, pero no caigas en ella; si te tienes que ir, márchate, pero sé muy prudente, ve con cuidado, y pídele a Dios que te ayude.

—Bien, Eliza, escucha mi plan. El amo me ha mandado que traiga una carta al señor Symmes, que vive a menos de una milla de aquí. Me imagino que esperaba que yo pasaría por aquí para contarte lo que me ocurre. Y eso para darse el gusto de entristecer a «los Shelby», como les llama. Voy a volver a casa, aparentemente resignado, tú ya me entiendes, como si todo hubiera terminado. He hecho algunos preparativos y tengo amigos que me ayudarán; dentro de una semana, más o menos, me darán por desaparecido y empezarán a buscarme. Reza por mí, Eliza, a lo mejor Dios te escucha a ti.

—Reza tú también, George, y confía en él, y así no harás nada malo.

—Bien, ahora, adiós —dijo George, tomando las manos de Eliza entre las suyas y mirándola a los ojos, sin moverse.

Permanecieron en silencio. Después vinieron las últimas palabras, los suspiros y las amargas lágrimas propias de dos personas cuya esperanza de volverse a ver era tan tenue como una tela de araña. Y los dos esposos se separaron.

Capítulo IV
Una velada en la cabaña del Tío Tom

La cabaña del Tío Tom era un pequeño edificio construido con troncos que se encontraba junto a «la casa», como los negros llamaban por excelencia a la morada de su amo. Tenía un cuidado jardincillo donde cada verano abundaban las fresas, las frambuesas y otras muchas variedades de frutas y verduras. Una hermosa enredadera y un rosal silvestre de mil flores se enroscaban y entrelazaban sobre la fachada, sin dejar apenas que se viesen los burdos maderos de la construcción. En verano, el lugar se cubría de hermosas flores de temporada como las caléndulas, las petunias o las «cuatro en punto», que encontraban siempre un rincón protegido para desplegar sus esplendores y que eran un orgullo y una delicia para la Tía Chloe.

Entremos en la vivienda. La cena de la casa ya ha terminado, y la Tía Chloe, que ha dirigido como cocinera principal los preparativos, les ha dejado a los pinches la tarea de recogerlo todo y lavar los platos, para venir a sus reducidos territorios personales «a darle la cena a su viejo»; así que, sin duda, será ella a quien veáis junto al fuego, vigilando atentamente una fritura en la sartén, o quien destape de vez en cuando con parsimonia una olla, de la que escapan unos efluvios que indican que algo realmente bueno se está cociendo en ella. Su rostro redondo, negro y brillante, reluce como si se lo hubiera lavado con claras de huevo, como los bizcochos para el té. Su rolliza apariencia está radiante de satisfacción y contenta bajo su turbante bien almidonado, que lleva, hemos de confesar, con algo de la vanidad característica de quien es consciente de su valor como la mejor cocinera de los alrededores, porque Tía Chloe es reconocida y aclamada como tal por todo el mundo.

De verdad que era una cocinera de arriba a abajo, hasta la médula de sus huesos y hasta el fondo de su alma. Ningún pollo, pavo o pato del gallinero podía evitar asustarse cuando la veía acercarse, y al verla parecía considerar cuál sería, sin lugar a dudas, su último día; y lo que era cierto es que ella sí que meditaba sobre la manera de preparar, estofar o asar, hasta tal punto que inspiraba terror en todas las aves de corral vivientes. Su torta de maíz y otras variedades de hojaldres, molletes y buñuelos, con otras muchas especialidades demasiado numerosas para ser mencionadas, eran un sublime misterio para todos los menos iniciados, y ella agitaba sus gruesas formas con justo orgullo y alegría, mientras contaba los infructuosos esfuerzos que sus colegas hacían para alcanzar su excelencia.

La llegada de invitados a la casa, la preparación de cenas y banquetes «con estilo» despertaban en ella todas las energías de su alma, y ninguna visión le producía tanto placer como la de una pila de maletas y baúles de viaje en medio de la galería, ya que en ellos veía nuevos esfuerzos que hacer y nuevos triunfos que conseguir.

Precisamente ahora, Tía Chloe está mirando en una cazuela, simpática tarea en la que la dejaremos hasta que terminemos nuestra descripción de la cabaña.

En un rincón estaba la cama, cubierta sencillamente por una colcha blanca como la nieve, y a su lado había una alfombra de un tamaño considerable. En esta alfombra se plantaba la Tía Chloe, dando sobre ella los mejores paseos de su vida con gran decisión, y tanto esta como la cama en la cual se tendía, y de hecho todo el rincón, eran tratados con una distinguida consideración y, dentro de lo posible, quedaban como un lugar sagrado, protegido de las incursiones de intrusos y de los ataques de los niños. En realidad, aquel rincón era la «sala» del alojamiento. En el rincón opuesto había una cama mucho más humilde en sus pretensiones y, evidentemente, destinada para dormir. La pared sobre la chimenea estaba adornada con algunos grabados muy brillantes y con un retrato del general Washington, dibujado y coloreado de una manera tal que hubiera asombrado al héroe con toda seguridad si este hubiera tenido la oportunidad de encontrarse con su réplica.

En el rincón, sobre un burdo banco, un par de chicos de pelo crespo, ojos brillantes y mejillas gordas y lustrosas estaban ocupados en supervisar los primeros pasos de un bebé, que, como suele suceder en dichas ocasiones, consistían en ponerse de pie, balancearse un instante y caerse, y a cada caída recibir enérgicos mensajes de ánimo como si fuera algo realmente muy inteligente.

Una mesa, de patas un tanto reumáticas, se hallaba puesta enfrente del fuego y cubierta por un paño, sobre el que tazas y platos de un estilo decididamente brillante anunciaban una cena inminente. A la mesa estaba sentado el Tío Tom, el mejor trabajador del señor Shelby, a quien, como será el protagonista de nuestra historia, debemos fotografiar para nuestros lectores. Era un hombre alto y fuerte, de complexión robusta y poderosa, de color negro brillante y con una cara cuyas auténticas facciones africanas quedaban enmarcadas por una expresión seria y serena de buen sentido común, unida a una gran amabilidad y bondad. Había algo en su aspecto general de respeto de sí mismo y de dignidad, unido a una sencillez humilde y confiada[1].

En este momento estaba muy ocupado intentando copiar algunas letras sobre un pizarrín que se encontraba delante de él y sobre el que se aplicaba con mimo, operación que era supervisada por el joven amo George, un chico de trece años, inteligente y brillante, que parecía comprender completamente su calidad elevadísima de instructor.

—No, así no, Tío Tom, es para el otro lado —dijo enérgicamente, mientras el Tío Tom trazaba laboriosamente el rabo de su «g» hacia el lado equivocado—. Eso hace «q», ya lo ves.

—Bien, ¿y ahora? —dijo el Tío Tom, mirando con respeto y admiración a su joven maestro mientras este garabateaba innumerables «q» y «g» para enseñarle.

Y entonces, tomando el lápiz con sus dedos grandes y pesados, volvió a empezar con paciencia[2].

—¡Con qué facilidad hacen los blancos estas cosas! —dijo la Tía Chloe en una pausa mientras untaba una sartén con un trozo de tocino pinchado en un tenedor, y mirando al amito George con orgullo—. ¡Ya es capaz de

escribir, y también de leer! Y, además, venir aquí por las noches y leernos sus lecciones es de verdad apasionante.

—Tía Chloe, empiezo a sentirme hambriento —dijo George—. ¿No está ya hecha la torta en el fuego?

—Sí, casi del todo, señorito George —diio Tía Chloe levantando la tapa y dándole una ojeada—. Está dorándose de maravilla y tiene un color precioso. ¡Ay, es mi especialidad! La señora deja a Sally que intente hacer tortitas. El otro día quiso que hiciera una, «solo para aprender», dijo. «No lo haga, señora —le dije—, de verdad me duele en el alma cuando veo buenos ingredientes desperdiciados de esa manera». La torta solo se levantó por un lado, no tenía ninguna forma, o no mejor que la de mi zapato. ¡Muy mal!

Y con esta expresión de desprecio hacia la inexperiencia de Sally, la Tía Chloe asió la tapa del molde y la levantó para mostrar una torta perfectamente cocida, que no habría avergonzado a ningún pastelero de la ciudad. Como esta era la razón principal de su entretenimiento, la Tía Chloe empezó a apresurarse enérgicamente en los preparativos de la cena.

—¡Venga, Pete y Mose! ¡Quitaos de en medio, negritos! Y tú también, Mericky, bonita, mamita le va a dar a su bebé algo muy bueno, dentro de un momentín[3]. Ahora, señorito George, quite los libros de la mesa y siéntese usted con mi viejo, que yo le traeré las salchichas y la primera bandeja llena de pasteles en un santiamén.

—Querían que cenara en casa, pero yo sé demasiado bien dónde está lo bueno, Tía Chloe.

—Sí que lo sabe, sí que lo sabe, mi niño —dijo Tía Chloe, amontonando los humeantes pastelillos en una fuente—, bien sabe que su tita le guarda lo mejor para él. ¡Siga así! ¡Lo hace muy bien!

Y con esto, la tita le hizo una señal con su dedo, que debía ser bastante graciosa, y volvió a su sartén para seguir friendo con gran energía.

—Ahora, la torta —dijo el amito George cuando la actividad de la sartén pareció haber cesado.

Y al decir esto, el joven puso un gran cuchillo sobre el alimento en cuestión.

—¡Dios le bendiga, señorito George! —dijo la Tía Chloe con agitación, sujetándole el brazo—. No va a cortarla con ese cuchillote tan pesado. La

va a destrozar, con lo bien que ha subido la masa; tome un cuchillo viejo y pequeño, muy afilado a propósito. Ve, ahora, lo bien que se corta, tan ligero como una pluma. Y ahora, a comer, no encontrará nada mejor que este pastel.

—Dice Tom Lincoln —dijo George hablando con la boca llena— que su Jinny es mejor cocinera que tú[4].

—Lo que digan los Lincoln no cuenta para nada —dijo la Tía Chloe despectivamente—. Quiero decir, al lado de lo que puedan decir los nuestros. Son gente bastante respetable, corriente y moliente, pero en cuanto quieren hacer algo con estilo, no tienen ni la más remota idea. Ponga usted al señor Lincoln al lado del señor Shelby, ¡qué comparación, Dios mío[5]! Y la señora Lincoln, ¿sería capaz de entrar en una sala como mi señora, tan espléndida, ya sabes? ¡Qué va! No me diga nada de los Lincoln, pues —y la Tía Chloe sacudía la cabeza como alguien que piensa saber algo de las cosas mundanas.

—Bueno, a pesar de eso, te he oído decir —dijo George— que Jinny era una cocinera bastante buena.

—Eso dije, es posible —admitió Tía Chloe—. Jinny puede estar bien para hacer una buena comida, sencilla, corriente. Hacer buenos panes, sin que vaya muy lejos; su pastel de maíz no es extraordinario, aunque es bueno, pero, ay, Dios, si se quieren cosas más elevadas, ¿qué es capaz de hacer? Porque hace tartas, claro que las hace, pero ¿cómo le quedan por encima? ¿Y acaso puede hacer ella una masa verdaderamente ligera, que se te funda en la boca y que se mantenga airosa como una borla? Ahora me acuerdo de cuando la señorita Mary iba a casarse y Jinny me enseñó las tartas para la boda. Jinny y yo somos buenas amigas, ya se sabe. Nunca dije nada, pero de verdad, señorito George, ¡no hubiera podido dormir en una semana con unas tartas así!

—Supongo que Jinny siempre creyó que eran buenísimas —dijo George.

—¡Pensó eso! De verdad lo pensó. Allí estaba, enseñándolo a todo el mundo como una tonta, y ese es el problema, Jinny no entiende. ¡Dios mío, si la familia no es nada! ¿Cómo iba ella a entender? No es culpa suya. ¡Ay, señorito George, no sabe usted el privilegio que supone ser miembro de su

familia y educado por ella! —y en este punto, la Tía Chloe miró hacia arriba, volviendo los ojos con emoción.

—Pues yo estoy seguro, Tía Chloe, de que entiendo muy bien mis privilegios de tartas y pudines —dijo George—. Pregúntaselo a Tom Lincoln, si no se lo cacareo cada vez que le veo.

La Tía Chloe se sentó en su silla y se permitió una carcajada de todo corazón ante esta ingeniosidad de su joven amo, riendo hasta que se le saltaron las lágrimas y rodaron por sus negras y brillantes mejillas, variando el ejercicio con juguetones palmetazos y empujones al señorito George, diciéndole que parara, que era un caso y que era capaz de matarla, que de seguro lo conseguiría uno de esos días, y entre estas sanguinarias predicciones, se echaba a reír cada vez más fuerte que la anterior, hasta que George empezó a pensar que era un tipo de ingenio muy peligroso y que tenía que tener más cuidado con lo que decía cuando quería ser «lo más gracioso posible».

—¿Así que eso le dijo usted a Tom, verdad? ¡Dios mío, qué jóvenes estos, qué cosas se les ocurren! ¿Cacarearle a Tom? Dios mío, señorito, sería usted capaz de hacer reír a un muerto…

—Pues sí —dijo George—. Le dije: «Tom, deberías ver algunas de las tartas de Tía Chloe, son como es debido».

—Pobre Tom, no podrá —dijo la Tía Chloe, con su benevolente corazón conmovido por la idea de la miserable condición de Tom—. Lo que tiene que hacer es decirle que venga aquí uno de estos días para cenar, señorito George. Sería algo amable por su parte. ¿Sabe, señorito George?, no tiene usted que sentirse por encima de nadie en razón de sus privilegios, porque los privilegios nos son dados, siempre tenemos que recordar esto —añadió la Tía Chloe, muy seria.

—Bien, tengo la intención de invitar a Tom aquí algún día la semana que viene —dijo George—. Y tú harás lo que puedas, Tía Chloe, y le dejaremos con los ojos como platos. ¡Le haremos comer tanto que no podrá moverse en quince días!

—Sí, por supuesto —dijo la Tía Chloe encantada—. Ya verá. ¡Dios mío, piense en algunas de las cenas que hemos tenido! ¿Recuerda aquel inmenso pastel de pollo que hice cuando ofrecimos una cena al general Knox? La

señora y yo casi nos peleamos por cómo hacerlo. Yo no sé qué les entra a veces a las damas, pero en ocasiones, cuando mayor es la responsabilidad que le cae a uno encima y las cosas se ponen de verdad muy serias, se pasan el tiempo revoloteando alrededor y poniéndose en medio, estorbando muchísimo. Y por fin, cuando ya me harté, le solté: «Ahora, señora, ¿por qué no mira usted sus preciosas manitas blancas con sus dedos tan largos cubiertos de sortijas, como mis lilas blancas cuando les cae el rocío, y mira luego mis manazas que parecen muñones? Dígame entonces, ¿no le parece que Dios debía querer que yo hiciera los pasteles al horno y que usted se quedara en los salones?». Fíjese, estuve un poco grosera, señorito George[6].

—¿Y qué dijo mi madre? —preguntó George.

—¿Decir? Bueno, sonrió con sus ojos, con sus hermosísimos ojos, y dijo: «Bueno, Tía Chloe, seguramente llevas razón», eso me dijo, y se volvió al salón. Debería haberme azotado por ser tan grosera, pero es que no puedo soportar que vengan las damas a la cocina.

—Bueno, esa cena resultó muy bien, me acuerdo de que todo el mundo dijo eso —dijo George.

—¿No es cierto? Y yo me puse detrás de la puerta del comedor ese día, y pude ver cómo el general repetía tres veces de ese mismo pastel, diciendo: «Tiene usted una cocinera extraordinaria, señora Shelby». ¡Dios mío! ¡Por poco no reviento de satisfacción! Y el general sí que entiende de cocina… —continuó la Tía Chloe, adoptando un aire de superioridad—. Un hombre muy amable el general, viene de una de las familias mejores de la vieja Virginia. Sabe lo que vale una buena comida, lo mismo que yo, el general. Porque en todos los pasteles hay secretos, señorito George, pero muy poca gente los conoce. El general sí que los sabe, lo comprendí por los comentarios que hacía, él sabe mucho de cocina.

En aquel momento, el amito George había llegado a ese punto al que incluso un chico puede llegar (en determinadas circunstancias muy particulares, cuando ya no puede tomar ni un bocado más) y por ello le alivió ver que unas cabelleras crespas y unos ojos brillantes estaban mirando desde el rincón opuesto.

—Venid aquí, Pete y Mose —dijo cortando buenos pedazos y lanzándoselos—. Anda, Tía Chloe, ¿por qué no les preparas a ellos algunos

pastelillos?

Y George y Tom se prepararon un cómodo asiento en el rincón de la chimenea, mientras la Tía Chloe, después de hacerles una buena pila de tortitas, tomaba a su bebé en los brazos y llenaba por riguroso turno su boquita y la de ella, repartiendo a la vez entre Mose y Pete, que parecían preferir mucho más comerse las tortas rodando por el suelo, revolcándose bajo la mesa y tirando de vez en cuando de los deditos de los pies al bebé.

—¡Venga, largo de aquí, fuera! —les decía su madre, dando de vez en cuando un golpe bajo la mesa, cuando la agitación se hacía excesiva—. ¿No podéis comportaros como es debido cuando vienen a veros los blancos? ¿Vais a parar de una vez o no? Mejor será que lo hagáis, o ya os pondré en vuestro sitio cuando el señorito George se haya ido…

El significado preciso que encerraba esta terrible amenaza es difícil de decir, pero lo que es cierto es que la horrible vaguedad de las palabras parecía producir muy poca impresión en los pequeños pecadores a los que iba dirigida.

—¡Basta, por Dios! —dijo el Tío Tom—. Estos muchachos tienen tanto nervio que son incapaces de quedarse quietos.

Entonces los chicos salieron de debajo de la mesa y, con la cara y las manos llenas de dulces migas, empezaron a besar al bebé con gran energía.

—¡Pero marchaos de aquí! —dijo su madre empujando sus cabezas lanosas—. Os quedaréis pegados a la niña sin poder separaros, si hacéis eso. Id a la fuente a lavaros —añadió, acompañando sus órdenes de un cachete que sonó muchísimo, pero que no pareció producir más que la risa de los chicos, mientras rodaban uno sobre otro al salir fuera con gran precipitación, donde siguieron chillando alegremente.

—¿Has visto alguna vez a unos chicos tan mal educados? —dijo la Tía Chloe, con bastante satisfacción, mientras sacaba una vieja toalla reservada para esos fines.

Y, vertiendo sobre ella agua de una tetera algo desportillada, empezó a lavar la cara y las manos de la niñita. Una vez que la dejó limpia y reluciente la sentó sobre el regazo de Tom mientras se atareaba recogiendo los restos de la cena. La niña empleaba el tiempo entretanto en tirarle de la nariz a Tom, en arañarle la cara y en enterrar sus manos en su crespo

cabello; esta última operación parecía producirle a la niña una particular alegría.

—¿No es una niña monísima? —dijo Tom, alzándola para poderla ver entera.

Después, levantándose, se la puso sobre sus anchos hombros, y empezó a bromear y a bailar con ella, mientras el amito George jugaba tendiéndole su pañuelo y Mose y Pete, ya de vuelta, rugían como osos para ella, hasta que Tía Chloe declaró que le «estaban haciendo estallar la cabeza» con su ruido. Como, según Tía Chloe, esto sucedía diariamente en la cabaña, su declaración no sirvió para reducir el jolgorio general, hasta que cada uno de ellos hubo rugido, rodado por el suelo y bailado hasta quedar rendido.

—Bueno, espero que ahora estaréis ya más calmados —dijo Tía Chloe, quien había estado ocupada sacando un basto cajón que servía de cama corredera—. Ahora, tú, Mose, y tú, Pete, os metéis aquí, porque vamos a tener una reunión[7].

—No, mamá, no queremos. Nos queremos quedar a la reunión, la reunión es tan bonita, nos gusta tanto…

—Por favor, Tía Chloe, déjales que se queden y guarda eso —dijo el amito George de modo decisivo y empujando la burda máquina.

La Tía Chloe, habiendo salvado así las apariencias, parecía totalmente encantada de guardar el engendro, diciendo mientras lo hacía: «Bueno, quizá les haga algún bien asistir a la reunión».

La casa se convirtió en un comité que disponía los preparativos y arreglos para la reunión con participación de todos.

—La verdad es que no sé qué es lo que vamos a hacer para encontrar bastantes sillas —dijo la Tía Chloe.

Dado que la reunión había tenido lugar cada semana en la cabaña del Tío Tom desde tiempos inmemoriales sin que hubiera más sillas que ahora, había esperanzas de que hubiera algún medio para encontrarlas.

—El viejo Tío Peter rompió las dos patas de la silla más vieja la semana pasada —sugirió Mose.

—¡No os paséis, apuesto a que la habéis sacado para alguna de vuestras gracias! —dijo la Tía Chloe.

—Bueno, la silla se sostendrá si la mantenemos apoyada contra la pared —dijo Mose.

—Entonces el Tío Peter no tiene que sentarse en ella, porque él siempre salta cuando canta. Saltaba muchísimo por toda la habitación la última noche —dijo Pete.

—¡Dios bendito! Entonces vamos a ponérsela —dijo Mose— y cuando esté cantando aquello de «Venid justos y pecadores, oíd mi palabra», pues se caerá —y Mose remedó con exactitud los tonos nasales del viejo, tirándose al suelo para ilustrar la supuesta catástrofe.

—¡Basta ya! Portaos bien, ¿de acuerdo? —dijo Tía Chloe—. ¿No os da vergüenza?

El amito George, sin embargo, se unió a los pecadores en la risa, y declaró con gran convencimiento que Mose era un pillo. Así que las amonestaciones maternas no consiguieron mucho efecto.

—Bueno, viejo —dijo Tía Chloe—, tendrás que instalarlos sobre los barriles.

—Los barriles de mamá son milagrosos; el señorito George estaba leyendo sobre uno de ellos un buen libro; nunca fallan —le dijo Mose a Pete.

—Estoy seguro de que uno de ellos se venció la semana pasada —dijo Pete—, y hay que dejar que caigan rodando al suelo en mitad de los cánticos; eso sería una buena caída, ¿o no?

Mientras Mose y Pete mantenían esta conversación, habían traído rodando dos barriles vacíos que, calzados con piedras a cada lado para que no se movieran y con tablones encima formaban unos asientos que, unidos a algunas tinajas y baldes puestos del revés y a las desvencijadas sillas que se habían colocado, completaban el mobiliario de la sala.

—El señorito George lee tan bien en voz alta… me parece que se quedará con nosotros ahora para leernos algo —dijo Tía Chloe—, será mucho más interesante.

George aceptó de buen grado la solicitud, ya que un muchacho está siempre dispuesto a cualquier cosa que le dé alguna importancia.

La sala se llenó al poco tiempo de una variada asamblea, desde el viejo patriarca de ochenta años de cabeza plateada hasta la jovencita o el mozo de quince. Un inocente chismorreo sobre diversos temas siguió al encuentro, entre otros cómo la vieja Tía Sally había conseguido su nuevo pañuelo rojo y cómo «la señora iba a darle a Lizy el vestido de muselina moteada cuando tuviera arreglado su nuevo atuendo», y cómo el señor Shelby estaba pensando en comprar un nuevo potro bayo, que constituiría una prueba más que añadir a las glorias de la casa.

Algunos de los congregados pertenecían a familias de fuera, que habían obtenido permiso para venir y que traían varias noticias selectas sobre lo que se decía y lo que se hacía en la casa y en otros lugares, y estas informaciones circulaban con tanta libertad como el mismo tipo de charla lo hace en círculos más encumbrados.

Después de un rato, los cánticos comenzaron, con evidente placer de todos los presentes. Ni siquiera el inconveniente de la entonación nasal podía evitar el efecto de las excelentes voces espontáneas, en canciones a la vez naturales y llenas de alma. La letra era con frecuencia la de los bien conocidos y comunes himnos que se cantaban en las iglesias de los alrededores, y a veces tenía el carácter más indefinido y más silvestre adoptado en las reuniones de evangelización en el campo[8].

El estribillo de uno de ellos, cantado a coro con gran energía y devoción, decía lo siguiente:

Muere en el campo de batalla,
Muere en el campo de batalla,
Tenga gloría en mi alma.

Otra de las canciones favoritas repetía a menudo estas palabras:

¡Oh, me voy a la gloría! ¿No quieres venir conmigo?
¿No ves a los ángeles haciéndome señas y llamándome?
¿No ves la ciudad dorada y el día eterno?[9].

Había otras que mencionaban incesantemente las orillas del Jordán y los campos de Canaán y la Nueva Jerusalén, ya que el espíritu de los negros, apasionado e imaginativo, siempre se aficiona a himnos y expresiones de un carácter vivo y pictórico; y mientras cantaban, algunos reían y otros gritaban, y algunos aplaudían y se daban la mano regocijándose como si de verdad hubieran alcanzado la otra orilla del río.

Después vinieron varias exhortaciones y relatos de experiencias entremezclados con los cánticos. Una vieja mujer de cabellos grises, que no trabajaba pero que era muy respetada como una especie de crónica viviente del pasado, se levantó y, apoyándose en su bastón, dijo:

—Bien, hijos míos, porque no sé cuándo me tocará irme a la gloria, ya lo tengo todo listo, hijos; es como si tuviera mi hatillo preparado y mi gorro puesto, y ya solo estoy esperando el coche que me recoja y me lleve a casa; a veces, por la noche, creo que oigo las ruedas que se acercan y miro por la ventana; y ahora os digo, preparaos vosotros también, hijos —y, diciéndolo, golpeaba con su bastón fuertemente en el suelo—, esta gloria es una

bendición, es una bendición, hijos, no podéis ni haceros una idea, es maravilloso.

Y la vieja mujer se sentó con raudales de lágrimas en los ojos y como fuera de sí, mientras todos empezaban a cantar:

¡Oh, Canaán, hermoso Canaán!
Estoy unido a la tierra de Canaán.

El amito George, tal y como le habían pedido, leyó los últimos capítulos de la Revelación, siendo interrumpido a menudo por exclamaciones tales como «La salvación, ahora», «¡Escucha eso!», «¡Piensa en ello!», «¿Sucederá tal y como dice?»…

George, que era un chico despierto y bien educado por su madre en los asuntos religiosos, y siendo él mismo objeto de la admiración general, expuso sus teorías personales, de vez en cuando, con una encomiable seriedad y ponderación, por lo que fue admirado por los jóvenes y bendecido por los mayores, y todos estuvieron de acuerdo en decir que «un ministro no habría podido hacerlo mejor que él» y que «era sorprendente».

El Tío Tom era una especie de patriarca en asuntos religiosos para todo el vecindario. Tenía de modo natural una organización en la que lo moral predominaba con fuerza, lo cual, unido a una gran amplitud de ideas y a una cultura superior a la que tenían sus compañeros, hacía que fuera considerado como una especie de ministro entre ellos, y el sencillo sentido y sincero estilo de sus exhortaciones podía haber edificado incluso a personas con más educación. Pero sus plegarias eran todavía más excelsas. Nada podía superar la conmovedora sencillez, la seriedad infantil de sus rezos, enriquecidos con el lenguaje de las Escrituras, que parecían haberse metido tan profundamente en su ser que se habían convertido en una parte de sí mismo, y que salían de sus labios sin que se lo propusiera, en el lenguaje de un piadoso viejo negro: él «rezaba como era debido». Y sus plegarias hacían tanto efecto en la devoción de su audiencia, que muchas veces podía darse el peligro de que se pudiera perder ante la abundancia de reacciones que se producían alrededor de él.

Mientras esta escena se desarrollaba en la cabaña del hombre, una muy diferente tenía lugar en los salones del amo.

El traficante y el señor Shelby estaban sentados juntos en el comedor antes citado, ante una mesa cubierta con papeles y utensilios de escritura.

El señor Shelby estaba ocupado contando unos fajos de billetes, que, una vez contados, ponía delante del traficante, que los contaba a su vez[10].

—Todo está en orden —dijo el traficante—, solo nos queda firmar.

El señor Shelby le tendió precipitadamente los contratos de venta y los firmó, como un hombre que se apresura para acabar con una tarea desagradable, y los colocó junto al dinero. Haley sacó un pergamino de un maletín muy usado y después de mirarlo un momento se lo pasó al señor Shelby, quien lo tomó con un gesto de ansiedad reprimida.

—Bueno, ya está hecho —dijo el traficante levantándose.

—¡Está hecho! —musitó el señor Shelby y, tomando bastante aire, repitió—: ¡Está hecho!

—No parece usted muy contento con ello, creo notar —dijo el traficante.

—Haley —dijo el señor Shelby—, espero que se acordará de lo que me ha prometido; por su honor, no venderá a Tom sin saber en qué clase de manos va a caer.

—Bueno, señor, eso es justo lo que usted acaba de hacer —dijo el traficante.

—Las circunstancias, como bien sabe usted, me han obligado a ello —dijo Shelby altanero.

—Bueno, pues también podría ser que yo me viera obligado a hacerlo —dijo el traficante—. En cualquier caso, intentaré encontrarle a Tom un buen amo, y en cuanto a tratarle mal por mi parte, no tiene usted que preocuparse. Si hay algo por lo que tengo que dar gracias a Dios es porque no soy nunca cruel.

Después de las explicaciones que el traficante había dado anteriormente sobre sus principios humanitarios, el señor Shelby no se sintió particularmente confortado por sus declaraciones, pero como era el mejor consuelo que permitía el caso, dejó que el traficante se marchara en silencio y decidió fumarse un puro a solas.

Capítulo V

Donde se muestran los sentimientos de la propiedad viva cuando cambia de propietario

El señor y la señora Shelby se habían retirado a sus aposentos por la noche. El señor estaba echado en una gran butaca, leyendo algunas cartas que habían llegado en el correo de la tarde, y la señora se encontraba delante del espejo cepillándose sus cabellos, arreglados por Eliza en complicados rizos y trenzas, pues al notar la palidez de las mejillas y la mirada ojerosa de su sirvienta, la había excusado de los cuidados de la noche y la había mandado a la cama. La tarea, de modo bastante natural, le recordó su conversación con la muchacha aquella mañana, y volviéndose hacia su marido le dijo con cierta dejadez:

—Por cierto, Arthur, ¿quién era ese hombre tan zafio que has sentado a nuestra mesa esta noche?

—Se llama Haley —dijo Shelby, moviéndose bastante incómodo en su asiento, y sin levantar los ojos de una carta.

—¡Haley! ¿Quién es y qué puede venir a hace aquí, me lo podrías decir?

—Bueno, es el hombre con quien hice algunos negocios la última vez que fui a Natchez —dijo el señor Shelby.

—Y pensó que con eso estaba como en su casa y que podía invitarse a cenar aquí, ¿no?

—No. Le he invitado yo; tenía varias cuentas que saldar con él —dijo Shelby.

—¿Es un traficante de esclavos? —preguntó la señora Shelby, notando cierto azaramiento en la actitud de su marido.

—¡Cómo, querida! ¿Qué te hace pensar eso? —dijo Shelby levantando los ojos.

—Nada, solo que Eliza ha venido aquí, después de la cena, con una enorme preocupación, llorando y trastornada, y me ha dicho que habías estado hablando con el traficante y que le había oído hacerte una propuesta para comprarte al niño. ¡Qué vanidosa, fíjate qué tontería tan grande!

—Así que eso te ha dicho, ¿eh…? —dijo el señor Shelby, volviendo a sus papeles, que parecieron absorberle durante algunos instantes, pero sin reparar en que había puesto la hoja al revés. «Tendré que decírselo —pensaba— antes o después».

—Le he dicho a Eliza —continuó la señora Shelby, mientras seguía cepillándose— que era una bobada sufrir por eso, y que tú nunca has tenido nada que ver con esa clase de personas. Desde luego, ya sé que no tienes ninguna intención de vender a ninguno de los nuestros, y menos a un tipejo como él.

—Bueno, Emily —repuso su marido—, eso es lo que siempre he dicho y deseado, pero la verdad es que mis negocios van tan mal que no puedo evitarlo. Tengo que vender a alguno de mis hombres.

—¿A ese ser? ¡Es imposible! ¡Señor Shelby, no puedes decirlo en serio!

—Me apena decir que sí —dijo el señor Shelby—. He acordado venderle a Tom.

—¡Cómo! ¿Nuestro Tom? ¿Este hombre tan fiel y tan bueno que te ha servido desde niño? ¡Oh, señor Shelby! Y le habías prometido la libertad; incluso, hemos hablado del tema tú y yo cientos de veces. Bueno, ahora puedo creérmelo todo, ahora puedo creer que eres capaz de vender al pequeño Harry, el único hijo de la pobre Eliza —dijo la señora Shelby, en un tono entre el dolor y la indignación.

—Bueno, como has de saberlo todo, así es. He aceptado vender a Tom y a Harry juntos, y no sé por qué tengo que ser tachado de monstruo por hacer algo que todo el mundo hace a diario.

—Pero ¿por qué has elegido a estos dos, entre todos los demás, si de verdad te veías obligado a vender?

—Porque ellos me proporcionarán la mayor suma de dinero, por eso. Hubiera podido elegir a otros, ya que lo dices. El tipo me hizo una

excelente oferta por Eliza, si eso te interesa —dijo el señor Shelby.

—¡El muy miserable! —dijo la señora Shelby con vehemencia.

—Por supuesto, no le hice caso; aparte del respeto hacia tus sentimientos, yo no podría hacerlo, así que confía un poco en mí.

—Querido —dijo la señora Shelby recobrando la calma—, perdóname. Me he precipitado. Estoy sorprendida y sin la menor preparación para esto, pero seguramente me permitirás que interceda por estas pobres criaturas. Tom es todo nobleza y muy fiel, aunque sea negro. Creo que, si fuera necesario, daría su vida por ti.

—Sí, ya lo sé, he de reconocerlo, pero ¿para qué sirve discutir? Ni yo mismo puedo evitarlo.

—¿Por qué no hacemos algún sacrificio pecuniario? Yo estoy dispuesta a llevar mi parte en los inconvenientes. ¡Oh, señor Shelby, he intentado cumplir mi deber con la mayor conciencia, lo he intentado como debe hacerlo una mujer cristiana para con estas pobres, sencillas y dependientes criaturas! Me he ocupado de ellas, las he instruido, las he observado y conozco hasta sus menores preocupaciones y alegrías, desde hace años. ¿Cómo podría yo llevar la cabeza alta ante ellas si por obtener una ganancia vil vendemos a un individuo tan fiel, excelente y confiado como el pobre Tom, y le arrancamos en un momento de todo lo que le hemos enseñado a amar y apreciar? Les he enseñado las obligaciones familiares entre padres e hijos y entre marido y mujer, ¿cómo podré soportar este reconocimiento evidente de que no nos importan para nada los lazos de familia, el deber o la relación, por sagrada que sea, en comparación con el dinero? Yo he hablado con Eliza sobre su niño, sobre su obligación para con él como madre cristiana para vigilarle, rezar por él y criarle de un modo cristiano, y ahora, ¿qué le podré decir, si tú le separas de ella y lo vendes, en cuerpo y alma, a un hombre descreído y sin principios, solo para ganar algo de dinero? Le he enseñado a ella que cada alma vale más que todo el dinero del mundo, ¿cómo me creerá cuando vea que cambiamos de parecer y que vendemos a su hijo? ¿Y que lo vendemos, quizá, para arruinar su cuerpo y su alma?

—Lamento muchísimo que lo sientas tanto, de verdad me apena —dijo el señor Shelby—, y respeto tus sentimientos también, aunque no los

comparto totalmente, pero te digo que en este momento es inútil que intercedas, ni yo puedo remediarlo. No tenía intención de decírtelo, Emily, pero, en pocas palabras, no tengo otra salida más que venderlos a los dos o venderlo todo. O ellos se van, o se tendrán que ir todos. Haley tiene en su poder una hipoteca que, si no negocio directamente con él, se llevará todo lo que tenemos. He buscado hasta el último céntimo, he regateado y he pedido dinero prestado, he hecho de todo salvo pedir limosna, y la venta de estos dos era necesaria para saldar la deuda, y he tenido que sacrificarlos. A Haley le gustó el chico, aceptó solucionar el asunto de ese modo y de ningún otro. Yo estaba en su poder y tenía que hacerlo. Si te sientes así por haberlos tenido que vender, ¿cómo te sentirías si tuviéramos que vender a todos?

La señora Shelby se quedó de una pieza. Volvió a su tocador, se quedó ^con la cara entre las manos y lanzó una especie de gemido:

—¡Esta es la maldición de Dios sobre la esclavitud! ¡Una maldición muy amarga, una maldición para el amo y una maldición para el esclavo! He sido una estúpida creyendo que podría hacer el bien con algo moralmente malo. Es un pecado poseer un esclavo con leyes como las nuestras, siempre sentí que lo era, así lo pensaba cuando era niña y aún lo pensaba cuando fui a la iglesia, pero ¿cómo he podido olvidarlo? Pensé que con amabilidad y cuidados, con instrucción, podría hacer la condición de los míos mejor que la libertad, ¡qué estúpida he sido[1]!

—Vaya, mujer, te estás convirtiendo en una abolicionista, ¿no crees?

—¡Abolicionista! Si ellos supieran lo que yo sobre la esclavitud, podrían hablar. No los necesitamos para que nos digan que no está bien, sabes que nunca pensé que la esclavitud fuera buena y que nunca deseé poseer esclavos.

—Bueno, en esto difieres de muchos hombres sabios y piadosos —dijo el señor Shelby—. ¿Recuerdas al señor B. en el sermón del sábado pasado[2]?

—No quiero escuchar sermones así, ni deseo volver a escuchar al señor B. en nuestra iglesia nunca más. Los pastores tal vez no puedan evitar el mal, quizá no puedan remediarlo más de lo que nosotros podamos

hacerlo, pero ¡defenderlo! es algo contrario a mi sentido común. Y me parece que a ti tampoco te gustó el sermón.

—Bueno —dijo Shelby—. He de admitir que estos pastores en algunas ocasiones llevan las cosas mucho más lejos de lo que nos atreveríamos a hacerlo nosotros, pobres pecadores. Nosotros, los que vivimos en el mundo, tenemos que cerrar los ojos ante determinadas cosas y acostumbrarnos a tolerarlas aunque no sean exactamente justas. Pero no nos gusta cuando las mujeres o los pastores exponen sus puntos de vista y van más allá que nosotros en materias de modestia o de moral, esa es la verdad. Pero ahora, querida, confío en que tú comprenderás la necesidad de esto y verás que he hecho lo mejor que me permitían las circunstancias.

—Oh, sí, sí —dijo la señora Shelby apresuradamente y con distracción, señalando su reloj de oro—. No tengo joyas de gran valor —añadió pensativa—, pero ¿no podría servir de algo este reloj? Fue muy caro, cuando lo compramos. Si al menos pudiera salvar al niño de Eliza, sacrificaría todo lo que tengo.

—Lo siento muchísimo, Emily —dijo el señor Shelby—. Siento que esto te afecte tanto, pero no servirá de nada. La verdad, Emily, es que todo está concluido y los contratos de venta ya están firmados y en poder de Haley, y puedes dar gracias de que no sea algo peor. Ese hombre ha tenido poder para llevarnos a todos a la ruina, y eso ya ha pasado, felizmente. Si conocieras al hombre como yo, sabrías que hemos escapado por muy poco.

—¿De verdad es tan cruel?

—Bueno, no es exactamente un hombre cruel, sino un hombre muy duro, un hombre que solo vive para los negocios y el beneficio, frío y sin miramientos, implacable como la muerte y la tumba. Vendería a su propia madre por un buen dinero, sin desear hacerle el menor mal a la anciana señora por ello.

—Y ese miserable es dueño del buen y fiel Tom y del hijo de Eliza…

—Bien, querida, la verdad es que esto es algo bastante duro para mí, odio pensar en ello. Haley quiere dirigir los asuntos y tomar posesión de los esclavos mañana. Voy a sacar a mi caballo muy de mañana y saldré. No soportaría ver a Tom, esa es la verdad; y lo mejor sería que arreglaras una

salida a algún sitio y te llevaras a Eliza de aquí. Deja que las cosas se hagan cuando ella no lo vea.

—No, no —dijo la señora Shelby—, en ningún caso actuaré como cómplice o ayudaré en este asunto tan sórdido. Me voy a ver al pobre Tom, que Dios le ampare, para acompañarle en su dolor. En cualquier caso, verán que su ama les tiene afecto y sufre con ellos. En cuanto a Eliza, no me atrevo ni a pensarlo. ¡Que Dios nos perdone! ¿Qué hemos hecho para que esta cruel necesidad se abata sobre nosotros?

Había alguien que escuchaba esta conversación sin que el señor o la señora Shelby lo sospecharan.

Contiguo al aposento había un armario espacioso, que abría sus puertas a un pasillo exterior. Cuando la señora Shelby había despedido a Eliza aquella noche, la mente febril y excitada de la joven había concebido la idea de encerrarse en el armario y se había escondido allí y, con su oreja pegada a la puerta, no se había perdido ni una palabra de la conversación.

Cuando las voces se perdieron en el silencio, salió del armario sigilosamente. Pálida, temblorosa, con sus facciones tensas y los labios apretados, parecía un ser completamente diferente de la criatura suave y tímida que había sido hasta entonces. Avanzó con cautela hacia la puerta de su ama y alzó las manos en una muda plegaria a los cielos. Después, dio media vuelta y se deslizó hasta su habitación. Era un aposento limpio y tranquilo, en el mismo piso que el de la señora, con una agradable ventana muy luminosa, donde se había sentado a menudo cantando mientras cosía, y tenía allí un mueble con libros y varios pequeños objetos de fantasía, colocados entre ellos, que eran sus regalos de Navidad. Allí estaba su sencillo guardarropa en el armario y en los cajones. En resumen: allí estaba su casa, que había sido casi siempre un hogar feliz para ella. Pero allí, en la cama, estaba su niño dormido, con sus largos rizos cayendo en torno a su carita inconsciente, con su boca rosada medio abierta y sus manos gordezuelas agarrando las sábanas, con una sonrisa que iluminaba su cara como un rayo de sol.

—¡Pobrecito, pobre hijo mío! —dijo Eliza—. ¡Te han vendido! Pero tu madre aún te puede salvar.

Ni una lágrima cayó sobre la almohada, porque en ocasiones semejantes el corazón no tiene lágrimas que perder, solo pierde sangre, y se va desangrando así en silencio. Tomó un papel y un lápiz, y escribió apresuradamente:

> Señora, amita querida, no piense que soy una desagradecida, no piense mal de mí, de ninguna manera. He oído todo lo que dijeron usted y el señor anoche. Voy a intentar salvar a mi hijo, ¡no me culpe! Que Dios la bendiga y la premie por sus bondades.

Una vez doblado el papel y puesta la dirección a toda prisa, se fue a un cajón y preparó un pequeño paquete de ropa para su niño, lo ató con un pañuelo sólidamente anudado a su cintura y, tan fuerte es el amor de una madre, no se olvidó de añadir al pequeño hatillo uno o dos de sus juguetes favoritos, a pesar de los temores de aquel momento, ni de coger un lorito alegremente pintado para divertirle cuando se despertara. Había cierta dificultad en levantar al dormilón, pero después de algunos esfuerzos, este se sentó y se puso a jugar con el lorito, mientras su madre se ponía un gorro y su chal.

—¿A dónde vamos, madre? —preguntó cuando ella se acercó a la cama con su abriguito y su gorra.

Su madre se aproximó y le miró tan intensamente a los ojos, que inmediatamente el niño adivinó que estaba sucediendo algo extraordinario.

—¡Calla, Harry! —dijo ella—. No tienes que hablar alto o nos oirán. Un hombre malísimo ha venido para separar al pobrecito Harry de su mamá y para llevarle a un cuarto oscuro, pero mamá no le va a dejar, le va a poner a su niño el abrigo y la gorra y nos vamos a escapar de él, para que el horrible señor no se lo pueda llevar.

Mientras decía estas palabras, había ido abrochando y abotonando la sencilla ropa al niño y, tomándolo en sus brazos, le susurró que fuera muy silencioso; a continuación, abriendo una puerta de su habitación que salía a la galería, se deslizó al exterior sin hacer ruido alguno.

Era una noche fría y serena con brillantes estrellas, y la madre envolvió con el chal a su hijo, y este, muy tranquilo, pero con una vaga sensación de terror, se aferró a su cuello.

El viejo Bruno, un Terranova enorme que dormía en el extremo del porche, se levantó con un suave gruñido cuando ella se acercó. Eliza le llamó por su nombre con dulzura y el animal, una vieja mascota y un buen amigo, se dispuso a seguirla al instante, moviendo la cola, aunque aparentemente dándole vueltas a su cabeza de perro, preguntándose por el significado del absurdo paseo nocturno. Algunas vagas ideas de imprudencia o inconveniencia en este aspecto parecieron asaltarle, ya que se paraba frecuentemente mientras Eliza se escabullía, y el perro miraba sensatamente primero hacia ella y luego hacia la casa, y solo entonces, como confortado por la reflexión, seguía de nuevo su camino tras ella. Pocos minutos después se encontraban bajo la ventana de la casita del Tío Tom; Eliza se paró y llamó delicadamente en el cristal de la ventana.

La reunión religiosa en casa del Tío Tom, debida a los himnos, se había prolongado hasta una hora muy avanzada, y como después el Tío Tom se permitió unos cuantos solos bastante largos, resulta que, aunque era ya entre las doce o la una de la mañana, ni él ni sus respetables compañeros estaban aún dormidos.

—¡Dios Santo! ¿Qué sucede? —dijo Tía Chloe, levantándose y corriendo la cortina precipitadamente—. ¡Por mis días, si es Lizy! ¡Anda, viejo, vístete en seguida! Aquí está también el viejo Bruno, dando con las patas, ¿qué pasará? Voy a abrir la puerta.

Y acompañando sus palabras con la acción, abrió la puerta y la luz de la vela de sebo que Tom había encendido con rapidez iluminó el rostro ojeroso y los ojos oscuros y feroces de la fugitiva.

—¡Que Dios te bendiga! ¡Me da miedo verte así, Lizy! ¿Estás empachada, enferma, o qué te pasa?

—Estoy huyendo, Tío Tom y Tía Chloe, y me llevo al niño: el amo lo ha vendido.

—¿Que lo ha vendido? —repitieron ambos, alzando sus manos con consternación.

—¡Sí, lo ha vendido! —dijo Eliza con firmeza—. Me escondí en el armario de la señora esta noche y oí al amo que le decía a la amita que había vendido a Harry, y a ti, Tío Tom, a los dos, a un traficante, y que saldría a caballo esta mañana y que el traficante vendría a tomar posesión de ellos hoy.

Durante el discurso, Tom permaneció con las manos alzadas y los ojos dilatados, como un hombre que está soñando. Poco a poco y lentamente, cuando comprendió al fin lo que se avecinaba, se fue a desplomar más que a sentarse en su vieja silla y dejó caer su cabeza sobre sus rodillas.

—¡Que el Señor se apiade de nosotros! —dijo Tía Chloe—. ¡Oh, no puede ser verdad! ¿Qué ha hecho, para que el amo lo quiera vender?

—No ha hecho nada, no es por eso. El amo no quiere venderlo, y la amita es siempre tan buena. La oí cómo nos defendía y cómo suplicaba por nosotros, pero él le dijo que no servía de nada, que se encontraba en poder de ese hombre, al que debía mucho dinero, y que si no se lo devolvía en el acto, habría tenido que vender la propiedad y a todo el mundo para saldar la deuda. Sí, he oído que no tenía más remedio que vender a los dos o tendría que desprenderse de todos los esclavos, tan difícil se lo ponía ese hombre. El amo dijo que lo sentía; pero ¡oh, la amita! ¡Tenías que haberla oído hablar! ¡Si ella no es una buena cristiana y un ángel, es que nunca los ha habido! He obrado mal dejándola así; pero no puedo evitarlo. Dijo que un

alma vale más que cualquier otra cosa en el mundo; y este chico tiene un alma, y si yo dejo que se lo lleven, ¿quién sabe lo que sería de él? Creo que tengo razón, pero si no la tengo, que Dios me perdone, ¡no puedo evitar hacerlo[3]!

—Bien, viejo —dijo Tía Chloe—. ¿Por qué no te marchas tú también? ¿Vas a esperar a que te manden río abajo, allí donde acaban con los negros con trabajos duros y matándolos de hambre? ¡Mejor morir que ir para allá! Todavía es hora, escápate con Lizy, tienes un pase para ir y venir en cualquier momento. Vamos, date prisa, prepararé tus cosas[4].

Tom levantó lentamente la cabeza y miró apenado pero con serenidad en torno suyo y dijo:

—No, no. No me voy. Deja que Eliza se vaya, es su derecho. No seré yo quien diga lo contrario, no sería justo que se quedara; pero ¡ya has oído lo que acaba de decir! Si tengo que ser vendido yo, antes que todos los demás y que se eche a perder todo, entonces que me vendan. Supongo que lo podré soportar como cualquiera de ellos —añadió, mientras algo entre un sollozo y un gemido sacudía convulsivamente su poderoso y ancho pecho—. El amo siempre confió en mí, y lo seguirá haciendo. Nunca le he defraudado, ni he utilizado mi pase de manera contraria a mi palabra, y nunca lo haré. Es mejor que me vaya yo solo que destrozar el lugar y que os venda a todos. El amo no tiene la culpa, Chloe, y él cuidará de ti y de estos pobrecitos.

Entonces se volvió hacia la basta cama de ruedas donde reposaban las cabecitas de cabellos crespos, y se vino abajo. Se apoyó sobre el respaldo de la silla y se cubrió la cara con sus anchas manos. Los sollozos profundos, roncos y sonoros sacudieron la silla y abundantes lágrimas resbalaron entre sus dedos hasta el suelo; las mismas lágrimas, lector, que deja uno caer sobre el pequeño ataúd donde yace el hijo primogénito; las mismas lágrimas, lectora, que tú vertiste cuando oías el llanto de tu hijo moribundo. Porque, lector, él era un hombre, y tú no eres más que otro hombre; y tú, lectora, aunque vayas vestida de seda y joyas, no eres más que una mujer, y en las grandes pruebas y terribles dolores de la vida no se siente sino una misma pena[5].

—Y ahora, no sé qué haré —dijo Eliza, en el umbral de la puerta—. He visto a mi marido esta misma tarde y poco sabía yo lo que iba a ocurrir. Le

han llevado al límite de su resistencia y me dijo, hoy mismo, que iba a fugarse. Intentad hablar con él, si podéis. Decidle cómo y por qué vine aquí; decidle que voy a intentar llegar a Canadá. Hacedle llegar mi amor, y decidle que si no le vuelvo a ver nunca más —se dio la vuelta y les dio la espalda unos instantes, y entonces añadió con voz ronca—, decidle que sea lo mejor que pueda y que intente encontrarme en el reino de los cielos. Llamad a Bruno para que se quede dentro —añadió—. Encerradlo, pobre animal. No debe venir conmigo.

Algunas lágrimas, unas pocas palabras más, bendiciones sencillas y últimas despedidas, y, estrechando a su confuso y asustado hijo entre sus brazos, Eliza se escabulló sin ruido.

Capítulo VI
Descubrimiento

El señor y la señora Shelby, después de su prolongada conversación de la noche anterior, no pudieron conciliar el sueño con facilidad y en consecuencia retrasaron algo el momento de levantarse a la mañana siguiente.

—Me pregunto en que se estará entreteniendo Eliza —dijo la señora Shelby, después de hacer sonar varias veces su campanilla, sin obtener respuesta.

El señor Shelby se encontraba ante el espejo de cuerpo entero, afilando su navaja de afeitar, y justo en ese momento se abrió la puerta y entró un chico de color con agua para esta operación.

—Andy —dijo su ama—, llama a la puerta de Eliza y dile que la he llamado tres veces. ¡Pobrecita! —añadió para sí misma, con un suspiro.

Andy volvió al momento, con los ojos muy abiertos por el asombro.

—¡Dios mío, señora! ¡Los cajones de Lizy están abiertos y sus cosas están tiradas por todas partes; yo creo que se ha marchado!

La verdad se hizo patente para el señor Shelby y su esposa en aquel instante. Él exclamó:

—Entonces, ¡lo suponía y se ha ido!

—¡Alabado sea Dios! —dijo la señora Shelby—. Espero que lo consiga.

—¡Mujer, no digas locuras! ¡Será algo muy desagradable para mí si es así! Haley vio que yo dudaba en vender al niño y pensará que me he puesto de acuerdo con ella para sacarle de aquí. ¡Esto atenta contra mi honor! —y el señor Shelby salió de la habitación apresuradamente.

Se produjeron muchas carreras y gritos, parloteos y abrir y cerrar de puertas y aparecieron caras de todos los tonos durante cerca de un cuarto de

hora. Solo una persona, que podría haber arrojado un poco de luz sobre el asunto, permanecía silenciosa. Y era la jefa de cocina. Tía Chloe. En silencio y con su rostro, tan feliz en otros tiempos y ahora turbado por una pesada nube, empezó a hacer las galletas para el desayuno como si no viera ni oyera nada de la agitación que la rodeaba.

Muy pronto, una docena de diablillos se apostaron sobre la balaustrada de la galería, como si fueran cuervos, decididos a ser cada uno de ellos el primero en hacer saber su mala suerte a ese señor tan extraño.

—¡Se pondrá realmente furioso, ya veréis! ¡Me apuesto el cuello! —dijo Andy.

—¡Y jurará muchísimo! —dijo la pequeña Jake.

—¡Sí, desde luego que jurará! —dijo Mandy, la de la lanosa cabecita—. Le oí ayer, durante la cena. Lo escuché todo porque me metí en el aparador donde la amita guarda la loza de gran tamaño, y oí cada una de sus palabras.

Y Mandy, que nunca en su vida había reflexionado sobre el significado de ninguna palabra que hubiese oído más de lo que pudiera haberlo hecho un chorlito, adoptó un aire de sabiduría superior y se pavoneaba de ello, pues aunque había estado entre los jarros a la hora indicada, se había dormido muy pronto durante este tiempo.

Cuando por fin llegó Haley, calzado con botas y espuelas, fue saludado por todo el mundo con una avalancha de malas nuevas. Los diablillos de la balaustrada no vieron defraudadas sus esperanzas de oírle «jurar», cosa que hizo con una facilidad y un fervor que los maravilló, mientras se agachaban y esquivaban sus golpes a derecha e izquierda, para ponerse fuera del alcance de su fusta, y, agrupándose en la entrada de la casa, cayeron entre infinitas risas en el césped marchito y a continuación pusieron pies en polvorosa gritando con todas sus ganas.

—¡Si llego a atrapar a estos demonios…! —masculló Haley entre dientes.

—¡Pero no los ha cogido, ya ve! —dijo Andy con una sonrisa triunfal, haciendo una serie de indescriptibles muecas a espaldas del desafortunado traficante cuando este estuvo lo bastante lejos como para no oírle.

—¡Pues le digo, Shelby, que esto es un negocio verdaderamente inaudito! —dijo Haley mientras entraba abruptamente en el salón—. Parece

ser que la chica se ha fugado con el niño.

—Señor Haley, la señora Shelby está presente —dijo el señor Shelby.

—Le ruego que me disculpe, señora —dijo Haley, inclinándose ligeramente y todavía con mala cara—. Pero sigo diciendo, como acabo de hacerlo, que esta es una noticia muy particular. Es verdad o no, ¿señor?

—Señor mío —dijo el señor Shelby—, si desea usted dirigirse a mí, tendrá que atenerse a la corrección propia de un caballero. Andy, llévate el sombrero y la fusta del señor Haley. Siéntese, por favor. Sí, señor; lamento decirle que la joven mujer, alterada por lo que había escuchado o sabiendo algo sobre el negocio, ha tomado al niño y se ha escapado.

—Tengo que confesarle que esperaba un trato más leal en este asunto —dijo Haley.

—Mire usted —dijo Shelby, volviéndose con movimientos precisos hacia él—, ¿cómo debo entender este comentario? Si algún hombre pone en duda mi honor, no tengo más que una respuesta para él.

El traficante se calmó inmediatamente ante estas palabras, y en tono algo más bajo dijo que «resultaba condenadamente duro, para alguien que había consentido un acuerdo por una ganga, ser burlado de esa manera».

—Señor Haley —dijo el señor Shelby—, si yo no pensara que tiene usted algún motivo para estar disgustado, no le hubiese tolerado el estilo grosero y poco ceremonioso con que ha entrado en mi salón esta mañana. Y le digo esto porque, aunque las apariencias puedan darlo a pensar, no permitiré la menor insinuación con respecto a este asunto, como si usted hubiera sido víctima de alguna estafa. Es más, me siento en el deber de proporcionarle toda la ayuda que quiera, para que utilice los caballos, los criados y todo lo demás que pueda serle útil para recobrar su propiedad. Así que, señor Haley, en resumen —dijo, dejando el tono de digna frialdad para adoptar el suyo habitual de franqueza—, lo mejor para usted es mantener el buen humor y tomar un desayuno con nosotros, y veremos después qué es lo que podemos hacer.

La señora Shelby se levantó entonces y dijo que sus compromisos le impedían asistir al desayuno aquella mañana y, dejando el cargo de servirles a una muy respetable mulata, abandonó la habitación.

—La añeja dama no aprecia a su humilde servidor, por lo visto —dijo Haley, con un forzado intento de aparentar cierta familiaridad.

—No estoy acostumbrado a que se hable de mi esposa con tanta libertad —dijo el señor Shelby secamente.

—Le ruego que me perdone, no era más que una broma, por supuesto —dijo Haley forzando la risa.

—Algunas bromas son menos agradables que otras —replicó Shelby.

Haley murmuraba para sí: «Está endemoniadamente libre ahora que he firmado los papeles por ese chico; hasta ayer todo iba bien».

La caída de todo un primer ministro de la corte no hubiera causado una impresión mayor que la noticia del destino de Tom entre sus compañeros del lugar. Era el tema de conversación de todos en cualquier sitio, y nada se hacía en la casa o en el campo salvo hablar de los posibles desenlaces. La huida de Eliza —un acontecimiento sin precedentes en el lugar— constituía también un factor añadido de importancia para estimular la agitación general.

Black Sam, como solía ser llamado, pues era como tres tonos más negro que cualquier otro hijo de ébano de allí, estaba dándole vueltas al asunto profundamente y en todas sus fases y consecuencias, con la amplia visión y el atento cuidado de los propios intereses que podrían atribuirse a cualquier patriota blanco de Washington[1].

—Soplan vientos malos, esa es la verdad —dijo Sam, sentencioso, dándole un tirón a sus pantalones y sustituyendo con habilidad un botón por un largo clavo, esfuerzo de su ingenio mecánico, que pareció satisfacerle en grado sumo—. Sí, soplan vientos muy malos —repitió—. Ahora que Tom ha caído, bueno, pues desde luego hay un sitio para que otro negro suba, y, ¿por qué no podría ser yo? Esta es la idea. Tom, cabalgando por el campo, con las botas lustradas, su pase en el bolsillo, tan grande como Cufee, pero ¿por qué él? Y ahora, ¿por qué no podría ser Sam? Eso es lo que me gustaría saber.

—¡Hola, Sam! El amo quiere que vayas a buscar a Bill y a Jerry —dijo Andy interrumpiendo el soliloquio de Sam.

—¡Vaya!, ¿qué demonios pasa, jovencito?

—¡Pero bueno! ¿No lo sabes? Lizy cortó por lo sano y se las ha pirado con su niño.

—¡Vete a decírselo a tu abuela! —dijo Sam con un infinito desprecio—. Lo he sabido muchísimo tiempo antes que tú. ¡Este negro no está tan verde como te imaginas!

—Bueno, en cualquier caso, el amo quiere que Bill y Jerry se pongan en marcha en cuanto los ensilléis y que tú y yo vayamos con el señor Haley a buscarla.

—¡Qué bien! ¡Ha llegado la hora de la verdad! —dijo Sam—. Y en estos momentos es cuando se llama a Sam. Es el negro de confianza. Ya verás si no aprovecho la ocasión, el amo verá lo que Sam es capaz de hacer.

—Pero, Sam, será mejor que te lo pienses dos veces —dijo Andy—, porque la amita no quiere que la cojamos. Y la tendrás en contra tuya.

—¡Sopla! —dijo Sam con los ojos como platos—. Y tú, ¿cómo lo sabes?

—Se lo he oído decir a ella esta misma mañana, con mis propios oídos, cuando le llevaba el agua para afeitarse al amo. Ella me mandó mirar por qué Lizy no había venido a vestirla, y cuando le dije que se había escapado, se levantó y dijo: «Alabado sea Dios», y el amo parecía de verdad enfadado y le dijo: «Mujer, hablas como si estuvieras loca». Pero ella ya le hará cambiar de opinión. Sé muy bien cómo pasarán las cosas, y será mucho mejor quedarse de parte de la amita, eso te lo digo yo.

Black Sam, al oír esto, se rascaba la crespa cabeza, que si bien no contenía una sabiduría demasiado profunda, todavía tenía dentro un montón de ideas de las que les gustan tanto a los políticos, y que se resumen vulgarmente en «saber por dónde sopla el viento». Así que, terminando con sus graves consideraciones, le dio un buen tirón a sus pantalones, lo que formaba parte de su método de ayuda ante la perplejidad de su pensamiento.

—No se puede decir «nunca» sobre nada de lo que ocurra en este mundo —dijo por fin.

Sam hablaba como un filósofo, insistiendo sobre la palabra «este» como si tuviera una amplísima experiencia en diferentes tipos de mundos y hubiera llegado a esta conclusión por conocimiento de causa.

—La verdad es que yo hubiera dicho que la señora habría revuelto el mundo entero para encontrar a Lizy —añadió Sam, pensativo.

—Sí que lo hubiera hecho —dijo Andy—, ¿pero no te salta a la vista, cacho negrazo? La señora no quiere que el amo Haley se lleve al hijo de Lizy, ahí está todo.

—¡Ah! —dijo Sam, con una indescriptible entonación que solo conocen los que se la han oído a los negros.

—Y te diré aún más —dijo Andy—. Espero que se te dé mejor preparar a los caballos, muy deprisa además, porque he oído que la amita te había llamado, así que ya has tonteado bastante.

Sam, ante esto, se marchó a toda velocidad y un momento después aparecía con Bill y Jerry al galope, dirigiéndose hacia la casa, y se tiró con pericia del caballo antes de que este parara, llevando a las dos bestias al poste para atarlas. El caballo de Haley era un potro joven, algo espantadizo, que se estremeció y dio saltos, tirando fuerte de la barra del apeadero.

—¡So, so! —dijo Sam—. ¿Conque estas tenemos? —y su cara negra se iluminó con un brillo extraño y maléfico—. ¡Ya te las arreglarás conmigo!

Había allí una hermosa haya que daba sombra, y sus frutos pequeños, triangulares y afilados cubrían el suelo con una gruesa capa. Con uno de ellos entre los dedos, Sam se acercó al potro, lo acarició y lo rascó y, aparentemente, se ocupó de calmar la agitación del animal. Simulando que estaba ajustando la silla, metió con destreza entre la silla y la piel del caballo una pequeña bellota, de tal modo que el menor peso sobre la silla molestaría la viva sensibilidad del potro, sin dejar huellas o heridas.

—¡Muy bien! —dijo revolviendo los ojos con una mueca de aprobación —. Ya estás listo, amiguito.

En este momento la señora Shelby se asomó al balcón, llamándole. Sam se acercó con tan buena determinación de servir como lo hicieran los pretendientes a las plazas vacantes de St. James o de Washington[2].

—¿Por qué has tardado tanto, Sam? Mandé a Andy que te dijera que te dieras prisa.

—¡Que Dios la bendiga, señora! —dijo Sam—. No se pueden preparar los caballos en un minuto; se habían marchado hacia los prados del sur, ¡solo Dios sabe dónde!

—Sam, ¿cuántas veces tengo que repetirte que no digas «que Dios la bendiga» o «Dios sabe dónde»? Es un pecado jurar.

—¡Oh, Dios se apiade de mi alma, se me había olvidado, amita! Pero ya no volveré a decir esas cosas nunca más.

—¡Pero Sam, si acabas de decirlo otra vez!

—¿Eso he dicho? ¡Ay, Dios! Quiero decir que no lo hago con intención.

—Tienes que tener cuidado, Sam.

—Deme un momento de respiro, amita, y empezaré bien. Tendré muchísimo cuidado.

—Bien, Sam, vas a ir con el señor Haley, para enseñarle el camino y para ayudarle. Ten cuidado con los caballos, Sam; ya sabes que Jerry estaba algo cojo la semana pasada, no vayáis demasiado deprisa.

La señora Shelby pronunció estas últimas palabras con voz baja e insistiendo especialmente.

—¡Déjemelo a mí! —dijo Sam, volviendo los ojos hacia arriba con mucha intención—, ¡Dios lo sabe! ¡Ay, ya lo dije! —comentó, reteniendo su aliento con una divertida mueca de aprensión que hizo reír a su ama contra su voluntad—. Sí, señora, voy a buscar los caballos. Ahora, Andy —dijo Sam, volviendo a su puesto bajo el haya—, no me sorprendería en absoluto que el caballo de ese caballero le juegue una mala pasada cuando quiera montarse. Ya sabes, Andy, los caballos hacen estas cosas —y Sam le dio un golpecito a Andy en el costado, cosa que sugería su complicidad.

—¡Muy bien! —dijo Andy, con un aire de inmediata aprobación.

—Es que, como ves, Andy, la amita quiere ganar tiempo, esto es evidente para cualquiera, y yo le ayudo un poquito. Ahora, mira, llévate los caballos a medio galope por aquí alrededor y luego a aquel bosquecillo de allá, y te apuesto a que no saldremos en un buen rato.

Andy sonrió abiertamente.

—Escucha —dijo Sam—. Andy, si pasara algo, como que el caballo del señor Haley hiciera algo extraño y se escapara, tú y yo iríamos para ayudarle dejando a los nuestros, y vaya si le ayudaremos, claro que sí… —Sam y Andy echaron sus cabezas hacia atrás y se pusieron a reír bajito de manera incontenible, chasqueando los dedos y golpeándose los tacones, encantados con la idea.

En aquel instante, Haley apareció en la galería. Confortado por varias tazas de buen café, salió sonriendo y hablando, con el humor tolerablemente restablecido. Sam y Andy, cubiertos con unas hojas de palmera que tenían la costumbre de llamar sombreros, se precipitaron hacia los postes de los caballos dispuestos a «ayudar al amo».

El sombrero de palma de Sam se había desentendido ingeniosamente de cualquier intención de trenzado en sus bordes y las alas desflecadas parecían ir cada una por su lado y se mantenían ergüidas, lo que le daba un fogoso aire de libertad y de desacato bastante similar al de cualquier jefe de las islas Fidji; mientras que el ala del sombrero de Andy se había separado por completo del resto, así que este se encasquetó la corona sobre la cabeza con un hábil golpe, mientras miraba en torno suyo con satisfacción, como diciendo: «¿Quién ha dicho que no tengo sombrero?».

—Bueno, chicos —dijo Haley—. Espabilaos un poco, no hay tiempo que perder.

—Ni un instante, señor —dijo Sam poniéndole las riendas en la mano a Haley y sujetándole el estribo, mientras Andy desataba los otros dos caballos.

En el mismo instante en que Haley tocaba la silla, la animosa criatura dio un salto repentino e impetuoso, que envió a su jinete a algunos pies de distancia, sobre el suave y seco césped. Sam, con gritos frenéticos, se lanzó hacia las riendas, pero lo único que consiguió fue asustar al caballo, metiéndole en los ojos el sombrero de palma del que ya hemos hablado, lo cual no contribuyó a calmar la agitación del animal. Por eso, con gran vehemencia, el potro se alejó de Sam y, relinchando despreciativamente dos o tres veces, coceó al aire con sus cascos y siguió haciendo cabriolas avanzando hacia el extremo de la pradera, seguido por Bill y Jerry, a los que Andy no había permitido que se perdieran, tal y como habían convenido, y a los que gritaba con calamitosas interjecciones que no corrieran. Y entonces se produjo una variada escena de confusión general. Sam y Andy corrían y gritaban, los perros ladraban por todas partes y Mike, Mose, Mandy, Fanny y toda la gente menuda del lugar, tanto chicos como chicas, daban carreras, batían palmas, se agrupaban y gritaban con una insultante buena conciencia y un infatigable celo.

El caballo de Haley era de color blanco y muy rápido e inteligente. Parecía que había entrado en el espíritu de la escena con mucho gusto[3], y como disponía para sus carreras de una pradera de casi media milla de extensión, que descendía suavemente por todas partes hacia el campo abierto y los bosques, el potro se divertía aparentemente viendo hasta dónde podía dejar que se acercaran sus perseguidores, y entonces, cuando ya estaba al alcance de su mano, daba un saltito y relinchaba, como la bestia mal intencionada que era, y se alejaba trotando hacia cualquier vereda del bosquecillo. Ninguna idea estaba más alejada de la mente de Sam que la de retirar a algún elemento de la tropa, ya que el momento le parecía muy propicio para sus fines, y los esfuerzos que realizaba eran de lo más heroico. Como la espada de Ricardo Corazón de León, que siempre se abría camino en medio de lo más reñido de la batalla, la palma de Sam se veía por todas partes, especialmente allí donde hubiera la más pequeña posibilidad de que el caballo fuera atrapado, y entonces se dejaba caer al suelo, gritando: «¡Venga, cogedle, cogedle ahora!», de modo tal que rápidamente hubiera llevado a la más completa desesperación.

Haley corría de un lado a otro, maldecía, juraba y pataleaba, mezclando unas con otras estas actividades. El señor Shelby intentaba en vano dar órdenes desde la balaustrada, y la señora Shelby, en la ventana de su cuarto, reía sin parar y pensaba, no sin alguna sospecha, sobre cuál era el fondo de toda aquella confusión[4].

Por fin, sobre las doce apareció Sam, triunfante, montado sobre Jerry y con el caballo de Haley a su lado, empapado en sudor, pero con los ojos radiantes y las aletas de la nariz dilatadas, demostrando que el espíritu de la libertad no había sido aún completamente vencido.

—¡Lo tenemos! —exclamó triunfante—. ¡Si no hubiera sido por mí, podrían haber reventado todos ellos, pero yo lo atrapé!

—¡Tú! —gruñó Haley de forma poco amable—. ¡Si no hubiera sido por ti, esto nunca hubiera sucedido!

—¡Que el Señor nos bendiga, amo! —dijo Sam, en un tono de profundísima preocupación—. ¡Y yo que he estado corriendo y persiguiéndolo hasta que me caían goterones de sudor!

—¡Bien, bien! —dijo Haley—. Me has hecho perder cerca de tres horas con tu maldita estupidez. Ahora nos vamos, y no hagas más el imbécil.

—Mire, amo —dijo Sam, con tono de quejumbrosa protesta—, yo creo que usted nos quiere matar a todos, y a los caballos también. Estamos a punto de caer rendidos, y los animales están chorreando sudor. Mire, amo, usted no debería pensar en partir hasta después de comer. Su caballo necesita que le limpien, mire en qué estado está. ¡Y cómo cojea Jerry! No creo que la señora quiera que salgamos así, de ninguna manera. ¡Dios le bendiga, amo! Podemos alcanzarla, aunque paremos. Lizy nunca fue muy andarina.

La señora Shelby, que para su gran diversión había escuchado la conversación desde la galería, se decidió ahora a tomar parte en la conversación. Se adelantó y, expresando muy cortésmente su opinión sobre el accidente de Haley, le insistió para que se quedara a comer, diciendo que la cocinera pondría la mesa inmediatamente.

Así que, considerando todo esto, Haley, de bastante mala gana, se encaminó hacia el salón, mientras Sam, volviendo los ojos hacia él con expresión inescrutable, avanzaba con los caballos hacia la cuadra.

—¿Le has visto, Andy? ¿Le has visto? —y Sam continuó, cuando estaba lo bastante alejado en su refugio después de atar el caballo a un poste —: ¡Ay, Dios mío! Sería tan bueno como una fiesta verle ahora, en danza, dando golpes y jurando contra nosotros. ¿No le he oído? Jura, jura, viejo (me digo a mí mismo); ¿vas a tener tu caballo ahora o te esperarás hasta cogerlo tú mismo? (digo yo). ¡Dios mío, Andy, es como si le estuviera viendo! —y Sam y Andy se inclinaron sobre el pesebre y rieron a más no poder—. Tenías que haber visto lo enfadado que estaba cuando le llevé el caballo… ¡Señor, me habría matado de haberse atrevido; y allí estaba yo de pie tan desvalido como humilde!

—¡Dios mío, claro que te vi! Eres un zorro viejo, Sam, ¿no?

—Eso dicen que soy —dijo Sam—. ¿Viste a la señora asomada a la ventana? La vi reírse.

—Seguro que sí, yo estaba corriendo y por eso no vi nada.

—Bueno, verás —dijo Sam empezando a lavar concienzudamente el alazán de Haley—. Hace falta tener la costumbre de observar, Andy. Es una muy buena costumbre, Andy, y te recomiendo que la practiques, ahora que eres joven. Sujétame ese casco, Andy. Sabes, Andy, la observación es lo que diferencia a unos negros de otros. ¿No vi yo por dónde soplaba el viento esta mañana? ¿No vi lo que quería la señora aunque ella no me lo dijera? Todo esto es observación, Andy. Creo yo que se le puede llamar un don. Los dones varían con las personas, y cultivándolos se mejoran mucho.

—Supongo que si yo no te hubiera ayudado en tu observación esta mañana no habrías visto tan claro lo que había que hacer —dijo Andy.

—Andy —dijo Sam—, tú eres un chico que promete mucho, sin duda alguna. Yo tengo muy buena opinión de ti, Andy, y no me siento avergonzado de tomar ideas tuyas. No se puede mirar a nadie por encima del hombro, Andy, porque hasta los más listos a veces se tropiezan. Así que, Andy, vámonos para la casa ahora. Estoy seguro de que la señora va a darnos hoy una comidita especialmente buena.

Capítulo VII
La lucha de una madre

Es imposible imaginar un ser humano más triste y abatido que Eliza cuando se alejaba de la cabaña del Tío Tom.

Los sufrimientos y peligros de su marido y la amenaza para su niño se mezclaban en su mente con un sentido confuso y sorprendente del riesgo que corría, dejando el único hogar que ella conocía y rompiendo totalmente con la protección de una amiga a la que quería y respetaba. También aquel momento significaba separarse de todos los objetos que le eran familiares, del lugar donde se había criado, de los árboles bajo los cuales había jugado, del soto donde había paseado al lado de su marido, todo, tal y como estaba bajo la luz helada de las estrellas, parecía hablarle con reproches y preguntarle si podría encontrar otra casa como aquella.

Pero más fuerte que todo lo demás era su amor de madre, llevado al paroxismo del frenesí por la proximidad del peligro. Su hijo era lo bastante grande como para poder ir andando a su lado, y en una situación cotidiana le habría llevado solamente de la mano, pero ahora el simple pensamiento de no llevarle en brazos la hacía temblar y lo estrechaba contra su pecho con un abrazo convulsivo, mientras avanzaba rápidamente.

El suelo helado crujía bajo sus pies y ella temblaba a cada ruido; cada hoja que se movía, cada sombra revoloteante parecía bombearle sangre al corazón y acelerar sus pasos. Se sorprendía ella misma de las fuerzas que sacaba, porque notaba el cuerpo de su niño como si fuera una pluma, y cada oleada de miedo parecía aumentar los poderes sobrenaturales que llevaba dentro de sí, mientras que de sus pálidos labios brotaban plegarias dirigidas a un amigo celestial en frecuentes exclamaciones: «¡Ayúdame, Dios mío! ¡Dios santo, sálvame!».

Si fuera tu Harry, madre, o tu Willie el que fuera a serte arrebatado por un brutal traficante mañana por la mañana, si hubieras visto los papeles firmados y entregados, y solo pudieras escaparte a las doce de la noche para que la huida tuviera éxito, ¿a qué velocidad podrías andar? ¿Cuántas millas podrías recorrer en esas pocas horas, con tu hijo sobre el pecho y la cabecita dormida sobre tu hombro, con los pequeños y ligeros brazos abrazando confiadamente tu cuello?

Porque el niño dormía. Al principio, la novedad y la alarma le mantuvieron despierto, pero como su madre reprimía con tal diligencia cualquier respiro o sonido y como le aseguraba que solo podría salvarlo si se estaba quieto, él se abrazaba a su cuello silenciosamente, preguntando solo cuando notaba que se estaba durmiendo:

—Madre, no hace falta que esté despierto, ¿verdad?

—No, hijo mío, duérmete si quieres.

—Pero madre, si me duermo, ¿les dejarás que me cojan?

—¡No, con la ayuda de Dios! —dijo su madre con sus mejillas aún más pálidas y con un destello aún más brillante en sus ojos negros.

—Estás segura, ¿verdad, madre?

—¡Sí, segura! —dijo la madre, con una voz que le asombró a ella misma, pues le pareció que venía de un espíritu interior que no formaba parte de ella, y el niño dejó caer su pequeña cabeza cansada sobre su hombro y se durmió en seguida.

¡Cómo parecían añadir fuego y bríos a sus movimientos el tacto de esos tibios brazos y el aliento que recibía sobre el cuello! Sentía como si la fuerza se vertiera en ella cual corriente eléctrica, por cada toque y movimiento del niño dormido y confiado. Es tan sublime el dominio de la mente sobre el cuerpo, que, por una vez, puede hacer que la carne y los nervios se vuelvan invulnerables, que las rodillas se endurezcan como acero y que el débil se haga fuerte.

Los linderos de la granja, las arboledas, el bosquecillo, pasaban ante ella vertiginosamente mientras avanzaba; siguió su camino dejando sus lugares conocidos uno tras otro, sin aminorar su paso y sin detenerse hasta que la rojiza luz del día la encontró en el gran camino, muchas millas alejada de todo lo que conocía.

Eliza había ido a menudo a hacer visitas con su ama al pequeño pueblo de T…, no lejos del río Ohio, y conocía bien ese camino. Ir más lejos, huir a través del río Ohio, eran las principales líneas de su improvisado plan; más allá de esto solo podía confiar en Dios.

Cuando los caballos y los coches empezaron a circular por la carretera, con esa alerta de los sentidos propia de un estado de excitación que parece ser una especie de inspiración, ella se dio cuenta de que su andar apresurado y su aire perturbado podían atraer sospechas o llamar la atención. Entonces bajó al niño al suelo y, ajustándose el vestido y el gorro, siguió andando con un paso tan rápido como lo consentía el respeto de las apariencias. En su pequeño hatillo había puesto una reserva de bizcochos y manzanas, que empleaba como recurso para acelerar la marcha del niño, haciendo rodar la manzana algunas yardas[1] hacia adelante cuando el niño podía correr con todas sus fuerzas detrás de ella, y esta treta, repetida a menudo, los llevó bastante más lejos.

Después de un rato, llegaron a un espeso bosquecillo, atravesado por un claro arroyo. Como el niño se quejaba de hambre y sed, ella saltó la cerca con él y, una vez sentados tras una roca que los ocultaba del paso, le dio un desayuno sacado de un pequeño paquete. El niño se preguntaba y se inquietaba porque ella no comía y cuando, poniendo sus brazos alrededor del cuello de su madre intentó meterle en la boca un poco de su bizcocho, Eliza pensó que el bocado se le atragantaría en la garganta.

—¡No, no, Harry, querido! Mamá no podrá comer hasta que tú estés a salvo. Tenemos que seguir y seguir hasta que lleguemos al río.

Y se apresuró a volver de nuevo al camino, y de nuevo se esforzó por avanzar de manera regular y paso airoso.

Ya se había alejado muchas millas del vecindario en el que era personalmente conocida. Si por casualidad encontrase a alguien que la conociera, se decía ella, la gran reputación de bondad que tenía la familia sería por sí misma un freno a toda sospecha, pues la suposición de que fuera una fugitiva resultaba muy poco probable. Como su piel era tan clara que no se la reconocía como de color sin hacer un detenido examen, y como su niño también era claro, le resultaba mucho más fácil pasar desapercibida.

Con estas suposiciones, se detuvo a mediodía en un limpia granja para descansar y comprar algo de comida para su niño y para ella, porque a medida que el peligro aminoraba con la distancia, la tensión de su sistema nervioso decaía y se encontraba cansada y hambrienta.

La buena mujer, con amabilidad y charlando, parecía encantada de tener a alguien con quien hablar, y aceptó sin más concienzudo examen la explicación de Eliza, quien dijo «que iba a un pequeño lugar, a pasar una semana con unos amigos», todo lo cual esperaba en su corazón que fuera verdaderamente cierto.

Una hora antes del anochecer, llegó al pueblo de T…, junto al río Ohio, cansada y con los pies destrozados, pero aún con fuerzas en su corazón. Su primera mirada se dirigió hacia el río, que corría, como el Jordán, entre ella y el Canaán de la libertad que estaba al otro lado[2].

Por aquellos días empezaba la primavera y el río estaba agitado y turbulento. Grandes pedazos de hielo se movían pesadamente arriba y abajo entre las turbias aguas. Debido a la forma particular que tenía la orilla en la parte de Kentucky, donde la tierra se adentra en el agua, el hielo se había acumulado en grandes cantidades y el estrecho canal que discurría alrededor del recodo estaba lleno de hielo, en enormes bloques apilados unos sobre otros, creando así una barrera temporal que obstaculizaba el descenso del hielo, que se acumulaba y formaba una gran y ondulante balsa que ocupaba todo el río y que se extendía también por la orilla del lado de Kentucky.

Eliza se detuvo un momento, contemplando el aspecto poco favorable del asunto, pues comprendió al instante que ello impediría el recorrido del *ferry* regular, y se fue a una pequeña caseta de la orilla para hacer algunas preguntas.

La encargada, que estaba ocupada en diversas labores de fritura y estofado preparando la cena sobre el fuego, se quedó con un tenedor en la mano cuando la voz dulce y quejumbrosa de Eliza se dirigió a ella.

—¿Qué pasa? —le dijo.

—¿Hay algún *ferry* o barco que lleve viajeros a B… ahora?

—¡Qué va! —dijo la mujer—. Los barcos han dejado de navegar.

Eliza la miró con desmayo y la contrariedad que mostró apiadó a la mujer, que le preguntó:

—Quizá quiera usted pasar al otro lado, ¿no? ¿Alguien está enfermo? Parece usted muy nerviosa.

—Tengo a un niño que está en peligro —dijo Eliza—. Lo supe anoche, y he caminado todo el día con la esperanza de tomar el *ferry*.

—Bien, pues es realmente muy mala suerte —dijo la mujer, cuyos instintos maternales se encontraron muy excitados—. Su caso me preocupa mucho. ¡Solomon! —llamó desde la ventana hacia un pequeño edificio que había detrás.

Un hombre con un delantal de cuero y manos muy sucias apareció en la puerta.

—Me decía, Sol —dijo la mujer—, si no había un hombre que iba a transportar sus barriles al otro lado del río esta noche.

—Dijo que lo intentaría, de no ser demasiado peligroso —dijo el hombre.

—Hay un hombre que vive al lado y que quiere atravesar el río esta noche si se atreve; vendrá luego aquí para cenar, así que lo mejor que puede hacer usted es sentarse y esperar. ¡Qué niño tan mono! —añadió la mujer, dándole un bizcochito.

Pero el niño, completamente agotado, lloró de cansancio.

—¡Pobrecito! No tiene costumbre de andar tanto, y le he metido tantas prisas… —dijo Eliza.

—Bien, tráigalo a esta habitación —dijo la mujer, abriendo la puerta de un pequeño dormitorio en el que había una cómoda cama.

Eliza puso en ella al cansado niño y le cogió la mano hasta que rápidamente se durmió. Para ella no había descanso. El pensar en sus perseguidores era como un río de fuego en sus huesos, y miraba con ojos anhelantes las ásperas y revueltas aguas que se interponían entre ella y la libertad.

Aquí vamos a dejarla por ahora, para seguir las peripecias de sus perseguidores.

Aunque la señora Shelby había prometido que la comida sería servida inmediatamente, pronto se vio que para ello, como sucede en muchas otras ocasiones, no bastaba con las buenas intenciones. Así que, aunque la orden había sido dada en presencia de Haley y comunicada a la Tía Chloe por una media docena de jóvenes mensajeros, la dignataria solo dio algunos bufidos muy bruscos y sacudió la cabeza, realizando cada operación con una desacostumbrada tranquilidad y un modo circunspecto.

Por alguna razón muy particular, entre los servidores parecía reinar la impresión de que la amita no se enfadaría especialmente si se retrasaban, y resultaba prodigiosa la cantidad de contrariedades accidentales que se producían continuamente para alterar el curso de las cosas. Un desafortunado sirviente derramó la salsa, y entonces hubo que hacerla de nuevo y con todos los cuidados necesarios, y la Tía Chloe, vigilando y revolviendo con obstinada precisión, respondía secamente a cualquier invitación a que se apresurara que «ella no iba a sacar a la mesa una salsa mal hecha para ayudar a que atraparan a nadie». Otro sirviente se cayó con el agua y tuvo que ir a buscar más a la fuente, y otro derramó la mantequilla por el suelo. Así que de vez en cuando llegaban a la cocina risueñas noticias en las que se contaba: «El amo Haley está de verdad incómodo y no se puede quedar sentado en su silla, está levantándose todo el tiempo y acechando por las ventanas del porche».

—¡Tanto mejor! —dijo la Tía Chloe, indignada—. Ya tendrá un mal rato que pasar uno de estos días si no se enmienda. Su Señor y amo lo llamará, y entonces ya verá.

—Irá al infierno, no hay duda —dijo la pequeña Jake.

—Se lo merece, desde luego —dijo la Tía Chloe tristemente—. Ha destrozado muchos, pero muchos, muchísimos corazones. ¡Eso os lo digo yo! —añadió, en pie con un tenedor alzado en la mano—. Es como lo que leyó el señorito George de la Revelación: las almas están clamando bajo el altar y llamando a Dios para que les vengue y algún día Dios las oirá. ¡Vaya si lo hará[3]!

La Tía Chloe, respetadísima en la cocina, era escuchada con la boca abierta, y como la comida estaba entonces bastante avanzada, todos los presentes tenían un momento para charlar con ella y escuchar sus comentarios.

—Un hombre tan malo arderá eternamente, sin duda. ¿A que sí? —dijo Andy.

—Me encantaría verlo, de verdad —dijo la pequeña Jake.

—¡Niños! —dijo una voz que les hizo sobresaltarse. Era el Tío Tom, que había entrado y había escuchado la conversación en la puerta—. ¡Niños! Me temo que no sabéis lo que decís, eternamente es una palabra terrible, es horrible pensar en ello. No debéis desear eso a ninguna criatura humana.

—No se lo desearemos a nadie más que a los mercaderes de almas —dijo Andy—; nadie puede evitar deseárselo, son tan tremendamente malos…

—¿Acaso la misma naturaleza no los maldice? —dijo la Tía Chloe—. ¿No son ellos quienes separan a los niños recién nacidos del pecho de su madre y lo venden, al pobrecito, mientras él llora y se agarra a la ropa de su madre? ¿No los separan y los venden? ¿No arrancan uno de otro al esposo de la esposa? —dijo la Tía Chloe empezando a llorar—. ¿Cuando al hacer esto les quitan la verdadera vida? ¿Y mientras tanto no sienten nada, sino que están fumando y bebiendo, tan tranquilos? Si el diablo no se los lleva a todos, ¡no sé para qué existe! —y la Tía Chloe se cubrió la cara con el delantal y se puso a sollozar ruidosamente.

—Ruega por los que te ofenden, dicen las Sagradas Escrituras —dijo Tom.

—¿Rezar por ellos? —dijo la Tía Chloe—. Dios mío, es demasiado difícil. No puedo rezar por ellos.

—Eso es lo natural, Chloe, y lo natural es muy fuerte —dijo Tom—, pero más fuerte aún es la gracia del Señor; además, tienes que agradecerle a Dios que tú no seas como ellos, Chloe. Estoy seguro de que prefiero que me vendan cien veces antes que tener sobre la conciencia todas esas criaturas de las que deba responder.

—¡Y yo también, muchísimo más! —dijo Jake—. Dios santo, ¿no debemos tomarlo así?

Andy sacudió los hombros y dio un silbido de asentimiento.

—Me alegro de que el amo no se marchara esta mañana, como había previsto —dijo Tom—. Eso me habría herido más que la misma venta, de verdad. A lo mejor a él le habría parecido natural, pero a mí me habría entristecido mucho, porque lo conozco desde que era un niño, pero después de ver al amo me empiezo a sentir ahora reconciliado con la voluntad de Dios. El amo no puede evitarlo, él hizo bien, pero me asusta pensar en lo que pasará cuando yo me vaya. El amo no podrá vigilarlo todo por todas partes como he hecho yo, atando todos y cada uno de los cabos sueltos. Los chicos tienen buena intención, pero son terriblemente descuidados. Esto me preocupa.

En ese momento sonó la campanilla y Tom fue llamado a la sala.

—Tom —le dijo su amo con amabilidad—, quiero que sepas que le doy a este señor un contrato por el que le deberé mil dólares si tú no estás aquí cuando él te llame. Hoy se va a marchar para resolver sus otros asuntos y tú puedes tomarte un día libre, vete donde quieras, hombre.

—Gracias, amo —dijo Tom.

—Y recuérdalo —dijo el traficante—, no le hagas a tu amo ninguna de las jugarretas de negro que soléis hacer, porque te aseguro que le sacaré hasta el último céntimo si no estás aquí. ¡Si él me escuchara, no confiaría en ninguno de vosotros, que sois escurridizos como anguilas!

—Amo —dijo Tom manteniéndose muy derecho—, tenía yo ocho años solamente cuando su madre me puso a usted en mis brazos, no tendría ni un año. «Toma, Tom —me dijo—, este será tu amito, cuídalo bien». Eso dijo. Y ahora le pregunto, amo, si he faltado a mi palabra o he hecho algo contra usted, y especialmente desde que me he hecho un buen cristiano[4].

El señor Shelby estaba de verdad transido y las lágrimas se le escapaban de los ojos.

—Mi buen Tom —le dijo—, Dios sabe que no dices más que la verdad y que, si yo pudiera evitarlo, no te podría comprar ni todo el oro del mundo.

—Y te prometo, como que soy cristiana —dijo la señora Shelby—, que te redimiremos en cuanto reunamos suficiente dinero. Caballero, por favor

—dijo a Haley—, tome usted buena nota de a quién se lo vende y hágamelo saber.

—Claro, por Dios —dijo el traficante—, se lo podría traer dentro de un año, en más o menos buen estado, y vendérselo de nuevo.

—Trataré entonces con usted y quedará usted totalmente satisfecho —dijo la señora Shelby.

—Desde luego —dijo el traficante—, estoy de acuerdo; la vida da muchas vueltas, y lo mismo hago yo con los buenos negocios. Lo único que quiero es ganarme la vida, ya sabe usted, señora, eso es lo único que queremos hacer todos nosotros, me imagino.

El señor y la señora Shelby se sintieron muy incómodos y rebajados por el característico descaro del traficante, y sintieron también ambos la necesidad absoluta de poner un freno a sus sentimientos. Cuanto más irremediablemente sórdido e insensible se mostraba Haley, mayor era el miedo que experimentaba la señora Shelby al pensar en el posible éxito de la captura de Eliza y de su hijo y mayores eran sus deseos para detenerlo por medio de todos los artificios femeninos posibles. Así pues, ella le sonreía, asentía, charlaba con familiaridad y hacía todo lo que estaba en su poder para que el tiempo pasara imperceptiblemente.

A las dos en punto, Sam y Andy trajeron los caballos tras desatarlos de los postes, aparentemente muy descansados y recuperados después de la escapada de la mañana.

Sam estaba allí muy en forma, bien lleno después de la comida, y del todo dispuesto a colaborar. Cuando Haley se acercó, estaba pavoneándose, con un estilo muy florido, ante Andy, dando por sentado el éxito de la operación, ahora que él había «tomado cartas en el asunto».

—Vuestro amo, supongo, no tiene ningún perro —dijo Haley, pensativo, mientras se preparaba para montar.

—¡Los tiene a montones! —dijo Sam triunfante—. Aquí está Bruno, que es un gruñón; además, casi todos los negros de por aquí tenemos un perrito de algún tipo.

—¡Buaj! —dijo Haley, y añadió algo más, también en relación con dichos perros, ante lo cual Sam murmuró:

—No creo que le sea de ninguna utilidad maldecir a los perros, en cualquier caso.

—Tu amo no tiene perros, ya sé yo bien que no los tiene, para perseguir a los negros fugitivos.

Sam sabía exactamente a lo que se refería Haley, pero continuó aparentando una simpleza desesperada e intensísima.

—Nuestros perros tienen un excelente olfato. Espero que sean de esa clase, porque nunca han practicado. Son perros muy buenos, pero a pesar de todo, harán lo que les digamos. Aquí, Bruno —llamó con un silbido al viejo perro Terranova, que llegó cayéndose ruidosamente hacia ellos.

—¡Que te ahorquen! —dijo Haley levantándose—. Ven, prepárate y ensilla. Y apresúrate.

Sam ensilló siguiendo la orden, haciéndole entre tanto con habilidad cosquillas a Andy, cosa que le produjo a este una carcajada incontenible, lo cual indignó mucho a Haley, que le golpeó con su fusta.

—Me sorprendes, Andy —dijo Sam con tremenda gravedad—. Esto es un asunto muy serio, Andy. No es para tomarlo a broma. Así no hay manera de ayudar al señor.

—Tomaré el camino más directo hasta el río —dijo Haley con decisión, cuando llegaron al límite de la propiedad—. Sé muy bien cómo hacen todos, van siguiendo las pistas del camino clandestino[5].

—Claro, esa es la idea —dijo Sam—. El amo Haley ha dado de lleno en el meollo de la cuestión. Ahora bien, hay dos caminos hasta el río: el viejo sendero y el nuevo, ¿cuál de los dos quiere usted tomar?

Andy contempló con inocencia a Sam, sorprendido al oír este nuevo hecho geográfico, pero inmediatamente confirmó sus palabras, repitiéndolas con vehemencia.

—Porque —dijo Sam— me inclino a pensar que Lizy se habrá decidido por el viejo sendero, ya que es el menos frecuentado.

Haley, no sin dejar bien establecido que era un viejo zorro, y naturalmente inclinado a la sospecha, se veía más bien convencido por esta visión de las cosas.

—¡Si no fuerais los dos un par de malditos mentirosos! —dijo, pensativo por un momento.

El tono meditabundo y reflexivo en el que fue dicho esto pareció divertir a Andy de manera prodigiosa, de modo que se quedó un poco atrás y comenzó a agitarse tanto que podría creerse que corría un gran riesgo de caer del caballo, mientras que la cara de Sam estaba impasible y mostraba la más lúgubre gravedad.

—Desde luego —dijo Sam—, el señor hará como guste; tomará el camino directo, si le parece que es lo mejor, y por allí iremos todos. Ahora que lo pienso, me parece que el camino directo es el mejor, sin duda.

—Ella buscará de manera natural los caminos solitarios —dijo Haley, pensando en voz alta y sin considerar la observación de Sam.

—Eso no se puede predecir —dijo Sam—, las chicas son muy raras, nunca hacen lo que uno espera que hagan, sino más bien todo lo contrario. Las chicas hacen todo al revés, para ellas es natural, así que si usted piensa que se ha ido por un camino, lo mejor será tomar el otro, y así estará seguro de encontrarla. Ahora bien, mi opinión personal es que Lizy tomó ese camino, así que pienso que lo mejor es que tomemos el camino más directo.

Este profundo punto de vista sobre el sexo femenino no pareció disponer a Haley a seguir el camino más directo y anunció con decisión que tomarían el otro, así que le preguntó a Sam cuándo llegarían a él.

—Un poco más adelante —dijo Sam haciendo un guiño a Andy—, pero lo he pensado bien y me parece que no debemos ir por allí. Nunca lo he recorrido. Es de verdad muy solitario y podemos perdernos, llegaríamos Dios sabe adónde.

—A pesar de todo —dijo Haley—, quiero ir por ese camino.

—Ahora que lo pienso, me parece haber oído que la vieja carretera estaba cortada en varios puntos por el arroyo, ¿no es así, Andy?

Andy no estaba seguro, él solo había oído hablar de esa carretera, pero nunca la había pisado. En resumen, no se pronunciaba sobre este particular.

Haley, acostumbrado a buscar el equilibrio entre unas mentiras más o menos grandes, pensó que la balanza se inclinaba del lado de la vieja carretera antes citada. La verdad de lo que él pensaba fue advertida en seguida de manera involuntaria por Sam, y sus confusos intentos por disuadirle le llevaron a un desesperado mentir a continuación, como si no deseara alcanzar a Liza.

Cuando, al fin, Sam señaló la carretera, Haley se lanzó por ella a toda velocidad, seguido por Sam y Andy.

A decir verdad, la carretera era de hecho una muy vieja que había sido en otros tiempos un camino para llegar al río, pero que fue abandonada muchos años atrás ante el trazado de la nueva. Se podía recorrer la parte que quedaba abierta en una hora a caballo, después estaba cortada por varias granjas y vallas. Sam sabía muy bien esto último, e incluso que la carretera había sido cerrada hacía largo tiempo, mientras que Andy nunca había oído nada de ello. Cabalgaba pues con un aire de obligada sumisión, gruñendo o vociferando a veces solamente que «era un camino muy duro y malo para la pata de Jerry».

—Mira, te lo aviso —dijo Haley—. Te veo venir: no conseguirás que dé la vuelta de este camino con toda tu verborrea, así que cierra la boca.

—El amo tiene que seguir por donde él quiera —dijo Sam, con compungida sumisión, a la vez que guiñaba los ojos del modo más portentoso a Andy, cuyo alborozo estaba ya muy cerca de explotar.

Sam tenía maravillosas intuiciones, que empleaba para tomar decisiones muy precipitadas, como gritar que había visto «el gorro de una chica» en lo alto de algún montículo alejado, o como llamar a Andy para ver «si no era Lizy la que estaba en aquel hoyo», haciendo esas observaciones en algún lugar difícil o rocoso de la carretera, donde una repentina aceleración de la velocidad constituía un peligro, manteniendo de esta manera a Haley en un permanente estado de agitación.

Después de cabalgar cerca de una hora por este camino, la partida hizo una repentina y tumultuosa bajada a una era que pertenecía a una granja de grandes dimensiones. No se veía un alma, ya que todos se encontraban trabajando en los campos, pero como el pajar interrumpía sencillamente la carretera, era evidente que su viaje en esa dirección había llegado a su final.

—¿No era esto lo que le había dicho al señor? —dijo Sam, con un aire de inocencia ofendida—. ¿Cómo puede un caballero de fuera saber más de un país que los que han nacido y se han criado allí?

—¡Pillo! —dijo Haley—. Tú lo sabías todo.

—Pero ¿acaso no he estado diciéndoselo, que lo sabía, y usted no ha querido creerme? Le dije al señor que estaba cortado y vallado el paso y

que no creía que pudiéramos pasar, Andy me oyó también.

Era demasiado cierto para ser discutido, y el desafortunado hombre tuvo que tragarse su ira con el mejor grado del que era capaz, y los tres siguieron adelante dirigiéndose hacia la nueva carretera.

A consecuencia de todos estos retrasos, la partida llegó a la taberna del pueblo donde Eliza había puesto su niño a dormir unos tres cuartos de hora antes. Eliza estaba en pie ante la ventana, mirando en otra dirección, cuando el rápido ojo de Sam le echó la vista encima. Haley y Andy estaban dos yardas más atrás. En este momento crítico, Sam hizo como que se le caía el sombrero y se puso a dar algunos de sus característicos gritos, lo que puso sobre aviso a Eliza a la primera, que se retiró inmediatamente de la ventana, mientras los viajeros llegaban a la puerta principal.

Un millar de vidas parecieron concentrarse en ese momento ante Eliza. Su habitación se abría por un lado hacia el río. Tomó al niño y descendió las escaleras hacia la ribera. El traficante solo pudo ponerle los ojos encima cuando desaparecía en la orilla; bajando de un salto del caballo y llamando a voces a Sam y a Andy, la persiguió como un lobo acosa a un venado. En aquel apurado momento, los pies de Eliza no parecían tocar el suelo, y en un instante la llevaron al borde del agua. Llegaron ellos justo después, y la mujer, con el temple que solo da Dios a los desesperados, con un grito salvaje y de un salto, se lanzó sobre las turbulentas aguas de la orilla para alcanzar una balsa de placas de hielo que tenía delante. Era un salto desesperado, imposible sin la locura o la desesperación, y Haley, Sam y Andy gritaron instintivamente y se echaron las manos a la cabeza cuando lo dio.

El gran trozo de hielo crujió y se agrietó al recibir su peso, pero Eliza no se quedó sobre él más que un momento. Con gritos roncos y con desesperadas energías saltó a otro pedazo de hielo, luego a otro, cayéndose, saltando, resbalando, levantándose de nuevo. Perdió los zapatos, sus medias se rompieron, se hirió en las piernas y la sangre marcó cada uno de sus pasos, pero ella no vio nada, no sintió nada, hasta que tenuemente, como en un sueño, vio la orilla de Ohio, y a un hombre que le echaba una mano.

—¡Eres una chica valiente, seas quien seas! —dijo el hombre con un gruñido.

Eliza reconoció la voz y el rostro de un hombre que tenía una granja no lejos de su antiguo hogar.

—¡Oh, señor Symmes! ¡Sálveme, sálveme! ¡Escóndame! —dijo Eliza.

—¡Cómo, qué es esto! —dijo el hombre—. Pero ¿no eres tú la chica de los Shelby?

—Mi hijo… este niño… le han vendido. Allí está su amo —dijo ella, indicando la orilla de Kentucky—. ¡Oh, señor Symmes, usted tiene un hijo!

—Sí que lo tengo —dijo el hombre al tiempo que la llevaba con rudeza pero con amabilidad hacia la orilla—. Y además, tú eres una chica muy valiente. Me gusta el coraje, donde quiera que lo vea.

Cuando llegaron a la parte más alta de la orilla, el hombre se detuvo.

—Me gustaría hacer algo por ti —dijo—, pero no hay ningún lugar al que te pueda llevar. Lo mejor que puedo hacer es decirte que vayas allí —dijo señalando una gran casa de color blanco que dominaba la calle principal del pueblo—. Vete allí, son muy buena gente. No hay ningún peligro, ellos te ayudarán, resuelven cualquier problema.

—¡Que Dios le bendiga! —dijo Eliza con energía.

—Nada, nada —dijo el hombre—. No tiene ninguna importancia.

—¡Desde luego, señor, no se lo dirá a nadie!

—¡Vete por ahí, chica! ¿Por quién me has tomado? ¡Claro que no lo haré! —dijo el hombre—. Vamos, vamos, piensa como la chica sensata y lista que eres. Te has ganado la libertad, y la tendrás, por mis barbas.

La mujer estrechó al niño contra su pecho y empezó a caminar con paso firme y ligero. El hombre permaneció en pie y la contemplaba.

—Quizá Shelby no pensará que esta es la mejor manera de proceder entre vecinos, pero ¿qué va a hacer uno? Si alguna vez él encuentra a una de mis esclavas en una situación semejante, le invito a que me pague con la misma moneda. Hay algo que no puedo soportar y son las criaturas hambrientas y jadeantes, intentando abrirse camino, con los perros detrás persiguiéndolas y tirándose sobre ellas. Además, no veo tampoco por qué razón habría de convertirme en un cazador y en un recuperador de esclavos para los demás.

Así hablaba este pobre y pagano hombre de Kentucky, que no había sido instruido en sus deberes constitucionales, y en consecuencia traicionaba las leyes al actuar de un modo cristiano, que no estaría inclinado a seguir si tuviera mayor instrucción y una mejor posición social[6].

Haley se había quedado, como espectador, totalmente sorprendido por la escena, hasta que Eliza desapareció tras la otra orilla, y entonces lanzó una mirada muda a Sam y a Andy.

—Esto ha sido un mal negocio —dijo Sam.

—La chica tiene siete demonios en el cuerpo, de verdad —dijo Haley —. ¡Saltaba como un gato montés!

—Bueno, ahora —dijo Sam rascándose la cabeza— espero que el señor me perdone por haber probado esa vieja carretera. No tengo fuerzas para volver por allí —y empezó a reír entre dientes.

—¡Encima te estás riendo! —dijo el traficante con un gruñido.

—Que Dios le bendiga, amo, no puedo evitarlo ya —dijo Sam, dejándose llevar por la larga pendiente que hacía las delicias de su espíritu —, era tan curioso verla saltando y levantándose, con el hielo crujiendo:

¡plum, crac, plof! ¡Dios mío, cómo lo hacía! —y Sam y Andy se reían hasta caérseles las lágrimas rodando por las mejillas.

—¡Ya os haré reír yo de otra manera! —dijo el traficante, dándoles buenos fustazos.

Los dos se agacharon y corrieron hacia arriba gritando, montando en sus caballos antes de que lo hiciera Haley.

—¡Buenas noches, señor! —dijo Sam, con gran gravedad—. Me imagino que la señora estará muy inquieta por la pata de Jerry. El señor Haley ya no nos querrá para nada. Y a la señora no le gustaría saber que hemos cabalgado esta noche con los caballos por el puente de Lizy —y dando un codazo de complicidad en las costillas de Andy, se encaminó a casa, seguido por el otro, a toda velocidad, y sus carcajadas se mecían al viento, que las traía de vuelta.

Capítulo VIII
La huida de Eliza

Eliza reemprendió su huida desesperadamente con las últimas luces del crepúsculo. La gris humedad de la noche, levantándose lentamente del río, la envolvió cuando subía por los márgenes, y la agitada corriente y las masas de hielo que entrechocaban ofrecían una barrera desalentadora entre ella y sus perseguidores. Entonces Haley, despacio y mostrando su descontento, se volvió a la pequeña taberna, para pensar con mayor detalle qué le convenía hacer. Una mujer le abrió la puerta de un pequeño salón, cubierto por una harapienta alfombra, sobre la que había una mesa con un mantel de hule reluciente y varias sillas desvencijadas de respaldo alto. Diversas imágenes de escayola de brillantes colores se hallaban alineadas en la repisa de la chimenea, sobre una parrilla que humeaba ligeramente; un largo banco de dura madera extendía su incómoda longitud ante la chimenea, y allí se sentó Haley para meditar sobre la fragilidad de las esperanzas humanas y de la felicidad en general.

«¿Cómo se me ocurriría comprar al maldito niño? ¡Vamos! —se preguntó a sí mismo—, cuando me han estado engañando como a un idiota, burlándose de mí». Y Haley se desahogaba repitiendo una y otra vez una poco refinada letanía de imprecaciones contra él mismo, imprecaciones que, aunque completamente acertadas, omitiremos aquí por una cuestión de buen gusto.

Fue interrumpido por las voces disonantes de un hombre que aparentemente estaba desmontando ante la puerta. Se apresuró hacia la ventana.

—¡Por todos los demonios, esto es lo que he oído que dicen es la Providencia! —exclamó Haley—. Me parece que este es Tom Loker.

Haley se precipitó fuera. De pie, delante del bar, en un rincón de la sala, había un hombre moreno y musculoso, de más de seis pies[1] de altura y de anchas proporciones. Iba vestido con un abrigo de piel de búfalo, con el pelo hacia fuera, lo que le daba una apariencia velluda y feroz, en perfecta armonía con el resto de su fisonomía. En su cabeza y en su cara, cada órgano y rasgo que expresara la violencia brutal y sin contemplaciones lo hacía en un grado sumo. Es más, si pudieran los lectores imaginarse un bulldog convertido en hombre y paseándose con sombrero y abrigo, tendría una idea no muy descaminada de la apariencia y del efecto de su físico. Iba con un compañero de viaje, que en muchas cosas contrastaba del todo con él. Era bajo y endeble, ágil y gatuno en sus movimientos, y tenía una expresión miope, inquisidora, en sus malévolos ojillos negros, con la que estaban en consonancia todos los rasgos de su cara. Su larga y estrecha nariz descendía por su rostro como si se propusiera penetrar en la naturaleza de las cosas; su lustroso, fino y negro cabello estaba pegado hacia delante, y todos sus movimientos y gestos expresaban una seca y precavida agudeza. El hombre grande se sirvió un gran vaso lleno a medias de algún licor de baja estofa y se lo bebió de un trago sin decir una palabra. El hombrecito se puso de puntillas y, moviendo su cabeza primero a un lado y luego a otro y husmeando reflexivamente en dirección a las diferentes botellas, pidió por fin un julepe de menta con una vocecilla temblona y con unos aires muy circunspectos. Cuando se sirvió, cogió su vaso y lo miró con una aparente satisfacción, como un hombre que piensa que ha hecho lo que debía y que ha dado en el clavo; después se dispuso a consumirlo en sorbitos muy despaciosos.

—Vaya, ¿quién hubiera pensado que tendría la suerte de que nos encontráramos? Bueno, Loker, ¿cómo va eso? —dijo Haley, acercándose y tendiendo la mano al hombre de gran tamaño.

—El demonio —fue su educada respuesta—. ¿Qué te trae por aquí, Haley?

El hombre con aspecto de roedor, que respondía al nombre de Marks, detuvo inmediatamente sus sorbos y, moviendo su cabeza hacia delante, miró astutamente al recién llegado, como un gato mira a veces una hoja seca que se mueve o cualquier otro objeto al que poder perseguir.

—Digo, Tom, que esto es lo más afortunado que hay en el mundo. Estoy en una endemoniada dificultad, y necesito ayuda.

—¡Vaya, vaya! ¡Claro que sí! —gruñó Tom a su complaciente compañía —. Cualquiera puede estar seguro de eso; cuando alguien está encantado de verle a uno, es que le va a pedir algo. ¿De qué se trata, pues?

—¿Es este un amigo? —dijo Haley mirando con desconfianza a Marks —. ¿Un socio, quizá?

—Sí, eso es. ¡Marks, ven aquí! Este es el tipo con quien estuve en Natchez.

—Será un gran placer para mí conocerle —dijo Marks, avanzando una larga y delgada mano, seca como las garras de un cuervo—. ¿El señor Haley, supongo?

—El mismo, señor —dijo Haley—. Y ahora, caballeros, ya que nos hemos encontrado tan felizmente, me parece que voy a invitarles a algo en este lugar. Así que tú, viejo idiota —le dijo al hombre del bar—, tráenos agua caliente, azúcar, cigarros y todo lo que es bueno de verdad, que vamos a festejarlo.

De modo que así estaban, con las velas encendidas, el fuego avivado en la chimenea y los tres respetables individuos sentados alrededor de una mesa, bien provista con todos los accesorios necesarios para la celebración de la que hemos hablado.

Haley empezó el patético relato de sus peculiares problemas. Loker guardó silencio y le escuchaba con una intensa atención. Marks, que se encontraba muy atareado preparando con ansia e inquietud un vaso de ponche de su particular gusto, mirando de vez en cuando por encima de su tarea y avanzando su nariz afilada y su barbilla casi hasta la cara de Haley, se interesaba ávidamente por la narración. La conclusión de esta pareció divertirle mucho, ya que sacudió sus hombros de un lado a otro en silencio y animó sus delgados labios con una expresión de alegría interior.

—¡Así que le han tomado el pelo! —dijo—. ¡Vaya, vaya, pero que muy buena jugarreta!

—Estos negocios con críos traen muchos problemas en el comercio —dijo Haley con tristeza.

—Si pudiéramos conseguir una raza de mujeres que no se preocuparan por sus hijos —añadió Marks—, lo digo de verdad, pienso que sería el mayor adelanto moderno que se conoce —y Marks se rio de su propia gracia con una disimulada sonrisa de presentación.

—Desde luego que sí —dijo Haley—. Es algo que no puedo comprender: los críos dan montones de problemas, y uno podría pensar que las encantaría librarse de ellos, pero no es así. Y cuanto más lata da un mocoso y cuanto menos sirve para nada, en general, más apegadas están a él.

—Bien, señor Haley —dijo Marks—, páseme el agua caliente. Sí, señor, acaba de decir usted justo lo que pienso y lo que nos pasa a todos. Mire, yo compré una vez una chica, cuando era traficante, una verdadera buena moza, bastante lista, y ella tenía un crío que estaba lamentablemente enfermo, jorobado, que cuando no tenía una cosa tenía otra, y por fin se lo di a un hombre que pensó que podía apostar por criarlo, ya que no le costaba nada; nunca pensé que la chica se lo tomaría así, pero ¡Dios mío, tendríais que ver cómo se puso cuando se enteró! ¡Bueno, parecía querer más a su niño porque estaba enfermo y era contrahecho y tan latoso! Y lloraba, sin echarle cuento, de verdad, y vagaba como si hubiera perdido a todos los amigos que tenía. Era realmente una cosa extraña, pensándolo bien. ¡Dios santo, no hay límite para las rarezas de las mujeres!

—Lo mismo me ocurrió a mí —dijo Haley—. El último verano, bajando el río Rojo, conseguí que me vendieran una chica, con un niño que era muy guapo; sus ojos eran tan brillantes como los de la chica, pero cuando miré mejor vi que era completamente ciego. Porque, de verdad, era completamente ciego. Bien, sabéis, pensé que no pasaría nada por ello, y sin decir nada lo cambié por una caja de *whisky*; pero separarle de la chica fue terrible, ¡se puso hecha una fiera! Esto pasó antes de que empezáramos, y no había encadenado aún mi partida, así que lo que hizo fue subirse en una bala de algodón, como un gato, le quitó un cuchillo a uno de los que estaban en la cubierta del barco y, de verdad os lo digo, lo hizo en un minuto, viendo que era todo inútil, entonces se volvió y se tiró de cabeza al río, con niño y todo, se hundió en el agua y nunca más salió.

—¡Bah! —dijo Tom Loker, que escuchaba estas historias con cierto asco contenido—. Sois unos inútiles, mis chicas no hacen cosas así, os lo digo de verdad.

—Muy bien, ¿y cómo lo consigues? —dijo Marks, con premura.

—¿Que cómo lo consigo? Pues compro a la chica y si tiene un niño que vender también, me pongo junto a ella, le muestro mi puño y le digo: «¿Ves esto? Pues si pronuncias una sola palabra, te aplasto la cara con él. No quiero oír ni una sola palabra, ni el principio de una». Eso es lo que les digo: «Ese niño es mío, y no tuyo, y no tienes ningún asunto que arreglar con él. Lo voy a vender a la primera ocasión, ten cuidado de no hacerme ninguna jugarreta, porque te haría lamentar el haber nacido». Se lo digo, y ellas ven que no me ando con jueguecitos, cuando las tengo en mi poder. Las dejo calladas como peces, y si alguna empieza a aullar, pues… —y el señor Loker descargó su puño con un golpe que explicó a fondo el particular.

—Eso es lo que se llamaría «énfasis» —dijo Marks, dando un golpecito en el costado de Haley y sonriendo de nuevo—. ¿No es Tom una persona extraordinaria? ¡Ja, ja, te digo, Tom, que me parece que sabes hacerte entender, aunque las cabezas de los negros sean tan crespas y lanosas! ¡No tienen ninguna duda de lo que les quieres decir, Tom! ¡Si no eres el mismo diablo, Tom, eres su hermano gemelo, de verdad te lo digo!

Tom recibió el cumplido con supuesta modestia y empezó a demostrarse tan afable como era consecuente, tal como dice John Bunyan[2], «con su naturaleza perruna».

Haley, que se había dejado llevar por el clima de aquella velada, empezó a sentir una notable elevación y ampliación de sus facultades morales, un fenómeno frecuente entre caballeros serios y reflexivos en circunstancias semejantes.

—Bueno, entonces, Tom —dijo—, lo que me ha sucedido es realmente demasiado malo, como siempre te he dicho, ya sabes; tú y yo solíamos hablar de estas cosas en Natchez, y te demostraba que era capaz de ganar tanto como tú y que estaba igual de bien en este mundo tratando a mis esclavos mejor, además de que eso me ayudaba a alcanzar el reino de los

cielos al final de los tiempos, cuando el polvo vuelva al polvo y no quede nada más que ganar, ya sabes.

—¡Puag! —dijo Tom—. ¡Yo no sé nada! No me pongas enfermo con tus cosas, mi estómago no lo soportaría —y Tom se bebió medio vaso de un *brandy* muy basto.

—Digo —dijo Haley, reclinándose en su silla y gesticulando de modo impresionante—, digo que yo siempre he querido llevar mi negocio para sacarle un máximo de dinero, lo más posible y por encima de todo, como hacen todos, pero el comercio no lo es todo, porque tenemos alma. A mí no me importa, ahora, que se me escuche o no, yo tengo una maldita visión de estas cosas, y no me importa decirlo. Soy creyente, y uno de estos días, cuando lo tenga todo arreglado, pienso ocuparme de mi alma y de sus asuntos, y entonces, ¿para qué hacer más maldades de las que son realmente necesarias? No me parece prudente en absoluto.

—¿Ocuparte de tu alma? —repitió Tom con desprecio—. No se encontraría ni una brizna de alma en ti, ahórrate las molestias sobre este particular. Si el diablo no te coge con su criba, no se llevará a nadie.

—Mira, Tom, estás de mal humor —dijo Haley—. ¿Por qué no te lo tomas mejor cuando alguien te habla por tu bien?

—Deja ya esas monsergas —dijo Tom bruscamente—. Soporto cualquier discursito de los tuyos salvo los que son piadosos, esos me matan. Después de todo, ¿cuál es la diferencia entre tú y yo? Dices que te preocupas un poco más y que tienes más sentimientos que antes, pero lo que está claro, transparente, perro miserable, es que quieres burlar al demonio y salvar tu pellejo, ¿te crees que no me he dado cuenta? Y tu «religiosidad», como tú dices, después de todo es algo demasiado vergonzoso para cualquiera: hacer un pacto con el diablo toda tu vida y escaparse cuando llega la hora de pagar. ¡Puag!

—Venga, venga, caballeros, les digo que así no se hace un buen negocio —dijo Marks—. Hay diferentes maneras de considerar todos los asuntos. El señor Haley es una persona muy amable, sin duda, y tiene su propia conciencia, y Tom, tú tienes tus métodos y son muy buenos también, pero pelearse, ya se sabe, no solucionará nada. Veamos el negocio. Diga, señor

Haley, ¿qué es lo que quiere? ¿Que nos ocupemos de perseguir y atrapar a la chica?

—La chica no es asunto mío, es de Shelby, solo el chico es mío. ¡He sido un loco comprando ese mono!

—¡Eres siempre un loco! —dijo Tom con brusquedad.

—Venga, Loker, no sigas con tus rabietas —dijo Marks, arqueando sus labios—. Ya lo ves, el señor Haley nos está poniendo sobre la pista de un buen negocio, así que un poco de calma, estos arreglos son mi especialidad. Esa chica, señor Haley, ¿cómo es, qué hace?

—Bueno, es muy blanca y guapa, está bien educada. Le ofrecí a Shelby ochocientos o mil dólares por ella, y los valía bien.

—¡Blanca, guapa y bien educada! —dijo Marks, con sus agudos ojos, su nariz y su boca avivados por la empresa—. Mira ahora, Loker, si esto no es un buen comienzo. Llevaremos el asunto por nuestra cuenta, nos ocuparemos de encontrar a la negra; el niño, desde luego, será para el señor Haley, y nos llevamos a la chica a Orleans para especular con ella. ¿No es maravilloso?

Tom, cuya gran boca se había quedado abierta durante este diálogo, la cerró de repente, como un perrazo que apresa un pedazo de carne, y parecía estar digiriendo la idea.

—Vea usted —le dijo Marks a Haley, tomando su ponche mientras el otro lo hacía también—, tenemos en todos los puntos del río jueces que nos ayudan. Tom se ocupa de atrapar a los fugitivos y todo esto, y entonces llego yo, muy bien vestido, con las botas brillantes y todo de primera, cuando hay que jurar. ¡Tendría usted que verme! —dijo Marks, en un arrebato de orgullo profesional—. ¡El tono que me doy! Unas veces soy el señor Twickem, de Nueva Orleans; otro día digo que acabo de llegar de mi plantación del río Pearl, donde trabajan setecientos negros; luego, en otra ocasión, me convierto en un pariente lejano de Henry Clay, o de algún otro viejo procer de Kentucky. Los talentos varían, ¿sabe usted? Tom es más adecuado para cuando hay que hacer una captura luchando o golpeando, pero para mentir no vale nada. Tom no es mentiroso, no le sale naturalmente, pero, Dios mío, si hay un tipo en el país que pueda jurar sobre cualquier cosa y hacerlo en cualquier circunstancia y que lo abone con una

cara grave y lleve las cosas mejor que yo lo hago, pues me gustaría conocerle, ¡eso es todo! Por mis días que puedo meterme en todo y escaparme, aunque la justicia fuera más vigilante de lo que es. A veces preferiría que fuera más vigilante; sería muchísimo más divertido, con el adobo de la dificultad…

Tom Loker, que, como ya hemos dicho, era un hombre lento de pensamiento y de movimientos, interrumpió a Marks descargando su pesado puño sobre la mesa, haciéndola retumbar.

—¡Lo haré! —dijo.

—¡Que Dios te bendiga, Tom, no tienes que romper los vasos! —dijo Marks—. Guarda tus puños para cuando los necesitemos.

—Pero, señores, ¿no me corresponde acaso una parte de los beneficios? —preguntó Haley.

—¿No es bastante si cogemos al niño para ti? —dijo Loker—. ¿Qué es lo que quieres?

—Bueno —dijo Haley—, si os doy el trabajo, eso vale algo, digamos un diez por ciento de los beneficios, una vez pagados los gastos.

—Vamos… —dijo Loker con una tremenda palabrota, y golpeó la mesa con su pesado puño—. ¿No nos conocemos, Dan Haley? ¡No pienses que me voy a tragar eso! ¿Te imaginas que Marks y yo nos encargamos de cazar a los esclavos solo por haceros un favor a los caballeros acomodados como tú, sin sacar nada para nosotros? ¡Ni pensarlo! Nos quedaremos con la chica, y tú te callarás la boca, porque si no, nos quedaremos con los dos, ¿qué nos lo impide? ¿No nos has enseñado tú el juego? Podemos hacer esto tanto nosotros como tú, espero. Y si tú o Shelby queréis perseguirnos, mira a ver si encuentras los mismos pájaros donde los viste hace un año, y si los ves a ellos o a nosotros, ¡muchas felicidades, porque estarías de suerte!

—Bueno, de acuerdo, vamos a dejarlo así —dijo Haley alarmado—. Me traeréis al niño; siempre has hecho tratos conmigo, Tom, y los has hecho dando tu palabra.

—Tú lo sabes bien —dijo Tom—, yo no me precio de un estilo lacrimoso como el tuyo, pero no voy a mentir ni en mis cuentas con el mismo demonio. Lo que digo que voy a hacer, eso hago, y tú lo sabes bien. Dan Haley.

—Sí que lo sé, Tom —dijo Haley—. Prométeme que tendrás al niño dispuesto para mí en cualquier lugar que tú me digas, eso es todo lo que te pido.

—Pero eso no es todo lo que yo quiero, por supuesto —dijo Tom—. ¿No recuerdas que hice tratos gratis contigo en Natchez, Haley? He aprendido a atrapar anguilas, cuando las cojo. Tendrás que aflojar cincuenta dólares sobre la mesa, ahora mismo, o no moveremos un dedo por ese niño. ¡Te conozco!

—Bueno, cuando tienes entre manos un trabajo que te va a dar un beneficio de entre mil y seiscientos dólares, ¿por qué eres tan poco razonable? —dijo Haley.

—Tenemos encargos para las cinco próximas semanas, ¿crees que lo tuyo es lo único que tenemos que hacer? Y suponte que lo dejemos todo y que nos vayamos a salto de mata persiguiéndolos, batiendo la región, y que por fin no cojamos a la chica, porque las chicas siempre son endemoniadas para cogerlas; entonces, ¿qué? ¿Nos pagarías un céntimo, lo harías? Me parece que no te veo haciéndolo, vamos. No, afloja los cincuenta. Si conseguimos cogerlos y da dinero, te los devolveré, pero si no, serán para nosotros, por los esfuerzos; me parece que es justo. ¿No estás de acuerdo, Marks?

—Claro, claro —dijo Marks, con un tono conciliador—, es solo un depósito de garantía, ¿sabe usted?, ¡je, je, je! Ya se sabe, nosotros los abogados, bien, pues tenemos todos que mantener la compostura, dar facilidades. Tom le llevará el niño a donde quiera que usted diga, ¿a que sí, Tom?

—Si encuentro al crío, le llevaré a Cincinnati[3] a casa de la Abuelita Belcher, en nuestro apeadero —dijo Loker.

Marks sacó de su bolsillo un grasiento librito, tomó un papel, lo desdobló, se sentó y, fijando sus malévolos ojos en él, empezó a murmurar su contenido: «Barnes, Shelby County, el chico Jim, trescientos dólares por él, vivo o muerto. Edwards, Dick y Lucy, marido y mujer, seiscientos dólares. La joven Folly y sus dos niños, seiscientos dólares por ella o su cabeza».

—Solo estoy dando una ojeada a nuestros negocios para ver si podemos cargarnos aún más. Loker —dijo después de una pausa—, tenemos que poner a Adams y a Springer sobre la pista de estos, los tenemos encargados desde hace ya tiempo.

—Pedirán demasiado —dijo Tom.

—Ya arreglaremos eso; son nuevos en el negocio y tienen que hacerse a la idea de trabajar barato —dijo Marks, mientras continuaba su lectura—. Entre todos, hay tres casos facilísimos, porque lo único que hay que hacer es cargárselos o jurar que se les ha matado, así que por eso no podrán pedir mucho. Los otros casos —dijo, doblando el papel— van para largo. Así que volvamos a nuestro asunto. Señor Haley, ¿vio usted a la chica cuando llegó a la orilla?

—Desde luego que sí. Tan claramente como le veo a usted.

—¿Y a un hombre que la ayudaba desde la orilla? —preguntó Loker.

—Desde luego que sí lo vi.

—Lo más seguro es que la hayan acogido en algún sitio. Pero dónde, esa es la cuestión. Tom, ¿qué dices?

—Tenemos que cruzar el río esta noche, no hay más remedio —dijo Tom.

—Pero no hay ningún barco —dijo Marks—. El hielo está corriendo de un modo horrible, Tom, ¿no será peligroso?

—No sé nada de eso, lo único que quiero saber es lo que hay que hacer —dijo Tom con decisión.

—¡Pobre de mí! —dijo Marks, poniéndose nervioso—. ¡Será peligroso, pienso yo! —dijo acercándose a la ventana—. ¡Está oscuro como la boca del lobo!

—Hablando en plata, tienes miedo, Marks; pero no puedo evitarlo, tendrás que venir. Supongo que querrás mentir un día o dos, hasta que la chica sea llevada por la ruta clandestina a Sandusky[4] o algo así, antes de ponerte en marcha.

—¡Qué va, yo no tengo miedo en absoluto! —dijo Marks—. Solo…

—Solo, ¿qué? —dijo Tom.

—Bueno, pues el barco. Ya ves que no hay ningún barco.

—Le oí decir a la mujer que iba a venir uno esta noche, y que un hombre iba a cruzar el río en barca. Por supuesto, será eso o nada, no tenemos más remedio que ir con él —elijo Tom.

—Me imagino que tendrán buenos perros —dijo Haley.

—De primera —dijo Marks—. Pero ¿para qué nos servirían? No tenemos ninguna ropa con su olor.

—Sí que la tengo —dijo Haley, triunfante—. Aquí está el chal que la chica se dejó en la cama con las prisas; también se dejó el gorro.

—Eso sí que es una suerte —dijo Loker—. Pásamelo.

—Aunque los perros pueden echar a perder a la chica, si la cazan —dijo Haley.

—Eso es algo que debemos considerar —dijo Marks—. Nuestros perros trajeron una vez a un tipo hecho pedazos, en Mobile[5], antes de que pudiéramos quitárselo de entre los dientes.

—Bueno, sabéis que este género es para vender por su presencia, de modo que los perros no resuelven el problema —dijo Haley.

—Sí que lo sé —dijo Marks—. Además, si alguien la alberga en una casa, tampoco sirven. Los perros no valen para nada en estos estados del Norte, donde los esclavos son transportados en coches, desde luego, así no se les puede seguir el rastro. Solo vienen bien en las plantaciones, donde los negros cuando se escapan han de hacerlo a pie y no tienen ninguna ayuda.

—Bien —dijo Loker, que acababa de salir del bar para hacer varias preguntas—. Dicen que el hombre viene con el barco, así que Marks…

Este respetable individuo lanzó una mirada de nostalgia sobre los cómodos lugares que iba a abandonar, pero se levantó lentamente para obedecer. Tras intercambiar algunas palabras más con los últimos detalles sobre el trato, Haley, visiblemente reacio, entregó los cincuenta dólares a Tom, y el respetable trío se separó por esa noche.

Si alguno de nuestros refinados y cristianísimos[6] lectores se sintiera ofendido ante el cuadro que le ha sido presentado en esta escena, permítanos rogarle que luche contra sus prejuicios y que los venza a tiempo. El negocio de cazar esclavos, hemos de recordarle, está elevado al rango de profesión legal y patriótica. Si los territorios entre el Misisipí y el Pacífico se convierten en un gran mercado para cuerpos y almas y las gentes de bien

mantienen las tendencias que rigen en este siglo diecinueve, el traficante y el cazador se contarían entre la aristocracia.

Mientras tenía lugar esta escena en la posada, Sam y Andy, en un estado de grandísimo alborozo, continuaban su camino hacia casa.

Sam estaba del mejor humor posible y expresaba su alegría con toda clase de aullidos y gritos extraordinarios y con variados y extraños movimientos y contorsiones de todo su cuerpo. Algunas veces se encontraba sentado del revés, con la cara hacia la cola y los cuartos traseros del caballo; de repente, con un salto y una pirueta, volvía de nuevo a su sitio, y poniendo una cara muy seria, empezaba a sermonear a Andy en tonos agudísimos riéndose y haciendo el idiota. De tal modo se sujetaba los costados y se desternillaba de risa, que los ecos de sus carcajadas hacían resonar los añosos bosques a su paso. Con todas estas piruetas, contribuyó a mantener a los caballos a la velocidad máxima, hasta que, entre las diez y las once, resonaron sus pasos en la grava del fondo de la balconada. La señora Shelby se precipitó hacia la verja.

—¿Eres tú, Sam? ¿Dónde están?

—El señor Haley está descansando en la posada, pues se encuentra terriblemente cansado, señora.

—¿Y Eliza, Sam?

—Bueno, se ha escapado atravesando el Jordán. Como diría uno, en la Tierra de Canaán[7].

—Sam, ¿qué es lo que quieres decir? —dijo la señora Shelby, sin aliento y casi desmayada, cuando el posible significado de estas palabras se le hizo evidente.

—Bueno, señora, Dios protege a los suyos. Lizy ha cruzado el río hasta la orilla de Ohio de modo tan notable como si un carro de fuego y dos caballos la hubieran llevado.

La vena de piedad religiosa de Sam siempre era desacostumbradamente ferviente en presencia de su ama, y él hizo acopio de imágenes y figuras bíblicas.

—Sube aquí, Sam —le dijo el señor Shelby, quien había seguido la conversación desde la galería—, y dile a tu ama lo que quiere saber. Ven, Emily —dijo, pasándole el brazo alrededor—, estás helada y temblando, te permites demasiados sentimientos.

—¡Demasiados! ¿Acaso no soy una mujer, una madre? ¿No somos responsables ante Dios de esa pobre chica? ¡Dios mío, no nos cargues con este pecado!

—¿Qué pecado, Emily? Tú misma has visto que solo hemos hecho lo que nos obligan a hacer.

—A pesar de ello tengo un sentimiento de culpabilidad horrible —dijo la señora Shelby—, no puedo evitarlo.

—¡Vamos, Andy, negrazo, espabila! —llamó Sam, desde debajo de la galería—. Llévate estos caballos a la cuadra, ¿no ves que me está llamando el amo? —y Sam no tardó en aparecer en el salón con su sombrero de hoja de palma en la mano.

—Ahora, Sam, dinos claramente cómo pasaron las cosas —dijo el señor Shelby—. ¿Dónde está Eliza, si lo sabes?

—Mire, amo, yo la vi con mis propios ojos cruzar el río sobre los trozos de hielo que flotaban. Cruzó estupendamente, era casi un milagro, y vi a un hombre que la ayudaba en la orilla del Ohio, y después se perdió en la oscuridad.

—Sam, me parece que este milagro es bastante apócrifo. Cruzar el río sobre témpanos de hielo no parece empresa fácil —dijo el señor Shelby.

—¡Fácil! Nadie podría haberlo hecho sin ayuda de Dios. Pero mire —dijo Sam—, fue exactamente así. El señor Haley, yo y Andy llegamos a la pequeña posada al lado del río, y yo cabalgaba el primero un poco delante (tanto celo ponía en capturar a Lizy que no podía contenerme, no había manera), y cuando estaba cerca de una ventana de la posada, pues allí estaba ella, sin lugar a dudas, a la vista, y los otros detrás de mí. Bueno, se me cayó mi sombrero, y canté tan alto como para despertar a los muertos. Desde luego, Lizy me oyó y se retiró de la ventana cuando el señor Haley pasó por la puerta y entonces ella salió por otra puerta lateral y bajó a la orilla del río; el señor Haley la vio y corrió tras ella, y él, yo y Andy la seguimos. Ella bajó hasta el río y la corriente tenía diez pies de ancho junto

a la orilla, en el centro había mucho hielo, resquebrajándose y moviéndose hacia abajo, como formando una especie de gran isla. Llegamos justo detrás de Lizy y yo pensé que de todas todas él la cogería, cuando ella dio un chillido como nunca he oído antes, y al momento se encontraba en medio de la corriente, sobre el hielo, y así siguió chillando y saltando y el hielo crujía, ¡crac, nac, cloc!, y ella seguía saltando como un cabra. ¡Dios mío, las fuerzas que tenía la chica! Eran algo fuera de lo normal, en mi opinión.

La señora Shelby se sentó completamente silenciosa, lívida por la excitación, mientras Sam contaba su historia.

«¡Alabado sea Dios, no ha muerto! —se dijo—. Pero ¿dónde estará ahora esa pobrecilla?».

—El Señor proveerá —dijo Sam, volviendo sus ojos hacia arriba con piedad—. Como hemos estado diciendo, esto es obra de la Providencia sin duda alguna, tal y como la señora nos ha enseñado a nosotros. Aquí siempre hay medios para hacer la voluntad de Dios. Porque si no hubiera sido por mí hoy, el señor Haley la habría cogido una docena de veces. ¿No he espantado a los caballos esta mañana y no le he entretenido hasta la hora de comer? Y si no hubiera desviado más de cinco millas de la carretera al señor Haley esta tarde, habría caído sobre Lizy tan fácilmente como un perro sobre su presa. Todo esto han sido dones de la Providencia.

—No recurras a la Providencia cuando no es necesario, Sam. Y ten presente que no permito este tipo de prácticas con caballeros en mi casa —dijo el señor Shelby con toda la sequedad de la que fue capaz en tales circunstancias.

Ahora bien, nada es tan inútil como hacer creer que se está enfadado con un negro o con un niño, ya que los dos ven la verdad instintivamente en cada ocasión, a pesar de todos los intentos por aparentar lo contrario, y Sam no estaba en absoluto afligido por la regañina, aunque adoptó un aire de compungida seriedad y mantuvo un aspecto humilde, a modo de penitencia.

—El amo tiene razón, mucha razón; ha sido muy feo lo que he hecho, sin duda alguna, y desde luego ni el amo ni la amita pueden alentar cosas así. Eso lo he entendido bien, pero un pobre negro como yo está tremendamente tentado a hacer cosas feas algunas veces, cuando vienen tipos de la calaña del señor Haley, que no tiene nada de caballero, y

cualquiera que haya sido criado como nosotros no puede por menos que verlo así.

—Bien, Sam —dijo la señora Shelby—, como aparentemente has comprendido bien cuáles han sido tus errores, ya te puedes ir y decirle a la Tía Chloe que te dé algo del jamón frío que quedó de la comida. Tú y Andy debéis estar hambrientos.

—La señora es demasiado buena con nosotros —dijo Sam, haciendo una reverencia y marchándose.

Se habrá notado, por lo que hemos visto, que Sam tenía un talento natural que sin duda pudiera haberle llevado a ser un político eminente; un talento para aprovechar cualquier cosa que sucediera en beneficio propio, para su mayor honor y gloria, y una vez representadas su piedad y su humildad a satisfacción de su audiencia, cosa en que él confiaba, se puso el sombrero de palma en la cabeza, con una especie de aire gallardo, libre y relajado, y se adentró en los dominios de Tía Chloe, con la intención de adornar su relato en la cocina.

«¡Vaya discurso que echaré a los negrazos! —se dijo Sam a sí mismo—. Ahora tengo la ocasión. Dios mío, de verdad voy a conseguir que pongan ojos como platos».

Hay que precisar que una de las cosas que más gustaban a Sam consistía en llevar a su amo a todo tipo de reuniones políticas, donde, montado en algún travesaño o subido a un árbol, escuchaba a los oradores, aparentemente, con gran satisfacción, y después, al encontrarse con los demás criados de color, reunidos para la misma ocasión, les sermoneaba y se divertía con ellos haciendo las más divertidas imitaciones y chanzas, todas ellas con la más imperturbable atención y solemnidad; y a pesar de que los oyentes eran en principio de su mismo color, sucedía con bastante frecuencia que estaban acompañados por algunos de coloración más clara, que escuchaban, riendo y haciendo guiños, para satisfacción personal de Sam. De hecho, Sam consideraba que su vocación era la oratoria y no dejaba escapar ocasión para rendirle culto.

Ahora bien, entre Sam y la Tía Chloe había existido desde tiempos remotos una especie de enemistad o, más bien, una marcada frialdad, pero, mientras Sam iba meditando sobre provisiones, como base obligada y

necesaria de sus operaciones, determinó, en esta ocasión, ser eminentemente conciliador, pues sabía que a pesar de que «las órdenes de la señora» serían seguidas al pie de la letra, ganaría mucho si fueran también acompañadas por la voluntad. Así pues, se presentó ante la Tía Chloe con una enternecedora expresión de resignación y sumisión, como alguien que ha sufrido inconmensurables penas por ayudar a una criatura amiga perseguida —y esto aumentado por el hecho de que la señora le había mandado que viniera ante la Tía Chloe para que le diera satisfacción en todo lo referente a sólidos y líquidos— y que reconocía con esto su superioridad absoluta en el sector de la cocina y en todo lo relativo a ella.

La cosa marchó como era de pensar. Ninguna persona pobre, sencilla y virtuosa fue jamás tan confortada por las atenciones de un político en un momento electoral como lo fue la Tía Chloe, totalmente ganada por las amabilidades de Sam, y si este hubiera sido el mismísimo hijo pródigo de vuelta a su casa, no podría haber sido acogido con mayores bondades maternales, y pronto se encontró, sentado y en la gloria, ante una gran cazuela de hojalata que contenía una especie de *olla podrida*[8] de todo lo que se había servido en la mesa durante los dos o tres últimos días. Sabrosos trozos de jamón, dorados pedazos de torta de maíz, fragmentos de pastelillos de todas las formas geométricas concebibles, alas de pollo, mollejas y muslos, todo reunido en una pintoresca confusión, y Sam, como monarca de todo lo que tenía ante sí, se sentó con su sombrero de palma ladeado de manera festiva, y presidiendo la mesa con Andy a su derecha.

La cocina estaba llena de compadres, que habían venido a toda prisa desde las diferentes cabañas para oír cómo habían terminado las hazañas del día. Había llegado el momento de gloria para Sam. La historia de su jornada fue representada con todo tipo de adornos y aliños necesarios para aumentar su efecto, pues Sam, como cualquiera de nuestros diletantes de moda, no podía permitir que una historia perdiera algo de su brillo al pasar por sus manos. La narración estuvo acompañada por carcajadas de risa, y luego tomó el relevo la chiquillería, prolongándolas. Los chicos rodaban por el suelo, muy numerosos, o se sentaban en los rincones. Cuando el ruido y las carcajadas eran mayores, Sam, a pesar de todo, conservaba una inconmovible gravedad, volviendo sus ojos hacia arriba y enviando a los

que le escuchaban diversas miradas de indecible comicidad, sin apartarse de la tonalidad elevada y sentenciosa de su oratoria.

—Ya lo veis, paisanos —dijo Sam, levantando un muslo de pavo con energía—, ya veis que hay algo allá arriba que cuida de todos vosotros. Porque en realidad, cuando un tipo intenta capturar a uno de los nuestros es como si nos intentase capturar a todos; ya veis, el principio es bien sencillo. Y cuando alguno de esos mercaderes de esclavos viene a merodear y a husmear tras nuestra gente, pues, vaya, me encontrará en su camino, soy el tipo con quien se las tendrá que ver; yo soy el tipo a quien debéis recurrir, hermanos; me alzaré por vuestros derechos, los defenderé hasta mi último aliento.

—Pero Sam, tú me dijiste esta mañana que ayudarías a ese amo a coger a Lizy, y me parece que lo que dices ahora no casa bien con lo de antes —dijo Andy.

—Tengo que decirte, Andy —dijo Sam con una terrible superioridad—, que no hables de lo que no sabes; chicos como tú, Andy, tienen buena intención, pero no se puede esperar de ellos que colijan los grandes principios de la acción.

Andy pareció dolido, especialmente por la durísima palabra colegir, que la mayoría de los chiquillos allí presentes tomaban por un argumento de peso, mientras Sam continuaba su relato:

—Se trata de comprender las cosas, Andy; cuando pensé en perseguir a Lizy, suponía de verdad que el amo quería que la pilláramos. Cuando me di cuenta de que la amita quería lo contrario, eso fue comprender las cosas mejor, porque uno siempre gana más arrimándose a la señora, así que, como veis, tenéis que perseverar en los dos extremos, comprendiendo bien las cosas y respetando los principios. Sí, principios —dijo Sam, dando un tirón al cuello de un pollo—, ¿para qué sirven los principios si no perseveramos, me gustaría saber a mí? Toma, Andy, puedes chupar ese hueso, que aún queda algo.

Los que escuchaban a Sam estaban pendientes de sus palabras con la boca abierta, así que él no pudo hacer más que continuar.

—Sobre este asunto de la perseverancia, amigos negros —dijo Sam, con el aire de alguien que se adentra en un tema complicado—, es algo que casi

nadie ve muy claramente. Ahora bien, ya veis que cuando alguien busca algo día y noche y al día siguiente todo lo contrario, la gente piensa que ha cambiado, que no es coherente. Andy, acércame un poco de ese pastel de maíz. Pero hay que mirarlo mejor. Espero que los caballeros y el bello sexo me perdonarán que emplee un tipo de comparación algo ordinaria.

»Mirad, es como si yo quiero subir a lo alto de un granero. Bueno, pongo mi escalera en un lado y no va, y entonces si la pongo en el lado contrario y ya no la pongo en el de antes, ¿quiere decir que ya no persevero? Yo soy perseverante para conseguir subir, ponga la escalera del lado que la ponga, ¿comprendéis lo que os digo?

—¡Eso es lo único que has sido siempre: perseverante, bien lo sabe Dios! —murmuró la Tía Chloe, que se estaba quedando bastante silenciosa, puesto que la algazara durante la noche era para ella, siguiendo la comparación de las Escrituras, algo así como el vinagre sobre la sal.

—¡Desde luego que sí! —dijo Sam poniéndose en pie, lleno por la cena y cubierto de gloria, haciendo un esfuerzo final—. Sí, mis queridos conciudadanos y damas del otro sexo en general, yo tengo mis principios, y estoy orgulloso de guiarme por ellos, en todo tiempo y lugar. Tengo principios y los sigo de verdad; casi todo lo que pienso es un principio, y yo lo respeto hasta el final. No me importaría que me quemaran vivo, iría derecho a la horca, lo haría y diría: estoy dispuesto a verter hasta la última gota de mi sangre por mis principios, por mi país, por los intereses generales de la sociedad.

—Muy bien —dijo la Tía Chloe—, uno de tus principios tendrá que ser el de irte a la cama en algún momento esta noche y no tener a todo el mundo levantado hasta mañana, así que ahora, chiquillos, si no queréis que os dé una buena tunda, demostrad interés en ser rápidos para iros a la cama.

—¡Escuchadme todos, negros! —dijo Sam agitando su sombrero de paja con benevolencia—. Yo os bendigo a todos, y ahora, os vais a la cama y os portáis como buenos chicos.

Y, con esta patética bendición, la asamblea se dispersó.

Capítulo IX

En el que se demuestra que un senador no es sino un hombre

La luz de un fuego muy alegre brillaba sobre la alfombra y la moqueta de un acogedor salón y relumbraba sobre unas tazas de té y una tetera muy lustrosas, mientras el senador Bird se quitaba las botas, para calzarse un bonito par de zapatillas nuevas que le había hecho su mujer mientras él se encontraba en un viaje senatorial. La señora Bird, que parecía la auténtica imagen del gozo, estaba supervisando los preparativos para la mesa, dando de vez en cuando diversos consejos e indicaciones a unos jóvenes juguetones que retozaban con todas esas indecibles bromas y travesuras que han asombrado a las madres desde los tiempos del Diluvio.

—¡Tom, deja el pomo de la puerta, pórtate como un hombre! ¡Mary, Mary, no tires al gato de la cola, pobre minino! ¡Jim, no te subas a la mesa! ¡No, no! ¡No sabes la sorpresa que nos has dado a todos, querido, viniendo esta noche! —dijo, al fin, cuando pudo dirigirse a su marido.

—Sí, sí, pensé que pasaría a dar una vuelta por aquí y me quedaría por la noche, para estar mejor en casita. Estoy muerto de cansancio y me duele la cabeza.

La señora Bird lanzó una mirada hacia la botellita de alcanfor que estaba en el armario entreabierto y parecía meditar si acercarse a él, pero su marido se interpuso.

—¡No, no, Mary, no me hace falta tomar medicinas! Una taza de tu delicioso té caliente y un poco de nuestra buena vida familiar, eso es lo que quiero. ¡Es agotador esto de legislar!

Y el senador sonrió, como si le gustara bastante la idea de considerarlo como un sacrificio para la patria.

—Bien —dijo su mujer, cuando las tareas de preparación de la mesa para el té empezaban a amainar—. ¿Y qué han estado haciendo en el Senado?

Hasta entonces había sido poco habitual que la encantadora senadora Bird cargara su cabeza con lo que sucedía en la casa del Estado, pensando muy prudentemente que ya tenía bastante con preocuparse de la suya. Así que el señor Bird abrió unos ojos como platos y dijo:

—Nada muy importante.

—Bueno, pero ¿es cierto que han estado aprobando una ley que prohíbe a la gente dar comida o bebida a los pobres de color que estén de paso? He oído que estaban hablando de esa ley, pero no pienso que ninguna legislatura cristiana pueda aprobarla…

—¡Pero, Mary, te estás convirtiendo de repente en una mujer muy politizada!

—No, nada de eso. No me importa en absoluto toda vuestra política, en general, pero eso es algo que me parece totalmente cruel y poco cristiano. Espero, cariño, que una ley así no haya sido aprobada.

—Ha sido aprobada una ley que prohíbe ayudar a los esclavos que se escapan pasando por Kentucky, querida; los abolicionistas han recurrido a esto tan incansablemente, que algunos de nuestros compatriotas de Kentucky están muy excitados, por lo que parecía necesario, y nada más cristiano y bondadoso, que nuestro estado hiciera algo para que se calmaran los ánimos.

—¿Y en qué consiste esta ley? ¿Nos prohíbe que demos refugio a esas pobres criaturas por una noche, no es así? ¿Y que les demos algo de comer y un poco de ropa vieja, y que nos metamos en sus propios asuntos?

—Pues claro, claro, querida; eso sería ayudarlos y ser sus cómplices, ya sabes.

La señora Bird era tímida y se sonrojaba con facilidad; tenía unos cuatro pies de estatura, unos serenos ojos azules y una tez de melocotón; su voz era la más amable y dulce del mundo; en cuanto a valor se refiere, un pavo de tamaño medio hubiera podido derrotarla al primer graznido, y un macizo

perro casero, de no mucha envergadura, la habría sometido enseñándole simplemente los dientes. Su marido y sus hijos eran todo su mundo, y en él dirigía ella más con ruegos y persuasión que con órdenes o razones. Solo había algo que podía alterarla, y esto sucedía cuando la provocación tocaba la fibra más sensible de su temperamento habitualmente amable y simpático: cualquier cosa con visos de crueldad podía producirle unas reacciones que eran tanto más alarmantes e inexplicables en la medida en que de costumbre su natural era muy suave. Generalmente, era la más indulgente de las madres y la de más fácil trato, pero sus hijos tenían todavía un recuerdo más que respetuoso del serio castigo que les aplicó porque les había encontrado, con varios niños del vecindario, tirando piedras a un gatito indefenso.

—Os diré por qué —solía decir el amito Bill— estaba asustado esa vez. Mamá vino hacia mí de tal manera que pensé que se había vuelto loca, me azotó y me mandó a la cama, sin cenar, antes de que pudiera darme cuenta de lo que había pasado, y después de eso, la oí llorar detrás de la puerta, lo que hizo sentirme aún peor que todo lo demás. Os diré algo: nunca más hemos tirado piedras a un gatito ninguno de los chicos.

En esta ocasión, la señora Bird se levantó rápidamente con las mejillas muy rojas, lo que mejoró su aspecto, y avanzó hacia su marido con un aire resuelto. Le dijo, en un tono muy decidido:

—Ahora, John, quiero saber si piensas que esa ley es justa y cristiana.

—¡Espero que no me matarás, Mary, si te digo que sí que me lo parece!

—Nunca lo hubiera pensado de ti, John. ¿No votarías por ella?

—¿Y si lo hubiera hecho, mi linda mujer política?

—¡Debería darte vergüenza, John! Pobres criaturas, sin hogar y sin refugio… Esta ley es vergonzosa, mala, abominable y la infringiré, te lo aseguro, a la primera ocasión que se presente, y espero tener ocasión de hacerlo. ¡Cómo se han puesto las cosas si una mujer no puede dar una cena caliente y una cama a las pobres criaturas hambrientas, solo porque han sido esclavos y han sido engañados y oprimidos durante toda su vida, los desgraciados!

—Pero Mary, escúchame. Tus sentimientos son justos por completo, cariño, y muy interesantes, y hacen que te quiera aún más, pero, mi amor,

tenemos que impedir que nuestros sentimientos se separen de nuestra razón; debes considerar que es un asunto de sentimientos privados, hay muchos intereses públicos de la mayor importancia que están en juego, se está produciendo un estado tal de agitación pública, que tenemos que dejar de lado nuestros sentimientos personales.

—Mira, John, yo no sé nada de política, pero puedo leer en mi Biblia, y allí se me dice que hay que alimentar al hambriento, vestir al desnudo y confortar al afligido, y tengo la intención de seguir practicando lo que pone en mi Biblia.

—Pero en los casos en que hacer esto supone un gran daño para el bien público…

—Obedecer a Dios nunca perjudica al bien público. Yo sé que no. Es mucho más seguro, en todo momento, hacer lo que Él nos manda.

—Escúchame, Mary, te voy a dar un argumento muy claro para demostrarte…

—No sigas, John, podrías hablar toda la noche, y no me demostrarías nada. Te lo voy a plantear yo a ti, John: ¿cerrarías la puerta a una pobre criatura, tiritando y hambrienta, porque se ha fugado? ¿Lo harías ahora?

A decir verdad, nuestro senador tenía la mala fortuna de ser un hombre que tenía un natural particularmente amable y accesible, y cerrar la puerta a cualquiera que estuviera en dificultades nunca había sido su fuerte, y lo peor para él, en este particular tipo de asunto peliagudo, era que su mujer lo sabía y que desde luego estaba haciendo un asalto decisivo en un asunto bastante poco defendible. Así que recurrió a los habituales medios para ganar tiempo previstos para estos casos, y dijo «ejem» y tosió varias veces, se sacó un pañuelo del bolsillo y empezó a limpiarse las gafas. La señora Bird, viendo la indefensa condición del territorio enemigo, no tuvo más miramientos que los de aumentar su ventaja:

—¡Me gustaría verte haciendo eso, John, de verdad que me gustaría! ¡Echar a una mujer a la calle en medio de una nevada, por ejemplo! O quizá la entregarías y la meterías en la cárcel, ¿no es así? ¡Y estarías encantado!

—Desde luego, sería un deber muy doloroso —empezó a decir el señor Bird, con un tono moderado.

—¡Deber, John! No emplees esta palabra, sabes que no es deber, que no puede ser un deber. Si alguien quiere impedir a sus esclavos que se escapen, que les trate bien, esa es mi doctrina. Si yo tuviera esclavos (espero que nunca los tenga), aceptaría el riesgo de que quisieran escapar de mí o de ti, John. Te digo que ellos no se escapan cuando son felices, y cuando se fugan, ya sufren bastante con el frío, el hambre y el miedo, sin que todo el mundo tenga que ponerse contra ellos; ¡y con la ley o sin ley, nunca lo haré, con la ayuda de Dios[1]!

—¡Mary, Mary! Querida, déjame que razone contigo.

—Odio los razonamientos, John, especialmente los razonamientos en semejantes temas. Así es como vosotros los políticos dais vueltas y vueltas a una cosa justa y sencilla para embrollarla, y no creéis en ella ni vosotros mismos cuando hay que practicarla. Te conozco lo bastante bien como para decirlo, John. Tú, ni más ni menos que yo, no crees que eso sea justo y no lo harías, como no lo haría yo.

En este crítico momento, el viejo Cudjoe, el hombre negro que hacía todas las tareas de la casa, se asomó a la puerta y preguntó si «la señora podía venir a la cocina»; nuestro senador, algo aliviado, miró a su esposa con una extraña mezcla de diversión y ofensa y, sentándose en el sillón, empezó a leer la prensa.

Unos instantes después se oyó la voz de su mujer en la puerta, con un tono apresurado y ansioso: «¡John, John! Me gustaría que vinieses un momento».

Él dejó su periódico, se fue a la cocina y contempló con gran sorpresa la escena que se le presentaba: una mujer joven y delgada, con la ropa helada y hecha jirones, sin un zapato y con una media cayéndosele a hilachas de su pierna herida, estaba tumbada, en un desmayo de muerte, entre dos sillas. Había en su rostro huellas de su raza despreciada, pero nada podría ocultar los encantos de su triste y patética belleza, mientras que su aspecto de piedra, helado, inmóvil, le hizo sentir un frío solemne. Retuvo su aliento y permaneció en silencio. Su mujer y la única sirviente negra de la casa, la Tía Dinah, estaban muy atareadas en las medidas de reanimación que habían emprendido; mientras, el viejo Cudjoe se había puesto al niño en sus

rodillas y le quitaba los zapatos y los calcetines, para calentarle con sus manos los pequeños pies helados.

—¡Desde luego, esta chica es una belleza! —dijo Dinah conmovida—. Creo que fue el calor lo que la hizo desmayarse. Estaba bastante despierta cuando entró y nos preguntó si podía quedarse un momento junto al fuego para calentarse; yo acababa de preguntarle de dónde venía y se desmayó inmediatamente. Nunca ha hecho trabajos pesados, a juzgar por sus manos.

—¡Pobre criatura! —dijo la señora Bird con compasión, mientras la mujer abría lentamente sus ojos grandes y oscuros y la miraba vagamente. De pronto una expresión de agonía le atravesó el rostro y se puso en pie de un salto diciendo:

—¡Oh, Harry, Harry! ¿Lo han cogido?

El niño, al oír esto, saltó de las rodillas de Cudjoe y corrió hacia ella, echándole los brazos al cuello.

—¡Oh, está aquí, está aquí! —exclamó—. ¡Oh, señora! —dijo con fiereza a la señora Bird—. ¡Protéjanos, no permita que ellos le capturen!

—Nadie le hará daño aquí, pobrecilla —dijo la señora Bird, dándole ánimos—; está segura, no tenga miedo.

—¡Que Dios la bendiga! —dijo la mujer, cubriéndose la cara y sollozando, mientras el niñito, viendo su llanto, intentaba subirse a su regazo.

Con muchos cuidados y atenciones femeninos, que nadie mejor que la señora Bird sabía cómo ofrecer, la pobre mujer se fue calmando poco a poco. Se instaló para ella una cama provisional en el hogar, cerca del fuego, y al poco tiempo se sumió en un pesado sopor, con el niño, que parecía estar igualmente cansado, durmiendo sonoramente en sus brazos, pues la madre rechazaba, con nerviosa ansiedad, los intentos más amables de separarla del niño e, incluso dormida, sus brazos le rodeaban con un lazo incansable, como si no pudiera siquiera fiarse de su propia vigilancia.

El señor y la señora Bird habían vuelto al salón, donde por extraño que pueda parecer no se hizo referencia alguna a la anterior conversación; pero la señora Bird se ocupaba de su labor de calceta y el señor Bird hacía como si leyera el periódico.

—¡Me pregunto quién es y qué es! —dijo el señor Bird, al fin, dejando la lectura.

—Cuando se despierte y esté más descansada se lo preguntaremos —dijo la señora Bird.

—Digo, mujer… —después de meditar en silencio sobre su periódico.

—Dime, cariño.

—No puede ponerse ninguno de tus vestidos, ¿o podría hacerlo, tal vez, con un arreglo o algo así? Parece ser mucho más ancha que tú.

Una sonrisa bastante perceptible brilló en el rostro de la señora Bird cuando respondió «ya veremos».

Después de otro silencio, el señor Bird empezó de nuevo:

—Te digo, mujer…

—Bueno, ¿qué me dices ahora?

—Mira… esa capa vieja que tienes y que guardas para ponérmela por encima cuando me echo la siesta por las tardes, se la podrías dar, porque le hace falta ropa.

En aquel instante, Dinah entró para decir que la mujer estaba despierta y que deseaba ver a la señora.

El señor y la señora Bird fueron a la cocina, seguidos por sus dos hijos mayores, pues el pequeño ya estaba pacíficamente acostado en su cama a esa hora.

La mujer estaba ahora sentada ante el hogar en un banco junto al fuego. Miraba fijamente las brasas, con una expresión tranquila y descorazonada, muy diferente de la fiera agitación que la conmovía poco antes.

—¿Quería verme? —dijo la señora Bird, en un tono amable—. ¡Espero que se sienta mejor, pobrecilla!

Una larga y estremecedora mirada fue la única respuesta, pero la mujer levantó sus oscuros ojos y los fijó en la señora con tal expresión de súplica y tristeza, que a la dama se le saltaron las lágrimas de los ojos.

—No tiene nada que temer, está entre amigos, mujer. Dígame de dónde viene y qué es lo que quiere —le dijo.

—He venido de Kentucky —dijo la mujer.

—¿Cuándo? —preguntó el señor Bird tomando el relevo en el interrogatorio.

—Esta noche.

—¿Cómo llegó?

—Crucé sobre el hielo.

—¡Cruzando por el hielo! —exclamaron todos los presentes.

—Sí —dijo la mujer, muy despacio—. Eso hice. Dios me ayudó, crucé sobre el hielo, porque venían tras de mí, justo detrás, y no había más remedio.

—¡Señora, mire —dijo Cudjoe—, el hielo está en pedazos, con unos trozos sobre otros flotando en el agua!

—¡Bien que lo sé, bien que lo sé! —dijo ella con fiereza—. ¡Pero lo hice! Nunca hubiera pensado que podía conseguirlo, pero no me inquietó. No podía sino morir de no haberlo hecho. ¡Dios me ayudó, nadie sabe cuánto puede ayudar Dios cuando se intenta algo de verdad! —añadió la mujer, con una mirada radiante.

—¿Era usted una esclava? —dijo el señor Bird.

—Sí, señor. Pertenecía a un hombre de Kentucky.

—¿Era cruel con usted?

—No, señor; era un buen amo.

—¿Y su ama era poco bondadosa con usted?

—No, señor, no. Mi ama siempre fue buena conmigo.

—¿Qué ha podido inducirle a dejar una buena casa, pues, para escaparse y pasar tales peligros?

La mujer miró a la señora Bird con una escrutadora mirada y no se le escapó que estaba vestida de riguroso luto.

—Señora —dijo de repente—, ¿ha perdido usted algún hijo?

La pregunta era inesperada y cayó en una herida reciente, porque solo hacía un mes que un hijo muy querido de la familia había sido enterrado.

El señor Bird daba vueltas y se acercaba a la ventana, y la señora Bird rompió a llorar, pero recobrando su voz dijo:

—¿Por qué me lo pregunta? He perdido a un pequeñuelo.

—Entonces podrá sentir como yo. He perdido dos, uno tras otro, los dejé enterrados allí, cuando me vine; y este es el único que me queda. Nunca duermo una noche sin él, es todo lo que tengo. Es mi consuelo y mi orgullo, día y noche; y señora, ¡ellos se lo iban a llevar, a separarle de mí para venderlo, venderlo en el Sur, señora, llevarle a él solo, un niño que no se ha separado de su madre en la vida! No pude soportarlo. Sabía que yo nunca sería nada si lo perdía, y cuando supe que los papeles estaban firmados y que le habían vendido, lo tomé y me escapé esa misma noche; y me persiguieron, el hombre que había comprado a mi hijo y algunos hombres de mi amo, y ya venían detrás de mí cuando les oí llegar. Salté rápida al hielo, y cómo conseguí atravesar el río, eso no lo sé, pero antes de que me diera cuenta, un hombre me estaba ayudando desde la otra orilla del río.

La mujer no sollozaba ni lloraba. Había llegado a un punto en el que las lágrimas están secas, pero todos a su alrededor estaban mostrando signos sinceros de simpatía hacia ella, cada uno según su peculiar manera de ser.

Los dos chicos, después de revolver desesperadamente en sus bolsillos buscando uno de esos pañuelos que las madres bien saben que no se encuentran nunca en dicho lugar, se habían abalanzado sobre las faldas de su madre, donde sollozaban y se enjugaban ojos y narices muy a sus anchas.

La señora Bird tenía su cara oculta en un pañuelo, y Dinah, con un río de lágrimas que corría mejillas abajo por su negra y honrada cara, exclamaba: «Dios se apiade de nosotros», con todo el fervor de un servicio religioso, mientras que el viejo Cudjoe, frotándose los ojos con toda la fuerza de sus puños, y poniendo una serie de caras de pena de una extremada variedad, respondía en la misma clave con gran fervor. Nuestro senador era un hombre de Estado, y desde luego no podía esperarse de él que llorara como cualquier mortal; por eso dio la espalda a los presentes y miró por la ventana; parecía especialmente ocupado en aclararse la garganta y en limpiar sus gafas, sonándose la nariz de vez en cuando, de modo que podría haber levantado sospechas si hubiera habido alguien en condiciones de observar críticamente.

—¿Cómo ha podido decirme que tenía un buen amo? —exclamó de repente, tragándose con gran resolución algo que le subía por la garganta y volviéndose hacia la muchacha.

—Porque era un buen amo, diré eso de él de todas maneras, y mi ama era muy buena, pero no pudieron hacer otra cosa. Debían dinero y, no sé explicarle cómo, ese hombre los tenía en su poder, y ellos tenían que hacer lo que él les pedía. Yo estaba escuchando, y oí cómo él se lo decía a mi amita, y ella suplicaba e intercedía por mí, pero él le dijo que no podía evitarlo y que los papeles estaban ya firmados, y entonces fue cuando tomé al niño y dejé mi hogar, me fugué. Sabía que no serviría de nada intentar vivir si me quitaban al niño, porque él es todo lo que tengo.

—¿No tiene usted marido?

—Sí, pero pertenece a otro hombre. Su amo es muy duro con él y no le dejaba que viniera a verme casi nunca, y cada vez era aún más duro con nosotros y amenazaba con venderle río abajo en el Sur; es como si nunca más pudiera volver a verle.

El tono tranquilo con el que la mujer pronunció estas palabras podría haber hecho creer a un observador superficial que era completamente apática, pero había en sus ojos grandes y oscuros una profunda sombra de angustia que expresaba algo muy diferente.

—¿Y adónde pretendes ir, mi pobre chica? —preguntó la señora Bird.

—A Canadá, si solamente supiera dónde queda. ¿No estará muy lejos de aquí Canadá? —preguntó mirando con un aire sencillo y confiado al rostro de la señora Bird.

—¡Pobrecilla! —dijo la señora Bird, involuntariamente.

—¿Piensa que está muy lejos? —preguntó la mujer con ansiedad.

—¡Mucho más lejos de lo que tú piensas, hija! —dijo la señora Bird—. Pero ya veremos qué es lo que podemos hacer por ti. Mira, Dinah, prepárale una cama en tu habitación, cerca de la cocina, y ya pensaré qué es lo que haremos por ella mañana por la mañana. Entre tanto, no tengas ningún miedo, pobrecita, confía en Dios, que te protegerá.

La señora Bird y su marido volvieron a entrar en el salón. Ella se sentó sobre su pequeña mecedora delante del fuego, moviéndose pensativamente hacia atrás y hacia adelante. El señor Bird recorría la habitación arriba y abajo, mascullando para sí: «¡Puf, puf! ¡Qué historia tan confusa y complicada!». Por fin, dando varias zancadas hacia su esposa, le dijo:

—Mira, querida, esa mujer tendrá que marcharse de aquí esta misma noche. El tipo ese empezará a buscarla al amanecer, mañana por la mañana: si fuera solo la mujer, podría esconderse y estar tranquila hasta que todo terminara, pero el niño no podría quedarse quieto ni con un destacamento de soldados protegiéndole, estoy seguro; descubriría todo asomándose a alguna puerta o ventana. ¡Y sería una verdadera complicación para mí si me pillaran aquí con los dos en este mismo momento! No, tendrá que salir esta misma noche.

—¡Esta noche! ¿Cómo es posible? ¿Adónde?

—Bueno, sé muy bien donde —dijo el senador empezando a ponerse las botas con aire pensativo, y deteniéndose cuando tenía una pierna medio metida en una de ellas, se abrazó la rodilla con las dos manos y pareció sumirse en profundas meditaciones—. Es un asunto muy feo y complicado —dijo por fin, empezando a luchar con la bota de nuevo—, esta es la verdad.

Cuando tuvo una bota ya puesta, el senador tomó la otra en su mano, estudiando detenidamente el dibujo de la alfombra:

—Hay que hacer eso, aunque por lo que yo pienso… ¡Maldita sea! —y se puso la otra bota con premura y miró por la ventana.

Ahora bien, la menuda señora Bird era una mujer muy discreta que nunca en su vida hubiera dicho «ya te lo dije» y en el presente caso, aunque era perfectamente consciente del cariz que iban tomando los pensamientos de su marido, evitó con gran prudencia meterse en ellos; sentada muy tranquila en su sitio, parecía prepararse a escuchar en cualquier momento las intenciones del señor Bird cuando este tuviera a bien expresarlas.

—Sabes —dijo él—, mi antiguo cliente, Van Trompe, ha venido de Kentucky, ha dado la libertad a todos sus esclavos[2] y se ha comprado una finca a siete millas de aquí, barranco arriba, allí en los bosques, donde no se aventura nadie que no vaya a propósito, y es un lugar difícil de encontrar. Es un lugar bastante seguro para ella, si bien hay un inconveniente: nadie puede conducir un carruaje hasta allí esta misma noche más que yo.

—¿Por qué no? Cudjoe es un excelente conductor.

—Sí, sí, pero deja que te explique. Hay que atravesar el arroyo dos veces, y el segundo cruce es bastante peligroso, si uno no lo conoce como lo conozco yo. Lo he pasado más de cien veces a caballo, y sé exactamente cómo hacerlo. Así que, como ves, no hay más remedio. Cudjoe debe preparar los caballos lo más silenciosamente posible, hacia las doce, y yo la llevaré allí, y después, para disimular, me tendrá que llevar a la posada más cercana para tomar la diligencia que va a Columbus[3], que pasa hacia las tres o las cuatro, y así parecerá que he sacado el coche solo para ello. Por la mañana tengo unos asuntos que resolver a primera hora. Estoy pensando que voy a sentirme bastante mal allí después de lo que estoy diciendo y voy a hacer, pero ¡maldita sea, no puedo hacer otra cosa!

—Tu corazón es mejor que tu cabeza, eso es lo que pasa, John —dijo su esposa poniendo su manita blanca sobre la de él—. ¿Podría yo haberte amado si no te hubiera conocido todavía mejor de lo que tú te conoces?

Y la mujercita parecía tan atractiva, con las lágrimas brillándole en los ojos, que el senador pensó que él era sin duda un tipo listo, al haber conseguido provocar semejante estado de admiración apasionada en una criatura tan hermosa; por ello, no le quedó otra cosa que hacer más que ir a ver lo del coche. En la puerta, sin embargo, se paró un momento y, volviéndose, dijo con algún titubeo:

—Mary, no sé qué te parecerá, pero tenemos ese baúl lleno de cosas de, de… del pobrecito Henry —diciendo esto, giró sobre sus talones y cerró la puerta tras de sí.

Su mujer abrió y cerró la puerta del pequeño dormitorio que estaba junto a su habitación y tomando una vela la puso en lo alto de un escritorio que allí había; sacó a continuación una llave de un pequeño hueco y la metió pensativamente en la cerradura del baúl e hizo una repentina pausa, mientras que los dos chicos, que como niños se habían quedado pegados a sus faldas, permanecían de pie contemplando en silencio a su madre con miradas muy significativas. Y madre que lees esto, ¿no ha habido nunca en tu casa un cajón o un armario que al ser abiertos han sido para ti como abrir de nuevo la tumba de tu pequeño? ¡Ah, qué madre tan feliz eres si nunca te ha sucedido!

La señora Bird abrió el baúl lentamente. Había en él prendas de diferentes formas y modelos, montones de mandiles y filas de pequeñas medias e incluso un par de zapatitos usados, con las puntas despellejadas, se atisbaban entre los papeles que los envolvían. Había también un caballito de juguete y un coche, un peón y una pelota, recuerdos reunidos con muchas lágrimas y muchísima pena. Se sentó delante del baúl y, poniéndose la cara entre las manos, lloró y las lágrimas corrieron por sus dedos hasta caer en el baúl; levantó entonces la cabeza de golpe y empezó a escoger con una prisa nerviosa las prendas más útiles y sencillas, reuniéndolas en un hatillo.

—Mamita —dijo uno de los niños, tocándole el brazo con delicadeza—, ¿vas a dar estas cosas?

—Mis queridos niños —les dijo con suavidad y sentimiento—, si nuestro pequeño Henry nos mirase desde el cielo, le gustaría mucho que nosotros hiciésemos esto. ¡No me saldría del corazón dar esto a cualquier persona, a alguien que fuera feliz, pero si se lo doy a una madre que está aún más dolorida y apenada que yo, espero que Dios me dará sus bendiciones por ello!

En este mundo hay almas benditas cuyos dolores son simiente para la alegría de los demás, y esperanzas terrenales que yacen en la tumba con muchas lágrimas son semilla de flores de consuelo y bálsamo para los que sufren y están afligidos. Entre ellas se encuentra la delicada mujer sentada

junto a la lámpara y que derrama lágrimas lentamente, mientras prepara los recuerdos de su hijito muerto para dárselos a un caminante extraño.

Después de un rato, la señora Bird abrió un armario y sacando de allí uno o dos vestidos sencillos y fáciles de llevar, se sentó en una mesa de trabajo y con aguja e hilo, tijeras y dedal, empezó a hacer tranquilamente «los arreglos» que su marido le había aconsejado y estuvo ocupada intensamente hasta que el viejo reloj del rincón dio las doce; entonces oyó un leve ruido de pasos que se acercaban a la puerta.

—Mary —le dijo su marido, entrando con su abrigo en la mano—, tienes que despertarla ahora, tenemos que salir.

La señora Bird metió apresuradamente las diferentes prendas que había seleccionado en un sencillo maletín y al cerrarlo deseó que su marido lo mirase en el coche; a continuación fue a despertar a la mujer. Pronto, envuelta en una capa, con un gorro y un chal que habían pertenecido a su benefactora, apareció en la puerta con el niño en brazos. El señor Bird la instó a que se metiera en el coche y la señora Bird se acercó al pescante. Eliza se asomó afuera del coche y sacó su mano, y una mano tan hermosa y suave como la suya le contestó. Ella fijó sus grandes ojos oscuros, llenos de encendido agradecimiento, en el rostro de la señora Bird y pareció que iba a decirle algo. Sus labios se movieron, intentó pronunciar algunas palabras una o dos veces pero no salió ningún sonido, así que, señalando hacia el cielo con una mirada que no se podría olvidar jamás, se dejó caer en su asiento y se cubrió la cara con las manos. La puerta se cerró y el coche emprendió su camino.

¡En qué situación se encontraba el patriótico senador en aquellos momentos, el mismo que la semana anterior había estado promoviendo medidas más estrictas en la legislación de su Estado natal para castigar a los esclavos fugitivos y a los que los socorrieran y fueran sus cómplices!

¡Nuestro buen senador no había sido superado por ninguno de sus hermanos de Washington en cuanto a la elocuencia por la que han alcanzado inmortal fama! ¡De qué modo sublime se había sentado con las manos en los bolsillos y había despreciado la debilidad sentimental de quienes anteponían el bienestar de unos pocos míseros fugitivos a los grandes intereses de Estado!

Se había manifestado tan fiero como un león en este tema y estaba «completamente convencido», no solo él mismo, sino toda la gente que le había escuchado; pero en aquellos momentos la idea de un fugitivo era solo la de las letras que forman el nombre o como mucho la imagen de un dibujo de periodicucho en la que un hombre con un bastón y un hatillo tenía escrito debajo: «Escapado de casa del que suscribe». La magia de la presencia real del sufrimiento, el ojo humano implorante, la frágil y temblorosa mano, la llamada desesperada de agonía sin remedio, no las había visto nunca. Nunca pensó que un fugitivo podía ser una madre desvalida o un niño indefenso, como este que llevaba ahora la capa tan conocida de su niñito muerto; de modo que, como el senador no era de piedra ni de acero, sino un hombre muy recto, y noble de corazón además, se encontraba, como todos pueden ver, haciendo un feo papel respecto a su patriotismo. Y no tenéis que burlaros de él, buenos hermanos de los Estados del Sur, porque tenemos serias sospechas de que en circunstancias parecidas no lo haríais mucho mejor. Tenemos motivos para creer que en Kentucky, como en Misisipí, hay corazones nobles y generosos para los que un relato de sufrimientos no se escucha en vano. ¡Ah, buen hermano! ¿Es justo entonces esperar de ti servicios que tu honrado y valiente corazón no te permitiría hacer si estuvieras en tu tierra?

Sea como sea, si nuestro senador era un pecador político, estaba expiando bien su culpa en la agitada noche. Se había producido una temporada de tiempo lluvioso y la suave y rica tierra de Ohio, como sabemos, es muy apropiada para las manufacturas de cerámica; la carretera era un lodazal y presentaba todo el aspecto del camino de carretas de los buenos tiempos pasados.

—Por favor, ¿de qué tipo de camino se trata? —preguntarán algunos viajeros del Este, quienes están acostumbrados a asociar con las carreteras únicamente ideas de velocidad y suavidad.

Sabrás, entonces, inadvertido amigo del Este, que en las benditas regiones del Oeste, donde el barro tiene una increíble y maravillosa profundidad, las carreteras están hechas con troncos sin desbastar, colocados transversalmente de un lado a otro y cubiertos desde sus orígenes remotos con tierra, turba y con todo lo que se tenga a mano, y sin más la

gente se dispone a circular sobre ellas. Con el transcurso del tiempo, las lluvias arrastran la turba y la tierra de la que hablábamos y mueven los troncos de un lado y otro, dejándolos en pintorescas posiciones, arriba y abajo, cruzados, entre baches y montones de barro negro.

Por una de esas carreteras iba dando botes nuestro senador, haciendo reflexiones morales lo más seguidamente que le permitían las circunstancias, pues el coche avanzaba a trompicones —cloc, cloc, cloc, sobre el barro—, haciendo que el senador, la mujer y el niño cambiaran de posición tan constantemente que iban a parar, sin poder evitarlo, contra las ventanas del lado que daba a la pendiente. El coche se atranca, mientras Cudjoe, fuera, grita a los caballos. Después de indescriptibles tirones y de varias sacudidas, cuando el senador está ya perdiendo la paciencia, el coche sale por fin con un bote, pero las dos ruedas delanteras se precipitan en otro agujero y el senador, la mujer y el niño caen, en una completa confusión, sobre el asiento delantero, el sombrero del senador se le queda calado hasta las cejas y la nariz de un modo bastante poco airoso, él se considera a sí mismo un hombre acabado, el niño llora y Cudjoe desde fuera da enérgicas instrucciones a los caballos, que patean y tropiezan, tirando bajo los chasquidos del látigo. El coche avanza, con otro bote, y esta vez las ruedas traseras encuentran otro bache; el senador, la mujer y el niño aterrizan en el asiento de atrás, los codos de él chocan contra el gorro de ella y los dos pies de ella con el sombrero del senador, que sale volando en el violento encuentro. Poco después «lo peor» ha pasado y los caballos dejan de resoplar, el senador encuentra su sombrero, la mujer vuelve a colocarse su gorro y abraza a su niño, y se preparan para lo que pueda venir todavía.

Durante un rato, solo el continuo traqueteo alterna con diversos bamboleos hacia uno y otro lado y alguna que otra sacudida; los viajeros empiezan a consolarse, pensando que al fin y al cabo no les van mal las cosas. Por último, después de hacerlos saltar para arrojarlos de nuevo en sus asientos con increíble rapidez, el coche se para; después de un gran revuelo en el exterior, Cudjoe aparece en la puerta.

—Señor, estamos en un paso verdaderamente muy malo… No sé cómo saldremos de aquí. Estoy pensando que vamos a necesitar unos maderos.

El senador sale fuera desesperado, tanteando para encontrar un lugar seguro donde poner los pies; el primero de ellos se hunde en una inmensa profundidad, el senador intenta sacarlo de ese abismo, pierde el equilibrio y cae sobre el barro, siendo pescado por Cudjoe en un estado bastante lamentable.

Por deferencia hacia nuestros lectores, dejaremos aquí el relato. Los viajeros del Oeste que se han entregado a medianoche a la interesantísima tarea de mover los maderos de una carretera para sacar su coche del lodazal, sentirán una respetuosa y enternecida simpatía por nuestro desafortunado personaje. Les rogamos que derramen por él una lágrima furtiva, y continuemos.

Era ya muy tarde cuando el coche salió del agujero lleno de barro y vapuleado, y se plantó a la puerta de la casa de una granja muy vasta.

Hubo que insistir y perseverar para conseguir despertar a los moradores, pero por fin el respetable propietario apareció y desatrancó la puerta. El amigo Orson era un hombre grande, alto, de cabello erizado, de más de seis pies de estatura y algunas pulgadas de calcetines y vestido con una camisa roja de caza. Una espesa mata de cabello color de arena, en un estado decididamente alborotado, y una barba de algunos días daban al buen señor un aspecto, todo hay que decirlo, no particularmente atractivo. Permaneció durante algunos minutos con su vela encendida en alto y escrutando a nuestros viajeros con una expresión de cansancio y sorpresa realmente jocosos. Le costó bastante al senador hacerle comprender por completo el asunto, así que mientras intentaba hacerlo lo mejor posible, haremos una pequeña presentación del hombre a nuestros lectores.

El honrado viejo John Van Trompe había sido en tiempos un acomodado propietario de tierras y esclavos en el estado de Kentucky. No teniendo «nada del oso sino la piel»[4] y habiendo sido dotado por la naturaleza con un gran corazón, justo y honrado, casi igual que su gigantesco marco, había sido testigo durante muchos años, con desasosiego contenido, de un sistema tan malo para el oprimido como para el opresor. Por fin, un día en que el gran corazón de John había soportado demasiado para no hacer saltar sus cadenas definitivamente, tomó simplemente un librito de su escritorio y se marchó a Ohio, donde compró un terreno en un

condado de buena y rica tierra, preparó los papeles para manumitir a todos sus esclavos, hombres, mujeres y niños, y los mandó en coches para que se estableciesen allí; hecho esto, el honrado John volvió su cara hacia el barranco y se instaló en una casa retirada para disfrutar con sus reflexiones y pensamientos.

—¿Podrá dar refugio a una pobre mujer y a su hijo, que son perseguidos por los cazadores de esclavos? —preguntó el senador.

—Sí, creo que sí —dijo el honrado John, con un énfasis considerable.

—Eso había pensado yo —diio el senador.

—Si acaso viniera alguien —dijo el buen hombre, irguiéndose en su alta y musculosa estatura—, yo estaré aquí dispuesto a recibirle. Tengo siete hijos, cada uno de ocho pies de alto, y ellos estarán también preparados para ello. Así que puede mandarles nuestros saludos y decirles que no nos importa si llaman tarde o temprano, porque nos dará igual —dijo John, peinándose los alborotados cabellos con los dedos y soltando una sonora carcajada.

Agotada, abatida y sin fuerzas, Eliza se dejó arrastrar hasta la puerta, con el niño profundamente dormido en sus brazos. El tosco hombre le acercó la bujía a la cara y lanzando una especie de gruñido compasivo, abrió la puerta de un pequeño dormitorio que daba a una gran cocina en la que se encontraban y le indicó que entrara en él. Tomó una vela, la encendió y la puso sobre la mesa, y entonces se dirigió a Eliza:

—Mira, chica, te lo digo yo, no tienes que tener miedo de nada, venga quien venga. Soy un experto en estas cosas —dijo señalando dos o tres buenos rifles que estaban sobre la repisa de la chimenea—. Y además, los que me conocen saben que no les sería saludable intentar sacar a alguien de mi casa si yo estoy en contra de ello. Así que ya puedes dormir tan tranquila como si te meciera tu madre.

Y, diciendo esto, cerró la puerta.

—Vaya, es una chica de una belleza excepcional —dijo al senador—. ¡Ay, así es, las más guapas tienen los mejores motivos para escaparse, en ocasiones, si albergan algún tipo de sentimiento propio de una mujer decente! Yo sé todo sobre ello.

El senador, en pocas palabras, refirió la historia de Eliza.

—¡Ay, ay, ay! ¿Acaso no lo sé yo? —dijo el hombre, lleno de compasión—. Eso es ahora lo natural, ¡pobrecilla, perseguida como una corza, cazada solo por tener sentimientos naturales y por hacer lo que ninguna madre podría evitar! ¡Te digo que este tipo de cosas me saca de mis casillas y me hace soltar los peores juramentos! —y con el dorso de su mano seca y amarillenta, John se enjugó una lágrima—. Sepa usted, forastero, que hacía años y años que no iba a la iglesia porque los pastores de por aquí solían predicar que la Biblia aprobaba todos sus negocios y ocupaciones. Y yo no podía competir con ellos en griego o en hebreo[5], y entonces me puse contra ellos, con Biblia y todo. Hasta que encontré a otro pastor que los superaba en griego y todo eso y dijo todo lo contrario, y entonces fui y me uní a la iglesia, y así estoy ahora —dijo John, mientras descorchaba una botella de sidra recién embotellada y la ofrecía al senador —. Será mejor que se quede usted aquí hasta el amanecer —dijo de todo corazón—; llamaré a la vieja para que le prepare una cama en un santiamén.

—Muchas gracias, amigo mío —dijo el senador—, pero tengo que marcharme para coger el coche nocturno que lleva a Columbus.

—Ah, bien, pues entonces, si tiene que irse, le acompañaré un rato y le mostraré un atajo que le llevará allí mejor que el camino por donde ha venido; esa carretera está fatal.

John se preparó y, con la linterna en la mano, estuvo pronto junto al senador guiando su coche hacia una carretera que discurría por una hondonada, detrás de su morada. Cuando se despidieron, el senador le puso en la mano un billete de diez dólares.

—Esto es para ella —dijo brevemente.

—¡Ajá! —dijo John, con igual brevedad.

Se dieron la mano y se separaron.

Capítulo X
La mercancía es transportada

La mañana de febrero aparecía gris y lluviosa a través de la ventana de la cabaña del Tío Tom. Los rostros abatidos reflejaban las imágenes de sus tristes corazones. La mesita estaba dispuesta junto al fuego, cubierta con un paño de plancha, una o dos camisas bastas pero impecables, recién planchadas, colgaban en el respaldo de una silla junto al fuego, y la Tía Chloe tenía otra extendida delante de ella sobre la mesa. Planchaba con sumo cuidado e insistía en cada pliegue y en cada dobladillo, con escrupulosísima exactitud, levantando su mano a cada instante para enjuagarse las lágrimas que resbalaban por sus mejillas.

Tom estaba sentado a su lado, con su Biblia abierta sobre sus rodillas y su cabeza apoyada en la mano, pero no decía nada. Era muy temprano, y los niños estaban dormidos todos juntos en su recia camita de ruedas.

Tom, que tenía un temperamento amable y hogareño hasta la médula, que para su desgracia ha sido una característica peculiar de esta infeliz raza, se levantó y se acercó en silencio para ver a sus hijos.

—Es la última vez —dijo.

La Tía Chloe no contestó; insistía e insistía sobre la basta camisa, que ya estaba tan lisa como podían lograrlo manos humanas, y por fin, abandonando su plancha repentinamente con un gesto desesperado, se sentó junto a la mesa y «alzó su voz y lloró»[1].

—Supongo que tenemos que resignarnos, pero ¡Dios mío!, ¿cómo podré? No sé adónde van a llevarte ni si te van a matar de hambre. La señora me ha dicho que intentará redimirte dentro de uno o dos años, pero ¡Dios Santo!, nadie vuelve cuando baja a esos lugares. ¡Les matan! He oído contar cómo les hacen trabajar en las plantaciones.

—Habrá allí el mismo Dios que el que existe aquí, Chloe.

—Bueno, supongo que lo habrá —dijo la Tía Chloe—, pero Dios permite que sucedan cosas horribles algunas veces. Yo no encuentro gran consuelo en eso.

—Estoy en las manos del Señor —dijo Tom—, nada puede ir más lejos de lo que Él permita, y hay algo por lo que tengo que darle gracias: que sea yo quien haya sido vendido y vaya río abajo, y no tú o los chicos. Aquí estás segura, lo que me pase me ocurrirá solo a mí, y Dios me ayudará, sé que me ayudará.

¡Ay, valiente corazón de hombre, tragándote tu propia pena para consolar a los que amas! Tom habló con un discurso que fluía difícilmente y con un amargo nudo en la garganta, pero lo hizo con fuerza y con valor.

—Piensa en los favores que hemos recibido —añadió tembloroso, como si estuviera muy seguro de necesitar pensar en ellos muchísimo en aquel momento.

—¡Favores! —dijo la Tía Chloe—. ¡No veo favores por ninguna parte! No es justo, no es justo que tenga que ocurrir esto. El amo no debía haber dejado que las cosas llegaran a un punto en el que tú pudieras ser comprado por culpa de sus deudas. Has ganado para él todo lo que va a sacar por ti, al menos dos veces. Te debe la libertad, y debía habértela dado ya hace muchos años. A lo mejor ahora no puede evitarlo, pero me parece que esto está muy mal. Nada me hará cambiar de opinión. Un hombre tan leal como has sido tú, siempre pendiente de sus intereses antes que de los tuyos, que lo querías más que a tu mujer y a tus hijos. ¡Y venderte, como el que vende afectos del corazón, sangre del corazón! ¡Tendrá que responder ante Dios!

—¡Chloe, por favor, si me quieres no hables más así, cuando tal vez esta sea la última vez que nos vamos a ver! Y te lo digo, Chloe, va contra mí cuando oigo decir una palabra contra el amo. ¿No me lo pusieron en brazos cuando era un bebé? Es natural que me preocupe mucho por él. Y no se puede esperar de él que piense mucho en el pobre Tom. El amo tiene costumbre de que le hagan todo y, por eso, no se le ocurre pensar en ello. No se puede esperar de él que piense. Compárale con otros amos, ¿quién ha tenido el trato y la vida que a mí me ha dado? Y él nunca habría dejado que esto me sucediera si hubiera estado en su mano. Sé que lo habría evitado.

—Bien, bien, de cualquier modo, hay algo que está mal en todo esto —dijo la Tía Chloe, cuyo obstinado sentido de la justicia constituía en ella un rasgo dominante—. No soy capaz de decir exactamente qué es lo que pasa, pero hay algo que no va, eso lo tengo clarísimo.

—Tienes que mirar al Señor que está arriba, por encima de todo: ni un pájaro cae sin su consentimiento.

—Eso no me consuela, aunque debiera hacerlo —dijo la Tía Chloe—. Pero ¿para qué tanta conversación? Será mejor que te prepare la torta de maíz y que te sirva un buen desayuno, porque ¡quién sabe cuándo tendrás otro!

Para apreciar los sufrimientos de los negros vendidos para el Sur hay que recordar que los afectos instintivos de su raza son particularmente fuertes. Sus lazos con el lugar de origen son muy resistentes. No son emprendedores o atrevidos por naturaleza, sino amantes de su casa y afectuosos. Súmense a esto todos los terrores que la ignorancia produce en lo desconocido, y añádase a la cuenta, además, que ser vendido para el Sur es algo que se le presenta al negro desde su infancia como el peor y el más severo de los castigos. Lo que aterroriza más que los golpes o la tortura de cualquier tipo es la amenaza de ser enviado río abajo. Nosotros hemos escuchado este sentimiento, expresado por ellos mismos, y hemos visto el auténtico horror con el que se reúnen en sus horas de charla y cuentan aterrorizadoras historias sobre el «río abajo», que para ellos es:

> *Ese país ignoto, de cuyas fronteras*
> *ningún viajero vuelve.*[2]

Un misionero que trabaja entre los fugitivos que llegan a Canadá nos dijo que muchos de ellos confesaban haber huido de amos relativamente buenos, y que se enfrentaban con los peligros de la huida, en casi todos los casos, por el desesperado horror que les producía ser vendidos para el Sur, una maldición que pesaba sobre ellos, sobre sus maridos, sus mujeres o sus hijos. Esto da a los africanos, de natural tímido y poco emprendedor, un coraje que llega al heroísmo y los empuja a sufrir hambre, frío, penalidades y los peligros de la naturaleza en despoblado, y a arriesgarse a los más temibles castigos si son capturados de nuevo.

La sencilla comida matinal humeaba ahora sobre la mesa, pues la señora Shelby había permitido a la Tía Chloe que no se ocupase de la casa grande aquella mañana. La pobre había empleado a fondo las pocas energías que le quedaban en esta fiesta de despedida, había matado y preparado su mejor pollo y hecho su torta de maíz con escrupuloso cuidado, al gusto de su marido, y sacó ciertos tarros misteriosos de la repisa, algunas conservas que solo se empleaban en las grandes ocasiones.

—¡Dios Santo, Pete! —dijo Mose, triunfante—. ¿No es esto un desayuno estupendo? —y a la vez cogía un trozo de pollo.

La Tía Chloe le dio un cachete en la oreja.

—¡Desde luego! ¡Abalanzarse así sobre el último desayuno que vuestro pobre papá va a tomar en casa!

—¡Oh, Chloe! —dijo Tom amablemente.

—Bueno, no puedo remediarlo —dijo Chloe, escondiendo su cara en el delantal—. Estoy tan alterada por esto, que hago las cosas mal.

Los chicos se quedaron bastante perplejos, mirando primero a su padre y luego a su madre, mientras que la nena, trepando por sus vestidos, empezó un llanto sonoro e imperioso.

—¡Bueno! —dijo la Tía Chloe, secando sus ojos y tomando a la nena en brazos—. ¡Ya está hecho! Vamos a comerlo ahora. Es mi pollo más rico. ¡Tomad, niños, podéis probarlo, pobrecitos! Mamá ha sido mala con vosotros.

Los chicos no necesitaron una segunda invitación y se aplicaron con gran celo a dar cuenta de todos los comestibles, y estuvo bien que lo hicieran así, porque de otro modo no habría tenido sentido la fiesta.

—Ahora —dijo la Tía Chloe, afanándose en sus tareas después del desayuno— voy a prepararte la ropa. Es como si no lo hiciera, pues él te lo quitará todo. Yo sé qué modales se gastan, malos y sucios como son. Bien, aquí van tus pantalones de franela para el reuma, en este rincón; así que ten cuidado, porque nadie va a hacerte otros. Aquí están tus camisas viejas y aquí pongo las nuevas. He recosido tus calcetines anoche y te pongo el huevo de coger los puntos para remendarlos. Pero, Dios mío, ¿quién te va a remendar la ropa? —y la Tía Chloe, de nuevo vencida por el dolor, apoyó la cabeza contra la caja de los hilos y sollozó—. ¡Hay que pensar en eso! No

habrá nadie que se ocupe de ti, enfermo o sano. ¡De verdad que no pienso que tenga que ser buena a partir de ahora!

Los niños, después de haber comido todo lo que había en la mesa del desayuno, empezaron a inquietarse por lo que pasaba y, viendo que su madre lloraba y que su padre parecía muy triste, empezaron a gemir y a frotarse los ojos. El Tío Tom tenía a la nena en sus rodillas, y la dejaba que se divirtiera al máximo rascándole la cara, tirándole del pelo y estallando de vez en cuando en clamorosas explosiones de alegría, que con toda evidencia venían de sus íntimos pensamientos.

—¡No gorjees tanto, criaturita! —dijo la Tía Chloe—. ¡También te llegará a ti, ya lo verás! ¡Vivirás para ver cómo venden a tu marido, o cómo te venden a ti misma, y cómo venden a estos chicos, supongo, también, tanto si nos gusta como si no nos gusta, cuando sean de utilidad! ¡A los negros no les sirve de nada tener lo que sea!

En ese momento, uno de los chicos gritó:

—¡Aquí viene la señora!

—Si ya no puede hacer nada, ¿para qué viene? —dijo la Tía Chloe.

La señora Shelby entró. La Tía Chloe preparó una silla para ella con abierta brusquedad y rudeza. No pareció darse cuenta de lo que hacía ni de sus modales. Estaba pálida y nerviosa.

—Tom —dijo ella—, he venido a… —y deteniéndose súbitamente, contemplando al grupo silencioso, se sentó en la silla y, cubriéndose la cara con un pañuelo, empezó a llorar.

—¡Por Dios, señora, no llore usted! —dijo la Tía Chloe, rompiendo en lágrimas a su vez, y en pocos instantes estaban todos llorando en compañía. Y esas lágrimas que vertían juntos, los encumbrados y los de abajo, deshicieron las llagas del corazón y los rencores del oprimido. ¡Oh, tú que visitas al afligido, has de saber que todo lo que puede comprar tu dinero, dado con un gesto frío e indiferente, no vale una lágrima sincera vertida en auténtica compasión!

—Mi buen amigo —dijo la señora Shelby—. No puedo darte nada que te sea de utilidad. Si te doy dinero, te lo quitarán. Pero te digo solemnemente, y pongo a Dios por testigo, que seguiré tu rastro y te traeré

de vuelta a casa en cuanto reúna bastante dinero; hasta entonces, ¡confía en Dios!

Entonces los niños gritaron que venía el señor Haley, y en ese momento un poco ceremonioso puntapié abrió la puerta de par en par. Haley se encontraba de muy mal humor, después de haber cabalgado buena parte de la noche anterior, y en absoluto apaciguado de su fracaso en su intento de recobrar su presa.

—Ven aquí —dijo—. Tú, negro, ¿ya estás listo? ¡A su servicio, señora! —dijo quitándose el sombrero cuando vio a la señora Shelby.

La Tía Chloe cerró y ató la caja, y al levantarse miró con rudeza al traficante, dando la impresión de que sus lágrimas se habían convertido en llamaradas de fuego.

Tom se levantó dócilmente para seguir a su nuevo amo y cogió su pesada caja para ponerla sobre su hombro. Su mujer tomó a la niña en brazos para ir con él hacia el coche, y los niños, llorando todavía, siguieron tras ellos.

La señora Shelby, adelantándose hacia el traficante, le detuvo unos instantes, hablando con él de un modo formal, y mientras se entretenía de esta manera, la familia de Tom se encaminaba hacia el coche, que estaba preparado con todos los arneses delante de la puerta. Una muchedumbre compuesta por todos los trabajadores jóvenes y viejos del lugar se arremolinó en torno suyo para dar un último adiós a su viejo compañero. Tom estaba muy bien considerado, tanto como jefe de los servidores como por ser un maestro cristiano, por las gentes del lugar, y había una sincera simpatía y pena por él, especialmente entre las mujeres.

—¡Qué pasa, Chloe, pareces soportar esto mejor que nosotras! —dijo una de las mujeres, que había llorado abundantemente, fijándose en la tranquilidad sombría con la que la Tía Chloe permanecía en pie ante el coche.

—Ya no tengo lágrimas —le respondió esta, mirando con frialdad al traficante, que subía al coche—. Y además, no quiero llorar delante de esa bestia, ¡sería lo último!

—¡Sube ya! —dijo Haley a Tom, mientras él se abría camino entre los numerosos servidores, que le miraban con el ceño fruncido.

Tom subió al coche, y Haley, sacando de debajo del asiento del carruaje un par de grilletes, se los colocó alrededor de cada tobillo.

Un ahogado murmullo de indignación se propagó por todo el círculo y la señora Shelby exclamó desde la ventana:

—Señor Haley, le aseguro a usted que esta precaución es completamente innecesaria.

—Nunca se sabe, señora; ya he perdido quinientos dólares en este mismo lugar, y no me puedo permitir correr otros riesgos.

—¿Qué más se puede esperar de él? —dijo la Tía Chloe con indignación mientras los dos chicos, que ahora parecían comprender por primera vez la desventura de su padre, se aferraban a su vestido, llorando y gimiendo con gran vehemencia.

—Siento mucho —dijo Tom— que el señorito George se haya ido.

George se había ido a pasar dos o tres días con un amigo del vecindario, y como había salido por la mañana temprano, antes de que la desgracia de Tom se hiciera pública, se había marchado sin haber oído nada de ello.

—Le daréis recuerdos muy cariñosos al amito George —dijo con la mayor seriedad.

Haley fustigó al caballo y, con una mirada fija y triste que se detuvo hasta el ultimo momento sobre el lugar, Tom fue alejado de los suyos.

En aquel momento el señor Shelby no estaba en casa. Había vendido a Tom debido a una necesidad acuciante, para no estar más en poder de un hombre al que temía, y su primer sentimiento, tras concluir el trato, fue de gran alivio. Pero las protestas de su mujer habían despertado en él sus remordimientos adormecidos y el desinterés honrado de Tom aumentaba la desazón de sus sentimientos. En vano se decía a sí mismo que estaba en su derecho actuando así, que todo el mundo lo hacía y que incluso lo hacían sin la excusa de la necesidad; él no podía ponerse de acuerdo con sus propios sentimientos y pensó que no debía presenciar la desagradable escena que consumaba los hechos, así que se había marchado en un corto viaje de negocios por el país, esperando que todo hubiese pasado para cuando él volviera.

Tom y Haley eran mecidos por el traqueteo del carruaje sobre el camino polvoriento, dejando atrás los recodos conocidos, hasta que los límites de la

propiedad quedaron lejos y ambos se encontraron en carretera abierta. Después de avanzar más de una milla, Haley se detuvo de repente ante la puerta de una herrería, sacó unas esposas que guardaba y penetró en la forja, para pedir le hicieran una pequeña modificación en ellas.

—Son demasiado pequeñas para su tamaño —dijo Haley, mostrando los grilletes y señalando a Tom.

—¡Dios mío! ¿No es este el Tom de los Shelby? No lo habrá vendido, ¿no? —dijo el herrero.

—Pues sí que lo ha hecho —dijo Haley.

—Mire, no puedo creerlo —dijo el herrero—. ¡Quién lo hubiese pensado! Pero, oiga, no necesita cargarle de cadenas de ese modo. Es el más fiel y mejor de los seres…

—Sí, sí —dijo Haley—, pero son precisamente los buenos tipos que usted dice los que más intentan escaparse. A los más estúpidos, les da igual a donde los lleven, como a los borrachos y a los holgazanes, porque nada les importa y van de un lado para otro tan tranquilos y hasta les gusta que los paseen, pero estos negros de primera calidad odian esto como el pecado. No hay más remedio que cargarles de grilletes; si se pudieran valer de sus piernas, de seguro que las emplearían.

—Bueno —dijo el herrero buscando las herramientas necesarias—, las plantaciones de allá abajo no son precisamente el lugar a donde desea ir un negro de Kentucky, forastero; se mueren bastante deprisa. ¿O me equivoco?

—Bueno, sí, bastante deprisa y mucho, porque con el clima y con unas cosas y otras se mueren lo bastante como para mantener el mercado bastante activo —dijo Haley.

—Bueno, mire, uno no puede evitar pensar que es una verdadera lástima que un tipo tan bueno, tan pacífico, tan agradable y tan amable como Tom vaya río abajo para ser molido y destrozado en una de esas plantaciones de caña de azúcar[3].

—Tendrá una buena oportunidad. He prometido que le trataría bien. Le buscaré un puesto de criado en casa de alguna buena y vieja familia acomodada, y entonces, si resiste las fiebres del clima, tendrá una suerte tan buena como cualquier esclavo negro pueda atreverse a desear.

—Deja aquí a su mujer y a sus hijos, me imagino.

—Sí, pero ya encontrará otra allí. ¡Dios mío, si hay mujeres por todas partes! —dijo Haley.

Tom estaba sentado tristemente fuera de la herrería mientras tenía lugar esta conversación. De pronto, oyó el ruido de unos cascos detrás de él y, antes de que pudiera reponerse de su sorpresa, el amito George se precipitó sobre el coche, le echó los brazos al cuello y se puso a llorar y a condenar con energía la situación.

—¡Declaro que es realmente una maldad! ¡Me da igual lo que diga nadie, ninguno de ellos! Es una vergüenza, una infamia. ¡Si fuera yo un hombre, no lo harían, desde luego que no lo harían! —exclamó George con una especie de grito contenido.

—¡Oh, amito George! ¡Cuánto me alegra verle! —dijo Tom—. No podía soportar la idea de marcharme sin despedirme. ¡De verdad que me consuela, se lo puedo asegurar!

Al decir esto, Tom movió los pies y los ojos de George cayeron sobre los grilletes.

—¡Qué vergüenza! —exclamó alzando las manos—. Le voy a partir la cara al tipejo ese, ¡vaya si lo haré!

—No, no lo hará, amito George, y no debe hablar tan alto. No me sería de ninguna ayuda si se enfurece más.

—Bueno, entonces no lo haré, por tu bien; pero no puedo soportarlo, ¿no es una vergüenza? No me mandaron buscar, no enviaron ningún mensaje, y si no hubiera sido por Tom Lincoln, ni lo hubiera sabido. Te puedo decir que les he dado unas cuantas voces, allá en casa, a todos.

—Eso no está bien, siento decírselo, señorito George.

—¡Es que no puedo remediarlo! ¡Te digo que es una vergüenza! Mira aquí, Tío Tom —dijo dando la espalda a la herrería y hablando en un tono misterioso—. Te he traído mi dólar[4].

—¡Oh, no puedo pensar en llevármelo, señorito George, por nada del mundo! —dijo Tom muy conmovido.

—¡Pues te lo vas a llevar! —dijo George—. Mira, le he dicho a la Tía Chloe que te lo iba a dar y ella me aconsejó que hiciera un agujero y te lo colgara al cuello, para poder guardarlo así de las miradas; ese ladrón es

capaz de quitártelo si te lo ve. ¡Te digo, Tom, que de verdad quiero pegarle, me vendría muy bien!

—No, no lo haga, señorito George, porque no me vendrá bien a mí.

—Bien, no lo haré, entonces, pero solo si es por tu bien —dijo George mientras colgaba el dólar alrededor del cuello de Tom—. Mira, ahora te abrochas bien el abrigo por encima, y lo tapas, y te acordarás cada vez que lo veas de que vendré a buscarte y que te traeré de vuelta. La Tía Chloe y yo hemos hablado de esto. Le he dicho que no tenga miedo, que ya veré cómo puede hacerse; le daré muchísimo la lata a mi padre, si acaso él no se ocupa de ti.

—¡Oh, señorito George, no debe hablar así de su padre!

—¡Pero, por Dios, Tom, si no he dicho nada malo!

—Y ahora, amito George —dijo Tom—, tiene usted que ser un buen chico; recuerde cuántos corazones le tienen cariño. Quédese siempre cerca de su madre. No se meta en ninguno de los líos ni locuras que se buscan los chicos cuando ya se hacen demasiado grandes para seguir los consejos de sus madres. Porque le diré algo, señorito George, Dios nos da muchas cosas varias veces, pero madre solo nos la da una vez. Usted no verá nunca una mujer como ella, ni aunque viva cien años. Así que ahora no se aparte de ella y, cuando crezca, sea su consuelo, sea un buen hijo. Mi chico lo hará, ¿no es así?

—Sí, lo haré, Tío Tom —dijo George con seriedad.

—Y tenga cuidado con lo que dice, amito George. Los jóvenes, cuando llegan a su edad, son a veces muy impetuosos y es natural que lo sean. Pero los caballeros, que yo espero de usted que llegue a serlo, nunca dejan que se les escapen palabras que no estén llenas de respeto hacia sus padres. ¿No está usted ofendido, amito George?

—Desde luego que no, Tío Tom, tú siempre me das buenos consejos.

—Es porque soy mayor, ya sabe —dijo Tom acariciando la cabeza de delicados rizos con sus manos grandes y fuertes, pero hablando con una voz tan tierna como la de una mujer—, y porque veo todo lo que se ha reunido en usted. ¡Oh, señorito!, lo tiene usted todo: educación, privilegios, sabe leer, es bueno y cultivado; todos los de allí y su padre y su madre estaremos orgullosos de usted. Sea usted un buen amo, como su padre, y un buen

cristiano como su madre. Y acuérdese del Creador en los días de su juventud, amito George.

—Seré bueno de verdad, Tío Tom, te lo aseguro —dijo George—, seré el primero en todo, y no tendrás que descorazonarte. Te traeré de vuelta a casa. Como le he dicho a la Tía Chloe esta mañana, construiremos una casa nueva, y tendrás una habitación que sirva de salón con alfombra y todo, cuando yo sea un hombre. ¡Oh, todavía pasarás buenos ratos!

Haley llegó en este instante con las esposas en la mano.

—Mire lo que le digo, señor —dijo George con aires de gran superioridad—. Les contaré a mi padre y a mi madre cómo trata al Tío Tom.

—Como quiera —dijo el traficante.

—Había pensado que le avergonzaría pasarse la vida comprando hombres y mujeres y encadenándolos como si fueran ganado. Me imaginaba que usted se sentiría como un malvado —dijo George.

—Me siento lo mismo que sus mayores cuando quieren comprar hombres y mujeres, soy tan bueno como ellos —dijo Haley—. ¿Es acaso peor vender esclavos que comprarlos?

—No haré ninguna de las dos cosas cuando sea mayor —dijo George—. Me da vergüenza, hoy en día, ser de Kentucky. Antes estaba orgulloso…

George se puso muy derecho sobre la silla de su caballo y miró alrededor suyo con el aire de quien espera que el Estado quede muy impresionado por su opinión.

—Bien. ¡Adiós, Tío Tom, no te dejes abatir, ánimo! —dijo George.

—¡Adiós, señorito George! —dijo Tom, mirándole enternecido y con admiración—. ¡Que Dios Todopoderoso le bendiga! ¡No hay muchos como usted en Kentucky! —añadió de todo corazón, cuando el noble rostro del chico estuvo fuera de su vista.

Siguió alejándose, y Tom le miró hasta que el ruido de los cascos de su caballo se perdió en la lejanía, el último sonido y la última visión de su casa. Pero sobre su corazón había como un tibio foco allí donde las manos del joven habían colocado el precioso dólar. Tom alzó su mano y lo apretó contra su corazón.

—Ahora te voy a decir algo, Tom —dijo Haley, mientras subía al coche y arrojaba dentro los grilletes para las manos—. Tengo la intención de

tratarte lo mejor posible, tal y como hago con mis esclavos negros, y te lo digo de una vez por todas: para empezar, tú te portas bien, y yo te trato bien, pues nunca soy duro con mis negros. Intento comportarme lo mejor que puedo con ellos. Pero, mira, lo mejor es que te quedes tranquilo y te pongas cómodo y que no intentes ninguna maña; no te servirán de nada tus astucias, porque los trucos de los negros me los conozco todos. Si los esclavos negros se apaciguan y no intentan escaparse, lo pasan bien conmigo; y si no, pues es su culpa y no la mía.

Tom le aseguró a Haley que por el momento no tenía intención de escaparse. De hecho, el discurso parecía ser bastante absurdo para un hombre que llevaba un par de grilletes en los pies. Pero el señor Haley había adoptado la costumbre de empezar las relaciones con su mercancía dando pequeñas exhortaciones de este tipo, calculadas, como él pensaba, para inspirar alegría y confianza y para evitar con ello la necesidad de cualquier medida desagradable.

Y aquí, por ahora, dejaremos a Tom, para seguir la suerte de otros personajes de nuestra historia.

Capítulo XI
En el que la propiedad se encuentra en un estado de ánimo poco apropiado

La fría tarde estaba ya bien avanzada cuando un viajero llamó a la puerta de un pequeño albergue campesino, en el pueblo de N…, en Kentucky. En el bar se encontró reunida a una variada compañía, que había sido llevada al refugio por la dureza del tiempo, y el lugar presentaba las escenas corrientes en tales reuniones. Tipos de Kentucky, grandes y altos, huesudos, vestidos con camisas de caza y arrastrando sus relajadas articulaciones sobre la vasta extensión del salón, con la suave molicie propia de esta raza —con los rifles, las petacas de pólvora, los morrales, los perros de caza y los esclavos negros—, eran las líneas principales del cuadro. En un extremo de la chimenea estaba sentado un caballero de largas piernas, con el respaldo de la silla echado hacia atrás y los tacones de sus botas llenas de barro apoyadas de manera sublime sobre la repisa, en una postura, hemos de decirlo a nuestros lectores, que favorece de manera decisiva el giro que toman las reflexiones que se producen en las tabernas del Oeste, donde los viajeros exhiben una marcada preferencia por esta particular manera de elevar sus mentes.

El hostelero, que estaba de pie delante de la barra, como la mayoría de sus paisanos, era de una gran estatura, de buen y tranquilo carácter, con unas abundantísimas greñas de pelo sobre la cabeza y un gran sombrero alto cubriéndolo todo.

De hecho, todos los de la sala llevaban en la cabeza esa señal característica de la soberanía del hombre: ya fuera un sombrero de fieltro o de hoja de palma, de piel de castor o un elegante y nuevo *chapeau*, cada

uno encontraba su sitio con verdadera independencia republicana. En verdad, parecía ser el signo distintivo de cada individuo. Algunos lo llevaban colocado gallardamente hacia un lado; esos eran los hombres de buen humor, que llevaban a sus perros sueltos y a sus anchas, incluso algunos los tenían delante de sus narices, estorbándoles y metiéndoseles entre sus piernas; había también otros temperamentos más difíciles, hombres concienzudos que, cuando llevaban sombrero, querían llevarlo de verdad y como si tuvieran interés especial en ello; había otros que los llevaban echados hacia atrás, hombres muy despiertos que querían ver las cosas con buena perspectiva; mientras que los hombres descuidados ni sabían ni se preocupaban por la posición de sus sombreros y los llevaban de cualquier manera. La variedad de los sombreros, en efecto, parecía casi un estudio de Shakespeare.

Varios negros vestidos con pantalones amplios y cómodos, y sin estar demasiado cubiertos por lo que a camisa se refiere, estaban deambulando de un lado para otro al parecer sin otro cometido, a juzgar por sus ademanes, que el de poner el mundo patas arriba en beneficio del amo y sus huéspedes, por lo general. Añádase a este cuadro un alegre fuego, hermoso y crepitante, ardiendo en una magnífica chimenea muy grande, con la puerta de la calle y todas las ventanas abiertas de par en par y las cortinas de indiana ondeando y agitándose a cada ráfaga de aire húmedo y violento, y con ello tendrán una imagen de las delicias de una taberna de Kentucky.

La gente de Kentucky de hoy en día es un buen ejemplo de la doctrina de la transmisión hereditaria de los instintos y las peculiaridades. Su padres fueron cazadores muy poderosos, hombres que vivían en los bosques y dormían bajo el cielo libre y abierto, con las estrellas como testigos, y sus descendientes actuales siguen comportándose como si su casa fuera un campamento, llevan el sombrero durante todo el día, dan vueltas continuamente, ponen sus pies en las sillas o en las repisas, como lo hacían sus padres en la pradera sobre troncos y leños, dejan las ventanas abiertas tanto en invierno como en verano para así tener suficiente aire para sus enormes pulmones, llaman a todo el mundo «forastero» con una cordialidad despreocupada, y son en conjunto los seres vivientes más francos, sencillos y alegres que uno se pueda encontrar.

Fue a una de estas reuniones de estos libres y sencillos habitantes adonde llegó nuestro viajero. Era un hombre bajo y de complexión gruesa, vestido con sumo cuidado, con un rostro redondo y afable, y bastante ceremonioso y especial en su apariencia. Tenía mucho cuidado con su maleta y con su paraguas, pues los llevaba en su mano y rechazaba obstinadamente las proposiciones de los sirvientes de liberarle de su carga. Miró alrededor de la sala del bar con una expresión bastante ansiosa y, retirándose a uno de los rincones mejor caldeados, colocó la maleta y el paraguas debajo de su silla, se sentó y miró con cierta aprensión al privilegiado cuyos tacones decoraban el borde de la repisa de la chimenea, que escupía a derecha e izquierda con una energía y una entrega bastante alarmantes a los ojos de un caballero de nervios delicados y costumbres precisas.

—Buenas, forastero, ¿qué tal? —dijo el individuo del que hablamos, enviando una salva de jugo de tabaco mascado en dirección al recién llegado.

—Bien, estaba aquí pensando —fue la respuesta del otro, mientras esquivaba con cierta alarma la amenazadora salva.

—¿No hay noticias? —dijo el primero, sacando una tira de tabaco y un gran cuchillo de caza de su bolsillo.

—No, que yo sepa —dijo el hombre.

—¿Masca? —preguntó el primer orador, ofreciendo al caballero un trocito de su tabaco, con aire decididamente fraternal.

—No, gracias, no me sienta bien —dijo el hombrecillo, cortante.

—¿Ah, no, eh? —dijo el otro sin molestarse y poniendo el trozo en su boca, con el fin de seguir produciendo jugo de tabaco, para beneficio y solaz de la humanidad allí presente.

El viejo caballero daba un respingo cada vez que el individuo disparaba en su dirección, y siendo esto observado por su amable compañero, dirigió a partir de entonces su artillería hacia otros sectores y empezó a acribillar una de las placas del fuego con un talento militar suficiente como para tomar una ciudad.

—¿Qué pasa? —dijo el viejo caballero, observando a algunos hombres agrupados alrededor de un gran cartel.

—¡Anuncios de esclavos negros! —respondió brevemente uno de ellos.

El señor Wilson, pues ese era el nombre del viejo caballero, se levantó y después de poner bien su maleta y su paraguas, procedió a sacar unas gafas de un bolsillo y a ponérselas sobre la nariz; una vez realizada esta operación, pudo leer lo siguiente:

> Mi joven mulato George ha huido del abajo firmante. El dicho George mide seis pies de estatura, es un mulato de tez clara, cabello castaño y rizado, es muy inteligente, habla muy bien, sabe leer y escribir, seguramente intentará hacerse pasar por un hombre blanco, tiene profundas cicatrices en la espalda y en los hombros, y ha sido marcado en la mano derecha con la letra H[1].
>
> Daré cuatrocientos dólares por él vivo, y la misma cantidad por una prueba convincente de que ha sido muerto.

El viejo caballero leyó el anuncio de principio a fin en voz baja, como si lo estuviera estudiando.

El hombre de las largas piernas que había estado asediando la placa del fuego, como antes dijimos, desplegó entonces su encumbrada estatura y, arrastrando su alta presencia, avanzó hasta el anuncio y deliberadamente escupió sobre él una buena descarga de jugo de tabaco.

—¡Eso es lo que pienso sobre esto! —dijo como resumen, y volvió a sentarse.

—¿Por qué ha hecho eso, forastero? —preguntó el hostelero.

—¡Y lo mismo haría con quien ha escrito ese anuncio, si estuviera aquí! —dijo el gran hombre, con frialdad, aplicándose de nuevo a su anterior tarea de mascar tabaco—. ¡Cualquier hombre que posea a un chico así, y que no encuentra un empleo mejor para él que este, merece perderlo! ¡Estos anuncios son una vergüenza para Kentucky, eso es justo lo que pienso, si a alguno le interesa saberlo!

—Bueno, si solo es eso… —dijo el hostelero mientras apuntaba un haber en su libro.

—Tengo una cuadrilla de esclavos, señor —dijo el hombre alto, continuando en su ataque a las planchas de hierro—, y me basta con decirles: «Chicos, escapaos», eso les digo: «Venga, largaos cuando queráis, yo no voy a buscaros». Así es como los conservo. Les dejo saber que son libres de escaparse en cualquier momento, y así rompo sus deseos de escaparse. Todavía más: tengo los papeles arreglados para todos ellos, en

caso de que me mate en una de estas, y ellos los saben; y yo te digo, forastero, que nadie de por aquí consigue más de sus negros que yo. Porque mis chicos han ido a Cincinnati con potros que valían quinientos dólares y me han traído el dinero de la venta, todo junto y siempre. Hacen lo que deben. Trátalos como a perros, y tendrás perros, trátalos como a hombres, y te harán el trabajo de un hombre.

Y el honrado ganadero, en el calor de su discurso, expresó este sentimiento moral encendiendo un perfecto fuego de artificio en la chimenea.

—Pienso que tiene usted toda la razón, amigo mío —dijo el señor Wilson—, y el chico que se describe aquí es de verdad un tipo estupendo, sin duda alguna. Ha trabajado para mí unos seis años en mi fábrica de sacos y era el mejor de mis obreros, señor. Es además un tipo muy ingenioso: inventó una máquina para limpiar el cáñamo, una valiosa mejora que se emplea ahora en varias fábricas. Su amo tiene la patente de ella.

—Así es —dijo el ganadero—, tiene la patente y saca dinero de ella; luego cambia de opinión y le marca con un hierro candente en la mano derecha al muchacho. Si yo tuviera la oportunidad, le marcaría a él; considero que debería llevar la marca una temporadita.

—Es que los esclavos que saben acaban siempre mal y dando disgustos —dijo un tipo de aspecto grosero, desde la otra punta de la sala—, por eso es por lo que se los castiga y se los marca así. Si se comportaran como es debido, no les pasaría nada.

—Es que hay que decir que Dios les hace hombres y que es un poco difícil convertirlos en animales —dijo secamente el ganadero.

—Los esclavos listos no suponen ninguna ventaja para sus amos —continuó el otro, bien pertrechado en su ruda e inconsciente torpeza, ante el desprecio de su oponente—. ¿Para qué sirven el talento y todas esas cosas, si no puedes sacarles partido tú mismo? Porque para lo único que lo usan es para engañarte. He tenido uno o dos tipos así, y en seguida los vendí río abajo. Sabía que los perdería antes o después si no lo hacía.

—Mejor sería que le pidieras a Dios un lote de esclavos que no tuvieran alma —dijo el ganadero.

En este punto, la conversación fue interrumpida por la llegada a la posada de un pequeño carruaje de un caballo. Tenía una apariencia señorial, y un hombre bien vestido y con porte de caballero ocupaba su interior, con un sirviente de color conduciendo.

Todos los reunidos miraron al recién llegado con el interés que un grupo de ociosos siente hacia cada nuevo forastero en un día lluvioso. Era un hombre muy alto, con una tez oscura de aire español, magníficos y expresivos ojos negros y rizos que caían en cascada, asimismo de un color negro brillante. Su correcta nariz aquilina, sus labios finos y la admirable silueta de sus miembros impresionaron inmediatamente a los allí reunidos y les hicieron pensar que había algo en él poco común. Avanzó con soltura entre los presentes y con un movimiento de cabeza indicó a su criado dónde podía dejar el equipaje, saludó a los que allí estaban y con el sombrero en la mano se llegó hasta el bar con tranquilidad y dijo ser Henry Butler, de Oaklands, condado de Shelby. Volviéndose con aire indiferente, se precipitó sobre el cartel y lo leyó de arriba a abajo.

—Jim —le dijo a su criado—, me parece que he visto a un esclavo así en Bernan, ¿no te acuerdas?

—Sí, señor —dijo Jim—, solo que no estoy seguro de lo de la mano.

—Bien, por supuesto que yo no me fijé —dijo el forastero, con un deje despreocupado. Después, avanzando hasta el dueño del lugar, le dijo que quería que le diese una habitación particular, ya que tenía cosas que escribir inmediatamente.

El dueño se mostró muy obsequioso, y un destacamento de unos siete negros, viejos y jóvenes, hombres y mujeres, chicos y grandes, se encontraron en seguida zumbando todos alrededor de él, como una bandada de perdices, dándose empujones, apresurándose, tropezándose con los pies de unos y otros, enardecidos por el celo de prepararle la habitación al señor, mientras este buscaba asiento en medio de la sala y muy a sus anchas empezaba a trabar conversación con el hombre que estaba sentado a su lado.

El fabricante, el señor Wilson, había mirado al forastero desde el momento de su llegada con una expresión de curiosidad incómoda y perturbadora. Le parecía que le conocía de algo pero no podía recordar con

exactitud dónde o cuándo se habían encontrado. Muy a menudo, cuando el hombre hablaba, se movía o sonreía, clavaba su mirada sobre él para apartarla después inmediatamente, como si los ojos brillantes y oscuros chocaran con la frialdad despreocupada de los suyos. Por fin, un repentino recuerdo pareció iluminarle, pues se quedó boquiabierto delante del forastero con una expresión tal de sorpresa y de alarma, que este se le anticipó.

—Señor Wilson, ahora caigo —dijo con aires de haberle identificado, tendiéndole la mano—. Le ruego que me disculpe, no le había reconocido antes. Ya veo que usted me recuerda, soy el señor Butler, de Oaklands, condado de Shelby.

—Sí, sí, sí, señor, por supuesto —dijo el señor Wilson como hablando en sueños.

En ese mismo momento un criado negro entró y anunció que la habitación del señor estaba lista.

—Jim, ocúpate del equipaje —dijo el caballero con dejadez, y después, dirigiéndose al señor Wilson, añadió—: Me gustaría poder hablar de negocios unos minutos con usted, en mi habitación, si no le importa.

El señor Wilson le siguió como un sonámbulo y llegaron a una habitación espaciosa del piso superior, donde crepitaba un fuego recién encendido y donde había varios sirvientes revoloteando alrededor, dando los últimos toques.

Cuando todo estuvo dispuesto y los sirvientes se hubieron marchado, el hombre cerró la puerta con determinación y se guardó la llave en el bolsillo, se dio la vuelta y, cruzando los brazos sobre el pecho, miró a la cara del señor Wilson sin más rodeos.

—¡George! —dijo el señor Wilson.

—Sí, George —dijo el joven.

—¡Nunca lo hubiera pensado!

—Me imagino que estoy bien disfrazado, al parecer —dijo el joven con una sonrisa—. Un poco de tinte de castaño ha dejado mi piel cetrina de un color más tostado y además me he teñido el pelo de color negro; así que, como puede ver, no responde para nada a las señas del anuncio.

—¡Oh, George! Pero esto que estás haciendo es un juego muy peligroso. No te lo habría aconsejado.

—Lo puedo hacer bajo mi responsabilidad —dijo George con una sonrisa llena de orgullo.

Tenemos que anotar, de pasada, que George tenía antepasados blancos por parte de su padre. Su madre había sido una de las desafortunadas de raza oscura que se distinguen por su particular belleza y que están condenadas[2] a convertirse en las esclavas de la pasión de quien las posee y en la madre de unos hijos que nunca conocerán a su padre. Había heredado de una de las más orgullosas familias de Kentucky un conjunto de delicados rasgos europeos y un espíritu orgulloso e indómito. De su madre tan solo había recibido un ligero tono mulato claro, ampliamente compensado por unos ojos en consonancia, oscuros y expresivos. Un ligero tinte sobre su piel y un cambio en el color de sus cabellos le habían metamorfoseado en un tipo de aspecto hispano, y sus caballerescos movimientos llenos de gracia, junto con los buenos modales que siempre le habían sido naturales, habían hecho que no encontrara ninguna dificultad en representar el papel que había adoptado, el de un caballero en viaje con su criado[3].

El señor Wilson, un hombre de buen carácter pero un caballero ya de edad y extremadamente nervioso y precavido, iba de una a otra punta de la habitación, pareciendo, como lo habría expuesto John Bunyan[4], «que sus ideas iban de un extremo a otro en su pensamiento»; y se encontraba dividido entre el deseo de ayudar a George y cierta confusa noción del mantenimiento del orden y la ley, así que, sumido en dudas, farfullaba lo que sigue:

—Bueno, George… supongo que te has escapado… y vas huyendo tras haber dejado a tu amo legal, George… (lo cual no es de extrañar) y a la vez, lo lamento, George… pues sí, francamente… parece que te lo debo decir, George… es mi obligación prevenirte…

—¿Qué es lo que lamenta usted, señor Wilson? —dijo con calma George.

—Pues mira, siento verte levantándote contra las leyes de tu propio país.

—¡Mi país! —dijo George, con un énfasis pronunciado y amargo—. ¡Qué otro país tengo sino la tumba! Y a Dios le pido que me encontrara ya en ella.

—No, no, George, mira… eso no está bien… esa manera de hablar es mala… va contra las Escrituras. George, a ti te ha caído en suerte un amo durísimo… de hecho es… bueno, se porta de un modo muy reprensible… y yo no pretendo defenderlo. Pero tú sabes bien cómo el ángel del Señor le ordenó a Agar que volviera a su ama y que se sometiera a sus castigos, y que el apóstol devolvió a Onésimo a su amo[5].

—No me cite la Biblia de esta manera, señor Wilson —dijo George, con una mirada centelleante—; no lo haga, porque mi esposa es una buena cristiana, y yo mismo intento serlo, si algún día consigo llegar a un lugar donde me sea permitido[6]; pero no se atreva a citar la Biblia a un hombre que se encuentra en mi situación, porque eso es bastante para abandonar la fe para siempre. Clamo al Dios Todopoderoso, a Él le presento el caso y le pregunto si hago mal buscando mi libertad.

—Esos sentimientos son bastante naturales, George —dijo el buen hombre, sonándose la nariz—. Sí, son naturales, pero mi deber es no alentarlos en ti. Sí, muchacho, lo siento por ti, la verdad, es un mal asunto, un caso muy difícil; pero el apóstol dice: «Deja que cada uno soporte la condición en la que se encuentra». Tenemos que someternos todos a las indicaciones de la Providencia, George, ¿no te parece?

George permaneció de pie con su cabeza echada hacia atrás, con los brazos cruzados y apretados contra su ancho pecho, y con una amorfa sonrisa curvando sus labios.

—Me pregunto, señor Wilson, si en el caso de que los indios vinieran y le tomaran prisionero separándole de su mujer y de sus hijos, y quisieran tenerle toda su vida cavando en los campos de maíz para ellos, pensaría usted que es su deber soportar la condición en la que se encontrara. Me parece que más bien aprovecharía el primer caballo perdido que hallara, pensando que era un signo de la Providencia, ¿o no actuaría así?

El anciano caballero se quedó con los ojos como platos ante esta ilustración del caso, pero, aunque no era un excelente pensador, sí tenía una sensatez en la que muchos filósofos sobre este particular tema no

sobresalen, es decir, la de no decir nada cuando nada puede decirse. Así, mientras retorcía cuidadosamente su paraguas y doblaba y estiraba todos sus pliegues, continuó con sus exhortaciones genéricas:

—Ya sabes, George, que hasta ahora he sido siempre un amigo para ti y que todo lo que te he dicho te lo he dicho por tu bien. En este momento me parece que estás corriendo un inmenso riesgo. No puedes esperar llegar al cabo de tus penalidades. Si te cogen, será peor que nunca para ti, te torturarán y te dejarán medio muerto, y te venderán río abajo.

—Señor Wilson, todo eso ya lo sé —dijo George—. Desde luego, estoy corriendo un riesgo, pero —y abrió su abrigo para mostrarle dos pistolas y una navaja con resorte—, mire, estoy preparado para ello. Nunca iré río abajo; llegado el momento, puedo ganarme yo sólito seis pies de suelo libre. ¡El primero y el último que tendré en Kentucky[7]!

—Pero George, tu estado de ánimo es horroroso, es realmente de una desesperación completa, George. Me preocupa mucho. ¡Infringir la leyes de tu propio país!

—¡Otra vez mi país! Señor Wilson, usted tiene un país, pero ¿qué país tengo yo, o cualquier otro como yo nacido de una madre esclava? ¿Qué leyes tenemos? Nosotros no las dictamos, no las aceptamos, no tienen nada que ver con nosotros, lo único que esas leyes hacen por nosotros es aplastarnos y sojuzgarnos. ¿Acaso no he oído yo los discursos del 4 de julio[8]? ¿No nos dicen ustedes, una vez por año, que los gobiernos obtienen su justo poder del consenso de los gobernados? ¿No puede acaso pensar el que escucha estas cosas? ¿No puede comparar unas cosas con otras y ver cuál es el resultado?

La mente del señor Wilson podría ser representada bastante apropiadamente por una bala de algodón, mullida, suave, benevolente, de manera imprecisa y confusa. Compadecía de verdad a George con todo su corazón, y tenía una especie de tenue y borrosa percepción del tipo de sentimientos que le agitaban, pero persistía en su deber de seguir hablándole «por su bien», con una infinita pertinacia.

—George, esto es malo. Te lo tengo que decir, ya sabes, como amigo: aparta de tu cabeza esas ideas, son muy malas, George, son muy malas para

chicos de tu condición, pero que muy malas —y el señor Wilson se sentó a la mesa y empezó a mordisquear nerviosamente el pomo de su paraguas.

—Dígame una cosa, señor Wilson —dijo George, acercándose y sentándose con determinación enfrente de él—, míreme bien. ¿No estoy sentado delante de usted, de igual manera y tan hombre como pueda serlo usted? Mire mi cara, mis manos, mire mi cuerpo —y el joven se levantó con orgullo—, ¿por qué no soy un hombre como los demás? Mire, señor Wilson, escuche lo que le voy a decir. Yo tengo padre, uno de sus caballeros de Kentucky, que no pensó en mí lo bastante como para impedir que me vendieran con sus perros y sus caballos, para saldar sus deudas, cuando murió. He visto poner en venta a mi madre en presencia del *sheriff*, junto con sus siete hijos. Los fueron vendiendo uno a uno ante sus ojos, cada uno a un amo distinto, y yo era el más pequeño. Vino y se arrodilló ante el viejo amo y le suplicó que la comprara conmigo, que así podría tener al menos un hijo con ella, y él la despidió golpeándola con sus pesadas botas. Le vi hacerlo, y lo último que oí fueron sus gemidos y gritos, cuando ya me encontraba atado al cuello de su caballo para ser llevado a su finca.

—Bien, ¿y después?

—Mi amo hizo un trato con uno de los hombres y le compró a mi hermana mayor. Era una chica buena y piadosa, miembro de la Iglesia baptista[9], y era tan guapa como lo había sido mi pobre madre. Tenía una buena educación y excelentes modales. Al principio, yo estaba encantado con que la hubiese comprado, porque así tendría una amiga cerca de mí. Pero en seguida tuve que lamentarlo. Señor, me he quedado ante su puerta y he oído cómo la azotaban y me parecía que cada azote me lo estuvieran dando a mí sobre el corazón en carne viva, y yo no podía hacer nada por ayudarla, y era golpeada, señor, por querer vivir una vida decente de cristiana, derecho que no dan sus leyes a las chicas esclavas que quieren vivir así, y, por último, la vi cargada de cadenas con una partida de esclavos que un traficante llevaba al mercado de Orleans, enviada allí para ser vendida, y no he sabido nada más de ella desde entonces.

»Bien, crecí, largos años y años, sin padre, sin madre, sin hermana, sin un alma viviente que se ocupara de mí más que de un perro; solo tuve palizas, reprimendas y hambre. Porque, mire usted, he pasado tanta hambre que he llegado a sentirme feliz con los huesos que tiraban a los perros, y cuando era un niño, y me pasaba las noches en vela y llorando, no lloraba de hambre, ni lloraba por los azotes. No, señor, lloraba por mi madre y mis hermanos, y era porque no tenía ningún amigo que me quisiera sobre la tierra. Nunca supe lo que era la paz o el consuelo. Nunca escuché una palabra amable hasta que llegué a su fábrica. Señor Wilson, usted me trató muy bien, me animó a hacer las cosas y a aprender a leer y a escribir, y a sacar algún partido de mí mismo, y Dios sabe lo agradecido que le estoy por ello. Entonces, señor, fue cuando encontré a mi mujer, usted ya la ha visto, ya sabe lo guapa que es. Cuando vi que ella me amaba, cuando me casé con ella, apenas podía creer que estaba vivo, tan feliz me encontraba, y, señor, es que ella es tan buena como bonita. Pero ¿y qué? Pues un día llega mi amo y me saca del trabajo que hacía, me separa de mis amigos y de todo lo que yo quería y me arrastra por el polvo. ¿Y por qué? Porque, como él dice, me he olvidado de que solo soy un esclavo negro, y él me lo va a enseñar. Y por último, en el colmo de los colmos, se mete entre mi esposa y yo y dice que tengo que dejarla y ponerme a vivir con otra mujer. Y todo esto lo puede hacer según las leyes, aunque vayan en contra de Dios y los hombres. Señor Wilson, dígame si lo que ha roto el corazón a mi madre, a mi hermana, a mi mujer y a mí, no han sido sino las leyes que permiten esto y dan poder a cualquier hombre para actuar así en Kentucky, sin poner límite alguno. ¿Y usted dice que eso son las leyes de “mi” país? Señor, yo no tengo país, igual que ya no tengo padre. Pero pronto tendré uno. Yo no quiero nada de este país sino que me dejen tranquilo, poder marcharme en paz de él, y cuando llegue a Canadá, donde las leyes serán también las mías y me protegerán, ese será mi país, y esas leyes sí que las obedeceré. Pero si alguien intenta impedírmelo, tendrá que andarse con cuidado, porque estoy desesperado. Lucharé por mi libertad hasta el último aliento que tenga. Dice que así hicieron sus padres. ¡Si ellos lo hicieron y estuvo bien, también será bueno para mí!

Este discurso, pronunciado a ratos mientras estaba sentado a la mesa y a ratos mientras caminaba de arriba abajo, pronunciado con lágrimas, con ojos centelleantes, con gestos de desesperación, resultó excesivo para el bondadoso individuo de cierta edad al que iba dirigido, de modo que había sacado un gran pañuelo de seda amarilla de un bolsillo y se estaba enjugando la cara con gran aplicación.

—¡Malditos sean! —estalló violentamente—. ¿No he dicho siempre eso, que se los lleven los demonios? Espero no estar blasfemando… Bueno, sigue adelante, George, sigue adelante; pero ten cuidado, muchacho; no vayas a matar a alguien, George, más que si… bueno, mejor que no dispares a nadie, te lo aconsejo; al menos, yo no le daría a nadie, ya me entiendes. ¿Dónde está tu mujer? —añadió, mientras se levantaba nerviosamente y empezaba a andar por la habitación.

—Ha huido, señor, huyó con el niño en brazos, solo sabe Dios adónde, tras la estrella del Norte, y cuándo nos encontraremos en este mundo, nadie lo puede decir.

—¡Pero es posible! ¿Escaparse de una familia tan buena?

—Las buenas familias se meten en deudas, y las leyes de nuestro país permiten vender a un niño y separarlo de su madre para pagar las deudas del amo —dijo George con amargura.

—Bueno, bueno —dijo el honrado anciano, buscando en sus bolsillos —. Supongo que no estoy haciendo lo que se debe hacer, pero olvídalo, ¡no haré lo que es debido! —y añadió abruptamente—: Toma, George —y sacó un fajo de billetes de su cartera y se lo entregó a Georqe.

—No, señor, es muy bueno conmigo —dijo George—, ya ha hecho usted mucho por mí, y esto podría acarrearle dificultades. Yo tengo bastante dinero, y espero que alcance hasta donde lo necesito.

—Sí, George, tienes que aceptarlo. El dinero siempre es una gran ayuda en cualquier sitio; nunca tendrás demasiado si lo ganas honradamente. Tómalo, de verdad, tómalo, haz lo que te digo, muchacho.

—Con una condición, señor, y es que pueda devolvérselo en algún momento más adelante —dijo George tomando el dinero.

—Y ahora, George, ¿cuánto tiempo piensas seguir viajando de esta manera? Espero que no mucho. Está bien pensado, pero es demasiado

temerario. Y ese hombre negro que te acompaña, ¿quién es?

—Un verdadero amigo, que ha vuelto de Canadá hace un año. Se enteró, después de llegar allí, de que su amo estaba tan furioso contra él porque había escapado que azotaba a su pobre y anciana madre, y ha tomado el camino de vuelta para consolarla y si es posible sacarla de aquí.

—¿La tiene ya con él?

—Todavía no, ha estado merodeando por el lugar y no ha habido todavía una buena ocasión. Entre tanto, me va a llevar nada menos que hasta Ohio, para ponerme en contacto con los amigos[10] que le ayudaron a él, y después volverá a por ella.

—¡Eso es peligroso, muy peligroso! —dijo el anciano.

George se levantó y sonrió desdeñosamente.

El anciano caballero le miraba de los pies a la cabeza, maravillado y con cierto aire inocente.

—George, hay algo en ti que te ha hecho cambiar de modo maravilloso. El modo de mantener levantada la cabeza, de hablar y de moverte, pareces otro hombre —dijo el señor Wilson.

—¡Porque soy un hombre libre! —dijo George con orgullo—. Sí, señor, he dicho «amo» por última vez en mi vida a alguien. ¡Soy libre!

—¡Ten cuidado! ¡No estás seguro, podrían cogerte!

—Todos los hombres son libres e iguales en la tumba, si llegara el caso, señor Wilson[11].

—¡Estoy absolutamente asombrado de tu osadía! —dijo el señor Wilson —. ¡Venir justamente a la taberna más cercana!

—Señor Wilson, es tan osado, y está tan cerca, que no se les ocurrirá pensar en ella, me buscarán más lejos, y a usted mismo le ha costado reconocerme. El amo de Jim no vive en este condado, a él no le conocen por estos lugares. Además, ya le han dado por perdido y nadie le busca; y a mí nadie me tomará por el hombre del anuncio, me parece.

—Pero ¿y la marca de tu mano?

George se quitó el guante y dejó ver una reciente cicatriz en su mano.

—Esta es una de las últimas atenciones del señor Harris —dijo con sorna—. Hace unos quince días se le metió en la cabeza la idea de

marcarme, porque creía que trataría de escaparme un día u otro. Parece muy interesante, ¿no? —dijo poniéndose de nuevo el guante.

—¡Te confieso que se me queda la sangre helada en las venas cuando pienso en ello, en tu situación y en los riesgos que corres! —dijo el señor Wilson.

—Mi sangre ha estado helada durante muchos años, señor Wilson; pero ahora está en el punto de ebullición —dijo George—. Bien, mi buen amigo —continuó George tras unos instantes de silencio—, vi que usted me reconocía, y pensé que era mejor que tuviéramos esta conversación antes de que su sorpresa me delatara. Saldré temprano mañana por la mañana, antes del amanecer; por la noche espero dormir a salvo en Ohio. Viajaré durante el día, me pararé en los mejores hoteles y comeré en las mejores mesas con los nobles terratenientes. ¡Así que, adiós, señor; si oye que me han cogido, sabrá usted que he muerto!

George permaneció en firme como una roca y ofreció su mano con el gesto de un príncipe. El amable anciano se la estrechó de todo corazón y, después de una última invitación a la prudencia, tomó su paraguas y salió de la habitación.

George se quedó pensativo mirando a la puerta mientras el hombrecillo la cerraba. Un pensamiento pareció atravesarle la mente. Avanzó apresuradamente hacia la puerta y abriéndola, dijo:

—Señor Wilson, una palabra más.

El anciano caballero entró de nuevo y George, como antes, cerró la puerta y se quedó unos cuantos minutos mirando el suelo, sin decidirse. Por fin, levantando la cabeza con un supremo esfuerzo, dijo:

—Señor Wilson, usted se ha portado como un buen cristiano conmigo, me gustaría pedirle a usted una bondad más de cristiano.

—Dime de qué se trata, George.

—Mire, señor, lo que dijo usted es verdad. Estoy corriendo un peligro muy grande. No hay un alma en el mundo a quien le importe si muero o no —añadió, mientras la respiración se le cortaba y conseguía hablar con grandes dificultades—. Me tirarán en cualquier lado y me enterrarán como a un perro, y nadie pensará en ello un día después, nadie excepto mi pobre esposa. ¡Pobrecilla! Ella sufrirá y se lamentará, y si usted pudiera entregarle

este alfiler, señor Wilson, se lo agradecería. ¡Me lo regaló por Navidad, la pobrecilla! ¡Déselo y dígale que la he querido hasta el fin! ¿Lo hará usted? ¡Dígame que lo hará! —exclamó con ansiedad.

—Sí, claro que lo haré, ¡pobre amigo! —dijo el anciano caballero tomando el alfiler, con los ojos húmedos y un temblor melancólico en su voz.

—Dígale también —dijo George—, es mi último deseo, que si puede vaya al Canadá. No importa lo buena que sea su señora, ni importa lo que le guste su casa, le suplico que no vuelva, porque la esclavitud siempre supone la miseria. Dígale que eduque a nuestro hijo como a un hombre libre, para que no tenga que sufrir lo que yo he sufrido. Le dirá todo esto, señor Wilson, ¿verdad?

—Claro, George. Se lo diré, pero estoy convencido de que no vas a morir, no pierdas el valor, eres un hombre muy valiente. Confía en Dios, George. Te deseo de todo corazón que te pongas a salvo, eso es lo que yo deseo…

—¿Hay un Dios en el que podamos confiar? —preguntó George en un tono tal de amarga desesperación que detuvo las palabras del anciano caballero—. He visto tantas cosas en mi vida que me han hecho sentir que Dios no puede existir… Ustedes los cristianos no se dan cuenta de lo que nos parecen a nosotros esas cosas. ¿Hay un Dios para ustedes y no lo hay, en cambio, para nosotros[12]?

—¡Oh, no digas eso… no… muchacho! —dijo el anciano, casi sollozando mientras hablaba—. ¡No te sientas así! Hay un Dios, George, créelo, confía en Él, y estoy seguro de que Él te ayudará. Se hará justicia, si no es en esta vida, en la futura.

La sincera piedad y la bondad del sencillo anciano le prestaban una pasajera dignidad y autoridad mientras hablaba. George se quedó pensativo un momento, y después dijo con calma:

—Gracias por decirme esto, mi buen amigo, pensaré en ello.

Capítulo XII
Incidente singular en el comercio legal

> En Ramá se oyó una voz, llanto, lamentos y gran tristeza: era Raquel que lloraba por sus hijos y no podía ser consolada.[1]

El señor Haley y Tom siguieron adelante en su coche, absorto cada uno en sus propios pensamientos. Ahora bien, las reflexiones de estos hombres que viajaban el uno al lado del otro eran algo curiosas: sentados en el mismo asiento, con los mismos ojos, oídos, manos y órganos de todo tipo, y teniendo ante su mirada los mismos objetos, era prodigiosa la variedad que había en tales reflexiones…

Examinemos, por ejemplo, las del señor Haley: pensaba primero en la estatura de Tom, en su anchura y su corpulencia, y en por cuánto lo vendería, si lo mantenía bien alimentado y en forma hasta que lo llevase al mercado. Estaba haciendo cábalas sobre el valor de mercado de algunos supuestos hombres, mujeres y niños que podría vender, y sobre otros delicados temas de su negocio; después pensó en sí mismo y en lo humano que era, ya que mientras otros hombres encadenaban a sus esclavos negros de pies y manos, él solo les ponía grilletes en los pies, y le dejaba usar sus manos a Tom, mientras se comportara bien; y suspiraba al pensar lo ingrata que era la naturaleza humana, ya que cabía pensar que Tom no apreciara como él esperaba sus deferencias. Había sido burlado por esclavos negros a los que había favorecido, pero se asombraba todavía al pensar lo bondadoso que seguía siendo.

En cuanto a Tom, estaba reflexionando sobre unas palabras de un viejo libro pasado de moda, que volvían una y otra vez a su cabeza y que decían:

«Aquí no tenemos una ciudad permanente; pero esperamos ardientemente la que vendrá; es más, Dios mismo no se avergüenza de ser llamado nuestro Dios porque ha preparado una ciudad para nosotros».

Estas palabras, de una obra antigua, habían sido conservadas sobre todo por «hombres ignorantes e incultos», y en cierto modo tenían desde tiempos inmemoriales una especie de poder sobre las mentes de los tipos pobres y sencillos como Tom. Ellas rescataban a las almas de los abismos y levantaban los ánimos como al toque de una trompeta, con coraje, energía y entusiasmo, donde antes no había sino la negrura de las desesperación[2].

El señor Haley sacó de su bolsillo varios periódicos y empezó a mirar sus anuncios con un interés absorbente. No leía con mucha fluidez y tenía la costumbre de hacerlo con una especie de recitación a media voz, como para que sus oídos comprobaran las deducciones de sus ojos. En este tono recitó con lentitud el párrafo que sigue:

VENTA POR DEFUNCIÓN.
¡ESCLAVOS NEGROS!

De acuerdo con la orden del tribunal, serán vendidos el día martes 20 de febrero, ante la puerta del Tribunal de Justicia de la ciudad de Washington, Kentucky, los siguientes negros: Hagar, de 60 años; John, de 30; Ben, de 21; Saul, de 25; Albert, de 14. La venta será en beneficio de los acreedores y los herederos de Jesse Blutchford, R.I.P.

SAMUEL MORRIS & THOMAS FLINT,
Albaceas

—Esto hay que verlo —le dijo a Tom, pues necesitaba de alguien a quien hablar—. Ya ves, voy a conseguir una excelente cuadrilla para llevarla río abajo contigo, Tom; eso nos hará el viaje agradable y animado como la buena compañía puede hacerlo, ya sabes. Primero tenemos que dirigirnos a Washington antes que nada; allí te dejaré en la cárcel mientras me ocupo de mis negocios.

Tom recibió esta agradable información con bastante mansedumbre, preguntándose sencillamente en su fuero interno cuántos de esos desdichados hombres tendrían mujer e hijos y cómo se sentirían al tener que dejarlos. Hay que decir también que la irreflexiva y brutal información de que iba a pasar la noche en la cárcel no le produjo en absoluto una

impresión agradable al pobre hombre, que siempre se había preciado de llevar una vida perfectamente recta y honrada. Sí, hay que reconocerlo, Tom estaba bastante orgulloso de su honradez, el pobrecillo, pues no tenía mucho más de lo que enorgullecerse; si hubiera pertenecido a las altas esferas de la sociedad, quizá nunca hubiera llegado a esos extremos. De cualquier modo, el día siguió pasando y por la noche Haley y Tom se vieron cómodamente instalados, uno en el hotel y el otro en la cárcel.

Hacia las once del día siguiente una variopinta muchedumbre se arremolinaba sobre las escaleras del tribunal, fumando, mascando tabaco, escupiendo, jurando y conversando, según sus respectivos gustos y turnos, esperando que empezase la subasta. Los hombres y mujeres que iban a ser vendidos estaban en un grupo aparte, hablando en voz baja entre ellos. La mujer que había sido anunciada con el nombre de Hagar era una africana corriente en sus rasgos y constitución. Debía de tener unos sesenta años, pero estaba avejentada por el trabajo duro y las enfermedades, casi ciega y bastante aquejada de reumatismo. A su lado tenía al único hijo que le quedaba, Albert, un chico con aspecto despejado, de unos catorce años de edad. El muchacho era el único superviviente de una familia muy numerosa, que había sido vendida poco a poco para alimentar los mercados sureños. La madre se agarraba a él con sus manos temblorosas y miraba con intensa inquietud a todos los que se acercaban a examinarle.

—No tengas miedo, Tía Hagar —dijo el hombre de más edad—. He hablado con el amo Thomas de eso, y cree que se las podrá arreglar para que os vendan en un lote a los dos juntos.

—No tienen por qué decir que estoy acabada —dijo, alzando las manos temblorosas—. Todavía puedo cocinar bien, y fregar y restregar; vale la pena comprarme, me venden barata, díselo, díselo a ellos —añadió con seriedad.

Haley se abrió paso entre el grupo, avanzó hacia un viejo, le abrió la boca con las manos y miró su interior, le palpó los dientes, le hizo ponerse de pie muy derecho, doblar la espalda y realizar varias evoluciones para mostrar sus músculos, y después pasó al siguiente y le sometió al mismo proceso. Avanzando por fin hasta el chico, le tocó los brazos, le apretó las manos, le miró los dedos y le hizo saltar para comprobar su agilidad.

—¡Solo puede ser vendido conmigo! —dijo la vieja con una apasionada voluntad—. Él y yo formamos parte de un mismo lote; todavía soy bastante fuerte, señor amo, y puedo hacer muchos trabajos, muchísimos, señor.

—¿En una plantación? —dijo Haley con una mirada despectiva—. ¡Menuda historia! —y como si se hubiera quedado satisfecho ante este examen, se alejó y se quedó mirando y esperando con las manos en los bolsillos, el cigarro en la boca y su sombrero torcido hacia un lado, listo para actuar.

—¿Qué piensa de ellos? —dijo un hombre que había seguido atentamente los exámenes de Haley, como si quisiera decidirse a partir de sus resultados.

—Bien —dijo Haley escupiendo—, yo me quedaría, sin duda, con los más jóvenes y con el muchacho.

—Es que quieren vender al muchacho y a la mujer juntos —dijo el hombre.

—Ya son ganas de fastidiar. ¡Si esa vieja es un saco de huesos! No vale ni su sal de cada día.

—Entonces, ¿usted no la compraría? —dijo el hombre.

—Nadie que no sea un idiota lo haría. Es medio ciega, está llena de reumatismo y parece loca de remate.

—Algunas personas compran a estos ancianos y les sacan más partido del que se pudiera pensar —dijo el hombre, pensativo.

—Pues yo no soy uno de ellos —dijo Haley—. No la aceptaría ni regalada, la verdad, ya lo he resuelto.

—Bueno, es que es una lástima no comprarla con su hijo; parece que está muy apegada a él, me imagino que los venderán baratos.

—Si otros tienen dinero para desperdiciarlo, allá ellos. Pujaré por el muchacho, para llevarle de mano de obra a una plantación. Y ella no sería más que un estorbo; no, de ninguna manera, ni aunque me la dieran —dijo Haley.

—Eso va a ser muy duro para ella —dijo el hombre.

—Pues claro que lo será —dijo el traficante fríamente.

Su conversación fue interrumpida por el rumor del público, y el subastador, un tipo bajito, hacendoso, de categoría, se abrió paso entre la

muchedumbre. La vieja mujer retuvo su aliento y se aferró instintivamente a su hijo.

—Quédate cerca de tu amita, Albert, muy cerca, así nos pondrán juntos —dijo.

—¡Ay, mamá, tengo miedo de que no lo hagan! —dijo el muchacho.

—Lo tendrán que hacer, hijito. No podré vivir, de ninguna manera, si no lo hacen —dijo la anciana con vehemencia.

Las voces estentóreas del subastador, pidiendo que abrieran paso, anunciaban ahora el comienzo de la venta. Se dejó libre un espacio y las ofertas comenzaron. Los diversos hombres que había en la lista fueron adjudicados muy rápidamente a unos precios que indicaban una muy fuerte demanda en el mercado; dos de ellos fueron comprados por Haley.

—Vamos ahora contigo, mozalbete —dijo el subastador, dándole un golpecito al chico con su martillo—; ponte de pie y muéstranos tus fuerzas.

—¡Véndenos juntos a los dos, por favor, señor amo! —dijo la anciana, apretándose contra su hijo.

—Lárgate —dijo el hombre con brusquedad, apartándola del chico—, a ti te venderé al final. Aquí, morenito, ven para aquí —y con estas palabras, empujaba al chico hacia el estrado, mientras un gemido grave y profundo se levantaba tras de él. El chico se detuvo y miró hacia atrás, pero no había tiempo para quedarse parado y, enjugándose las lágrimas de sus grandes y brillantes ojos, subió al instante al estrado.

Su buena planta, sus miembros ágiles y su cara despierta produjeron una inmediata competencia, y media docena de ofertas simultáneas llegaron a oídos del subastador. Ansioso, algo asustado, miró de uno a otro lado, según iba oyendo las ofertas que pujaban por él, una allí, otra allá, hasta que por fin cayó el martillo. Lo había comprado Haley. Fue bajado del estrado y conducido hasta su nuevo amo, pero se detuvo un momento y miró hacia atrás, donde su pobre madre, temblando de los pies a la cabeza, tendía los brazos, implorante:

—¡Cómpreme usted también, señor, por el amor de Dios! ¡Cómpreme, me moriré si no lo hace!

—Y también si te compro, no me interesas en absoluto —dijo Haley—. ¡No! —y giró sobre sus talones.

Las ofertas por la vieja fueron someras. El hombre que había hablado con Haley, y que no parecía desprovisto de compasión, la compró por una fruslería y los espectadores empezaron a dispersarse.

Las pobres víctimas de la venta, que se habían criado en el mismo lugar juntas durante años, se arremolinaron en torno a la desesperada madre, cuya angustia era muy penosa de ver.

—¿No podían haberme dejado al menos un hijo? El amo siempre me dijo que me quedaría con uno, lo dijo —repitió una y otra vez con la voz quebrada por la emoción.

—Confía en Dios, Tía Hagar —dijo el más viejo de los hombres, muy apenado.

—¿Y de qué me servirá? —dijo ella, sollozando desconsoladamente.

—¡Madre, madre, no llores! —dijo el chico—. Dicen que tienes un buen amo.

—¡No me importa nada, no me importa! ¡Oh, Albert, hijo mío, tú eres mi último retoño! ¡Dios mío, no podré soportarlo!

—¡Venga, lleváosla de aquí alguno de vosotros! —dijo Haley secamente—. No le hace ningún bien ponerse así.

El anciano hombre allí presente, en parte con la persuasión y en parte a la fuerza, hizo soltarse a la pobre criatura de su último y desesperado abrazo, y mientras la llevaban hacia el coche de su nuevo amo intentaban consolarla.

—Bueno, vamos a ver ahora —dijo Haley, poniendo juntas sus tres adquisiciones; sacó un manojo de esposas que empezó a ponerles sobre las muñecas y, tras fijar cada grillete a una larga cadena, los condujo hasta la cárcel.

Unos días después se podía ver a Haley, con sus posesiones, instalado y bien a salvo en uno de los barcos del Ohio. Estaba comenzando a formar su cuadrilla e iría en aumento, a medida que el barco siguiera su camino, con otras adquisiciones del mismo tipo que él mismo o su agente habían depositado para él en diversos puntos a lo largo de las orillas del río.

El barco La Belle Rivière, tan arrojado y hermoso como ningún otro que surcara las aguas que le daban su nombre, iba navegando alegremente río abajo, bajo un cielo luminoso, con las barras y estrellas de la libre América ondeando y revoloteando sobre sus cabezas, y los guardias se reunían con elegantes damas y caballeros paseando y disfrutando del delicioso día. Todo estaba lleno de vida, de alegría y regocijo, todo menos los esclavos de Haley, que viajaban almacenados como otras mercancías en la cubierta de abajo y que, de alguna manera, no parecían apreciar sus muchos privilegios,

mientras estaban sentados en un corrillo, hablándose unos a otros en voz baja.

—Chicos —dijo Haley, presentándose de repente—, espero que estéis con buenos ánimos y muy alegres. No os pongáis de morros; ya sabéis, demostrad un poco de valor, hacedlo bien por mí y yo me portaré bien con vosotros.

Los esclavos a los que se dirigía respondieron con el invariable «sí, amo» que desde tiempos remotos es el lema de los pobres africanos, pero el hecho de ser posesión de Haley no les hacía sentirse especialmente alegres, pues tenían sus pequeñas preferencias hacia las esposas, madres, hermanas e hijos que habían visto por última vez, y aunque «los que los habían maltratado les pidieran que se alegraran»[3] esto no era fácil de cumplir.

—Tengo una mujer —declaró la mercancía denominada «John, de treinta años», y apoyó su mano encadenada sobre la rodilla de Tom—, y la pobrecilla no sabe nada de esto.

—¿Dónde vive? —preguntó Tom.

—En un mesón a poca distancia de aquí. Me gustaría poderla ver, de verdad, por última vez en este mundo —añadió.

¡Pobre John! Esto era bastante natural, y las lágrimas que derramaba mientras hablaba brotaban con toda naturalidad, como si se tratara de un hombre blanco. Tom suspiró, con su corazón entristecido, e intentó consolarle lo mejor que pudo.

Por encima de ellos, en los camarotes, se sentaban padres y madres, maridos y esposas, y unos alegres y danzarines niños se movían entre ellos como pequeñas mariposas revoloteantes, y todo se desarrollaba con una gran facilidad y comodidad.

—Mira, mamá —dijo un niño que acababa de venir de abajo—, a bordo hay un negrero que ha comprado cuatro o cinco esclavos que están en la cubierta inferior.

—¡Pobres criaturas! —dijo la madre en un tono mezcla de pena e indignación.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó otra señora.

—Unos pobres esclavos que están ahí abajo —dijo la madre.

—Y van cargados de cadenas —dijo el niño.

—¡Qué vergüenza que se vean cosas así en nuestro país! —dijo otra señora.

—¡Oh, se podría decir mucho sobre ese tema! —dijo una señora bastante cursi que se hallaba sentada a la puerta de su camarote, cosiendo mientras su niñita y su hijo jugaban a su alrededor—. He vivido en el Sur y tengo que decir que los negros están mejor así que si fueran libres.

—En algunos aspectos, algunos de ellos sí que están mejor, hay que decirlo —dijo la dama a la que había respondido con su observación la precedente—. Lo más terrible de la esclavitud, en mi opinión, son los ultrajes a sus sentimientos y a sus afectos, la separación de las familias, por ejemplo[4].

—Desde luego, eso es una mala cosa —dijo la otra dama, levantando un vestidito de bebé que acababa de terminar y mirando atentamente su acabado—, pero me imagino que no sucederá muy a menudo.

—¡Oh, no lo crea, es bastante frecuente! —dijo la primera dama, con vehemencia—. He vivido muchos años en Kentucky y en Virginia y he visto lo bastante como para poder enfermar del corazón. Imagínese usted, señora mía, que los dos niños que tiene usted aquí se los quitaran para venderlos.

—No podemos comparar nuestros sentimientos con los de esa clase de personas —dijo la otra mujer, quitándose algunos hilos que le habían quedado sobre el regazo.

—Desde luego, señora, usted no debe saber nada de ellos si dice esas cosas —contestó la primera señora, acalorada—. Yo he nacido entre ellos y me he criado con ellos. Y sé que sienten tanto o más quizá de lo que sentimos nosotros.

La señora dijo: «¿De verdad?», bostezó y miró por la ventana del camarote, y por último repitió como *finale* la observación por la que había comenzado: «A pesar de todo, pienso que están mejor así que libres».

—Es indudable que la intención de la Providencia ha sido que la raza de África sea sometida y mantenida en una baja condición —dijo un hombre de aspecto lúgubre vestido de negro, un clérigo que se encontraba sentado junto a la puerta del camarote—. «Maldito sea Canaán, sirviente de sirvientes habrá de ser», nos dicen las Escrituras[5].

—Y yo me pregunto, forastero, ¿es eso lo que quiere el texto en cuestión? —preguntó un hombre alto levantándose.

—Sin duda alguna. La Providencia, por algún designio inescrutable, tuvo a bien maldecir a la raza negra con la servidumbre, hace ya mucho tiempo, y no debemos manifestar opiniones en contra de ello.

—Bueno, pues entonces tenemos que seguir comprando esclavos —dijo el hombre—, si ese es el designio de la Providencia, ¿no es así, Squire? —dijo, volviéndose hacia Haley, quien había permanecido en pie, con las manos en los bolsillos, cerca de la estufa y escuchando con gran interés la conversación.

—Sí —continuó el hombre alto—, tenemos que plegarnos a la voluntad de la Providencia. Los esclavos negros deben ser vendidos, deportados y sojuzgados, para eso existen. Parece ser que este punto de vista le resulta bastante agradable, ¿no es así, forastero? —dijo a Haley.

—Nunca he pensado en ello —dijo Haley—. Y tampoco hubiera podido decir tanto, pues no tengo tantos conocimientos. Empecé a comerciar con esclavos solo para ganarme la vida; si no estaba bien, tenía pensado arrepentirme a tiempo, espero que comprenda usted lo que le quiero decir.

—Y ahora se ahorrará usted la molestia, ¿no es así? —dijo el hombre alto—. Mire lo que tiene conocer bien las Escrituras. Si usted hubiera estudiado la Biblia como este buen hombre, lo habría sabido mucho antes y se hubiera evitado un montón de problemas. Usted acaba de decir: «Maldito sea»…, ¿cómo dijo que se llamaba?… y todo habría ido sobre ruedas.

Y el extranjero, que no era otro sino el honrado ganadero que hemos presentado a nuestros lectores en la taberna de Kentucky, se sentó y empezó a fumar, con una curiosa sonrisa en su largo y seco rostro.

Un hombre alto y delgado, con un rostro que reflejaba nobles sentimientos y una gran inteligencia, intervino entonces y pronunció estas palabras:

—«No desees para tu prójimo lo que no quieras para ti». Estas son también palabras de las Sagradas Escrituras, lo mismo que «Maldito sea Canaán».

—Bien, parece un texto tan sencillo, forastero —dijo John al ganadero —, para pobres como nosotros —y se puso a echar humo como un volcán.

El joven se detuvo un instante y miró como si fuera a decir algo más, cuando, de repente, el barco se paró y la concurrencia se dispersó en la acostumbrada desbandada de los barcos de vapor, para ver dónde iban a atracar.

—¿Los dos son clérigos? —preguntó John a uno de los hombres, mientras iban saliendo.

El hombre afirmó con la cabeza.

Mientras el barco estaba atracado llegó una mujer negra, subió impetuosamente por la pasarela, se precipitó en medio del gentío y llegó donde estaba sentado el grupo de esclavos. Allí le echó los brazos al cuello a la mercancía antes descrita como «John, de treinta años» y comenzó a lamentarse con sollozos y lágrimas de la suerte de su marido.

Pero ¿para qué narrar esta historia, contada demasiado a menudo, contada cada día, de los lazos de afecto que se venden y se rompen, de los débiles vencidos y desgarrados por el beneficio y los intereses de los fuertes? No hace falta contarla, cada día nos trae una nueva, y la cuenta también a los oídos de Aquel que no es sordo, aunque lleve largo tiempo silencioso[6].

El joven que había hablado antes defendiendo la causa de la humanidad y de Dios permaneció con los brazos cruzados sobre el pecho mirando esta escena. Se volvió y se topó con Haley, que estaba de pie junto a él.

—Amigo mío —dijo, hablando con gran pasión—, ¿cómo puede usted atreverse a ejercer un comercio como este? ¡Mire a esas pobres criaturas! Yo estoy aquí alegrándome con la idea de que voy a ver a mi mujer y a mi hijo, y la misma campana que me anuncia que voy a zarpar para encontrarlos, separará para siempre a este pobre nombre y a su mujer. Todas estas cosas las tendrá en cuenta Dios el día del Juicio.

El traficante se dio la vuelta, silencioso.

—Me parece a mí —dijo el ganadero tocándole el codo— que hay diferencias entre las personas, ¿no es así? Y que lo de «Maldito sea Canaán» no parece haberle gustado mucho a ese individuo, o mucho me equivoco.

Haley soltó un gruñido de descontento.

—Y eso no es lo peor del caso —dijo John—, a lo mejor tampoco le gusta a Dios, cuando tengas que rendirle cuentas uno de estos días, como nos tocará a todos antes o después.

Haley se dirigió pensativo hacia la otra punta del barco.

«Si consigo una buena suma de dinero en la próxima partida, o en las dos próximas —pensaba—, desde luego que lo dejo; esto se está poniendo realmente peligroso».

Y sacó su libreta del bolsillo y se puso a hacer cuentas sobre lo que había ganado, algo que muchos caballeros, además del señor Haley, emplean como remedio contra la mala conciencia.

El barco se alejó orgullosamente de la orilla, y todo continuó tan alegre como antes. Los hombres hablaban y holgazaneaban, leían y fumaban. Las mujeres cosían, los niños jugaban y el barco continuaba su camino.

Un día, cuando el barco atracó un rato en una pequeña ciudad de Kentucky, Haley desembarcó en el lugar para resolver algunos asuntos.

Tom, a quien los grilletes no le impedían darse algunos cortos paseos, había llegado cerca de la borda del barco y permanecía apático mirando por encima de la barandilla. Un poco después vio al traficante que volvía, con paso vigilante, acompañado por una mujer de color, que llevaba en sus brazos a un niñito. Iba vestida con bastante distinción y un hombre de color la seguía llevándole un pequeño baúl. La mujer subió a bordo con alegría, hablando mientras tanto con el hombre que le llevaba el baúl, y de este modo cruzó la pasarela hasta el barco. Sonó la campana, el vapor dio su largo pitido, las máquinas gruñeron y tosieron y el barco se deslizó río abajo, alejándose.

La mujer se dirigió a la cubierta inferior, entre las cajas y las balas que allí había, y, sentándose, empezó a jugar con su niño.

Haley dio una o dos vueltas por la cubierta, se sentó cerca de ella y empezó a decirle algo en voz baja con tono indiferente.

Tom advirtió al instante la pesada nube que cubría el ceño de la mujer, que replicó muy rápidamente y con vehemencia.

—No. No me lo creo, no me lo creo —lo oyó decir—, me está usted engañando.

—Si no me crees, mira aquí —dijo el hombre, sacando unos papeles—, este es el contrato de venta, y aquí está el nombre de tu amo; yo le he pagado una buena cantidad de dinero, en líquido, te lo aseguro, como puedes ver.

—Yo no me creo que el amo haya podido engañarme así, ¡no puede ser verdad! —decía la mujer con creciente inquietud.

—Puedes preguntárselo a cualquiera de los hombres que están aquí y que sepan leer lo que hay escrito. Mire —le dijo a un hombre que pasaba—, lea lo que pone aquí, si no le sirve de molestia. Esta chica no quiere creerme cuando le digo lo que pone.

—Bien, es un contrato de venta firmado por John Fosdick —dijo el hombre—, cediéndole a usted a la esclava llamada Lucy y a su hijo. Está muy claro, por lo que yo puedo ver.

Las exclamaciones apasionadas de la mujer atrajeron a un grupo de personas, que se arremolinaron en torno suyo, y el traficante explicó en pocas palabras el motivo de la agitación.

—Me dijo que iba a Louisville[7] para trabajar de cocinera en la misma taberna donde trabaja mi marido, eso es lo que me dijo, él mismo, y no puedo creer que me haya mentido —dijo la mujer.

—Pues te ha vendido, pobrecilla, no hay duda alguna de ello —dijo un caballero de apariencia bondadosa, que había estado examinando los papeles—, lo ha hecho y no cabe pensar que se pueda tratar de un error.

—Entonces, no sirve de nada hablar —dijo la mujer, tranquilizándose de repente; y estrechando a su hijo entre sus brazos, se sentó en una caja, dando la espalda, y contempló distraídamente el río.

—Parece que te lo tomas bien, al fin y al cabo —dijo el traficante—. Eres una chica muy lista, por lo que veo.

La mujer parecía tranquila mientras el barco navegaba, y una ligera brisa de verano soplaba como un espíritu compasivo sobre su cabeza, esa brisa amable que no pregunta nunca si la frente que refresca es clara u oscura. Y vio el sol que brillaba sobre el agua con destellos dorados, y oyó voces alegres, henchidas de gozo y bienestar, hablando alrededor de ella; pero su corazón se sentía como si lo cubriera una losa. Su hijito, frente a ella, le pellizcaba las mejillas con sus manitas y saltaba de un lado a otro y

gorjeaba y le hablaba como si quisiera animarla. De pronto lo tomó en sus brazos y lo abrazó con fuerza contra ella, y lentamente empezaron a caer las lágrimas una tras otra sobre esa carita asombrada e inconsciente; después, poco a poco, pareció tranquilizarse y se ocupó de dar el pecho y atender a su niño.

El niño, un rorro de diez meses, tenía un tamaño y una fuerza poco comunes para su edad, y sus brazos y piernas eran muy vigorosos. Nunca, ni por un instante, dejaba de tener a su madre atareada sujetándolo y vigilando su constante actividad.

—¡Este sí que es un niño estupendo! —dijo un hombre, deteniéndose detrás de él, con las manos en los bolsillos—. ¿Qué tiempo tiene?

—Tiene diez meses y medio —dijo la madre.

El hombre silbó al niño y le ofreció un trozo de una barra de dulce, que el niño tomó con fruición y que muy pronto colocó en el depósito habitual de todos los bebés, es decir, en la boca.

—¡Buen chico! —dijo el hombre—. ¡Cómo sabe dónde está lo bueno!, —volvió a silbar y se marchó.

Cuando llegó al otro lado del barco, se encontró con Haley, quien se encontraba fumando sobre unas cajas amontonadas.

El forastero sacó una cerilla y encendió un cigarro, diciendo mientras lo hacía:

—Lleva usted una moza que está pero que muy bien, forastero.

—Bueno, reconozco que tiene un pasar —dijo Haley, echando humo por la boca.

—¿La lleva usted al Sur? —dijo el hombre.

Haley asintió y siguió fumando.

—¿Para trabajar en las plantaciones? —preguntó el hombre.

—Bueno —dijo Haley—, estoy completando un encargo para una plantación, y creo que la voy a poner a ella en el lote. Me han dicho que es una buena cocinera, y la podrán emplear para eso, o mandarla a recoger algodón. Tiene los dedos que hacen falta para ello, los he mirado. La venderé bien, en cualquier caso.

—En la plantación no querrán al niño —dijo el hombre.

—Lo voy a vender a la primera ocasión que se presente —dijo Haley, encendiendo otro cigarro.

—Me imagino que lo venderá usted relativamente barato —dijo el forastero, subiéndose al montón de cajas y sentándose cómodamente.

—No sé qué decirle —dijo Haley—, es un niño muy espabilado, bien hecho, gordito, fuerte, con las carnes tan duras como un ladrillo…

—Eso es verdad, pero hay que pensar en la molestia y el gasto de criarlo.

—¡Qué tontería! —dijo Haley—. Se crían solos como cualquier otra criatura, no dan más trabajo que los cachorros. Este niño echará a andar dentro de un mes.

—Tengo un buen sitio para criarlos y estaba pensando en tomar algunos chicos más —dijo el hombre—. Una cocinera perdió a su hijo la semana pasada, se le ahogó en el balde de lavar mientras ella tendía la ropa, y yo pienso que le vendría muy bien criar a este.

Haley y el forastero fumaron un rato en silencio, sin que ninguno de los dos pareciera querer entrar en la cuestión clave del asunto que los ocupaba. Por fin, el hombre se decidió:

—Usted no pensará obtener más de diez dólares por el niño, teniendo en cuenta que tiene que librarse de él cuanto antes.

Haley sacudió la cabeza y escupió de manera muy impresionante.

—No es bastante, de ninguna manera —y siguió fumando.

—Bien, forastero, ¿y cuánto me va a pedir?

—Pues mire —dijo Haley—. Lo puedo criar yo, o hacer que me lo críen; tiene fuerza y una salud fuera de lo común, y valdrá cien dólares de aquí a seis meses, y dentro de uno o dos años valdrá doscientos, si consigo venderlo bien, así que no se lo dejaré por menos de cincuenta dólares, ni un céntimo menos, si se lo lleva ahora mismo.

—Pero ¡forastero! ¡Todo esto es ridículo! —dijo el hombre.

—Pues así es —dijo Haley, con un decisivo movimiento de cabeza.

—Le daré treinta por él —dijo el forastero—, pero ni un céntimo más.

—Bueno, le voy a decir lo que haré —dijo Haley escupiendo de nuevo con renovada decisión—, dividimos en dos la diferencia y se lo dejo en cuarenta y cinco, eso es lo mejor que le puedo proponer.

—De acuerdo —dijo el hombre tras unos segundos.

—¡Trato hecho! —dijo Haley—. ¿Dónde se baja usted?

—En Louisville —contestó el hombre.

—¡Louisville! —dijo Haley—. Muy bien, llegaremos allí al atardecer. El crío se habrá dormido, lo toma tranquilamente, y todo irá sobre ruedas; a mí me gusta hacerlo todo con tranquilidad, aborrezco la agitación y el desorden.

Entonces, tras un cambio de billetes de un bolsillo a otro, el traficante volvió a su puro con aplicación.

Era una brillante y tranquila tarde, cuando el barco llegó al embarcadero de Louisville. La mujer había estado sentada con el niño en sus brazos, que se encontraba ahora profundamente dormido. Cuando escuchó el nombre del lugar, dejó apresuradamente al niño en una cunita formada por un hueco entre dos cajas, no sin envolverlo antes en su abrigo, y se precipitó a un lado del barco, esperando poder distinguir a su esposo entre los numerosos camareros que se habían aglutinado en el muelle. Con esta esperanza se adentró en el tumulto hasta la borda, esforzándose en seguir a la vez las cabezas en movimiento que estaban en la orilla y el gentío que se interponía entre ella y el niño.

—¡Este es el mejor momento! —dijo Haley, tomando en sus brazos al niño dormido y dándoselo al forastero—. No lo despierte, y no le haga llorar ahora, se armaría un lío endemoniado con la chica.

El hombre tomó el envoltorio con cuidado y en breves instantes se perdió entre la multitud que llenaba los muelles.

Cuando el barco, crujiendo, gruñendo y resoplando, se alejó del puerto y empezaba a tomar de nuevo su rumbo, la mujer volvió a su antiguo asiento. El traficante estaba sentado allí y ¡su niño había desaparecido!

—Pero ¿por qué, dónde? —empezó a decir, perpleja y sorprendida.

—Lucy —dijo el traficante—, has de saber que tu hijo se ha ido. Yo me hacía cargo de que tú no podías llevarlo al Sur, y he tenido la oportunidad de vendérselo a una familia de primera que lo va a criar mucho mejor de lo que tú podrías hacerlo.

El traficante había llegado al nivel de perfección cristiana y política que ha sido recomendado por algunos predicadores y políticos del Norte

últimamente, y en el que había superado por completo cualquier debilidad y prejuicio humanos. Su corazón se encontraba exactamente donde estaría el suyo, señor, y el mío, si hiciéramos el esfuerzo necesario y lo intentáramos. La enloquecida mirada de angustia y de profunda desesperación que la mujer le dirigió habría turbado a otro con menos experiencia, pero él ya estaba acostumbrado. Había visto esa mirada centenares de veces. Usted también puede acostumbrarse a esas cosas, amigo mío; ese es el objeto de numerosos esfuerzos para hacer que toda la población del Norte se acostumbre, para mayor gloria de la Unión. Así que el traficante consideró la angustia mortal que vio dibujada en el oscuro rostro, las manos que veía retorciéndose, el aliento entrecortado, solo como incidentes necesarios en su comercio, y únicamente sentía preocupación por si la mujer se ponía a gritar y provocaba un alboroto en el barco, ya que como a muchos otros defensores de nuestra particular institución, le repugnaba el desorden sobremanera[8].

Pero la mujer no gritó. El golpe había alcanzado de lleno y derecho su corazón, para que llorara o gimiese.

Se sentó distraídamente. Sus manos cayeron sin vida a uno y otro lado de su cuerpo. Sus ojos miraban al frente, pero ella no veía nada. Todo el ruido y el zumbido del barco, los ronquidos de la maquinaria, sonaban como en sueños en sus perplejos oídos y su pobre corazón herido no tenía gritos ni lágrimas para manifestar su profunda miseria. Estaba bastante tranquila.

El traficante, quien al considerar sus intereses era tan humano como alguno de nuestros políticos, pareció sentirse obligado a administrar un consuelo, como requería el caso.

—Ya sé que al principio se hace muy difícil, Lucy —dijo—, pero tú eres una chica muy lista y muy sensata, y no te dejarás llevar por ese sentimiento. Sabes, es «necesario», ¡y no se puede evitar!

—¡No, amo, no! —dijo la mujer con una voz como de alguien que se está ahogando.

—Tú eres una muchacha lista, Lucy —insistió—. Te voy a buscar algo que esté bien, un buen sitio río abajo, y en seguida encontrarás otro marido… una chica tan guapa como tú…

—¡Ay, amo, es lo único que le pido: si pudiera usted no hablarme ahora! —dijo la mujer con un tono tal de imperiosa y vivísima angustia, que el traficante sintió que había algo en el caso que se le presentaba que superaba su habitual manera de actuar. Se levantó, y la mujer sepultó su cabeza bajo el abrigo.

El traficante iba y venía, y de vez en cuando se detenía delante de ella.

«Se lo toma mal, la verdad —se decía en sus soliloquios—, pero también con mucha calma; dejaré que se le pase, ya se animará poco a poco».

Tom había presenciado toda la transacción desde el principio hasta el fin, y tenía un conocimiento perfecto de sus resultados. A él le parecía algo terriblemente horrible y cruel, porque, ¡pobre ignorante alma de negro!, no había aprendido a generalizar ni a tener una amplia visión de la vida. Si le hubieran instruido algunos ministros muy cristianos, podría haber pensado mejor las cosas y habría visto, en los particulares cotidianos del comercio legal, esta venta como uno de los pilares fundamentales de una institución que uno de nuestros hombres de Dios americanos[9] dice «no tener más inconvenientes que los inevitables de cualquier otra forma de relación en la vida social o familiar». Pero como vemos, Tom, aun siendo un pobre e ignorante cuyas únicas lecturas se reducían al Nuevo Testamento, no conseguía consolarse con reflexiones como esta. Toda su alma fluía fuera de su cuerpo, por lo que consideraba que era la «culpa» de la pobre mercancía, que en su sufrimiento yacía como una caña tronchada junto a las cajas; la mercancía viva, sensible, que se desangraba interiormente, la mercancía que, a pesar de ser inmortal, la ley de la nación americana clasifica fríamente con los paquetes, las balas de algodón y las cajas junto a los que se había tumbado.

Tom se acercó e intentó decirle algo, pero ella solo gemía. Con honradez y con lágrimas que le resbalaban por el rostro, le habló de un corazón henchido de amor en los cielos, de un Jesús lleno de conmiseración y de un hogar eterno, pero los oídos de la mujer habían ensordecido por la angustia y su paralizado corazón no podía sentir.

Llegó la noche, una noche serena, impasible y gloriosa, brillando con sus innumerables y solemnes ojos de ángeles, centelleando, hermosa pero

silenciosa. No había discursos, ni palabras, ninguna voz conmovida o de ayuda que viniera del lejano cielo. Una tras otra, las voces de los negocios o del placer fueron muriendo, todo dormía un profundo sueño en el barco, y se oía cómo las olas rompían mansas contra la proa. Tom se tendió sobre una caja, y allí, echado, escuchaba de vez en cuando un ahogado sollozo o un grito de la postrada criatura que decía: «¡Oh, Dios mío! ¿Qué voy a hacer? ¡Dios mío, ayúdame!», y esto una y otra vez, hasta que el murmullo se fue muriendo, fundido con el silencio.

A media noche Tom se despertó sobresaltado. Algo oscuro había pasado a toda velocidad delante de él hasta la borda del barco, y oyó el ruido de un chapuzón en el agua. Nadie más había oído o visto nada. Levantó su cabeza… ¡el lugar que ocupaba la mujer estaba desierto! Se levantó y miró a su alrededor, pero en vano. El corazón destrozado estaba al fin en paz, y el río se ondulaba, discurría y brillaba con luminosidad como si nada hubiera sucedido.

¡Paciencia, paciencia!, vosotros cuyos corazones se indignan ante injusticias como esta. Ni un latido angustiado ni una lágrima del oprimido serán olvidados por el consuelo de los afligidos, el Dios de la gloria. En su paciente y generoso corazón soporta los sufrimientos del mundo. Sopórtalos tú, como Él, con paciencia, y persiste en el amor, pues tan seguro como que Dios existe, «llegará la hora de los redimidos por Él»[10].

El traficante se despertó de buena mañana, y se acercó para ver sus existencias vivas. Ahora le tocó a él sufrir la perplejidad.

—¿Dónde diablos está la chica? —le preguntó a Tom.

Tom, que había adquirido la sabiduría de guardarse sus consejos, no se sintió dispuesto a exponerle sus observaciones y sospechas, sino que le dijo que no sabía.

—No ha podido bajar en ninguna de las escalas de la noche, porque yo he estado despierto y en la pasarela de salida cada vez que el barco se detenía. Nunca confío estas tareas a otras personas.

Esta parrafada iba dirigida a Tom de manera bastante confidencial, como si se tratara de algo que le hubiera interesado especialmente a él. Tom no le respondió.

El traficante examinó el barco de babor a estribor, entre las cajas, balas y barriles, alrededor de las máquinas, cerca de las chimeneas, pero todo fue en vano.

—Mira, Tom, dime la verdad ahora mismo —dijo cuando, tras una infructuosa búsqueda, llegó hasta donde Tom estaba de pie—. Tú sabes algo sobre esto. No me mientas, sé que lo sabes. He visto a la chica echada aquí a las diez de la noche, y después a las doce, y otra vez entre la una y las dos, y a las cuatro ya no estaba, y tú has estado durmiendo aquí durante todo ese tiempo. Así que algo sabrás, no lo puedes negar.

—Mire, amo —dijo Tom—, al amanecer pasó por delante de mí y me despertó a medias, y poco después oí el ruido de un chapuzón en el agua; me desperté entonces completamente y vi que la chica no estaba. Eso es todo lo que sé.

El traficante no se sorprendió ni se horrorizó, porque, como hemos dicho, estaba acostumbrado a muchas cosas que nos resultan inhabituales. Ni siquiera la terrible presencia de la Muerte le produjo el menor escalofrío.

Se había encontrado con la Muerte muchas veces, la había visto en el transcurso de sus negocios y la conocía bien, y solo la consideraba como a un cliente difícil, que le obstaculizaba sus operaciones de compra y venta de una manera bastante molesta, así que lo único que hizo fue jurar que la chica era una pérdida, que él tenía una endemoniada mala suerte, y que si las cosas se ponían así, terminaría no ganando ni un céntimo en ese viaje. En resumen, se consideraba como un hombre engañado de modo total, pero eso no tenía ya remedio, pues la mujer había huido a un estado que nunca entregará a los fugitivos, ni siquiera a petición de toda la gloriosa Unión de los Estados Americanos[11]. Así que el traficante se sentó, descontento, sacó su pequeño libro de cuentas y apuntó el cuerpo perdido junto con su alma en el capítulo de las pérdidas.

«Es un ser despreciable, claro que sí, este traficante que no tiene sentimientos… ¡Es realmente malvado!».

«¡Oh, pero nadie estima a estos traficantes y todo el mundo los rechaza, no se les admite nunca en ningún círculo decente!».

Pero, señor, ¿quién es el que hace al traficante? ¿Quién merece mayores reproches? ¿El hombre ilustrado, cultivado e inteligente que defiende el sistema del que el traficante es un resultado inevitable o el mismo mísero traficante? Tú haces la ordenanza pública que pide su comercio, comercio que lo degrada y envilece, hasta que ya no siente ninguna vergüenza, ¿y te crees mejor que él?

¿Eres acaso tú educado y él ignorante, tú elevado y él rastrero, tú refinado y él grosero, tú inteligente y él torpe?

Cuando llegue el día del Juicio, todas estas consideraciones serán un descarga para él más que para ti.

Al poner fin a estos relatos sobre pequeños incidentes en el comercio legal, debemos pedirle al mundo que no piense que los legisladores americanos están totalmente desprovistos de humanidad, como quizá se pudiera suponer, por los grandes esfuerzos hechos en nuestro cuerpo nacional para proteger y perpetuar este tipo de tráfico.

¿Quién ignora los esfuerzos que hacen nuestros prohombres, declamando sus discursos en contra del tráfico de esclavos procedentes del extranjero? Son perfectos compañeros de Clarkson y de Wilberforce[12]

quienes se levantan entre nosotros para tratar el tema, y es muy edificante oírlos y mirarlos. Comerciar con negros desde África, queridos lectores, ¡es algo tan horrible! ¡Es impensable! En cambio, comerciar con ellos desde Kentucky, ¡es algo muy diferente!

Capítulo XIII
La colonia cuáquera[1]

Se nos presenta ahora una escena serena. Una amplia y espaciosa cocina muy bien pintada, con su suelo amarillo suave y brillante, sin una mota de polvo, una limpia y renegrida estufa de cocinar, filas de relucientes cacharros de metal, sugerentes e inenarrables cosas buenas para abrir el apetito; lustrosas sillas verdes de madera, viejas y firmes, una pequeña mecedora con respaldo de tela, con un almohadón artesano hecho con pequeños retazos de diferentes tejidos de lana, y otra de mayor tamaño, materna y antigua, cuyos anchos brazos se hacían hospitalarios, hospitalidad que era confirmada por el relleno de plumas: se trataba de un asiento de verdad cómodo, seguro, y valía en la vida de la dicha honrada y hogareña por una docena de los elegantes y aterciopelados sofás de los salones de las casas de los notables. En la mecedora, balanceándose dulcemente de arriba abajo, con los ojos puestos en una delicada labor, estaba sentada nuestra buena y vieja amiga Eliza. Sí, allí se encontraba, más pálida y delgada de lo que estaba en su hogar de Kentucky, con un universo de penas silenciosas extendiéndose bajo la sombra de sus largas pestañas y marcando las comisuras de su hermosa boca. Podía intuirse lo fuerte y firme que se había hecho su corazón de niña bajo una gran desgracia, y cuando de vez en cuando levantaba sus ojos de la labor para seguir las piruetas de su Harry, que se divertía, como si fuera una mariposa tropical, aquí y allá sobre el suelo, mostraba una profundidad en su mirada y una resolución juiciosa que no habían existido en ella en días anteriores y más felices.

A su lado se sentaba una mujer con una cacerola de hojalata reluciente sobre su regazo, en la cual iba disponiendo cuidadosamente algunos melocotones secos. Debía de tener cincuenta y cinco o sesenta años, pero su

cara era una de las que el tiempo solo parece tocar para mejorarlas. El crespón de gasa blanco como la nieve típico de los cuáqueros, el sencillo lazo de muselina blanca, cayendo en plácidos pliegues sobre su pecho, el chal gris, así como su vestido, mostraban a primera vista a qué comunidad pertenecía. Su cara era redonda y rosada, con una saludable pelusilla suave que recordaba la de un melocotón maduro. Su cabello, parcialmente plateado por el paso de los años, iba peinado hacia atrás partiendo desde una frente plácida en la que el tiempo solo había grabado mensajes de paz en la tierra y de buena voluntad para los hombres; en su rostro brillaban unos ojos marrones de mirada clara y honesta. Bastaba con mirarlos para sentir que se había visto el fondo del mejor corazón que nunca latió en pecho de mujer. Tanto se ha dicho y se ha cantado de la belleza de las muchachas, ¿por qué nadie se ha inspirado en la belleza de las mujeres de edad? Si alguno necesita un modelo para cubrir esta rúbrica, le señalaremos a nuestra buena amiga Rachel Halliday, tal y como se encuentra ahora sentada en su pequeña mecedora. Produce Rachel un ruido en sus idas y venidas, ya sea por haberse resfriado en los primeros años, ya sea por alguna enfermedad asmática o quizá por una afección nerviosa, y mientras se mecía de arriba abajo, la mecedora hacía unos crujidos que habrían resultado intolerables en cualquier otro lugar. Pero el viejo Simeon Halliday declaraba con frecuencia que para él era mejor que cualquier otro tipo de música, y los hijos pensaban todos que no les gustaría perderse el ruido de la silla de su madre por nada del mundo. ¿Por qué? Durante veinte o más años, solo palabras amorosas, consejos suaves y atenciones maternales y cariñosas habían salido de ese asiento; dolores de cabeza y penas sin fin del corazón habían sido allí curados, dificultades espirituales o temporales se habían resuelto, todo gracias a esa buena y cariñosa mujer, ¡que Dios la bendiga!

—¿Así que sigues pensando en irte a Canadá, Eliza? —dijo mientras vigilaba serenamente sus melocotones.

—Sí, señora —respondió Eliza con firmeza—. Tengo que ir hacia allá. No me atrevo a quedarme en este Estado.

—¿Y qué harás cuando llegues allí? Tienes que pensar en ello, hija mía.

«Hija mía» le venía naturalmente a los labios a Rachel Halliday, ya que ella misma era el rostro y la persona que hacía que «madre» resultara la palabra más natural del mundo.

Las manos de Eliza temblaban, y cayeron algunas lágrimas sobre su delicada labor, pero respondió con firmeza:

—Haré cualquier cosa que pueda encontrar, y espero poder encontrar algo.

—Sabes que te puedes quedar aquí todo el tiempo que quieras —le dijo Rachel.

—¡Oh, muchas gracias! —dijo Eliza—. Pero no puedo dormir por la noche —y señaló a Harry—, no puedo descansar. La noche pasada soñé que veía a ese hombre en el patio —dijo temblando.

—¡Pobrecilla! —dijo Rachel, enjugándose los ojos—. Pero no tienes que sentir esas cosas. Dios ha mandado que nunca sea arrebatado de nuestro pueblo ningún fugitivo que haya venido a refugiarse. ¡Confío en que tú no seas la primera!

La puerta se abrió entonces, y una mujer baja, redonda y regordeta apareció en el umbral, con una cara rosada y espléndida como una manzana madura. Iba vestida como Rachel, en sobrio color gris, con la muselina dispuesta con cuidado sobre su pechera redonda y rolliza.

—¡Ruth Stedman! —dijo Rachel, avanzando hacia ella llena de alegría —. ¿Cómo estás, Ruth? —le preguntó, tomándole las dos manos con cordialidad.

—Estoy muy bien —dijo Ruth, quitándose su pequeño gorrito de color gris y limpiándolo con su pañuelo; al hacerlo, se pudo ver una cabeza menuda y redonda, sobre la cual el tocado cuáquero producía un cierto aire de fantasía, a pesar de los movimientos de sus manitas regordetas, que se afanaban por arreglarlo. Algunos mechones de cabello decididamente rizado se habían escapado aquí y allá, y debían ser recogidos y obligados a volver a su lugar; la recién llegada, que debía de tener unos veinticinco años, se alejó del pequeño espejo ante el cual había llevado a cabo todos estos arreglos, bastante complacida por su imagen, como lo hubiera estado cualquiera que la hubiera visto, porque de verdad era una mujer íntegra, de

gran corazón y alegre, y capaz de hacer feliz con sus virtudes a cualquier hombre.

—Ruth, esta amiga es Eliza Harris, y este es el niñito del que te hablé.

—Encantada de conocerte, Eliza… —dijo Ruth, apretándole las manos como si Eliza fuese un viejo amigo al que hubiera estado esperando desde hacía mucho tiempo—; y este es tu querido niño… he traído un bizcocho para él —dijo sacando de su bolsillo un pequeño corazón y dándoselo al niño, quien se acercó mirándola a través de sus rizos y aceptándolo con timidez.

—¿Dónde está tu bebé, Ruth? —preguntó Rachel.

—¡Oh, ahora viene! Tu Mary le ha echado mano por el camino y se ha ido con él corriendo al granero, para enseñárselo a los niños.

En ese momento se abrió la puerta y Mary, una muchacha de apariencia honesta y rosada con grandes ojos castaños como los de su madre, entró con el bebé.

—¡Ajá! —dijo Rachel, acercándose y tomando al bebé, gordo, grande y blanco en sus brazos—. Qué buen aspecto tiene, ¡y cómo crece!

—Desde luego que sí lo hace —dijo la pequeña y rozagante Ruth, mientras tomaba al niño y empezaba a quitarle una caperucita de seda azul y varias ropas que vestía para protegerle del frío exterior; dando una vuelta por allí, un tironcito por allá y, una vez que le hubo dejado cómodo, lo abrazó de todo corazón y lo dejó en el suelo para que ordenara sus pensamientos infantiles.

El bebé parecía acostumbrado a este tipo de proceder, ya que se puso el pulgar en la boca (como si fuera algo excepcional, por supuesto) y aparentó quedar absorto muy pronto en sus reflexiones, mientras su madre se sentaba y sacaba una labor de calceta de colores azul y blanco, poniéndose inmediatamente con ella.

—Mary, sería mejor llenar la pava de agua, ¿no crees? —sugirió amablemente la madre[2].

Mary llevó la pava al pozo y pronto estuvo de vuelta y la colocó sobre la estufa, donde poco después se puso a bullir y a humear, como expresión de hospitalidad y de amistad. Y algunos melocotones, un poco más tarde,

siguiendo las indicaciones de unos susurros de Rachel, fueron depositados por la misma mano en una cacerola sobre el fuego.

Rachel entonces tomó una blanquísima tabla de amasar y, atándose un delantal, procedió a preparar unas galletas, diciéndole primero a Mary:

—¿No crees que sería mejor decirle a John que prepare un pollo?

Y Mary desapareció para hacer el encargo.

—¿Y cómo está Abigail Peters? —preguntó Rachel, mientras continuaba con sus galletas.

—¡Oh, está mejor! —dijo Ruth—. Pasé por su casa esta mañana y le hice la cama y un poco de limpieza. Leah Hills vino esta tarde y le ha cocido pan y tortas suficientes para que le duren varios días, y yo tengo previsto volver para levantarla esta noche.

—Yo iré mañana, y limpiaré algo, quizá, y veré si hay algo que zurcir —dijo Rachel.

—¡Ah, eso estará muy bien! —dijo Ruth—. He oído —añadió— que Hannah Stanwood está enferma. John estuvo allí la noche pasada. Yo tengo que ir allí mañana.

—John puede venir a comer aquí, si necesitas quedarte todo el día —sugirió Rachel.

—Gracias, Rachel; ya veremos mañana, pero aquí viene Simeon.

Simeon Halliday, un hombre alto, derecho y musculoso vestido con abrigo y pantalones grises, y con un sombrero de ala ancha, entró entonces.

—¿Cómo estás, Ruth? —dijo calurosamente mientras apretaba su ancha palma abierta contra la pequeña y gordita de ella—. ¿Y cómo está John?

—¡Oh, John está bien y también los demás! —dijo Ruth con alegría.

—¿Hay noticias, padre? —dijo Rachel, mientras ponía las galletas en el horno.

—Peter Stebbins me dijo que llegaría esta noche, con amigos —dijo Simeon significativamente mientras se lavaba las manos en una impecable pila del porche trasero.

—¡De verdad! —dijo Rachel, pensativa y lanzando una mirada a Eliza.

—¿No dijiste que tu nombre era Harris? —preguntó Simeon a Eliza cuando volvió a entrar.

Rachel miró rápidamente a su marido, mientras Eliza respondía «sí» con voz trémula; sus temores, cada vez mayores, le hacían pensar que tal vez hubieran puesto anuncios de recompensa.

—¡Madre! —dijo Simeon, saliendo de nuevo al porche y llamando a Rachel.

—¿Qué es lo que quieres, padre? —dijo Rachel, limpiándose las manos enharinadas, al tiempo que salía.

—El marido de esta chica se encuentra en la colonia y vendrá aquí esta noche —dijo Simeon.

—¿Seguro que no bromeas, padre? —dijo Rachel con su rostro radiante de alegría.

—Es la pura verdad. Peter fue ayer con su coche al otro puesto, y allí encontró a dos hombres y a una vieja mujer, y uno dijo que se llamaba George Harris, y por la historia que ha contado, estoy seguro de que se trata de él. Es un tipo brillante, muy guapo.

—¿Se lo decimos ahora? —dijo Simeon.

—Deja que se lo diga Ruth —dijo Rachel—. Ruth, ven aquí.

Ruth abandonó su labor de calceta, y un momento después estaba en el porche.

—Ruth, a ver qué te parece —dijo Rachel—. Padre dice que el marido de Eliza está en último puesto y que vendrá aquí esta noche.

Un estallido de alegría de la pequeña cuáquera interrumpió el discurso. Dio un salto tan grande, mientras aplaudía con sus manos, que dos rizos rebeldes se le escaparon de la cofia y quedaron reluciendo sobre su blanca pechera.

—¡Cállate, hija! —dijo Rachel—. Silencio, Ruth. Dinos, ¿se lo decimos ahora?

—Pues claro que sí, en seguida. Mira, se me ocurre pensar que si fuera mi John, ¿cómo me sentiría? ¡Hay que ir a decírselo ahora mismo!

—Te usas a ti misma solo para aprender a amar a tu prójimo, Ruth —dijo Simeon, mirando con cara de arrobamiento a Ruth.

—Desde luego. ¿No estamos hechos para eso? Si yo no quisiera a John y al niño, no podría tener sentimientos hacia ella. Anda, ven, díselo, díselo

—y puso sus manos de modo persuasivo en el brazo de Rachel—. Llévala a tu habitación y déjame que fría yo el pollo mientras se lo dices.

Rachel salió de la cocina, donde Eliza estaba cosiendo, y abriendo la puerta de un pequeño dormitorio, le dijo amablemente:

—Ven conmigo un momento aquí, hija mía, tengo que darte algunas noticias.

A Eliza se le iba y se le venía el color de su pálida cara; se levantó temblando de nerviosa ansiedad y miró hacia su niño.

—No, no —dijo la pequeña Ruth, precipitándose y tomándola de las manos—. No tengas ningún miedo, Eliza, son buenas noticias. Pasa, pasa.

Y la empujaba suavemente hacia la puerta, que cerró tras de ella, y después, dando una vuelta, tomó al pequeño Harry en sus brazos y empezó a darle besos.

—¡Vas a ver a tu padre, chiquitín! ¿Te enteras? Tu padre va a venir —decía una y otra vez, mientras el niño la miraba maravillado.

Entre tanto, cerca de la puerta, tenía lugar otra escena. Rachel Holliday hizo que Eliza se aproximara a ella y le dijo:

—Dios se ha apiadado de ti, hija; tu marido se ha escapado de la esclavitud.

La sangre se agolpó en las mejillas de Eliza con un brillo repentino, y después volvió a su corazón con igual prisa. Se sentó, palideció y se desmayó.

—Ten valor, hija —dijo Rachel, poniéndole su mano en la cabeza—. Está entre amigos, que le traerán esta noche a casa.

—¡Esta noche! —repetía Eliza—. ¡Esta noche!

Las palabras habían perdido todo significado para ella, su cabeza se encontraba confusa y soñadora, todo se le nubló por un momento.

Cuando se despertó se encontró abrigada y arropada en la cama, con una manta por encima y la pequeña Ruth frotándole las manos con alcanfor. Abrió los ojos en un estado de lánguida ensoñación, como quien ha estado soportando una pesada carga y de pronto repara en que ha desaparecido y puede descansar. La tensión nerviosa que no había cesado desde la primera

hora de su huida se había esfumado y un extraño sentimiento de seguridad y reposo se produjo en ella; y mientras yacía con sus grandes y oscuros ojos abiertos, seguía como en un sueño tranquilo las evoluciones de los que la rodeaban. Vio la puerta abierta en la otra habitación, vio la mesa de la cena con su mantel blanquísimo, oyó el soñador murmullo del agua que hervía para el té, vio a Ruth que iba y venía con fuentes de pastelitos y tarros de conservas, y que de vez en cuando le daba a Harry un pastelillo o le acariciaba la cabeza, o que enrollaba sus largos rizos alrededor de sus níveos dedos. Vio la amplia y maternal figura de Rachel, que venía de tanto en tanto a su lado, y le mullía o le arreglaba algo de la ropa de la cama, y daba un golpe aquí o allá, para expresarle su buena voluntad; y era consciente de que una especie de rayo de sol salía de sus grandes y hermosos ojos castaños para posarse sobre ella. Vio entrar al marido de Ruth, vio cómo ella se precipitaba sobre él y cómo le susurraba algo con gran interés, una y otra vez, gesticulando mucho, señalando con su pequeño dedito hacia la habitación. La vio con el bebé en sus brazos, sentada para tomar el té, los vio a todos en la mesa y al pequeño Harry en una silla alta, bajo la protección de Rachel; entonces se produjeron unos tenues murmullos de conversaciones, ruido de cucharillas y musicales sonidos de tazas y tarros, todo ello mezclado en un delicioso sueño de descanso, y Eliza durmió como no había dormido antes, desde la espantosa hora de la medianoche en que había tomado a su hijo y huido bajo la helada luz de las estrellas.

Soñó con un país muy hermoso, con una tierra que le parecía de descanso, con verdes riberas, islas agradables y unas fabulosas aguas rutilantes; y allí, en una casa que unas voces amables le decían ser un hogar, vio a su niño jugando, libre y feliz. Oyó los pasos de su marido, sintió que se acercaba, que sus brazos la rodeaban y que sus lágrimas le caían sobre el rostro, ¡y se despertó! No era un sueño. Hacía tiempo que la luz del día se había marchado, su hijo dormía tranquilo echado a su lado, una vela se consumía lentamente sobre la mesita y su marido estaba sollozando sobre la almohada.

La mañana siguiente fue muy alegre en el hogar de los cuáqueros. La «madre» estaba en pie desde muy temprano rodeada por atareados chicos y chicas a los que no tuvimos tiempo de presentar a nuestros lectores ayer, y que seguían obedientes las indicaciones de Rachel, acompañadas del amable «o sería mejor» o del todavía más amable «no harías mejor si», para la preparación del desayuno; porque los desayunos en los valles lujuriantes de Indiana son algo complicado y multiforme y, al igual que la tarea de coger pétalos de rosa y arreglar los arbustos en el Paraíso, piden más manos que las de la madre natural. Mientras tanto, John corría a la fuente para traer agua fresca y Simeon hijo preparaba los ingredientes para el pastel de maíz; Mary molía el café, Rachel iba por todas partes y con gran tranquilidad, haciendo galletas, cortando el pollo e irradiando una especie de halo solar sobre los que allí estaban. Si hubiera habido algún riesgo de fricción o choque entre los muchos y activos jóvenes celosos en su trabajo, sus amables «venga, venga» o «yo no haría eso ahora» hubieran bastado para allanar cualquier dificultad. Los bardos han escrito que el cinturón de Venus puso la cabeza del revés a varias generaciones en todo el mundo. Por nuestra parte, nosotros preferiríamos tener el cinto de Rachel Halliday, que impedía que las cabezas se volvieran del revés y que hacía que todo se desarrollase armoniosamente. Pensamos que estará más de acuerdo con los tiempos modernos, sin lugar a dudas[3].

Mientras proseguían los demás preparativos, Simeon, el hijo mayor, en mangas de camisa ante un pequeño espejo de un rincón, comenzó la antipatriarcal tarea de afeitarse. Todo se desarrollaba con tanta urbanidad, tanta serenidad y tanta armonía en la gran cocina, parecía serle tan agradable a todo el mundo hacer lo que estaba haciendo, había una atmósfera tal de confianza mutua y de buena compañía por todas partes (incluso los cuchillos y los tenedores tenían un sonido amistoso cuando llegaban a la mesa, y el pollo y el jamón producían un alegre y divertido chirrido en la sartén, como si disfrutaran más siendo cocinados que de otro modo), que cuando George, Eliza y el pequeño Harry salieron, se encontraron con tan calurosa y cariñosa acogida que no es extraño que les pareciese que se trataba de un sueño.

Por último, se sentaron todos a desayunar, mientras Mary se quedaba junto a la estufa haciendo tortitas en la plancha que, según iban adquiriendo el auténtico y exacto color pardo-dorado perfecto, pasaban rápidamente a la mesa.

Rachel nunca pareció tan sincera y bondadosamente alegre como aquella mañana presidiendo su mesa. Había tantos sentimientos maternos y de bondad hasta en el modo con que pasaba una fuente de pastelillos o con que servía una taza de té, que parecía poner su alma en la comida y la bebida que ofrecía.

Era la primera vez que George se había sentado como invitado en términos de igualdad a la mesa de un blanco, y al principio lo hizo con alguna incomodidad y torpeza, pero estas pronto se esfumaron como la niebla en las mañanas llenas del genio que irradia sencillas y abundantes amabilidades.

Ese lugar, desde luego, era un hogar… hogar…, una palabra de la que George no había conocido nunca el significado, y una fe en Dios y una confianza en su providencia empezaron a rodear su corazón, mientras que, con la dorada nube de la protección y la confianza, las dudas siniestras, desconfiadas o ateas, junto con la feroz desesperación, se fundían ante la luz de un Evangelio vivo, respirado por caras vivas, predicado por miles de actos de amor y buena voluntad inconscientes, que como el vaso de agua fría dado en nombre de un discípulo nunca pierden su premio.

—Padre, ¿qué sucederá si descubren otra vez lo que hacemos? —preguntó Simeon hijo, mientras untaba de mantequilla su pastelillo.

—Tendré que pagar una multa —dijo Simeon padre, con tranquilidad.

—¿Y si te llevan a la cárcel?

—¿Es que no podríais tú y tu madre llevar solos la granja? —respondió el padre sonriendo.

—Madre puede hacer casi todo —dijo el niño—. Pero ¿no es una vergüenza hacer leyes así?

—No debes hablar mal de los que hacen las leyes, Simeon —dijo su padre con seriedad—. Dios solo nos da bienes terrenales para que podamos hacer justicia y caridad con ellos; si nuestros dirigentes exigen de nosotros un precio por eso, tenemos que pagarlo.

—Bueno, ¡pues yo odio a los traficantes de esclavos! —dijo el chico, quien se sentía tan poco cristiano como se están volviendo los protestantes contemporáneos.

—Me sorprendes, hijo —dijo Simeon—, tu madre nunca te ha enseñado eso. Yo haría lo mismo por el esclavo que por su dueño, si Dios le trajera afligido hasta mi casa.

Simeon hijo se puso de color escarlata, pero su madre sonrió y dijo:

—Simeon es buen chico, ya crecerá y se hará, poco a poco, como su padre.

—Espero, mi buen señor, que no estará usted exponiéndose a ninguna dificultad por cuenta nuestra —dijo George con ansiedad.

—No temas nada, George, porque para eso estamos en el mundo. Si no encontramos dificultades por una buena causa, no seríamos dignos de llevar nuestro nombre.

—Pero por mí —dijo George— no puedo admitirlo.

—No temas, amigo George, no es por ti, sino por Dios y por los hombres por lo que lo hacemos —dijo Simeon—. Y ahora tienes que descansar por el día, ya la noche, sobre las diez en punto, Phineas Fletcher te llevará hasta el siguiente puesto, a ti y al resto de la compañía. Los perseguidores están cerca y son duros, no tenemos que retrasarnos.

—Si las cosas están así, ¿por qué esperar hasta la noche? —preguntó George.

—Aquí estás seguro por el día, porque todos en la colonia son amigos y están sobre aviso. Se ha comprobado que es más fácil viajar por la noche.

Capítulo XIV
Evangeline

Una nueva estrella brilla
sobre la vida, una imagen demasiado dulce para tal espejo.
Un ser adorable, apenas formado o moldeado;
Una rosa con sus más tiernos pétalos todavía cerrados.[1]

¡El Misisipí! Cuánto han cambiado estos lugares, como por arte de magia, desde que Chateaubriand los describiera en su prosa poética como un río de poderosa e ininterrumpida soledad, que corre entre maravillas nunca soñadas del mundo animal y vegetal.

Pero en un momento, este río de sueños y de salvaje aventura se presenta en una realidad que es menos imaginativa y espléndida. ¿Qué otro río del mundo lleva en su seno hasta el océano la riqueza y los esfuerzos de un país semejante? ¡Un país cuyos productos abarcan todo, desde el polo a los trópicos! Esas aguas turbulentas se apresuran, espumean, discurren como una apropiada imagen de la larga serie de negocios que tienen lugar sobre su curso bajo el control de la raza más vehemente y enérgica que nunca antes se viera en el viejo mundo. ¡Ah! ¡Si fuera posible que no llevaran también río abajo una carga mucho más espantosa, las lágrimas de los oprimidos, los suspiros de los desvalidos, las amargas plegarias de los pobres e ignorantes corazones dirigidas a un Dios desconocido, sí, desconocido, nunca visto y silencioso, pero que se manifestará para salvar a los pobres de la tierra!

Los rayos oblicuos del sol poniente tiemblan en la gran extensión del río; los cañaverales agitándose y los altos y oscuros cipreses, adornados con fúnebres guirnaldas de oscuro musgo, se iluminan con los dorados rayos, mientras el barco de vapor con su pesada carga continúa adelante.

Cargado con balas de algodón que provienen de muchas plantaciones, apiladas en las cubiertas o en las bodegas, y a uno y otro lado, el barco llega a parecer un macizo bloque gris mientras avanza lentamente rumbo al mercado más cercano. Tenemos que mirar un rato entre sus recargadas cubiertas antes de poder encontrar otra vez a nuestro humilde amigo Tom. Lo encontramos por fin en lo más alto de la cubierta de arriba, en un pequeño círculo entre las omnipresentes balas de algodón.

En parte por la confianza que le habían inspirado las referencias del señor Shelby y en parte por el carácter marcadamente inofensivo y pacífico que mostraba, Tom se había ido ganando la confianza incluso de un hombre de la calaña de Haley.

Al principio lo seguía estrechamente con la mirada durante el día, y nunca lo dejaba dormir por la noche sin sus grilletes, pero la sufrida paciencia y la aparente conformidad de la conducta de Tom lo llevaron a suprimir gradualmente estas medidas, y durante algún tiempo Tom había disfrutado cierta libertad bajo su palabra de honor, que le permitía ir y venir en el barco a sus anchas por donde quisiera.

Siempre apacible y atento, y más que dispuesto a echar una mano en cualquier emergencia que se produjese entre los trabajadores de abajo, se había ganado una buena reputación entre los obreros, y pasaba muchas horas ayudándoles con la misma buena voluntad que siempre había mostrado en la granja de Kentucky.

Cuando le parecía que no quedaba trabajo para él, se subía a un rincón entre las balas de algodón de la cubierta superior y se afanaba en estudiar su Biblia, y es allí donde lo encontramos ahora.

Durante unas cien millas más arriba de Nueva Orleans, el río se encuentra por encima del paisaje que lo rodea, y su enorme volumen de agua discurre entre diques macizos de veinte pies de altura. El viajero, desde la cubierta del vapor, como desde las almenas de un castillo flotante, domina todo el campo en muchas millas a la redonda. Tom, pues, había tenido ante sí, al recorrer plantación tras plantación, un mapa preciso de la vida que le esperaba.

Vio en la distancia a los esclavos ocupados en sus tareas, vio a lo lejos sus poblados de chozas con lucecitas alineadas en largas filas en numerosas

plantaciones, lejos de las casas señoriales y de los terrenos de recreo para el amo. Contempló un cuadro viviente, y a medida que este iba pasando, su pobre y alocado corazón deseaba aún más volver a la granja de Kentucky, a la sombra de sus frondosas hayas, a la casa del amo con sus amplias y frescas salas, y cerca de allí, a su cabaña cubierta por el rosal trepador y la güira. Allí le pareció ver los familiares rasgos de los compañeros que se habían criado con él desde su infancia, vio a su mujer muy ocupada con los preparativos de la cena, oyó las alegres risas de sus hijos que jugaban y percibió la animación de su hijita en el suelo; y después, en un instante, todo se desvaneció, y descubrió de nuevo ante él los cañaverales, los cipreses y las extensas plantaciones y oyó de nuevo el rugido y el gruñido de la maquinaria, diciéndole demasiado llanamente que aquella etapa de su vida había desaparecido para siempre.

En tales casos, uno escribe a su mujer y manda recuerdos para los niños, pero Tom no podía escribir, para él el correo no existía, y el golfo de la separación no podía ser atravesado siquiera por el puente de una señal o de una palabra amistosa.

¿Es, pues, de extrañar que algunas lágrimas caigan en las páginas de su Biblia mientras descansa sobre su bala de algodón y, con dedo perseverante, dirigiendo su lento avance de una a otra palabra, va descubriendo sus promesas? Tom, que había aprendido a leer tarde en la vida, era un lector bastante lento y pasaba con dificultad de un versículo a otro. Tenía la suerte de que el libro en el que estaba enfrascado era uno al que la lectura lenta no podía perjudicar, sino que cada palabra, como un lingote de oro, tenía que ser sopesada por separado para que el espíritu pudiera asimilar su inapreciable valor. Sigámosle un momento, mientras señala y pronuncia en voz baja cada palabra, leyendo: «No… dejes… que… se… turbe… tu… corazón. En… la… casa… de… mi… padre… hay… muchas… moradas… Voy… a… preparar… un… lugar… para… ti»[2].

Cicerón, cuando enterró a su querida y única hija[3], tenía su corazón tan lleno de profundo dolor como lo tenía Tom, quizá no más lleno, ya que los dos eran solamente hombres, pero Cicerón no pudo pensar en esas sublimes palabras de esperanza, y no confiaba en un reencuentro en el mundo futuro; pero si las hubiera visto, se podría apostar diez contra uno a que tampoco

hubiera creído en ellas, se habría llenado la cabeza con miles de preguntas sobre la autenticidad del manuscrito y la corrección de su traducción. Pero, para el pobre Tom, allí estaba justo lo que él necesitaba, tan verdadero y divino por cierto, que la posibilidad de una duda nunca se produjo en su sencilla cabeza. Tenía que ser verdad; porque si no lo era, ¿cómo podría sobrevivir?

En cuanto a la Biblia de Tom, aunque no tuviera anotaciones y ayudas al margen hechas por eruditos comentadores, había sido embellecida sin embargo con algunas señales y guías de la invención de Tom, que le ayudaban a él más de lo que las más doctas glosas podrían haberlo hecho. Antes tenía la costumbre de que le leyeran la Biblia los hijos de su amo, en particular el joven amito George; y mientras se la leían, había señalado con toscos trazos y puntos, con tinta y pluma, los pasajes que más gratos habían sido a sus oídos o que más habían conmovido su corazón. Su Biblia estaba, pues, toda ella cubierta de marcas, del principio al fin, con gran variedad de estilos y nombres; por lo que podía encontrar en un momento sus pasajes preferidos, sin tomarse el trabajo de deletrear lo que se encontraba entre ellos y, mientras lo tenía delante, cada pasaje le recordaba alguna antigua escena familiar y le traía a la memoria las dichas pasadas, por lo que su Biblia le parecía ser todo lo que le quedaba de su vida anterior, así como la promesa de una vida futura.

Entre los pasajeros del barco se encontraba un joven caballero rico y de buena familia que vivía en Nueva Orleans y que se llamaba St. Clare. Llevaba con él a su hija de unos cinco o seis años de edad, junto con una dama que parecía relacionada con ambos y que se ocupaba especialmente de la pequeña.

Tom había reparado a menudo en la niña, ya que era una de esas criaturas activas y juguetonas que no pueden quedarse confinadas en un mismo lugar, como no pueden hacerlo los rayos del sol o la brisa de verano, y porque una vez que se la veía, era difícil olvidarla.

Su aspecto alcanzaba la perfección de la belleza infantil, sin las habituales formas rechonchas y bastas. Se movía con una gracia ondulante y etérea, como la que se puede soñar de algún ser mitológico o alegórico. Su cara era mucho menos notable por la perfección de sus rasgos que por la

intensidad de su singular y soñadora expresión, que le daba un encanto ideal cuando se la contemplaba, y tanto el más ignorante como el más educado se sentían igualmente impresionados por ella sin saber por qué. La forma de su cabeza y el torneado de su cuello y talle eran particularmente nobles, y sus largos cabellos de un tono castaño dorado flotaban como una nube alrededor de ella; la profunda espiritualidad de sus ojos de color azul violeta, sombreados por unas pestañas pardas, todo en una palabra, la diferenciaba de los demás niños y hacía que todas las personas se volvieran para verla cuando iba de un lado para otro por el barco. La niña no era en absoluto lo que se podría decir triste o seria. Al contrario, una sutil e inocente alegría parecía ir y venir, como la sombra de las hojas de verano, sobre su rostro y alrededor de su bulliciosa presencia. Estaba siempre en constante actividad, siempre con una delicada sonrisa en los labios, revoloteando de un lado para otro, con el paso ondulante de una nube, cantando para sí mientras se movía como en un sueño feliz. Su padre y la mujer que la cuidaba intentaban continuamente ir detrás de ella, pero cuando la tenían, se disipaba otra vez como una niebla de verano, y como nunca le dirigían palabras de reprimenda hiciera lo que hiciera, ella continuaba sus paseos por todo el barco. Iba siempre vestida de blanco y parecía moverse como una sombra por todos los lugares posibles, sin mancharse ni rozarse; y no había esquina o rincón, arriba o abajo, a los que sus pasos de hada no hubieran llegado, y donde su cabeza dorada, con sus ojos de un azul intenso, no hubiera hecho una aparición.

El fogonero, cuando levantaba los ojos de la tarea que le hacía sudar, encontraba algunas veces esa mirada que observaba pensativa las profundidades rabiosas de la caldera, temiendo por él y compadeciéndole, pues pensaba que se encontraba en algún grave peligro. Otra vez era el piloto que llevaba el timón quien tomaba un respiro y sonreía cuando la cabeza cuya imagen hemos descrito aparecía por la ventana de su cabina y desaparecía un instante después. Miles de veces al día roncas voces la bendecían y sonrisas de una suavidad inesperada se dibujan a su paso en rostros duros; y cuando atravesaba sin miedo los lugares, manos bastas y encallecidas se aplicaban sin pensarlo para allanarle el camino.

Tom, que tenía la dulce e impresionable naturaleza de su amable raza, siempre atraída hacia lo más sencillo e infantil[4], miraba a la cría con un interés que aumentaba día a día. Le parecía casi divina, y cada vez que su cabeza dorada asomaba y sus profundos ojos azules lo escrutaban desde detrás de alguna oscura bala de algodón, o lo miraban por encima de una pila de paquetes, él tenía la impresión de que casi había visto a un ángel, escapado de su Nuevo Testamento.

Una y otra vez, ella paseaba tristemente por el lugar donde estaba la cuadrilla de hombres y mujeres de Haley, sentados y cargados de cadenas. Se deslizaba entre ellos y los miraba con una expresión de perplejidad y lástima intensa; a veces intentaba levantar sus cadenas con sus delgadas manos y suspiraba entristecida cuando los dejaba. En múltiples ocasiones, aparecía repentinamente entre ellos con los manos llenas de dulces, nueces y naranjas que distribuía alegremente entre ellos, y se volvía a marchar.

Tom observaba a la damita desde hacía tiempo, si bien no había hecho ningún movimiento de acercamiento hacia ella. Conocía un sinfín de gestos sencillos que invitaban a acercarse a la gente menuda, y se decidió a ponerlos en práctica con bastante éxito. Podía hacer cestitos con huesos de cereza, podía tallar caras grotescas en las nueces y extrañas figuras saltarinas en la madera de saúco, y era un auténtico Pan[5] en la elaboración de silbatos de todos los tamaños y formas. Sus bolsillos estaban repletos de variados juguetes que había fabricado en días pasados para los hijos de su amo y que ahora iba sacando con encomiable prudencia, uno a uno, como medio para conocer a la niña y hacerse amigo suyo.

La pequeña era tímida, y como todas las cosas le inspiraban mucho interés, no era fácil llamar su atención. Cuando menos lo esperaba, se encaramaba como un canario en alguna caja o paquete cerca de Tom, mientras él llevaba a cabo alguna de las tareas antes enumeradas, y la niña recibía, algo vergonzosa y seria, los pequeños juguetes que él le regalaba. Al fin, los dos llegaron a tratarse con mayor confianza.

—¿Cómo se llama la señorita? —preguntó Tom un día cuando pensó que los asuntos estaban maduros para poder hacer ya tales preguntas.

—Evangeline St. Clare —dijo la pequeña—, aunque papá y todo el mundo me llama Eva[6]. Y tú, ¿cómo te llamas?

—Me llamo Tom; los niños solían llamarme Tío Tom, allá abajo en Kentucky.

—Pues entonces te llamaré Tío Tom, porque, ya lo ves, me gustas mucho —dijo Eva—. Entonces, Tío Tom, ¿adónde vas?

—No lo sé, señorita Eva.

—¿No lo sabes? —dijo Eva.

—No, me van a vender a alguien. Y no sé a quién.

—Mi papá puede comprarte —dijo Eva, inmediatamente—, y si te compra lo pasarás bien. Se lo voy a pedir hoy mismo.

—Muchas gracias, damita mía —dijo Tom.

El barco se detuvo en aquel momento en un muelle de poca importancia para cargar madera, y Eva, al oír la voz de su padre, se alejó de un brinco con agilidad. Tom se levantó y se acercó para ofrecer su ayuda, y en seguida se encontró junto a los obreros.

Eva y su padre permanecían de pie, la una al lado del otro, asomados a la borda para ver cómo salía el barco del pequeño puerto; la rueda había dado una o dos vueltas en el agua, cuando, por algún repentino movimiento, la pequeña perdió súbitamente el equilibrio y cayó al agua en picado por la borda. Su padre, sin saber muy bien qué hacer, se disponía a tirarse al agua tras ella, pero fue detenido por alguien que estaba detrás de él y que había visto que la niña ya había recibido una ayuda más eficaz.

Tom estaba en pie justo debajo de ella sobre la cubierta inferior cuando la niña caía. La vio cómo chocaba contra el agua y se hundía y fue tras ella al momento. Con su ancho pecho y sus fuertes brazos, no le resultó difícil mantenerse a flote en el agua, hasta que, un momento después, la niña subió a la superficie y él la tomó en sus brazos, nadando con ella hacia el costado del barco, tendiéndola, empapada y chorreando, a los cientos de manos que, como si fueran un solo hombre, se disponían a recibirla con ansiedad.

Algunos instantes más tarde, su padre la tomó en brazos, goteando y sin sentido, y la llevó al tocador de las damas, donde, como es habitual en estos casos, tuvo lugar una bien intencionada y bondadosa lucha entre las mujeres que allí había para demostrar quién haría más para alborotarlo todo y para evitar que la niña volviera en sí.

El día siguiente fue pesado y bochornoso y el vapor llegó cerca de Nueva Orleans. Un movimiento general de expectación y preparativos se extendió por todo el barco; en los camarotes unos y otros reunían sus cosas, las arreglaban y se preparaban para bajar a tierra. Los camareros y las doncellas, y todos los demás, estaban muy ocupados en limpiar, frotar y embellecer el espléndido barco para su entrada triunfal.

Nuestro amigo Tom estaba sentado en la cubierta inferior, con los brazos cruzados, y volvía de vez en cuando la mirada con ansiedad hacia un grupo que se encontraba en la otra punta del barco.

Allí estaba la hermosa Evangeline, un poco más pálida que la víspera, pero sin mostrar señal alguna del accidente que le había sucedido. Un hombre joven, airoso y de porte elegante, estaba a su lado, apoyando despreocupadamente el codo contra una bala de algodón, mientras que una ancha cartera permanecía abierta delante de él. Era evidente, a primera vista, que aquel caballero era el padre de Eva. Tenía el mismo noble tipo de cabeza, los mismos grandes ojos azules, el mismo cabello de un color castaño dorado, aunque su expresión era totalmente distinta. En los grandes y claros ojos azules, aunque tuvieran la misma forma y el mismo color, no había esa celeste y soñadora profundidad de la mirada de la niña; todo en él era claro, simple y brillante, pero con una luz de este mundo: el bonito corte de su boca tenía una expresión orgullosa y algo sarcástica, mientras que un aire de superioridad algo desenfadado marcaba, no sin gracia, cada uno de los movimientos de su apuesta figura. Estaba escuchando con buen humor y descuido, medio en broma medio con desprecio, lo que Haley le decía. El traficante estaba muy locuaz extendiéndose sobre las cualidades del artículo por el que regateaban.

—¡Todas las virtudes morales y cristianas encuadernadas en tafilete negro, en un tomo! —dijo cuando Haley terminó—. Bueno, mire, amigo mío, ¿cuánto me va a timar, como dicen en Kentucky; en resumen, cuánto

le tengo que dar por esta ganga? ¿Cuánto me va a estafar usted ahora? ¡Dígamelo!

—Bien —dijo Haley—, si le dijera que mil trescientos dólares por ese tipo, lo único que habría hecho sería reembolsarme lo que me he tenido que gastar, y no gano un céntimo, ¡de verdad!

—¡Pobre hombre! —dijo el joven, fijando su mirada azul y burlona sobre él—. Aunque me imagino que me lo deja en ese precio por una deferencia especial hacia mí.

—Bueno, la señorita parece prendada de él, y con razón.

—¡Oh!, claro, hay una llamada a la benevolencia por su parte, amigo mío. Ahora, como obra de caridad cristiana, ¿qué precio puede hacerme para vendérmelo, para darle gusto a una damita que se ha encaprichado de él?

—Bien, piénselo —dijo el traficante—, basta con mirarle las piernas y los brazos, su pecho tan ancho, fuerte como un caballo. Mire su cabeza: esa frente tan alta muestra que tiene talento, que podrá hacer cualquier tipo de trabajo. Lo he comprobado a menudo. Como puede ver, un esclavo como ese tiene un valor enorme, solo por su cuerpo, aun suponiendo que sea un imbécil; pero además tiene a su favor habilidad y capacidad para el cálculo, facultades que le puedo demostrar que son poco comunes, lo que encarece su precio. ¿Sabe usted que este tipo dirigía él solo la granja de su amo? Tiene un extraordinario talento para los negocios.

—Malo, malo, muy malo; ¡sabe demasiado! —dijo el hombre joven, con la misma sonrisa burlona jugueteando en su boca—. No es un buen negocio, por nada del mundo. Los tipos listos siempre se están escapando, robando caballos y tentando al demonio. Me parece que tendrá que rebajarme unos doscientos dólares por su inteligencia[7].

—Bien, podría verse así la cosa, si no fuera por su carácter; le puedo enseñar cartas de recomendación de su antiguo amo y de otros, para probar que es realmente piadoso, el más humilde, religioso y buen cristiano que haya visto jamás. Fíjese que le llamaban predicador allí de donde procede.

—Y lo podré emplear como capellán de la familia, tal vez —añadió con sequedad el joven—. Eso sí que es una buena idea. La religión es un artículo escasísimo en nuestra casa.

—Está usted bromeando…

—¿Cómo lo sabe usted? ¿No acaba de acreditarlo como un predicador? ¿Ha sido examinado por algún concilio o sínodo[8]? Vamos, muéstreme los papeles.

Si el traficante no hubiese estado seguro, gracias a un cómico guiño de aquel gran ojo, de que todas esas bromas terminarían, sin duda alguna, y a la larga, en un desembolso de dinero, se habría impacientado bastante. Pero tal y como se presentaban las cosas, puso una grasienta cartera sobre las balas de algodón y empezó a examinar ansiosamente algunos papeles que allí tenía, mientras el joven hombre que permanecía en pie con aire de divertida y despreocupada burla le miraba con desprecio.

—¡Papá, cómpralo! ¡No importa cuánto tengas que pagar! —susurró Eva, dulcemente, subiéndose en unos fardos y poniendo el brazo alrededor del cuello de su padre—. Tienes bastante dinero, ya lo sé. Y quiero que lo compres.

—¿Y para qué, bonita mía? ¿Le vas a emplear como una carraca o como un caballo de cartón para mecerte?

—Lo quiero para hacerle feliz.

—Esa sí que es una razón original.

En aquel momento el traficante tendió un certificado firmado por el señor Shelby, que el joven tomó con la punta de sus largos dedos y que miró por encima descuidadamente.

—Una escritura de caballero —dijo—, y hasta con buena ortografía. Muy bien, pero no estoy muy seguro, a pesar de todo, de eso de la religión —dijo, con la burlona expresión volviéndole a los ojos—; el país está ya casi arruinado por los piadosos blancos, unos políticos tan píos como hemos tenido justo antes de las elecciones… tanta piedad como se ha visto en todas las actividades de la Iglesia y del Estado… uno no sabe quién le va a engañar antes. Tampoco conozco la cotización de la religión en el mercado en el momento actual. No he leído los periódicos últimamente para ver cómo se vende. ¿Cuántas centenas de dólares pone usted por su religión?

—Usted se divierte bromeando, señor —dijo el traficante—, pero lo que yo le digo tiene sentido. Ya sé que hay diferencias en religión. Hay unas prácticas que encuentro penosas, como las reuniones con cánticos y voces

piadosas, que no sirven para nada entre blancos o entre negros[9], pero esto es una auténtica religión, y la he visto manifestarse en los esclavos negros a menudo, convirtiéndolos en dulces, tranquilos, formales, honrados y piadosos hasta tal punto, que por nada del mundo harían algo que pensaran que está equivocado, y ya ve usted lo que dice de él en esta carta el antiguo amo de Tom.

—Bueno —dijo el joven inclinándose con parsimonia sobre su billetera —, si usted puede asegurarme que realmente puedo comprar este esclavo piadoso y que me será anotado en mi cuenta de allá arriba como algo a mi favor, no me importaría pagar un poco más por él. ¿Qué me dice?

—Mire, no puedo garantizarle eso —dijo el traficante—. Pienso que cada uno tendrá que responder por sí mismo en aquel lugar.

—Entonces será una mala cosa para un tipo que paga más por la religión y que no puede negociar con ella en el lugar donde más la va a necesitar, ¿no es así? —dijo el joven, sacando un fajo de billetes mientras hablaba—. ¡Tenga, cuente su dinero, viejo! —añadió tendiendo el fajo al traficante.

—De acuerdo —dijo Haley, con el rostro reluciente por el placer, y sacando un viejo tintero, procedió a completar un contrato de venta, que a los pocos momentos tendió al joven.

—Mire, yo me pregunto: si me dividiera y me catalogara —dijo el último recogiendo el papel—, ¿cuánto podría valer? Quiero decir: tanto por la forma de mi cabeza, tanto por tener la frente despejada, tanto por los brazos, las manos y las piernas, tanto por la educación, los conocimientos, el talento, la honradez y la religión. ¡Que Dios me perdone, me parece que habría muy poco que añadir en esto último! Pero, ven aquí, Eva —dijo tomando la mano de su hija; cruzó el barco y, poniendo despreocupadamente su dedo bajo la barbilla de Tom, le dijo de buen humor —: Levanta los ojos, Tom, y mira a ver si te gusta tu nuevo amo.

Tom levantó los ojos. Era algo extraño y poco natural mirar aquella alegre, joven y atractiva cara sin sentir placer, y sintió que se le saltaban las lágrimas de los oios, mientras exclamaba de todo corazón:

—¡Que Dios le bendiga, señor!

—Bueno, espero que así lo haga. Entonces, ¿tu nombre es Tom? ¡Desde luego, es más probable que te escuche a ti que a mí, después de todo! ¿Sabes conducir caballos, Tom?

—Siempre he trabajado con caballos —dijo Tom—; el amo Shelby criaba muchísimos.

—Bien, me parece que te pondré de cochero, a condición de que no te emborraches más que una vez a la semana, salvo en casos de emergencia, Tom.

Tom pareció sorprendido y bastante ofendido, y dijo:

—Nunca bebo, amo.

—Ya he oído ese cuento antes, Tom. Ya veremos. Será una gran ventaja para todos si no lo haces. No te preocupes, hombre —añadió de buen humor viendo que Tom estaba aún muy serio—. No dudo de que te quieras portar bien.

—Desde luego que así lo haré —dijo Tom.

—Y lo pasarás bien —dijo Eva—. Papá es muy bueno con todos, lo que pasa es que siempre se ríe de todo el mundo.

—Papá te da las gracias por habérmelo recomendado —añadió St. Clare riendo, mientras daba media vuelta y se alejaba andando.

Capítulo XV
Sobre el nuevo amo de Tom y otros asuntos

Como el hilo de la vida de nuestro humilde personaje se ha entretejido en este momento con la de personas más encumbradas, será necesario hacer alguna presentación de ellas.

Augustine St. Clare era hijo de un rico hacendado de Luisiana, propietario de una plantación. La familia era originaria de Canadá. De los dos hermanos, muy parecidos en temperamento y carácter, uno se instaló en una floreciente granja en Vermont y el otro se hizo un opulento hacendado en Luisiana. La madre de Augustine era una dama hugonota[1] francesa, cuya familia había emigrado a Luisiana durante los primeros tiempos de la colonización. Augustine y su otro hermano fueron los únicos hijos que habían tenido sus padres. Habiendo heredado de su madre una delicadeza excesiva en su constitución, por consejo de los médicos pasó bastantes años de su infancia a cargo de su tío de Vermont, con el fin de que su salud se fortaleciera con un clima más vigorizante.

De niño llamaba la atención por una extremada y marcada sensibilidad de carácter, más conforme con la delicadeza de una mujer que con la dureza propia de su sexo. Con el tiempo, sin embargo, esta delicadeza se fue recubriendo con la áspera corteza de la virilidad y solo unos pocos sabían lo viva y fresca que permanecía en su interior. Sus diversas cualidades eran de primer orden, aunque como su mente mostraba siempre una preferencia por lo ideal y lo estético, se producía en él esa repugnancia hacia la vida agitada y los negocios que es el resultado común de este equilibrio de las facultades. Poco después de terminar sus estudios, todo su ser sufrió una alteración hacia una intensa y apasionada efervescencia de pasión romántica. Le llegó su hora… la hora que solo llega una vez… su estrella se

levantó en el horizonte, esa estrella que se levanta tantas veces en vano, para ser recordada solo como un sueño… y también para él se alzó en vano. Dejando de lado la retórica, digamos que descubrió y se granjeó el amor de una mujer bella y de elevados sentimientos, en uno de los Estados del Norte, y se prometieron en matrimonio. Él volvió al Sur para hacer los preparativos de la boda, cuando, del modo más inesperado, le fueron devueltas sus cartas por correo, con una breve nota del tutor de la muchacha diciéndole que cuando esa carta le hubiera llegado, la dama sería ya la mujer de otro. Loco de rabia, esperó en vano, como han hecho tantos otros, liberar su corazón de ese peso con un esfuerzo desesperado. Demasiado orgulloso para pedir o buscar una explicación, se lanzó de cabeza en el torbellino de la buena sociedad, y quince días después de haber recibido la terrible carta era el aceptado aspirante a la mano de la belleza reinante aquella temporada, y en cuanto se pudo disponer todo, se convirtió en el marido de una muchacha de buen porte, brillantes ojos negros y cien mil dólares; y desde luego, todo el mundo pensó que era un hombre con suerte.

La pareja de recién casados estaba disfrutando de su luna de miel y divirtiéndose con un grupo de elegantes invitados en su espléndida mansión cerca del lago Pontchartrain, cuando un día trajeron una carta escrita con esa caligrafía tan bien conocida por él. Se la entregaron cuando se encontraba metido de lleno en una alegre y brillante conversación, en una sala llena de amigos. Se puso pálido como la muerte cuando vio la letra del sobre, pero logró mantener la compostura y acabó el juguetón diálogo que mantenía entre bromas con una dama a su lado; poco tiempo después se escabulló del corrillo. En su habitación, solo, abrió el sobre y leyó la carta; pero eso fue lo peor, además de inútil y sin objeto para él. Era una carta de su antigua prometida dándole larga cuenta de la persecución a la que se había visto sometida por parte de la familia del tutor, que quería incitarla a que se casara con un hijo suyo. Le contaba cómo, durante mucho tiempo, sus cartas dejaron de venir y cómo ella había escrito una y otra vez, hasta que se cansó y se llenó de dudas, cómo su salud se había resentido por sus ansiedades, y cómo, al fin, había descubierto el engaño de que habían sido víctimas uno y otra. La carta terminaba con expresiones de esperanza y de agradecimiento y manifestando un afecto imperecedero, que eran más

amargas que la muerte para el desdichado joven, que le escribió inmediatamente:

> He recibido tu carta, pero demasiado tarde. Creí todo lo que me dijeron. Estaba desesperado. Me he casado y todo ha terminado. Olvídalo todo, es lo único que nos queda por hacer a los dos.

Y de este modo terminaron el romance y los ideales para Augustine St. Clare. Pero la vida real sigue adelante… como permanecen los minúsculos granos de arena y barro que deja la ola azul y reluciente que los ha traído, sin el acompañamiento de barcas o de blancos veleros… su música de oleaje y de aguas agitadas había desaparecido… y allí quedaba, sin relieve, al desnudo, el cieno de la realidad.

Desde luego, en una novela los corazones de la gente se rompen y se mueren, y esto es el fin y la historia queda muy bien. Pero en la vida real no nos morimos cuando lo que le daba un brillo a la vida desaparece. Hay un ciclo constante e importante de comidas, bebidas, vestidos, paseos, visitas, compras, ventas, charlas, lecturas y todo lo que compone lo que llamamos vida en general, aunque sea de lo más vacío, y eso era lo que le quedaba a Augustine. Si su esposa hubiera sido una mujer completa, algo podría haber hecho —tal como pueden hacer las mujeres— para arreglar los hilos desgarrados de la vida y componer de nuevo un tejido brillante. Pero Marie St. Clare no era capaz de ver que se habían roto. Como explicamos antes, se trataba de una buena fachada, un par de espléndidos ojos y cien mil dólares de dote, y ninguna de estas prendas era exactamente lo que podía haber consolado a un espíritu afligido.

Cuando encontró a Augustine, pálido como la muerte, echado en un sofá y achacando a un violento dolor de cabeza la causa de su dolencia, le recomendó que oliera su frasco de sales, y cuando la palidez y la jaqueca continuaron semana tras semana, lo único que dijo es que no creía que el señor St. Clare fuera tan enfermizo, sino que al parecer era propenso a los dolores de cabeza, y eso era algo muy triste para ella, porque así él no podía disfrutar de su compañía, y parecía algo fuera de tono que no estuvieran juntos, tratándose de recién casados. Augustine, en el fondo de su corazón, se alegraba de haber encontrado a una mujer con tan poco sentido común, pero en cuanto las atenciones y las amabilidades de la luna de miel hubieron

terminado, descubrió que la hermosa mujer, que había pasado toda su vida mimada y servida, podía llegar a convertirse en una tirana en la vida doméstica. Marie nunca tuvo grandes capacidades de afecto ni demasiada sensibilidad, y la poca que le tocó en gracia había sucumbido bajo el mayor y más intenso de los romos egoísmos; un egoísmo desesperanzador, por su tranquila obtusidad y su torpe ignorancia de cualquier otra cosa que no fuera su propio interés. Desde su infancia, se había visto rodeada de criados, quienes vivían solo para satisfacer sus caprichos; la idea de que tuvieran sentimientos o derechos nunca afloró en su mente, siquiera en una lejana perspectiva. Su padre, del que era la única hija, nunca le negó nada que quedara al alcance de las posibilidades humanas, y cuando entró en la vida de sociedad, hermosa, rica y heredera, tuvo, desde luego, a todos los hombres casaderos y no casaderos a sus pies, y no le cabía la menor duda de que Augustine era el hombre más afortunado del mundo por haberse casado con ella. Es un gran error suponer que una mujer sin corazón será un acreedor fácil en el intercambio de los afectos. No hay sobre la faz de la tierra seres más implacables para exigir el amor de los demás que las mujeres egoístas, y cuanto menos amantes se hacen, más celosa y escrupulosamente exigen amor hasta límites insospechados. Así es que cuando St. Clare empezó a dejar las galanterías y detalles que se prodigan en un principio como acompañamiento del cortejo, se encontró con que su sultana no estaba en absoluto dispuesta a perder a su esclavo, y se produjeron innumerables lágrimas, enfados y pequeñas tormentas, y hubo descontento, pullas y reproches. St. Clare tenía buen carácter, era generoso y estaba decidido a resolverlo todo con regalos y halagos, y cuando Mane se convirtió en la madre de una preciosa hija, sintió durante algún tiempo algo parecido a la ternura.

La madre de St. Clare había sido una mujer de una nobleza y pureza de carácter poco comunes, y Augustine le puso a su hija el nombre de su madre, deseando intensamente que fuera una réplica de ella. Este particular había sido notado con petulantes celos por parte de su mujer, quien miraba la absorbente devoción de su marido por la niña con cierta sospecha y algún disgusto; todo lo que le daban a su retoño, le parecía que se lo quitaban a ella. Desde el nacimiento de la niña, su salud empezó a resentirse. Una vida

de inactividad permanente, tanto física como mental, el aburrimiento continuo y el descontento, unidos a la acostumbrada fragilidad que rodea el período de la maternidad, transformaron en pocos años a la floreciente joven en una mujer mustia y amarillenta, de complexión enfermiza, cuya vida transcurría entre una gran variedad de enfermedades imaginarias, y que se consideraba a sí misma la persona más atacada por la desdicha y la más desatendida del mundo.

Sus quejas eran infinitas, pero su punto fuerte resultó ser la jaqueca, que podía confinarla en su habitación tres días de cada seis. Como, desde luego, la gestión de la casa cayó en manos de los criados, el señor St. Clare no se encontraba muy bien atendido. Su única hija era excepcionalmente delicada y temió que, sin nadie que se ocupara de ella, su salud y su vida pudieran perderse, como un sacrificio a la ineficacia de la madre. La había llevado consigo de viaje a Vermont y había convencido a su prima, la señorita Ophelia St. Clare, para que viniera con él a su residencia del Sur, y por eso iban de vuelta en el barco en que los hemos presentado a nuestros lectores.

Y ahora, mientras las lejanas cúpulas y chapiteles de Nueva Orleans se levantan ante nuestros ojos, llega el momento de presentar a la señorita Ophelia.

Cualquiera que haya viajado por los Estados de Nueva Inglaterra recordará en algún frío pueblo esa granja de vastas dimensiones, con su jardincillo limpio y cubierto de hierba, sombreado por el follaje apretado y macizo de la copa de un arce, y recordará la impresión de orden y quietud, de seguridad y de reposo inmutable que parece respirar todo el lugar. Nada se pierde o se estropea, no falta un piquete en la valla, no hay ni una pizca de suciedad en el jardín cubierto de césped, con sus macizos de color lila creciendo bajo las ventanas. Dentro, cabe recordar unas habitaciones espaciosas y limpias, donde nada parece estar hecho por casualidad, donde todas y cada una de las cosas se encuentran en su lugar y donde todas las tareas domésticas se desarrollan con la puntualidad y exactitud del viejo reloj del rincón. En el cuarto de estar familiar[2] podemos recordar la severa, respetable y vieja biblioteca, con sus puertas de cristal, donde la *Historia* de Rollin, *El paraíso perdido* de Milton, *El viaje del peregrino* de Bunyan y *La Biblia familiar* de Scott[3] se encuentran uno al lado de otro en un decoroso

orden, junto con muchos otros libros igualmente importantes y respetables. No había criados en la casa, sino solo la señora con cofia blanca como la nieve que se sienta a coser por las tardes rodeada de sus hijas, como si nunca hubiera hecho nada, o como si nada tuviera que hacer. Ella y sus hijas, en algún momento del día, han hecho ya el trabajo, y durante el tiempo restante, a cualquier hora a la que se les haga una visita, lo tendrán todo terminado. El viejo suelo de la cocina nunca parece manchado o sucio; las mesas, las sillas y los diversos utensilios de cocina nunca parecen en desorden o alterados, aunque se preparen allí tres y hasta cuatro comidas al día, aunque allí se lave y se planche la ropa de toda la familia y aunque se hagan de misteriosa manera en estos lugares libras y libras de queso y mantequilla.

En una de tales granjas, en una familia y una casa así, la señorita Ophelia había pasado una tranquila existencia durante unos cuarenta y cinco años, cuando su primo la invitó a que visitara su mansión sureña. Era la mayor de una gran familia, y sus padres la consideraban todavía como una de las «niñas», así que la posibilidad de que pudiera marcharse a Orleans causó un gran revuelo en la familia. El anciano padre, de sienes plateadas, tomó el *Atlas* de Morse de una estantería y consultó la latitud y longitud exactas; después, leyó *Los viajes de Flint* por el Sur y el Oeste, para entender un poco la naturaleza del país[4].

La buena madre preguntó, con ansiedad, si «no era Orleans un lugar de perdición», diciendo que para ella «era lo mismo que irse a las Islas Sándwich, o a cualquier lugar perdido entre paganos».

Se supo en casa del pastor, en casa del doctor y en la tienda de *miss* Peabody, la modista, que Ophelia St. Clare estaba «hablando» de irse a Orleans con su primo y, por supuesto, todo el pueblo no pudo menos que ayudar en la importantísima tarea de «comentar» el tema. El pastor, que tenía unas claras ideas abolicionistas, sentía grandes dudas sobre si un paso semejante no llevaría de alguna manera a confirmar a los sureños en la posesión de sus esclavos; mientras que el doctor, que era un colonizacionista[5], defendía la opinión de que Ophelia debía ir a mostrar a la gente de Orleans que a pesar de todo no se les quería mal. De hecho, tenía la opinión de que la gente del Sur necesitaba que les apoyaran.

Cuando por fin se hizo público que había decidido ir, fue invitada solemnemente a tomar el té en las casas de sus amigos y vecinos durante una quincena, y sus planes y perspectivas fueron analizados hasta el aburrimiento por medio de todo tipo de preguntas. La señorita Moseley, que vino a su casa para ayudar a preparar el equipo, adquiría a diario conocimientos sobre las prendas que ella no había podido hacer. Era del dominio público que Squire Sinclare, como se pronunciaba habitualmente su nombre en el vecindario, había contado uno tras otro cincuenta dólares y se los había dado a Ophelia para que se comprara con ellos lo que mejor le pareciera y de Boston habían llegado dos vestidos nuevos de seda y un sombrero. La opinión pública estaba dividida sobre la conveniencia de este ajuar, pues algunos afirmaban que estaba bien hacer algo así una vez en la vida, mientras que otros decían con dureza que habría sido mejor mandar el dinero a las misiones; en cualquier caso, todos coincidían en reconocer que nunca se había visto allí una sombrilla semejante a la que les habían enviado desde Nueva York y que la señorita Ophelia tenía un vestido de seda que se mantenía él solito, se dijera lo que se dijera de su propietaria. Corrieron también persistentes rumores sobre un pañuelo de bordes guarnecidos, y hay quien aseguraba que tenía un pañuelo con encajes, e incluso se añadía que iba bordado en los picos, si bien este particular nunca fue comprobado del todo y el detalle ha quedado sin aclarar hasta nuestros días.

La señorita Ophelia, tal como la ve ahora nuestro lector, iba vestida con un traje de viaje de un tejido muy brillante de color pardo, y era alta, de formas cuadradas y angulosas. Su cara era enjuta y de líneas bastante acusadas, sus labios se mantenían bien apretados, como los de las personas que tienen por costumbre tomar las decisiones de una vez por todas en todos los temas, mientras sus vivaces y oscuros ojos estaban en continuo movimiento, buscando de manera peculiar y sensata algo que necesita de atención.

Todos sus movimientos eran exactos, decididos y enérgicos, y aunque no era una gran conversadora, sus palabras eran extraordinariamente directas y precisas cuando hablaba.

En sus costumbres era una auténtica personificación del orden, el método y la exactitud. Su puntualidad era tan exacta como la del reloj y tan inexorable como la de una locomotora, y despreciaba sin reparos y abominaba de todo lo que tuviera un carácter distinto.

El mayor de los pecados, a sus ojos, el peor de los males, se expresaba con una palabra muy corriente y empleada en su vocabulario: «improcedente». Su postrer y último grado de desprecio consistía en pronunciar con énfasis la palabra «improcedente»; con ello caracterizaba todos los modos de actuar que no tuvieran una relación directa e inevitable con la realización de algún propósito que se tuviera ya bien definido en la mente. Las personas que no hacían nada, o que no sabían exactamente qué era lo que iban a hacer, o que no tomaban el camino más directo para conseguir lo que tenían entre manos, eran objeto de su desprecio más completo, un desprecio que no se mostraba tanto por lo que ella decía cuanto por una severidad pétrea con la que aparentaba desdeñar decir algo sobre el tema.

Por lo que respecta a su inteligencia, tenía una mente clara, fuerte y activa, y leía libros de historia y antiguos clásicos ingleses. Los conocía bien y había reflexionado con gran intensidad dentro de ciertos límites bastante estrechos. Sus conocimientos teológicos estaban bien definidos, etiquetados de la manera más eficaz y positiva, reunidos todos juntos como los bultos de su baúl; había justo tantos, y ni uno más. Idéntica actitud mantenía respecto a la mayoría de los asuntos de la vida práctica, como las tareas domésticas en todas sus manifestaciones y las variadas amistades políticas de su pueblo. Y, por detrás de todo esto, más profundo que ninguna otra cosa, más elevado y más amplio, se encontraba el principio fundamental y más fuerte de su ser: la conciencia. En ningún otro lugar resulta la conciencia tan dominante y absorbente como entre las mujeres de Nueva Inglaterra. Es como la formación de granito que descansa en lo más profundo de la tierra y se eleva y aparece incluso en las cumbres de las más altas montañas.

La señorita Ophelia era una esclava del deber, al que se encontraba absolutamente sometida. Una vez que estaba segura de que «el camino del deber», como solía llamarlo, iba en una determinada dirección, ni el fuego

ni el agua podían impedir que lo siguiera. Se tiraría de cabeza a un pozo o se subiría a la boca de un cañón cargado si estuviera segura de que el camino iba por allí. Sus normas sobre lo que estaba bien se aplicaban a tantas cosas, eran tan minuciosas y hacían tan pocas concesiones a la fragilidad humana que, aunque ella se esforzaba por seguirlas con heroico valor, nunca lo conseguía y, desde luego, se azaraba con un constante y a menudo punzante sentimiento de culpa, lo que daba un carácter severo y triste a su temperamento religioso.

Pero ¿cómo podía entenderse la señorita Ophelia con Augustine St. Clare, tan alegre, desenfadado, poco puntual, poco práctico, escéptico, en resumen, alguien que pisoteaba con su indecorosa y suelta libertad todas y cada una de sus queridas costumbres y principios?

En honor a la verdad, hay que decir que la señorita Ophelia le quería. Cuando era niño, ella le enseñaba el catecismo, le remendaba la ropa, le peinaba el pelo y le educaba en general como debía ser; y como su corazón también tenía su lado tierno, Augustine había monopolizado una buena parte para él, como había hecho por otra parte con otras personas que lo conocían; por ello no le resultó muy difícil persuadir a su prima de que el «camino del deber» iba en dirección de Nueva Orleans, y que ella debía ir con él para cuidar de Eva y para impedir que todo se fuera al diablo y se arruinara durante las frecuentes enfermedades de su mujer. La idea de una casa sin nadie que la atendiera le llegó al corazón, después le encantó la adorable niña, encanto que pocos podían evitar. Y aunque consideraba que Augustine tenía mucho de hereje, lo seguía queriendo, se reía de sus bromas y le perdonaba sus debilidades hasta tal punto que los que los conocían pensaban que era totalmente increíble que pudieran estar uno al lado de la otra. Pero estas y otras muchas cosas sobre la señorita Ophelia las irá descubriendo el lector por una relación directa.

Allí está, sentada en su camarote, rodeada por una abigarrada multitud de pequeñas y grandes bolsas que está atando, envolviendo, empaquetando o abrochando con mucha seriedad.

—Vamos a ver, Eva, ¿te has ocupado de tus cosas? Desde luego que no lo has hecho, los niños nunca lo hacen: aquí está la bolsa de lunares y la cajita con el lazo azul con tu mejor sombrero, ya van dos; luego el cesto de

goma elástica, van tres; y mi costurero, cuatro; y mi sombrerera, cinco; y mi caja de cuellos, seis; y este baulito de pelo, siete. ¿Qué has hecho con tu sombrilla? Dámela, para que le ponga un papel alrededor y la ate con mi paraguas y mi sombrilla; bueno, ya está.

—Tita, si solo vamos a casa, ¿para qué hacer todo esto?

—Para guardarlo bien, mi niña; hay que cuidar las cosas, si queremos conservarlas; por cierto, Eva, ¿has guardado tu dedal?

—De verdad, tita, no lo sé.

—Bueno, no te preocupes, voy a revisar tu costurero: el dedal, la cera, dos carretes, las tijeras, una navaja, la cinta; muy bien, ponlo aquí. ¡Qué has podido hacer, criatura, cuando has estado sola con tu papá! Había pensado que habrías perdido todo lo que traías.

—Bueno, tita, sí que perdí muchas cosas, y cuando parábamos en algún sitio, papá me compraba otras nuevas, fuera lo que fuera.

—¡Dios nos perdone, hijita! Vaya un modo de hacer las cosas…

—Era muy sencillo, tita —dijo Eva.

—Y muy improcedente —dijo la tía.

—Bueno, tita, ¿y ahora qué vamos a hacer? —preguntó Eva—. ¡El baúl está demasiado lleno y no puede cerrarse!

—Pues tendrá que cerrarse —dijo la tía con el aire de un general, mientras apretaba los bártulos dentro y se apoyaba sobre la tapa, pero una pequeña rendija se abría todavía como una boca en el baúl.

—¡Ponte aquí de pie, Eva! —dijo la señorita Ophelia, con arrojo—. Lo que se ha hecho una vez, puede repetirse. Este baúl tiene que cerrarse y hay que echarle la llave, no hay más remedio.

Y el baúl, intimidado sin duda por tales y tan decididas declaraciones, se dio por vencido. El pasador entró con precisión en su agujero y la señorita Ophelia dio una vuelta a la llave y se la echó, triunfal, al bolsillo.

—Bien, ya estamos listas. ¿Dónde está tu papá? Me parece que ya va siendo hora de que saquemos de aquí el equipaje. Mira a ver si ves a tu papá, Eva.

—¡Ah, ya le he encontrado! Está al otro extremo de los camarotes de los hombres, comiéndose una naranja.

—No puede saber que ya estamos muy cerca —dijo la tía—. ¿No harías mejor avisándole de una carrera?

—Papá nunca tiene prisa por nada —dijo Eva—, y todavía no hemos llegado al puerto. ¡Fíjate bien, tita, deprisa! Mira, allí está nuestra casa, yendo por esa calle arriba.

El barco empezó entonces, con roncos gruñidos propios de un monstruo grande y cansado, a hacerse un lugar, empujando a los demás vapores del dique; Eva señalaba llena de alegría los diferentes chapiteles, cúpulas y puntos de referencia por los que reconocía su ciudad natal.

—Sí, sí, bonita, es preciosa —dijo la señorita Ophelia—. Pero ¡que Dios se apiade de nosotros! ¡El barco se ha parado! ¿Dónde está tu padre?

Y entonces se produjo el acostumbrado revuelo de las llegadas, con camareros corriendo por veinte caminos a la vez, hombres llevando baúles, bolsos de viaje, cajas, mujeres que llamaban preocupadas a sus hijos y todo el mundo apretándose en una masa compacta hacia la pasarela que llevaba a tierra.

La señorita Ophelia se sentó muy decidida en el último baúl que se le había rendido y, formando todos sus bienes y posesiones en un espléndido orden militar, parecía decidida a defenderlos hasta el fin. «¿Le llevo el baúl, señora? ¿Quiere que le lleve el equipaje? ¿Me deja usted que me ocupe de sus maletas, señora? ¿Querría usted que le llevara todo eso, señora?». Estas y otras preguntas del mismo género llovían sobre ella.

Permaneció sentada con siniestra determinación, derecha como una aguja clavada en una tabla, con sus paraguas y sombrillas en la mano, contestando en un tono decidido capaz de descorazonar hasta a los mozos del puerto y diciéndole a Eva a cada instante:

—¿En qué puede estar pensando tu padre? No ha podido caerse por la borda, pero algo tiene que haberle pasado.

Y justo cuando empezaba a preocuparse seriamente, apareció Augustine, con su acostumbrado aire despreocupado, le dio a Eva un gajo de naranja que estaba comiendo y dijo:

—Bueno, prima Vermont, me imagino que ya estás preparada.

—Llevo preparada y esperando cerca de una hora —dijo la señorita Ophelia—. Y estaba empezando a preocuparme seriamente por ti.

—Eso sí que es inteligente, ¿no crees? —dijo—. Bien, el coche nos está esperando y la gente ya se ha marchado, así que ya se puede ir y bajar de manera cristiana y decente, sin que nadie nos empuje ni nos meta prisa. Aquí —añadió, dirigiéndose al cochero que estaba delante de él—, llévese esto.

—Iré con él para ver cómo lo carga —dijo la señorita Ophelia.

—¡Oh, prima, para qué, no sirve para nada!

—Bueno, en cualquier caso llevaré yo misma esto, esto y esto otro —dijo la señorita Ophelia, apartando tres cajas y una pequeña bolsa de viaje.

—Mi querida señorita Vermont, no vas a trasplantar aquí tus Verdes Montes[6] de esa manera. Tienes que adoptar al menos algunos principios sureños, y no pasearte con toda esa carga encima. Te tomarán todos por una camarera; dáselo a este tipo y te lo colocará como si fuesen huevos.

La señorita Ophelia miraba desesperada a su primo mientras este le arrebataba todos sus tesoros, y se alegró infinitamente al recuperarlos poco después en el coche, sanos y salvos.

—¿Dónde está Tom? —preguntó Eva.

—¡Oh, está afuera, gatita! Voy a regalárselo a tu madre, para hacer las paces respecto a aquel borracho que hizo volcar el coche.

—¡Oh, Tom será un excelente cochero, estoy segura! —dijo Eva—. No se emborrachará nunca.

El coche paró frente a una antigua mansión, construida en esa mezcla extraña de estilos francés y español de la que se encuentran ejemplos en algunas partes de Nueva Orleans. Estaca construida a la manera árabe, un edificio cuadrado que delimitaba un patio interior, en el que entraba el coche a través de un pórtico cubierto con arcos. El patio, por dentro, había sido diseñado, evidentemente, para dar gusto a una imaginación pintoresca y voluptuosa. Amplias galerías bordeaban los cuatro lados, con arquerías moriscas, finos pilares y ornamentos árabes, que transportaban la mente, como en un sueño, al reino de los romances de ambiente oriental en España[7]. En medio del patio, una fuente lanzaba muy alto un chorro de agua plateada, que caía en una pila de mármol rodeada por un anillo de fragantes violetas. El agua de la pila, diáfana como el cristal, estaba habitada por miríadas de peces dorados y plateados, que nadaban y

brillaban como joyas vivientes. Alrededor de la fuente corría un camino, pavimentado con un mosaico de guijarros, colocados de manera bastante imaginativa e ingeniosa, que, a su vez, estaba rodeado por un césped tan mullido como el terciopelo verde, mientras que un paso de carruajes lo encerraba todo. Dos robustos naranjos, cubiertos de azahar en aquel momento, producían una deliciosa sombra; y dispuestas en círculo alrededor de la hierba podían verse macetas de mármol esculpidas a la manera mora, conteniendo las más selectas plantas floridas de los trópicos. Inmensos granados, con sus hojas brillantes y sus flores color llamarada, jazmines de Arabia con hojas muy oscuras y estrellas plateadas, geranios, rosales lujuriantes que se vencían por la gran abundancia de flores, jazmines dorados, verbenas con olor a limón, todos unían su esplendor y sus aromas, mientras que aquí y allá místicos y viejos áloes, con sus extrañas y macizas hojas, se asentaban mirando, como algún viejo encantador, entronizados en medio de las flores y los perfumes, más perecederos que el suyo.

Las galerías que rodeaban el patio estaban festoneadas por una cortina de un tejido moro, y podían correrse a voluntad para evitar los rayos del sol. El conjunto, el aspecto de este lugar, era lujuriante y romántico.

Cuando el coche entró en el patio, Eva parecía un pájaro dispuesto a escaparse de su jaula, con la incontenible intensidad de su entusiasmo.

—¡Oh, qué hermoso es todo esto! ¡Mi casita bonita y querida! —le dijo a la señorita Ophelia—. ¿No es precioso?

—Es un bonito lugar —dijo la señorita Ophelia—, pero, para mi gusto, es algo demasiado antiguo y pagano.

Tom bajó del coche y miró a su alrededor con aire tranquilo, de serena satisfacción. Los negros, hay que recordarlo, son originarios de los más bellos y soberbios países del mundo, y sienten, en lo más profundo de su corazón, una pasión por todo lo que es rico y lleno de fantasía; una pasión que, toscamente abandonada a un gusto no acostumbrado, les acarrea el ridículo ante los más fríos y más correctos hombres de raza blanca[8].

St. Clare, que en su fuero interno era un ser de una gran voluptuosidad llena de poesía, sonrió cuando la señorita Ophelia hizo la observación

anterior, y volviéndose hacia Tom, que estaba de pie mirando a su alrededor con su reluciente cara radiante de admiración, dijo:

—Vaya, vaya, Tom; parece que esto te conviene.

—Sí, señor, yo pienso que es algo perfecto.

Todo esto pasó en un momento, mientras los baúles eran descargados, se pagaba al mozo y un tropel de todas las edades y tamaños, hombres, mujeres y niños, venía corriendo desde las galerías, de arriba y de abajo, para asistir a la llegada del amo. Destacaba entre ellos un mulato muy bien vestido, distinguidísimo, y acicalado a la moda hasta extremos sorprendentes, que agitaba con gracia un pañuelo perfumado.

Este personaje se había aplicado con gran firmeza a conducir a todo el rebaño de criados a la otra punta de la galería.

—¡Atrás todos! Estoy avergonzado de vosotros —dijo con un tono autoritario—. ¿Queréis estorbar las relaciones familiares del amo ahora que acaba de llegar?

Todos se quedaron escuchando esas elocuentes palabras, proferidas con gran suficiencia, excepto dos porteros, que bajaron para empezar a transportar el equipaje.

Gracias a las ordenadas disposiciones del señor Adolph, cuando St. Clare terminó de pagar al mozo no tenía delante a nadie más que al mismo Adolph, muy llamativo en su chaleco de satén, con cadena de oro y medias blancas, inclinándose con una inefable gracia y suavidad.

—¡Ah, Adolph! ¿Eres tú, chico? —dijo su amo, dándole la mano—. ¿Cómo estás?

Mientras tanto, Adolph recitaba, con gran corrección, un discurso extemporáneo que había estado preparando con gran cuidado durante la quincena anterior.

—Bien, bien —dijo St. Clare, pasando de largo con su habitual apariencia de descuidada diversión—. Lo que has dicho está pero que muy bien, Adolph. Mira si el equipaje está en su sitio. Vendré a veros dentro de un ratito —y diciendo esto llevó a la señorita Ophelia a una vasta sala que se abría a la galería.

Mientras sucedía todo esto, Eva había volado como un pájaro, atravesando el porche y el recibidor, hasta un pequeño tocador, que se abría

de igual modo a la galería.

Una mujer alta, cetrina y de ojos negros, se incorporó a medias del sofá donde descansaba.

—¡Mamá! —dijo Eva en una especie de arrebato, tirándose a su cuello y besándola una y otra vez.

—Ten cuidado, hija, no me vayas a dar dolor de cabeza —le dijo su madre después de besarla con languidez.

St. Clare llegó, besó a su mujer de un modo auténtico, ortodoxo y marital, y le presentó a su prima. Marie levantó sus grandes ojos hacia ella con cierto aire de curiosidad y la recibió con lánguida cortesía. Una multitud de criados se apretaban ahora en la puerta de entrada y, entre ellos, una mujer mulata de mediana edad, y de apariencia muy respetable, se mantenía de pie, trémula de esperanza y alegría.

—¡Oh, si está aquí Mammy! —dijo Eva, mientras atravesaba corriendo la habitación, y, echándose en sus brazos, se besaron mutuamente muchas veces.

Esta mujer no le dijo que le producía dolor de cabeza, sino que, por el contrario, la abrazaba y reía y gritaba hasta un punto tal que se podía dudar si se encontraba en su sano juicio; cuando al fin la dejó, Eva fue de un criado a otro dándoles la mano y abrazándolos de una manera tan cordial, que la señorita Ophelia confesó más tarde que le había revuelto el estómago.

—¡Bien! —dijo la señorita Ophelia—. Vosotros los hijos del Sur podéis hacer algo de lo que yo no soy capaz.

—¿El qué? ¿Rezar? —preguntó St. Clare.

—Mira, yo quiero ser buena con todo el mundo, y no querría hacerle daño a nadie, pero eso de besar…

—¿A los esclavos negros? —dijo St. Clare—. No estás dispuesta a ello, ¿no es así[9]?

—Eso es. ¿Cómo puede hacerlo ella?

St. Clare se rio y salió al pasillo:

—Pero bueno, ¿qué es lo que os regalan aquí? Hola a todos, Mammy, Jimmy, Polly, Sukey, ¿estáis contentos de ver a vuestro amo? —dijo mientras estrechaba las manos de unos y otros—. ¡Cuidado con los niños!

—añadió mientras se tropezaba con un pequeño golfillo, que se acercaba a cuatro patas—. Si piso a alguien, que me lo diga.

Había muchas risas y bendiciones para el señor, y St. Clare les repartió unas pequeñas monedas.

—Bueno, ahora os podéis marchar, como los buenos chicos y chicas que sois —dijo, y la compañía clara y oscura desapareció por una puerta en la vasta galería, seguidos por Eva, que llevaba una bolsa muy grande que había ido llenando con manzanas, nueces, dulces, cintas, puntillas y juguetes de todo tipo durante el viaje de vuelta.

Cuando St. Clare se volvió, su mirada se posó sobre Tom, que había permanecido en pie, incómodo, cambiando el peso de un pie al otro, mientras Adolph estaba apoyado sobre la balaustrada, examinando a Tom con unos anteojos de teatro, con un desparpajo propio de cualquier *dandy*.

—¡Retira eso, pretencioso! —dijo su amo, quitándole los anteojos—. ¿Así es como tratas a tus compañeros? Y me parece, Dolph, me parece, que llevas puesto mi chaleco —añadió, indicando con el dedo el elegante chaleco de satén que Adolph llevaba encima.

—¡Oh, señor!, el chaleco está manchado de vino y, desde luego, un caballero de su categoría no puede permitirse llevar una prenda así. Comprendí que podía tomarlo. Puede valer para un pobre esclavo negro, como yo.

Y Adolph sacudió la cabeza y pasó los dedos entre sus cabellos perfumados, con cierta elegancia.

—¿Así que es eso, no? —dijo St. Clare despreocupadamente—. Bien, ahora voy a presentar a Tom al ama y después tú lo llevarás a la cocina, y ten cuidado de no ponerte altivo con él. Vale por dos muchachitos como tú.

—Por aquí, Tom —dijo St. Clare guiándole.

Tom entró en la habitación. Miró pensativo las alfombras aterciopeladas y los esplendores inimaginados de espejos, cuadros, estatuas y cortinas, y como la reina de Saba ante Salomón, no le quedaban ánimos. Sentía miedo incluso de poner los pies en el suelo.

—Mira, Marie —dijo St. Clare a su mujer—. Te he comprado un cochero, que estará a tus órdenes. Te aseguro que es muy fúnebre, tanto por su color como por su sobriedad, y que te llevará como en un funeral si así lo

quieres. Abre los ojos y míralo. Y ahora, no digas que nunca pienso en ti cuando salgo de viaje.

Marie abrió sus ojos y los clavó en Tom sin levantarse.

—Sé que se emborrachará —dijo.

—No, es un artículo con la garantía de sobrio y piadoso.

—Bueno, espero que cumpla bien su tarea —dijo la dama—. En cualquier caso, superará mis expectativas.

—Dolph —dijo St. Clare—, lleva a Tom al piso de abajo y ten cuidado, acuérdate de lo que te he dicho —añadió.

Adolph avanzó graciosamente hacia Tom, y este, con aire algo aturdido, le siguió.

—¡Es una bestia enorme! —dijo Marie.

—Mira, Marie —dijo St. Clare, sentándose en un taburete al lado de su sofá—, sé buena y di algo amable por una vez.

—Has estado fuera una quincena más de lo previsto —dijo la dama, haciendo mohínes.

—Bien, te hice saber la razón.

—¡Una carta tan corta y tan fría! —dijo la dama.

—¡Pero querida! El correo iba a salir y habría sido eso o nada…

—De todas maneras siempre es así —dijo la señora—, siempre hay algo que hace tus viajes más largos y tus cartas más cortas.

—Mira esto, anda —añadió St. Clare, tendiéndole un elegante estuche de terciopelo que había sacado de su bolsillo y abriéndolo—. Es un regalo que te he traído de Nueva York.

Era un daguerrotipo, claro y suave como un grabado, representando a Eva y a su padre dándose la mano.

Marie lo miró con aire de poca satisfacción.

—¿Por qué habéis posado de esta manera tan rara? —dijo.

—Bueno, la pose es discutible, ¿pero qué piensas del parecido?

—Si no te importa mi opinión en un caso, me imagino que tampoco te interesará en el otro —dijo la dama, cerrando el daguerrotipo.

Mentalmente, St. Clare maldijo a su mujer, pero añadió en voz alta:

—Vamos, Marie, ¿qué piensas del parecido? ¡No seas absurda!

—Es muy poco considerado por tu parte, St. Clare —dijo la dama—, esto de insistir en que hable y mire cosas. Sabes que he pasado todo el día echada con dolor de cabeza y se ha formado un alboroto tan grande desde que has llegado que estoy medio muerta.

—¿Padece usted de muchas jaquecas? —dijo la señorita Ophelia, surgiendo repentinamente de las profundidades de un gran sillón, donde se había sentado pacíficamente a la vez que hacía el inventario de los muebles y calculaba su precio.

—Sí, sufro un verdadero martirio —dijo la dama.

—La infusión de bayas de junípero es muy buena para el dolor de cabeza —dijo la señorita Ophelia—. Auguste, la esposa del diácono Abraham Perry, solía decir eso, y era una excelente enfermera.

—En cuanto maduren las primeras bayas de junípero del jardín del lago, las traeremos —dijo St. Clare, tirando con gravedad de la campanilla mientras lo decía[10]—. Entre tanto, prima, querrás retirarte a tu cuarto y descansar un poco, después del viaje. Dolph —añadió—, dile a Mammy que venga.

La amable mulata a quien Eva había besado y abrazado tan arrebatadamente entró al instante; estaba vestida con mucha limpieza, con un gran turbante rojo y amarillo en la cabeza, un regalo reciente de Eva, que la niña le había estado poniendo en la cabeza.

—Mammy —dijo St. Clare—, confío esta dama a tus cuidados, está cansada y quiere descansar; llévala a su habitación y asegúrate de que esté bien instalada —y la señorita Ophelia desapareció a la zaga de Mammy.

Capítulo XVI
El ama de Tom y sus opiniones

—Y ahora, Marie —dijo St. Clare—, empezarán para ti los días dorados. Aquí está nuestra prima de Nueva Inglaterra, tan práctica y entendida que te quitará todo el peso que llevas sobre las espaldas y te dará tiempo para que te ocupes de ti y para que te mantengas joven y hermosa. La ceremonia de la entrega de llaves debería organizarse cuanto antes.

Esta observación fue hecha en la mesa del desayuno, algunas mañanas después de la llegada de la señorita Ophelia.

—Se lo agradeceré mucho —dijo Marie, apoyándose lánguidamente en su mano—. Pienso que va a descubrir algo, si me releva, y es que las amas somos las más esclavizadas, aquí.

—¡Oh, desde luego, descubrirá eso y además muchas otras verdades por el estilo, sin duda! —dijo St. Clare.

—Hablar de que tenemos esclavos, como si fuera por nuestra propia conveniencia… —dijo Marie—. Estoy segura de que si tuviéramos eso más en cuenta, nos desharíamos inmediatamente de todos ellos y de una vez.

Evangeline fijó sus grandes ojos serios en el rostro de su madre, con una expresión de preocupada perplejidad, y dijo sencillamente:

—Entonces, ¿para qué los tienes, mamá?

—No lo sé, esa es la verdad; son como una plaga; son la peor plaga de mi vida. Creo que la mala salud que tengo es por su culpa más que por otra cosa y, además, los nuestros son, de lejos, los peores que haya tenido nadie.

—¡Oh, vamos, Marie, no te encuentras bien esta mañana! —dijo St. Clare—. Sabes que no es así. Tenemos a Mammy, la mejor criatura del mundo. ¿Qué podrías hacer sin ella?

—Mammy es la mejor que he conocido nunca —dijo Marie— y, a pesar de eso, es muy egoísta, tremendamente egoísta; es cosa de su raza.

—El egoísmo es un pecado terrible —dijo St. Clare con gravedad.

—Bien, hablando de Mammy —dijo Marie—, creo que es muy egoísta por su parte dormir toda la noche de un tirón; sabe que necesito ciertos cuidados a cada hora, cuando me encuentro mal, y a pesar de ello resulta dificilísimo despertarla. Desde luego, estoy mucho peor esta mañana por los esfuerzos que he hecho para despertarla anoche.

—¿No se ha pasado sentada a tu lado muchas noches últimamente, mamá? —preguntó Eva.

—¿Cómo puedes saberlo? —dijo Marie, con sequedad—. Ya se habrá quejado, supongo.

—No se ha quejado. Solamente me ha dicho que habías pasado muy malas noches, una tras otra.

—¿Por qué no dejas que Jane o Rosa la releven una noche o dos, para que descanse? —dijo St. Clare.

—¿Cómo puedes proponer una cosa así? —dijo Marie—. St. Clare, eres verdaderamente muy desconsiderado. Estoy tan nerviosa, que hasta el menor soplo me molesta, una mano extraña me pondría absolutamente frenética. Si Mammy se interesara por mí como debe, se despertaría con mayor facilidad, desde luego que lo haría. He oído que hay algunas personas que tienen criados que les profesan una gran devoción, pero esa no ha sido nunca mi suerte.

Y Marie suspiró.

La señorita Ophelia había escuchado esta conversación con aire de astuta y observadora seriedad y mantenía sus labios bien apretados, como para determinar de modo completo sus coordenadas y su posición antes de comprometerse.

—Ahora bien, Mammy tiene una especie de bondad —dijo Marie—; es fina y respetuosa, pero en el fondo es egoísta. Siempre está inquieta y preocupada por su marido. Ya ve, cuando me casé y vine a vivir aquí, desde luego, tenía que traerla conmigo, y mi padre no podía prescindir de su marido. Era un herrero, y muy necesario, evidentemente. Y pensé y les dije en ese momento que Mammy y él harían mejor separándose por completo,

ya que no era probable que volvieran a vivir juntos en su vida. Ojalá hubiera insistido más entonces y hubiera casado a Mammy con otra persona, pero fui una loca y demasiado indulgente, y no quise insistir. Le dije a Mammy en aquella ocasión que no debería esperar verle más que una o dos veces en lo que les quedaba de vida, porque el aire de casa de papá no me sienta bien para la salud y no puedo ir allá, y le aconsejé que se buscara otro marido, pero no, ella no quiso. Mammy tiene una especie de tozudez en ciertos temas que no todo el mundo puede ver tan bien como yo.

—¿Tiene hijos? —preguntó la señorita Ophelia.

—Sí, dos.

—Supongo que sentirá mucho estar separada de ellos…

—Bueno, por supuesto, pero yo nos los podía traer. Eran unas pequeñas y sucias criaturas que no podía tener por aquí; y además, le robaban gran parte de su tiempo; pero estoy convencida de que desde entonces Mammy está algo mohína en relación con todo esto. No quiso casarse con nadie más y me figuro que aunque sabe lo mucho que la necesito y lo frágil que estoy de salud, se iría con su marido si pudiera. Desde luego que lo haría.

—Aflige pensar en esas cosas —dijo St. Clare, tajante.

La señorita Ophelia le miró con atención y vio la ola de mortificación y ofensa reprimida y el sarcástico mohín que fruncía sus labios mientras hablaba.

—Y Mammy siempre ha sido mi favorita —dijo Marie—. Ya me gustaría que alguno de vuestros criados norteños pudiera contemplar sus armarios de ropa: sedas y muselinas, y una ropa interior de batista auténtica, todo bien colgado. He trabajado tardes enteras algunas veces cosiéndole gorritos y ayudándola a prepararse para ir a una fiesta. Y en cuanto a malos tratos, no sabe lo que son. No se la ha azotado más de una o dos veces en toda su vida. Tiene su café o su té bien cargado cada mañana, con azúcar blanquilla. Esto es abominable, seguro, pero St. Clare quiere un tren de vida elevado de escaleras abajo, y los criados viven como quieren. El hecho es que están demasiado mimados. Supongo que es en parte por culpa nuestra si son egoístas y se portan como niños mimados; pero he discutido de esto con St. Clare hasta la saciedad.

—Y yo también —dijo St. Clare, cogiendo el periódico de la mañana.

Eva, la hermosa Eva, había estado escuchando a su madre con esa expresión de profunda y mística intensidad que le era peculiar. Dio una vuelta por detrás de la silla de su madre y le echó los brazos al cuello.

—Bueno, Eva, ¿qué quieres? —dijo Marie.

—Mamá, ¿me dejarás que te cuide una noche? ¡Solo una! Te prometo que no te pondré nerviosa y no me dormiré. A veces me paso noches enteras despierta, pensando.

—¡Qué tonterías, niña, qué tonterías! —dijo Marie—. ¡Eres una niña tan extraña!

—¿Pero me dejas, mamá? Creo que… —dijo tímidamente—, que Mammy no está bien. Me ha dicho que últimamente le duele siempre la cabeza.

—¡Oh, esa es una de las preocupaciones de Mammy! ¡Mammy es como todos los demás… arman un lío tremendo por cada dolor de cabeza o por cada dolor de dedo! ¡Y nunca será bueno fomentarlo, nunca! Tengo principios al respecto —dijo, volviéndose hacia la señorita Ophelia—. Usted lo comprenderá. Si se permite que los criados se dejen llevar por cada sentimiento desagradable y se quejen de cada molestia, será el cuento de nunca acabar. Yo nunca me quejo y nadie sabe lo que estoy soportando. Siento que es un deber sufrirlo en silencio, y así lo hago.

Los ojos como platos de la señorita Ophelia expresaban una sorpresa no velada ante esta perorata, lo que se le antojó extremadamente divertido a St. Clare, quien empezó a reírse a carcajadas.

—St. Clare siempre se ríe cuando hago la menor alusión a mi salud —dijo Marie, con la voz de una sufrida mártir—. ¡Lo único que espero es que no llegue el día en que tenga que acordarse! —Marie se llevó el pañuelo a los ojos.

Desde luego, se hizo un curioso silencio. Por fin, St. Clare se levantó, miró su reloj y dijo que tenía un compromiso en la calle. Eva se marchó tras de él y la señorita Ophelia y Marie se quedaron solas.

—¡Eso es algo típico de St. Clare! —dijo Marie, tirando su pañuelo con ánimos recobrados, cuando el criminal a quien iba destinado no estaba ya al alcance de la vista—. No se da cuenta, no es capaz o no quiere ver lo que estoy sufriendo, y lo que he sufrido, durante años. Si fuera de las que se

quejan por nada, o si hiciera grandes aspavientos por mis dolores, habría razón para ello. Los hombres se cansan, claro está, de las esposas quejicas. Pero yo me lo he guardado todo para mí, y he aguantado y he aguantado, y St. Clare se permite pensar todavía que no sufro nada.

La señorita Ophelia no sabía exactamente qué era lo que se esperaba que debía responder a esto.

Mientras pensaba qué decir, Marie se fue secando las lágrimas y ahuecándose el plumaje de una manera particular, como se supone que se arregla una paloma después de un baño, y empezó una charla doméstica con la señorita Ophelia sobre alacenas, armarios, planchado, despensas y otros asuntos de los que esta última iba a asegurar la dirección, según el acuerdo común, y le daba tantas y tantas precavidas instrucciones y cometidos, que una cabeza menos ordenada y eficaz que la de la señorita Ophelia habría acabado completamente mareada y confusa.

—Y ahora —dijo Marie— me parece que le he dicho todo; así que cuando venga la próxima jaqueca, será usted capaz de dirigirlo todo sin tener que consultarme; solo nos queda hablar de Eva: hay que vigilarla.

—Me parece que es una niña muy buena, de verdad —dijo la señorita Ophelia—; en mi vida he visto una niña mejor.

—Eva es muy especial —dijo su madre—. ¡Hay cosas tan singulares en ella! No es en absoluto como yo, ni un ápice —y Marie suspiró, en manifestación de sincera melancolía.

La señorita Ophelia, en su fuero interno, se dijo: «Esperemos que no se le parezca», pero fue lo bastante prudente como para guardárselo para sí misma.

—Eva siempre ha tenido tendencia a mezclarse con los criados, y pienso que esto podrá ser bueno para algunos niños. Por ejemplo, yo siempre he jugado con los negritos que tenía mi pobre padre y nunca me hizo daño alguno. Pero, de alguna manera, parece como si Eva quisiera ponerse en pie de igualdad con cualquier criatura que esté a su lado. Es algo raro por parte de la niña. Nunca he sido capaz de sacarle eso de la cabeza. Me imagino que es porque St. Clare la anima a actuar así. El hecho es que St. Clare mima a todos los que viven bajo este techo menos a su propia mujer.

La señorita Ophelia permaneció de nuevo en un silencio total.

—Es que no hay otro modo de tratar con los criados —dijo Marie— más que sometiéndolos y teniéndolos bien sometidos. Eso era lo natural para mí desde que era pequeña. Eva basta para mimar a una casa entera. ¿Qué pasará cuando ella tenga que llevar una casa? De verdad que no lo sé. Yo me esfuerzo en ser buena con los criados, y desde luego que lo soy; pero no hay más remedio que ponerlos en su sitio. ¡Y eso Eva nunca lo hace, no hay manera de meterle a esa chiquilla en la cabeza cuál es el lugar de los criados! ¡Ya la ha oído, proponiendo cuidarme por la noche para dejar dormir a Mammy!

—Pero —dijo la señorita Ophelia con franqueza— imagino que piensa que sus criados son criaturas humanas que necesitan algún descanso cuando se encuentran cansados.

—Claro, por supuesto. Me ocupo de que tengan todo lo que les haga falta, lo que sea con tal de que no interfiera en sus obligaciones, ya sabe. Mammy puede recuperar el sueño en otro momento, no hay ningún problema con eso. No he conocido a nadie que duerma como ella: cosiendo, de pie o sentada, esta criatura dormirá y dormirá como sea y donde sea. No hay cuidado con eso, Mammy duerme lo suficiente. Pero tratar a los criados como si fueran flores exóticas o jarrones de porcelana, me parece verdaderamente ridículo —dijo Marie mientras se hundía con languidez en las profundidades de un voluminoso y mullido sillón y se acercaba a la nariz un elegante frasquito de sales de cristal tallado—. Ya ve —continuó en un tono desmayado y señorial, semejante al último aliento de una mata de jazmín de Arabia, o a algo igualmente etéreo—, ya ve usted, prima Ophelia, no hablo a menudo de mí. No está dentro de mis costumbres y no me resulta nada agradable. De hecho, no tengo ni fuerza para hacerlo. Pero hay puntos en los que St. Clare y yo diferimos. St. Clare nunca me ha comprendido, nunca me ha apreciado. Pienso que ese es el origen de mi mala salud. Me inclino a creer que St. Clare tiene buena intención; pero los hombres son intrínsecamente egoístas y desconsiderados con las mujeres. Al menos, esa es la impresión que yo tengo.

La señorita Ophelia, que tenía su buena dosis de la genuina prudencia de Nueva Inglaterra y un particular horror a verse envuelta en conflictos

familiares, empezó a sentir que algo de eso se avecinaba, así que puso una cara de severa neutralidad y, sacando de su faltriquera una labor de calceta que medía ya una yarda y que siempre tenía a su alcance como medicina contra lo que el doctor Watts[1] dice que Satanás hace con los que están desocupados, empezó a tejer de modo sumamente enérgico, apretando los labios de una manera que quería decir, tan claramente como pueden hacerlo las palabras: «No tiene que intentar hacerme hablar. No quiero tener nada que ver en este asunto». La verdad es que expresaba tanta simpatía como un león de piedra. Pero a Marie no le importó. Había encontrado a alguien a quien presentar sus cuitas y se sintió en su deber de charlar y eso le bastaba, y, tras tomar fuerzas al oler de nuevo su frasco de sales, continuó:

—Ha de saber que cuando me casé con St. Clare traje mi dote y mis criados y estoy legalmente capacitada para tratarlos como a mí me parezca. St. Clare aportó su fortuna y sus criados, y a mí no me importa que los lleve a su manera, pero St. Clare se mete en mis asuntos. Tiene unas extrañas y extravagantes ideas sobre las cosas, en especial sobre el trato que hay que dar a los esclavos. Realmente se comporta como si pusiera por delante de mí y por delante de él mismo a nuestros criados, porque les tolera todos los quebraderos de cabeza que le dan y nunca mueve un dedo para castigarlos. Sobre algunas cuestiones, St. Clare es realmente preocupante, a mí me asusta a pesar de que parezca ser una persona afable, habitualmente. Fíjese, se le ha metido en la cabeza que, pase lo que pase, no se azotará a nadie en esta casa, salvo algún golpe que él o yo podamos dar, y lo mantiene de una manera tal que no me atrevo a contradecirle. Bien, ya verá a dónde nos conduce esto; porque St. Clare no levantará su mano ni aunque le pisoteen todos los negros, y yo, ya se imagina usted lo cruel que sería hacer que imponga yo misma los castigos. Así que ya sabe que estos criados no son más que niños grandes.

—¡No sé nada de eso, gracias a Dios! —dijo brevemente la señorita Ophelia.

—Bien, pues ya se enterará tarde o temprano, y a sus expensas, si se queda aquí. No sabe lo provocadores, estúpidos, descuidados, irracionales, infantiles, mimados y desagradecidos que son toda esa pandilla de diablos.

Marie parecía prodigiosamente animada siempre y cada vez que se trataba del tema, y ahora abría bien los ojos y hasta se olvidaba de su languidez.

—Usted no conoce las pruebas diarias que tiene que soportar un ama por su culpa, por todas partes y de todos modos. Pero es inútil quejarse ante St. Clare. Dice cosas de lo más peregrino. Afirma que los hemos hecho como son y que tenemos que soportarlos así. Dice que sus defectos son todos por culpa nuestra y que sería una crueldad cometer la falta y castigarla en otros. Y que nosotros no lo haríamos mejor en su lugar, como si pudiera comparar lo que son ellos con nosotros, ya ve.

—¿No piensa usted que Dios los hizo con la misma sangre que a nosotros? —dijo la señorita Ophelia, con rapidez.

—¡No, desde luego que no! Eso son cuentos, de verdad. Son una raza inferior.

—¿No piensa que tienen un alma inmortal? —preguntó la señorita Ophelia, con una indignación creciente.

—¡Oh, bueno! —dijo Marie, bostezando—. Eso sí, desde luego, nadie lo duda. ¡Pero de ahí a ponerlos en pie de igualdad con nosotros, como si pudiéramos ser comparados, hay una gran distancia! Mire, St. Clare me ha hablado en serio diciéndome que separar a Mammy de su marido era como separarme a mí del mío. No hay términos de comparación. Mammy no puede tener los sentimientos que yo tengo. Es algo completamente diferente, desde luego que lo es, y St. Clare pretende no verlo así. ¡E incluso dice que Mammy quería a sus sucios críos como yo quiero a Eva! Hasta ha intentado convencerme de que era mi deber, a pesar de mi mala salud y de todo lo que sufro, dejar a Mammy que se fuera y tomar a otra camarera en su lugar. Esto fue algo excesivo, incluso para una persona tan sufrida como yo. No muestro mis sentimientos muy a menudo, para mí es un principio soportarlo todo en silencio, es uno de los deberes de la esposa, y lo acepto. Pero en esa ocasión estallé, así que ya no ha vuelto a abordar este tema. Pero sé bien por sus miradas y por las frasecitas que dice que sigue pensando lo mismo que antes, ¡y es tan insistente y tan provocador!

La señorita Ophelia parecía sentirse obligada a decir algo muy a pesar suyo; pero se contentó con agitar sus agujas de punto como si expresara así

algo de sus sentimientos, si Marie hubiera sido capaz de comprenderlos.

—Así que ya ve usted —continuó— con lo que se enfrenta. Una casa donde no rige ninguna regla, donde los criados van a su aire y hacen lo que les da la gana y tienen todo lo que quieren, excepto en lo que yo, con mi débil salud, puedo mantener bajo mi mando. Siempre tengo a mano mi látigo, y algunas veces lo uso, pero es demasiado pesado para mí. Si St. Clare quisiera que esos castigos los impusieran otros, como hacen los demás…

—¿Qué es lo que hacen?

—Bueno, pues mandan sus esclavos al calabozo, o a otros lugares para que los azoten. Si yo no fuera una pobre y débil mujer, me parece que los trataría con el doble de energía que St. Clare.

—¿Y cómo consigue arreglárselas St. Clare? —preguntó la señorita Ophelia—. Dice usted que nunca los pega.

—Bueno, los hombres tienen más autoridad, ya sabe, es más fácil para ellos; además, si le mira bien a los ojos, hay algo particular en su mirada, y cuando habla es una especie de relámpago. Yo misma me asusto, y a los criados debe impresionarles. No puedo hacer con una buena bronca tanto como St. Clare con una de sus miradas, cuando está enfadado. ¡Oh, no hay problema para St. Clare; esa es la razón por la que no tiene sentimientos hacia mí! Pero ya se dará usted cuenta cuando lleve la casa de que no hay más remedio que hacerse respetar con la severidad por delante, pues son malos, mentirosos y perezosos.

—Siempre con la misma canción —dijo St. Clare, deambulando de nuevo por allí—. ¡Qué relato espantoso de las malísimas criaturas estarás contando, especialmente en lo que a la pereza se refiere! Ya ves, prima —dijo, mientras se sentaba en un sillón enfrente del de Marie—, ¡es completamente inexcusable que sean perezosos, teniendo en cuenta el ejemplo que les damos Marie o yo!

—¡Vamos, St. Clare, eres demasiado malo! —dijo Marie.

—¿De verdad lo soy? Yo que creía estar hablando como es debido, cosa bastante notable en lo que a mí respecta. Intento apoyar tus observaciones, Marie, como siempre.

—Sabes muy bien que no es esa tu intención, St. Clare —dijo Marie.

—¡Oh, debo haberme confundido, entonces! Gracias, cariño, por corregirme.

—Verdaderamente, estás intentando provocarme —dijo Marie.

—¡Oh! Vamos, Marie, el día se está caldeando y acabo de tener una larga discusión con Dolph que me ha cansado demasiado; así que te ruego que seas agradable y que dejes a tu rendido amigo reposar en la luz de tu sonrisa.

—¿Pero qué es lo que pasa con Dolph? —preguntó Marie—. El descaro de este chico está llegando a un punto totalmente inaceptable para mí. Lo único que quisiera es tener poder absoluto sobre él por algún tiempo, ya le pondría en su sitio.

—Lo que acabas de decir, cariño, está marcado por tu habitual agudeza y sensatez —dijo St. Clare—. En cuanto a Dolph, el caso es el siguiente: ha estado tanto tiempo imitando mis gracias y virtudes que al fin se ha terminado tomando por su amo y he tenido que darle una pequeña lección para que salga de su error.

—¿Cómo? —dijo Marie.

—Bien, he tenido que hacerle comprender de manera explícita que prefería reservar algunos de mis vestidos para mi uso personal; también le he reprochado su magnanimidad en el gasto de agua de colonia y además he tenido la crueldad de limitar a una docena su dotación de pañuelos de batista. Dolph estaba muy ofuscado por todo esto y he tenido que hablar con él como lo haría un padre, para hacerle entrar en razón.

—¡Oh, St. Clare! ¿Cuándo aprenderás a tratar con los criados? ¡Les consientes todo de una manera abominable! —dijo Marie.

—Bueno, después de todo, ¿qué tiene de malo que un pobre perro quiera ser como su amo? Si no he sido capaz de educarle de mejor manera que hacer que encuentre el bien supremo en el agua de colonia y en los pañuelos de batista, ¿por qué no se los podría dar a él?

—¿Y por qué no lo has educado mejor? —dijo la señorita Ophelia, con obcecada determinación.

—Costaba demasiado; por pereza, prima, por pereza es por lo que se arruinan innumerables almas. Si no fuera por la pereza, yo sería un verdadero ángel. Soy de la opinión de que la pereza es lo que el viejo doctor

Botherem, allá en Vermont, solía llamar «la esencia del mal moral». Desde luego, es una opinión espantosa.

—Pienso que los propietarios de esclavos tienen una gran responsabilidad sobre ellos —dijo la señorita Ophelia—. No me gustaría cargar con ella por nada del mundo. Ustedes están obligados a educar a los esclavos y a tratarlos como a criaturas razonables, como a criaturas eternas, de las que tendrán que responder en el tribunal de Dios. Eso es lo que pienso —dijo la buena señora, estallando repentinamente en un acceso de entusiasmo que había ido cobrando fuerza en su mente durante toda la mañana.

—¡Vamos, vamos! —dijo St. Clare, levantándose rápidamente—. ¡Qué sabrás tú de nosotros! —y se sentó al piano y tocó una animada pieza de música.

St. Clare tenía un marcado talento para la música. Su toque era brillante y firme, y sus dedos recorrían las teclas con un movimiento rápido y alado, suave y a la vez decidido. Tocaba una pieza tras otra, como quien lo hace para recobrar el buen humor. Después de dejar de tocar, se levantó y dijo alegremente:

—Bien, prima, ya nos has echado un buen discurso y cumplido con tu deber; por todo ello te tengo mucho aprecio. No hay duda de que me has lanzado a la cara el auténtico diamante de la verdad, aunque como ves me he dado tal golpe que al principio no he podido apreciarlo.

—Por mi parte, no veo ningún interés en este tipo de charlas —dijo Marie—. Si hubiera alguien que hiciera por los criados más de lo que hacemos nosotros, me gustaría conocerlo, pero eso no les hace ser en absoluto mejores, ni un ápice, sino que van de mal en peor. En cuanto a hablar con ellos, y a cosas así, lo he hecho hasta hartarme y aburrirme para decirles cuál era su deber y explicarles todo; estoy segura de que aunque vayan a la iglesia cuando quieran, no comprenden una sola palabra del sermón, ni se enteran de nada más de lo que lo haría un cerdo; no les sirve de nada, como puedo observar; pero van, y tienen todas las oportunidades que quieren, si bien, como he dicho antes, son una raza inferior y lo serán siempre, y eso no tiene remedio; no se puede sacar partido de ellos ni aun

intentándolo. Ya ve, prima Ophelia, yo lo he intentado, y usted no; yo he nacido y me he criado entre ellos y los conozco bien.

La señorita Ophelia pensó que ya había dicho bastante y se sentó en silencio. St. Clare se puso a silbar una canción.

—St. Clare, te agradecería que no silbaras —dijo Marie—, aumenta mi dolor de cabeza.

—No lo haré, pues —dijo St. Clare—. ¿Hay algo más que quieres que haqa?

—Me gustaría que te compadecieras un poco más de mis sufrimientos, pero tú no sientes nada por mí.

—¡Mi querido ángel acusador! —exclamó St. Clare.

—Me incomoda mucho que me hables así.

—Entonces, ¿cómo quieres que te hable? Hablaré como me digas, como tú quieras, solo para complacerte.

Una alegre risa que venía del patio se filtró entre las cortinas de seda de la galería. St. Clare se asomó y, levantando la cortina, se rio también.

—¿Qué pasa? —dijo la señorita Ophelia, acercándose.

Allí estaba Tom sentado en un pequeño y musgoso banco del patio, con todos los ojales de su camisa llenos de jazmines, mientras Eva, riéndose alegremente, le ponía una guirnalda de rosas alrededor del cuello; después se sentó en sus rodillas, como un pajarillo, riéndose aún:

—¡Oh, Tom, qué gracioso estás!

Tom sonreía benevolente y tranquilo, y en su serenidad parecía disfrutar con la broma tanto como su pequeña ama. Levantó los ojos cuando vio a su amo, con el aire confuso de querer excusarse.

—¿Cómo puede permitirle que haga eso? —dijo la señorita Ophelia.

—¿Por qué no? —respondió St. Clare.

—Bueno, no sé, pero me parece espantoso…

—Aceptarás que no es malo que un niño acaricie a un gran perro, aunque fuera negro; pero que lo haga con una criatura que puede pensar, razonar y sentir y que es inmortal, te da escalofríos; confiésalo, prima. Conozco demasiado bien los sentimientos de los norteños. No es que nosotros tengamos un ápice de virtud por no compartirlos, ya que la costumbre ha reparado lo que el cristianismo debiera haber hecho para terminar con los prejuicios sobre las personas. He observado en mis viajes por el Norte que los prejuicios son mucho más fuertes entre vosotros que aquí[2]. Los negros os producen la misma aversión que una serpiente o un sapo, aunque os indignéis por sus desgracias. No les deseáis el menor mal, pero no queréis tener nada que ver con ellos. Os gustaría mandarlos a África, donde no pudierais verlos ni olerlos, y enviarles un misionero o dos para que ejerciera allí la misión de educarlos y elevar sus espíritus con pocos gastos. ¿No es eso?

—Bien, primo, tal vez haya algo de verdad en lo que dices —dijo la señorita Ophelia, pensativa.

—¿Qué harían los pobres y los de abajo sin los niños? —dijo St. Clare, apoyado en la balaustrada y mirando a Eva, que se marchaba de la mano de Tom—. La niñita es la única auténtica demócrata. Tom es un héroe para Eva, sus historias son maravillas ante sus ojos, sus canciones e himnos metodistas son para ella mejores que la ópera, y su bolsillo lleno de juegos y de chucherías, una verdadera mina de diamantes, y él, el más maravilloso Tom que haya existido con una piel negra. Esta es una rosa del Edén que Dios ha dejado caer a propósito para los pobres y los sometidos, que obtienen demasiado poco por otros medios.

—¡Qué extraño, primo! —dijo la señorita Ophelia—. Uno pensaría que eres un profesor, al oírte hablar.

—¿Un profesor? —preguntó St. Clare.

—Sí, un profesor de religión.

—Pues no lo soy; no soy un profesor, como dirían tus conciudadanos, y, lo que es peor, siento mucho no ser ni tan siquiera un practicante.

—Entonces, ¿qué es lo que te hace hablar así?

—No hay nada tan fácil como hablar —dijo St. Clare—. Me parece que Shakespeare le hace decir a alguno de sus personajes: «Puedo mostrar con más facilidad veinte buenas acciones que se podrían hacer que realizar yo mismo una de ellas para seguir mis enseñanzas»[3]. No hay nada como la división del trabajo, y mi fuerte, prima, es hablar, mientras que el tuyo es pasar a la acción.

La situación de Tom, en este momento, no dejaba nada que desear, como bien podría decirse. La predilección que sentía por él la pequeña Eva, fruto del instintivo agradecimiento y cariño de una noble criatura, había llevado a la niña a pedirle a su padre que permitiera que Tom fuera su acompañante particular, cada vez que necesitara la escolta de un criado en sus paseos a pie o a caballo; y Tom tenía órdenes de dejarlo todo y ocuparse de la señorita Eva cada vez que ella lo deseara, órdenes que, como nuestros lectores pueden imaginar, estaban muy lejos de ser desagradables para él. Siempre iba muy bien vestido, porque St. Clare era muy puntilloso en este particular. Sus servicios en la cuadra eran una mera sinecura, y consistían simplemente en el cuidado e inspección diarios del trabajo de un criado a sus órdenes que le relevaba de las tareas con los caballos, ya que Marie declaró que no podría soportar el olor de las caballerizas cuando se acercara a ella, y, desde luego, no podía realizar ningún cometido que le hiciera desagradable para ella, pues su sistema nervioso no estaba preparado, en modo alguno, para soportar una prueba de tal naturaleza, ya que una bocanada de un olor desagradable podía ser suficiente para acabar con ella y terminar con todos sus padecimientos terrenales de una vez por todas. Así que Tom vestía un traie de paño tan bien cepillado, con sombrero de piel de castor, botas relucientes, puños y cuellos tan impecables, que su negra cara, seria y bondadosa, parecía tan respetable como la de un obispo de Cartago, como la de los hombres de su color que ocuparon dicha sede en otros tiempos.

Y además se encontraba en un hermoso lugar, algo a lo que su sensible raza no ha sido nunca indiferente; y disfrutaba con una serena alegría de los pájaros, las flores, las fuentes, el perfume y la luz y la belleza del patio, las colgaduras de seda, los cuadros, las lámparas de araña, las estatuillas y las molduras doradas, que convertían para él los salones en una especie de palacio de Aladino.

Cuando África esté en grado de disponer de gente preparada y culta, y ya llegará un día el momento en que desempeñe un papel en el reparto del teatro del progreso humano, la vida despertará allí con una belleza y un esplendor que nuestras frías tribus del Norte no pueden imaginar más que vagamente. En esa lejana tierra de oro, gemas, especias, palmeras ondulantes, flores maravillosas y milagrosa fertilidad, se despertarán nuevas formas de arte, nuevos estilos de esplendor; y la raza negra, que ya no será despreciada ni maltratada, podrá mostrar, tal vez, algunas de las últimas y más extraordinarias manifestaciones de la vida humana[4]. Desde luego que lo hará, por su amabilidad, por su humilde docilidad de corazón, por su mansedumbre para confiar en una mente superior y su facilidad para someterse a un poder más elevado, por su sencillo cariño infantil y su facilidad para perdonar. En todo esto presentará la más elevada forma de esta particular vida cristiana; quizá Dios, que pone a prueba a los que ama, ha elegido a la pobre África para fraguarla con sus sufrimientos, para hacer de ella la más elevada y noble de los reinos terrenales, cuando los demás reinos sean juzgados y condenados; porque los primeros serán los últimos, y los últimos, los primeros[5].

¿Acaso pensaba en ello Marie St. Clare, mientras permanecía en la galería, espléndidamente vestida, un domingo por la mañana, ajustando una pulsera de diamantes a su delgada muñeca? Lo más seguro es que así fuera. O si no, sería algo semejante, porque Marie fomentaba las buenas obras, y se iba en este momento, llena de energía, cubierta de diamantes, sedas, encajes y joyas, a una elegante iglesia para cumplir sus deberes religiosos. Marie siempre había sido muy estricta en demostrarse extremadamente piadosa los domingos. Y allí estaba, tan delgada, tan elegante, tan aérea y

ondulante en todos sus movimientos, con su mantilla de encaje envolviéndola como el rocío. Parecía una criatura llena de gracia, y se sentía muy buena y muy elegante a la vez. La señorita Ophelia estaba a su lado, ofreciendo un perfecto contraste. No porque no llevase un hermoso vestido de seda y un chal y un pañuelo tan fino como el suyo, sino porque su rigidez, complexión angulosa y cerrada honradez la envolvían con una indefinida y apreciable presencia, como la gracia lo hacía con su elegante vecina; ¡pero no la gracia de Dios, que es algo muy diferente!

—¿Dónde está Eva? —preguntó Marie.

—Se ha detenido en la escalera para decirle algo a Mammy.

¿Qué es lo que estaba diciendo Eva a Mammy en las escaleras? Atiende, lector y lo podrás oír, aunque Marie no pueda.

—Querida Mammy, sé que te duele la cabeza de un modo espantoso.

—¡Que Dios la bendiga, señorita Eva! Siempre me está doliendo la cabeza estos últimos tiempos. No tienes que preocuparte.

—Bien, me alegra mucho que vayas a salir, así que toma —y la niña le echó los brazos al cuello—. Mammy, debes llevarte mi frasco de sales.

—¡Cómo! ¡Tu frasquito de oro con diamantes! Por Dios, señorita, eso no estaría bien.

—¿Por qué no? Tú lo necesitas y yo no. Mamá siempre lo usa para su dolor de cabeza; ya verás cómo te sentirás mejor.

—¡Escucha lo que dice la niñita querida! —dijo Mammy, mientras Eva le ponía el frasco en su regazo; dándole un beso, corrió escaleras abajo a reunirse con su madre.

—¿En qué te estabas entreteniendo? —preguntó Marie.

—Nada más me he parado un momento para darle a Mammy mi frasco de sales, para que lo pueda llevar a la iglesia.

—Eva —dijo Marie, impaciente y golpeando el suelo con el pie—. ¡Tu frasco de sales de oro se lo has dado a Mammy! ¿Cuándo aprenderás lo que es conveniente? ¡Ve inmediatamente a que te lo devuelva!

Eva pareció abatida y triste, y se volvió lentamente.

—Te digo, Marie, que dejes a la niña en paz; debe hacer lo que ella quiera —dijo St. Clare.

—St. Clare, ¿y cómo piensas que se las va a arreglar en el mundo? —preguntó Marie.

—Dios lo sabrá —dijo St. Clare—, pero llegará al reino de los cielos mejor que tú o que yo.

—¡Oh, papá, no digas eso! —dijo Eva tocándole el codo con delicadeza —. Vas a molestar a mamá.

—Bien, primo, ¿estás preparado para venir a la iglesia? —dijo la señorita Ophelia, volviéndose bruscamente hacia St. Clare.

—Yo no voy, gracias.

—Me gustaría que St. Clare quisiera acompañarme alguna vez a la iglesia —dijo Marie—, pero no tiene un ápice de piedad. No es en absoluto respetable.

—Ya lo sé —dijo St. Clare—. Vosotras las damas vais a la iglesia para aprender cómo comportaros en la vida, me imagino, y vuestra religiosidad se refleja sobre nosotros dándonos un viso de respetabilidad. Si alguna vez fuera a la iglesia, iría a la de Mammy; por lo menos allí pasan cosas que le mantienen a uno despierto.

—¡Cómo! ¿Esos ruidosos metodistas? ¡Es horrible! —dijo Marie.

—Cualquier cosa antes que el mar muerto de vuestras respetables iglesias, Marie. Desde cualquier punto de vista, es pedirme demasiado que vaya allí. Eva, ¿a ti te gusta ir? Anda, ven y quédate conmigo en casa y jugaremos juntos.

—Gracias, papá; pero prefiero ir a la iglesia.

—¿Pero no es tremendamente aburrido? —dijo St. Clare.

—Creo que sí es un poco aburrido —dijo Eva—, y también me da sueño, pero intento mantenerme despierta.

—Entonces, ¿por qué vas?

—Bueno, ya sabes, papá —susurró la niña—, la prima me dijo que Dios quería que lo hiciéramos, y que nos dará lo que le pidamos, y no es mucho ir allá si Él quiere que lo hagamos. Al fin y al cabo no es tan aburrido.

—¡Alma bendita y adorable! —dijo St. Clare, besándola—. Vete, hija, eres muy buena, y reza por mí.

—Claro que sí. Siempre lo hago —dijo la niña, mientras seguía a su madre al carruaje.

St. Clare permanecía junto a la escalinata y le enviaba besos con la mano, mientras el coche se alejaba; tenía gruesas lágrimas en los ojos.

—¡Oh, Evangeline! ¡Qué bien te va tu nombre! —dijo—. ¿No ha hecho Dios que seas un evangelio[6] para mí?

Sintió esto durante un instante; después se puso a fumar un cigarro y a leer el *Picayune*[7] y olvidó su pequeño Evangelio. ¿Era muy diferente de los demás?

—Mira, Evangeline —le dijo su madre—, siempre está bien y es correcto ser amable con los criados, pero lo que no está bien es tratarlos igual que lo haríamos con nuestros amigos o con personas de nuestra misma clase. Por ejemplo, si Mammy se pusiera enferma, no querrías ponerla en tu cama.

—Pues claro que me gustaría, mamá —dijo Eva—, porque así la tendría más a mano para poder cuidarla, y porque, como sabes, mi cama es mejor que la suya.

Marie se sumió en un estado de profunda desesperación ante la falta total de sentido que mostraba la respuesta de su hija.

—¿Qué puedo hacer para que esta niña me entienda? —dijo.

—Nada —dijo la señorita Ophelia, expresivamente.

Eva pareció apenada y desconcertada durante unos instantes, pero los niños, por suerte, no conservan una impresión mucho tiempo, y poco después reía alegremente ante las diversas cosas que veía por la ventanilla del coche, mientras este seguía adelante.

—Bien, señoras —dijo St. Clare cuando se hubieron sentado todos cómodamente a la mesa—, ¿cuál ha sido el programa en la iglesia hoy?

—¡Oh, el doctor G… nos dio un sermón espléndido! —dijo Marie—. Era un sermón que te convendría escuchar, refleja mis opiniones de una manera muy exacta.

—Debe de haberlas mejorado mucho —dijo St. Clare—, y el tema debía de ser muy amplio.

—Bueno, quiero decir, mi visión de la sociedad y de cosas así —dijo Marie—. El texto era «Él ha hecho todo hermoso en todas partes»; y el

pastor ha mostrado cómo todos los estamentos, órdenes y diferencias de la sociedad vienen de Dios; y esto de modo tan apropiado y tan bonito, ya sabes, que tiene que haber unos arriba y otros abajo, y que unos han nacido para dirigir y otros para obedecer, y todo eso, ya sabes; y lo aplicaba a ese ridículo escándalo que se está dando acerca de la esclavitud, y probaba claramente que la Biblia estaba de su parte y que apoyaba todas nuestras instituciones de manera muy convincente. Me hubiera gustado, de verdad, que lo oyeras.

—¡Oh, no me hace falta! —dijo St. Clare—. Puedo leer cosas tan moralizantes en el *Picayune* cuando quiera, y además fumar mi cigarro al mismo tiempo, cosa que no podría hacer en la iglesia, desde luego.

—¡Cómo! —dijo la señorita Ophelia—. ¿Tú no compartes esas opiniones?

—¿Quién, yo? Sabes que soy un perro tan desgraciado en estos asuntos de religión que temas de este tipo no contribuyen a edificarme demasiado. Si tuviera que decir algo sobre la cuestión de la esclavitud, diría de manera directa y llana: «Somos partidarios, tenemos esclavos y pensamos conservarlos, por nuestra conveniencia y por nuestro interés»; porque esto es el resumen de todo el asunto, esto es a lo que se reduce toda esa palabrería santificada, a fin de cuentas; y pienso que así sería comprensible para todos y en todo lugar.

—¡Pienso, Augustine, que eres muy irreverente! —dijo Marie—. Me parece escandaloso oírte hablar así.

—¡Escandaloso! Esa es la verdad. Esta charla religiosa sobre estos temas, ¿por qué no la llevan un poco más adelante hasta mostrar la belleza, en su lugar, de un joven que tiene una copa de más y que trasnocha jugando a las cartas? Y otras muchas cosas que ha dispuesto la Providencia que son muy frecuentes entre nuestros jóvenes; me gustaría oír que también eso está bien y que está inspirado por Dios.

—Bien —dijo la señorita Ophelia—. ¿Tú piensas que la esclavitud es justa o injusta?

—No voy a tener en absoluto la simplicidad horrible de los de Nueva Inglaterra, prima —dijo St. Clare alegremente—. Si contesto a esta pregunta, sé que me harás una docena más, cada una más difícil que la

anterior, y no estoy muy seguro de definir ahora mi posición. Soy de los que viven tirando piedras a los tejados de los demás, pero no al mío propio.

—Así exactamente es como habla siempre —dijo Marie—. No se puede conseguir de él explicación alguna. Me parece que como no le gusta nada la religión, es por lo que se anda siempre con evasivas.

—¡Religión! —dijo St. Clare en un tono que hizo que las dos damas le miraran—. ¡Religión! ¿Llamáis religión a eso que escucháis en la iglesia? ¿Es religión eso que puede ser doblado y vuelto al revés, que sube y que baja, para acomodarse a todas las tortuosas fases de esta sociedad egoísta y mundana? ¿Es acaso religión algo que tiene menos escrúpulos, menos generosidad, menos justicia y menos consideración por el hombre de la que siente un ser como yo, de naturaleza impía, mundana y ciega? No, cuando pienso en la religión, pienso en algo superior a mí, y no en algo inferior.

—Entonces, tú crees que la Biblia justifica la esclavitud —dijo la señorita Ophelia.

—La Biblia era el libro de mi madre —dijo St. Clare—. Por ella vivió y murió, y siento mucho tener que decir esto. Me gusta tanto como tener pruebas de que mi madre hubiera bebido *brandy*, mascado tabaco y jurado como medio para convencerme de que es bueno hacer estas cosas. En mi fuero interno no me daría ninguna satisfacción hacer esas cosas yo mismo y, además, me quitaría el consuelo de respetarla a ella, porque, realmente, es un consuelo en este mundo tener a alguien o algo que respetar. En resumen, ya ves —dijo de repente recobrando su tono alegre—, lo único que quiero es que cada cosa se ponga en el lugar que le corresponde. El marco de la sociedad, tanto en Europa como en América, está hecho de ciertos valores que no soportarían el escrutinio de ningún ideal moral. Está generalmente admitido que los hombres no aspiran a la justicia absoluta, sino que lo que quieren es actuar como los demás. Ahora bien, cuando uno habla como un hombre y dice que necesitamos la esclavitud en beneficio propio, pues no podemos prescindir de ella y nos arruinaríamos si desapareciese, y que desde luego es por eso por lo que la queremos mantener, emplea un lenguaje fuerte, claro y bien definido; tiene la decencia de ir con la verdad por delante; y si pudiéramos juzgar por sus actos, una gran mayoría de gente lo admitiría. Pero cuando uno empieza a poner cara larga, a hablar por

la nariz y a citar las Sagradas Escrituras, me inclino a pensar que no es mucho mejor que los demás.

—Tienes muy poca caridad —dijo Marie.

—Bien —dijo St. Clare—, imagina que algo hiciera caer el precio del algodón de una vez por todas y que el comercio de esclavos no fuera ya lucrativo, ¿no piensas que tendríamos muy pronto otra versión de la doctrina de las Escrituras? ¡Qué torrente de luz caería en la iglesia, por completo y de golpe, y cómo inmediatamente se descubriría que todos los argumentos de la Biblia y de la razón eran del todo distintos!

—Mira, en cualquier caso —dijo Marie, mientras se reclinaba en un sillón—, me felicito por haber nacido en un lugar donde existe la esclavitud, pues creo que está bien; además, siento que así debe ser; y, desde luego, estoy segura de no poder vivir de otra manera.

—Y tú, bonita, ¿qué piensas? —preguntó su padre a Eva, que entró en ese precioso momento con una flor en la mano.

—¿Qué pienso de qué, papá?

—Qué preferirías tú: ¿vivir como lo hacen en casa de tu tío, allá en Vermont, o tener una casa llena de criados como nosotros aquí?

—Desde luego, es mucho más agradable como nosotros —dijo Eva.

—¿Y eso por qué? —dijo St. Clare, acariciándole la cabeza.

—Pues porque así tenemos más personas a las que querer, ya sabes —dijo Eva, mirando a su padre con atención.

—Bueno, ¡esta sí que es una de las salidas de Eva! —dijo Marie—. ¡Es uno de sus extraños discursos!

—¿Es un discurso extraño, papá? —dijo Eva, susurrando, en cuanto se subió a sus rodillas.

—Bastante extraño, si se tiene en cuenta cómo va el mundo, mi niña —dijo St. Clare—. Pero ¿dónde se ha metido la nenita Eva durante la comida?

—¡Oh! He estado arriba, en la habitación de Tom, oyéndole cantar, y la Tía Dinah me ha dado de cenar.

—¿Así que oyendo cantar a Tom, eh?

—¡Sí, sí! Canta cosas tan bonitas sobre la nueva Jerusalén… y los ángeles relucientes… y la tierra de Canaán…

—¿Es mejor que la ópera, no?

—Sí, y me las va a enseñar.

—Así que lecciones de canto, ¿eh? Estás aprendiendo mucho.

—Sí, él canta para mí, y yo le leo mi Biblia, y él me explica lo que quiere decir, ya sabes.

—¡Dios mío! —dijo Marie—. ¡Este es el chiste más bueno de la temporada!

—Tom no lo hace mal, desde luego, si se trata de explicar las Escrituras, podría jurarlo —dijo St. Clare—. Tom tiene un talento especial para la religión. Le he pedido que sacara los caballos esta mañana temprano y entré en la garita que tiene junto a las cuadras, y allí le oí recogido sobre sí mismo; de hecho, no he oído nada tan sabroso como las oraciones de Tom desde hace mucho tiempo. Rezaba por mí, con un celo casi apostólico.

—Quizá suponía que estabas escuchando. Ya he visto ese truco antes.

—Si lo hizo, no se demostró muy educado, porque le dio a Dios su opinión sobre mí con entera libertad. Tom parecía pensar que, decididamente, hay lugar para que yo mejore y parecía muy deseoso de que me convirtiera.

—Espero que eso te llegue al corazón —dijo la señorita Ophelia.

—Supongo que tú serás de la misma opinión —dijo St. Clare—. Bueno, ya veremos, Eva, ¿no te parece?

Capítulo XVII
La resistencia del hombre libre

Había un agradable revuelo en la casa de los cuáqueros mientras la tarde iba cayendo. Rachel Halliday se movía sin ruido de un lado para otro, echando mano, de la manera más rápida posible, entre sus despensas y armarios a cuanto les pudiera ser útil a sus huéspedes, que salarían a la aventura aquella noche.

Las sombras de la tarde se alargaban más y más hacia el Este, el sol rojo y redondo permaneció pensativo en el horizonte y sus rayos brillaron amarillos y tranquilos en el pequeño dormitorio donde George y su mujer se encontraban sentados. Él tenía al niño sentado en las rodillas y había tomado la mano de su mujer en la suya. Los dos parecían preocupados y serios y sobre sus mejillas se podían ver huellas de lágrimas.

—Sí, Eliza —dijo George—. Sé que todo lo que estás diciendo es verdad. Eres muy buena, mucho mejor que yo; intentaré hacer lo que me dices. Voy a tratar de comportarme como un hombre que se merece su libertad. Intentaré sentir como un cristiano. Dios todopoderoso sabe que procuro hacer el bien y que me he esforzado todo lo que he podido cuando todo estaba contra mí. Ahora voy a olvidar todo mi pasado y a abandonar los sentimientos de amargura y de desazón, leeré mi Biblia y aprenderé a ser un hombre de bien.

—Y cuando lleguemos a Canadá —dijo Eliza—, yo te ayudaré. Sé coser muy bien los vestidos, y el lavado y planchado de prendas delicadas no tiene secretos para mí; entre los dos encontraremos algo para ganarnos la vida.

—Sí, Eliza, mientras nos tengamos el uno al otro y a nuestro niño. ¡Oh Eliza! ¡Si esta gente pudiera saber la bendición que supone para un hombre

el sentir que su mujer y su hijo le pertenecen! Muchas veces me lo he preguntado al ver a hombres que podían decir que sus mujeres e hijos eran sus únicas preocupaciones y que no tenían nada más por lo que inquietarse. Mira, me siento rico y fuerte, aunque solo tenga mis manos desnudas. Siento como si apenas le pudiera pedir a Dios algo más. Sí, aunque he trabajado duro cada día hasta hoy, aunque no tenga un céntimo, ni un techo que me cobije, ni un pedazo de tierra que pueda decir que es mío, si con todo esto solamente me dejaran irme en paz ahora, me daría por satisfecho y hasta les quedaría agradecido. Trabajaré de firme para mandar el dinero por ti y por el niño. En cuanto a mi antiguo amo, ha sido pagado más de cinco veces por todo lo que ha hecho por mí. No le debo nada.

—Pero todavía no estamos fuera de peligro —dijo Eliza—, aún no estamos en Canadá.

—Es verdad —dijo George—, pero me parece oler ya el aire de la libertad y eso me da fuerzas.

En ese momento se oyeron voces en la habitación contigua, una conversación seria, y al poco tiempo llamaron a la puerta. Eliza abrió.

Allí estaba Simeon Halliday y, con él, un hermano cuáquero a quien presentó como Phineas Fletcher. Phineas era alto y enjuto, pelirrojo, con una expresión de gran agudeza y sagacidad en su cara. No tenía el aspecto plácido, silencioso y abstraído de Simeon Halliday; al contrario, le caracterizaba un particular desparpajo y un aire de estar al corriente de lo que pasaba, como un hombre que se precia más bien de saber lo que hay a su alrededor y de estar alerta, peculiaridades que contrastaban extrañamente con su ala ancha y sus frases formales[1].

—Nuestro amigo Phineas ha descubierto algo de importancia que puede interesaros a vosotros y a toda la partida, George —dijo Simeon—; os conviene oírlo.

—Tengo una virtud —dijo Phineas— que prueba la utilidad de dormir con la oreja lista en algunos lugares, como siempre he dicho. Anoche me detuve en una pequeña posada solitaria en medio del camino. ¿Te acuerdas del sitio, Simeon, donde vendimos manzanas el año pasado a esa mujer gorda con unos enormes pendientes? Bueno, yo estaba cansado, pues había hecho un largo camino a caballo, y después de cenar me acomodé en un

montón de sacos que había en un rincón y me puse encima una piel de búfalo a la espera de que mi cama estuviera preparada y, como me suele pasar, me quedé dormido enseguida.

—¿Con la oreja despierta, Phineas? —preguntó Simeon, con calma.

—No. Dormí con orejas y todo, durante una hora o dos, porque estaba pero que muy cansado; pero cuando me desperté un poco, me encontré con que había otros hombres en la habitación, sentados alrededor de una mesa, bebiendo y hablando; y pensé antes de levantarme que sería mejor quedarme para ver qué tramaban, especialmente cuando oí que decían algo sobre los cuáqueros. «Así que —decía uno— están, sin duda, en la colonia cuáquera». Entonces escuché con las dos orejas y comprendí que estaban hablando de este mismo grupo. Por eso me quedé echado y me enteré de todos los planes que estaban haciendo. Este joven, decían, sería enviado de vuelta a su amo, quien iba a darle un escarmiento para informar a los esclavos negros de lo que pasa cuando se escapan. Dos de ellos llevarían a su mujer a Nueva Orleans para venderla por cuenta propia y sacar unos seiscientos u ochocientos dólares por ella. El niño, decían, iría a parar a un traficante que lo había comprado. Y, además, el joven Jim y su madre serían devueltos a sus amos de Kentucky. Dijeron que había dos guardias en una pequeña ciudad, un poco más lejos, que vendrían con ellos para capturarlos. Llevarían a la mujer ante un juez para declarar ante él que les pertenecía, pues un hombre pequeño de voz nasal estaba dispuesto a jurarlo así para que les extendiera el certificado de propiedad y poder llevarla luego al Sur. Deben estar al corriente del camino que queremos tomar esta noche y estarán detrás de nosotros entre seis y ocho tipos fornidos.

—¿Qué es lo que se puede hacer ante esto?

El grupo adoptó diversas actitudes tras escuchar estas informaciones, y el conjunto merecía haber sido retratado por un pintor. Rachel Halliday, que había sacado las manos de una hornada de bizcochos al oír las noticias, se quedó con ellas en alto y enharinadas, expresando una intensa preocupación en su rostro. Simeon parecía sumido en sus pensamientos; Eliza le echó los brazos a su marido alrededor del cuello y le miraba. George permaneció en pie, con las manos crispadas y los ojos centelleantes como cualquier otro hombre podría mirar a su esposa que va a ser vendida en una subasta y a su

hijo entregado al traficante, todo ello protegido por las leyes de una nación cristiana.

—¿Qué haremos, George? —preguntó Eliza con voz desmayada.

—Ya sé lo que yo tengo que hacer —dijo George, mientras entraba en la pequeña habitación y empezaba a examinar unas pistolas.

—¡Ay, ay! —dijo Phineas moviendo la cabeza.

—Ya lo veo —dijo Simeon lanzando una mirada—, y ruego a Dios que no pase nada.

—Yo no quiero comprometer a ninguno de ustedes conmigo o por mi causa —dijo George—. Si ustedes pudieran dejarme un vehículo y darme algunas indicaciones, me las arreglaría hasta el siguiente puesto. Jim tiene la fuerza de un gigante y es valiente como la muerte y la desesperación, igual que yo.

—¡Ah, muy bien, amigo! —dijo Phineas—. Pero necesitarás un guía para todo eso. Te dejamos a ti la tarea de la lucha, puedes hacerte cargo; pero yo sé unas cuantas cosas sobre el camino que tú no conoces.

—Pero es que no quiero comprometerlos —dijo George.

—Comprometernos… —dijo Phineas con una curiosa expresión astuta —. Cuando me comprometas, házmelo saber.

—Phineas es un hombre prudente y capaz —dijo Simeon—, te conviene confiar en él y… —añadió, poniendo la mano con suavidad sobre el hombro de George y señalando las pistolas—: no te precipites con ellas, la sangre joven es muy caliente.

—No atacaré a ningún hombre —dijo George—. Todo lo que le pido a este país es que me dejen marchar en paz —se detuvo y su ceño se oscureció y su rostro se contrajo—. Una hermana mía ha sido vendida en el mercado de Nueva Orleans. Sé muy bien para lo que las venden; ¿y voy a quedarme pasmado y ver cómo me quitan a mi esposa y la venden, cuando Dios me ha dado unos buenos brazos para defenderla? ¡No, Dios me ayudará! Lucharé hasta mi último aliento antes de que puedan arrebatarme a mi mujer y a mi hijo. ¿Acaso podéis condenarme por esa acción?

—Ningún mortal podría condenarte, George. La carne y la sangre no pueden obrar de otra manera —dijo Simeon—. Maldito sea el mundo por sus pecados, pero malditos sean aquellos que cometen los pecados.

—¿No haría usted lo mismo en mi lugar?

—Ruego a Dios que no me ponga a prueba; la carne es débil.

—Pienso que mi carne sería bastante fuerte en este caso —dijo Phineas estirando unos brazos como unas aspas de molino—. No estoy seguro, amigo George, de no tener que luchar contra uno de esos tipos en tu favor si tuvieras algunas cuentas que saldar con ellos.

—Si le fuera permitido al hombre resistir el mal en alguna ocasión —dijo Simeon—. George debería sentirse ahora libre para hacerlo; pero los guías de nuestro pueblo nos enseñan un modo mejor, pues la ira de un hombre no vale la justicia de Dios; sin embargo, esto es contrario a los deseos corruptos del hombre y nadie puede vencerlos salvo los que tienen una gracia especial. Roguemos al Señor para no ser sometidos a la tentación.

—Y lo mismo digo yo —dijo Phineas—; pero si nos tienta demasiado… Bueno, ya lo verán, eso es todo.

—Se ve muy claro que no has nacido cuáquero[2] y que tu antigua naturaleza todavía es muy fuerte en ti.

A decir verdad, Phineas había sido un arrojado hombre del bosque, con buenos puños, gran vigor y excelente puntería; pero se enamoró de una hermosa cuáquera y subyugado por sus encantos decidió unirse a la sociedad de «amigos» que le era vecina; y aunque era un miembro honrado, sobrio y eficiente y no se podía alegar nada en concreto contra él, los cuáqueros más espirituales no podían sino notar en él una falta de tacto en sus explicaciones.

—El amigo Phineas siempre tendrá sus propias maneras de hacer las cosas —dijo Rachel Halliday sonriendo—, pero nosotros pensamos que tiene el corazón en su sitio a pesar de todo.

—Bien —dijo George—, ¿no sería mejor que nos fuéramos ya?

—Me he levantado a las cuatro en punto y he venido a toda velocidad, casi dos o tres horas por delante de ellos, si salen a la hora que habían planeado. En cualquier caso, no es seguro partir antes de que haya oscurecido, ya que hay algunas malas personas en los pueblos vecinos que podían interferir si ven nuestro carromato y que nos retrasarían más que si esperamos, pero en dos horas creo que podremos aventurarnos. Iré a hablar con Michael Cross y le pediré que venga detrás con su veloz jaca y que vigile bien el camino para avisarnos si se presentara alguna dificultad. Michael tiene un caballo que puede adelantar a todos los demás, y podría precedernos y avisarnos si hubiera algún peligro. Me marcho ahora mismo a prevenir a Jim y a la anciana para que estén preparados y atentos al caballo. Les sacamos bastante ventaja y tenemos una buena posibilidad de llegar al próximo puesto antes de que nos den alcance. Así que anímate, George, este no es el primer apuro serio en el que me he visto con los de tu pueblo —dijo Phineas mientras cerraba la puerta.

—Phineas es muy astuto —dijo Simeon—. Hará todo cuanto pueda por ti, George.

—Lo único que siento —dijo George— es el riesgo que les estoy haciendo correr.

—Te agradecería mucho, amigo George, que no mencionaras más eso. Lo que hacemos, lo hacemos siguiendo nuestra conciencia y no podemos actuar de otra manera. Y ahora, madre —dijo volviéndose hacia Rachel—,

date prisa con los preparativos para estos amigos, porque no tenemos que dejarlos marchar sin haber cenado.

Y mientras Rachel y sus hijos se atareaban preparando tortitas de maíz y cocinando jamón y pollo y apresurándose en todos los detalles de la cena, George y su esposa se sentaron en su pequeña habitación, abrazándose el uno al otro y conversando como lo harían un marido y una mujer que saben que dentro de pocas horas, tal vez, se separen para siempre.

—Eliza —dijo George—, otros tienen amigos, casas, tierras, dinero, y no se pueden amar todas esas cosas como nos amamos el uno al otro, pues no tenemos nada más. Hasta que te conocí, Eliza, nadie me había amado, salvo mi pobre y desdichada madre y mi hermana. Vi a la pobre Emily la mañana que el traficante se la llevó. Vino hasta el rincón donde estaba echado para dormir y me dijo: «Pobre George, tu último ser amigo se marcha. ¿Qué será de ti, pobrecito?». Y yo me levanté y le eché los brazos al cuello, lloré y sollocé, y ella también lloraba; y esas son las últimas palabras amables que he escuchado durante diez largos años; mi corazón estaba marchito y lo sentía tan seco como las cenizas hasta que te conocí. Y gracias a tu amor, pues de verdad era casi como salvarle a uno de la muerte, me convertí en un hombre nuevo. Así que ahora, Eliza, daré hasta la última gota de mi sangre, pero no te separarán de mí. Si alguien lo consigue, tendrá que ser pasando por encima de mi cadáver.

—¡Dios mío, ten piedad de nosotros! —dijo Eliza llorando—. Si tan solo quisiera que salgamos juntos de este país… es lo único que le pedimos.

—¿Estará Dios de su parte? —dijo George dirigiéndose menos a su mujer que expresando sus amargos pensamientos—. ¿Ve acaso lo que hacen? ¿Por qué permite que sucedan cosas así? Nos dicen que la Biblia está de su parte y, desde luego, tienen todo el poder. Son ricos, están sanos, felices, practican la religión en sus iglesias esperando ir al cielo y se las arreglan muy bien en el mundo, con todas las facilidades posibles para ellos. Y los pobres, honrados y fieles cristianos, tan buenos cristianos como puedan serlo ellos, muerden el polvo bajo sus pies. Los compran y los venden, y comercian con su sangre, con sus lamentos y sus lágrimas, y Dios se lo permite.

—Amigo George —dijo Simeon desde la cocina—, escucha este salmo, creo que te confortará.

George se acercó a la puerta, y Eliza, enjugándose las lágrimas, fue hacia allá mientras Simeon leía lo que sigue:

—«Casi he perdido pie: he estado a punto de caer. Porque envidiaba a los tontos cuando veía la prosperidad de los malvados. No tienen las dificultades de otros hombres ni padecen sufrimientos como los demás. Además, el orgullo los ata como una cadena y la violencia los cubre como un manto. Sus ojos miran desde rostros lustrosos, tienen más de lo que pueden desear. Están corrompidos y hablan con perfidia sobre la opresión, son altaneros. Entonces el pueblo de Dios se rebela, pues las aguas del vaso desbordan, y se pregunta: ¿Cómo es que Dios no lo sabe? ¿Tiene algún conocimiento de ello el Altísimo?»[3]. ¿No es así como piensas tú, George?

—Desde luego que sí —dijo George—; hasta tal punto que lo podría haber escrito yo mismo.

—Entonces, escucha —continuó Simeon—: «Cuando pensé que sabía todo esto, me resultó demasiado doloroso, hasta que fui a la morada de Dios. Entonces comprendí cómo iban a terminar. Seguramente tú los colocaste en lugares resbaladizos y los dejaste ir a su perdición. Como aquel que se despierta de un sueño, así, santo Dios, los despreciarás cuando te despiertes. En cambio, yo estoy continuamente contigo; tú me has tomado por la mano derecha. Tú me has guiado con tus consejos y al final me recibirás en tu gloria. Es bueno para mí estar cerca de Dios. He puesto mi confianza en Dios nuestro Señor»[4].

Estas palabras de fe, pronunciadas por el amistoso hombre de edad, penetraron como una música sagrada en el espíritu inquieto y exasperado de George, y cuando terminó se sentó con una expresión de mansedumbre en sus hermosos rasgos.

—Si no hubiera más que este mundo, George —dijo Simeon—, podrías preguntarte, desde luego, dónde está Dios. Pero, a menudo, los más desvalidos en esta vida son los elegidos para su reino. Confía en Él y no te importe lo que te suceda en este mundo porque Él lo reparará todo al final.

Si esas palabras las hubiera pronunciado algún inmoderado y superficial predicador, en cuya boca solo hubieran supuesto una piadosa y retórica

figura apropiada para emplearla con los que sufren, seguramente no habrían tenido mucho efecto; pero viniendo de alguien que cada día, y con una gran tranquilidad, corría peligro de ser multado o encarcelado por la causa de Dios y del hombre, tenían un peso que no podía más que hacerse sentir; de modo que los dos pobres y tristes fugitivos encontraron tranquilidad y fuerza, animándose con estas palabras.

Entonces Rachel cogió a Eliza de la mano con amabilidad y la llevó hasta la mesa que habían preparado para la cena. Mientras se estaban sentando, se oyó un golpecito en la puerta y entró Ruth.

—Vengo un momento —dijo ella— para traerle estas medias al niño, tres pares, muy bonitas y calientes. Puede hacer tanto frío, ya sabes, en Canadá. ¿Cómo van esos ánimos, Eliza? —añadió acercándose al lado de la mesa donde estaba Eliza y estrechándole la mano con cariño le dio una torta de alcaravea[5] a Harry—. Te he traído un paquetito de tortas para él —dijo buscándolo en su faltriquera—, ya sabes, los niños siempre estarían comiendo.

—Muchas gracias, es usted demasiado amable —dijo Eliza.

—Venga, Ruth, quédate a cenar —dijo Rachel.

—No podría de ninguna manera. He dejado a John con el bebé y una hornada de galletas haciéndose, así que no me puedo quedar ni un momento; si no voy para allá John dejará que se quemen las pastas y le dará al niño todo el azúcar del azucarero. Siempre se las maneja así —dijo la pequeña cuáquera riéndose—. Así que, adiós, Eliza; adiós, George, que Dios os dé un viaje seguro —y, dando unos ligeros pasos, Ruth salió de la habitación.

Un poco después de cenar, un gran coche cubierto se detuvo delante de la puerta; la noche era clara y estrellada. Phineas bajó con premura de su asiento para instalar a sus pasajeros. George franqueó la puerta con su hijo en un brazo y su mujer en el otro. Su paso era firme, su rostro, sereno y decidido. Rachel y Simeon salieron detrás de ellos.

—Bajaos un momento —dijo Phineas a los que iban dentro— y dejadme preparar la parte trasera del coche para instalar allí a las mujeres y al niño.

—Aquí tienes dos pieles de búfalo —dijo Rachel—. Pon los asientos tan cómodos como puedas, pues es muy duro viajar toda la noche.

Jim salió el primero y ayudó con gran cuidado a su madre, quien se asió a su brazo y miró ansiosamente a su alrededor, como si esperase encontrarse con sus perseguidores en cualquier momento.

—Jim, ¿tienes las pistolas preparadas? —dijo George con una voz baja pero segura.

—Sí, claro.

—¿Y estás seguro de lo que vas a hacer si nos alcanzaran?

—Desde luego que sí —dijo Jim mostrando su ancho pecho y respirando profundamente—. ¿Piensas que voy a dejarles que se lleven de nuevo a mi madre?

Durante esta breve conversación, Eliza se había estado despidiendo de su amable amiga Rachel, y Simeon la estaba ayudando a subir al coche; gateando por el interior con su hijo, se acomodó sobre las pieles de búfalo. La anciana mujer fue la siguiente en subirse e instalarse, y George y Jim tomaron asiento en un basto tablón enfrente de ellos, mientras que Phineas lo hizo en el pescante.

—¡Hasta siempre, amigos míos! —dijo Simeon desde fuera.

—¡Que Dios los bendiga! —contestaron todos desde dentro.

Y el coche emprendió su camino, traqueteando y bamboleándose sobre el camino helado.

No había posibilidad de entablar una conversación debido a la aspereza del camino y al ruido de las ruedas. El coche, sin embargo, seguía adelante atravesando largas y oscuras extensiones boscosas, vastos páramos desiertos y monótonos, subiendo colinas y bajando a los valles, siempre adelante, hora tras hora, sin detener su marcha. El niño no tardó en conciliar el sueño y dormir profundamente sobre el regazo de su madre. La pobre y asustada anciana había olvidado sus miedos e incluso Eliza, mientras la noche avanzaba, encontraba innecesaria la precaución de mantener abiertos los ojos. Phineas parecía, en general, el más fogoso de los que allí iban y se entretenía mientras avanzaba en su largo trayecto silbando canciones muy poco apropiadas para un cuáquero.

Pero hacia las tres de la mañana George percibió el decidido y apresurado ruido de cascos de caballo acercándose a ellos a cierta distancia y le dio un golpe a Phineas en el codo. Phineas detuvo los caballos y escuchó.

—Debe de ser Michael —dijo—. Me parece reconocer el galope de su caballo —y se levantó y estiró el cuello con ansiedad.

Ahora se podía divisar con cierta dificultad a un hombre cabalgando a galope tendido en lo alto de una colina lejana.

—¡Es él, seguro! —dijo Phineas.

George y Jim saltaron del coche sin pensarlo. Todos permanecían en un intenso silencio, con el rostro vuelto hacia el esperado mensajero. Estaba llegando. Ahora iba por un valle por donde no podían verle, pero oyeron a la jaca, presurosa, acercándose cada vez más hasta que, al fin, apareció en la cima de una loma, al alcance de su voz.

—Sí, ¡es Michael! —dijo Phineas, y levantó la voz—: ¡Hola, aquí estamos, Michael!

—Phineas, ¿eres tú?

—Sí. ¿Qué noticias tienes? ¿Están en camino?

—Justo detrás, unos ocho o diez hombres, caldeados por el *brandy*, jurando y maldiciendo como lobos feroces.

Y mientras hablaba, una ráfaga les trajo el ruido apagado de los jinetes galopando tras ellos.

—¡Dentro, chicos, deprisa, dentro! —dijo Phineas—. Si os vierais obligados a luchar, esperad hasta que os lleve un poco más adelante.

Tras estas palabras, los dos subieron al coche y Phineas lanzó sus caballos a una veloz carrera, con la compañía de Michael, que se mantenía a su lado. El coche traqueteaba, saltaba y casi volaba sobre el suelo helado, pero el ruido de los jinetes que los perseguían llegaba cada vez más inconfundible. La mujeres lo oyeron y, mirando hacia fuera con gran preocupación, vieron a lo lejos, detrás de ellos, a un grupo de hombres que se destacaba contra el cielo enrojecido por el amanecer sobre la cumbre de un monte.

Una colina más adelante, los perseguidores habían visto, sin duda alguna, el coche, cuyo toldo de tela blanca lo hacía llamativo a considerable

distancia, y el viento trajo un brutal grito de triunfo. Eliza se sintió desfallecer y estrechó a su niño contra ella, la anciana mujer rezaba y gemía, y George y Jim prepararon sus pistolas con la fuerza de la desesperación. Los perseguidores acortaban la distancia que les separaba; el coche dio un súbito giro y los llevó a las proximidades de una escarpada roca que se elevaba sobre una loma aislada en medio de otras, rodeada de un terreno bastante descubierto y poco accidentado. Este único macizo rocoso se levantaba, negro y pesado, contra el cielo del alba y parecía prometerles un refugio y un escondite. Era un lugar que Phineas conocía muy bien, pues lo había frecuentado en el período de sus días de cazador, y por ello había acelerado la carrera de los caballos para alcanzarlo.

—¡Ya hemos llegado! —dijo repentinamente deteniendo sus caballos y saltando de su asiento al suelo—. Abajo todos, cuanto antes, y subid a las rocas conmigo. Michael, ata detrás del coche a tu caballo, vete a casa de Amariah y tráele a él y a su gente para que se las entiendan con estos tipos.

En un abrir y cerrar de ojos, los fugitivos se encontraron fuera del coche.

—Bien —dijo Phineas cogiendo a Harry en sus brazos—. ¡Ahora, que cada uno de vosotros cuide de una mujer, y corred como nunca lo hayáis hecho!

No necesitaron más arengas. Más rápido de lo que se puede contar, todo el grupo se encontró del otro lado del camino corriendo a toda velocidad hasta las rocas, mientras que Michael, una vez que hubo bajado de su caballo y atado las bridas a la trasera del coche, empezó a alejarse a toda velocidad.

—Vamos —dijo Phineas cuando hubieron alcanzado las rocas y vieron a la luz de las últimas estrellas y del amanecer un sendero abrupto pero bien trazado que se abría ante ellos—. Este es uno de nuestros antiguos refugios de caza. ¡Adelante!

Phineas iba en cabeza, saltando por las rocas como una cabra, con el niño en sus brazos. Tras él seguía Jim, llevando a su temblorosa y anciana madre sobre su hombro, y George y Eliza cerraban la marcha. Los jinetes del grupo llegaron al borde del camino profiriendo gritos y alaridos, desmontaron y se dispusieron a perseguirlos. Unos minutos de penosa

ascensión llevaron a los fugitivos a lo alto de un repecho; allí el camino discurría por un estrecho desfiladero donde debían pasar uno por uno hasta llegar a una quebrada de no más de una yarda de anchura y más allá de la cual había un montón de rocas separadas del resto, que alcanzaban más de treinta pies de altura, con sus costados escarpados y perpendiculares como los de un castillo. Phineas franqueó con facilidad la quebrada e instaló al niño en un suave y plano repecho rocoso cubierto de rizado liquen.

—¡Saltad ahora vosotros! —dijo—. ¡Saltad en seguida si queréis salvar el pellejo! —repitió mientras lo hacían uno tras otro.

Algunos trozos de roca y piedras sueltas formaban una especie de parapeto que los protegía de ser vistos por los de abajo.

—Bueno, aquí estamos todos —dijo Phineas oteando por encima del parapeto de piedra para vigilar a los asaltantes, que se acercaban armando un gran tumulto al pie de las rocas—. Y ahora, que nos alcancen si pueden. Cualquiera que pretenda llegar hasta aquí tiene que pasar en fila entre esas dos rocas, bien alineado y a tiro de vuestras pistolas; chicos, ¿habéis visto?

—Sí —dijo George—. Pero ahora es un asunto que nos incumbe a nosotros; déjanos a nosotros asumir todos los riesgos y llevar a cabo la lucha.

—Desde luego que te dejaré que pelees, George —dijo Phineas mascando unas hojas de arbusto mientras hablaba—; pero permitiréis que tenga el placer de contemplaros, supongo. Mira, esos tipos están discutiendo tan graciosamente allá abajo, como gallinas que van a volar para encontrarse con el gallo. Tal vez sería mejor hablarles antes de que suban para decirles amablemente que se les acribillará si se acercan, ¿no crees?

El grupo que estaba abajo se componía de nuestros viejos conocidos Tom Locker y Marks, acompañados por dos alguaciles y unos cuantos vagabundos de mala calaña que se habían decidido a unirse a la partida en la última taberna animados por un poco de aguardiente y por ayudar en la gozosa tarea de cazar a unos esclavos negros.

—Bien, Tom, ya tenemos pillados a esos bichos —dijo uno.

—Sí, acabo de verlos subir allá —dijo Tom— y aquí hay un camino. Ahora mismo voy a empezar a subir. No pueden bajar y no costará mucho hacerse con ellos.

—Pero Tom, pueden dispararnos desde detrás de las rocas —dijo Marks —. Las cosas se pondrían feas, ya lo sabes.

—¡Buaj! —dijo Tom con una mueca—. ¡Siempre inventas algo para proteger tu pellejo, Marks! ¡Si no hay peligro! Los negros estarán muertos de miedo.

—No entiendo por qué no debería salvar mi pellejo —dijo Marks—, es lo mejor que nunca he tenido y, a veces, los negros sí que pelean como diablos.

En ese momento George apareció en lo alto de una roca sobre ellos y, hablando con calma y toda claridad, les dijo:

—Caballeros, ¿quiénes son ustedes, ahí abajo, y qué es lo que buscan?

—Buscamos una partida de negros fugitivos —dijo Tom Locker—. A un tal George Harris y Eliza Harris con su hijo, y a Jim Seldem con una vieja mujer. Traemos con nosotros a unos guardias y una orden de captura, así que los vamos a tener enseguida en nuestro poder. ¿Me oye? ¿No serás tú George Harris, que pertenece al señor Harris, del condado de Shelby, en Kentucky?

—Soy George Harris. Un señor Harris, en Kentucky, decía ser mi propietario. Pero ahora soy un hombre libre sobre la tierra libre de Dios y reclamo como míos a mi mujer y a mi hijo. Jim y su madre están aquí. Estamos armados y nos defenderemos, esa es nuestra intención. Podéis subir si así lo deseáis, pero al primero que se ponga a tiro lo coseremos a balazos, y al siguiente y al siguiente, hasta que no quede nadie vivo de vosotros.

—Vamos, vamos —dijo un hombre bajo y rechoncho avanzando y sonándose la nariz mientras lo hacía—. Jovencito, esa no es una charla apropiada para ti. Como ves, traemos oficiales de justicia. Tenemos la ley de nuestro lado y la fuerza también, así que lo mejor que podéis hacer es rendiros pacíficamente, te lo digo, porque tendréis que terminar por rendiros.

—Sé muy bien que tienes la ley de tu parte y también la fuerza —dijo George amargamente—. Tenéis la intención de llevar a mi mujer río abajo y venderla en Nueva Orleans, de poner a mi hijo como una cría en manos de un traficante y de devolver a la anciana madre de Jim al bestia que la pegaba y azotaba, y llevarnos a Jim y a mí a los pies de esos que llamáis nuestros amos para que nos azoten y nos torturen, y si vuestras leyes lo toleran, son tan vergonzantes como vosotros. No nos habéis cazado. Nosotros no nos sometemos a vuestras leyes, no somos de vuestro país, estamos aquí tan libres bajo el cielo de Dios como lo podáis estar vosotros y, por el Dios que nos creó, lucharemos por nuestra libertad hasta la muerte.

George permaneció en pie en lo alto de la roca mientras proclamaba su declaración de independencia, dando lugar a una hermosa visión: la luz del alba le daba una coloración encendida a sus mejillas y la amarga desesperación inflamaba sus oscuros ojos a la vez que, como pidiendo la justicia de Dios para el hombre, levantaba sus manos al cielo[6].

Si se hubiera tratado de un joven húngaro defendiendo valientemente en unas montañas rocosas la huida de unos fugitivos que escapasen de Austria a América, esto habría constituido un acto de sublime heroísmo; pero como se trataba de un joven de ascendencia africana protegiendo la huida de unos fugitivos a través de América para ir a Canadá, nuestra cultura y nuestro patriotismo no nos permiten ver, desde luego, ni sombra de heroísmo; y si alguno de los lectores la viera, deberá hacerlo bajo su propia responsabilidad. Cuando los desesperados fugitivos húngaros se abren camino frente a los guardias y autoridades de su Gobierno legal hasta llegar a América, la prensa y los dirigentes políticos los aplauden y les dan la bienvenida. Cuando los desesperados africanos hacen lo mismo, esto es…, ¿qué es esto[7]?

Fuera lo que fuere, lo cierto es que la actitud, la mirada, la voz, la manera de hablar del orador dejaron sin palabra a los perseguidores. Hay algo en el valor y en la determinación que conmueve incluso a los seres más duros. Marks fue el único que no quedó afectado en absoluto. Estaba amartillando su pistola con premeditación, y en el silencio que siguió al discurso de George disparó contra él.

—Ya sabéis que vale lo mismo vivo o muerto en Kentucky —dijo fríamente mientras limpiaba la pistola en la manga del abrigo.

George dio un salto hacia atrás y Eliza dejó escapar un chillido: la bala había rozado el cabello del joven y había pasado cerca de la mejilla de su esposa, para terminar incrustándose en un árbol.

—No es nada, Eliza —dijo George enseguida.

—Será mejor que te pongas fuera de su vista cuando les echas discursos —dijo Phineas—, son unos malditos diablos.

—Ahora, Jim —dijo George—, ocúpate de que las pistolas estén preparadas y vigila el paso conmigo. Dispararé al primero que se asome, tú al segundo y así uno tras otro. No vale la pena que malgastemos dos tiros para uno.

—Pero ¿qué pasará si no le das?

—Le daré —dijo George sin emoción.

—¡Bien! Desde luego, este hombre tiene muy buen temple —murmuró Phineas entre dientes.

El grupo de abajo, después de que Marks hubiera abierto fuego, se quedó durante unos instantes bastante confuso.

—Me parece que has debido darle a alguno —dijo uno de los hombres —. He oído un grito.

—Voy allá arriba ahora mismo —dijo Tom—. Nunca me asustaron los esclavos negros y no me van a asustar ahora. ¿Quién me acompaña? —preguntó saltando por las rocas.

George había oído las voces con claridad. Cogió su pistola, la examinó y apuntó hacia el punto del desfiladero donde aparecería el primer hombre.

Uno de los más valientes del grupo siguió a Tom y, ya que les abrían camino, el resto empezó a subir por la roca; los de la retaguardia iban empujando a los de delante para que avanzaran más deprisa de lo que hubieran deseado. Fueron subiendo y un momento después la fornida forma de Tom apareció a la vista en el borde del precipicio.

George disparó y el tiro le entró por el costado, pero a pesar de haber sido herido Tom no se echó atrás, sino que con un grito de toro rabioso saltó hacia el grupo.

Tom cayó por el despeñadero, haciendo crujir a su paso árboles, matorrales, troncos, piedras sueltas que arrastraba en su caída en un desnivel de treinta pies, mientras gritaba y llegaba al suelo magullado. Una caída así podría haber matado a cualquier hombre de no haber sido amortiguada por las ropas, que se le engancharon en las ramas de un gran árbol; pero cayó de todas maneras con bastante dureza, mucha más de la que era conveniente o agradable.

—¡Dios nos ayude, son unos verdaderos demonios! —dijo Marks encabezando la retirada y descendiendo entre las peñas con muchísima mayor voluntad de la que había mostrado para subir, mientras el resto del grupo le seguía con gran precipitación casi rodando, el alguacil gordo en particular, resoplando y gruñendo de una manera muy enérgica.

—Amigos —dijo Marks—, no tenéis más que dar la vuelta para recoger a Tom, mientras yo corro a buscar mi caballo para salir a pedir refuerzos.

Y sin importarle los abucheos y silbidos de sus compañeros, Marks llevó a cabo sus palabras, y poco después se le podía ver alejándose al galope.

—¿Habéis visto alguna vez un gusano más repugnante? —dijo uno de los hombres—. ¡Venir aquí a su negocio y luego dejarnos tirados de esta manera!

—Bueno, tenemos que rescatar a ese tipo —añadió otro—; pero maldita sea lo que me importa dónde ha ido a parar o si está vivo o muerto.

Los hombres, guiados por los lamentos de Tom, que estaba gritando herido entre hierbajos, troncos y ramas, llegaron hasta donde se encontraba este personaje, gimiendo y jurando alternativamente.

—Gritas todavía mucho, Tom —dijo uno—. ¿Te has hecho mucho daño?

—No lo sé. Sacadme de aquí, ¿o es que no podéis? ¡Maldito sea ese cuáquero de los demonios! Si no hubiera sido por él ya habría traído a alguno de ellos aquí abajo, a ver qué les parecía.

Con gran esfuerzo y entre quejas, el héroe caído fue ayudado a ponerse de nuevo en pie, y con un hombre llevándole por el hombro consiguieron conducirle hasta donde estaban los caballos.

—Si pudieran llevarme una milla más lejos hasta aquella posada… Dadme un pañuelo o algo para ponérmelo aquí y parar esta maldita hemorragia.

George miró por encima de las rocas y vio cómo intentaban levantar al fornido Tom para ponerle sobre la silla. Después de dos o tres intentos infructuosos lograron montarlo en el caballo, pero cayó pesadamente al suelo.

—¡Oh, espero que no esté muerto! —dijo Eliza, quien, como todos los del grupo, contemplaba lo que ocurría.

—¿Por qué no? —dijo Phineas—. Se lo tiene bien merecido.

—Porque después de la muerte viene el juicio —dijo Eliza.

—Sí —dijo la anciana mujer, que había estado gimiendo y rezando a su manera metodista durante todo el encuentro—. Es una mala situación para el alma de ese desgraciado.

—¡Por mis barbas! ¡Me parece que lo están abandonando! —dijo Phineas.

Era la verdad. Tras algunos simulacros de consulta y no sabiendo qué decisión tomar, los miembros de la partida montaron a caballo y se alejaron. Cuando se perdieron de vista, Phineas empezó a moverse.

—Bien, tenemos que bajar y andar un poco —dijo—. Le he dicho a Michael que se adelantase para buscar ayuda y que volviera aquí con el carromato, pero tendremos que caminar un buen trecho para encontrarlos, hay que reconocerlo. ¡Dios quiera que llegue pronto! Es temprano, no nos costará mucho ir a pie un rato, no nos quedan más que dos millas para llegar a la próxima etapa. Si la carretera no hubiese estado tan mal anoche, podríamos haberles despistado completamente.

Cuando el grupo llegó al borde del camino, divisaron por la carretera, a lo lejos, su propio carromato, que volvía acompañado por algunos hombres a caballo.

—Bien, ya están aquí Michael, Stephen y Amariah —exclamó Phineas con alegría—. Ahora estamos tan seguros como si estuviéramos a salvo.

—Bueno, pues entonces vamos a pararnos —dijo Eliza—; hay que hacer algo por este pobre hombre, se está quejando de una manera espantosa.

—Me parece un buen acto cristiano —dijo George—; vamos a recogerlo y a llevárnoslo con nosotros.

—¡Y curarlo entre los cuáqueros! —dijo Phineas—. ¡Muy buena idea! Bien, no me importa que lo hagamos. Vamos a verle —y Phineas, que en el transcurso de su vida de hombre de bosque y cazador había adquirido alguna burda noción de cirugía, se arrodilló junto al hombre herido y empezó a examinar con cuidado su condición.

—Marks, ¿eres tú, Marks?

—No, desde luego que no soy ese amigo —dijo Phineas—; mucho le preocupas tú a Marks cuando él tiene su pellejo a salvo. Se ha ido hace un buen rato.

—Me imagino que todo ha terminado para mí —dijo Tom—. ¡El maldito perro sarnoso! ¡Dejarme aquí para que muera solo! ¡Mi pobre madre ya me decía que terminaría así!

—¡No se lo pierdan! Escuchen lo que dice el pobrecito. Ahora se acuerda de que tiene una mamita —dijo la negra anciana—. No puedo evitar que me dé mucha lástima.

—Despacio, despacio; deja de moverte, amigo —dijo Phineas, mientras Tom rechazaba su mano y se revolvía—, no tienes otra posibilidad de salvarte más que si detengo la hemorragia.

Y Phineas se atareaba preparando unas vendas con su pañuelo y los que pudo reunir entre los allí presentes.

—Tú me empujaste por el precipicio —dijo Tom con voz desmayada.

—Bueno, si no lo hubiera hecho, tú nos habrías tirado a nosotros, ya lo sabes —dijo Phineas al terminar de ponerle el vendaje—. Mira, déjame que te arregle esta venda. No te deseamos ningún mal, no tenemos malas intenciones. Te vamos a llevar a una casa donde te darán cuidados de primera, tan buenos como te los habría dado tu vieja madre.

Tom gimió y cerró los ojos. Para un hombre como él, el valor y la decisión eran meramente físicos y se le iba el vigor con la pérdida de sangre; el gigantesco tipo, de verdad, parecía destrozado e indefenso.

El resto del grupo llegó pronto. Sacaron los asientos del carromato. Las pieles de búfalo fueron dobladas en cuatro y puestas a un lado, y cuatro hombres, con gran dificultad, levantaron el pesado cuerpo de Tom y lo

subieron al carro. Antes de que le terminaran de subir perdió por completo el conocimiento. La vieja negra, compadecida, se sentó a su lado y puso la cabeza sobre su regazo. Eliza, George y Jim se instalaron como pudieron en el espacio restante y toda la partida se puso en camino.

—¿Cómo crees que se encuentra Tom? —dijo George, que se había sentado delante con Phineas.

—Solo tiene una herida muy profunda en el costado; pero lo de caerse por el precipicio abajo no le ha ayudado mucho. Ha perdido mucha sangre, se le ha ido mucha fuerza y hasta el ánimo; pero saldrá de esta y le servirá de lección.

—Me alegra oírte decir esto —dijo George—. Me habría resultado muy penoso saber que le había matado, aunque fuera por una causa justa.

—Sí, lo de matar está muy feo, lo mires como lo mires, tanto a hombres como a animales. He visto machos cabríos que abates de un tiro y que le miran a uno con unos ojos que hacen que te sientas una mala persona por haberlos matado. Y con los seres humanos es todavía peor, porque hay que considerar muy seriamente, como dice tu mujer, que serán juzgados después de la muerte. Así que no creo que las opiniones del pueblo en estos asuntos sean demasiado duras; y teniendo en cuenta como he sido educado, estoy satisfecho también yo.

—¿Qué es lo que vas a hacer con este pobre diablo? —dijo George.

—¡Oh!, le voy a llevar a casa de Amariah. Allí está la abuela Stephens: la llaman Dorcas y es una excelente enfermera. Lo hace de modo tan natural, que nunca se encuentra mejor que cuando le llevan algún enfermo al que atender. Podremos dejarle con ella unos quince días más o menos.

Después de un viaje de una hora aproximadamente, el grupo llegó a una cuidada granja, donde los extenuados viajeros fueron recibidos con un abundante desayuno. Tom Loker fue colocado inmediatamente y con sumo cuidado en un lecho, mucho más limpio y blando que los que tenía por costumbre ocupar. Su herida fue debidamente lavada y vendada, y yacía lánguido, abriendo y cerrando los ojos en dirección a las blancas cortinas de las ventanas y a las figuras relucientes de su habitación de enfermo, como haría un niño cansado. Y aquí, por ahora, vamos a dejar al grupo.

Capítulo XVIII
Experiencias y pensamientos de la señorita Ophelia

Nuestro amigo Tom, en sus sencillas meditaciones, comparaba la afortunada suerte a la que estaba sometido con la esclavitud de José en Egipto, y, de hecho, cuanto más conocía a su amo más reforzaba la fuerza de este paralelismo.

St. Clare era un hombre indolente y despreocupado por el dinero. Hasta entonces, Adolph se había ocupado de las compras, y, en general, era tan descuidado y extravagante como su amo; así que entre ellos dos habían iniciado un proceso de despilfarro bastante notorio. Acostumbrado como estaba Tom desde hacía bastantes años a considerar que la fortuna de su amo era una de sus responsabilidades, no podía sino ver con desagrado los gastos desaforados de la casa y hacer sugerencias en algunas ocasiones con el modo indirecto y ponderado que adoptan a menudo los de su clase.

St. Clare recurría a él al principio solo de cuando en cuando, pero impresionado por la sensatez de espíritu y sus buenas cualidades para los negocios, fue confiándole más y más tareas, hasta que poco a poco dejó a su cargo todas las compras y suministros para la familia.

—No, no, Adolph —dijo un día cuando Adolph protestaba porque le hubieran quitado este cometido de las manos—, deja que lo haga Tom. Tú solo comprendes lo que quieres para ti; Tom comprende lo que cuesta y para lo que sirve, y puede ser que el dinero se acabe con el paso del tiempo si no dejamos a alguien que se ocupe bien de él.

La confianza ilimitada que le ofrecía su amo, quien le tendía un billete sin ni siquiera mirarlo o que se metía las vueltas en el bolsillo sin contarlas,

habría facilitado y tentado a Tom para que fuera menos honrado; pero su inquebrantable sencillez de carácter, reforzada por su fe cristiana, evitó que cayera en la tentación. Incluso para una naturaleza como la suya, la confianza con la que era tratado constituía el más sólido de los motivos para el cumplimiento escrupuloso de su deber.

Con Adolph el caso había sido diferente. Aturdido y egoísta y no controlado por un amo que encontraba más fácil perdonar que dirigir, había caído en una total confusión entre la propiedad propia y la ajena, la suya y la de su amo, hasta tal punto que St. Clare mismo se sentía molesto. Su buen juicio le indicaba que esa manera de educar a los criados era inconveniente y peligrosa. Una especie de remordimiento crónico le acompañaba siempre, aunque no lo bastante fuerte como para producir un cambio significativo en su comportamiento; y estos remordimientos sinceros se convertían de nuevo en una mayor indulgencia. Pasaba por alto las faltas más graves, porque se decía a sí mismo que si hubiera hecho lo que le correspondía, los que de él dependían no habrían cometido tales actos.

Tom consideraba a su alegre, ligero y atractivo joven amo con una extraña mezcla de lealtad, reverencia y solicitud paternal. Que nunca leyera la Biblia ni fuera a la iglesia; que se sintiera libre de bromear sobre todos los temas que tocaba con su ingenio; que se pasara las veladas del domingo en la ópera o en el teatro; que acudiera a fiestas sociales, a clubes y a cenas con mayor frecuencia de lo que era corriente, eran cosas que Tom podía ver tan claramente como todo el mundo y sobre las cuales basaba su convicción de que «el amo no era un buen cristiano»; una convicción, sin embargo, que se habría cuidado mucho de expresar a cualquier otro, pero en la que inspiraba muchas de sus plegarias, a su sencilla manera, cuando estaba solo en su pequeño dormitorio. No es que Tom no tuviera su propia manera de expresar sus opiniones de cuando en cuando con el gran tacto que se puede observar a menudo en los de su clase, como ocurrió, por ejemplo, con ocasión del Día del Señor, cuando St. Clare fue invitado a una fiesta informal en la que hubo selectos licores, y fue traído de vuelta a casa, entre la una y las dos de la madrugada, en un estado propio de aquellos que han visto sus capacidades intelectuales totalmente dominadas por lo material.

Tom y Adolph le ayudaron a meterse en la cama, el último de ellos muy divertido, tomando el caso como una buena broma y riendo de todo corazón ante el horror de Tom, quien verdaderamente era lo bastante simple como para pasarse despierto el resto de la noche rezando por su joven amo.

—Bien, Tom, ¿qué es lo que estás esperando? —dijo St. Clare al día siguiente mientras se sentaba en su biblioteca en batín y zapatillas. St. Clare acababa de confiar a Tom algún dinero y varios encargos—. ¿No está todo en regla? —añadió, pues Tom continuaba de pie esperando.

—Me temo que no, señor —dijo Tom con una cara muy seria.

St. Clare bajó su periódico, puso la taza de café sobre la mesa y miró a Tom.

—Bueno, ¿qué es lo que pasa? ¡Tienes la solemnidad de un ataúd!

—Estoy muy entristecido, señor. Siempre pensé que el amo sería bueno con todo el mundo.

—Y bien, Tom, ¿acaso no lo he sido? Vamos, ¿qué es lo que quieres? Me imagino que has obtenido lo que deseabas y que esto es el prefacio.

—El amo siempre ha sido bueno conmigo y de esto no tengo ninguna queja. Pero hay alguien con quien el amo no se porta bien.

—Pero, Tom, ¿qué se te ha metido en la cabeza? Suéltalo de una vez. ¿Qué es lo que quieres decir?

—Anoche, entre la una y las dos, estuve pensando. Después examiné bien el asunto. El amo no es bueno con él mismo.

Tom dijo esto dándole la espalda a su amo y con la mano en el pomo de la puerta. St. Clare sintió que se ruborizaba, pero se echó a reír.

—¡Oh!, ¿es eso todo? —dijo alegremente.

—¡Todo! —dijo Tom dándose de repente la vuelta y cayendo de rodillas —. ¡Ay, mi joven y querido amo, me da miedo pensar que eso le lleve a la perdición del cuerpo y el alma! El libro sagrado dice: «Muerde como la serpiente y apesta como la víbora», amo[1].

La voz de Tom se entrecortaba y le corrían lágrimas por las mejillas.

—¡Vamos, pero qué tonto eres! —dijo St. Clare con lágrimas en los ojos —. Anda, levántate, Tom. No merezco que lloren por mí.

Pero Tom no se quería levantar y le miraba suplicante.

—Bueno, no haré más esas malditas estupideces absurdas, Tom —dijo St. Clare—; palabra de honor que no lo haré más. Es algo que desprecio, y a mí por hacerlo, así que, Tom, sécate las lágrimas y vete a hacer los recados. Venga, venga —añadió—, no me bendigas. No soy tan maravillosamente bueno tampoco ahora —dijo mientras empujaba amablemente a Tom hacia la puerta—. Ya está, te he dado mi palabra de honor, Tom; ya no me verás así nunca más —le dijo.

Tom salió, enjugándose las lágrimas, con gran satisfacción.

—Y también mantendré mi confianza con él —dijo St. Clare mientras cerraba la puerta.

Y St. Clare lo cumplió, pues la sensualidad en cualquiera de sus formas no era una inclinación que le tentara de modo especial.

Pero durante este tiempo, ¿quién podría relatar las numerosas tribulaciones de nuestra amiga la señorita Ophelia, que había empezado sus tareas como ama de casa sureña?

Los criados de las casas del Sur pueden ser totalmente diferentes unos de otros según el carácter y la capacidad de las amas que les hayan educado.

En el Sur, tanto como en el Norte, hay mujeres que tienen un extraordinario don de mando y gran tacto para la educación. Son capaces de conseguir con aparente facilidad y sin severidad que se sigan sus deseos y de organizar en un orden armonioso y sistemático a los distintos miembros de su pequeño dominio para regular y compensar, gracias a estas medidas, las deficiencias de uno con los excesos del otro con el fin de conseguir un buen funcionamiento de la vida doméstica.

Una de estas amas de casa era la señorita Shelby, a la que ya hemos descrito y de la que seguramente se acordarán nuestros lectores por haberla conocido ya. Si no abundan en el Sur es porque no abundan en ninguna otra parte del mundo. Se dan allí tan a menudo como en cualquier otro lugar, y cuando las hay encuentran en esta particular organización social una brillante ocasión de exhibir su talento doméstico.

Marie St. Clare no era una de estas amas de casa, ni lo había sido tampoco su madre antes que ella. Perezosa y pueril, poco sistemática y nada previsora, no podía esperarse sino que los criados educados de esta manera fueran como ella. Así, ya había descrito con bastante acierto cuál era la

situación de completa confusión en la que se encontraba la casa, aunque no lo hubiese atribuido a la causa a la que se debía.

La primera mañana de su regencia, la señorita Ophelia se levantó a las cuatro de la mañana, y después de ocuparse personalmente del arreglo de su habitación, como había hecho siempre desde que llegó a la casa, con gran sorpresa de la camarera se preparó para atacar con energía el control de todos los armarios y alacenas, de los que le habían dado las llaves.

La despensa, el cuarto de la plancha, el aparador de la vajilla de porcelana, la cocina y el sótano fueron sometidos aquel día a una tremenda inspección. Salieron de la oscuridad muchas cosas escondidas, hasta tal punto que las responsables de la cocina y de las habitaciones se alarmaron y dejaron oír sus inquietudes y murmuraciones en relación con «esas dichosas damas del Norte» en las dependencias domésticas.

La vieja Dinah era la cocinera en jefe, la principal responsable y la autoridad suprema en el departamento de los fogones; se llenó de ira ante lo que consideró una invasión en sus privilegios. Ningún barón feudal de los tiempos de la Carta Magna[2] podría haber sufrido con mayor dolor que ella una incursión de la Corona.

Dinah era todo un personaje a su manera, y sería una injusticia a su memoria no darle al lector una pequeña descripción suya. Era esencialmente una cocinera nata, tanto como podía serlo la Tía Chloe, pues la cocina es uno de los talentos naturales de la raza africana; pero Chloe era una cocinera experimentada y metódica, que se movía dentro de un orden doméstico bastante reducido, mientras que Dinah era un genio autodidacta y, como todos los genios en general, era resuelta, obstinada y excéntrica en grado sumo.

Como cierto tipo de filósofos modernos, Dinah despreciaba cualquier forma de lógica o de razón y siempre se refugiaba en una certeza intuitiva, y en esto era perfectamente inquebrantable. No importaba la magnitud del talento, de la autoridad o de la explicación que se le diera; era totalmente imposible hacerle creer que cualquier otra forma de proceder podía ser mejor que la suya o hacer que las decisiones que ella hubiese tomado se desviaran lo más mínimo del camino que se había trazado. Este había sido un punto en el que había vencido a su antigua ama, la madre de Marie; y «la

señorita Marie», como Dinah seguía llamando a su joven ama incluso después de casada, encontró más fácil someterse que luchar y, así, Dinah había gobernado con poder absoluto. Eso era lo más fácil, pues era una auténtica maestra en el arte diplomático que une el mayor servilismo de modales con la más implacable voluntad a partes iguales.

Dinah dominaba el arte y los misterios de deshacerse en excusas en todas sus modalidades. Además, defendía el axioma de que lo que ella cocinaba no podía hacer daño, y una cocinera del Sur siempre encuentra multitud de cabezas y hombros sobre los cuales poder descargar todo el peso de los pecadillos y faltas que pudieran producirse, para mantener íntegramente inmaculado su propio estado. Si alguna parte de la comida era un fracaso, podía encontrar cincuenta buenas razones para ello y, sin lugar a dudas, la culpa era de otras cincuenta personas, a quienes Dinah regañaba con un celo despiadado.

Pero era muy raro que se produjese un fracaso en el resultado final de los esfuerzos y trabajo de Dinah. Aunque su manera de hacer las cosas fuera particularmente costosa y enrevesada y sin ningún tipo de cálculo sobre el tiempo y el espacio que llevaría la preparación; aunque la cocina quedase como arrasada por un huracán que hubiera pasado por ella, y aunque tuviera tantos lugares para guardar sus utensilios de cocina como días hay en el año, si uno tenía la paciencia de esperar el tiempo que ella decidiese, le serviría una comida en un perfecto orden y capaz de satisfacer por completo a un epicúreo[3].

Había llegado el momento de iniciar los preparativos para la comida. Dinah, que se concedía largos intervalos de reflexión y reposo y que estudiaba cuidadosamente cómo ponerse cómoda, estaba sentada en el suelo de la cocina fumando una corta y robusta pipa a la que era muy aficionada y que siempre encendía, como si fuera un pebetero, para inspirarse cuando sentía la necesidad de disponerse a preparar sus platos. Para Dinah constituía una manera de invocar a las musas del hogar.

Alrededor de ella se sentaban numerosos miembros de esa raza que es frecuente encontrar en el servicio doméstico de las casas del Sur, que se ocupan de pelar guisantes, mondar patatas, desplumar aves y otros cometidos previos; de cuando en cuando, Dinah interrumpía sus

meditaciones para dar un codazo o un coscorrón en la cabeza a algunos de los que la rodeaban, echando mano de la cuchara de palo que tenía junto a ella. De hecho, Dinah gobernaba sobre todas las ensortijadas cabezas de los más jóvenes con un báculo de hierro y parecía pensar que no habían venido al mundo más que para «aligerar sus tareas», como ella decía. Encamaba el espíritu con el que había sido criada y lo llevaba hasta sus últimas consecuencias.

La señorita Ophelia, después de haber pasado revista al resto de la casa con la intención de corregir lo necesario, penetró en la cocina. Dinah había oído por diversas fuentes qué era lo que le venía encima y decidió quedarse a la defensiva con un plan conservador por el que se opondría mentalmente e ignoraría todas las nuevas medidas, sin mostrar ninguna rebeldía aparente.

La cocina era una amplia sala, con losetas de ladrillo y una gran chimenea de estilo antiguo que se extendía a lo largo de uno de los muros, una disposición anticuada que hizo que St. Clare tratara de convencer a Dinah, pero en vano, para que la cambiase por una cocina moderna. Eso no iba con ella. Ningún discípulo de Pusey[4] ni ningún conservador de cualquier otra escuela estuvo nunca tan aferrado de manera inflexible a los inconvenientes de los tiempos pasados como Dinah.

Cuando St. Clare volvió desde el Norte, impresionado por el sistema y el orden que reinaba en la cocina de su tío, había dotado generosamente la suya con abundantes alacenas, cajones y varios aparatos para inducir a un funcionamiento más sistemático, con la vana ilusión de que eso podría ayudar a Dinah en sus faenas. Podía haberlo instalado todo para una ardilla o para una urraca: el resultado habría sido el mismo. Cuantos más armarios y cajones había, tantos más escondrijos encontraba Dinah para guardar allí trapos viejos, peines, cintas, flores artificiales desvaídas y otros artículos de calidad que tanto le gustaban.

Cuando la señorita Ophelia entró en la cocina, Dinah no se levantó, sino que siguió fumando con una sublime tranquilidad, observando sus movimientos por el rabillo del ojo, pero aparentando que se ocupaba solo de lo que pasaba a su alrededor.

La señorita Ophelia abrió una serie de cajones.

—¿Para qué sirve este cajón. Dinah? —preguntó.

—Está muy a mano para cualquier cosa, señorita —dijo Dinah. Desde luego lo parecía. Del revoltillo que contenía el cajón, la señorita Ophelia sacó en primer lugar un finísimo mantel adamascado manchado con sangre, que había sido empleado de manera evidente para envolver un trozo de carne cruda.

—¿Qué es esto, Dinah? ¡No me digas que envuelves la carne con los mejores manteles de tu ama!

—¡Dios mío, claro que no, señorita! Lo que pasa es que no había ningún paño, por eso lo hice. Lo he dejado aparte para lavarlo, por eso está ahí.

«¡Qué incompetencia!» —dijo la señorita Ophelia para sí misma, procediendo a volcar el contenido del cajón, donde pudo encontrar un rallador de nuez moscada, dos o tres nueces, un libro de himnos metodistas, un par de pañuelos de madrás sucios, algunos hilos y una labor de calceta, tabaco y una pipa, algunas galletas, una o dos salseras de porcelana con motivos dorados que contenían pomada, un par de zapatos viejos muy usados, un trozo de franela cuidadosamente colocado para envolver un manojo de cebolletas, algunas servilletas adamascadas, algunos paños de cocina muy bastos, un ovillo de bramante, agujas de zurcir, y unos cuantos papeles rotos de los que salían unos agradables aromas de hierbas que perfumaban todo el cajón.

—¿Dónde guardas la nuez moscada, Dinah? —preguntó la señorita Ophelia, con el aire de quien pide a Dios que le dé paciencia.

—En casi todos los sitios, señorita. Hay algunas nueces en la taza de té desportillada de aquí, y hay un poco también en ese armario.

—Aquí hay otras con el rallador —dijo la señorita Ophelia levantándolas.

—¡Oh, sí, las puse yo esta mañana ahí! Me gusta tener las cosas a mano —dijo Dinah—. Tú, Jake, ¿se puede saber por qué te paras? ¡Ya verás; toma, para que te quedes tranquilo! —añadió, dándole un palo con su bastón al criminal.

—¿Qué es esto? —dijo la señorita Ophelia mostrando una salsera con pomada.

—Es donde pongo mi brillantina para el pelo; la pongo ahí para tenerla a mano.

—¿Y usas para ello las mejores salseras de tu ama?

—Mire, eso es porque tenía muchísima prisa; pensaba cambiarlo hoy mismo.

—Aquí hay dos servilletas adamascadas.

—Esas servilletas las he puesto ahí para lavarlas algún día.

—¿No hay un sitio especial para poner la ropa que hay que lavar?

—Bueno, el señor St. Clare puso ese cofre y dijo que era para eso; pero a mí me gusta usarlo para amasar encima cuando hago galletas y para tener mis cosas dentro, y, además, la tapa no es cómoda de abrir.

—¿Por qué no haces la masa de las galletas en la mesa de repostería que hay allí?

—Mire, señora, siempre está tan llena de platos y de unas y otras cosas, que no queda sitio y no hay manera.

—Pero tendrías que lavar los platos y colocarlos.

—¡Lavar los platos! —dijo Dinah en un registro bastante alto, como si su ira empezara a elevarse sobre su habitual respeto a los buenos modales —. ¡Pero qué es lo que saben las damas sobre el trabajo, me gustaría saber! Cuando tengo que prepararle la cena al amo, ¿me voy a entretener todo el tiempo lavando y guardando la vajilla? La señorita Marie nunca me dijo eso, jamás.

—Bien, y estas cebolletas…

—Por fin —dijo Dinah—; así que era aquí donde las había puesto, vaya. No podía acordarme. Esas cebolletas eran precisamente las que había reservado para el estofado de hoy. Me olvidé de que estaban envueltas en ese trapo viejo.

La señorita Ophelia alzó los papeles con hierbas aromáticas.

—Me gustaría que la señorita no me toque mis cosas. Me gusta guardarlas donde sé que puedo encontrarlas —dijo Dinah con bastante decisión.

—Pero no me gustan esos agujeros en los papeles.

—Son muy útiles para espolvorear los guisos —dijo Dinah.

—Pero también se salen las hierbas por todo el cajón.

—¡Claro que sí! Si la señorita se dedica a volcar los cajones, desde luego que se saldrán. Por hacer eso, la señorita ha vertido muchas —dijo

Dinah acercándose, molesta, a los cajones—. Si la señorita quisiera irse escaleras arriba hasta que llegara el momento de la limpieza, lo tendría todo como es debido; pero yo no puedo hacer nada cuando hay señoras dando vueltas alrededor, son un estorbo. ¡Tú, Sam, no le des al niño el azucarero! ¡Te voy a dar un palo como no te andes con cuidado!

—Voy a examinar la cocina para ponerlo todo en orden de una vez por todas, Dinah, y espero que lo mantendrás así después.

—Pero mire, señorita Ophelia, eso no son trabajos para señoritas. Yo no he visto nunca a una dama haciendo algo así. Ni mi antigua ama ni la señorita Marie lo hicieron nunca y no veo que haya ninguna necesidad de hacerlo.

Y Dinah la miraba de hito en hito con indignación, mientras la señorita Ophelia apilaba y colocaba los platos, vaciaba el azúcar de docenas de azucareros diseminados por doquier en un solo recipiente, reunía las servilletas, los manteles y las toallas para lavarlos: lo hizo todo con sus propias manos y con una rapidez y energía que asombraron completamente a Dinah.

—¡Desde luego, Dios mío! Si las damas del Norte trabajan así es que no son damas, eso está claro —le dijo a una de sus satélites desde una distancia prudencial—. Tengo las cosas tan bien como puede tenerlas cualquiera cuando llega el momento de la limpieza. Pero no quiero damas a mi alrededor revolviendo y poniendo mis cosas donde no puedo encontrarlas.

Para hacer justicia a Dinah, hay que decir que de cuando en cuando sufría ataques de paroxismo de reformas y arreglos, que ella llamaba «los momentos de limpieza», cuando empezaba con gran celo a dar la vuelta a todos los cajones y a todos los armarios poniéndolo todo patas arriba, sobre las mesas o sobre el suelo, y haciendo que el desorden habitual se multiplicara por siete. Entonces encendía su pipa y se tomaba su tiempo para colocarlo todo, inspeccionando las cosas y hablando de ellas, haciendo que la gente menuda frotara con mayor vigor los cacharros de metal y manteniendo durante muchas horas un intenso estado de confusión que ella explicaba con gran satisfacción diciendo a los que le preguntaban que se trataba de una gran «limpieza». «Ella no podía tener las cosas así como estaban, así que iba a hacer que los más pequeños mantuvieran el orden».

Pues Dinah, de alguna manera, mantenía para sí la ilusión de que ella era el espíritu del orden y que solo los pequeños y todos los demás, en la casa, eran la causa de todo lo que se salía de la perfección en este particular. Cuando todos los cacharros estaban bien restregados y las mesas presentaban una pulcritud blanca como la nieve y todo lo que podía ofender la vista se hallaba bien escondido en rincones y agujeros, a Dinah le gustaba vestirse elegantemente con un delantal limpio y un alto y brillante turbante de tela de madrás, y les decía a los «pequeños» que se marcharan de la cocina porque quería que las cosas estuvieran bien. Desde luego, estas periódicas temporadas suponían una serie de incomodidades para toda la servidumbre, ya que Dinah sentía un afecto tan inmoderado hacia sus cacharros relucientes como para insistir en que no volvieran a ser utilizados de nuevo para ningún otro uso, al menos hasta que el ardor del período de limpieza se hubiese calmado.

La señorita Ophelia, en pocos días, transformó a fondo cada parte de la casa siguiendo un orden sistemático; pero sus tareas en cada uno de estos sectores, cuando dependían de la cooperación de los criados, se asemejaban a las de Sísifo o las Danaides[5]. Así que, desesperada, llamó un día a St. Clare.

—Es imposible conseguir algo parecido a una organización metódica en esta familia.

—Desde luego que lo es —dijo St. Clare.

—Tanta incompetencia, tanto desperdicio, tanto desorden no lo he visto en mi vida.

—Me atrevo a decir que así es.

—Pero no te lo puedes tomar con tanta tranquilidad. ¡Si fueras tú quien se encargara de la casa!

—Mi querida prima, como has debido comprender de una vez por todas, los amos se dividen en opresores y oprimidos. Los que tenemos un buen carácter y odiamos la severidad nos hemos conformado con una serie de inconvenientes. Si consentimos un grupo confuso, abandonado y mal educado, debemos atenernos a las consecuencias. He visto algunos raros casos de personas que gracias a su talento particular consiguen producir orden y método sin severidad, pero yo no soy uno de ellos, así que me he

decidido, hace ya mucho tiempo, a dejar que las cosas sigan como están. No voy a machacar a esos pobres diablos ni a cortarles en pedacitos y, desde luego, ellos saben con quién tratan.

—¡Pero es que no hay horario, no hay sitio, no hay orden, todo va manga por hombro!

—Mi querida Vermont, vosotros los nativos de las cercanías del Polo Norte ponéis un interés extravagante en el tiempo. ¿Para qué puede querer tiempo un tipo que tiene dos veces más del que sabe ocupar? En cuanto al orden y al método, como aquí no hay nada más que hacer que recostarse en el sofá y leer, que el desayuno o la cena sean una hora antes o después no tiene ninguna importancia. Ahora bien, Dinah es capaz de hacer una cena de primera, con sopa, estofado, ave asada, postres y helados, y crea todo eso a partir del caos y de las tinieblas, allí en la cocina. Pienso que es realmente sublime cómo lo consigue hacer. Pero ¡que el cielo nos asista!, si tuviéramos que bajar allá y ver el humo y el emplazamiento y las prisas y agobios del proceso de preparación; no comeríamos nunca más… Mi querida prima, absuélvete de esa pena, es peor que una penitencia católica y no trae nada bueno. Lo único que conseguirás es perder el humor y confundir profundamente a Dinah. Déjala que lo haga todo a su manera.

—Pero, Augustine, no sabes las cosas que encuentro.

—¿Que no lo sé? ¿Acaso ignoro que el rodillo de amasar está debajo de su cama y que el rallador de nuez moscada está en su bolsillo con el tabaco, que hay sesenta y cinco azucareros diferentes en todos y cada uno de los rincones de la casa, que lava los platos con una buena servilleta de mesa un día y con un trozo de enagua al día siguiente? Pero lo importante es que hace cenas que saben a gloria, prepara un café excelente y tienes que juzgarla, como a los guerreros y a los hombres políticos, ¡por su éxito!

—¡Pero lo que se desperdicia, lo que se gasta!

—¡Ay, mira! Cierra todo lo que puedas y guárdate la llave. Dale las cosas por adarmes y nunca le pidas cuentas ni las vueltas, eso es lo mejor.

—Eso me perturba, Augustine. No puedo remediar que me parezca que estos criados no son realmente honrados. ¿Estás tú seguro de que se puede confiar en ellos?

Augustine se rio sin mesura ante la cara grave y ansiosa que puso la señorita Ophelia al hacerle la pregunta.

—¡Oh, prima! ¡Esto es lo mejor! ¡Honrados! ¡Como si eso fuera algo que pudiese esperarse! Honrados, está claro que, desde luego, ellos no lo son. ¿Por qué habrían de serlo? ¿Qué hay sobre la tierra que pudiera hacerlos así?

—¿Por qué no les enseñas?

—¿Enseñarles? ¡Qué tontería! ¿Qué enseñanzas pueden recibir de mí? ¿Doy la impresión de poder hacerlo? En lo que a Marie se refiere, tiene ánimos suficientes para matar a toda la plantilla de una plantación si se la dejara, pero no por ello les quitaría la picardía.

—¿Así que no son gente honrada?

—Bueno, de cuando en cuando hay alguno a quien la Madre Naturaleza le hace tan completamente simple, sincero y fiel que la peor influencia posible no puede destruirle. Pero, como ves, desde que maman del pecho de su madre las criaturas de color sienten y ven que no hay otra salida para ellos más que el disimulo. No les queda más remedio que practicarlo con sus padres, su ama, su amito o su amita compañeros de juego. La astucia y el engaño se hacen hábitos necesarios e inevitables. No es justo esperar otra cosa de ellos y no hay que castigarlos por ello. Pues en cuanto a la honradez, el esclavo está sometido a un estado de dependencia semiinfantil tal que no le hace darse cuenta de cuáles son los derechos de la propiedad o sentir que los bienes de su ama no son los suyos propios si los puede tomar. Por mi parte, no veo cómo pueden ser honrados. Tipos como Tom, que tenemos aquí, son un milagro moral…

—¿Y qué es lo que pasa con sus almas? —dijo la señorita Ophelia.

—Eso no es asunto mío, al menos que yo sepa —dijo St. Clare—. Yo estoy hablando únicamente de circunstancias de su vida material. ¡El hecho es que toda esta raza, en general, está abocada al diablo por nuestro bienestar en este mundo, sin saber cómo les irá en el otro!

—¡Eso es terrible! —dijo la señorita Ophelia—. ¡Deberíais estar avergonzados de vosotros mismos!

—No lo sé en cuanto a mí respecta. Nosotros estamos bien acompañados, si lo miras bien —dijo St. Clare—, como los que toman la

calle más ancha. Mira a los encumbrados y a los de abajo, en todo el mundo, y es siempre la misma vieja historia: la clase más baja está extenuada, en cuerpo y alma, para beneficio de la alta. Así son las cosas en Inglaterra, así son por todas partes y, sin embargo, toda la cristiandad se alza, horrorizada, con virtuosa indignación porque hacemos las cosas de forma un poco diferente a la suya.

—Las cosas no son así en Vermont.

—Ah, bueno, es que en Nueva Inglaterra y en los Estados libres tenéis lo mejor que hay, seguro. Pero la campanilla suena, así que, querida prima, dejemos a un lado nuestros problemas locales y vayamos a comer.

Cuando la señorita Ophelia estaba en la cocina a última hora de la tarde, algunos de los niños negros gritaron: «¡Por Dios, si es Prue, que viene hacia aquí refunfuñando por el camino, como suele hacer siempre!».

Una mujer alta, huesuda, entró entonces en la cocina, llevando en su cabeza una cesta con bizcochos y panecillos.

—¡Hola, Prue! ¡Has venido! —dijo Dinah.

Prue tenía una particular y ceñuda expresión de estar conteniéndose y una voz triste y quejosa. Bajó la cesta y poniéndose a un lado, reposando los codos sobre las rodillas, dijo:

—¡Dios mío, ojalá estuviera muerta!

—¡Cómo! ¿Deseas morirte? —dijo la señorita Ophelia.

—Así estaría libre de penas —dijo la mujer con aspereza, sin levantar los ojos del suelo.

—¿Para qué necesitas emborracharte entonces y que te castiguen, Prue? —preguntó una acicalada doncella cuarterona, agitando mientras hablaba un par de pendientes con perlas de coral.

La mujer le dirigió una hosca y amarga mirada.

—Quizá tú también llegues a ello uno de estos días. Ya me gustaría verte, ya me gustaría. Entonces a ti también te vendría bien echar un trago, como a mí, para olvidar tu miseria.

—Ven, Prue —dijo Dinah—, déjame que vea tus bizcochos. La señorita te pagará por ellos.

La señorita Ophelia tomó un par de docenas.

—Hay algunos cupones en ese viejo jarro desportillado que hay en lo alto de esa repisa —dijo Dinah—. Tú, Jack, sube y bájalos.

—¿Cupones? ¿Para qué? —dijo la señorita Ophelia.

—Le compramos los cupones a su amo y ella nos da el pan a cambio de ellos.

—Y cuentan el dinero y los cupones cuando vuelvo a casa para ver si no me he quedado con las vueltas, y si falta algo me dan una paliza de muerte.

—Que te tienes bien merecida —dijo Jane, la impertinente camarera— si coges su dinero para emborracharte. Eso es lo que hace, señorita.

—Y eso es lo que haré; no puedo vivir de otro modo: beber y olvidar mi miseria.

—Eres muy mala y muy loca —dijo la señorita Ophelia—, robas dinero a tu amo para embrutecerte con él.

—Eso es muy posible, señora; pero de todos modos, lo haré. Sí, lo haré. ¡Oh Dios mío, me gustaría estar muerta, de verdad que me gustaría! ¡Me gustaría estar muerta y que terminaran mis sufrimientos! —y lentamente la vieja criatura se levantó y se puso de nuevo la cesta sobre la cabeza, pero antes de salir miró a la muchacha cuarterona, que seguía jugando con las perlas de sus pendientes—. Piensas que estás muy elegante con ellos, moviendo la cabeza y agitándolos y mirando a todo el mundo por encima del hombro. Bien, no importa, puede ser que vivas para verte un día tan pobre, tan vieja y tan castigada como yo. Quiera Dios que llegues a ello, y entonces ya verás si no bebes, bebes y bebes sin parar, viviendo torturada, y te vendría bien, vaya —y con esta maligna despedida la mujer dejó la habitación.

—¡Vieja bestia asquerosa! —dijo Adolph, que había venido a por el agua para el afeitado de St. Clare—. Si yo fuera su amo, la castigaría aún más.

—No podrías hacer eso aunque quisieras —dijo Dinah—, su espalda no puede ni mirarse; ni siquiera puede ponerse un vestido que la cubra por entero.

—Pienso que esas criaturas de baja estofa no deberían venir a rondar a las casas de buena familia —dijo la señorita Jane—. ¿Qué es lo que piensa

usted, señor St. Clare? —dijo con coquetería volviendo su cabeza hacia Adolph[6].

Hay que observar que, entre otras apropiaciones del patrimonio de su amo, Adolph tenía la costumbre de adoptar su nombre y sus señas, y que el estilo con el que se movía entre los círculos de la sociedad de color de Nueva Orleans era el del señor St. Clare.

—Desde luego, soy de su misma opinión, señorita Benoir —dijo Adolph.

Benoir era el nombre de la familia de Marie St. Clare, y Jane era una de sus esclavas.

—Por favor, señorita Benoir, ¿me permitiría usted preguntarle si esas perlas son para el baile de mañana por la noche? ¡Son verdaderamente espléndidas!

—Me admira, señor St. Clare, con su pregunta. ¡El atrevimiento al que pueden llegar ustedes los hombres! —dijo Jane moviendo su hermosa cabecita hasta que los pendientes tintinearon otra vez—. No bailaré con usted en toda la noche si continúa haciéndome tales preguntas.

—¡Oh, no puede ser tan cruel conmigo! Me estaba muriendo por saber si se presentará con su vestido de tarlatana rosa —dijo Adolph.

—¿Qué es esto? —dijo Rosa, una vivaracha y guapa cuarterona que bajaba las escaleras a toda velocidad en ese momento—. ¿Cómo es que el señor St. Clare es tan atrevido?

—Por mi honor —dijo Adolph— que dejaré que la señorita Rosa juzgue por ella misma.

—Bien sé yo que es una criatura muy grosera —dijo Rosa apoyándose en uno de sus piececitos y mirando maliciosamente a Adolph—. Por eso es por lo que siempre me enfado con él.

—¡Ay, señoritas, señoritas! Acabarán ustedes rompiéndome el corazón entre las dos —dijo Adolph—. Apareceré muerto en mi cama una mañana y tendrán que responder por ello.

—¡Hay que oír cómo habla esta horrenda criatura! —dijeron las dos damas, riendo sin freno alguno.

—¡Venga, fuera de aquí! No puedo teneros ocupándome todo el sitio de la cocina —dijo Dinah—, en medio de mi camino, haciendo el tonto a mi

alrededor.

—La Tía Dinah está de malas porque ella no puede venir al baile —dijo Rosa.

—No quiero saber nada de vuestros bailes de gente de color claro —dijo Dinah—, que nos dividen, haciendo creer que vosotros sois gente blanca. Al fin y al cabo, sois tan esclavos negros como lo soy yo.

—La Tía Dinah se pone brillantina en sus crespas lanas todas las mañanas para que se mantengan bien tiesas —dijo Jane.

—Pero su pelo seguirá crespo a pesar de todo —dijo Rosa moviendo a propósito sus largos y sedosos cabellos.

—Bien; ¿acaso ante los ojos de Dios no es lo mismo tener lanas que cabellos? —preguntó Dinah—. Me gustaría que la señora dijera quién vale más: un par como vosotras o una como yo. ¡Marchaos ya con vuestros coqueteos, no quiero veros por aquí!

Aquí la conversación quedó interrumpida por partida doble. Se pudo oír la voz de St. Clare que desde lo alto de las escaleras le preguntaba a Adolph si tenía que esperar toda la noche el agua caliente para el afeitado, y la señorita Ophelia, que venía del comedor, dijo:

—Jane y Rosa, ¿que hacéis aquí perdiendo el tiempo? Id inmediatamente a trabajar y ocuparos de vuestras muselinas.

Nuestro amigo Tom, que había estado en la cocina durante la conversación con la vieja y hosca mujer, la había seguido a la calle. La vio avanzar, dejando escapar de cuando en cuando un lamento ahogado. Al fin dejó la cesta en un escalón y empezó a colocarse bien el viejo y raído chal que le cubría los hombros.

—Podría llevarte el cesto un rato —le dijo Tom con compasión.

—¿Y por qué lo harías? —dijo la mujer—. No necesito ayuda.

—Pareces enferma o con problemas o te pasa algo —dijo Tom.

—No estoy enferma —dijo la mujer secamente.

—Me gustaría —dijo Tom mirándola intensamente—, me gustaría poder convencerte de que dejaras la bebida. ¿No sabes que lleva a la ruina del cuerpo y del alma?

—Ya sé que voy a ir al infierno —dijo la mujer con tristeza—. No necesitas decirme eso. Soy fea, soy mala, voy directamente al infierno. ¡Ay,

Dios, me gustaría estar allí!

—¡Oh santo Dios, ten piedad! Pobre criatura, ¿no has oído hablar nunca de Jesucristo?

—¿Jesucristo? ¿Quién es?

—¡Cómo, Él es el Señor! —dijo Tom.

—Pienso que ya he oído hablar de Dios, del juicio final y del infierno. Ya he oído todo eso.

—Pero ¿no te ha dicho nunca nadie que Jesús nuestro Señor nos amó a nosotros, pobres pecadores, y que murió por nosotros?

—No sé nada de eso —dijo la mujer—, nadie me ha querido nunca desde que murió mi viejo.

—¿Dónde te criaste? —dijo Tom.

—Allá en Kentucky. Un hombre me empleaba para criar niños que después vendía en el mercado en cuanto fueran lo bastante grandes. Por fin me vendió a un especulador y por medio de él me compró mi amo.

—¿Por qué has tomado el mal camino de la bebida?

—Para librarme de mis penas. Tuve un hijo cuando vine aquí y pensé que podría criarlo porque mi amo no era un especulador. ¡Era un crío monísimo! Y mi ama la señora parecía pensar lo mismo al principio, pues no lloraba nunca, tenía buen aspecto y estaba regordete. Pero la señora se puso enferma y yo me ocupé de ella; tuve la misma fiebre y se me quitó la leche y el niño se quedó con la piel sobre los huesos y la señora no quería comprar leche para él. No quería escucharme cuando le decía que no tenía leche. Me dijo que sabía que yo podía alimentarlo con las sobras de otras personas, pero el niño perdía cada vez más peso y lloraba y lloraba y lloraba día y noche, y era solo piel y huesos, y la señora se puso en contra de él y dijo que no daba más que disgustos. Deseaba que se muriera, dijo, y no me dejaba tenerlo conmigo por las noches porque decía que me mantenía despierta y que me dejaba inútil para hacer cualquier tarea. Me obligaba a dormir en su habitación y yo tuve que dejar a mi hijito aparte en una especie de pequeño desván para que allí llorara hasta morirse por la noche. Y eso pasó, y yo empecé a beber para sacarme sus lloros de los oídos. Y eso hice y eso seguiré haciendo. Lo haré incluso si voy al infierno por eso. El amo siempre me dice que iré al infierno, y yo le contesto que ya estoy en él.

—¡Oh, pobre criatura! —dijo Tom—. ¿No te ha dicho nunca nadie que Jesús nuestro Señor te amó y que murió por ti? ¿No te han dicho que Él te ayudará y que podrás ir al cielo y encontrar el descanso por fin?

—¿Tengo acaso pinta de ir al cielo? —dijo la mujer—. ¿No es allí adónde van los blancos? ¿Piensas que querrán tenerme allí? Prefiero ir al infierno y librarme del amo y la ama. De verdad lo prefiero —dijo, y con su gemido habitual se puso la cesta en la cabeza y se alejó tristemente.

Tom se volvió y se encaminó muy apenado hacia la casa. En el patio se encontró con la pequeña Eva, que tenía una corona de flores en la cabeza y los ojos relucientes de felicidad.

—¡Oh, Tom, por fin has llegado! ¡Qué bien que te haya encontrado! Papá dice que puedes sacar los caballitos y darme un paseo con mi nuevo carricoche —dijo tomándole de la mano—. Pero ¿qué te pasa, Tom? Pareces muy serio.

—Me siento mal, señorita Eva —dijo Tom muy apenado—. Pero voy a ir a buscar los caballos para usted.

—Dime qué es lo que te pasa, Tom. Te he visto hablando con la pobre vieja Prue.

Tom, con frases sencillas y muy intensas, le contó a Eva la historia de la mujer. Ella no prorrumpió en exclamaciones ni se asombró ni lloró como hacen otros niños. Sus mejillas palidecieron y una sombra profunda y oscura pasó sobre sus ojos. Dejó sus manos cruzadas sobre el pecho y respiró profundamente.

Capítulo XIX
Continúan las experiencias y pensamientos de la señorita Ophelia

—Tom, ya no tienes que sacarme los caballos. No quiero pasear —dijo la niña.

—¿Por qué no, señorita Eva?

—Estas cosas me llegan al corazón, Tom —dijo Eva—, me llegan al corazón —repitió con energía—. No quiero salir —y se dio la vuelta y se fue a casa.

Unos días más tarde vino otra mujer en lugar de Prue para traer los bizcochos a la casa. La señorita Ophelia estaba en la cocina.

—¡Dios mío! —dijo Dinah—. ¿Qué le ha pasado a Prue?

—Prue ya no vendrá nunca más —dijo la mujer con misterio.

—¿Y por qué no? —dijo Dinah—. ¿No se habrá muerto, no?

—Pues no lo sabemos exactamente. Está encerrada en el sótano —dijo la mujer mirando a la señorita Ophelia.

Después de que la señorita Ophelia hubiese escogido los bizcochos, Dinah siguió a la mujer hasta la puerta.

—Dime qué es lo que le pasa a Prue, dime —le rogó.

La mujer parecía deseosa de hablar y a la vez se mostraba reacia, así que contestó en un tono bajo y misterioso:

—Bueno, no se lo digas a nadie, Prue se emborrachó otra vez y la han encerrado en el sótano y la han dejado allí todo el día; y les he oído decir que las moscas habían dado cuenta de ella… y que estaba muerta.

Dinah se echó las manos a la cabeza y, al volverse, vio a su lado la forma fantasmal de Evangeline, con sus grandes ojos de mística dilatados

por el horror y con las mejillas y los labios sin una sola gota de sangre.

—¡Que Dios nos bendiga! La señorita Eva va a desmayarse. ¿Cómo estamos todos para haberla dejado escuchar una cháchara así? Su padre se pondrá furioso.

—No me voy a desmayar, Dinah —dijo la niña con firmeza—. ¿Y por qué no podría escuchar eso? No es grave que yo lo oiga, sino que la pobre Prue lo haya sufrido.

—¡Por Dios! No son cosas para una dulce y delicada damita como usted; estas historias no lo son, podrían matarla.

Eva suspiró de nuevo y subió las escaleras con paso lento y melancólico.

La señorita Ophelia preguntó con interés por la historia de la mujer. Dinah le dio una versión muy gárrula de ella y Tom le añadió los detalles que había obtenido la mañana que la había visto.

—¡Un asunto abominable, es absolutamente horrible! —exclamó al entrar en la habitación donde St. Clare estaba leyendo la prensa.

—Dime qué nueva maldad has descubierto —le dijo.

—¿Qué te parece? ¡Esos tipos han azotado a Prue hasta matarla! —dijo la señorita Ophelia, continuando con gran lujo de detalles su relato de la historia y deteniéndose en los particulares más llamativos.

—Pensé que tenía que pasar un día u otro —dijo St. Clare volviendo a su periódico.

—¡Lo pensaste! ¿Y no hiciste nada para evitarlo? —dijo la señorita Ophelia—. ¿No hay por aquí personas de competencia o alguien que intervenga y se ocupe de estos asuntos?

—Se supone que, en general, el interés por mantener la propiedad es suficiente salvaguardia en estos casos. Si la gente elige destruir sus propias posesiones, no sé qué es lo que se puede hacer. Al parecer, la pobre criatura era una ladrona y una borracha, así que no hay grandes esperanzas de que su caso despierte muchas simpatías.

—¡Es algo totalmente insultante, es horrendo, Augustine! Sin duda este asunto originará venganzas.

—Mi querida prima, yo no lo hice y no puedo evitarlo. Si los tipos estúpidos y brutales actúan así, ¿qué es lo que puedo hacer? Tienen el

control absoluto, son déspotas irresponsables. Es inútil interferir en su camino, pues no hay ninguna ley que sirva para nada en la práctica en un caso así. Lo mejor que podemos hacer es cerrar los ojos y hacer oídos sordos y dejarlos a su aire. Es el único remedio que nos queda.

—¿Cómo puedes cerrar los ojos y taparte los oídos? ¿Cómo puedes tolerar cosas así?

—Mi querida prima, ¿qué es lo que esperas? Aquí hay una raza entera degradada, maleducada, indolente y provocadora, la cual se encuentra, sin ningún tipo de condiciones o de acuerdo, en manos de otros que son, como la mayoría del resto del mundo, gente que no tiene consideración ni autodominio, tipos que ni siquiera tienen una visión clara de sus propios intereses, pues tal es el caso de la mayor parte de la humanidad. Desde luego, en una comunidad tan organizada, ¿qué es lo que puede hacer un hombre de sentimientos dignos y humanos sino cerrar los ojos lo más posible y endurecer su corazón? No puedo comprar a todos los desgraciados que se cruzan en mi camino. No puedo volverme un caballero andante y ocuparme de enmendar cada caso individual de injusticia en una ciudad como esta. Lo más que puedo hacer es intentar mantenerme al margen de ella.

El hermoso semblante de St. Clare se había ensombrecido durante unos instantes; luego añadió:

—Venga, prima, no te quedes mirándome como una de las Parcas[1] solo has echado un vistazo del otro lado de la cortina y has visto un ejemplo de lo que pasa en el mundo exterior. Si fisgáramos y espiáramos todos los males del mundo, no tendríamos ánimos para nada. Es como mirar demasiado cerca los preparativos de Dinah en la cocina —y St. Clare se reclinó sobre el sofá y siguió leyendo su periódico.

La señorita Ophelia se sentó, sacó su labor de punto y se quedó allí con una siniestra indignación. Tejía y tejía, pero entre tanto meditaba y el fuego crecía, así que al final estalló:

—Te digo, Augustine, que no puedo pasar por alto cosas así, aunque tú sí puedas. Es una abominación completa que defiendas un sistema semejante, ¡eso es lo que pienso!

—¿Qué pasa ahora? —dijo St. Clare levantando los ojos—. ¿Lo mismo que antes, no?

—¡Digo que es completamente abominable que defiendas un sistema como este! —dijo la señorita Ophelia con un ardor creciente.

—¿Yo lo defiendo, señora mía? ¿Quién ha dicho que lo haya defendido nunca? —dijo St. Clare.

—Desde luego que lo defiendes, todos vosotros lo hacéis, todos los sureños. ¿Para qué tenéis los esclavos si no estáis de acuerdo?

—¿Serás acaso tan dulce e ingenua como para creer que nadie en el mundo hace nunca lo que piensa que no está bien? ¿No has hecho nunca nada o lo has dejado de hacer a sabiendas de que no estaba del todo bien?

—Si lo hiciera, me arrepentiría, eso espero al menos —dijo la señorita Ophelia.

—Eso mismo hago yo —dijo St. Clare pelando una naranja—. Me arrepiento continuamente.

—¿Y por qué sigues haciéndolo?

—¿Nunca has seguido haciendo mal las cosas a pesar de arrepentirte, mi querida prima?

—Bueno, solo cuando la tentación era muy fuerte —dijo la señorita Ophelia.

—Bueno, pues es que la tentación es muy fuerte para mí —dijo St. Clare—; precisamente esa es mi gran dificultad.

—Pero yo siempre decido no hacerlo e intento acabar con ello.

—Bueno, yo había decidido en muchas ocasiones que no lo haría, y lo hago o no lo hago desde hace diez años —dijo St. Clare—; pero no he conseguido, por decirlo de alguna manera, despachar el asunto. ¿Y tú has despachado todos tus pecados, prima?

—Primo Augustine —dijo la señorita Ophelia muy seria y dejando a un lado su labor de punto—, me imagino que me merezco que repruebes mis faltas; ya sé que todo lo que dices es bastante cierto, y nadie las siente más de lo que las siento yo, pero me parece que a pesar de todo hay una diferencia entre tú y yo. Me dejaría cortar la mano derecha antes que seguir haciendo día tras día lo que considero injusto. Pero mi conducta está tan

poco de acuerdo con mi profesión de fe, que no me extraña que me lo reproches.

—¡Oh, mira, prima! —dijo Augustine sentándose en el suelo y poniendo la cabeza sobre su regazo—. ¡No te lo tomes tan tremendamente en serio! ¡Bien sabes tú qué niño tan malcriado y desastroso era siempre! Me gusta picarte, eso es todo, para que te enfades a conciencia. Pienso de verdad que eres desesperada y perturbadoramente buena, me cansa mortalmente pensar en ello.

—Pero este es un tema muy serio, querido, Auguste —dijo la señorita Ophelia poniéndole la mano sobre la frente.

—Tremendamente serio —dijo él— y, bueno, yo nunca quiero hablar en serio cuando hace calor. Pues con los mosquitos y todo lo demás, uno no puede elevarse en temas muy sublimes y morales, y me parece —dijo St. Clare levantándose de golpe— que esta es una nueva teoría. Ahora entiendo por qué las naciones del Norte son siempre más virtuosas que las del Sur, lo veo todo claro en este asunto.

—¡Ay, Auguste, tienes una cabeza de chorlito!

—¿De verdad? Bueno, supongamos que es así; aunque, por una vez, voy a ponerme serio, pero tienes que acercarme esa cesta de naranjas, por favor, puesto que voy a hacer este esfuerzo. Mira —dijo Augustine levantando la cesta—, voy a empezar… Cuando en el curso de los acontecimientos humanos se hace necesario que cada tipo tenga dos o tres docenas de sus congéneres gusanos en cautividad, una mirada decente sobre las opiniones de la sociedad requiere que…

—No veo que te estés poniendo más serio —dijo la señorita Ophelia.

—Espera, ya estoy llegando, vas a ver. El problema se resume, prima —dijo con su bello rostro adquiriendo de pronto una expresión intensa y seria —, en que, según pienso yo, no puede haber más que una sola opinión sobre la cuestión abstracta de la esclavitud. Los amos de las plantaciones que pueden ganar dinero gracias a ella, los clérigos que desean complacer a los amos de las plantaciones, los políticos que quieren gobernar por ella, pueden retorcer y doblar el lenguaje y la ética hasta extremos que podrían asombrar al mundo por su ingenuidad; pueden exprimir la Naturaleza y la Biblia, y quién sabe qué más, por esta causa; pero, al fin y al cabo, ninguno

de ellos ni nadie en el mundo cree en todo ello. Viene del diablo, esto es el resumen de todo, y para mí que es un excelente ejemplo de lo que se puede hacer en este sentido.

La señorita Ophelia dejó de tejer y le miró sorprendida, y St. Clare, disfrutando aparentemente con su asombro, prosiguió:

—Pareces sorprendida, pero si quieres que tratemos la cuestión a fondo me descubriré por completo. Este maldito negocio, maldito por Dios y por los hombres, ¿en qué consiste? Desnudándolo de todo adorno, dejándolo limpio y mondo hasta la raíz y el corazón, ¿de qué se trata?, ¿con qué motivo se lleva a efecto?, ¿por qué mi hermano Quashy[2] es ignorante y débil y yo soy inteligente y fuerte? Porque yo sé cómo hacerlo y puedo hacerlo; por tanto, puedo robarle todo lo que tiene, guardarlo y darle solamente lo que se me antoje. Todo lo que sea demasiado duro, demasiado sucio o demasiado desagradable para mí, le obligaré a hacerlo a Quashy. Puesto que a mí no me gusta el trabajo, Quashy trabajará. Porque el sol me quema. Quashy se quedará al sol. Quashy ganará el dinero y yo me lo gastaré. Quashy se enfangará en todas las ciénagas y yo podré pisar sobre el suelo seco. Quashy cumplirá mis deseos y no los suyos durante todos los días de su vida mortal, y tendrá tantas oportunidades de alcanzar la gloria, al fin, como yo encuentre conveniente. Esto es lo que yo entiendo que es la esclavitud. Desafío a cualquiera en el mundo a leer nuestro código de los esclavos, tal y como está escrito en los libros de las leyes, y que haga otra cosa con él en la mano. ¡Hablar de los abusos de la esclavitud! ¡Tonterías, la cosa en sí misma constituye la esencia de todo abuso! Y la única razón por la que la tierra no se hunde baio nuestros pies, como en Sodoma y Gomorra, es porque se emplea de una manera mucho mejor de la que fue inventada. Por la compasión, por la vergüenza, porque somos hombres y mujeres y no bestias salvajes, muchos de nosotros no lo hacemos, no nos atrevemos a emplear todo el poder que nos ponen en las manos nuestras bárbaras leyes. Y el que va más allá y llega a lo peor, no hace sino usar sus prerrogativas dentro de los límites legales[3].

St. Clare había empezado y, excitado a su manera, recorría la habitación de arriba abajo con pasos apresurados. Su hermoso rostro, clásico como el de una estatua griega, parecía arder en aquel momento con el mismo fervor

que sus sentimientos. Sus grandes ojos azules relampagueaban y gesticulaba con una inconsciente intensidad. La señorita Ophelia no le había visto nunca en un estado semejante y se quedó totalmente silenciosa.

—Te confieso —dijo de repente parándose delante de su prima—, pues no sirve de nada hablar o tener sentimientos sobre el tema, te confieso que ha habido momentos en los que he pensado que si el país entero se hundiera y se ocultaran así todas las miserias e injusticias, me gustaría hundirme con él. Cuando he viajado arriba y abajo en nuestros barcos, o por aquí en mis diferentes recorridos, y he reflexionado sobre el hecho de que cada tipo brutal, asqueroso, malvado, de mala vida que me encontraba tenía el permiso de la ley para convertirse en el déspota absoluto de tantos hombres y mujeres y niños como fuera capaz de comprar con el dinero de engaños, robos o ganancias; cuando he visto a estos hombres convertirse en los propietarios de hecho de niños indefensos, de chicas jóvenes y de mujeres, me he sentido dispuesto a maldecir a mi país y a la especie humana.

—¡Augustine, Augustine! —dijo la señorita Ophelia—. Ya has dicho bastante. Nunca en mi vida había oído algo así, ni siquiera en el Norte.

—¡En el Norte! —dijo St. Clare con un cambio de expresión y volviendo de alguna manera a su habitual tono despreocupado—. ¡Bah, los del Norte tenéis la sangre muy fría para todo! No podéis empezar a maldecir monte arriba y monte abajo como hacemos nosotros cuando nos ponemos a ello.

—Pero la cuestión es… —dijo la señorita Ophelia.

—Oh, sí, desde luego; la cuestión es pero que muy complicada. ¿Cómo hemos llegado nosotros a este estado de pecado y miseria? Bien, te contestaré con las buenas y viejas palabras que tú solías enseñarme los domingos. He llegado a esto por generación espontánea. Mis servidores eran los de mi padre y, lo que es más, de mi madre; y ahora son míos, ellos y su descendencia, que es un bien bastante considerable. Mi padre, ya lo sabes, vino al principio de Nueva Inglaterra y era un hombre comparable en todo al tuyo, un buen cristiano, recto, enérgico, de carácter noble y con una voluntad de hierro. Tu padre se estableció en Nueva Inglaterra para reinar sobre las rocas y las piedras y ganarse la existencia forzando a la Naturaleza. El mío se instaló en Luisiana para gobernar sobre hombres y

mujeres y ganarse la vida por medio de ellos. Mi madre —dijo St. Clare levantándose y dirigiéndose a un cuadro que había al otro extremo de la habitación, mirándolo con una expresión ferviente de veneración— ¡era divina! No me mires así, ya sabes lo que quiero decir. Probablemente no se trataba sino de una mortal, pero por lo que yo pude observar, no había ni rastro de debilidad humana o error en ella, y toda la gente que la recuerda, ya sean esclavos o libres, servidores, conocidos, amigos, todos dicen lo mismo. Porque, prima, una madre así es lo único que durante muchos años se ha interpuesto entre mí y el descreimiento más completo. Era la auténtica encarnación y personificación del Nuevo Testamento, un hecho vivo del que había que responder y que no se explicaba más que por su profunda verdad. ¡Oh, madre, madre! —dijo St. Clare juntando las manos en una especie de arrebato; luego, calmándose, se sentó en una otomana y continuó —: Mi hermano y yo éramos gemelos; y se dice que los gemelos deben parecerse, pero nosotros éramos diferentes en todo. Él tenía ojos negros y fieros, pelo negro como el carbón, un marcado y hermoso perfil romano y una complexión morena y recia. Yo tenía los ojos azules, el pelo dorado, una silueta griega y una complexión rubia. Él era activo y observador; yo, soñador e inactivo. Él era generoso con sus amigos e iguales, pero orgulloso, dominante, despótico con los inferiores, sin ninguna piedad con los que se levantaban contra él. Los dos éramos honrados: él por su orgullo y su valor; yo, por una especie de ideal abstracto. Nos queríamos el uno al otro como suelen hacerlo los críos, a ratos sí y a ratos no, y, en general, él era el preferido de mi padre, y yo, el de mi madre. Yo tenía una morbosa sensibilidad y una profunda agudeza de sentimientos sobre todos los temas posibles, hacia los cuales él y mi padre no sentían ninguna comprensión ni simpatía alguna. En cambio, mi madre sí la sentía, así que cuando me peleaba con Alfred y mi padre me miraba con severidad, me iba a la habitación de mi madre y me sentaba a su lado. Me acuerdo exactamente de su aspecto, con sus mejillas pálidas, sus profundos, suaves y serios ojos, su vestido blanco, pues siempre estaba vestida de blanco; y muchas veces he pensado en ella al leer en el Apocalipsis que los santos iban cubiertos con túnicas de lino blanco, limpias y albas. Ella tenía un enorme talento para diversas artes, especialmente para la música, y solía sentarse ante un

órgano, tocando la hermosa antigua música sacra de la Iglesia católica[4] y cantando con una voz más propia de un ángel que de una mujer mortal; yo ponía mi cabeza en su regazo y lloraba y soñaba y sentía cosas inconmensurables, cosas que ningún lenguaje puede expresar…

»En aquel tiempo el asunto de la esclavitud no se consideraba en absoluto como hoy en día, nadie pensaba que tuviera nada de malo.

»Mi padre era un aristócrata nato. Pienso que, en algún estado de existencia anterior, él debió de encontrarse en los círculos de los espíritus más elevados y debió de traer al mundo con él todo el orgullo de su antigua corte, pues estaba arraigado en él hasta la médula de los huesos, a pesar de que su familia y origen fueran pobres y en modo alguno nobles. Mi hermano había heredado su manera de ser.

»Ahora bien, un aristócrata, ya sabes, y es así en todas partes, no tiene simpatías humanas más allá de un cierto nivel social. En Inglaterra, el límite está en cierto lugar; en Birmania, en otro, y en América, en otro; pero los aristócratas de cada uno de estos países nunca lo franquean. Lo que parecería dureza, dolor e injusticia para los de su clase, es una fría cuestión de costumbre para los otros. La línea divisoria de mi padre era la del color. Con sus iguales nunca se vio un hombre más justo y generoso, pero consideraba a los negros, con todos sus posibles matices de color, como un eslabón intermedio entre los hombres y los animales y graduaba todas sus ideas de generosidad y justicia siguiendo esta hipótesis. Me imagino que si, para asegurarse, alguien le hubiera preguntado lisa y llanamente si los negros tenían un alma inmortal, habría vacilado y, por fin, asentido. Pero mi padre no era una persona demasiado preocupada por cuestiones espirituales; no tenía ningún sentimiento religioso que fuera más allá de la veneración de Dios como cabeza suprema de las clases altas.

»Bien, mi padre hacía trabajar a quinientos negros y era un hombre de negocios inflexible, autoritario y puntilloso; todo tenía que hacerse y marchar según un sistema mantenido con un rigor y una precisión infalibles. Ahora, si tenemos en cuenta que el trabajo era realizado por una serie de operarios perezosos, incompetentes y atontados que se habían criado durante toda su vida sin razón alguna para aprender otra cosa más que “escaquearse”, como diríais los de Vermont, naturalmente, como te

imaginarás, en la plantación sucedían cosas que parecían horribles e inquietantes para un niño sensible como yo.

»Además de todo esto tenía un capataz, un tipo grande, alto, macizo, fortachón, un renegado hijo de Vermont (te ruego que me excuses), que se había iniciado en el aprendizaje de la dureza y la brutalidad y que tras obtener su título ponía su profesión en práctica. Mi madre no podía soportarlo, y yo tampoco; pero se ganó por completo la confianza de mi padre, y este hombre era el amo despótico de la propiedad.

»Yo entonces era pequeño, pero sentía el mismo amor que le tengo ahora a todas estas cosas, una especie de pasión por el estudio de la humanidad, fuera cualquiera la forma bajo la que se me representara. Me encontraban en las cabañas y entre los que trabajaban los campos muy a menudo y, desde luego, era allí muy mimado; me susurraban al oído toda clase de quejas e injusticias y yo se las repetía a mi madre, y entre los dos formábamos una especie de comité para reparar los agravios. Suavizamos e impedimos muchas crueldades y nos felicitábamos haciendo el bien, hasta que, al fin, como suele suceder, mi celo fue excesivo. Stubbs se quejó a mi padre de que no era posible dirigir a los negros y que dimitía de su cargo. Mi padre era un marido tierno e indulgente, pero también un hombre que nunca cedía ante lo que él consideraba que era necesario, así que se interpuso entre nosotros y los trabajadores del campo. Le dijo a mi madre, en un lenguaje perfectamente respetuoso y deferente, pero lo bastante explícito, que ella podía ser el ama suprema entre la gente de la casa, pero que en la del campo no admitía ninguna interferencia[5]. La reverenciaba y la respetaba por encima de todos los seres vivientes, pero lo mismo le habría dicho a la mismísima Virgen María si se hubiera inmiscuido en su manera de llevar las cosas.

»En algunas ocasiones oía a mi madre razonando ciertos casos con él, haciendo esfuerzos para provocar su simpatía. Él escuchaba los discursos más patéticos con la más descorazonadora de las cortesías y sin inmutarse. Todo se resume en esto —decía—: “¿Tengo que echar a Stubbs o conservarlo? Stubbs es el espíritu de la puntualidad, de la honradez y de la eficacia, un excelente tipo para los negocios y tan humano como pueda serlo cualquiera. Es imposible tener a alguien perfecto; y yo le defiendo,

tengo que apoyar su trabajo en conjunto, incluso si de cuando en cuando hay excepciones. Todo gobierno incluye necesariamente una cierta dureza. Las normas generales no deben doblegarse en los casos particulares". Esta última máxima de mi padre parecía referirse a los ejemplos de crueldad más evidente de algunos colonos. Después de haber dicho eso, ponía los pies sobre el sofá, como un hombre que ha despachado un asunto, y se disponía a echarse una siesta o a leer el periódico, según las ocasiones.

»El hecho es que mi padre mostraba un talento idéntico al de los hombres de Estado. Podría haber dividido Polonia con la misma facilidad que lo hubiera hecho con una naranja o habría pisoteado Irlanda con tanta calma y conciencia como cualquier otro[6]. Por fin, mi madre acabó por rendirse, desesperada. Nunca se sabrá, hasta el último día, lo que naturalezas como la suya sintieron, metidas sin ayuda alguna en un mundo que les parecía un abismo de injusticia y crueldad y que no se lo parecía a nadie más en torno suyo. Fue una época de amargas penas para estas personas que se encontraban en un mundo tan infernal como es el nuestro. ¿Qué le quedaba por hacer sino educar a sus hijos en sus ideas y sentimientos? Bueno, a pesar de todos tus argumentos sobre la educación, los niños crecerán en sustancia tal y como son por naturaleza, y solamente así. Desde la cuna, Alfred era un aristócrata, y al crecer, instintivamente, todas sus simpatías y razonamientos iban en ese sentido, y las exhortaciones de mi madre se las llevaba el viento. En cuanto a mí, calaron muy hondo. Ella nunca contradecía en modo alguno lo que decía mi padre ni parecía discrepar de él en apariencia; pero dejó impresa, marcada a fuego en mi alma, con la fuerza de su naturaleza intensa y profunda, la idea de la dignidad y el valor de la más miserable de las almas humanas. Miré su expresión con respeto sagrado cuando, mostrándome el cielo estrellado, me dijo; "¡Míralas, Auguste! El alma más pobre y miserable de este mundo seguirá viva cuando todas esas estrellas hayan desaparecido para siempre: viviremos mientras Dios viva".

»Ella tenía algunos buenos cuadros antiguos, uno en particular que representaba a Jesús sanando a un ciego. Eran muy hermosos y me impresionaban mucho. "Mira esto, Auguste —decía—. El ciego era un mendigo, pobre y ocioso, y, sin embargo, Jesús no le decía ¡fuera!, ¡fuera!

¡Le llamaba para que se acercara a él y le imponía las manos! Recuerda esto, hijo mío". Si hubiera vivido bajo su cuidado, ella me hubiera transmitido no sé qué tipo de entusiasmo. Podría haber sido un santo, un reformador o un mártir; pero ¡ay!, me separé de ella cuando yo tenía solo trece años y nunca la volví a ver.

St. Clare permaneció con la cabeza entre las manos y se quedó callado durante algunos minutos. Después, levantó la mirada y continuó:

—¡Qué miserable y mezquina es toda esta historia de la virtud humana! Para la mayoría es un mero asunto de latitud y longitud, de situación geográfica y de temperamento natural. ¡En su mayor parte no son más que accidentes! Tu padre, por ejemplo, se estableció en Vermont, en una ciudad donde todos son, de hecho, libres e iguales; se hizo miembro y diácono de la Iglesia y, en su momento, se adhirió a una de las sociedades abolicionistas, y opina de nosotros que somos poco mejor que los paganos. Y a pesar de eso tiene las mismas constitución y costumbres que mi padre, es una verdadera copia de él. Puedo verlo poniendo cincuenta ejemplos diferentes, siempre con el mismo espíritu dominante, fuerte y prepotente. Sabes muy bien hasta qué punto es imposible persuadir a algunas personas de tu pueblo de que Squire Sinclair no se siente superior a ellos. El hecho es que, aunque le haya tocado en suerte vivir tiempos democráticos y aunque haya adoptado unas ideas democráticas, en su fuero interno sigue siendo un aristócrata, al menos tanto como mi padre, que gobernaba sobre quinientos o seiscientos esclavos.

La señorita Ophelia se sintió bastante dispuesta a meditar sobre este particular y estaba dejando a un lado su labor de punto para comentarlo, pero St. Clare la detuvo.

—Mira, sé todo lo que me vas a decir. No digo que fueran iguales exactamente. Uno cayó en una condición en la que todo actuaba contra sus tendencias naturales, y el otro allí donde todo le ayudaba a manifestarlas; así que uno llegó a ser un viejo demócrata convencido, entusiasta y firme, mientras que el otro se convirtió en un firme, entusiasta y convencido déspota. Si los dos hubiesen tenido plantaciones en Luisiana, habrían sido tan parecidos como dos balas hechas en el mismo molde.

—¡Qué hijo más desagradecido eres! —dijo la señorita Ophelia.

—No es mi intención ser irrespetuoso —dijo St. Clare—, si bien sabes que la reverencia no es lo mío. Pero sigamos con mi historia: Cuando mi padre murió, dejó la propiedad entera a sus dos gemelos para que la repartiéramos según nuestra conveniencia. No hay ser viviente bajo la tierra que tenga un alma tan noble o que sea tan generoso como lo es Alfred con los que son sus iguales, y salimos adelante en este asunto de la propiedad sin una sola palabra o un solo sentimiento de poca fraternidad. Alfred, cuya vida exterior y cuyas capacidades doblaban en fuerza a las mías, se convirtió en un entusiasta propietario de plantación y obtuvo un éxito maravilloso.

»Pero dos años de prueba me bastaron para comprender que yo no podía ser un socio en este negocio. Tener setecientos trabajadores a mi disposición, a los que no podía conocer personalmente ni sentir ningún interés particular por ellos, comprados y traídos, alojados y alimentados, obligados a trabajar como un rebaño de ganado, sujetos a una precisión militar, pues la cuestión de si las diversiones más pequeñas y corrientes de la vida ayudaban o no a mantenerlos en forma para trabajar no llegaba a resolverse[7]; la necesidad de capataces y de vigilantes; el látigo, siempre necesario como primer y último argumento, la cosa en sí se me hacía insufrible, odiosa y repugnante, y cuando pensaba en la estima de mi madre hacia cada una de las pobres almas, se me hacía, incluso, aterradora.

»¡Es un absurdo decirme que los esclavos disfrutan con esto! Hasta ahora no he tenido paciencia con la insoportable podredumbre que algunos de los prohombres del Norte han inventado en su celo por defender nuestros pecados. Nosotros lo sabemos mejor. Dime si hay algún hombre sobre la tierra que quiera trabajar toda la vida, desde el alba hasta que oscurece, bajo la constante vigilancia de un amo, sin poder hacer algo para él sin estar obligado, repitiendo la misma tarea pesada, monótona e invariable, y todo a cambio de dos pares de pantalones y uno de zapatos al año y recibiendo suficiente comida y abrigo para mantenerse en condiciones de trabajar. A cualquier hombre que piense que los seres humanos pueden, en general, adaptarse a este modo de vida como a cualquier otro, le deseo que lo pruebe en sus carnes. Yo he comprado el perro y lo he adiestrado, con conciencia de ello.

—Yo siempre había supuesto —dijo la señorita Ophelia— que tú y que todos vosotros aprobabais estas cosas y que pensabais que estaban bien, de acuerdo con las Sagradas Escrituras.

—¡Eso son estupideces! No nos vemos obligados a eso todavía. Alfred, que es el déspota más decidido del mundo, no intenta utilizar este tipo de defensa. No; se mantiene altanero en la cúspide, poniendo los pies sobre un suelo viejo y respetable, la ley del más fuerte, y dice y piensa con bastante sensatez que el amo de plantación americano «solo está haciendo, de otro modo, lo que los aristócratas ingleses y los capitalistas hacen con las clases bajas», es decir, apropiarse de ellos en carne y hueso, en alma y pensamiento, para emplearlos como les convenga. Defiende a los dos, y pienso que al menos resulta consecuente. Dice que no puede haber civilización sin que se someta a esclavitud a las masas, ya sea esta real o nominal. Es necesario, según él, que exista una clase baja, entregada a los trabajos físicos y confinada a una condición animal, y otra más elevada que, por ello, adquiere ocio y riquezas en virtud de su mayor inteligencia y de su capacidad de mejorar y se convierte en el espíritu director de la clase baja. Así razona, porque, como he dicho, es un aristócrata nato, y por lo mismo yo no me lo creo, pues soy demócrata por naturaleza.

—Pero ¿cómo pueden compararse estas dos cosas? —dijo la señorita Ophelia—. Los trabajadores ingleses no son vendidos, ni se comercia con ellos, ni se los separa de su familia, ni se los azota.

—Se encuentran tan a merced de su patrón como si los hubieran vendido. El amo de esclavos puede azotarles hasta matarlos, pero el capitalista puede matarlos de hambre. En cuanto a la seguridad de la familia, no se sabe qué es peor, si asistir a la venta de tu hijo o verle morir de hambre en casa.

—Pero no constituye una apología de la esclavitud el que se compruebe que no es peor que cualquier otro mal.

—No lo dije con esa intención, no. Es más, lo que digo es que nosotros infringimos los derechos del hombre de modo más brutal y palpable; de hecho, comprar un hombre como quien compra un caballo, mirando sus dientes, probando sus articulaciones y viendo cómo anda para después pagar por él; tener especuladores, criadores, mercaderes y marchantes de

seres humanos en cuerpo y alma, lo pone ante los ojos del mundo civilizado de modo mucho más tangible, aunque lo que se haga sea, después de todo, lo mismo en su esencia, esto es, la apropiación de un grupo de seres humanos por otro para utilizarlo y mejorar con ello su nivel de vida, sin ninguna otra consideración.

—Nunca vi el problema bajo esta luz —dijo la señorita Ophelia.

—Mira, he viajado por Inglaterra bastante y he visto cantidad de documentos como para hablar de las clases desfavorecidas de allí. De verdad, pienso que los hechos no contradicen a Alfred cuando dice que sus esclavos viven mejor que buena parte de la población en Inglaterra. Ya ves, no tienes que inferir por lo que yo te he dicho que Alfred sea un amo duro, pues no lo es. Es despótico y sin piedad contra la insubordinación, es capaz de abatir a un hombre si se le enfrenta sin sentir más remordimientos que si matara a una cabra. Pero, en general, tiene una especie de orgullo en mantener a sus esclavos bien alimentados y alojados correctamente.

»Cuando yo estaba con él le insistía en que debería hacer algo para instruirlos, y para darme gusto hizo venir a un capellán para que los catequizara los domingos[8], aunque estoy convencido de que, en el fondo de su corazón, pensaba que lo mismo habría dado mandar al capellán con sus perros y caballos. Pero el hecho es que las mentes estupidizadas y animalizadas por todas las malas influencias desde su nacimiento, que se pasaban todos los días de la semana en tareas que no necesitaban ninguna reflexión, no pueden hacer demasiados progresos en unas cuantas horas los domingos por la mañana. Los profesores de las escuelas dominicales de la población que trabaja en las manufacturas de Inglaterra o los que vienen a enseñar a la mano de obra de las plantaciones dan testimonio de un resultado semejante, tanto aquí como allí. Y a pesar de ello, hay algunas sorprendentes excepciones entre los nuestros, dado que, por naturaleza, los negros son más propensos a los sentimientos religiosos que los blancos.

—Bien —dijo la señorita Ophelia—. ¿Cómo conseguiste dejar tu vida de amo de plantación?

—Mira, forcejeamos durante algún tiempo, hasta que Alfred comprendió con total claridad que yo no tenía madera para ser amo de plantación. Pensaba que era absurdo que yo continuase insatisfecho después

de todo lo que había cambiado, reformado y mejorado por todas partes para que llegara a estar de acuerdo con mis ideas. Y de hecho, después de todo, lo que yo odiaba era la cosa en sí, el empleo de esos hombres y mujeres perpetuando la ignorancia, la brutalidad y el vicio para que produjeran dinero para mí. Además, siempre estaba interfiriendo en los detalles. Siendo yo uno de los más perezosos de los mortales, tenía en general demasiada simpatía hacia los perezosos, y cuando los pobres y descuidados negros ponían piedras en el fondo de sus canastas de algodón para que pesaran más o llenaban sus sacos con basura, con algo de algodón por encima, me parecía que eso era exactamente lo que habría hecho yo en su lugar, y no quería pegarles ni consentía que otros los azotaran. Bueno, así se terminó la disciplina en la plantación y Alf y yo nos pusimos de acuerdo, al igual que lo había hecho yo con mi respetado padre unos años antes. Así que me dijo que tenía un sentimentalismo propio de mujeres que no me serviría nunca para los negocios, me aconsejó que me llevara un buen paquete de acciones y la mansión de la familia en Nueva Orleans y que me marchara allí a escribir poesía y le dejara a él dirigir solo la plantación. Así que nos separamos y me vine aquí.

—Pero ¿por qué no liberaste a tus negros?

—Bueno, no me pude decidir a hacerlo. Tenerlos como instrumentos para enriquecerme me resultaba imposible, y tenerlos para ayudarme a gastar el dinero no me pareció tan mal. Algunos eran viejos criados a quienes yo tenía un gran cariño, y los más jóvenes eran como hijos para ellos. Todos estaban muy contentos de su condición —se detuvo y recorrió la habitación de arriba abajo con aire pensativo—. Hubo un tiempo en que tenía planes y esperanzas de hacer algo en mi vida, algo más que flotar y dejarme llevar por la corriente. Tuve un vago e impreciso deseo de ser una especie de emancipador, de liberar mi tierra natal de esta mancha y esta afrenta. Todos los jóvenes sienten a veces esos accesos de fiebre, me imagino; pero entonces…

—¿Por qué no seguiste adelante? —dijo la señorita Ophelia—. Deberías haberte puesto manos a la obra sin echarte atrás.

—Mira, las cosas no me fueron como yo esperaba y alcancé gran desconsuelo ante la desesperación de vivir haciendo de Salomón. Me

imagino que fue un incidente necesario para adquirir sabiduría en ambos casos, pero, de una manera u otra, en vez de ser un regenerador de la sociedad me convertí en un madero suelto a la deriva, y así he seguido flotando y vagando desde entonces. Alfred se mete conmigo cada vez que nos vemos, y te aseguro que merece mi admiración porque él hace algo de verdad y su vida es el resultado lógico de sus opiniones, mientras que la mía es un despreciable *non sequitur*[9].

—Mi querido primo, ¿estás satisfecho gastando así tu vida?

—¡Satisfecho! ¿No acabo de decirte que lo desprecio? Pero volviendo al asunto que nos trae, nos habíamos quedado en la cuestión de manumitir a los esclavos. Yo no creo que mi modo de pensar sobre los esclavos sea un caso aislado. Sé que hay muchos hombres que piensan de todo corazón lo mismo que yo. La tierra se agita bajo los pies, y malo como es para los esclavos, es peor que cualquier otra cosa para el amo. No hace falta mirar con lentes para ver que entre nosotros se da una nutrida clase de gente viciosa, incauta y degradada que constituye un mal tanto para nosotros como para ellos. El capitalista y el aristócrata de Inglaterra no pueden tener estos sentimientos porque no se mezclan con la clase social a la que degradan tanto como nosotros. Los esclavos están en nuestras casas, son los compañeros de juegos de nuestros hijos y forman su mente antes de que nosotros podamos hacerlo, pues son una raza con la que los niños se entienden bien y se juntan. Si Eva no fuese tan angelical, se habría echado a perder. Permitimos que esas pestecillas jueguen con ellos y pensamos que nuestros hijos no tomarán nada de ellos, mientras los dejamos sin instrucción y llenos de vicios pensando que esto no nos afectará. E, incluso, nuestras leyes prohíben de modo claro y tajante un sistema de educación eficaz. Y esto es muy sensato, desde luego, pues si se educase cuidadosamente a una generación, todo se iría al garete. Si no les diésemos la libertad, se la tomarían ellos por su mano.

—¿Y cómo piensas que acabará esto? —preguntó ella.

—No lo sé. Pero hay algo cierto: una gran agitación entre las masas por todo el mundo, y el *dies irae*[10] está por venir, tarde o temprano. Lo mismo ocurre en Europa, en Inglaterra y en este país. Mi madre solía hablarme de un milenio que llegaría cuando Cristo reinara y los hombres fueran libres y

felices. Y me enseñó a rezar cuando era niño, diciendo «venga a nosotros tu reino». A veces me vienen a la mente visiones de lucha, gemidos, agitación y huesos secos que recuerdan lo que ella me anunciaba. Pero ¿quién podrá soportar el día de su venida?

—Augustine, algunas veces me digo que no estás lejos del reino —dijo su prima dejando a un lado su labor y contemplando con ansiedad a su primo.

—Gracias por tener tan buena opinión de mí, pero sufro muchos altibajos: llego hasta las puertas del cielo en teoría y me quedo al nivel del polvo de la tierra en la práctica. Pero oigo una campana que nos llama para el té, así que vamos; y no me digas ahora que no hemos tenido una conversación seria por una vez en mi vida.

En la mesa, Marie aludió al incidente de Prue:

—Supongo, querida prima, que pensará usted que somos todos unos bárbaros —comentó.

—Pienso que se trata de un acto de barbarie —dijo la señorita Ophelia —, pero no que todos ustedes sean unos bárbaros.

—Bueno, mire —dijo Marie—. Sé que es imposible intentar cualquier cosa con esas criaturas. Son tan malas que no deberían vivir. No siento la más mínima simpatía en tales casos. Si se comportaran como es debido, no sucedería nada.

—Pero, mamá —dijo Eva—, la pobrecilla era muy desgraciada y por eso bebía.

—¡Vaya cosa! ¡Como si eso fuera una excusa! También yo soy desdichada muy a menudo. De seguro que sufro más pruebas que ella —dijo pensativa—. Beben solo porque son muy malos. Hay algunos de ellos a los que no se puede doblegar por severo que se sea con ellos. Recuerdo que mi padre tenía un hombre tan perezoso que habría sido capaz de escaparse con tal de no trabajar y quedarse en los pantanos, robando y haciendo todo tipo de cosas horrendas. Este hombre fue capturado y azotado en varias ocasiones y no le sirvió de nada; la última vez que se escapó, pues no podía hacer otra cosa que ir allá, murió en el pantano. No tenía ninguna razón para hacerlo, pues los esclavos de mi padre recibían buen trato.

—Yo conseguí dominar a un tipo en una ocasión —dijo St. Clare—, alguien con quien los capataces y amos habían luchado en vano.

—¡Tú! —dijo Marie—. Bien, me alegra saber que en alguna ocasión has hecho algo así.

—Bueno, era un tipo muy fuerte, gigantesco, nacido en África[11], y que parecía tener un rudo instinto de libertad en grado poco común. Era todo un león africano. Le habían llamado Escipión[12]. Nadie conseguía sacar partido de él y era vendido de un capataz a otro, hasta que, al fin, Alfred lo compró porque pensó que podría con él. Bien, un día tumbó de un golpe al capataz y se escapó tranquilamente a los pantanos. Yo estaba de visita en casa de Alf, pues ya nos habíamos separado como socios de la plantación. Alfred estaba muy exasperado, pero le dije que todo había sido por su culpa y le di a entender que yo sabría cómo hacerme con él, así que, por fin, nos pusimos de acuerdo en que si se le capturaba podría tenerlo conmigo para hacer una prueba. Así que se preparó una partida de seis o siete hombres, con fusiles y perros, para cazarlo. La gente, ya se sabe, puede entusiasmarse tanto cazando a un hombre como a un ciervo, es solo cuestión de costumbres. A decir verdad, yo mismo estaba bastante excitado, aunque solo actuaba como mediador en caso de que lo cogiéramos. Bien, los perros ladraban y husmeaban, y rondamos y recorrimos el pantano hasta que dimos con él. Corría y saltaba como un macho cabrío y nos dejó atrás durante un buen rato, pero al fin se quedó atrapado en un impenetrable macizo de cañas. Dio la cara, y te digo que luchó contra los perros con gran gallardía. Los lanzaba a derecha e izquierda, incluso consiguió matar a tres de ellos con sus propias manos, cuando le abatió el tiro de un fusil. Cayó herido, cubierto de sangre, casi a mis pies. El pobre hombre me miraba con entereza y desesperación a un tiempo. Retiré los perros y al resto de la partida cuando se abalanzaban sobre él y lo reclamé como mi prisionero. Eso era lo único que podía hacer para impedir que le mataran ahí mismo en la excitación del triunfo. Continué mi apuesta y Alfred me lo vendió. Bueno, me ocupé de él y en quince días se convirtió en el ser más sumiso y apacible que pueda anhelar un corazón.

—¿Y qué hiciste entonces? —preguntó Marie.

—Bueno, fue algo bastante sencillo. Le llevé a mi propia habitación, le preparé una buena cama, le curé sus heridas y me ocupé personalmente de él hasta que pudo mantenerse de nuevo en pie. Y durante ese tiempo le preparé un certificado de manumisión y le dije que podía irse donde quisiera.

—¿Y se marchó? —preguntó la señorita Ophelia.

—No, el loco de él rasgó en dos el papel y se negó a dejarme. Nunca he tenido un compañero mejor ni más valiente y sincero y en el que se podía confiar como en el acero. Se convirtió al cristianismo poco después y se hizo tan amable como un niño. Vigilaba mi propiedad del lago, y lo hizo a la perfección. Lo perdí en la primera epidemia de cólera. A decir verdad, dio su vida por mí. Pues yo estaba enfermo, medio agonizante, y cuando en medio del pánico toda la gente huyó, Escipión se ocupaba de mí como un gigante y consiguió hacerme volver a este mundo. ¡Pero, pobrecillo! Sucumbió poco después y no hubo salvación para él. Nunca he sentido tanto haber perdido a alguien.

Eva se iba acercando a su padre a medida que este avanzaba en su historia, con sus pequeños labios entreabiertos y los ojos sorbiendo la historia con intenso interés.

Cuando su padre hubo terminado, le echó los brazos al cuello y empezó a llorar convulsivamente.

—¡Eva, hija! ¿Qué es lo que te pasa? —dijo St. Clare, mientras el cuerpecillo de la niña temblaba y se agitaba con la violencia de sus sentimientos—. Esta niña —añadió— no debería escuchar cosas así, es demasiado nerviosa.

—No, papá, no son los nervios —dijo Eva recobrando el control de sí misma en un instante, con una fuerza singular en una niña de su edad—. No estoy nerviosa, pero es que estas cosas me llegan al corazón.

—¿Qué quieres decir, Eva?

—No te lo puedo decir, papá, estoy teniendo grandes ideas. Quizá te las cuente algún día.

—Muy bien, sigue pensando; lo único que quiero es que no llores y que preocupes a tu papá —le dijo St. Clare—. Mira qué melocotón tan estupendo tengo para ti.

Eva tomó el melocotón y sonrió, aunque los bordes de sus labios se veían aún agitados por un pequeño temblor.

—Venga, vamos a ver la carpa dorada —dijo St. Clare tomándola de la mano y avanzando hacia las galerías. Pocos instantes después, unas alegres risas atravesaron las cortinas de seda, mientras Eva y St. Clare se tiraban rosas y se perseguían por las veredas del patio.

Corremos el peligro de no ocuparnos de nuestro amigo Tom sumidos en las aventuras de los de mejor cuna, pero nuestros lectores podrán acompañarnos a un cuarto que hay encima de las cuadras, donde a lo mejor podrán saber algo más de sus asuntos. Era una habitación muy digna, con una cama, una silla y una pequeña y basta mesa, donde descansaban la Biblia y el libro de himnos de Tom y a la cual se encuentra sentado en estos momentos, con su pizarrín ante él, tratando de hacer algo que le obliga a pensar de modo muy intenso.

La verdad es que el recuerdo de su hogar se había hecho tan fuerte que Tom le había pedido a Eva una hoja de su papel de escribir y había reunido todo su saber literario obtenido gracias a las enseñanzas del amito George; se le ocurrió la idea de escribir una carta y en ello estaba, haciendo un borrador en su pizarrín. Tom se encontraba en grandes dificultades, pues había olvidado por completo la forma de algunas letras y no podía recordar con precisión el uso de las que recordaba. Y mientras trabajaba y respiraba con gran energía, tanta era la intensidad de su tarea, Eva se acercó como un pajarillo a su silla y, detrás de él, miraba por encima del hombro lo que estaba haciendo.

—¡Oh, Tío Tom, qué cosas más graciosas estás haciendo!

—Estoy intentando escribirle a mi pobre esposa, Eva, y a mis hijitos —dijo Tom poniéndose el dorso de la mano sobre los ojos—. Pero mucho me temo que no seré capaz de hacerlo.

—Me gustaría poder ayudarte, Tom. Ya he aprendido a escribir algunas letras. El año pasado las sabía hacer todas, pero me parece que ya se me han olvidado.

Así que Eva puso su dorada cabeza junto a la del buen Tom y ambos comenzaron una seria e intensa discusión, con un fuego comparable y con una ignorancia semejante; y con una serie de consultas y opiniones sobre cada palabra, comenzaron la redacción, mientras los dos se sentían muy excitados, pues casi les parecía estar escribiendo.

—Sí, Tío Tom, ya empieza a parecer bonito —dijo Eva mirando con gran delicia su obra—. ¡Qué gusto le dará a tu mujer y a los pobres niñitos! ¡Oh, es una pena que hayas tenido que separarte de ellos! Ya le diré a papá que te deje volver algún día.

—La señora me dijo que mandarían dinero para rescatarme en cuanto pudieran reunirlo —dijo Tom—. Yo espero que lo haga. Y el señorito George dijo que vendría por mí y me dio su dólar de plata como prenda —y Tom sacó de su ropa el precioso dólar.

—¡Oh, pues seguro que vendrá entonces! —dijo Eva—. ¡Me da tanta alegría!

—Y quería mandar una carta, sabe usted, para que supieran dónde estaba y para decirle a la pobre Chloe que me iba bien, ¡pues la pobrecilla

se sentía tan abatida!

—¡Tom, te estoy llamando! —dijo la voz de St. Clare desde la puerta en aquel momento.

Tom y Eva se miraron.

—¿Qué es esto? —dijo St. Clare acercándose y mirando el pizarrín.

—¡Oh! Es la carta de Tom. Le estoy ayudando a escribirla. ¿No te parece preciosa?

—No quiero desalentaros a ninguno de los dos —dijo St. Clare—, pero me inclino a pensar, Tom, que sería mejor que yo te escribiera la carta. Lo haré en cuanto vuelva de mi paseo.

—Es muy importante que sepa escribir —dijo Eva—, porque su ama va a mandar dinero para redimirlo, sabes, papá; me contó que le dijeron que harían eso.

St. Clare pensó en lo más profundo de su corazón que probablemente solo se trataba de una de esas cosas que los propietarios de buen corazón dicen a sus esclavos con el fin de aliviar el terror a ser vendidos, sin tener la menor intención de cumplir promesas hechas en tales momentos. Pero no hizo ningún comentario y se limitó a mandar a Tom que le preparara los caballos para salir de paseo.

La carta de Tom quedó escrita como es debido esa misma tarde y fue echada al correo con todo cuidado.

La señorita Ophelia seguía en sus labores de índole doméstica. Era de opinión general entre toda la servidumbre de la casa, desde Dinah hasta el menor de los pinches, que la señorita Ophelia era decididamente «extraña», calificativo que implica para un criado del Sur que no hace lo que se espera de ella.

El círculo más elevado de la familia, es decir, Adolph, Jane y Rosa, coincidían en que no era una dama, pues las damas nunca trabajaban como ella lo hacía, no se daba ningún aire y se sorprendían de que tuviese lazos familiares con los St. Clare. Incluso Marie declaró que era muy molesto ver a la prima Ophelia siempre tan ocupada. Y de hecho, el trabajo de la señorita Ophelia era tan incesante que daba pie a este tipo de quejas. Cosía y remendaba desde el amanecer hasta la noche, con la energía de quien se encuentra empujado por una urgencia inmediata, y entonces, cuando la luz

se iba apagando y el trabajo quedaba a un lado, en un instante sacaba la labor de punto y comenzaba de nuevo, tan enérgica como siempre. De verdad que era molesto contemplarla.

Capítulo XX
Topsy

Una mañana, mientras la señorita Ophelia estaba atareada en alguno de sus quehaceres domésticos, se oyó la voz de St. Clare que la llamaba al pie de las escaleras.

—Ven aquí abajo, prima, tengo que enseñarte algo.

—¿De qué se trata? —preguntó la señorita Ophelia bajando con su labor de costura en la mano.

—Acabo de hacer una compra para tu negociado, mira esto —dijo St. Clare, y acompañando sus palabras de un gesto le mostró a una negrita de unos siete u ocho años de edad.

Era una niña de las más oscuras de su raza, y sus redondos y brillantes ojos, centelleantes como cuentas de cristal, se movían con rápidas e inquietas miradas sobre todo lo que había en la habitación. Su boca, entreabierta por la admiración ante las maravillas que veía en la sala de su nuevo amo, dejaba ver una blanca y brillante fila de dientes. Su cabello crespo estaba dispuesto en multitud de menudas coletitas que se alzaban en todas direcciones. La expresión de su cara era una extraña mezcla de astucia y de agudeza sobre la que caía, desentonando como un velo que la cubriera, una mueca lúgubre de gran gravedad y solemnidad. Iba vestida con una única prenda sucia y raída hecha con tela de saco, y permanecía con las manos cruzadas por delante con gran recato. El conjunto de su apariencia producía un efecto extraño y propio de duendes, algo que, tal y como dijo después la señorita Ophelia, era «tan pagano» como para producir desazón a la buena dama, así que volviéndose hacia St. Clare le espetó:

—Augustine, ¿se puede saber para qué has traído aquí semejante criatura?

—Para que la eduques, desde luego, y para que la lleves por la senda del bien. Me parece que es una buena representante del tipo de Jim Crow[1]. Ven aquí, Topsy —añadió silbando como un hombre que quisiera llamar la atención de un perro—. Cántanos algo y enséñanos alguno de tus bailes.

Los ojos negros y relucientes brillaron con una especie de malicia divertida y la criatura entonó con una voz clara y estridente una extraña melodía negra de la que marcaba el compás con las manos y los pies, girando en redondo, aplaudiendo con las manos y haciendo entrechocar sus rodillas con un ritmo salvaje lleno de fantasía y produciendo con su garganta todos los característicos sonidos guturales que distinguen la música nativa de su raza y, por último, haciendo una o dos cabriolas y dando un prolongado alarido final, tan extraño y poco de este mundo como el de un silbato de vapor, cayó de repente sobre la alfombra y permaneció en pie con las manos cruzadas, mostrando su rostro la más beatífica expresión de solemnidad y docilidad, solo turbada por las miradas astutas que lanzaba con recelo por el rabillo del ojo.

La señorita Ophelia se quedó silenciosa, totalmente paralizada por el asombro.

St. Clare, como el chico travieso que era en el fondo, pareció disfrutar con su estupor y, dirigiéndose a la niña de nuevo, le dijo:

—Topsy, esta es tu nueva ama. Te voy a poner con ella, a ver si ahora te sabes comportar como es debido.

—Sí, amo —dijo Topsy con gravedad santurrona y guiñando sus ojos traviesos mientras hablaba.

—Te vas a portar bien, Topsy, ya me entiendes —dijo St. Clare.

—¡Oh, sí, señor! —dijo Topsy con otro guiño mientras sus manos seguían cruzadas con devoción.

—Vamos, Augustine, ¿para qué la quieres? —dijo la señorita Ophelia —. Tu casa rebosa ya de estas pestecillas, hasta tal punto que no se puede dar un paso sin tropezarse con una de ellas. Esta mañana me levanté y me encontré a un niño negro dormido detrás de la puerta, vi una cabeza negra saliendo de debajo de la mesa y a otro echado en el felpudo de la puerta; están siempre desgreñándose, revolcándose y riéndose entre ellos y rodando

por el suelo de la cocina. ¿Para qué traes entonces a esta chica, si se puede saber?

—Para que la eduques, ¿no te lo he dicho ya? Siempre estás predicando sobre el tema de la educación. Pensé que estaría bien regalarte un ejemplar recién capturado y dejar que probaras tus métodos con ella y la eduques como es debido.

—Pero no la quiero, eso es evidente. Ahora tengo ya más cosas que hacer de las que quisiera.

—¡Así sois los cristianos! Todos iguales: pondréis en pie una sociedad y mandaréis a algún pobre misionero a que se pase el resto de sus días entre paganos como ella. ¡Pero déjame ver a uno que quiera llevársela a su casa y que se tome la molestia de convertirla por sí mismo! No, cuando se llega a ese extremo resultan sucios y desagradables y necesitan demasiada atención, y todo lo demás.

—Augustine, sabes que yo no pienso así —dijo la señorita Ophelia suavizando su posición de manera evidente—. Bien, será un auténtico trabajo de misionera —añadió mirando a la niña de manera algo más complaciente.

St. Clare había tocado su fibra sensible. La conciencia de la señorita Ophelia siempre estaba en guardia.

—Pero —continuó— no veo en absoluto la necesidad de comprar esta chica; hay bastantes críos en tu casa para ocupar todo mi tiempo y mis capacidades.

—Bien, entonces, primita —dijo St. Clare en un aparte—, tengo que pedirte que me perdones por mis discursos inútiles. Eres tan buena, al fin y al cabo, que no tienen ningún sentido. Mira, la verdad es que la chica en cuestión pertenecía a una pareja de borrachos que regentan una cantina de baja estofa por delante de la que tengo que pasar cada día, y estaba harto de oír los gritos, las palizas y los juramentos que lanzaban contra ella. Además, parecía lista y graciosa, como si se pudiera sacar partido de ella, así que la compré con la intención de regalártela. Intenta ahora darle una buena y ortodoxa educación, al estilo de Nueva Inglaterra, y mira qué es lo que puedes conseguir. Ya sabes que yo no estoy muy dotado para estas cosas, pero me gustaría que tú lo intentaras.

—Bueno, haré lo que pueda —dijo la señorita Ophelia, y se acercó a su nueva súbdita, tal y como puede acercarse una persona a una negra araña, aun suponiendo que tuviera intenciones benévolas hacia ella.

—Está tremendamente sucia y medio desnuda —dijo.

—Bueno, pues llévala al piso de abajo y haz que alguien la lave y la vista.

La señorita Ophelia se la llevó entonces a los dominios de la cocina.

—No entiendo por qué quiere otro esclavo el señor St. Clare —dijo Dinah supervisando a la recién llegada con aire de pocos amigos—. ¡Como no sea para que esté a mi alrededor metiéndose entre mis pies, no veo para qué!

—¡Puaj! —dijeron Rosa y Jane con un asco supremo—. ¡Que se quite de nuestro camino! ¡No se entiende para qué puede querer el amo otra esclava negra de baja estofa como esta!

—¡No te pases! No es más esclava de lo que eres tú, señorita Rosa —dijo Dinah, que tomó esta última observación como dirigida hacia ella—. Parece ser que te tomas por una blanca. Tú no eres ninguna de las dos cosas, ni blanca ni negra. Y yo prefiero ser o lo uno o lo otro[2].

La señorita Ophelia comprendió que no había nadie por allí que quisiera tomar a su cargo la vigilancia del lavado y del vestido de la recién llegada, de modo que se vio obligada a hacerlo ella misma, con la desganadísima y reacia ayuda de Jane.

Los oídos educados no debieran escuchar los detalles de este primer aseo de una niña desatendida y maltratada. Es un hecho que en este mundo hay muchedumbres que tienen que vivir y morir en un estado cuya sola descripción produciría ataques de nervios a otros miembros de la especie humana. La señorita Ophelia tenía una buena, fuerte y práctica resolución, y fue superando los detalles repulsivos con heroica virtud, aunque, todo hay que reconocerlo, con clara expresión de desagrado, ya que el aguante era lo máximo que sus principios podían darle. Cuando vio en la espalda y en los hombros de la niña grandes cicatrices y zonas callosas, señales indelebles de la condición en que había vivido hasta entonces, su corazón se apiadó de ella.

—¡Mire esto! —dijo Jane señalando las marcas—. ¿No nos dice que esta chica es un desastre? Desde luego, va a darnos muchísimo trabajo. ¡Aborrezco a los niños esclavos! Me pregunto por qué la habrá querido comprar el amo.

La «niña esclava» escuchaba todos estos comentarios con el aire sumiso y lúgubre que parecía serle habitual; solo escudriñaba con miradas malévolas y furtivas escapadas de sus ojos parpadeantes los pendientes que llevaba Jane en las orejas. Cuando por fin fue enfundada en diferentes prendas, vestida con decencia y peinada tras cortarle los cabellos, la señorita Ophelia, con cierta satisfacción, dijo que tenía una apariencia más cristiana de lo que aparentaba en un primer momento y empezó a madurar en su mente algunos planes para su instrucción.

Se sentó delante de ella y empezó a preguntarle algunas cosas.

—¿Cuántos años tienes, Topsy?

—No lo sé, señora —dijo la santita con una mueca que enseñaba todos sus dientes.

—¿No sabes qué edad tienes? ¿No te lo ha dicho nunca nadie? ¿Quién era tu madre?

—No he tenido nunca madre —dijo la niña con otra sonrisa.

—¿Que no has tenido nunca madre? ¿Qué es lo que quieres decir? ¿Dónde has nacido?

—¡No he nacido nunca! —insistía Topsy, cuyo aspecto parecía tan propio de un duende que si la señorita Ophelia hubiera sido algo nerviosa hubiera podido imaginar que se encontraba en presencia de algún tiznado gnomo del país de Diablería; pero la señorita Ophelia no era nerviosa en absoluto, sino directa y práctica, así que le dijo con cierta impaciencia:

—Mira, niña, no tienes que contestarme de esta manera, no estoy jugando contigo. Dime dónde has nacido y quiénes fueron tu padre y tu madre[3].

—Nunca he nacido —repitió la criatura con mayor énfasis—, nunca he tenido padre ni madre ni nada. Me crio un especulador junto con muchos otros niños. La vieja Tía Sue se ocupaba de nosotros.

Resultaba evidente que la niña era sincera, y Jane, dejando escapar una risita, dijo:

—Mire usted, señora, hay montones de críos así. Los especuladores los compran muy baratos cuando son pequeños, y los crían para venderlos luego en el mercado.

—¿Cuánto tiempo has vivido con tu amo y tu ama?

—No lo sé, señora.

—Mire, señora, estos negrazos no pueden decir nada con respecto al tiempo —dijo Jane—. No saben lo que es un año, no saben ni la edad que tienen.

—¿Has oído hablar de Dios alguna vez, Topsy?

La niña pareció asombrada, pero sonrió como de costumbre.

—¿No sabes quién te ha hecho?

—Nadie, que yo sepa —dijo la niña con una risita.

La idea pareció divertirla considerablemente, porque guiñó los ojos y añadió:

—Supongo que he crecido. No creo que nadie me hiciera nunca.

—¿Sabes coser? —preguntó la señorita Ophelia, quien pensó que sería mejor orientar sus preguntas hacia algo más material.

—No, señora.

—¿Qué es lo que sabes hacer, qué es lo que hacías para tu amo y tu ama?

—Acarrear agua, lavar platos, afilar los cuchillos y servir a los clientes.

—¿Eran buenos contigo?

—Supongo que sí lo eran —dijo la niña escudriñando con agudeza a la señorita Ophelia.

La señorita Ophelia interrumpió este coloquio tan prometedor. El amo St. Clare estaba mirando por encima del respaldo de su silla.

—Has encontrado un terreno virgen, prima. Siembra en él tus propias ideas, no podrás encontrar muchas otras que sacar.

Las ideas de la señorita Ophelia sobre educación, como todas sus demás ideas, estaban muy claras y definidas. Eran las que habían dominado en Nueva Inglaterra durante el siglo anterior y se conservan todavía en algunos lugares retirados y sencillos a donde no llegaban los ferrocarriles. Para explicar en qué consistían, nos bastarían muy pocas palabras: enseñarles a hacer caso de lo que se les decía, enseñarles el catecismo, a coser y a leer,

azotarles si decían mentiras. Y aunque, desde luego, esto se haya quedado anticuado a las luces de la nueva educación, sigue siendo un hecho indiscutible que nuestras abuelas criaron a hombres y mujeres bastante valiosos siguiendo este régimen, como muchos de nosotros podemos recordar y atestiguar.

En cualquier caso, la señorita Ophelia no sabía hacer nada más, y por ello aplicó sus talentos para educar a su pagana con la mayor diligencia de la que era capaz.

La criatura fue presentada en la familia como la chica de la señorita Ophelia y fue considerada como tal por todos. Como no se la miraba con buenos ojos en la cocina, la señorita Ophelia decidió concentrar la esfera principal de las operaciones e instrucciones para su pupila en su habitación. Con un espíritu de sacrificio que algunos de nuestros lectores apreciarán, decidió renunciar a las cómodas tareas de hacer su propia cama, de quitar el polvo y de limpiar su propia habitación, que hasta entonces había llevado a cabo ella misma a pesar de las ofendidas proposiciones para prestar sus servicios de todas las doncellas de la casa, para condenarse al martirio de instruir a Topsy para que realizara ella todas las operaciones. ¡Ah, maldito el día en que así lo decidió! Si alguno de nuestros lectores lo llega a hacer en alguna ocasión, podrá apreciar la grandeza de su sacrificio.

La señorita Ophelia empezó la educación de Topsy llevándola a su habitación la primera mañana, iniciándola con una clase sobre el arte y los misterios de hacer una cama.

Contemplemos, pues, a Topsy lavada, esquilada de sus menudas trenzas, que hacían las delicias de su corazón, vestida con un traje nuevo y un delantal almidonado, permaneciendo en pie reverentemente ante la señorita Ophelia, con la expresión de solemnidad que convendría en un funeral.

—Ahora, Topsy, fíjate: te voy a enseñar cómo hay que hacer mi cama. Tienes que aprender exactamente cómo hay que hacerla.

—Sí, señora —le respondió Topsy con un profundo suspiro y cierta expresión de impaciencia como si hubiera que hacer algo malo.

—Ahora, Topsy, mira bien: esto es el embozo de la sábana, el lado bueno de la sábana, y este otro es el malo, ¿te acordarás?

—Sí, señora —dijo Topsy con otra mirada.

—Bien. Ahora, la sábana de debajo la tienes que estirar sobre la cabecera, así, y remeterla bien debajo del colchón, con suavidad y como es debido; así, ¿lo ves?

—Sí, señora —dijo Topsy como antes, pero nosotros añadiremos lo que la señorita Ophelia no vio durante el tiempo que la buena dama volvía la espalda para llevar a cabo con gran celo sus maniobras: su discípula había conseguido atrapar un par de guantes y una cinta y los había deslizado con habilidad en las mangas de su vestido, volviendo a continuación a su lugar con las manos tan cuidadosamente cruzadas como antes.

—Ahora, Topsy, vamos a ver cómo lo haces tú —dijo la señorita Ophelia quitando toda la ropa y sentándose.

Topsy, con gran seriedad y destreza, consiguió realizar el ejercicio a total satisfacción de la señorita Ophelia, estirando las sábanas, borrando hasta la última arruga y mostrando a lo largo de la operación una gravedad y una seriedad con las que su instructora se sintió edificada en grado sumo. Por un desafortunado desliz, sin embargo, un minúsculo fragmento de la cinta apareció colgando de una de sus mangas, justo cuando estaba terminando, lo que llamó la atención de la señorita Ophelia. Inmediatamente se abalanzó sobre él.

—¿Qué es esto? Niña mala y antipática, ¿has estado robando?

La cinta salió poco a poco de la manga de Topsy, pero esto no pareció desconcertarla en absoluto: la niña la miró con aire de inocencia sorprendida e inconsciente.

—¡Vaya! ¿Pero no es esta la cinta de la señorita Feely? ¿Cómo ha podido meterse en mi manga?

—¡Topsy, niña mala, no me mientas, tú has robado la cinta!

—Señora, de verdad se lo digo, yo no he sido, nunca la he visto antes de ahora.

—Topsy —dijo la señorita Ophelia—, ¿no sabes que mentir es un pecado muy feo?

—Yo nunca miento, señorita Feely —dijo Topsy con virtuosa seriedad —. No le digo más que la verdad y no le diré otra cosa.

—Topsy, tendré que azotarte si mientes de ese modo.

—Mire, señorita, aunque me azote todo el día no le podré decir otra cosa —dijo Topsy, empezando a lloriquear—. Yo no he visto nunca eso, ha debido quedarse enganchado en mi manga.

La señorita Ophelia estaba tan indignada ante la descarada mentira de la niña, que le puso la mano encima y empezó a zarandearla.

—¡No me lo repitas más!

El zarandeo hizo que el guante, que estaba en la otra manga, cayera al suelo.

—¡Vaya! ¿Y ahora me vas a venir diciendo que no has robado la cinta?

Topsy confesó entonces lo de los guantes, pero persistía en negar lo de la cinta.

—Mira, Topsy —dijo la señorita Ophelia—, si lo confiesas todo no te azotaré otra vez.

Una vez que esto quedó claro, Topsy confesó el robo de la cinta y de los guantes con lastimosas protestas de penitencia.

—Bien, ahora escucha. Me imagino que has debido robar otras cosas desde que estás en esta casa, ya que te he dejado rondar por todas partes desde ayer. Dime si has cogido algo más y no te azotaré.

—Pues mire, señorita, cogí eso que llevaba la señorita Eva al cuello.

—¡Eso hiciste, niña mala! Bueno, ¿y qué más?

—Cogí los pendientes de Rosa, los de color rojo.

—Vete y tráemelos aquí ahora mismo: ¡los dos!

—Mire, señorita, no puedo: ¡los he quemado!

—¿Que los has quemado? ¡Vaya un cuento! ¡Tráemelos o te azotaré!

Topsy, con sonoras protestas acompañadas de lágrimas y gemidos, declaró que no podía hacerlo.

—¡Se han quemado de verdad!

—¿Y por qué los has quemado, si se puede saber? —preguntó la señorita Ophelia.

—Porque soy mala, soy así. Soy condenadamente mala. No puedo evitarlo.

Justo en ese momento, Eva entró inocentemente en la habitación con el mismísimo collar de corales en su cuello.

—¿Cómo, Eva, dónde has encontrado tu gargantilla de corales? —preguntó la señorita Ophelia.

—¿Encontrarla? ¡Pero si la he llevado puesta todo el día! —dijo Eva.

—¿La llevabas ayer?

—Sí, y lo que es más curioso, tiíta, la llevé puesta toda la noche. Se me olvidó quitármela al acostarme.

La señorita Ophelia estaba completamente atónita, y más aún cuando Rosa entró en la habitación en aquel instante con una cesta de ropa recién planchada sobre su cabeza y sus perlas de coral tintineando y colgando de sus orejas.

—¡Desde luego que no sé lo que hay que hacer con una niña así! —dijo desesperada—. ¿Para qué, si se puede saber, me has dicho que habías robado esas alhajas, Topsy?

—Porque, señora, usted me dijo que tenía que confesar —dijo Topsy enjugándose los ojos.

—Pero, desde luego, yo no quería que confesaras cosas que no habías hecho —dijo la señorita Ophelia—. Eso es decir una mentira, tanto como decir lo contrario.

—¿De verdad, señorita Ophelia, que es lo mismo? —dijo Topsy con un aire de inocente sorpresa.

—¡Ay, me temo que no hay nada en esta niña que pueda parecerse en algo a la verdad! —dijo Rosa mirando a Topsy con indignación—. Si yo fuera el amo St. Clare, la habría azotado hasta hacer correr la sangre. Lo habría hecho, a ver si así comprendía de una vez.

—No, no, Rosa —dijo Eva con cierto aire de mando que la niña podía tomar en algunos momentos—. No puedes hablar así. Rosa. No soporto oír esas cosas.

—¡Por Dios! Señorita Eva, usted es tan buena que no tiene ni idea de cómo hay que tratar a los esclavos negros. No hay más remedio que azotarlos, se lo digo de verdad.

—¡Rosa! —dijo Eva—. ¡Cállate y no digas ni una palabra más en este sentido! —los ojos de la niña centelleaban y sus mejillas se arrebolaron.

Rosa se intimidó al instante.

—La señorita Eva ha heredado el temperamento del señor St. Clare, esto está muy claro. Puede hablar igual que su papá, ¡válgame Dios! —dijo mientras salía de la habitación.

Eva se quedó mirando a Topsy.

Allí estaban las dos niñas que representaban los extremos opuestos de la sociedad. La niña encantadora, de alta alcurnia, con su cabeza dorada, sus ojos profundos y su frente noble y digna, de movimientos principescos, junto a su vecina negra, rastrera, astuta y encogida, aunque avispada. Eran las representantes de sus razas. La sajona, nacida tras siglos de cultura, de orden, de educación y de superioridad física y moral; la africana, nacida tras siglos de opresión, sumisión, ignorancia, trabajo duro y vicio[4].

Quizá algún pensamiento de este tipo avanzara por la mente de Eva. Pero los pensamientos de los niños son bastante tenues, como instintos no definidos. Y la noble naturaleza de Eva experimentaba muchos de estos instintos e impulsos profundamente, pero no tenía la capacidad de formularlos. Cuando la señorita Ophelia se explayó en la descripción de la conducta mala y traviesa de Topsy, la niña pareció perpleja y apenada, pero dijo con dulzura:

—Pobre Topsy, ¿para qué necesitabas robar? Ahora nos vamos a ocupar de ti. Preferiría darte cualquier cosa mía antes de que tú la robaras.

Era la primera palabra amable que la niña escuchaba en su vida, y el tono dulce y los buenos modales estremecieron de un modo extraño su corazón rudo y salvaje; y un destello de algo que parecía ser una lágrima brilló en su mirada de ojos redondos, malignos y brillantes, pero fue seguido de una risita y de la mueca habitual. ¡No! El oído que nunca ha escuchado más que mentiras es extrañamente incrédulo ante algo tan divino como la amabilidad, y Topsy solo pensó que el discurso de Eva era algo curioso e inexplicable y no se lo creyó.

Pero ¿qué iba a pasar con Topsy? La señorita Ophelia consideraba el caso como un quebradero de cabeza y sus normas educativas no parecían convenir en absoluto. Pensó que meditaría con tranquilidad sobre el asunto, y con la intención de ganar algo de tiempo y con la esperanza en las vagas virtudes morales que se supone inherentes a los cuartos oscuros, la señorita

Ophelia encerró a Topsy en uno de ellos hasta que sus ideas sobre el tema se aclararan.

—No veo la manera —dijo la señorita Ophelia a St. Clare—. ¿Cómo me las voy a arreglar con esta niña sin azotarla?

—Bueno, pues azótala hasta que te parezca bien; te doy plenos poderes para que hagas lo que quieras.

—Siempre hay que azotar a los niños —dijo la señorita Ophelia—, nunca he oído que se los pueda educar sin hacerlo.

—¡Oh, sí, desde luego! —dijo St. Clare—. Haz lo que creas que es mejor. Solo tengo que decirte algo: he visto cómo pegaban a esa niña con un atizador, cómo la tundían con paletas y tenazas de chimenea, lo que estuviera más a mano, y con todo lo demás; por lo que, puesto que ya está acostumbrada a este tipo de castigos, me parece que tus azotes tendrán que ser particularmente enérgicos para que puedan hacerle un mínimo de impresión.

—Entonces, ¿qué es lo que se puede hacer con ella? —dijo la señorita Ophelia.

—Has planteado una cuestión muy seria —dijo St. Clare—. Me encantaría poder contestarte. ¡Qué es lo que se puede hacer con un ser humano que solo puede ser gobernado por el látigo cuando este fracasa! Esto es algo muy frecuente por aquí.

—Pues no lo sé, la verdad; nunca había visto a una criatura como esta.

—Los niños así son muy corrientes entre nosotros, y las mujeres y los hombres, también. ¿Cómo hay que dirigirlos? —preguntó St. Clare.

—Desde luego, yo no sé qué decir —dijo la señorita Ophelia.

—Ni yo tampoco —dijo St. Clare—. Las horribles crueldades y atrocidades que aparecen de cuando en cuando en los periódicos, casos como el de Prue, por ejemplo, ¿de dónde vienen? En general, se trata de un endurecimiento progresivo de las dos partes: el amo se vuelve cada vez más cruel y el esclavo cada vez más insensible. Los azotes y los malos tratos son como el láudano: hay que doblar la dosis cuando la sensibilidad disminuye. Esto lo comprobé en seguida cuando me convertí en amo, y decidí no empezar nunca un ciclo semejante, porque no se sabe cómo se va a parar, optando, al menos, por salvar mi moralidad. La consecuencia de esto es que

mis servidores actúan como niños mimados, pero pienso que es mejor para las dos partes que el embrutecimiento mutuo. Has hablado mucho de nuestras responsabilidades en cómo educamos, prima. Y de verdad quería que tú lo intentaras con una criatura de las miles que nos rodean.

—Es vuestro sistema el que hace que los niños se conduzcan así —dijo Ophelia.

—Ya lo sé, pero ya están hechos; ahora que ya están hechos y que existen, ¿qué es lo que hay que hacer con ellos?

—Bueno, no puedo decir que te esté muy agradecida por este experimento. Pero como al parecer se trata de un deber, seguiré con él e intentaré hacerlo lo mejor que pueda —dijo la señorita Ophelia.

A partir de entonces la señorita Ophelia llevó a cabo su trabajo sobre su pupila con encomiable celo y energía. Instituyó horarios regulares y actividades para ella y emprendió la tarea de enseñarle a leer y a coser.

En el primer arte citado, la niña era muy viva. Aprendió las letras como por arte de magia y enseguida fue capaz de leer de corrido; pero la costura era un asunto más delicado. La criatura era ágil como un gato y tan activa como un mono, pero el confinamiento propio de la costura se le hacía abominable, así que rompía las agujas y las tiraba discretamente por la ventana o por las grietas de las paredes; enredaba, rompía o manchaba su hilo, y con un hábil movimiento era capaz de hacer desaparecer de golpe un carrete entero. Sus movimientos eran casi tan rápidos como los de una experta maga y el control de la expresión de su rostro, casi tan extraordinario; y aunque la señorita Ophelia no podía menos que figurarse que tantos accidentes no eran posibles y en semejante sucesión, tampoco podía sorprenderla sin vigilarla con una atención que no le habría dejado tiempo para nada más.

Topsy fue pronto un personaje conocidísimo en la casa. Su talento para cualquier tipo de bufonerías, muecas y gestos, para bailar, rodar por el suelo, trepar, cantar, silbar, imitar cualquier sonido que le viniera en gana parecía inagotable. En sus horas de juego tenía tras sus talones a todos los niños del lugar, boquiabiertos de admiración y arrobamiento, sin exceptuar

a la señorita Eva, quien parecía estar fascinada por su naturaleza demoníaca, como sucede a veces cuando una paloma queda encantada por una relumbrante serpiente. La señorita Ophelia se sentía incómoda porque Eva apreciase tanto el trato con Topsy y rogó a St. Clare que lo prohibiera.

—¡Bah! Deja a la chica en paz —dijo St. Clare—. Topsy le sentará bien.

—Pero ¿una criatura tan depravada como ella no temes que pueda enseñarle alguna maldad?

—No puede enseñarle su maldad; podrá enseñársela a otros niños, pero el mal resbala sobre el espíritu de Eva como lo hace el rocío sobre una hoja de calabaza: ni una gota penetra en su interior.

—No estés demasiado seguro —dijo la señorita Ophelia—. Desde luego, yo no dejaría nunca que un niño mío jugara con Topsy.

—Bueno, tus hijos no están obligados a hacerlo, pero la mía tiene permiso; si Eva pudiera malcriarse, habría sucedido ya hace años.

Al principio, Topsy era ignorada y despreciada por los criados de arriba, pero enseguida encontraron buenas razones para cambiar de opinión. Pronto se descubrió que cualquiera que se permitiera una inconveniencia contra Topsy tendría la certeza de sufrir un desagradable accidente poco después, ya fuera un par de pendientes u otro preciado tesoro que desaparecía o una prenda de vestir que aparecía estropeada por completo, o la persona en cuestión tropezaba por accidente con un balde de agua hirviendo, o algo sucio caería sin remisión sobre ellos cuando se encontraran vestidos con su mejor traje de gala. Y en todas estas ocasiones, cuando se hacían investigaciones, nadie se hacía responsable de la jugarreta. Se hablaba de Topsy y se la llevaba ante los jueces domésticos una y otra vez, pero la niña se mantenía siempre a lo largo de estos exámenes bajo la apariencia de la más edificante inocencia y gravedad. Nadie dudaba ni un momento de que había sido ella la que había hecho esas cosas, pero ni un ápice de evidencia directa permitía probar las suposiciones, y la señorita Ophelia era demasiado justa para sentirse capaz de actuar en modo alguno sin pruebas.

Las travesuras estaban siempre tan bien calculadas, que conseguían mantener a salvo al agresor. Así, la hora de la venganza contra Rosa y Jane, las dos doncellas, era siempre elegida en los períodos en que (como sucedía con cierta frecuencia) se encontraban en desgracia ante su ama, cuando se

daba por supuesto que cualquier queja por su parte no hallaría simpatía alguna. En resumen, Topsy hizo descubrir muy pronto a todos los sirvientes de la casa la conveniencia de dejarla en paz y, de acuerdo con esto, la dejaron en paz.

Topsy era lista y veloz para todas las tareas manuales, aprendiendo todo lo que se le enseñaba con una sorprendente rapidez. Con unas pocas lecciones había aprendido a arreglar la habitación de la señorita Ophelia de tal modo que ni la delicada dama podía encontrar la menor falta. Ninguna mano mortal hubiera podido hacer mejor la cama, poner las almohadas con mayor precisión, quitar el polvo y limpiar, colocarlo todo con mayor perfección de la que Topsy mostraba cuando quería; pero no quería hacerlo demasiado a menudo. Si la señorita Ophelia, después de tres o cuatro días de paciente y cuidadosa vigilancia, era tan confiada que se imaginaba que Topsy había entrado, por fin, en vereda y que su supervisión no era ya necesaria y que podía ir a ocuparse de otras cosas, Topsy montaba un lío carnavalesco que se prolongaba durante dos o tres horas. En vez de hacer la cama, se divertía quitando las fundas de los cojines, hundiendo su cabeza entre las almohadas hasta que sus crespos cabellos se llenaban de grotescos y disparatados adornos de plumas, trepaba por las columnas y se colgaba cabeza abajo, esparcía sábanas y colchas por todo el cuarto, vestía el cabecero de la cama con los camisones de la señorita Ophelia y llevaba a cabo diferentes actuaciones de esta guisa, cantando y silbando y haciendo muecas con todo su cuerpo ante el espejo; en resumen, como decía la señorita Ophelia, «criando a Caín».

Una vez, la señorita Ophelia se encontró a Topsy con su mejor chal indio de crespón encarnado anudado a la cabeza, a modo de turbante, llevando a cabo sus ensayos ante el espejo con un estilo notable, ya que la señorita, un descuido inaudito en ella, había olvidado en esa ocasión la llave sobre un cajón.

—¡Topsy! —le había dicho una vez en la que se le hubo agotado la paciencia—. ¿Qué es lo que te hace actuar así?

—No lo sé, señora ama, pienso que es porque soy muy mala.

—Ya no sé qué más se puede hacer contigo, Topsy.

—Pues mire, señora, tiene usted que pegarme; mi anterior ama siempre me azotaba. Yo no tengo costumbre de trabajar si no me dan unos buenos azotes.

—¿Por qué, Topsy? Si yo no quiero pegarte. Puedes portarte bien cuando quieres. ¿Por qué no lo haces?

—Mire, ama, yo estoy acostumbrada a los azotes, supongo que será algo bueno para mí.

La señorita Ophelia intentó seguir la receta, y Topsy, invariablemente, armaba un terrible alboroto gritando, gimiendo e implorando hasta media hora después, cuando, encaramada en algún saliente del balcón y rodeada por una nube de «pequeñuelos» admiradores, expresaba su profundo desprecio por el asunto.

—Desde luego, la señorita Feely no sabe pegar. No mataría ni a una mosca con sus azotes. ¡Teníais que haber visto a mi antiguo amo cómo hacía volar la carne! El antiguo amo sí que sabía pegar…

Topsy siempre atesoraba sus propios pecados y barbaridades, considerando con toda evidencia que eran algo particularmente distinguido.

—Mirad, negrazos —solía decir a su auditorio—. ¿A que no sabéis que todos vosotros no sois más que unos pecadores? Lo sois vosotros y lo es todo el mundo. Los blancos también son pecadores, eso es lo que dice la señorita Feely; pero pienso yo que los negros son aún más pecadores. Pero ¡por Dios!, ninguno lo es tanto como yo. Soy tan horriblemente mala que nadie es capaz de hacer nada conmigo. Solía tener ocupada a mi antigua ama más de la mitad del tiempo jurando contra mí. Supongo que debo de ser la peor criatura del mundo.

Al acabar el día, Topsy se elevaba enérgica y radiante a un nivel superior, en el que, por supuesto, se adornaba con gran distinción.

La señorita Ophelia se encargaba con gran interés de enseñarle el catecismo a Topsy los domingos. La niña tenía una memoria poco común

para aprender y lo retenía todo con una facilidad que satisfacía mucho a su instructora.

—¿Piensas que esto le hará algún bien? —le preguntó St. Clare.

—¡Cómo! Siempre ha sido bueno para los niños. Esto es lo que siempre tienen que aprender los niños, ya lo sabes —dijo la señorita Ophelia.

—Aunque no lo comprendan —dijo St. Clare.

—¡Oh! Los niños no lo entienden nunca cuando lo aprenden, pero cuando crecen les va entrando.

—Pues a mí no me ha entrado todavía —dijo St. Clare—, aunque puedo declarar que tú me lo dejaste bien metido en la mollera cuando era un crío.

—¡Ah, tú eras siempre muy bueno para aprender! Había puesto en ti muchas esperanzas —dijo la señorita Ophelia.

—Bueno, ¿es que ya no las tienes? —dijo St. Clare.

—Me gustaría que fueras tan bueno como cuando eras niño. Augustine.

—Lo intento, eso es un hecho, prima —dijo St. Clare—. Bien, sigue adelante y catequiza a Topsy. A lo mejor consigues algo.

Topsy, que había permanecido como una estatua negra durante este diálogo, con las manos recatadamente cruzadas, empezó entonces a recitar siguiendo una seña que la señorita Ophelia le hizo:

—«Nuestros primeros padres, dejados a su libre albedrío, cayeron del estado en que se encontraban cuando fueron creados».

Topsy guiñaba los ojos y parecía querer preguntar algo.

—¿Qué pasa. Topsy? —dijo la señorita Ophelia.

—Por favor, señorita, ¿no sería acaso Kentucky ese estado?

—¿Qué estado, Topsy?

—El estado del que cayeron. Solía oír decir al amo que veníamos de Kentucky.

St. Clare se rio.

—Le tendrás que explicar el sentido o ella encontrará uno —le dijo—. Me parece que ahí se insinúa una teoría de la emigración.

—¡Oh, Augustine, cállate! —dijo la señorita Ophelia—. ¿Cómo quieres que haga nada si sigues bromeando?

—Bien, ya no interrumpiré más tus clases, doy mi palabra de honor —y St. Clare tomó su periódico y se lo llevó al salón, donde se sentó hasta que

Topsy hubo terminado de recitar sus lecciones. Se las sabía todas muy bien, solo que de cuando en cuando se confundía de una manera extraña y persistía en su error a pesar de todos los esfuerzos por sacarla de él. Y St. Clare, no obstante sus promesas de portarse bien, sentía un placer maligno con estos errores, llamando a Topsy para que le viniera a ver en cuanto tenía ganas de divertirse y le hacía repetir los pasajes ofensivos, sin importarle las reflexiones de la señorita Ophelia.

—¿Cómo crees que puedo hacer nada con la chica si tú te comportas así, Augustine? —le dijo al fin.

—Bueno, es una lástima, no lo haré más; pero ¡mira que me gusta ver a esta chiquilla tropezándose con esas palabrejas!

—Pero es que tú la confirmas en el error.

—¿Y qué hay de malo en ello? Lo mismo le da una palabra que otra.

—Tú querías que yo la educara bien y debes recordar que es un ser racional, así que has de tener cuidado con la influencia que ejerces sobre ella.

—¡Ay, qué fatiga! Sí que lo debería hacer, pero como dice Topsy: «Soy tan malo…».

Y así prosiguió la educación de Topsy durante un año o dos, con la señorita Ophelia preocupándose cada día más por su causa, en una especie de enfermedad crónica a cuyas aflicciones se fue acostumbrando, como les ocurre a las personas que sufren neuralgias y jaquecas.

St. Clare encontraba en la criatura la misma diversión que encuentra el hombre en las mañas de un loro o de un perro perdiguero. Topsy, en cuanto sus malas acciones le causaban problemas con los demás, buscaba siempre refugio junto a él; y St. Clare, de una y otra manera, apaciguaba los ánimos en su favor. Recibía de él abundantes monedas, que ella invertía en dulces y nueces para distribuirlos con una despreocupada generosidad entre todos los niños de la casa, pues Topsy, seamos justos con ella, era bondadosa y liberal, y solo era rencorosa en defensa propia. Ya queda bien presentada en nuestro cuerpo de baile y puede figurar, de cuando en cuando, a su vez, con otros actores.

Capítulo XXI
Kentucky

Nuestros lectores no serán reacios a mirar hacia atrás durante un breve intervalo, en dirección a la cabaña del Tío Tom, en la granja de Kentucky, y ver qué es lo que les ha sucedido a los que ha dejado allí.

Era el ocaso de una tarde de verano y las puertas y las ventanas del amplio salón estaban todas abiertas de par en par para invitar a cualquier brisa errante que se sintiera de buen humor para entrar en la casa. El señor Shelby estaba sentado en el gran porche que se abría a la sala y que daba la vuelta a todo el contorno de la casa hasta llegar al balcón del otro extremo. Placenteramente arrellanado en una silla con los tacones de sus zapatos apoyados sobre otra, estaba disfrutando de su cigarro de sobremesa. La señora Shelby se hallaba sentada a la puerta, ocupada en alguna delicada labor de costura; parecía alguien que le da vueltas a una idea, buscando un buen momento para presentarla.

—¿Sabes? —dijo—. Chloe ha tenido una carta de Tom.

—¿Ah, sí? Por lo que se ve, Tom se ha hecho allí algún amigo. ¿Cómo le va al viejo?

—Ha sido comprado por una familia muy buena, me parece —dijo la señora Shelby—; lo tratan con amabilidad y no tiene mucho que hacer.

—¡Qué bien! Me alegro mucho, pero que mucho —dijo el señor Shelby de corazón—. Tom, me imagino, se hará a la idea de vivir en el Sur y le será difícil volver aquí otra vez.

—Al contrario, pregunta con gran ansiedad cuándo estará listo el dinero para redimirlo —dijo la señora Shelby.

—No lo sé —dijo el señor Shelby—; una vez que los negocios empiezan a ir mal, parece que la mala racha no se va a terminar nunca. Es

como saltar de una ciénaga a otra a lo largo de un pantano, pedir prestado a uno para pagar a otro y después pedir prestado al otro para pagar al uno… y esas cuentas malditas que hay que pagar antes de que le dé a uno tiempo de prepararse… cartas y avisos de moratoria… todo se precipita y se escapa a toda velocidad.

—Me parece a mí, querido, que habría que hacer algo para precisar las cosas. Supón que vendiéramos todos los caballos y una de tus granjas y pagáramos de una vez…

—¡Oh, eso es ridículo, Emily! Eres la mujer más lista de Kentucky, pero a pesar de ello no tienes cabeza para comprender que no entiendes nada de negocios, las mujeres no sabéis nada ni seréis nunca capaces de entenderlos.

—Pero ¿no podrías darme al menos una pequeña idea de lo que pasa con los tuyos, una lista con todas tus deudas y con todo lo que se te debe, y dejarme intentar ayudarte y ver cómo podemos ahorrar?

—¡Qué lata! ¡No me persigas, Emily! No puedo decírtelo exactamente. Sé más o menos cómo van las cosas, pero no puedo cuadrar mis cuentas y negocios como hace Chloe con sus pasteles. No sabes nada de negocios, eso te lo digo yo.

Y el señor Shelby, no conociendo otro modo de sostener sus ideas, levantó la voz, una manera de argumentar muy adecuada y convincente cuando un caballero discute con su mujer de asuntos relacionados con los negocios.

La señora Shelby dejó de hablar con una especie de suspiro. El hecho era que, a pesar de que su marido había establecido que ella era una mujer, tenía un espíritu muy claro y práctico y una fuerza de voluntad que eran en todo punto superiores a los de su marido, así que no habría sido tan absurdo suponer que ella fuera capaz de llevar los negocios, como parecía pensar el señor Shelby. Ponía todas las fuerzas de su corazón en cumplir la promesa que había hecho a Tom y a la Tía Chloe y suspiraba cuando los desencantos, haciéndose palpables, se cernían sobre ella.

—¿No piensas que deberíamos contribuir a reunir ese dinero? ¡Pobre Tía Chloe, tiene tanto empeño!

—Pues lo siento si es así. Pienso que fue prematuro prometerles nada. No estoy seguro, mira, pero creo que lo mejor será decírselo a Chloe y dejar

que se haga a la idea. Tom tendrá otra mujer dentro de uno o dos años y ella hará mejor buscándose a otro.

—Señor Shelby, siempre he enseñado a mi gente que sus matrimonios son tan sagrados como los nuestros. Nunca podría pensar en dar a Chloe un consejo semejante.

—Pues es una pena, mujer, que les hayas atado a una moralidad que va por encima de sus posibilidades y perspectivas de vida. Eso es lo que siempre pensé.

—Se trata solo de la moralidad de la Biblia, señor Shelby.

—Está bien, Emily, no pretendo interferir en tus ideas religiosas; me parece que no son adecuadas para personas de esa condición.

—Desde luego que lo son —dijo la señora Shelby—, y por eso es por lo que desde lo más profundo de mi alma odio todo esto. Te diré algo, cariño, no me puedo perdonar la promesa que les hice a estos seres desamparados. Si no puedo conseguir el dinero de otra manera, tomaré alumnos de música, puedo ganar bastante, lo sé, y reuniré el dinero por mí misma.

—¿Y vas a degradarte de ese modo, Emily? Nunca te lo consentiré.

—¡Degradarme! ¿Qué puede degradarme más que traicionar la confianza que han puesto en mí los desvalidos? No hay nada peor.

—Bueno, tú siempre eres heroica y soñadora —dijo el señor Shelby—, pero opino que deberías haber reflexionado mejor antes de emprender esa tarea tan quijotesca.

Aquí se interrumpió la conversación por la llegada de la Tía Chloe por el extremo de la galería.

—Con su permiso, señora —dijo.

—Bien, Chloe, ¿qué es lo que pasa? —preguntó su ama, levantándose y dirigiéndose a la balaustrada.

—Si la señora pudiera venir y mirar estas «naves».

Chloe tenía una inclinación a llamar «naves» a los volátiles, con un uso del lenguaje en el que siempre persistía, sin tener en cuenta las correcciones y consejos frecuentes de los jóvenes miembros de la familia[1].

—¡Por Dios! —solía decir—. No comprendo, y lo mismo da, «naves» les va muy bien —y, así, seguía llamando «naves» a las gallinas.

La señora Shelby sonrió cuando vio un montón de abatidos pollos y patos sobre los que se erguía Chloe con una expresión de grave consideración.

—Estaba preguntándome si la señora querría que hiciéramos un pastel de pollo con esto.

—De verdad, Tía Chloe, me es indiferente, sírvelos como mejor te parezca.

Chloe permaneció en pie manoseando las aves con aire distraído; era bastante evidente que no estaba pensando en los pollos. Al fin, con una breve risa que servía para introducir un pensamiento dudoso a los de su origen, dijo:

—¡Vamos, señora! ¿Por qué el amo y el ama se preocupan por el dinero y no usan lo que tienen en sus manos? —y Chloe rio de nuevo.

—No te comprendo, Chloe —dijo la señora Shelby, sin dudar un instante, puesto que conocía el carácter de Chloe, de que ella había oído todas y cada una de las palabras pronunciadas durante la conversación que acababa de mantener con su marido.

—¡Pero, vamos, señora! —dijo Chloe riendo de nuevo—. Otros alquilan los servicios de sus esclavos negros y sacan buenos dineros con ello. No mantienen a una tribu como esta en casa, comiendo y viviendo.

—Bien, Chloe. ¿Y a quién propones que empleemos fuera?

—Mire, yo no estoy proponiendo nada, solo que Sam dijo que en Louisville hay uno de esos «pastreleros», como les llaman, que quería un buen cocinero para las tartas y la bollería, y dijo que pagaría cuatro dólares a la semana para empezar.

—Y entonces, Chloe…

—Mire, señora, estaba pensando que ya va siendo hora de que Sally se ponga a hacer algo. Sally ha estado bajo mi tutela estos últimos tiempos y lo hace ya casi todo tan bien como yo, y si la señora me dejara marcharme, yo podría ayudar a conseguir el dinero. No me asusta poner mis bollos ni mis tartas al lado de los de ningún «pastrelero».

—Pastelero, Chloe.

—Por Dios, señora, qué más dará; las palabras son tan dudosas, nunca me salen como es debido.

—Pero, Chloe, ¿vas a dejar a tus hijos?

—Mire, señora, los chicos ya son grandes para ir a trabajar por el día, están muy bien. Y Sally se ocupará de la niña: es tan mona que no necesitará muchos cuidados.

—Louisville queda muy lejos.

—Vamos, ¿y quién se asusta por eso? Está río abajo, algo más cerca de donde está mi viejo, ¿no es así? —dijo Chloe, pronunciando esto último en tono interrogativo y mirando al señor Shelby.

—No, Chloe; está a muchos cientos de millas de distancia —dijo el señor Shelby.

La alegría de Chloe se apagó.

—No te preocupes, si vas allí estarás más cerca de él, Chloe. Sí, puedes ir, y los salarios que ganes, hasta el último céntimo, se ahorrarán para redimir a tu marido.

Como cuando un reluciente rayo de sol convierte en plata una oscura nube, la cara de Chloe se iluminó de inmediato, radiante.

—¡Mira si no es la señora buenísima! Estaba pensando en esto, porque no necesito vestidos, ni zapatos, ni nada, y así podré ahorrar todo el dinero que gane. ¿Cuántas semanas hay en un año, señora?

—Cincuenta y dos —dijo el señor Shelby.

—¿De verdad hay tantas? Y cuatro dólares por semana, ¿cuánto harán en total?

—Doscientos ocho dólares —dijo el señor Shelby.

—¡Bueno! —dijo Chloe con un acento de sorpresa y de delicia—. ¿Y cuánto tiempo tardaré en tener bastante, señora?

—Unos cuatro o cinco años, Chloe; pero no tienes que reunir el dinero tú sola, ya añadiré yo algo.

—No quiero oír hablar de que la señora va a dar clases o de algo así. El señor lleva aquí razón, eso no estaría bien. Espero que ninguno de su familia tenga que hacer una cosa semejante mientras yo tenga manos.

—No temas, Chloe, mantendré el honor de la familia —dijo la señora Shelby sonriendo—. Pero ¿cuándo piensas irte[2]?

—Bueno, yo no pensaba nada, solo que Sam va a irse río abajo con algunos potros y dijo que yo podría ir con él, así que no tengo más que

preparar mis cosas. Si la señora no se opone, me podría ir con Sam mañana por la mañana si la señora me escribiera un pase y una carta dando referencias.

—Bueno, Chloe, lo intentaré si el señor Shelby no tiene objeciones que hacer. Tengo que consultar con él.

La señora Shelby subió escalaras arriba y la Tía Chloe, encantada, volvió a su cabaña para hacer los preparativos.

—¡Por Dios, señorito George! ¡Usted no sabe que me marcho a Louisville mañana! —le dijo a George cuando al entrar en su cabaña la encontró atareada reuniendo los vestidos de su niña—. Pensé que lo mejor era preparar estas cosas y reforzarlas. Pero me voy, señorito George, me voy para ganar cuatro dólares a la semana, y la señora lo va a poner todo aparte para traer de vuelta a mi querido viejo comprándole otra vez.

—¡Vaya! —dijo George—. ¡Eso es un buen negocio, seguro! ¿Cómo vas a ir?

—Mañana, con Sam. Y ahora, señorito George, sé que va usted a sentarse y a escribirle a mi viejo todo esto, ¿a que sí?

—Desde luego —dijo George—. Al Tío Tom le gustará muchísimo tener noticias nuestras. Voy a casa a buscar papel y tinta, y después, ya sabes, Tía Chloe, puedo contarle todo lo de los potros nuevos y demás.

—Claro, claro, señorito George, usted lo hará y yo le voy a preparar un poquito de pollo o algo así; ya no hará muchas más comidas con su pobre y vieja tita.

Capítulo XXII
«La hierba se agosta, la flor se marchita»[1]

La vida transcurre, para todos nosotros, día a día; y de esta manera discurrió para nuestro amigo Tom hasta que pasaron dos años. Aunque estaba separado de aquello que quería con toda su alma y aunque a menudo añoraba lo que había dejado, no sintió nunca la conciencia ni la convicción de ser por completo desgraciado, pues tan bien acordada está el arpa de los sentimientos humanos que solo un golpe que rompa todas las cuerdas es capaz de interrumpir su armonía; y mirando hacia otras épocas que nos aparecen en el recuerdo como de prueba y de juicio, podemos acordarnos también de que cada hora, según fue pasando, trajo consigo sus diversiones y alivios, de modo que, aunque no fuimos felices por completo, tampoco fuimos completamente desgraciados.

Tom leyó en su única fuente literaria que existió alguien que «había aprendido a contentarse con el estado en el que se encontraba, fuese el que fuese». Le pareció una doctrina buena y razonable y que estaba de acuerdo con la costumbre bien establecida y concienzuda que había adquirido a partir de la lectura de ese mismo libro.

La carta a su mujer fue contestada, tal y como hemos contado en el último capítulo, por el amigo George, escrita con su buena caligrafía redonda de chico educado, que Tom decía que podría ser leída «del otro lado de la habitación». La carta incluía varios interesantes acuerdos sobre la organización de la casa que ya son conocidos de nuestro lector: contaba cómo la Tía Chloe había sido empleada por un pastelero de Louisville, donde su habilidad para la repostería le estaba haciendo ganar asombrosas cantidades de dinero, todo él, le decían a Tom, destinado a reunir la suma de

su redención. Mose y Pete medraban, y la nenita trotaba por toda la casa bajo los cuidados de Sally y de toda la familia.

La cabaña de Tom estaba cerrada por ahora, pero George se extasiaba explicando cómo pensaban adornarla y ampliarla cuando Tom volviera.

El resto de la carta le daba una lista de los estudios de George en la escuela, cada uno de ellos encabezado por una florida mayúscula, y también daba el nombre de los cuatro potros nuevos que había en el lugar desde que Tom se había marchado, y afirmaba en el mismo tono que su padre y su madre estaban bien. El estilo de la carta era decididamente conciso y sobrio, pero Tom pensó que era el mejor ejemplo de composición que jamás hubiera aparecido en los tiempos modernos. Nunca se cansaba de mirarla e, incluso, celebró una reunión con Eva sobre la conveniencia de enmarcarla para colgarla en su habitación. Solo la imposibilidad de colocarla de tal manera que pudiera verse por las dos caras de la página se interpuso en el camino de su propósito.

La amistad entre Tom y Eva había aumentado a medida que crecía la niña. Sería muy difícil decir el lugar que ocupaba esta en el corazón tierno e impresionable de su fiel servidor. La quería como a algo frágil y terrenal, aunque dotado casi de un espíritu celestial y divino. La miraba como un marinero italiano contempla una imagen del Niño Jesús: con una mezcla de reverencia y de ternura. Y seguir sus encantadores caprichos y satisfacerlos, atendiendo esos miles de sencillos deseos que se manifestaban en la infancia como arcos iris multicolores, era la principal delicia de Tom. En el mercado, por la mañana, sus ojos se dirigían siempre al puesto de las flores buscando los mejores ramos para ella, y los más selectos melocotones o naranjas se deslizaban en su bolsillo para dárselos al volver a casa. La visión que más le complacía era la de su cabeza radiante como el sol saliendo por la verja, esperándole y haciéndole preguntas infantiles: «Bueno, Tío Tom, ¿qué me has traído hoy?».

Eva, por su parte, correspondía a Tom de la mejor manera. Aunque de corta edad, era muy buena lectora y tenía muy buen oído, una viva afición poética y una simpatía instintiva por todo lo que era grande y noble, lo que hizo de ella una lectora de la Biblia como Tom no había visto jamás. Al principio leía para dar gusto a su humilde amigo, pero pronto su naturaleza

apasionada mostró sus tendencias y se aficionó al magnífico libro; y Eva lo amaba porque despertaba en ella extraños anhelos y fuertes y oscuras emociones que los niños imaginativos y sensibles adoran sentir.

Las partes que más le gustaban eran las Revelaciones del Apocalipsis y las Profecías, partes en las que la oscura y maravillosa imaginería, junto con el fervoroso lenguaje, conseguían impresionarla aún más, pues se preguntaba en vano por su sentido; y ella y su amigo, el niño mayor y el pequeño, sentían, más o menos, lo mismo. Todo lo que ellos sabían era que se hablaba allí de una gloria que sería revelada, algo maravilloso por venir, con lo que sus almas sentían un gran regocijo, sin saber bien cómo ni por qué; y aunque esto no cuenta para lo material, en el aspecto espiritual lo que no puede ser comprendido no deja por ello de ser provechoso. Pues el alma se despierta, como un temeroso extranjero, entre dos eternidades oscuras: el pasado eterno y el eterno futuro. La luz ilumina solo un pequeño espacio a su alrededor, por eso es necesario asomarse hacia lo desconocido, y las voces y los movimientos etéreos que vienen de los oscuros pilares de la inspiración traen ecos y respuestas llenas de esperanza. Las imágenes místicas son talismanes y gemas grabadas con jeroglíficos desconocidos; las acogemos en nuestro seno y esperamos comprenderlas cuando se descorra el velo.

En este momento de nuestra historia, la casa de los St. Clare se ha mudado, por ahora, con todos sus miembros, a su residencia del lago Pontchartrain. Los calores del verano han llevado a todos los que podían hacerlo a abandonar la ciudad malsana y bochornosa para gozar de las orillas del lago y de sus frescas brisas marinas.

La morada de St. Clare era una construcción al estilo del este de América, rodeada de ligeras galerías hechas con bambú que daban por todas partes a jardines y terrenos de recreo. El salón común se abría a un gran jardín con todas las pintorescas fragancias de sus plantas y flores tropicales, desde el cual varios senderos corrían hacia las mismas orillas del lago, cuya plateada superficie de agua se extendía allí, en continuo movimiento bajo

los rayos del sol, un espectáculo que no es el mismo durante una hora y que es aún más hermoso cada hora que pasa.

Ahora asistimos a uno de esos intensos atardeceres que transforma por completo el horizonte en una llamarada de gloria y convierte el agua en un cielo más. El lago presentaba franjas de rosa y oro, salvo en los lugares donde los barcos de alas blancas se deslizaban de un lado a otro, como otros tantos espíritus, y las pequeñas estrellas doradas titilaban a través del resplandor y se miraban en el agua para ver cómo temblaban.

Tom y Eva estaban sentados en un pequeño asiento cerca de un embarcadero, al pie del jardín. Era un domingo por la tarde y la Biblia de Eva estaba abierta sobre sus rodillas. Ella leyó: «Y vi un mar de hielo mezclado con fuego»[2].

—Tom —dijo Eva deteniéndose repentinamente y señalando hacia el lago—, míralo.

—¿El qué, señorita Eva?

—¿No lo ves, allí? —dijo la niña señalando el agua brillante que, mientras subía y bajaba, reflejaba el resplandor dorado del cielo—. Hay un mar de hielo mezclado con fuego.

—Es cierto, señorita Eva —dijo Tom, y empezó a cantar:

Si de los céfiros que al asomar el alba
las flores de los prados acariciando van
me concediera el cielo las bellas alas de oro,
volaría a Canaán.
Las brisas vagarosas de la celeste esfera
refrescarían dulces mi acalorada sien
y hacia ti los querubes mi vuelo guiarían,
Nueva Jerusalén.[3]

—¿Dónde crees que está la Nueva Jerusalén, Tío Tom? —preguntó Eva.

—¡Oh, allí en las nubes, señorita Eva!

—¡Pues entonces me parece que ya la he visto! —dijo Eva—. ¡Mira esas nubes! Parecen grandes puentes de perlas, y puedes ver a través de ellas, lejos, muy lejos, que todo es de oro. Tom, cántame lo de los «espíritus dichosos».

Tom entonó el conocido himno metodista:

Ya veo a los dichosos del cielo soberano

gozarse en las delicias que Dios les concedió.
De blanco van vestidos y ostentan en la mano
la palma de la gloria que el justo mereció.

—Tío Tom, los he visto —dijo Eva.

Tom no lo dudó en absoluto, no le sorprendió lo más mínimo. Si Eva le hubiera dicho que se había marchado al cielo, habría pensado que era completamente cierto.

—A veces me visitan en sueños esos espíritus —y los ojos de Eva se pusieron soñadores y canturreó en voz baja:

De blanco van vestidos y ostentan en la mano
la palma de la gloria que el justo mereció.

—Tío Tom —dijo Eva—, me voy allá.

—¿Adónde, señorita Eva?

La niña se levantó y señaló con su manita hacia el cielo; el resplandor de la tarde iluminaba su cabello dorado y le coloreaba las mejillas con una especie de aura que no era de este mundo; sus ojos se volvieron con vehemencia hacia el cielo.

—Me voy allá —dijo— con los espíritus dichosos, Tom; me iré dentro de poco tiempo.

El leal y viejo corazón sintió una repentina sacudida, y Tom pensó en las numerosas veces en las que había observado durante los últimos seis meses que las manos de Eva estaban adelgazando y que su piel se volvía más transparente y su aliento más corto. Y cómo cuando corría o jugaba en el jardín como podía hacerlo antes durante horas, se cansaba pronto y languidecía. Había oído hablar a menudo a la señorita Ophelia de una tos que no podían curar todas sus medicinas, e incluso entonces, cuando la mejilla y la manita de la niña ardían en una agitada fiebre, no había pensado hasta aquel momento en lo que las palabras de Eva sugerían.

¿Hubo alguna vez una criatura como Eva? Sí que las ha habido, pero sus nombres están grabados en las lápidas y sus dulces sonrisas, sus ojos celestes, sus palabras y sus maneras singulares se encuentran enterrados en el corazón de los que las lloran. ¡En cuántas familias no se escucha la cantinela de que todas las bondades y encantos de los que viven no pueden compararse con los dones del que ya no existe! Es como si el cielo tuviera un coro especial de ángeles cuyo oficio fuera pasar entre nosotros una corta temporada para hacerse querer por los corazones de los hombres, cariño que se llevarán consigo en su vuelo hacia su morada celeste.

Cuando uno ve esa luz profunda y espiritual en la mirada, cuando esas pequeñas almas se manifiestan con palabras más dulces y más sabias que las habituales de los niños, no hay que esperar poder retener a las criaturas, pues llevan en ellas el sello del cielo y la luz de la inmortalidad relumbra en sus ojos.

A pesar de esto, ¡adorada Eva, hermosa estrella del ocaso! Te vas, pero los que más te quieren no lo saben.

El coloquio entre Tom y Eva fue interrumpido por una llamada apremiante de la señorita Ophelia:

—¡Eva, Eva! Está anocheciendo; no debes estar fuera.

Eva y Tom se apresuraron a volver.

La señorita Ophelia era una experta en el cuidado de los niños. Venía de Nueva Inglaterra y conocía bien los primeros síntomas de esa enfermedad suave e insidiosa que se lleva a tantos de los más hermosos y más queridos seres y que, antes de que una fibra de la vida parezca rota, les marca con el signo imborrable de la muerte.

Ella había observado día a día la tos ligera y seca, las mejillas arreboladas, sin que el brillo de los ojos ni la aparente animación nacida de la fiebre la engañasen.

Intentó comunicar sus temores a St. Clare, pero este rechazó sus sugerencias con una infatigable petulancia, muy diferente de su habitual y despreocupado buen humor.

—No seas agorera, prima, ¡lo odio! —decía—. ¿No ves que la niña solo está creciendo? Los niños pierden fuerzas cuando crecen tan deprisa.

—¡Pero esa tos!

—¡Esa tos no es más que una tontería! No es nada, tal vez se haya resfriado un poco.

—Bueno, fue precisamente así como se fueron Eliza Jane y Ellen y María Sanders.

—¡Oh! Deja ya esos lamentos de enfermera. Tus atenciones son tan escrupulosas que un niño no puede toser ni estornudar sin que veas la desesperación y la ruina inmediata. Cuida de la niña y protégela del aire de la noche, no dejes que juegue demasiado y ya mejorará.

Eso dijo St. Clare, pero se puso muy nervioso y le quedó cierto desasosiego. Miraba a Eva febrilmente cada día, como podía suponerse por la frecuencia con que decía: «la niña va bastante bien», «no es más que una tos, no es más que un dolor de estómago, como suelen tener los niños». Pero estaba a su lado más que de costumbre, la sacaba a montar a caballo con él más a menudo y traía cada pocos días una receta o medicina fortificante, «no porque ella lo necesite», como él decía, «sino porque no le hará ningún daño».

Si hay que decirlo, b que más le dona en su corazón era la creciente madurez de la mente y de los sentimientos de su hija. Aunque conservaba aún todas las divertidas gracias infantiles, de cuando en cuando dejaba caer sin intención palabras de tal profundidad de pensamiento y de una extraña sabiduría impropia de este mundo, que parecían ser una inspiración. En estas ocasiones. St. Clare sentía un escalofrío repentino y la estrechaba entre sus brazos, como si ese tierno abrazo pudiera salvarla, y en su corazón nacía un sentimiento de fiereza y decisión como queriendo conservarla en él e impedir que se marchara.

La niña parecía entregarse en cuerpo y alma a demostraciones de afecto y amabilidad, pero había ahora un matiz enternecedor de atenciones propias de mujeres que todo el mundo observó. Seguía gustándole jugar con Topsy y con los demás niños de color, pero ahora parecía ser más una espectadora de los juegos que una participante; podía estar sentada durante media hora riendo de las extrañas triquiñuelas de Topsy, pero después una sombra le oscurecía el semblante, sus ojos se ponían húmedos y sus pensamientos vagaban.

—Mamá —dijo de repente un día a su madre—, ¿por qué no enseñamos a leer a nuestros criados?

—¡Qué pregunta, hija! Eso no se hace.

—¿Y por qué no?

—Porque no les sirve de nada leer. No les ayuda a trabajar mejor, y solo están hechos para eso.

—Pero tienen que leer la Biblia, mamá, para conocer la voluntad de Dios.

—¡Oh, pueden hacer que se la lean todas las veces que quieran!

—A mí me parece, mamá, que la Biblia es para que cada uno la lea por sí mismo. Muchas veces la necesitan cuando no hay nadie que se la lea.

—Eva, eres una niña muy extraña —dijo su madre.

—La señorita Ophelia le ha enseñado a leer a Topsy —prosiguió Eva.

—Sí, y ya ves el bien que le ha hecho. Topsy es la peor chica que he visto en mi vida.

—Y también está la pobre Mammy —dijo Eva—. Le gusta tanto la Biblia y desearía poderla leer. ¿Qué hará cuando yo no pueda leérsela?

Marie estaba atareada vaciando el contenido de un cajón mientras le respondía:

—Bien, desde luego, poco a poco… Eva, tú tendrás otras cosas en qué pensar en lugar de leer la Biblia entera a nuestros criados. No es que eso no esté bien, yo misma lo hacía cuando tenía buena salud. Pero cuando tengas que vestirte y presentarte en sociedad, no tendrás tiempo. Mira esto —añadió—, te daré estas joyas cuando salgas en público. Las llevé a mi primer baile. Y te lo puedo decir, Eva, causé sensación.

Eva tomó el estuche de joyas y extrajo de él un collar de diamantes. Sus grandes ojos pensativos se detuvieron sobre él, pero su pensamiento estaba en otra parte.

—¡Qué seria pareces, hija mía! —dijo Marie.

—Esto valdrá mucho dinero, ¿no, mamá?

—Desde luego que sí. Mi padre ordenó traerlos de Francia. Valen una pequeña fortuna.

—Me gustaría tenerlos para hacer lo que quisiera con ellos.

—¿Y qué es lo que harías?

—Los vendería y compraría un terreno en los Estados libres y llevaría allí a nuestra gente y contrataría profesores que les enseñaran a leer y a escribir.

Eva fue interrumpida por la risa de su madre.

—¡Montar un colegio! ¿No les enseñarías, tal vez, a tocar el piano y pintar el terciopelo?

—Les enseñaría a leer su propia Biblia, a escribir sus propias cartas, a leer las cartas que les han escrito a ellos —dijo Eva con energía—. Yo sé, mamá, que les da mucha pena no poder hacer esas cosas. Tom lo siente así, a Mammy le pasa igual y a muchos otros también. Me parece que no está bien.

—¡Vamos, Eva! No eres más que una niña, no entiendes de esas cosas —dijo Marie—, y además tu charla me da dolor de cabeza.

Marie tenía siempre una jaqueca a mano a la que recurrir cuando alguna conversación no le convenía.

Eva no continuó, pero después de esto empezó a dar con asiduidad lecciones de lectura a Mammy.

Capítulo XXIII
Henrique

Por esta época Alfred, el hermano de St. Clare, vino con su hijo mayor, un chico de doce años, para pasar uno o dos días con la familia en el lago.

Ninguna visión podía ser más singular y hermosa que la de los dos hermanos gemelos. La naturaleza, en lugar de establecer un parecido entre ellos, les había hecho opuestos en todo punto y, sin embargo, un misterioso lazo parecía unirlos en una amistad más estrecha de lo habitual.

Solían deambular, brazo con brazo, subiendo y bajando por las veredas y los paseos del jardín. Augustine, con sus ojos azules y su cabello dorado, su forma delicada y flexible y sus rasgos vivaces; Alfred, con sus ojos oscuros, su altivo perfil romano, miembros bien torneados y aspecto decidido. Siempre estaban metiéndose con las opiniones y las costumbres de uno y otro, y ni por un momento el uno se hallaba menos absorto en la compañía del otro; de hecho, parecía que su naturaleza opuesta los uniera, como la atracción que se produce entre los dos polos opuestos de una magneto.

Henrique, el hijo mayor de Alfred, era un noble y principesco chico de ojos oscuros, rebosante de vitalidad y de valor, quien desde la primera presentación parecía estar completamente fascinado por las gracias espirituales de su prima Evangeline.

Eva tenía un pequeño poni, su preferido, blanco como la nieve. Era tan fácil de montar como una cuna y tan amable como su amita, y ahora este poni era conducido por Tom hasta la galería de atrás, mientras un pequeño mulato de unos trece años llevaba a su lado un pequeño potro árabe que acababa de ser importado, con grandes gastos, para Henrique.

Henrique tenía un orgullo de niño sobre su reciente propiedad, y mientras avanzaba y tomaba las riendas de la mano del pequeño paje, lo inspeccionaba con cuidado y fruncía el entrecejo.

—¡Qué es esto, Dodo, perro perezoso! ¿No has lavado a mi potro esta mañana?

—Sí, amo —dijo Dodo con sumisión—, se ha cubierto de polvo él solo.

—¡Cállate la boca, pillo! —dijo Henrique levantando con violencia su fusta—. ¿Cómo te atreves a hablar?

El chico era un hermoso muchacho mulato de ojos brillantes, de la estatura de Henrique, y su cabello rizado bordeaba su frente alta y despejada. Llevaba sangre blanca en sus venas, como pudo verse por el rápido sonrojo de sus mejillas y por el centelleo de sus ojos cuando, vehemente, intentó hablar.

—Señor Henrique —empezó.

Henrique le cruzó la cara con su fusta y atrapándole por un brazo le obligó a arrodillarse y le pegó hasta perder el aliento.

—¡Toma, perro descarado! ¡Y a ver si aprendes a no replicar cuando yo te hablo! Llévate el caballo y límpialo como es debido. ¡Ya te pondré yo en tu lugar!

—Joven amo —dijo Tom—, supongo que lo que él iba a decir es que el caballo se ha revolcado cuando lo estaba trayendo del establo, ¡tiene tanto nervio! Así es como se ha ensuciado, pues yo he visto cómo lo había limpiado.

—Retén tu lengua hasta que te pregunten —dijo Henrique volviéndose y subiendo los escalones para hablar con Eva, que estaba en pie con vestido de amazona—. Querida prima, lamento que este estúpido chico te haga esperar —le dijo—. Vamos a sentarnos aquí, en este banco, hasta que vuelva. ¿Qué es lo que te pasa, prima? Pareces muy seria.

—¿Cómo puedes ser tan cruel y tan malo con el pobre Dodo? —preguntó Eva.

—¿Cruel, malo? —dijo el niño con una sorpresa no fingida—. ¿Qué quieres decir, querida Eva?

—No quiero que me llames querida Eva cuando haces cosas así —dijo Eva.

—Querida prima, no conoces a Dodo; esa es la única manera de obtener algo de él, pues siempre dice infinitas excusas y mentiras. La única manera es dominarle a la primera, sin dejarle que abra la boca. Así es como lo hace mi padre.

—Pero Tío Tom dijo que fue un accidente, y él nunca dice nada que no sea verdad.

—¡Pues entonces es un esclavo muy particular! —dijo Henrique—. Dodo mentirá tanto como pueda hablar.

—Lo asustarás y le obligarás a mentir si lo tratas así.

—¿Qué pasa, Eva, tanto te gusta Dodo? Voy a ponerme celoso.

—Tú le has pegado y él no lo merecía.

—¡Bueno! Vaya por otra vez que lo merezca y que no lo sufra. Unos cuantos fustazos nunca están de más con Dodo, tiene muchas energías, te lo puedo asegurar; pero no le pegaré más delante de ti, si eso te incomoda.

Eva no estaba satisfecha, pero encontró que era inútil intentar hacer comprender sus sentimientos a su primo.

Dodo apareció pronto con los caballos.

—Bien, Dodo, esta vez lo has hecho muy bien —dijo su joven amo con un aire más amable—. Anda, ahora sujeta el caballo de la señorita Eva mientras yo la ayudo a montar.

Dodo llegó y se puso al lado del caballito de Eva. Su cara estaba encendida y sus ojos mostraban que había estado llorando.

Henrique, que se preciaba de sus caballerescas maneras en cuestiones de galantería, tuvo pronto a su prima en la silla, y tomando las riendas se las puso en las manos.

Pero Eva se inclinó hacia el otro lado del caballo, donde Dodo permanecía en pie, y le dijo mientras él soltaba las riendas:

—Eres un buen chico, Dodo. ¡Gracias!

Dodo miró hacia arriba con sorpresa hacia el dulce y joven rostro; la sangre se agolpó en sus mejillas y unas lágrimas aparecieron en sus ojos.

—¡Ven aquí, Dodo! —dijo su amo imperiosamente.

Dodo obedeció y sujetó el caballo mientras su amo montaba.

—Toma una moneda para que te compres golosinas con ella, Dodo —dijo Henrique—; anda, ve a buscarla.

Y Henrique empezó un medio galope por el paseo tras Eva. Dodo se quedó mirándoles a los dos. Uno le había dado dinero y el otro le había dado lo que más deseaba, una palabra amable pronunciada con dulzura. Dodo se había separado de su madre hacía pocos meses. Su amo le había comprado en un mercado de esclavos por su hermoso rostro, para que hiciera buena pareja con el hermoso caballito, y estaba dejando ahora su iniciación a cargo de su joven amo.

La escena de la paliza anterior había sido vista por los dos hermanos St. Clare desde otra parte del jardín.

Las mejillas de Augustine se ruborizaron, pero solo comentó con su habitual despreocupación sarcástica:

—Me imagino que esto es lo que se podría llamar una educación republicana, ¿no, Alfred?

—Henrique es un chaval endemoniado cuando se le enciende la sangre —dijo Alfred sin inmutarse.

—Y me imagino que piensas que esto es una práctica instructiva para él —dijo Augustine con sequedad.

—Aunque no fuera así, no podría evitarlo. Henrique es una auténtica tempestad; su madre y yo nos hemos rendido hace ya mucho tiempo con respecto a él. De todas formas, este Dodo es un verdadero duende; ya puedes pegarle todo lo que quieras, ¡no le hace daño!

—Así que esta es la manera de enseñar a Henrique el primer versículo del catecismo republicano: «Todos los hombres nacen libres e iguales».

—¡Puaj! —dijo Alfred—. ¡Uno de los ejemplos de los disparates y sentimentalismos franceses de Tom Jefferson! Es completamente ridículo que eso circule entre nosotros en los tiempos actuales.

—Pienso que lo es —dijo St. Clare con intención.

—Porque —dijo Alfred— es evidente que no todos los hombres nacen libres ni tampoco iguales: nacen de manera muy distinta. Por mi parte, opino que la mitad de ese discurso republicano es un disparate. Son los educados, los inteligentes, los acomodados, los refinados, quienes deben tener derechos iguales y no la canalla…

—Puedes hacer que la canalla piense lo mismo… —le interrumpió Augustine—. Se tomaron la revancha una vez en Francia.

—Desde luego, hay que mantenerlos sometidos, completa y eficazmente, eso es lo que hay que hacer —dijo Alfred apretando fuertemente su pie contra el suelo como si estuviera aplastando a alguien.

—Supone un cambio muy grande cuando se sublevan —dijo Augustine —. En Santo Domingo, por ejemplo[1].

—¡Bah! —dijo Alfred—. Ya nos cuidaremos de ello en este país. Tenemos que encararnos con ese discurso educador y moral que se está levantando en nuestros días; la clase baja no tiene por qué ser educada.

—Eso es algo que pertenece al pasado —dijo Augustine—; terminarán siendo educados, si bien lo único que podremos decir es cómo. Nuestro sistema actual es educarlos en la barbarie y en la brutalidad. Estamos rompiendo todos los lazos humanizadores y convirtiéndolos en auténticas bestias embrutecidas; y si ellos consiguen tomar el poder, así los encontraremos.

—¡Ellos nunca tomarán el poder! —dijo Alfred.

—Por supuesto —dijo St. Clare—; prepara la caldera de vapor, cierra la válvula de escape y siéntate encima a ver dónde aterrizas.

—Bien —dijo Alfred—. Ya veremos. No me asusta estar sentado en la válvula de escape mientras las calderas sean fuertes y la maquinaria funcione bien.

—Los nobles del tiempo de Luis XV pensaban lo mismo, y Austria y Pío IX lo piensan ahora; y alguna agradable mañana podréis encontraros todos en el aire cuando estallen las calderas[2].

—*Dies declarabit*[3] —dijo Alfred riendo.

—Te lo aviso —dijo Augustine—, si hay algo que se revela con la fuerza de una ley divina en nuestros días, es que las masas se van a levantar y que las clases inferiores serán las superiores.

—¡Ese es uno de tus disparates revolucionarios y republicanos, Augustine! ¿Por qué no te has dedicado a la política? ¡Habrías sido un magnífico orador desde tu tribuna! Bueno, yo espero que me moriré antes de que empiece el milenio en el que tus masas mugrientas tomen el poder.

—Mugrientas o no, te gobernarán cuando llegue su día —dijo Augustine—, y serán unos dirigentes como vosotros les habéis hecho. La

nobleza francesa eligió tener un pueblo *sans culottes*[4], y tuvieron *sans culottes* para saciarse. La gente de Haití[5]…

—¡Oh, vamos, Augustine! No me digas que no hemos tenido bastante con ese despreciable y abominable Haití[6]. Los haitianos no eran anglosajones; si lo hubieran sido todo habría ido de otra manera. Los anglosajones son la raza dominante del mundo, y lo seguirán siendo.

—Bien, hay una buena dosis de sangre anglosajona que corre por las venas de nuestros esclavos en nuestros días —dijo Augustine—. Hay muchos de ellos que solo tienen de africanos una pequeña nota de calor y sentimiento tropical ante nuestra calculadora firmeza y previsión. Si alguna vez llega su hora como en Santo Domingo, la sangre anglosajona saldrá a relucir. Hijos de padres blancos, con todos nuestros sentimientos altivos hirviéndoles en las venas, no serán siempre comprados, vendidos y objeto de comercio. Se levantarán y alzarán con ellos la raza de sus madres.

—¡Qué absurdo, una tontería!

—Bien —dijo Augustine—. Allí va un antiguo dicho sobre la cuestión: «Tal y como era en los tiempos de Noé, así debe ser: comían, bebían, plantaban, construían y no sabían nada hasta que llegó el diluvio y los destruyó».

—De verdad, Augustine, pienso que tu talento podría hacer de ti un predicador —dijo Alfred riéndose—. No temas en absoluto por nosotros, el poder es nuestra especialidad. Esta raza sometida —dijo sellando con firmeza sus palabras— está debajo y se quedará debajo. Tenemos energía suficiente para controlar nuestra propia pólvora.

—Los hijos educados a la manera de tu Henrique serán magníficos guardianes de tus polvorines —dijo Augustine—, tan tranquilos y autocontrolados. El refrán dice que «el que no puede gobernarse a sí mismo no puede gobernar a los demás».

—Eso sí que es cierto —dijo Alfred pensativo—; no hay duda de que nuestro sistema hace difícil la educación de los chicos en su seno. Da demasiada rienda suelta a sus pasiones, que, con nuestro clima, ya son bastante cálidas. Tengo dificultades con Henrique. El chico es generoso y tiene buen corazón, pero es un ciclón cuando está enfadado. Pienso que voy a tener que mandarlo al Norte para perfeccionar su educación, pues allí la

obediencia está más a la moda y él tendrá más trato con sus iguales que con sus subordinados.

—Dado que la tarea principal de la raza humana es educar a los niños —dijo Augustine—, me inclino a pensar que ello es suficiente para demostrar que nuestro sistema no funciona muy bien por aquí.

—No funciona para ciertas cosas —dijo Alfred—, pero sí para otras. Hace a los chicos viriles y valientes; y los numerosos vicios de una raza abyecta tienden a fortalecerles en las virtudes contrarias. Me parece que Henrique, ahora mismo, tiene un sentido de la belleza y de la verdad mucho más afinado, viendo que mentir y engañar son la impronta de la esclavitud.

—Una visión cristiana sobre el tema, por supuesto —dijo Augustine.

—Es la verdad, cristiana o no; y es tan propia de cristianos como las demás cosas del mundo —dijo Alfred.

—Puede ser —dijo St. Clare.

—Bueno, no sirve de nada discutir, Augustine. Creo que le hemos dado vueltas y vueltas a este asunto unas quinientas veces. ¿Qué te parece si jugamos una partida de *backgammon*[7]?

Los dos hermanos subieron de una carrera las escaleras de la galería y pronto se encontraron sentados en ligeros sillones de bambú, con el juego del *backgammon* entre los dos. Mientras colocaban las fichas, Alfred le dijo:

—Te aseguro, Augustine, que si yo pensara como tú, haría algo.

—Sé que lo harías, pues tú eres de los que llevan las cosas a cabo; pero ¿qué?

—Mira, educar y mejorar el nivel de tus propios criados, por ejemplo —dijo Alfred con una sonrisa medio burlona.

—Más valdría que les lanzaras el monte Etna encima y les dijeras que se levantaran con él sobre sus espaldas, que decirme que libre a mis criados de todo el peso social que hay sobre ellos. Un solo hombre no puede hacer nada contra una comunidad. La educación, para que sirva de algo, debe ser estatal o tiene que haber bastante acuerdo para que forme una corriente.

—Tú empiezas —dijo Alfred, y pronto los dos hermanos se perdieron en su juego y no oyeron nada más hasta que el ruido de los caballos se pudo escuchar bajo la galería.

—Ya han llegado los chicos —dijo Augustine levantándose—. ¡Mira esto, Alf! ¿Has visto algo tan hermoso?

Y, de verdad, era una hermosa visión. Henrique, con su claro rostro, sus bucles negros y brillantes y las mejillas esplendorosas, reía alegremente mientras se inclinaba hacia su encantadora prima, según volvían. Ella iba vestida con un traje de amazona azul y con una capa del mismo color. El ejercicio había dado un color brillante a sus mejillas y había acentuado el efecto de su singularmente transparente cutis y de sus cabellos dorados.

—¡Cielo santo! ¡Qué belleza más arrebatadora! —dijo Alfred—. Te lo aviso, Auguste, que va a romper algunos corazones un día de estos.

—¡Sí que lo hará, demasiado de veras sabe Dios cómo lo temo! —dijo St. Clare con un tono de profunda amargura, mientras se apresuraba a detener su caballo—. Eva, querida, ¿no estás demasiado cansada? —preguntó mientras la estrechaba en sus brazos.

—No, papá —dijo la niña, pero su respiración entrecortada y difícil alarmó a su padre.

—¿Por qué vas tan deprisa, hija? Sabes que es malo para ti.

—Me sentía tan bien, papá, y me gustaba tanto que me olvidé.

St. Clare la llevó en sus brazos hasta el salón y la dejó en el sofá.

—Henrique, ten cuidado con Eva, no debes galopar con ella.

—La tomaré bajo mi protección —dijo Henrique sentándose junto al sofá y tomando la mano de Eva.

Eva se encontró pronto mucho mejor. Su padre y su tío continuaron su partida y los niños siguieron su conversación.

—Sabes, Eva, siento mucho que papá solo vaya a quedarse dos días aquí y que después ya no te pueda ver más en mucho tiempo. Si me quedara contigo, intentaría ser bueno y no ponerme duro con Dodo y todo lo demás. No tengo intención de tratar mal a Dodo, pero ya lo sabes, tengo un temperamento tan vivo… No soy tan malo a pesar de eso. De cuando en cuando le doy una moneda, y ya se ve que le visto bien. Pienso que, en conjunto. Dodo vive bastante bien.

—¿Crees que vivirías bien si no hubiera un solo ser en el mundo cerca de ti para quererte?

—¿Yo? Bien, desde luego que no.

—Tú has arrancado a Dodo de donde estaban todos sus amigos y ahora no tiene una criatura a la que querer; nadie puede ser bueno en esas condiciones.

—Bien, no puedo remediarlo, por lo que sé. No puedo traerle a su madre y yo no puedo quererle, ni nadie que yo conozca.

—¿Y por qué no puedes? —preguntó Eva.

—¡Querer a Dodo! ¡Cómo, Eva, no te burles de mí! Puede gustarme bastante, pero no se quiere a los criados.

—Yo desde luego sí.

—¡Qué extraño!

—¿No dice la Biblia que debemos amar a todo el mundo?

—¡Oh, la Biblia! Seguro que dice muchas cosas excelentes, pero luego nadie piensa en hacerlas; ya sabes, Eva, nadie las hace.

Eva no habló, pero se quedó fija y pensativa durante algunos momentos.

—Por lo que más quieras —dijo—, querido primo, quiere un poco a Dodo y sé amable con él; hazlo por mí.

—Amaría cualquier cosa por ti, prima, pues pienso que eres la criatura más adorable aue he conocido nunca —y lo declaró con una intensidad que se reflejó en su hermoso rostro.

Eva lo escuchó con una perfecta simplicidad, sin un solo gesto de sus facciones, y dijo únicamente:

—Me alegro de que sientas así, querido Henrique, espero que lo recuerdes.

La campana de la comida puso fin a su charla.

Capítulo XXIV
Las primeras sombras

Dos días después de esto, Alfred St. Clare y Augustine se separaron, y Eva, que había sido estimulada por la compañía de su joven primo a realizar proezas más allá de sus fuerzas, empezó a decaer rápidamente. St. Clare, por fin, quiso pedir su opinión a los médicos, algo de lo que él siempre había huido, pues era admitir una verdad que no quería aceptar.

Pero durante un día o dos Eva se puso tan mal que se quedó confinada en su casa y hubo que llamar al doctor.

Marie St. Clare no había notado el empeoramiento de la salud y el decaimiento de la niña porque estaba completamente absorta en el estudio de dos o tres nuevas clases de enfermedad de las cuales pensaba ser víctima. El primer principio en el que Marie creía era que nadie podía de ninguna manera sufrir tantísimo como ella, y, además, rechazaba con indignación la idea de que alguien de su entorno pudiera estar enfermo. Y si así fuera, siempre estaba convencida de que no se trataba más que de casos de pereza o de falta de energía y que si hubiera tenido los sufrimientos que ella tenía, comprendería pronto la diferencia.

La señorita Ophelia intentó despertar sus miedos maternales con respecto a Eva en repetidas ocasiones, pero sin éxito.

—No veo que la niña tenga nada malo —decía—, siempre está corriendo y jugando.

—Pero es que tose.

—¡Toses! Nada hay que decirme a mí sobre las toses. Yo siempre he tosido desde que nací. Cuando tenía la edad de Eva mis padres pensaron que tenía una enfermedad que me consumía. Noche tras noche, Mammy se sentaba a mi lado. ¡Oh!, la tos de Eva no es nada.

—Pero se está debilitando y pierde el aliento.

—Bueno, he tenido lo mismo durante años y años, es solo una enfermedad nerviosa.

—¡Pero es que suda tanto por las noches!

—Bien, a mí, me ha pasado lo mismo durante los últimos diez años. Muy a menudo, noche tras noche, mi ropa acaba casi empapada. No debe quedar ni un hilo seco en mis camisones y las sábanas están tan húmedas que Mammy tiene que tenderlas para que se sequen. ¡Eva no suda tanto!

La señorita Ophelia se calló durante una temporada. Pero ahora que Eva estaba bastante postrada de modo evidente y que se había hecho venir al doctor, Marie, de repente, tomó las cosas de otra manera.

«Ella ya lo sabía —se decía—, estoy destinada a ser la más desgraciada de las madres. Me encuentro con mi salud deshecha y con mi única y adorada hija yéndose a la tumba ante mis ojos». Y Marie le estropeaba las noches a Mammy y reñía y regañaba con más energía que nunca durante todo el día ante la amenaza de esta nueva desgracia.

—¡Mi querida Marie, no hables así! —le dijo St. Clare—. No debes rendirte ante la enfermedad, en absoluto.

—Tú no tienes los sentimientos de una madre, St. Clare. Tú nunca podrás comprender, no entiendes.

—¡Pero no hables como si fuera un caso perdido!

—Yo no puedo tomármelo con tanta indiferencia como tú, St. Clare. Si tú no sientes nada cuando tu única hija está en un estado alarmante, yo sí. Es un golpe demasiado fuerte para mí, con todo lo que he sufrido ya antes.

—Es verdad —dijo St. Clare— que Eva está muy delicada, eso siempre lo he sabido; como que ha crecido tan rápidamente que se ha quedado sin fuerzas y su situación es crítica. Pero ahora solo se encuentra postrada por el tiempo caluroso, por la excitación de la visita de su primo y por los esfuerzos que ha hecho. El médico dice que todavía hay esperanzas.

—Bien, desde luego, si puedes mirar el lado bueno de las cosas, no dejes de hacerlo; en este mundo es un don que la gente no tenga sensibilidad ni sentimientos. Desearía para mí no tener sentimientos tan profundos, eso me hace completamente desgraciada. Me gustaría poder tomármelo todo con tanta tranquilidad como todos vosotros.

Y «todos los demás» tuvieron una buena razón para rezar por la misma causa, ya que Marie presentaba su nueva desgracia como la razón y la apología de todos los castigos que impartía a los que la rodeaban. Cualquier palabra que se pronunciase, cualquier cosa que se hiciera o dejara de hacerse, era solo una prueba de que estaba rodeada por personas insensibles y de corazón duro que no tenían ninguna consideración con sus penas particulares. La pobre Eva había escuchado alguno de estos discursos y casi se había dejado los ojos llorando de pena y de tristeza por su madre al pensar que ella le daba tantas preocupaciones.

Al cabo de una o dos semanas, Eva mostró una sensible mejoría, uno de esos espejismos engañosos con los que la inexorable enfermedad burla al corazón ansioso, incluso al borde de la tumba. La niña volvió a pasear por los jardines, se asomó a los balcones, jugó y rio de nuevo, y su padre, en un arrebato, manifestó que pronto la tendrían tan alegre como todos los demás. La señorita Ophelia y el médico fueron los únicos que no se animaron ante esta ilusoria mejoría. Había también otro corazón que sintió la misma certeza, y se trataba del pequeño corazón de Eva.

¿Qué es lo que a veces habla en el alma con tanta calma y claridad para decir que queda poco tiempo en la tierra? ¿Es el secreto instinto de la naturaleza en declive o la vibración impulsiva del alma ante la inmortalidad a la que se dirige? Sea lo que sea, en el corazón de Eva se alojaba la serena, dulce y prof ética certeza de que el Cielo estaba cerca, sereno como la luz del atardecer, dulce como la brillante prolongación del otoño; allí descansaba su menudo corazón, solo turbado ante la tristeza de los que la querían tanto.

Porque la niña, a pesar de estar atendida con tanta ternura y aunque la vida se abriera ante ella con todo el esplendor que el amor y la riqueza pueden dar, no lamentaba su muerte.

En el libro donde ella y su viejo amigo habían leído tanto juntos, había visto y tomado para su joven corazón la imagen de alguien que quería a los niños, y mientras ella miraba y meditaba, Él había dejado e ser una imagen o un dibujo distante para convertirse en una realidad viva y presente. Su amor había dotado al corazón infantil de la niña de una ternura más que mortal y era hacia Él, decía ella, adonde se dirigía, a la morada divina.

Pero su corazón sufría con triste ternura por los que iba a dejar atrás. Sobre todo por su padre, pues Eva, aunque nunca lo había pensado de manera precisa, tenía la instintiva percepción de que ella contaba en sus afectos más que cualquier otra persona. Quería a su madre porque era una niña muy cariñosa y todo el egoísmo que había visto en ella solamente la entristecía y la sorprendía, pues llevaba en su interior la confianza de los niños de que su madre no puede equivocarse. Había algo en ella que Eva no había podido comprender, siempre suavizaba esto pensando que, a pesar de todo, era su mamá y la quería muchísimo, desde luego.

Se apenaba también por todos esos tiernos y fieles servidores de los que era la alegría y el sol. Los niños no suelen reflexionar, pero Eva era una niña de una madurez fuera de lo común y las cosas malas que había presenciado del sistema bajo el cual vivían habían ido cayendo, una por una, en las profundidades de su reflexivo y ponderado corazón. Ella sentía vagos deseos de hacer algo por ellos, salvarlos y ayudarles no solo a ellos, sino a todos los que estaban en su condición, deseos que contrastaban tristemente con la debilidad de su pequeño armazón.

—Tío Tom —dijo un día cuando estaba leyendo para su amigo—. Puedo entender por qué Jesús quería morir por nosotros.

—¿Por qué, señorita Eva?

—Porque yo siento también lo mismo.

—¿Qué es eso, señorita? No lo entiendo.

—No te lo puedo decir, pero cuando vi a esas pobres criaturas en el barco, ya sabes, cuando tú me contaste que algunas habían perdido a sus madres, otras a sus maridos y que algunas madres lloraban por sus hijos pequeños, y cuando me enteré de la historia de la pobre vieja Prue, ¡oh, eso fue horrible!, y en muchas otras ocasiones, he sentido que me gustaría morir si mi muerte pudiera acabar con toda esa miseria. ¡Moriría por ellos, Tom, si pudiera! —dijo la niña con vehemencia, poniendo su delgada manita en la de él.

Tom miró a la niña con un respeto sacro y cuando ella se escabulló al oír la voz de su padre, se secó los ojos varias veces mientras la miraba alejarse.

—Es inútil que intentemos mantener a la señorita Eva entre nosotros —le dijo a Mammy, con quien se encontró instantes después—, lleva en la frente la marca de Dios.

—¡Ay, así es! —dijo Mammy alzando las manos—. Siempre lo dije. Nunca ha sido como los demás niños, siempre ha habido algo profundo en sus ojos. ¡Se lo dije así a la señora muchas veces y se está haciendo realidad, todos lo vemos, querida y bendita corderita!

Eva tropezó en los escalones de la galería al dirigirse al encuentro de su padre. Era la caída de la tarde y los rayos del sol formaban un halo de gloria tras ella mientras entraba en la habitación con su vestido blanco, su cabello dorado, sus mejillas ardientes y sus ojos centelleando con el brillo no natural de la fiebre que hervía en sus venas.

St. Clare la había llamado para mostrarle la estatuilla que había comprado, pero su aspecto, cuando entró, le impresionó repentina y dolorosamente. Hay un tipo de belleza tan intensa, y también tan frágil, que no podemos soportar su visión. Su padre la estrechó en sus brazos al momento y casi se olvidó de lo que iba a decirle.

—Eva, querida, te sientes mejor estos últimos días, ¿no?

—Papá —dijo Eva con repentina firmeza—. Tengo cosas que te quiero decir, muchísimas cosas. Quiero decírtelas ahora, antes de que me sienta más débil.

St. Clare temblaba cuando Eva se sentó en sus rodillas. Le puso la cabeza contra el pecho y dijo:

—Es inútil, papá, que me mantengáis más tiempo engañada. Estoy a punto de dejaros. ¡Me iré y nunca más volveré! —y la niña se echó a llorar.

—¡Oh, qué dices, mi querida Eva! —dijo St. Clare temblando mientras hablaba, aunque poniendo un aire alegre—. Te has puesto nerviosa y estás decaída, no debes permitirte pensamientos tan tristes. Mira, te he comprado una estatuilla.

—¡No, papá! —dijo Eva poniéndola amablemente a un lado—. ¡No te engañes! No estoy mejor, lo sé perfectamente, y sé que me iré dentro de poco. No estoy nerviosa ni abatida. Si no fuera por ti, papá, y por mis amigos, me sentiría feliz por completo. ¡Quiero ir, estoy deseando ir!

—¿Por qué, hija mía? ¿Qué es lo que ha entristecido tu corazón de esta manera? Lo tienes todo para ser feliz, todo lo que se te pueda ofrecer.

—Preferiría estar en el cielo, aunque desearía vivir por el amor de mis amigos. Hay muchas cosas aquí que me entristecen, que me parecen espantosas; preferiría estar allí, pero no quiero dejarte, ¡eso casi me rompe el corazón!

—¿Y qué es lo que te entristece y te parece espantoso, Eva?

—¡Oh! Las cosas que se hacen continuamente y se repiten una y otra vez. Me siento triste por nuestra pobre gente, me quieren tanto y son todas tan buenos conmigo… Me gustaría, papá, que todos ellos fueran libres.

—¿Por qué, Eva? ¿No piensas que se les trata ya bastante bien?

—¡Oh, papá! Pero si algo te sucediera, ¿qué sería de ellos? Hay muy pocos hombres como tú, papá. El tío Alfred no es como tú, ni mamá tampoco lo es, y entonces, ¡piensa en los propietarios de la pobre viejecita Prue! ¡Qué cosas horrendas hace y puede hacer la gente! —y Eva tiritaba.

—Querida hija, eres demasiado sensible. Siento mucho haberte dejado escuchar historias semejantes.

—¡Oh, eso es lo que me inquieta, papá! Quieres que viva muy feliz y que nunca tenga ningún dolor, que nunca sufra por nada, ni siquiera puedo escuchar una historia, cuando otros seres no tienen más que sufrimientos y tristezas durante toda la vida; me parece muy egoísta. ¡Debo saber esas cosas y debo sentirlas! Cosas así siempre me llegan al corazón, llegan muy hondo. He pensado y pensado sobre ellas. Papá, ¿no hay algún medio para que todos los esclavos sean libres?

—Eso es un asunto muy difícil, queridísima hija mía. No hay duda de que este sistema es muy malo, mucha gente lo piensa, y yo también. Deseo de todo corazón que no haya esclavos en el país, pero no sé qué es lo que hay que hacer.

—Papá, tú eres un hombre tan bueno, tan noble y tan amable que tienes una manera agradable de decir las cosas, ¿no puedes ir por ahí e intentar convencer a la gente de que hagan bien las cosas? Cuando yo me muera, papá, entonces te acordarás de mí y lo harás por el amor que me tienes. Yo lo haría si pudiera.

—¿Cuando te mueras, Eva? —dijo St. Clare apasionadamente—. ¡Hija mía, no me digas eso! Eres todo lo que tengo en el mundo.

—El niño de la pobre viejita Prue era lo único que le quedaba y, a pesar de eso, tuvo que oírlo llorar sin poder remediarlo. Papá, esas pobres criaturas quieren a sus hijos tanto como tú me quieres a mí. ¡Oh, haz algo por ellos! La pobre Mammy quiere a sus hijos, la he visto llorar cuando hablaba con ellos. ¡Y Tom quiere a sus hijos, y es espantoso, papá, que ocurran cosas así continuamente!

—De acuerdo, de acuerdo, hija —dijo St. Clare apaciguándola—; solo te pido que no te sofoques, que no hables de morirte… y haré lo que tú quieras.

—Y prométeme, padre querido, que Tom tendrá su libertad en cuanto yo… —y añadió en un tono vacilante— ¡me haya ido para siempre!

—Sí, querida, haré cualquier cosa en el mundo, cualquier cosa que tú me pidas.

—Querido papá —dijo la niña poniendo su mejilla ardiente contra la de su padre—. ¡Cómo desearía que pudiéramos ir juntos!

—¿Adónde, hijita?

—A la morada de nuestro Salvador, ¡es tan dulce y apacible, es todo tan bello allí! —la niña habló, inconscientemente, como de un lugar donde ella hubiera estado a menudo—. ¿Tú no quieres ir, papá? —le preguntó.

St. Clare se le acercó, pero permaneció silencioso.

—Vendrás conmigo —dijo la niña hablando con una voz de serena certeza que empleaba a menudo sin darse cuenta.

—Iré tras tus pasos. No te olvidaré.

Las sombras de la solemne tarde se cernían cada vez más profundas sobre ellos, mientras St. Clare se sentaba, silencioso, con la frágil y pequeña figura sobre su pecho. Ya no veía su profunda mirada, pero la voz le llegó como la voz de un espíritu, y como en una especie de visión del juicio su vida entera desfiló en un momento ante sus ojos: su madre, sus plegarias e himnos, sus propias primeras inquietudes y deseos de bondad y, entre esto y el momento presente, años de mundanidad y escepticismo y de lo que los hombres llaman vida respetable. Podemos pensar mucho, muchísimo, en un instante. St. Clare vio y sintió muchas cosas, pero no dijo nada; y según fue

oscureciendo, se llevó a la niña a su dormitorio, y cuando ya estaba preparada para el descanso, mandó fuera a sus criados y la meció en sus brazos y le cantó canciones hasta que se durmió.

Capítulo XXV
La pequeña evangelista

Era un domingo por la tarde. St. Clare estaba sobre una tumbona de bambú, en la galería, solazándose con un cigarro. Marie yacía reclinada en un sofá al otro lado de la ventana que se abría sobre la galería, protegida muy de cerca de las picaduras de los mosquitos por un velo de gasa transparente, y tenía lánguidamente en su mano un libro de oraciones con un cierre muy elegante. Lo llevaba porque era domingo y podía parecer que había estado leyéndolo, aunque, en verdad, solamente había estado echándose una serie de siestas cortas con el libro abierto en sus manos.

La señorita Ophelia, quien después de algunas indagaciones había descubierto una pequeña congregación metodista a una distancia que se podía recorrer en coche de caballos, había salido con Tom como conductor para ir allá, y Eva les había acompañado.

—Te lo digo, Augustine —dijo Marie después de dormitar un rato—. Tengo que enviar a alguien a la ciudad para que busquen a mi viejo doctor Posey; estoy segura de que tengo una enfermedad del corazón.

—Bueno, ¿para qué necesitas hacerle venir? El doctor que se ocupa de Eva parece muy capaz.

—Yo no confiaría en él para un caso crítico —dijo Marie—, y me parece que el mío lo es. He estado pensando en esto durante las últimas dos o tres noches: ¡he tenido dolores tan inquietantes y sentimientos tan extraños!

—¡Oh, Marie, estás melancólica! No creo que sea una dolencia cardíaca.

—Me atrevo a decir que tú no estás preocupado —dijo Marie—, estaba preparada para esto. Puedes alarmarte bastante si Eva tose o si ella tiene la

menor cosa, pero nunca piensas en mí.

—Si es particularmente agradable para ti el tener una dolencia en el corazón, bueno, pues diré que la tienes —dijo St. Clare—; no sabía que fuera cierto.

—Bueno, ¡lo único que espero es que no tengas que lamentar esto cuando ya sea demasiado tarde! —dijo Marie—. Pero lo creas o no, mis inquietudes por Eva y los esfuerzos que he hecho con la niñita han confirmado lo que sospechaba hace ya tiempo.

Los esfuerzos a los que Marie se refería habrían sido difíciles de enumerar. St. Clare hizo pacíficamente este comentario para sí y siguió fumando como el hombre con el maldito corazón de piedra que era, hasta que el coche de caballos llegó hasta la galería y Eva y la señorita Ophelia bajaron de él.

La señorita Ophelia se marchó derecha a su habitación para quitarse el sombrero y el chal, tal y como acostumbraba antes de pronunciar una palabra sobre cualquier particular, mientras que Eva, respondiendo a la llamada de St. Clare, vino a sentarse en sus rodillas y describió los servicios a los que habían asistido.

Pronto pudieron escuchar exclamaciones desde la habitación de la señorita Ophelia, que al igual que la sala donde se encontraban se abría sobre la galería, y violentos reproches dirigidos a alguien.

—¿Qué nueva brujería habrá preparado Topsy? —se preguntó St. Clare —. Esta conmoción va firmada por ella o que me aspen.

Y un momento después la señorita Ophelia, en la cúspide de su indignación, apareció arrastrando a la culpable.

—¡Sal fuera, vamos! —decía—. ¡Se lo diré a tu amo!

—¿Qué es lo que pasa ahora? —preguntó Augustine.

—El caso es que ya no puedo soportar más a esta niña, ¡ni un poco más! ¡Sobrepasa todo límite, no la puedo soportar! Mira, la encerré y le di un himno para que lo aprendiese; ¿y qué es lo que ha hecho? ¡Pues espiar para saber dónde ponía la llave, ir después a mi escritorio y coger una tela para sombreros y cortarla en pedacitos para hacerles chaquetas a las muñecas! Nunca he visto algo parecido en toda mi vida.

—Ya le avisé, prima —dijo Marie—, de que usted acabaría convenciéndose de que estas criaturas no pueden ser criadas sin severidad. Si yo pudiera actuar a mi manera, entonces —dijo lanzando una mirada cargada de reproches a St. Clare— mandaría azotar a conciencia a esa niña hasta que no lo pudiera aguantar.

—No me cabe la menor duda —dijo St. Clare—. ¡Háblenme del amoroso gobierno de la mujer! ¡He conocido al menos a una docena de mujeres que hubieran querido dejar medio muerto a un caballo o a un criado, da igual, si hubieran podido hacer lo que querían! Pero es mejor que lo haga el hombre.

—¡Es inútil que sigas con tus monsergas, St. Clare! —dijo Marie—. La prima es una mujer con buen sentido y lo ve todo claro, tan claro como yo.

La señorita Ophelia tenía solo la capacidad de indignación que corresponde a un ama de casa concienzuda y ordenada, y había quedado muy afectada por la artimaña y el destrozo de la niña; de hecho, muchas de las damas que me lean deberían admitir que en circunstancias similares habrían sentido lo mismo, pero las palabras de Marie la sacaron de quicio y se sintió menos ofendida.

—No querría que trataran así a la niña por nada del mundo —dijo—, pero, Augustine, no sé qué hacer con ella. La he enseñado y enseñado, la he hablado hasta cansarme, la he azotado, la he castigado de todas las maneras imaginables y sigue siendo la misma que era al principio.

—¡Ven aquí, Topsy, monita! —dijo St. Clare llamando a la niña para que se acercara a él.

Topsy se acercó, moviendo sus ojos redondos y brillantes, guiñándolos con una mezcla de aprensión y su acostumbrada y rara mirada de duende.

—¿Qué es lo que hace que te comportes así? —le preguntó St. Clare, quien no podía remediar divertirse con la expresión de la niña.

—Supongo que mi malvado corazón —dijo Topsy recatadamente—. Eso es lo que dice la señorita Feely.

—¿No ves lo que ha hecho por ti la señorita Ophelia? Dice que ha hecho todo lo imaginable.

—¡Dios mío, sí, señor! Mi antigua ama solía decir lo mismo. Me azotaba muchísimo más fuerte y me tiraba del pelo y me golpeaba la cabeza

contra la puerta, pero eso no me mejoró nada. Me imagino que si me arrancaran los cabellos de la cabeza uno a uno, tampoco serviría para nada, ¡soy tan mala! ¡Bueno, no soy más que una esclava negra, y no hay nada más que hacer!

—Pues tendré que darme por vencida con ella —dijo la señorita Ophelia —, no quiero tener más tiempo esta preocupación.

—Bien, solo me gustaría hacerte una pregunta —dijo St. Clare.

—¿Qué es…?

—Visto que nuestro Evangelio no es lo bastante fuerte para salvar a una niña pagana que tienes aquí en casa, me pregunto cuál es la utilidad de mandar a uno o dos pobres misioneros para que prediquen a miles de personas iguales que ella. Me imagino que la niña es un buen ejemplo de lo que son los paganos.

La señorita Ophelia no contestó inmediatamente, y Eva, que había sido una silenciosa espectadora de toda la escena, hizo una muda seña a Topsy para que la siguiera. Había una pequeña habitación acristalada en el extremo de la galería que St. Clare usaba como una especie de sala de lectura, y Eva y Topsy desaparecieron en aquel lugar.

—¿Qué es lo que estará haciendo ahora Eva? —dijo St. Clare—. No me lo quiero perder.

Y andando de puntillas levantó una cortina que cubría la puerta de cristal de la habitación y miró. Al momento, poniéndose un dedo sobre los labios, hizo un gesto silencioso a su prima para que viniera a ver. Las dos niñas estaban sentadas en el suelo, con sus perfiles hacia ellos. Topsy con su acostumbrado aire diablesco y despreocupado: frente a ella. Eva con su rostro lleno de sentimiento y con lágrimas en sus grandes ojos.

—¿Qué es lo que te hace ser tan mala. Topsy? ¿Por qué no intentas ser buena? ¿No quieres a nadie, Topsy?

—Yo no sé nada de querer, quiero caramelos y cosas así: y eso es todo —dijo Topsy.

—Pero tú quieres a tu padre y tu madre, ¿no?

—Nunca he tenido padres, ya lo sabe. Se lo he dicho ya, señorita Eva.

—Sí, lo sé —dijo Eva con tristeza—: pero tendrás algún hermano o hermana, o una tía, o…

—No, ninguno, no tengo a nadie. Nunca tuve nada ni a nadie.

—Pero, Topsy, si solo intentaras ser buena podrías…

—Nunca podré ser nada más que una esclava negra, aunque fuera muy buena —dijo Topsy—. Si pudiera cambiar de piel y volverme blanca, entonces lo intentaría.

—Pero la gente puede quererte aunque seas negra. Topsy. La señorita Ophelia te querría si fueras buena.

Topsy lanzó una breve y repentina risa que era su manera habitual de expresar incredulidad.

—¿No lo crees así? —dijo Eva.

—No, ella no me puede soportar porque soy negra. ¡Preferiría tocar a un sapo que tocarme a mí! Que no pueda querer a los negros o que los negros no puedan hacer nada me da igual —dijo Topsy empezando a silbar.

—¡Oh, Topsy, pobrecita! Yo te quiero —dijo Eva con un repentino estallido de sentimientos y poniendo su fina y pequeña mano sobre el hombro de Topsy—. Te quiero porque no tienes padre ni madre ni amigos, porque ñas sido una pobre niña maltratada. Yo te quiero y deseo que tú seas buena. Estoy muy enferma, Topsy, y pienso que ya no voy a vivir mucho tiempo y, de verdad, me apena que hagas tantas maldades. Me gustaría que intentaras ser buena, que lo hicieras por mí, solo por el poco tiempo que estaré contigo.

Los ojos redondos y astutos de la niña negra estaban anegados de lágrimas; grandes y brillantes gotas rodaron pesadamente y cayeron una a una sobre la manita blanca. ¡Sí, en aquel momento un rayo de confianza había penetrado en la oscuridad de su alma de pagana! Se puso la cabeza entre las rodillas y lloró y sollozó, mientras que la hermosa niña, volcada

sobre ella, parecía la estampa del ángel celeste luchando para salvar a un pecador.

—¡Pobre Topsy! —dijo Eva—. ¿No sabes que Jesús nos quiere a todos igual? Él está tan dispuesto a quererte a ti como a mí. Te quiere igual que yo, solo que más, porque es mejor. Él te ayudará a ser buena y, al fin, podrás ir al cielo y ser un ángel para siempre, exactamente igual que si fueras blanca. ¡Piensa en eso, Topsy, de verdad! ¡Tú puedes ser uno de esos espíritus dichosos de los que habla el Tío Tom en sus canciones!

—¡Oh, querida señorita Eva, mi querida señorita Eva! —dijo la niña—. Lo intentaré, lo intentaré; nunca antes me había importado nada de esto.

St. Clare, en este preciso momento, dejó caer la cortina.

—Me recuerda a mi madre —le dijo a la señorita Ophelia—; es verdad lo que me dijo: si queremos dar vista a los ciegos debemos desearlo tanto como lo hizo Cristo, hacerlos venir e imponerles las manos.

—Siempre tuve prejuicios contra los negros —dijo la señorita Ophelia — y es un hecho que nunca he podido soportar que la niña me tocara, pero no pensaba que ella se hubiera dado cuenta.

—Confía en los niños para sentir estas cosas —dijo St. Clare—, no se les puede esconder nada. Pero pienso que todos los esfuerzos del mundo para hacer mejor a un niño y todos los importantes favores que se les pueda hacer no despertarán nunca una emoción de gratitud mientras un sentimiento de repugnancia permanezca en el corazón… es un hecho muy extraño, pero es así.

—No sé cómo evitarlo —dijo la señorita Ophelia—, me son desagradables, y esta niña en particular. ¿Cómo puedo dejar de sentirlo?

—Eva lo consigue, al parecer.

—Bueno, ella es tan cariñosa… Después de todo, la verdad es que se asemeja mucho a Cristo —dijo la señorita Ophelia—. Me gustaría ser como ella. Me tendrá que dar una lección.

—No sería la primera vez que un niño ha educado a un viejo discípulo, si fuera el caso —dijo St. Clare.

Capítulo XXVI
La muerte

> No lloréis por aquellos que el velo de la tumba ocultó de nuestra vista en la primavera de sus días.[1]

El dormitorio de Eva era una habitación espaciosa que, al igual que todos los demás cuartos de la casa, se abría a la galería. La habitación comunicaba, por un lado, con la que ocupaba la señorita Ophelia. St. Clare se había regalado la vista y el gusto amueblando la habitación con un estilo que tenía una particular consonancia con el carácter de la niña a la que iba destinado. Las ventanas tenían cortinas de muselina de color rosa y blanco, y el suelo estaba cubierto con una alfombra encargada a París, según un modelo que él mismo había diseñado, con el borde de capullos de rosa y hojas y en el centro un ramo de flores abiertas. La cama, las sillas y los sofás eran de bambú, trabajado en formas particularmente graciosas e imaginativas.

En la cabecera de la cama había una repisa de alabastro sobre la que reposaba la hermosa escultura de un ángel con las alas recogidas que sostenía una corona de hojas de mirto. De la corona partían, sobre la cama, unas ligeras cortinas de gasa de color rosa, rayadas de plata, que aseguraban esa protección contra los mosquitos que es el complemento indispensable de cualquier acomodo para dormir en aquel clima. Los graciosos sofás de bambú estaban provistos con gran profusión de almohadones de damasco de color rosa, y sobre ellos, colgando de las manos de otras figuras esculpidas, cortinas de gasa similares a las de la cama. Una grácil y original mesa de bambú se hallaba en el centro de la habitación, y encima había un florero exótico realizado en forma de azucena cuyos bordes estaban siempre

cubiertos de flores. En esta mesa se encontraban los libros y las pequeñas chucherías de Eva, con un elegante escritorio de alabastro que su padre le puso cuando vio que la niña quería mejorar su caligrafía. Había una chimenea en la habitación y sobre la repisa de la misma se encontraba una magnífica estatuilla de Jesús recibiendo a los niños y a cada lado unos jarrones de mármol para los cuales Tom tenía el honor y el placer de traer ramos cada mañana. Dos o tres exquisitos cuadros de niños, en diferentes poses, embellecían las paredes. En resumen, la vista no podía dirigirse a ninguna parte sin encontrar imágenes de infancia, de belleza y de paz. Los ojos de Eva nunca se abrían a la luz de la mañana sin caer en algo que sugiriera la suavidad y la belleza a la mente y al corazón.

La engañosa fuerza que había animado a Eva por un momento fue extinguiéndose muy deprisa, su paso ligero en la galería se oía cada vez en menos y menos ocasiones, y cada vez más y más a menudo se la podía encontrar reclinada en un pequeño diván al lado de la ventana abierta, con sus grandes y profundos ojos fijos en los movimientos de las aguas del lago.

Era más o menos media tarde cuando, reclinada de esta manera, con su Biblia entreabierta y sus transparentes deditos entre las páginas, oyó de repente la voz de su madre, en tono áspero, desde la galería:

—Y ahora, idiota, ¿qué es esta nueva maldad? ¿Has estado cortando flores, eh? —y Eva escuchó el ruido de una sonora bofetada.

—¡Mire, señora! Son para la señorita Eva —oyó que decía una voz, que supo era la de Topsy.

—¡Para la señorita Eva! ¡Valiente excusa! ¿Te imaginas, quizá, que ella quiere tus flores, negraza inútil? ¡Anda, lárgate de aquí!

En un instante, Eva se levanto de su sofá y salió a la galería.

—¡Oh, no, madre! Me gustarán esas flores, dámelas, yo las quiero.

—Pero, Eva… si tu habitación ya está llena…

—No tendré nunca demasiadas —dijo Eva—. Topsy, tráemelas aquí.

Topsy, que había permanecido en pie con aire hosco y cabizbaja, se acercó y le entregó las flores. Lo hizo con cierta vacilación y timidez, en contraste con la suficiencia y osadía que eran habituales en ella.

—¡Es un ramo muy bonito! —dijo Eva mirándolo.

Era, desde luego, bastante singular, compuesto por un geranio de un vivo color escarlata y una única flor blanca de rosal japonés con sus brillantes hojas. Estaba hecho con una visión evidente del contraste de los colores y la disposición de cada hoja había sido cuidadosamente estudiada.

Topsy se mostró halagada cuando Eva añadió:

—Topsy, sabes colocar muy bien las flores. Mira, en aquel jarrón no tengo flores. Me gustaría que me prepararas algo cada día para poner allí.

—¡Qué cosa más rara! —dijo Marie—. ¿Y para qué quieres eso, si puede saberse?

—No importa, mamá, ¿a que tú no te opondrás a que Topsy lo haga?

—Desde luego, permitiré cualquier cosa que te dé gusto, hija. Topsy, ya has oído a tu amita, a ver cómo te portas.

Topsy hizo una pequeña reverencia y miró al suelo mientras se daba la vuelta. Eva vio que una lágrima rodaba por su mejilla.

—Ya ves, mamá, yo sabía que la pobre Topsy quería hacer algo por mí —dijo Eva a su madre.

—¡Oh, qué absurdo! Lo que pasa es que le gusta hacer travesuras. Sabe que no debe cortar flores y a pesar de ello lo hace, y eso es todo lo que hay. Pero si a ti te divierte que las coja, que así sea.

—Mamá, pienso que Topsy es distinta de como era antes, está intentando ser una buena chica.

—Pues tendrá que intentarlo un buen rato antes de que pueda conseguirlo —dijo Marie con una risa despreocupada.

—Mira, mamá, ya sabes que para la pobre Topsy todo ha estado siempre en contra.

—No desde que llegó aquí, de eso estoy segura. Se le ha hablado y predicado y se han hecho con ella todas las cosas humanamente posibles y es igual de traviesa. ¡Y siempre lo será, porque no se puede obtener nada de una criatura así!

—Pero, mamá, ¡es tan distinto criarse como yo lo he sido, con tantísimos amigos, con tantas cosas para hacerme buena y feliz…, o ser criada como ella, toda su vida, hasta que vino aquí!

—Seguramente —dijo Marie bostezando—. ¡Hija, qué calor hace aquí!

—Mamá, ¿crees que Topsy puede convertirse en un ángel, al igual que todos nosotros, si fuera cristiana, no?

—¿Topsy? ¡Qué idea más ridícula! Nadie más que tú podría pensar algo semejante. A pesar de eso, me imagino que sí.

—Pero, mamá, ¿no es Dios su padre tanto como el nuestro? ¿No ha sido Jesús su salvador?

—Bueno, eso es posible. Supongo que Dios nos hizo a todos —dijo Marie—. ¿Dónde está mi frasco de sales?

—¡Es una verdadera lástima! ¡Oh, una verdadera lástima! —dijo Eva mirando hacia el lejano lago y hablando a medias para sí misma.

—¿Qué es una lástima? —preguntó Marie.

—Pues que cualquiera que pueda ser un ángel bendito y vivir con los ángeles tenga que caer hacia abajo, abajo, abajo, y que no se pueda evitar. ¡Oh, vaya que sí!

—Mira, hija, no podemos evitarlo, no sirve de nada preocuparse, Eva. Yo no sé qué es lo que hay que hacer, tenemos que estar agradecidos por nuestros privilegios.

—Me cuesta mucho estarlo —dijo Eva—. Me apena pensar en la pobre gente que no tiene nada.

—Eso es muy extraño —dijo Marie—. Yo estoy segura de que la religión me hace estar muy agradecida por mis privilegios.

—Mamá —dijo Eva—, quiero que me cortes algo de pelo, bastante pelo.

—¿Para qué? —preguntó Marie.

—Me gustaría regalárselo a todos mis amigos ahora que puedo dárselo yo misma. ¿No quieres llamar a la tita para que venga y me lo corte?

Marie levantó la voz y llamó a la señorita Ophelia para que viniera de la habitación contigua.

La niña se incorporó sobre los cojines cuando entró la tía y, sacudiendo sus largos bucles de color pardo dorado, le dijo bastante juguetona:

—¡Vamos, tita, esquila a la oveja!

—¿Qué es esto? —preguntó St. Clare que entraba en aquel momento con algunas frutas que había traído para Eva.

—Papá, solo quiero que la tita me corte un poco de pelo, tengo demasiado y me da calor en la cabeza. Y además, quiero regalar unos mechones.

La señorita Ophelia llegó con las tijeras.

—Ten cuidado, no estropees el aspecto que tiene —dijo su padre—; corta por debajo, por donde no se vea. Los bucles de Eva son mi orgullo.

—¡Oh, papá! —dijo Eva con tristeza.

—Sí, y quiero que se mantengan bonitos hasta que te lleve de visita a la plantación de tu tío para ver al primo Henrique —dijo St. Clare en tono alegre.

—Nunca iré allí, papá. Me voy a un lugar mejor. ¡Oh, créeme! ¿No ves, papá, que cada día estoy más débil?

—¿Por qué insistes en que me crea una cosa tan cruel, Eva? —dijo su padre.

—Solo porque es la verdad, papá; y, puedes creerlo o no, quizá llegues a pensar sobre esto como yo.

St. Clare apretó los labios y permaneció mirando, entristecido, los largos y hermosos rizos que según eran cortados de la cabeza de la niña eran colocados uno a uno en su regazo. Ella los cogía, los contemplaba intensamente, los enrollaba alrededor de sus delgados dedos y miraba de tanto en tanto a su padre con ansiedad.

—¡Esto es exactamente lo que me estaba temiendo! —dijo Marie—. Esto es lo que me ha estado minando la salud día a día, llevándome a la tumba, aunque a nadie le importe. He visto esto hace tiempo. St. Clare, ya verás dentro de poco cómo yo tenía razón.

—Lo cual te será de un gran consuelo, sin duda —dijo St. Clare con un tono seco y amargo.

Marie se echó en un diván y se cubrió la cara con su pañuelo de batista.

Los azules ojos de Eva miraban a uno y otra. Era la mirada serena y comprensiva de un alma que ya ha perdido a medias sus lazos terrenales; era evidente que veía, sentía y apreciaba la diferencia entre los dos.

Llamó a su padre con un gesto de la mano. Él se acercó y se sentó a su lado.

—Papá, las fuerzas se me van por días y sé que me tendré que ir. Hay algunas cosas que quiero decir y hacer, que yo debo hacer, y tú no quieres que yo diga nada sobre ese asunto. Pero tienen que hacerse, no se pueden evitar. Si tú quieres, te las diré ahora.

—Hija mía, sí quiero que hables —dijo St. Clare cubriéndose los ojos con una mano y tomando la manita de Eva con la otra.

—Entonces, quiero ver a toda nuestra gente reunida. Tengo algunas cosas que debo decirles —dijo Eva.

—Bien —dijo St. Clare en un tono de seco sufrimiento.

La señorita Ophelia envió a un mensajero y pronto la servidumbre en pleno se presentó en la habitación.

Eva yacía sobre sus almohadas; sus cabellos sueltos nimbaban su cara, sus mejillas enrojecidas contrastaban dolorosamente con la intensa blancura de su cuerpo, con el fino contorno de sus miembros y de sus rasgos, y sus grandes y espectrales ojos impresionaron mucho a todos los presentes.

Los sirvientes estaban sobrecogidos por una intensa emoción. El rostro angelical, los largos mechones de cabello cortado dispuestos ante ella, la expresión tan consciente de su padre y los sollozos de Marie avivaron inmediatamente los sentimientos de una raza sensible e impresionable, y según iban entrando se miraban unos a otros y movían la cabeza. Había un silencio profundo, como de funeral.

Eva se incorporó y miró a todos y cada uno larga e intensamente. Todos parecían tristes y preocupados. Muchas mujeres tapaban sus caras con sus delantales.

—Os he mandado llamar, queridos amigos —dijo Eva—, porque os quiero. Os quiero a todos y tengo algo que deciros que me gustaría que recordarais siempre… Yo voy a dejaros… dentro de algunas semanas ya no me veréis más.

La niña fue interrumpida entonces por los gemidos incontenibles, los sollozos y lamentos que brotaron de los presentes y que cubrieron por completo su tenue voz. Esperó un momento y, entonces, hablando en un tono que ponía a prueba los sollozos de todos, dijo:

—Si de verdad me queréis, no debéis interrumpirme. Escuchad lo que os voy a decir. Quiero hablaros de vuestras almas… Muchos de vosotros,

siento decirlo, sois muy despreocupados. No hacéis más que pensar en las cosas de este mundo. Me gustaría que os acordarais de que existe un mundo de hermosura donde está Jesús. Yo me voy allí y vosotros también podréis venir. Es para vosotros tanto como para mí. Pero si queréis llegar hasta allá no tenéis que vivir en la ociosidad, la despreocupación y la desconsideración. Tenéis que ser cristianos, Jesús os ayudará a serlo. Tenéis que pedírselo en vuestras oraciones, tenéis que rezarle, debéis leer…

La niña se detuvo, los miró compasivamente y añadió con mucha lástima:

—Pero ¡ay! ¡No sabéis leer, pobrecillos! —y escondió su cara en la almohada y sollozó, al tiempo que algunos suspiros ahogados de aquellos a los que se estaba dirigiendo llegaban hasta ella—. No importa —dijo levantando su rostro y sonriendo, animosa, a través de las lágrimas—. He rezado por vosotros y sé que Jesús os ayudará aunque no sepáis leer. Intentad hacerlo todo lo mejor que podáis, rezad cada día, pedidle que os ayude y haced que os lean la Biblia cada vez que podáis, y estoy segura de que os veré en el Reino de los Cielos a todos.

—Amén —fue la respuesta murmurada por los labios de Tom y Mammy y algunos de los de más edad que pertenecían a la Iglesia metodista. Los más jóvenes y menos considerados, que en aquel momento estaban ya completamente desbordados, estaban sollozando con la cabeza inclinada profundamente.

—Ya sé —dijo Eva— que todos me queréis.

—¡Sí! ¡Oh, sí! ¡Desde luego que la queremos! ¡Que Dios la bendiga! —fue la espontánea respuesta de todos.

—Sí, ya sé que me queréis. No hay uno entre vosotros que no haya sido siempre amable conmigo, y quiero daros a cada uno algo que, cuando lo miréis, os haga pensar en mí, un rizo de mi pelo que os recuerde cómo os he querido y que me he ido al cielo y que quiero veros a todos allí.

Es imposible describir la escena cuando, con lágrimas y sollozos, todos rodearon a la pequeña criatura y tomaron de sus manos lo que les parecía ser la última muestra de su afecto. Cayeron de rodillas, sollozaron, rezaron, besaron el borde de su vestido y los de más edad pronunciaron muchas

palabras de ánimo, mezcladas con plegarias y bendiciones, al estilo de su sensible raza.

Cuando cada uno hubo tomado su regalo, la señorita Ophelia, que estaba inquieta por el efecto que podía ejercer toda esta excitación en su pequeña paciente, les indicó que salieran del cuarto.

Al final se fueron todos, menos Tom y Mammy.

—Toma, Tío Tom —dijo Eva—, uno muy bonito para ti. ¡Oh, Tío Tom, estoy tan contenta cuando pienso que te veré en el cielo, porque estoy segura de que será así! ¡Y Mammy, mi querida, buena y amable Mammy! —dijo tiernamente echándole los brazos al cuello a su vieja nodriza—. Sé que tú también estarás allí.

—¡Oh, señorita Eva! ¡No sé cómo voy a poder vivir sin usted, no será posible! —dijo la fiel criatura—. ¡Me parece que es llevarse todo de aquí si usted se va! —y Mammy se dejó caer abrumada por su apasionado dolor.

La señorita Ophelia les empujó amablemente hacia la puerta y pensó que todos se habían marchado, pero cuando se dio la vuelta vio que Topsy estaba allí en pie.

—¿De dónde has salido tú? —dijo bruscamente.

—Estaba aquí —dijo Topsy secándose las lágrimas de los ojos—. Señorita Eva, ya sé que he sido una niña mala, pero ¿no me va a dar uno también a mí?

—¡Sí, pobre Topsy! Desde luego que lo haré. Toma, y cada vez que lo mires piensa que yo te quiero y que deseo que te portes bien.

—¡Oh, señorita Eva, lo estoy intentando! —dijo Topsy con vehemencia —. ¡Pero es tan difícil ser bueno! Me parece que nunca conseguiré acostumbrarme, de ninguna manera.

—Jesús lo sabe, Topsy; Él lo siente por ti, Él te ayudará.

Topsy, con los ojos escondidos tras su delantal, fue conducida en silencio fuera de la habitación por la señorita Ophelia, pero al salir escondió el preciado rizo en su pecho.

Una vez que todos estuvieron fuera, la señorita Ophelia cerró la puerta. Esta buena dama había enjugado muchas de sus propias lágrimas durante la escena, pero la inquietud por las consecuencias de una emoción tan grande para su joven pupila dominaba en su pensamiento.

St. Clare había estado sentado todo este rato con sus manos ocultando su rostro. Cuando todos se hubieron marchado, permaneció en la misma posición.

—¡Papá! —dijo Eva poniendo su mano sobre la de él.

Él se sobresaltó y sintió un escalofrío, pero no contestó.

—¡Querido papá! —dijo Eva.

—No puedo —dijo St. Clare levantándose—, ¡no puedo aceptarlo! ¡El Todopoderoso me trata muy duramente! —y pronunció estas palabras con un amargo énfasis.

—¡Augustine! ¿Acaso Dios no tiene derecho a disponer de lo suyo como quiera? —dijo la señorita Ophelia.

—Quizá sí, pero eso no ayuda nada a hacerlo más fácil de soportar —dijo él de modo seco, duro y sin lágrimas.

—¡Papá, me rompes el corazón! —dijo Eva levantándose y abalanzándose en sus brazos—. ¡No debes decir estas cosas! —y la niña lloraba y sollozaba con una violencia que les alarmó, lo cual hizo que los pensamientos, de golpe, fueran en otra dirección.

—¡Vamos, Eva, vamos, querida mía! ¡Calla, calla! Estaba equivocado. Pensaré como tú quieras, haré lo que tú quieras, pero no te preocupes, no llores así. Me resignaré; he sido malo al hablar así.

Al momento Eva descansaba como una paloma cansada en brazos de su padre, y él, volcado sobre ella, la apaciguaba con toda la ternura de que era capaz.

Marie se levantó, salió del cuarto para dirigirse al suyo y allí cayó en una crisis de histeria.

—No me has dado ningún rizo, Eva —dijo su padre sonriendo tristemente.

—Son todos para ti, papá —repuso ella sonriendo—, tuyos y de mamá; y le daréis a la tita todos los que quiera. Se los he dado a nuestra gente yo misma porque ya sabes, papá, que pueden ser olvidados cuando yo me haya ido y porque espero que esto pueda ayudarles a acordarse de mí… ¿Tú eres cristiano, no, papá? —dijo Eva dubitativa.

—¿Por qué me lo preguntas?

—No sé. Eres tan bueno, no sé cómo no puedes serlo.

—¿Qué es ser cristiano, Eva?

—Amar a Cristo sobre todas las cosas —dijo Eva.

—¿Y tú lo amas?

—Desde luego que sí.

—Nunca lo has visto —dijo St. Clare.

—Eso me da igual —dijo Eva—. Creo en Él y dentro de algunos días lo veré —y el joven rostro se mostró arrobado, radiante de alegría.

St. Clare no dijo nada más. Era un sentimiento que ya había sentido con su madre, pero ninguna cuerda de su interior vibró con él.

Eva, después de esto, empeoró rápidamente y ya no hubo ninguna duda sobre el desenlace, la más tierna esperanza no puede ser ciega. Su hermosa habitación se convirtió en la de una enferma y la señorita Ophelia llevaba a cabo día y noche todos los cometidos de una enfermera, y nunca sus amigos apreciaron más su valía que en esta tarea. Con una mano y un ojo tan bien entrenados, con tan perfecta habilidad y práctica en cualquier arte que pudiera procurar limpieza y comodidad y que escondiera todos los particulares desagradables de la enfermedad, con un perfecto sentido para

medir el tiempo y una cabeza clara y serena, con una precisión exacta para acordarse de las recetas e instrucciones de los médicos, ella lo era todo en aquellos momentos. Aquellos que habían alzado los hombros ante sus peculiaridades y manías, tan poco semejantes a la despreocupada libertad de las maneras del Sur, reconocieron que en ese momento era la persona que necesitaban.

El Tío Tom pasaba mucho tiempo en la habitación de Eva. La niña sufría mucho por su nerviosa inquietud y le aliviaba mucho que la llevaran en brazos. Para Tom era la mayor de las delicias cargar ese delicado cuerpo en sus brazos, con su cabeza apoyada sobre una almohada, de un lado a otro de la habitación, o bien en la galería, y cuando las fresca brisa soplaba del lago y la niña se sentía mejor por las mañanas, en algunas ocasiones paseaba con ella bajo los naranjos del jardín o, sentados en alguno de sus viejos asientos, le cantaba alguno de sus favoritos viejos himnos.

Su padre hacía lo mismo a menudo; pero no era tan fuerte como Tom y, cuando se cansaba, Eva le decía:

—¡Oh, papá, deja que me lleve Tom, pobrecillo! ¡Le gusta tanto, y ya sabes que es todo lo que puede hacer ahora, y desea tanto hacer algo por mí!

—¡Lo mismo me pasa a mí, Eva! —dijo su padre.

—Mira, papá, tú puedes hacerlo todo y eres todo para mí. Tú lees para mí, te sientas a mi lado por las noches, y Tom no tiene más que esta cosa y sus canciones, y sé también que lo hace con más facilidad que tú. ¡Tiene tanta fuerza!

El deseo de hacer algo no quedaba reducido a Tom. Cada criado de la casa demostraba el mismo sentimiento y, a su manera, todos hacían lo que podían.

La pobre Mammy sufría en su fuero interno por la adorada niña, pero no encontró ocasión, ni de día ni de noche, para poder estar con ella, ya que Marie declaró que su estado de ánimo era tal que le era imposible descansar y, desde luego, iba en contra de sus principios permitir que cualquier otra persona descansara. Veinte veces cada noche, Mammy se levantaba para darle masaje en los pies, para mojar su cabeza, para buscar su pañuelo de bolsillo, para mirar a qué se debía el ruido de la habitación de Eva, para

bajar una cortina porque había demasiada luz o para subirla porque estaba demasiado oscuro; y durante el día, cuando deseaba tanto dedicarse ella también al cuidado de su preferida, Marie parecía desacostumbradamente ingeniosa para mantenerla ocupada siempre y por todos los rincones de la casa o en el cuidado de su propia persona, así que las conversaciones robadas y las visitas momentáneas eran todo lo que podía obtener.

—Me parece que es mi deber ser especialmente cuidadosa conmigo ahora que estoy tan débil —decía ella— y con todo el cuidado y la atención hacia esa pobre niña pesando sobre mí.

—Desde luego, cariño —dijo St. Clare—. Pensaba que nuestra prima te sustituía en esa tarea.

—Hablas como un hombre, St. Clare; como si una madre pudiera ser sustituida en los cuidados de un niño en un estado semejante. Pero, claro, siempre es igual, ¡nadie sabe cómo me siento! Yo no puedo desprecuparme de las cosas como hacéis vosotros.

St. Clare sonrió. Hay que excusarle, pues no pudo evitarlo, ya que St. Clare todavía podía sonreír. Pues el último viaje del pequeño ángel era tan diáfano y plácido, con brisas tan fragantes y dulces conduciendo la pequeña nave hacia las orillas celestes, que era imposible no darse cuenta de que la muerte se avecinaba. La niña no sintió dolor alguno, solo una sosegada y blanda debilidad que aumentaba cada día de modo casi imperceptible, y era tan hermosa, tan cariñosa, tan confiada y tan feliz, que uno no podía resistir la presencia dulcificante de ese aire de inocencia y paz que parecía expandirse a su alrededor. St. Clare sintió una extraña calma que se apoderó de él. No eran esperanzas, pues eso era imposible; no era resignación, era solo un apacible descanso en el presente, que le parecía tan bello que deseaba no hubiera futuro. Era como el silencio del espíritu que sentimos entre los suaves y brillantes bosques otoñales cuando los colores más llamativos adornan los árboles y las últimas flores se abren al borde del arroyo y nos regocijan aún más, pues sabemos que pronto desaparecerán.

El amigo que más sabía de las últimas visiones e imágenes de Eva era su fiel porteador Tom. A él le decía lo que no se atrevía a confiar a su padre para no turbarle. Le mostraba aquellas misteriosas intimidades que sienten

las almas cuando las amarras empiezan a soltarse, cuando dejan su puerto para siempre.

Tom, al final, no dormía en su cuarto, sino en la galería, dispuesto a levantarse para atender cualquier llamada.

—Tío Tom, ¿por qué extraño motivo has tomado la costumbre de echarte a dormir por todas partes como si fueras un perro? —le preguntó la señorita Ophelia—. Pensaba que eras alguien de orden que quería morir en su cama como Dios manda.

—Así es, señorita Ophelia —dijo Tom con misterio—, así es, pero ahora…

—Bien, ¿ahora qué?

—No debemos hablar alto, el señor St. Clare no debe oírnos, pero, señorita Feely, usted sabe que debe haber alguien que espere la llegada del novio.

—¿Qué quieres decir, Tom?

—Ya sabe lo que dicen las Escrituras: «A media noche se escucharon llantos. Contemplad cómo viene el novio»; eso es lo que estoy esperando ahora, cada noche, señorita Ophelia, y no puedo dormirme sin estar cerca de ella para oírla. Quiero estar a su lado cuando esa niña bendita entre en el cielo por la puerta abierta de par en par, tanto que podremos ver la gloria eterna, señorita Feely.

—Tío Tom, ¿acaso la señorita Eva ha dicho que se encuentra peor que de costumbre esta noche?

—No, pero esta mañana me ha dicho que se estaba acercando… que fueron ellos los que se lo dijeron a la niña, señorita Feely. Fueron los ángeles «y su trompeta sonará antes de que se levante el nuevo día»… —dijo Tom citando uno de sus himnos preferidos.

Este diálogo entre la señorita Ophelia y Tom tenía lugar entre las diez y las once de una noche, cuando todo estaba dispuesto para acostarse y al ir a cerrar su puerta exterior encontró a Tom echado en el suelo de la galería que daba al exterior.

No era nerviosa ni impresionable, pero sus palabras tan solemnes y tan sentidas la sobrecogieron. Eva había estado desacostumbradamente alegre y radiante aquella tarde, se había sentado en la cama y se había entretenido

con sus chucherías y sus tesoros, designando a los amigos a quienes se los quería dejar, y su talante parecía más animado y su voz más natural que durante las pasadas semanas. Su padre, por la noche, había comentado que Eva le había parecido más semejante a la que era antes de ponerse enferma, y cuando le dio el beso de las buenas noches le dijo a la señorita Ophelia:

—Prima, podremos conservarla entre nosotros, a pesar de todo; está mucho mejor, desde luego —y se retiró a su cuarto con el corazón mucho más ligero de lo que lo había sentido en las últimas semanas.

Pero a media noche —¡oh, extraña y mística hora!—, cuando el velo entre el frágil presente y el eterno futuro se hace más tenue, llegó el mensajero.

Hubo ruido en la habitación: en primer lugar, el de alguien que deambula rápidamente. Era la señorita Ophelia, quien había decidido pasar la noche en vela sentada junto a la pequeña que tenía a su cargo y que observó durante el transcurso de la noche el «cambio» que se había producido. La puerta al exterior se abrió con rapidez y Tom, que estaba de guardia fuera, fue alertado al instante.

—¡Llama al médico, Tom! No pierdas ni un momento —dijo la señorita Ophelia, y atravesando la habitación llamó a la puerta de St. Clare.

—Primo —le dijo—, quiero que vengas.

Estas palabras cayeron sobre su corazón como los clavos sobre un ataúd. ¿Qué había sucedido? Un momento después estaba levantado y en la habitación, inclinado sobre Eva, que dormía silenciosa.

¿Qué fue lo que vio que le dejó el corazón sin habla? ¿Por qué no medió ninguna palabra entre los dos? Tú puedes decirlo si has visto alguna vez la misma expresión en el rostro de tus seres más queridos, ese aspecto indescriptible, desesperado e inconfundible que señala que ese ser amadísimo ya no es tuyo.

En la cara de la niña, sin embargo, no había señales de muerte, solo una pura y casi sublime expresión, la aureola presente en las naturalezas espirituales, la presencia de la inmortalidad en aquella alma infantil.

Permanecieron allí tan silenciosos mirándola, que incluso el tic-tac de sus relojes les parecía demasiado fuerte. Poco después volvió Tom con el médico. Este echó una ojeada y se quedó callado como los demás.

—¿Cuándo se ha producido el cambio? —preguntó en un susurro a la señorita Ophelia.

—Más o menos a medianoche —fue su respuesta.

Marie, despertada por la llegada del médico, apareció apresurada desde la habitación vecina.

—¡Augustine! ¡Prima! Oh, pero qué… —empezó a decir atropelladamente.

—¡Calla! —dijo St. Clare con voz ronca—. Se está muriendo.

Mammy oyó estas palabras y corrió a despertar a todos los criados. Pronto la casa entera se puso en pie, se vieron luces, se oyeron pasos, rostros angustiados se asomaron desde la galería y miraron anegados en lágrimas a través de las puertas acristaladas; pero St. Clare no veía ni oía nada, lo único que vio fue el aspecto del rostro de la pequeña durmiente.

—¡Oh, si al menos pudiese despertarse y hablar una vez más! —y levantándose e inclinándose sobre ella le dijo al oído—: ¡Eva, querida!

Los grandes ojos azules se abrieron, una sonrisa iluminó su rostro e intento levantar la cabeza para hablar.

—¿Me conoces, Eva?

—Querido papá —dijo la niña con un último esfuerzo echándole los brazos al cuello, pero al momento se le soltaron, y mientras St. Clare alzaba su cabeza, vio que un espasmo de agonía mortal le recorría la cara y que la niña luchaba por respirar y que los dedos de sus manos se crispaban.

—¡Oh, Dios mío! ¡Esto es espantoso! —dijo alejándose, con un intenso dolor, y retorciéndole a Tom la mano sin saber lo que hacía—. ¡Oh, Tom, me está matando!

Tom tomó las manos de su amo entre las suyas, y con lágrimas en sus ojos buscó allá arriba la ayuda que siempre solía buscar.

—¡Ruega por que esto termine pronto! —dijo St. Clare—. ¡Me está partiendo el corazón!

—¡Oh, bendito sea Dios! ¡Todo ha terminado, ya ha terminado, querido amo! —dijo Tom—. ¡Mírela!

La niña yacía echada sobre las almohadas, como si estuviera exhausta, con sus grandes ojos claros fijos y vueltos hacia arriba. ¡Ah!, ¿qué decían aquellos ojos que hablaban tanto del cielo? Este mundo se había terminado

y con él los dolores terrenales; pero tan solemne, tan misterioso era el triunfante resplandor de aquella cara, que se imponía incluso a la tristeza y al dolor. Todos se congregaron en torno a ella en silencio, sin que se oyera ni un suspiro.

—Eva —dijo su padre, amable.

Ella no le oyó.

—Oh, Eva, dinos lo que ves. ¿Qué hay más allá? —preguntó su padre.

Una luminosa y gloriosa sonrisa se dibujó en su rostro, y Eva dijo con voz rota:

—¡Oh, amor, alegría, paz! —y lanzó un suspiro y pasó de la muerte a la vida.

¡Adiós, niña adorada! Las puertas de la eternidad se han cerrado tras de ti, ya no veremos más tu dulce rostro. ¡Oh, pobres de los que te han visto entrar en la gloria cuando se den cuenta de que no tienen sobre ellos más que el frío y gris cielo de lo cotidiano y de que tú te has ido para siempre!

Capítulo XXVII
«Esto es la despedida de la tierra»[1]

Las estatuillas y los cuadros de la habitación de Eva fueron cubiertos con paños blancos; solo se escuchaban respiraciones ahogadas y tenues pasos cuando la luz irrumpió por las ventanas, parcialmente cubiertas por las contraventanas entornadas.

La cama fue cubierta de sábanas blancas y allí, bajo la figura del ángel, yacía una pequeña forma que dormía… ¡qué dormía para no despertarse nunca más!

Allí estaba, amortajada con uno de los sencillos vestidos blancos que le había gustado ponerse cuando vivía; el rosado tinte de la luz a través de las cortinas daba un tono cálido al helado aspecto de la muerte. Las pestañas aparecían dulcemente cerradas sobre sus puras mejillas, la cabeza estaba vuelta ligeramente hacia un lado, como en un sueño natural, aunque se difundiera sobre cada rasgo de la cara esa elevada expresión celestial, esa mezcla de arrebato y de reposo que mostraba que no se trataba de un sueño terrenal o temporal, sino del sagrado reposo que «Él otorga a los que ama».

«¡No ha sido muerte la tuya, querida Eva! No hay tinieblas ni sombras de la muerte, solo un brillante amanecer cuando las estrellas de la mañana se funden en el alba dorada. Tuya es la victoria sin batalla, tuya la corona sin lucha».

Eso pensaba St. Clare mientras contemplaba la escena con los brazos cruzados. ¡Ah, quién podría decir lo que pasó por su mente! Pues desde la hora en que algunas voces anunciaron en la habitación mortuoria que «ya se había ido», todo se convirtió en una obscuridad, lóbrega, en una pesada «niebla de angustia». Había oído voces a su alrededor, le hacían preguntas y

respondía a ellas. Le habían preguntado cuándo quería que fuera el funeral y dónde la enterrarían, y él contestó, impaciente, que le daba todo igual.

Adolph y Rosa habían arreglado la habitación. Frívolos, inconstantes e infantiles como eran habitualmente, se encontraban serios y llenos de sentimiento; y mientras la señorita Ophelia dirigía todos los particulares necesarios para la oración, eran sus manos las que añadían detalles de orden y limpieza, eran sus manos las que añadían ese suave y poético toque que evitó a la habitación esa apariencia siniestra que a menudo tienen los funerales en Nueva Inglaterra.

Aún había flores en los estantes, todas blancas, delicadas y fragantes, con graciosas hojas. En la mesita de Eva, cubierta de blanco, seguía su jarrón favorito, con un tierno capullo de rosa blanca sin abrir todavía. Los pliegues de las telas, la caída de las cortinas, habían sido arreglados una y otra vez por Adolph y Rosa con ese primor para las cosas de la vista que caracteriza a los de su raza. Entonces, mientras St. Clare, pensativo, estaba allí en pie, Rosa penetró con discreción en el cuarto llevando un cesto de flores blancas. Retrocedió cuando vio a St. Clare y se detuvo respetuosa, pero al notar que él no la miraba volvió para colocarlas alrededor de la difunta. St. Clare la contempló como en un sueño mientras ella ponía en las manitas un hermoso jazmín y con admirable buen gusto disponía otras flores alrededor del lecho.

La puerta se abrió de nuevo y apareció Topsy, con los ojos irritados de tanto llorar, llevando algo bajo su delantal. Rosa le hizo un gesto rápido de prohibición, pero ella entró en la habitación.

—Tienes que salir de aquí —dijo Rosa con un susurro preciso y directo —. ¡Tú no tienes nada que hacer aquí!

—¡Oh, déjame! ¡He traído una flor, una tan bonita! —dijo Topsy mostrando un capullo de rosa de té a medio abrir—. Déjame que la ponga.

—¡Vete de aquí! —dijo Rosa con mayor decisión.

—¡Déjala que se quede! —dijo St. Clare golpeando el suelo con el pie —. Puedes acercarte, Topsy.

Rosa se retiró al momento y Topsy avanzó y dejó su ofrenda a los pies del cadáver; entonces, de repente, con un grito enloquecido y amargo, se tiró al suelo al lado de la cama y lloró y se lamentó en voz alta.

La señorita Ophelia acudió a la habitación e intentó levantarla y hacerle callar, pero fue en vano.

—¡Oh, señorita Eva! ¡Oh, señorita Eva! ¡Me hubiera gustado morirme a mí también, de verdad!

Había una penetrante ferocidad en su llanto; la sangre volvió al rostro blanco y marmóreo de St. Clare y aparecieron en sus ojos las primeras lágrimas desde la muerte de Eva.

—Levántate, niña —decía con una voz dulcificada la señorita Ophelia —. No llores así. La señorita Eva se ha ido al cielo, ahora es un ángel.

—¡Pero no la podré ver! —dijo Topsy—. ¡Nunca más la veré! —y sollozaba de nuevo.

Todos permanecieron un momento en silencio.

—Ella me dijo que me quería —dijo Topsy—. ¡Lo dijo! ¡Ay, ay, ahora ya no me queda nadie, estoy sola!

—Eso es bien cierto —dijo St. Clare—; prima —le dijo a la señorita Ophelia—, mira si puedes consolar a esta pobre criatura.

—Me gustaría no haber nacido nunca —dijo Topsy—, no quise nacer, desde luego, y no veo para qué sirve vivir.

La señorita Ophelia la levantó con amabilidad, pero con firmeza, y la sacó de la habitación, mas al hacerlo algunas lágrimas cayeron de sus ojos.

—Topsy, pobrecita niña —le dijo mientras la llevaba a su habitación—, ¡no te desanimes! Yo puedo quererte, aunque no sea como esa niña adorada. Espero haber aprendido algo del amor de Cristo con ella. Yo te puedo querer y te quiero, y haré todo lo que pueda para educarte como a una buena cristiana.

La voz de la señorita Ophelia decía más que sus propias palabras, y aún más unas sinceras lágrimas que le corrían por el rostro. Desde ese momento adquirió una gran influencia sobre la mente de la niña desamparada y ya nunca la perdió.

«¡Oh, mi Eva, su breve tiempo en la tierra ha hecho tanto bien! —pensó St. Clare—. ¿Qué cuentas puedo rendir yo por mis largos años de vida?».

Durante algún tiempo se oyeron suaves murmullos y pisadas en la habitación mientras iban entrando los sirvientes uno tras otro para ver a la difunta, y entonces llegó el ataúd, tuvo lugar el funeral, llegaron coches

hasta la puerta y vino gente de fuera para sentarse allí; y había bufandas blancas y cintas, y brazaletes y lazos de crespón negro en señal de luto. Se leyeron palabras de la Biblia y se ofrecieron plegarias, y St. Clare andaba y se movía como el que ha vertido hasta la última lágrima hasta que, al fin, solo se centró en una cosa, que fue la cabeza dorada de Eva en el ataúd; después vio que un pañuelo la cubría, que la tapa del ataúd se cerraba y caminó junto a los demás, en dirección al lugar recoleto al fondo del jardín; y allí, en el musgoso asiento donde ella y Tom habían hablado y cantado y leído tan a menudo, se hallaba la pequeña tumba. St. Clare permaneció en pie ante ella, abatido y ausente; vio cómo bajaban la caja y oyó, muy lejos, las solemnes palabras: «Yo soy la resurrección y la vida; el que crea en mí, aunque muera, vivirá para siempre»[2]; y cuando la tierra cayó y cubrió por completo el ataúd, no reparó en que era Eva lo que estaban apartando de su vista.

¡No lo era! No era Eva, sino solo la frágil envoltura de aquella clara e inmortal forma con la que se presentará el día del Juicio ante Jesús nuestro Señor.

Y después todos se fueron y los afligidos volvieron al lugar donde nunca más volverían a verla. La habitación de Marie se quedó a oscuras y ella se metió en la cama sollozando y gimiendo con una pena incontenible y llamando continuamente a toctos sus criados para que la atendieran. Por supuesto, ellos no tenían tiempo para llorar, ¿por qué deberían hacerlo? La pena era su pena, y ella estaba convencida de que nadie en el mundo podía sufrir tanto como ella.

—St. Clare no ha derramado ni una lágrima —dijo—. Yo no despertaba en absoluto su lástima, pero es totalmente asombroso pensar en la dureza de corazón y en la falta de sentimientos de ese hombre, pues sabía cómo estaba padeciendo la pobre niña.

Hay tantas personas que son esclavas de sus ojos y oídos, que fueron muchos los sirvientes que pensaron que era la señora quien más padecía en la ocasión, especialmente cuando Marie empezó a tener espasmos histéricos y mandó llamar al médico y, por fin, anunció que se moría; pero en las carreras y sobresaltos, en las botellas de agua y en los paños calientes, en el

revuelo y la confusión que siguieron encontraba una conveniente distracción.

Tom, sin embargo, tenía un sentimiento en su propio corazón que le llevaba hacia su amo. Le seguía a donde fuera, triste y pensativo; y cuando lo vio tan pálido y sereno en la habitación de Eva, poniéndose ante los ojos la pequeña Biblia abierta, aunque no veía ni una letra ni una palabra de lo que estaba escrito, le causó más tristeza esta mirada silenciosa, fija y sin lágrimas que todos los gemidos y lamentos de Marie.

Pocos días después la familia St. Clare volvió a la ciudad; Augustine, ante el dolor y la pena, deseaba otro marco para cambiar el curso de sus pensamientos. Así que dejaron la casa y el jardín con su pequeña tumba y volvieron a Nueva Orleans. St. Clare recorría las calles atareado e intentaba llenar el vacío de su corazón con la agitación y el trasiego y el cambio de lugar. La gente que lo veía por la calle o lo encontraba en el café adivinaba la pérdida de su hija por la cinta enlutada de su sombrero, pues él se manifestaba sonriente y hablador, leía los periódicos y comentaba la política y se ocupaba de sus negocios. ¿Quién podía ver que esta apariencia sonriente no era sino una cáscara hueca sobre su corazón, convertido en sepulcro oscuro y silencioso?

—El señor St. Clare es un hombre muy particular —decía Marie a la señorita Ophelia en tono quejoso—. Yo pensaba que si había algo en el mundo que él quisiera, se trataba de nuestra pequeña Eva; pero parece haberla olvidado con mucha facilidad. Ni siquiera consigo nunca hacerle hablar de ella. Desde luego, pienso que debería mostrar una pena mayor.

—Las aguas tranquilas corren más hondo, me solían decir —dijo la señorita Ophelia como un oráculo.

—¡Oh, no creo en esas cosas, son zarandajas! Si la gente tiene sentimientos, se les nota, no pueden evitarlo; pero desde luego es un inconveniente tenerlos. Ya me gustaría ser como el señor St. Clare. ¡Mis sentimientos me afligen tanto!

—De verdad, señora, el amo St. Clare se está quedando tan delgado como una sombra. Dicen que no come nada —dijo Mammy—. ¡Yo sé que no olvida a la señorita Eva, sé que nadie podría hacerlo; querida, adorada, bendita criatura! —añadió secándose los ojos.

—Bueno, de cualquier modo, no tiene la menor consideración hacia mí —dijo Marie—. No me ha dirigido ni una sola palabra de ánimo, y debería saber que una madre sufre mucho más de lo que pueda hacerlo un hombre.

—El corazón conoce sus propias amarguras —dijo la señorita Ophelia con gravedad.

—Eso es exactamente lo que pienso. Sé exactamente lo que siento, nadie más parece darse cuenta. Eva sí que me comprendía, ¡pero ahora ya se ha marchado para siempre! —y Marie se echó sobre el diván y comenzó a llorar desconsoladamente.

Marie era una de esas mortales tan desafortunadamente educada, que a sus ojos todo lo que se ha perdido o ha desaparecido adquiere un valor que nunca tuvo mientras se encontraba en su poder. Tuviera lo que tuviera, parecía que solo observaba en ello los defectos; pero una vez perdido o desaparecido para siempre, la estima que despertaba en ella era infinita.

Mientras esta conversación tenía lugar en la sala, se desarrollaba otra en la biblioteca del señor St. Clare.

Tom, quien seguía siempre con inquietud a su amo por todas partes, le había visto entrar en la biblioteca unas horas antes y espero en vano que saliera de allí, hasta que decidió hacer una incursión y entró con cuidado. St. Clare yacía en su diván, en el rincón más apartado de la habitación. Estaba echado de bruces en un sofá, con la Biblia de Eva abierta ante él. Tom avanzó y se detuvo ante el sofá, dudando, y, mientras dudaba, St. Clare se levantó repentinamente. El honrado rostro, tan apenado y con tal expresión de súplica de afecto y condolencia, emocionó a su amo. Le tomó la mano y apoyó en ella su frente.

—¡Ay, Tom, amigo, el mundo está vacío como una cáscara de huevo!

—Ya lo sé, señor, ya lo sé —dijo Tom—; pero ¡oh, si el señor pudiera mirar hacia arriba, allí donde está la querida señorita Eva, hacia donde está el buen Señor Jesús!

—¡Sí, Tom! Sí que miro hacia arriba, pero el problema es que no veo nada cuando lo hago; ya me gustaría poder ver algo.

Tom le contempló con gravedad.

—Parece que es un don de los niños y de los tipos pobres y honrados como tú eso de ver lo que nos está vedado a nosotros —dijo St. Clare—.

¿Cómo puede ser esto?

—«Tú te has escondido de los sabios y de los prudentes y te has revelado a los tiernos niños» —murmuró Tom—. «Sea así, Padre, pues así pareció bien a tus ojos».

—Tom, yo no tengo fe, no puedo tenerla, me he acostumbrado a dudar de todo —dijo St. Clare—. Quiero creer en la Biblia y no puedo.

—Querido amo, rece al Dios de bondad: «Dios, creo en ti, ayúdame en mis dudas».

—¿Quién sabe nada de nada? —dijo St. Clare con la mirada perdida y soñadora hablándose a sí mismo—. ¿Si fuera este hermoso amor y fe una mera fase entre tantas que atraviesa el sentimiento humano sin basarse en nada real, perdiéndose con el último aliento? ¿Y si no hubiera más Eva, ni Cielo, ni Cristo, ni nada?

—¡Oh, querido amo, sí que lo hay! ¡Lo sé, estoy seguro! —dijo Tom arrodillándose—. ¡Créalo, querido amo, créalo!

—¿Cómo sabes que Cristo existe, Tom? Nunca has visto a Dios.

—Lo he sentido en mi alma, señor, ¡lo siento ahora mismo! Mire, amo, cuando me vendieron y me separaron de mi vieja mujer y de los chicos, estaba casi acabado. Me sentí como si no quedara nada de mí, y entonces el buen Dios se me apareció y me dijo: «No temas, Tom», y Él trajo la luz y la alegría a mi pobre alma, la apaciguó. Y por eso soy tan feliz y quiero a todo el mundo y me siento deseoso de ser de Dios y de que se cumpla su voluntad allí donde quiera ponerme Él. Sé que esto no puede venir de mí, porque soy una pobre y quejosa, criatura; viene de Dios, y sé que quiere hacer lo mismo por usted, amo.

Tom habló con lágrimas que se le escapaban y con voz entrecortada. St. Clare apoyó la cabeza sobre su hombro y le estrechó su negra mano encallecida y fiel.

—Tom, tú me quieres —le dijo.

—Daría mi vida hoy mismo por ver al señor convertido en cristiano.

—¡Pobre hombre, estás loco! —dijo St. Clare levantándose a medias—. Yo no merezco el amor de un corazón bueno y noble como el tuyo.

—¡Oh, amo, pero no soy solamente yo quien le ama! ¡Nuestro bendito Señor Jesús también le quiere!

—¿Cómo lo sabes, Tom? —dijo St. Clare.

—Lo siento en mi alma. ¡Oh, amo! El amor de Cristo sobrepasa el conocimiento.

—¡Qué singular! —dijo St. Clare volviéndose—. Que la historia de un hombre que vivió y murió hace mil ochocientos años siga conmoviendo todavía así a la gente. Pero no era un hombre —añadió rápidamente—. ¡Ningún hombre ha tenido una influencia tan poderosa y larga! ¡Oh, si pudiera creer lo que mi madre me enseñó y rezar como cuando lo hacía de niño!

—Si el señor quiere —dijo Tom—, como Eva sabía leer tan bien, me gustaría que el señor fuera tan bueno que me leyera un poco. Ahora apenas consigo leer nada desde que la señorita Eva se marchó.

Era el capítulo once del Evangelio según San Juan, el conmovedor relato de la resurrección de Lázaro. St. Clare lo leyó en voz alta, deteniéndose a menudo para luchar contra los sentimientos que le producía la emocionante historia. Tom estaba arrodillado ante él, con las manos enlazadas y con una expresión de amor, confianza y adoración en su sereno rostro.

—Tom —dijo su amo—. ¡Todo eso es real para ti!

—Como que lo estoy viendo, señor —dijo Tom.

—Me gustaría tener tus ojos, Tom.

—Y yo le pido a Dios que usted los tenga, amo.

—Pero, Tom, ¿sabes que yo tengo muchos más conocimientos que tú? ¿Qué pasaría si te dijera que no creo en la Biblia?

—¡Oh, señor! —dijo Tom alzando sus manos con un gesto de repulsa.

—¿No resquebrajaría algo tu fe, Tom?

—Ni un ápice —dijo Tom.

—¿Por qué, Tom? Tú debes aceptar que yo sé más.

—Oh, señor, ¿no acaba de leer usted que Dios se esconde de los sabios y de los prudentes y se manifiesta en los niños de pecho? Pero el señor lo leía sin creerlo, eso está claro, ¿no?

—No, Tom, lo hacía en serio. Yo no soy un descreído y pienso que hay buenas razones para creer, pero no tengo fe. Es una costumbre muy preocupante que he adquirido, Tom.

—¡Lo que tiene que hacer el amo es rezar!

—¿Y quién te ha dicho que no lo hago ya, Tom?

—¿De verdad lo hace, amo?

—Lo haría, Tom, si hubiera alguien conmigo cuando rezo; pero es hablar al vacío. Bueno, Tom, ven aquí y reza ahora y enséñame cómo hay que hacerlo.

Del corazón de Tom, rebosante de fe, surgió una plegaria como las aguas que han estado contenidas durante mucho tiempo. Una cosa quedaba clara: Tom pensaba que alguien le escuchaba, existiera o no. De hecho, St. Clare se sintió transportado, siguiendo la vía de su fe y sus sentimientos, casi hasta las puertas del cielo que imaginaba con tanta intensidad. Le parecía que le llevaban más cerca de Eva.

—Gracias —dijo St. Clare cuando Tom se levantó—. Me gusta oírte, Tom, pero ahora márchate, déjame solo; en otro momento hablaremos más.

Tom, silencioso, abandonó la habitación.

Capítulo XXVIII
Reunión

Las semanas iban pasando una tras otra en la mansión de los St. Clare y las turbulentas aguas de la vida volvieron a su cauce habitual, allí donde la pequeña nave se había hundido. ¡Pero cuán imperiosas, cuán frías siguen marchando las realidades cotidianas, sin hacer caso de nuestros sentimientos! Hay que comer, beber, dormir y despertarse; hay que discutir precios, vender, preguntar y contestar a preguntas; en resumen, perseguir mil sombras, aunque nuestro interés se haya desvanecido: la fría y mecánica costumbre de vivir sigue en pie aun cuando no quede ningún impulso vital.

Todos los intereses y esperanzas de la vida de St. Clare se habían reunido de modo inconsciente alrededor de su hija. Dirigía su propiedad por Eva, era por Eva por quien organizaba y disponía su tiempo, y hacer esto o aquello por Eva —comprar, mejorar, cambiar, arreglar o preparar algo para ella— había sido durante todo tiempo su costumbre, pero ahora que Eva se había ido, parecía como si no pudiese pensar ni hacer nada.

Es verdad que había otra vida, una vida que —una vez que se cree en ella— se presenta como un solemne y significativo guarismo ante las incomprensibles cifras del tiempo, cambiando el significado de misteriosos e implícitos valores. St. Clare sabía esto muy bien y, a menudo, en las horas de cansancio, había escuchado la delicada e infantil vocecita llamándole desde el cielo, y había visto la pequeña mano indicándole el camino de la vida; pero un profundo abatimiento causado por su pena se había apoderado de él y no podía elevarse. Era una de esas naturalezas capaces de entender la religión desde sus propias percepciones e instintos mejor y con más claridad que muchos simples y pragmáticos cristianos. El don de apreciar y sentir los matices más finos y el sentido de los asuntos espirituales parece a

menudo un atributo de aquellos cuya vida entera muestra un desatento descuido de ellos. Así, Moore, Byron, Goethe[1] utilizan a menudo palabras más sabiamente descriptivas de los verdaderos sentimientos religiosos que otros hombres cuya vida entera quede regida por ellos. En estas mentes el descuido de la religión es la más temible de las traiciones y el más mortal de los pecados.

St. Clare nunca había pretendido gobernarse a sí mismo por ningún principio religioso, pero una cierta sensibilidad natural le había dado una visión tal del alcance de los requisitos necesarios para ser cristiano, que se acobardó desde un principio anticipando lo que pensaba que padecería su conciencia si alguna vez se decidía a asumirlos. Pues la naturaleza es tan inconstante, especialmente con los ideales, que no empezar en absoluto algo parece mejor que quedarse a medias.

A pesar de eso, St. Clare era, en muchos aspectos, un hombre diferente. Leía la Biblia de su pequeña Eva con seriedad y honradez y reflexionó con sensatez y buen sentido sobre sus relaciones con sus criados, lo bastante como para quedar muy insatisfecho con lo que había hecho en el pasado y con el resultado final; de modo que apenas volvió a Nueva Orleans, comenzó las gestiones necesarias para la emancipación de Tom, que se llevaría a cabo en cuanto pudiera satisfacer las formalidades requeridas. Mientras tanto se encariñaba cada día más con él. No había nada en todo el mundo que le pareciera recordarle tanto a Eva e insistía constantemente para tenerle cerca, y difícil e inabordable como era en relación con sus sentimientos más profundos, casi pensaba en voz alta en su presencia. No se hubiera sorprendido nadie por esto si hubiese visto la expresión de afecto y devoción con la que Tom seguía continuamente a su joven amo.

—Bien, Tom —dijo St. Clare al día siguiente de haber comenzado las formalidades legales para su manumisión—. Te voy a hacer un hombre libre, así que empieza a hacer las maletas y a prepararte para volver a Kentucky.

Una repentina llamarada de alegría brilló en el rostro de Tom al tiempo que alzaba sus manos al cielo y profería un enfático «bendito sea Dios» que más bien contrarió a St. Clare; no le gustaba que Tom estuviera tan dispuesto a dejarle.

—No lo has pasado tan mal aquí como para tener un arrebato semejante, Tom —dijo con sequedad.

—No, amo, no es eso, no es eso, ¡es porque voy a ser un hombre libre! Eso es lo que me causa alegría.

—¿Y por qué, Tom? ¿No piensas que, en lo que a ti respecta, has vivido mejor que siendo libre?

—No, señor St. Clare —dijo Tom con un estallido de alegría—; desde luego que no.

—Mira, Tom, nunca hubieras podido pagarte con tu trabajo una ropa y una vida como la que te has dado.

—Bien sé todo eso, señor St. Clare; el señor ha sido demasiado bueno conmigo; pero, amo, prefiero llevar vestidos pobres, tener una pobre casa y tenerlo todo pobre, pero mío, que tener lo mejor y que sea de otro hombre; eso es lo que me gustaría, señor, y pienso que es natural.

—Pienso lo mismo, Tom, pero tú te irás y me dejarás más o menos dentro de un mes —añadió St. Clare bastante descontento—, aunque por qué no lo harías nadie lo puede saber —dijo en un tono más alegre, y poniéndose en pie empezó a caminar de arriba abajo.

—No me iré mientras el señor se encuentre apurado —dijo Tom—. Me quedaré con usted tanto tiempo como desee si puedo serle de alguna utilidad.

—¿No te irás mientras esté en apuros, Tom? —dijo St. Clare mirando tristemente por la ventana—. ¿Y cuándo piensas que terminarán mis apuros?

—Cuando el señor St. Clare se haga cristiano —dijo Tom.

—¿Y de verdad piensas quedarte hasta que llegue ese día? —dijo St. Clare sonriendo a medias, mientras se volvía desde la ventana y ponía su mano sobre el hombro de Tom—. ¡Ah, Tom, chorlito, bobalicón! No te quedarás aquí hasta ese día. Te irás a tu casa con tu mujer y tus hijos, y les darás recuerdos cariñosos de mi parte.

—Confío en que ese día llegará —dijo Tom vehementemente y con los ojos anegados de lágrimas—. Dios le ha encomendado una tarea al amo.

—¿Conque una tarea, eh? —dijo St. Clare—. Bien, Tom, explícame de qué tipo de tarea se trata, soy todo oídos.

—Mire, amo, hasta un pobre hombre como yo tiene una tarea encomendada por Dios, y el amo St. Clare, que tiene mucha educación y riquezas y amigos, ¡cuánto podría hacer por Dios nuestro Señor!

—Tom, parece que piensas que Dios necesita que se haga mucho por Él —dijo St. Clare sonriendo.

—Servimos a Dios cuando servimos a sus criaturas —dijo Tom.

—Buena teología, Tom, mejor que la que predica el doctor B.[2], podría jurarlo —dijo St. Clare.

Aquí la conversación fue interrumpida por la llegada de unos visitantes.

Marie St. Clare sentía la pérdida de Eva con toda la profundidad de la que era capaz, y como era un mujer que tenía unas grandes facultades para hacer desgraciados a los demás cuando ella sufría, aquellos que la servían más de cerca tenían una razón aún más poderosa para lamentar la desaparición de su pequeña amita, cuyos modales encantadores y sus amables intercesiones les habían servido tan a menudo como refugio ante los tiránicos y egoístas abusos de su madre. La pobre vieja Mammy en especial, cuyo corazón, al serle cortados todos sus lazos naturales, se había consolado con este hermoso ser, estaba casi destrozada. Lloraba día y noche y a causa de su pena se demostraba menos hábil y atenta que de costumbre en los cuidados que administraba a su ama, lo que ocasionaba una continua avalancha de invectivas sobre su indefensa persona.

La señorita Ophelia sintió la pérdida de la niña, pero su corazón bueno y noble le sirvió para acercarse a la vida eterna. Era más delicada, más amable, y aunque pusiera igual empeño en todas sus ocupaciones, lo hacía con un aire dulcificado y tranquilo, como aquel que no en vano está de acuerdo con su propio corazón. Mostraba mayor diligencia en la enseñanza de Topsy, cuyas principales lecciones se basaban en la Biblia, y ya no sentía repugnancia al tocarla ni manifestaba tampoco su asco irreprimible, porque ya no lo sentía. La veía ahora a través del cristal suavizado que la mano de Eva le había puesto por vez primera ante los ojos y descubrió en ella solo una criatura inmortal que Dios había enviado para que la guiase hacia la gloria y la virtud. Topsy no se volvió una santa de repente, pero la vida y la

muerte de Eva produjeron un sensible cambio en ella. Su empedernida indiferencia había desaparecido; ahora tenía sensibilidad, esperanzas, buenos deseos y se esforzaba por hacer el bien, una lucha irregular interrumpida o detenida en ocasiones, pero, sin embargo, renovada constantemente.

Un día, cuando Topsy había salido a hacer un recado para la señorita Ophelia, volvió con premura, escondiendo algo en su pecho.

—¿Qué estás haciendo aquí, inútil? Seguro que has estado robando algo —dijo la mandona Rosa, a quien le habían encargado que la llamara, al tiempo que la tomaba con rudeza por el brazo.

—¡Déjame en paz, señorita Rosa! —dio Topsy tirando hacia el otro lado —. ¡Esto no es asunto tuyo!

—¡Será otra de tus pillerías! —dijo Rosa—. Te he visto ocultando algo, conozco muy bien tus tretas —y Rosa la agarró por el brazo y alargó la mano para alcanzar lo que llevaba en el pecho, mientras Topsy, furiosa, le daba patadas y defendía con valor lo que consideraba que eran sus derechos. El fragor y el revuelo de la batalla llamaron la atención de la señorita Ophelia y de St. Clare, y ambos se presentaron allí.

—¡Ha estado robando! —dijo Rosa.

—¡Eso no es verdad! —vociferaba Topsy, sollozando con pasión.

—¡Dame eso, sea lo que sea! —dijo la señorita Ophelia con firmeza.

Topsy dudó, pero a una segunda orden sacó de su pecho un diminuto paquete hecho con la punta de una de sus viejas medias.

La señorita Ophelia desenvolvió el paquete y apareció un librito que Eva había regalado a Topsy y que contenía un verso de las Escrituras para cada día del año; entre sus páginas, en un papel, podía verse el rizo de cabello que la niña le había dado ese día memorable en el que se despidió de todos para siempre.

St. Clare se sintió muy afectado a la vista de ello: el librito había sido envuelto en una larga tira de crespón negro del luto del funeral de Eva.

—¿Por qué envolviste con esto el libro? —dijo St. Clare con el crespón en la mano.

—Porque… porque… porque… era de la señorita Eva. ¡Oh, por favor, no me lo quiten, por favor! —dijo, y sentándose en el suelo y cubriéndose

con el delantal empezó a sollozar desconsoladamente.

Había una curiosa mezcla de patetismo y de juego en el conjunto: la pequeña vieja media, el crespón negro, el libro de oraciones, el rizo hermoso y suave, la desesperación de Topsy.

—¡Vamos, vamos, no llores! Puedes guardar todas esas cosas —y juntándolas de nuevo se las puso en el regazo y se fue con la señorita Ophelia a la sala—. Creo, de verdad, que puedes intervenir en este asunto —dijo señalando con su pulgar hacia atrás por encima de su hombro—; cualquier alma capaz de sentir sinceramente dolor, puede hacer el bien. Deberías trabajar con ella.

—La niña ha mejorado mucho —dijo la señorita Ophelia—, tengo puestas en ella grandes esperanzas; pero, Augustine —dijo poniéndole la mano sobre el brazo—, te quería preguntar algo: ¿De quién será esta niña, tuya o mía?

—¡Cómo, yo te la di a ti! —dijo Augustine.

—Pero no legalmente, y quiero que sea mía legalmente —dijo la señorita Ophelia.

—¡Vaya, prima! —dijo Augustine—. ¿Qué pensará la Sociedad Abolicionista? ¡Declarará un día de duelo por este desliz si tú te conviertes en propietaria de esclavos!

—¡Oh, qué tontería! Quiero que sea mía porque así tendré la posibilidad de llevarla a los Estados libres y concederle la libertad, para que todo lo que estoy haciendo no se eche a perder.

—¡Oh, prima, que una horrible maldad pueda traer el bien! No puedo alentarlo.

—No quiero que bromees, sino que razones —dijo la señorita Ophelia —. No serviría de nada que cristianice a esta niña si no puedo salvarla de los azares y reveses de la esclavitud; y si tú, de verdad, estás de acuerdo, me gustaría ser su ama. Así que quiero que me des una escritura de que me la regalas, o algún papel legal.

—Bien, bien —dijo St. Clare—, lo haré —y se sentó y desplegó el periódico para leerlo.

—Pero es que quiero que lo hagas ahora —dijo la señorita Ophelia.

—Pero ¿por qué esta prisa?

—Porque ahora es el momento en que hay que hacer las cosas —dijo la señorita Ophelia—. Vamos, mira, aquí hay papel, pluma y tinta; no tienes más que escribirme un papel.

St. Clare, como la mayoría de los hombres de su estilo, odiaba cordialmente las sugerencias a la hora de hacer las cosas y, por consiguiente, se sintió bastante molesto ante la intransigencia de la señorita Ophelia.

—Pero ¿qué problema hay? ¿No puedes fiarte de mi palabra? ¡Podría pensarse que has tomado lecciones de los judíos para dirigirte así a alguien[3]!

—Quiero asegurarme de ello —dijo la señorita Ophelia—. Puedes morir o ponerte enfermo y, entonces, Topsy sería vendida en las subastas a pesar de todo lo que yo pueda hacer.

—Eres muy precavida. Bueno, puesto que me encuentro en manos de una yanqui, lo único que me queda por hacer es concederte lo que pides, — y St. Clare redactó rápidamente una escritura de donación; dado que él estaba muy versado en las fórmulas legales pudo hacerlo con extrema facilidad, firmando el documento con hermosas mayúsculas y terminando con una impresionante rúbrica.

—Bueno, ya lo tienes, señorita Vermont. ¿No queda así bien escrito, en negro sobre blanco? —le dijo mientras le tendía el documento.

—Buen chico —dijo la señorita Ophelia sonriendo—. Pero ¿no harán falta testigos?

—¡Ah, caramba, pues sí! Vamos a buscarlos —dijo abriendo la puerta de la habitación de Marie—. Marie, la prima quiere un autógrafo tuyo, solo que pongas tu nombre aquí debajo.

—¿Qué es esto? —dijo Marie recorriendo el papel con los ojos—. ¡Qué ridiculez! Pensé que la prima era demasiado piadosa para estas cosas horrendas —añadió mientras escribía descuidadamente su nombre—, pero si siente un capricho por mi firma, nos hará un favor llevándose a Topsy.

—Ya está, ya es tuya en cuerpo y alma —dijo St. Clare tendiéndole el papel.

—No es más mía de lo que era antes —dijo la señorita Ophelia—. Nadie más que Dios tiene el derecho de dármela, pero ahora la puedo

proteger.

—Bien, entonces es tuya por una ficción de la ley —dijo St. Clare mientras volvía a la sala y se sentaba a leer el periódico.

La señorita Ophelia, quien rara vez se sentaba durante mucho tiempo en compañía de Marie, fue tras él a la sala, no sin antes haber guardado cuidadosamente el papel.

—Augustine —le dijo de pronto cuando se sentó a tejer—, ¿has dispuesto algo para tus criados en caso de que te mueras?

—No —dijo St. Clare mientras proseguía su lectura.

—Entonces, tu indulgencia con ellos puede acabar en gran crueldad llegado el caso.

St. Clare había pensado lo mismo muy a menudo, pero contestó con negligencia:

—Bien, tengo la intención de redactar una disposición llegado el caso.

—¿Cuándo? —preguntó la señorita Ophelia.

—¡Oh, uno de estos días!

—¿Y qué sucederá si te mueres antes?

—Prima, ¿qué te pasa? —dijo St. Clare dejando el periódico y mirándola—. ¿Piensas que muestro los síntomas de la fiebre amarilla o del cólera para que te pongas a hacer arreglos *post mortem*[4] con tanto celo?

—«En la flor de la vida nos acecha la muerte»[5] —dijo la señorita Ophelia.

St. Clare se levantó y dejando descuidadamente el periódico en el suelo avanzó hasta la puerta que permanecía abierta en la galería para poner fin a esta conversación que no le agradaba. Mecánicamente, repitió otra vez la última palabra, muerte, y mientras se asomaba por la barandilla y miraba las aguas diamantinas que se elevaban y caían en la fuente, y mientras contemplaba las flores, los árboles, los floreros de los patios con un halo triste y borroso, repitió otra vez esa palabra, tan común en todas las bocas y, sin embargo, tan temible: MUERTE.

—Es curioso que exista una palabra semejante —dijo—, y lo que significa, y que siempre lo olvidemos; que uno puede vivir, hermoso y con cariño, lleno de esperanzas, deseos y anhelos un día y al siguiente puede desaparecer, desaparecer por completo y para siempre.

Era una tarde tibia y dorada, y mientras paseaba hasta el otro extremo de la galería vio a Tom ocupadísimo en su Biblia, señalando con su dedo cada palabra que leía y susurrándola para sí con aire absorto.

—¿Quieres que te lea un poco, Tom? —dijo St. Clare sentándose despreocupadamente a su lado.

—Si el señor tuviera la bondad —dijo Tom agradecido—. El señor lo hace tan bien…

St. Clare tomó el libro, ojeó la página y empezó a leer uno de los pasajes que Tom había señalado con unas grandes marcas a su alrededor. Decía así:

«Cuando el Hijo del Hombre llegue a la gloria y con él todos sus santos ángeles, entonces se sentará en su trono de gloria y ante él se reunirán todas las naciones, y él los separará unos de otros, como el pastor separa las ovejas de las cabras». St. Clare leyó con voz animada hasta que llegó al final de los versos.

«Entonces el rey dirá a los que están a su izquierda: “Apartaos de mí, malditos, y seréis condenados a las llamas eternas, pues estuve hambriento y no me disteis de comer, estuve sediento y no me disteis de beber, fui un peregrino y no me acogisteis, estuve desnudo y no me vestisteis”. Entonces ellos le responderán: “Señor, ¿cuándo te vimos con hambre o sediento, o peregrino, o desnudo, o en prisión, y no te asistimos?”. Y entonces él les dirá: “Cada vez que no lo hicisteis con el más pequeño de mis hermanos, tampoco lo hicisteis conmigo”»[6].

St. Clare pareció muy impresionado por este último pasaje, pues lo leyó dos veces, la segunda de ellas despacio, como si estuviera buscando las palabras en su mente.

—Tom —le dijo—, esos tipos que parecen sufrir un castigo tan duro parecen haber hecho lo mismo que yo: vivir bien, fácil y alegremente, sin molestarse en pensar si sus hermanos estaban hambrientos o sedientos, o enfermos o en prisión.

Tom no contestó.

St. Clare se levantó y anduvo pensativo por la galería, pareciendo olvidarse de todo; tan absorto se encontraba en sus propios pensamientos,

que Tom tuvo que recordarle dos veces que la campanilla para tomar el té había sonado.

St. Clare estaba ausente y pensativo durante el té. Después de la merienda, él, Marie y la señorita Ophelia se aposentaron en el salón casi en silencio.

Marie se instaló en un sofá, bajo una mosquitera de seda plateada, y enseguida se durmió. La señorita Ophelia se dedicó a su labor de punto. St. Clare se sentó al piano y empezó a tocar un suave y melancólico movimiento con el acompañamiento del instrumento. Parecía estar sumido en una ensoñación y estar entablando un soliloquio a través de la música. Después de un rato abrió uno de los cajones y sacó un viejo libro de música cuyas hojas amarilleaban con la edad y empezó a pasarlas.

—Mira —dijo a la señorita Ophelia—, este era uno de los libros de mi madre, aquí está su letra; ven y míralo. Lo copió y lo arregló tomándolo del *Réquiem* de Mozart —la señorita Ophelia se acercó atendiendo su invitación—. Era algo que solía cantar muy a menudo —dijo St. Clare—, me parece que puedo escucharlo ahora.

Arrancó unos cuantos acordes majestuosos y empezó a cantar aquella gran obra en latín, el *Dies irae*.

Tom, quien estaba escuchando en la terraza de la galería, fue atraído por las notas hasta la puerta, donde permaneció arrobado. Desde luego, no entendía las palabras, pero la música y el modo de cantar parecían afectarle de un modo poderosísimo, especialmente cuando St. Clare cantó las partes más patéticas. Tom habría quedado más impresionado de haber conocido el significado de las hermosas palabras:

Recordare Jesu pie
Quod sum causa tuae viae
Ne me perdas illa die.
Quaerens me sedisti lassus
Redemisti crucem passus
Tantus labor non sit cassus.[7]

St. Clare ponía una profunda y conmovedora expresión en estas palabras, pues el velo umbroso de los años parecía haber sido descorrido y tenía la impresión de estar escuchando la voz de su madre guiando la suya. La voz y el instrumento parecían tener vida propia y devolverle con vivida

simpatía aquellos compases que el divino Mozart concibió por vez primera para su propio Réquiem.

Cuando St. Clare hubo terminado de cantar, se quedó con la cabeza apoyada en las manos durante algunos instantes, y después comenzó a recorrer la habitación de arriba abajo.

—¡Qué sublime concepción es esta del juicio final! —dijo—. ¡Una reparación de todas las injusticias de los siglos, una resolución de todos los problemas morales por una sabiduría infinita! Desde luego, es una imagen maravillosa.

—Y aterradora para nosotros —dijo la señorita Ophelia.

—Supongo que debería serlo para mí —dijo St. Clare deteniéndose pensativo—. He estado leyéndole a Tom, por la tarde, el capítulo de Mateo en el que se da una descripción de él y me ha impresionado bastante. Uno esperaría encontrar cargos muy graves contra los que quedan excluidos del Reino de los Cielos por esta razón, pero no es así, son condenados por no hacer cosas normales y corrientes, como si en ello consistiera toda su culpa.

—Quizá —dijo la señorita Ophelia— sea imposible para una persona que no haga el bien no ser culpable.

—¿Y qué —dijo St. Clare hablando en general, pero con un profundo sentimiento— puede decirse entonces de aquel a quien su educación y la sociedad han llamado en vano a realizar algún noble propósito, que ha deambulado como un espectador soñador, neutral e indiferente ante las luchas, agonías e injusticias del hombre, cuando hubiera debido comprometerse?

—Podría decir —dijo la señorita Ophelia— que debería arrepentirse y empezar de nuevo.

—¡Siempre práctica y a punto! —dijo St. Clare con su cara abriéndose en una sonrisa—. Nunca me dejas tiempo para reflexiones genéricas, prima; tú siempre me llevas sin rodeos al momento actual, tienes una especie de ahora eterno que está siempre en tu mente.

—Ahora es todo el tiempo, y yo no tengo nada que ver con ello —repuso la señorita Ophelia.

—¡Querida niña Eva, pobre hija mía! —dijo St. Clare—. Ella había comprometido su sencilla alma, su espíritu, para hacerme mejor.

Desde la muerte de Eva era esta la primera vez que había pronunciado palabras así sobre ella, y ahora hablaba conteniendo, de manera evidente, sus fortísimos sentimientos.

—Mi concepción del cristianismo es tal —añadió— que pienso que ningún hombre puede profesarlo consecuentemente sin lanzarse por completo con toda la fuerza de su persona contra este monstruoso sistema de injusticia que constituye los cimientos del conjunto de nuestra sociedad; y si ello fuera necesario, que estuviera dispuesto a sacrificarse a sí mismo en la batalla. Con esto quiero decir que yo no podría ser cristiano de otra manera, aunque haya conocido a muchas personas ilustres y cristianas que no han hecho tales cosas; y confieso que la indiferencia de las personas religiosas con respecto a este tema, su falta de sensibilidad ante males que me llenan de horror, han producido en mí más escepticismo que otra cosa.

—Si sabes todo esto —dijo la señorita Ophelia—, ¿por qué no te pones manos a la obra?

—¡Oh! Porque yo tengo únicamente ese tipo de compromiso que consiste en echarse en un sofá y maldecir a la Iglesia y al clero por no ser mártires y confesores. Uno puede concluir, como sabes, con mucha facilidad que los otros deben ser mártires.

—Bien, ¿vas a actuar de modo diferente ahora? —dijo la señorita Ophelia.

—Solo Dios conoce el porvenir —dijo St. Clare—. Yo soy más valiente de lo que solía ser, porque lo he perdido todo, y aquel que no tiene nada que perder puede afrontar mejor los riesgos.

—¿Y qué es lo que vas a hacer?

—Mi deber, espero, en pro de los pobres y desvalidos, en cuanto sepa en qué consiste —dijo St. Clare—, empezando por mis propios sirvientes, por los que no he hecho aún nada y, quizá, algún día venidero pudiera ser que llegue a hacer algo por todos los de su clase, algo para salvar a mi país de la desgracia de esa injusta posición en la cual se encuentra ante las naciones civilizadas.

—¿Supones que es posible que una nación conceda la emancipación voluntariamente? —dijo la señorita Ophelia.

—No lo sé —dijo St. Clare—. Este es un momento de grandes empresas. El heroísmo y el desinterés están creciendo, aquí y allá, por todo el mundo. Los nobles húngaros han dado la libertad a millones de siervos, con grandes pérdidas pecuniarias; quizá entre nosotros se encuentren espíritus generosos que no estimen el honor y la justicia en dólares y centavos.

—Me cuesta creerlo —dijo la señorita Ophelia.

—Pero imagínate que al levantarnos una mañana los esclavos estén emancipados. ¿Quién educaría a esos millones y les enseñaría cómo emplear su libertad? Ellos no harían gran cosa con nosotros. La verdad es que nosotros mismos somos demasiado perezosos y poco prácticos para darles un buen ejemplo de lo necesarias que son la inteligencia y la energía para que se formen como hombres. Tendrán que irse al Norte, donde el trabajo se estila y es la costumbre general. Y dime, ¿hay bastante filantropía cristiana en los Estados norteños para llevar a cabo el proceso de educarlos y mejorarlos? Mandáis miles de dólares a las misiones, pero ¿podéis soportar a los paganos en vuestros pueblos y ciudades y darles vuestro tiempo, pensamientos y dinero para elevarlos al nivel del cristianismo? Eso es lo que me gustaría saber. Si los emancipamos, ¿estaréis dispuestos a educarlos? ¿Cuántas familias de tu ciudad tomarían un hombre o una mujer de color, los educarían, cargarían con ellos e intentarían convertirlos en verdaderos cristianos? ¿Cuántos comerciantes tomarían a Adolph si quisiera ser dependiente? ¿O mecánico, si quisiera aprender un oficio? Si quisiera enviar a Rosa y a Jane a una escuela, ¿cuántas escuelas estarían dispuestas a admitirlas? ¿Cuántas familias aceptarían alojarlas? Y eso que son tan blancas como muchas mujeres del Norte o del Sur. Ya ves, prima, quiero que se nos haga justicia. Estamos en una posición difícil. Nosotros somos los opresores más evidentes de la raza negra, pero los poco cristianos prejuicios del Norte constituyen una opresión casi tan grave.

—Sí, primo, sé que es así —dijo la señorita Ophelia—, supe que ocurría eso, y comprendí que mi deber era superarlo; pero confío haberlo conseguido ya y sé que hay muchas buenas personas en el Norte, quienes, sobre este particular, necesitan solamente que se les enseñe cuál es su deber para que cumplan con él. Desde luego que sería mucho más abnegado

recibir a los paganos entre nosotros que mandarles misioneros, pero pienso que podríamos hacerlo.

—Estoy seguro de que tú lo harías —dijo St. Clare—. ¡Me gustaría saber qué es lo que no harías si pensaras que se trataba de un deber tuyo!

—Bueno, no soy extraordinariamente buena —dijo la señorita Ophelia —. Los demás harían lo mismo que yo. Por lo demás, hay muchas gentes del Norte que hacen exactamente lo que tú dices.

—Sí, pero son una minoría, y si empezásemos a emancipar a nuestros esclavos, pronto tendríamos noticias vuestras.

La señorita Ophelia no continuó. Se produjo una pausa durante algunos instantes y el rostro de St. Clare quedó ensombrecido por una expresión triste y soñadora.

—No sé qué es lo que me hace pensar en mi madre tanto esta noche —dijo—. Tengo un sentimiento extraño, como si ella estuviese cerca de mí. No hago sino pensar en lo que me decía. Es extraño cómo la memoria nos trae el recuerdo de cosas del pasado de manera tan viva.

St. Clare recorrió la habitación de arriba abajo durante algunos minutos, y seguidamente dijo:

—Creo que voy a salir a la calle un rato a ver qué noticias hay esta noche.

Tomó su sombrero y se marchó.

Tom le siguió hasta la puerta del patio y le preguntó si deseaba que le acompañara.

—No, hombre —dijo St. Clare—. Volveré dentro de una hora.

Tom se sentó en la galería. Era una hermosa noche de luna y, sentado, miraba el surtidor de la fuente con el agua que subía y volvía a caer, y escuchaba su murmullo. Tom pensó en su casa y en que pronto sería un hombre libre y que podría volver allí cuando lo deseara. Pensaba en cómo podría trabajar para comprar a su mujer y a sus hijos. Sintió los músculos de sus oscuros brazos con una especie de alegría, como si pensara que pronto le pertenecerían y cuánto podrían trabajar para conseguir la libertad de toda su familia. Entonces se acordó de su noble y joven amo, y enseguida, como siempre, vino la acostumbrada plegaria que solía ofrecer por él; seguidamente sus pensamientos se dirigieron hacia la hermosa Eva, a la que

imaginaba entre los ángeles, y pensó tanto en ella que se figuró que su cara radiante y su cabello dorado estaban mirándole desde arriba, sobre el surtidor de la fuente. Y reflexionando sobre todo esto, se durmió, y soñó que ella venía corriendo hacia él, como siempre hacía, con un ramito de jazmín en el pelo, las mejillas radiantes de felicidad; parecía flotar sobre el suelo, sus mejillas cobraban un tono más pálido, sus ojos tenían una profunda y divina luz, un halo dorado le nimbaba la cabeza… y la aparición se desvaneció y Tom se despertó ante un fuerte golpe en la puerta y ruido de voces en la verja.

Se apresuró a abrir, y con voces ahogadas y fuertes pisadas entraron varios hombres, que traían sobre una camilla un cuerpo envuelto en una capa. La luz de la lámpara dio de lleno en su cara y Tom lanzó un grito salvaje de sorpresa y desesperación que resonó en todas las galerías mientras los hombres avanzaban con su carga hacia la puerta abierta del salón, donde se encontraba todavía la señorita Ophelia haciendo punto.

St. Clare había entrado en un café para echar un vistazo a un periódico vespertino. Mientras estaba leyendo, se produjo un altercado entre dos caballeros que se encontraban bastante beodos. St. Clare y uno o dos más intentaron separarles, y St. Clare recibió una puñalada fatal en el costado del cuchillo que intentaba arrebatar a uno de los litigantes.

La casa se llenó de gritos y lamentos, llantos y gemidos, con los criados arrancándose frenéticamente los cabellos, tirándose al suelo o corriendo erráticos, lamentándose. Tom y la señorita Ophelia eran los únicos que parecían tener alguna presencia de ánimo, en tanto que Marie sufría fuertes convulsiones histéricas. Siguiendo las indicaciones de la señorita Ophelia, uno de los divanes del salón fue preparado a toda prisa y se colocó sobre él el cuerpo ensangrentado. St. Clare se había desmayado por el dolor y la pérdida de sangre, pero en cuanto la señorita Ophelia le prestó sus cuidados volvió en sí, abrió los ojos, les miró fijamente y su mirada recorrió la sala y viajó por todos los objetos de la habitación, hasta detenerse en el retrato de su madre.

El médico llegó y lo examinó. Era evidente, por la expresión de su cara, que no había esperanza, pero se aplicó en vendarle la herida, y él, la señorita Ophelia y Tom procedieron a hacer este trabajo con gran

compostura entre los lamentos, sollozos y gritos de los afligidos servidores, que se amontonaban ante las puertas y ventanas de las galerías.

—Ahora —dijo el médico— tenemos que sacar de aquí a todas esas criaturas; todo depende de que pueda estar tranquilo.

St. Clare abrió los ojos y miró fijamente a los desconsolados seres que la señorita Ophelia y el médico intentaban echar de la habitación.

—¡Pobres criaturas! —dijo con una expresión de amargo reproche hacia sí mismo dibujada en su rostro. Adolph se negó en redondo a marcharse. El terror le había privado de toda presencia de ánimo, se había echado al suelo y nada podía persuadirle a levantarse. Los demás se atuvieron a las urgentes recomendaciones de la señorita Ophelia de que la seguridad de su amo dependía de su silencio y obediencia.

St. Clare no podía decir gran cosa y yacía con los ojos cerrados, pero era evidente que luchaba con pensamientos muy amargos. Después de un rato puso su mano en la de Tom, quien se había arrodillado a su lado, y le dijo:

—¡Ay, Tom, pobre amigo mío!

—¿Y por qué, amo? —dijo Tom con ansiedad.

—¡Me estoy muriendo! —dijo St. Clare estrechándole la mano—. ¡Reza!

—Si desea usted que llamemos a un cura… —dijo el médico.

St. Clare negó inmediatamente con la cabeza y dijo de nuevo a Tom, con mayor vehemencia:

—¡Reza!

Y Tom rezó con toda su alma y con todas sus fuerzas por esa alma que se estaba marchando, esa alma que parecía asomarse tan fijamente y con tanta tristeza por esos grandes ojos azules. La plegaria fue ofrecida entre lágrimas y gemidos.

Cuando Tom dejó de hablar, St. Clare le tomó de la mano y le miró fijamente, pero sin decir nada. Cerró los ojos, pero todavía mantenía su mano agarrada, pues en las puertas de la eternidad las manos blancas y las negras se estrechan en un mismo lazo. Murmuraba para sí, con intervalos entrocortados:

Recordare, Jesu pie…
Ne me perdas illa die…
Quaerens me sedisti lassus…

Era evidente que las palabras que había cantado no hace mucho estaban pasando por su mente, palabras de despedida dirigidas a la Divina Providencia. Sus labios se movían de cuando en cuando, saliendo de ellos retazos del himno.

—¡Su espíritu está delirando! —dijo el doctor.

—¡No! ¡Está volviendo a su morada, al fin! —dijo St. Clare con energía —. ¡Al fin, al fin!

El esfuerzo de hablar le había extenuado. La palidez definitiva de la muerte se apoderó de él, pero con ella, como caída de las alas de un espíritu compasivo, sobrevino sobre su rostro la expresión de paz de un niño cansado que durmiera.

Así se quedó durante algunos instantes. Los presentes vieron la mano del todopoderoso sobre él. Justo antes de que su alma se fuera, abrió los ojos con una luz repentina, como de alegría y de reconocimiento, dijo: «¡Madre!», y a continuación expiró.

Capítulo XXIX
Los desvalidos

A menudo oímos hablar de las desgracias que alcanzan a los esclavos negros cuando sufren la pérdida de un buen amo, y con mucha razón, ya que ninguna criatura de Dios sobre la tierra se queda tan desprotegida y afligida como el esclavo en esas circunstancias.

El niño que ha perdido a su padre cuenta todavía con la protección de los amigos y de la ley, él es algo y puede hacer algo, tiene derechos reconocidos y una posición, pero el esclavo no tiene nada. La ley le considera, en cualquier aspecto, tan desprovisto de todo derecho como una bala de algodón. El único reconocimiento posible de sus aspiraciones y necesidades de criatura humana e inmortal que le son dados le viene de la voluntad soberana e irresponsable de su amo, y cuando este amo desaparece, no queda nada.

Son pocos los hombres que saben cómo emplear ese poder totalmente irresponsable de modo humano y generoso. Todo el mundo lo sabe, y el esclavo lo sabe aún mejor, y así intuye que tiene diez probabilidades de encontrar a un amo tiránico contra una de dar con uno considerado y amable. Por esto el duelo por un buen amo es largo e intenso, como puede comprenderse.

Cuando St. Clare exhaló su último suspiro, el terror y la consternación se apoderaron de todos sus criados. ¡Había sido segado en un instante en^ la flor de la vida y en todo el esplendor de su vida! En cada habitación y pasillo de la casa resonaban sollozos y gritos de desesperación.

Marie, cuyo sistema nervioso se hallaba sobrexcitado por su constante carrera de autoconmiseración, no tenía nada para afrontar el terror del golpe, y en el momento en el que su marido expiraba comenzó a pasar de

un desmayo a otro. Aquel con quien estaba unida por los misteriosos lazos del matrimonio se separó de ella para siempre sin haber tenido siquiera la oportunidad de pronunciar una palabra de despedida.

La señorita Ophelia, con su característica fuerza y autocontrol, se quedó junto a su pariente hasta el fin, toda ojos y oídos, atentísima, haciendo lo poco que se podía hacer y uniéndose con toda su alma a las tiernas y emocionadas plegarias que los esclavos elevaban en alta voz por el alma de su difunto amo.

Cuando le estaban amortajando para su eterno descanso, encontraron sobre su pecho una miniatura dentro de una diminuta cajita que se abría con un resorte. Era el retrato de un rostro femenino noble y hermoso; y en el otro lado, baio un cristal, un mechón de pelo negro. Lo dejaron en el pecho sin vida, polvo que volvía a ser polvo, pobres y tristes reliquias de antiguos sueños que antes habían hecho latir con pasión aquel corazón, ahora helado.

El alma de Tom quedó invadida por el pensamiento de la eternidad, y mientras rezaba junto a aquel cuerpo inerte no pensó en ningún momento que este golpe repentino le dejaba en una esclavitud sin esperanza. Se sintió en paz con su amo, pues en aquella hora, cuando pronunciaba en voz alta sus oraciones dirigidas al Padre, había encontrado la respuesta de paz y de certeza que brotaba en su interior. En las profundidades de su afectuosa naturaleza alcanzó a percibir algo de la plenitud del amor divino, pues un antiguo oráculo dice que «el que vive en el amor vive en Dios, y Dios en él». Tom esperaba y confiaba y estaba en paz.

Pero el funeral pasó, con todo su cortejo de crespones negros, oraciones y caras solemnes, y volvieron las frías y cenagosas aguas de la vida cotidiana y se planteó la dura y eterna pregunta de «qué era lo que había que hacer».

Se le ocurrió a Marie, cuando, vestida con amplios ropajes y rodeada de criados inquietos, se sentó en una gran butaca y se disponía a inspeccionar muestras de tela negra. Se le ocurrió a la señorita Ophelia, que empezaba a dirigir sus pensamientos hacia su hogar norteño. Surgió con terror silencioso en las mentes de los criados, que conocían bien el carácter tiránico y sin sensibilidad del ama, en cuyas manos estaban ahora. Todos sabían, y muy bien, que la indulgencia con la que habían sido tratados no

venía de su ama, sino del amo, y que ahora que él había desaparecido no habría ninguna protección entre ellos y todos los caprichos tiránicos que puede inventar un carácter amargado por la aflicción.

Unas dos semanas después del funeral, la señorita Ophelia estaba atareada en su cuarto cuando oyó un delicado golpe en su puerta. La abrió y allí estaba Rosa, la hermosa joven cuarterona de quien ya hemos hablado en otras ocasiones, con el cabello desordenado y los ojos hinchados de tanto llorar.

—¡Oh, señorita Feely! —dijo poniéndose de rodillas y tomándola por la falda del vestido—. ¡Vaya usted, vaya usted a ver a la amita Marie para interceder por mí! ¡Quiere que me azoten, mírelo! —y tendió un papel a la señorita Ophelia.

Era una orden, escrita con la delicada caligrafía en letra itálica de Marie, que se dirigía al jefe de una casa de corrección para que le dieran quince azotes a la portadora.

—¿Qué es lo que has podido hacer? —le preguntó la señorita Ophelia.

—Ya sabe, señorita Feely, tengo mal genio, eso es un defecto muy malo que tengo. Me estaba probando un traje de la señorita Marie y ella me dio una bofetada, y yo le contesté con mucho descaro antes de poder pensar; y ella ha dicho que me va a bajar los humos y a hacerme saber de una vez por todas que no iba a ser tan afortunada como lo había sido hasta ahora, y escribió esto y me dijo que lo llevara. Preferiría que me matara ahora mismo.

La señorita Ophelia permaneció pensativa con el papel en la mano.

—Sabe, señorita Feely —dijo Rosa—, a mí no me importan tanto los azotes si me los diera usted o la señorita Marie, ¡pero que me los dé un hombre! ¡Y un hombre tan abyecto! ¡La vergüenza que pasaré, señorita Feely!

La señorita Ophelia sabía que era una costumbre generalizada la de enviar a las mujeres y a las muchachas a casas de corrección y dejarlas en manos de los hombres más bajos, hombres lo bastante viles como para vivir de esta profesión, para sufrir públicamente un vergonzoso castigo.

Lo había sabido antes, pero sin tomar conciencia de ello hasta que vio la delgada figura de Rosa al borde de la histeria. Toda su honrada sangre de

mujer y la fuerza del espíritu que busca la libertad propia de la Nueva Inglaterra se le subió a las mejillas, y le dolió su indignado corazón con profunda amargura; pero con su acostumbrada prudencia y autodominio consiguió controlarse y arrugando el papel con firmeza en la mano le dijo simplemente a Rosa:

—Siéntate, hija, mientras voy a hablar con tu ama.

«¡Vergonzoso! ¡Monstruoso! ¡Insultante!», se decía a sí misma mientras atravesaba el salón.

Encontró a Marie sentada en su butaca, atendida por Mammy, que le peinaba el cabello; Jane estaba sentada en el suelo delante de ella y se ocupaba de arreglarle los pies.

—¿Cómo te encuentras hoy? —preguntó la señorita Ophelia.

Un profundo suspiro y una caída de párpados fueron la inmediata respuesta; al cabo de un rato contestó:

—¡Oh, no lo sé, prima! ¡Me imagino que me encuentro tan bien como podré estar ya siempre! —y Marie se secó los ojos con un pañuelo de batista, con el borde adornado por una ancha cenefa negra.

—Vengo —dijo la señorita Ophelia con esa tosecilla seca que sirve a menudo para tratar de un tema espinoso—, vengo para hablar contigo de la pobre Rosa.

Los ojos de Marie se abrieron entonces mucho más y un rubor se elevó hasta sus delgadas mejillas, mientras respondía con sequedad:

—¿Qué pasa con ella?

—Siente mucho lo que ha hecho.

—¿De verdad lo siente? Pues lo sentirá todavía más después de que la castiguen. He soportado ya demasiado la insolencia de esa chica y ahora le voy a bajar los humos, le voy hacer morder el polvo.

—Pero ¿no puedes castigarla de otra manera, con algo que sea menos vergonzoso?

—Precisamente intento que se avergüence, eso es exactamente lo que quiero. Siempre se ha pasado la vida presumiendo de finura, de su buena presencia y de sus aires de dama, ¡y ha acabado por olvidarse de quién es! ¡Por eso quiero darle una lección, para que ponga de una vez los pies en el suelo!

—Pero, prima, considera que si le quitas la delicadeza y el sentido de la vergüenza a una muchacha, se depravará muy rápidamente.

—¡Delicadeza! —dijo Marie con una risa burlona—. ¡Bonita palabra para una como ella! Le enseñaré que, con todos sus aires, no es mejor que la más andrajosa fulana negra que va por las calles. ¡No se dará ya más aires conmigo!

—¡Responderás ante Dios por una crueldad semejante! —dijo la señorita Ophelia con energía.

—¿Crueldad? Me gustaría saber dónde está la crueldad… Le he escrito una orden con solo quince latigazos y en ella pongo que no se los den muy fuertes. ¡No creo que haya ninguna crueldad en esto!

—¿Que no hay crueldad? —dijo la señorita Ophelia—. Estoy segura de que cualquier chica preferiría mil veces que la mataran.

—Podría parecerle eso a personas que comparten tus mismos sentimientos, prima, pero todas estas criaturas están acostumbradas. Es el único modo que hay de mantenerlas a raya. Si les dejas creer que pueden adoptar aires de grandeza y todo lo demás, acabarán mandando en todo, tal y como han estado haciendo siempre mis criados. ¡Ahora estoy empezando a someterlos y quiero que se enteren bien todos de que si no se portan bien ordenaré que los azoten a uno tras otro! —dijo Marie mirando a su alrededor con decisión.

Jane escuchó atenta y se estremeció al oír esto, pues sintió que se dirigía a ella en particular. La señorita Ophelia se sintió durante un instante como si hubiera tragado una mezcla explosiva y estuviera a punto de estallar. Entonces, recapacitando sobre la total inutilidad de intentar controlar a semejante naturaleza, apretó los labios con decisión, reunió sus fuerzas y salió de la habitación.

Le era muy difícil volver y decirle a Rosa que no había podido hacer nada por ella; poco después uno de los sirvientes vino para decirle que su ama le había mandado llevar a Rosa a la casa de corrección, adonde la había conducido a pesar de sus lágrimas y súplicas.

Unos días después, Tom estaba apoyado en la barandilla, mirando lo que se extendía ante sus ojos, cuando Adolph sé acercó a él. Desde la muerte de su amo estaba por completo abatido y desconsolado. Adolph

sabía que siempre había sido poco grato para Marie, pero en vida de su amo no había prestado mucha atención a esto. Ahora que él había desaparecido, vivía entre temblores y miedos cotidianos, sin saber qué era lo que le podría suceder al día siguiente. Marie había mantenido muchas consultas con su abogado y después de haber hablado con el hermano del señor St. Clare se había decidido a vender el lugar y todos los criados, excepto los de su propiedad personal, que contaba llevarse consigo.

—¿Sabes, Tom, que nos van a vender a todos? —dijo Adolph—. Y ella volverá a la plantación de su padre.

—¿Cómo te has enterado de eso? —dijo Tom.

—Me escondí detrás de las cortinas cuando la señora estaba hablando con el abogado. Dentro de unos cuantos días nos subastarán, Tom.

—¡Que los designios del Señor se cumplan! —dijo Tom cruzándose de brazos y suspirando con pesadumbre.

—Nunca tendremos un amo como él —dijo Adolph preocupado—. Pero prefiero que me vendan a probar suerte con la señora.

Tom se dio media vuelta con el corazón embargado por la pena. La esperanza de la libertad, el recuerdo de su mujer y de sus hijos, tan lejanos, volvieron a presentarse ante él, como vería un marinero, en un naufragio a la entrada de un puerto, el campanario de la iglesia o los hermosos tejados de las casas de un pueblo por última vez, por encima de una negra ola, solo para darles su última despedida. Apretó sus manos contra su pecho y se tragó unas amargas lágrimas, intentando rezar. Este pobre hombre tenía tan particulares y arraigadas ideas en favor de la libertad, que constituían una verdadera maldición para él, y cuanto más decía «Hágase tu voluntad», peor se sentía[1].

Fue en busca de la señorita Ophelia, quien desde la muerte de Eva le había tratado con una marcada y respetuosa amabilidad.

—Señorita Feely —le dijo—, el amo St. Clare me había prometido la libertad. Me dijo que había empezado a hacer los papeles para ello, y ahora, tal vez, la señorita Ophelia tendría la amabilidad de ir a hablar con la señora por si ella quisiera cumplir el deseo del señor St. Clare.

—Hablaré en tu favor, Tom, y lo haré lo mejor que pueda —dijo la señorita Ophelia—; pero si depende de la señora St. Clare, no puedo esperar

gran cosa de provecho para ti; sin embargo, lo intentaré.

Este diálogo se produjo unos días después del caso de Rosa, en mitad de los preparativos de la señorita Ophelia para volver al Norte.

Reflexionando seriamente consigo misma, consideró que, quizá, había mostrado un excesivo calor en su lenguaje durante el último encuentro que tuvo con Marie, y decidió que ahora moderaría su celo y sería tan conciliadora como fuera posible. Así que la buena señora reunió sus fuerzas, tomó su labor de calceta, resuelta a ir a la habitación de Marie, mostrarse lo más agradable posible y negociar el caso de Tom con todo su talento diplomático, que con tanta maestría sabía emplear.

Encontró a Marie echada cuan larga era sobre un diván, apoyado un codo en algunas almohadas, mientras Jane, que había ido de compras, le iba poniendo delante algunas muestras de finas telas negras.

—Esto irá bien —dijo Marie eligiendo una—, solo que no estoy segura de que sea de auténtico luto.

—Mire, señora —dijo Jane muy charlatana—. La esposa del general Derbennon se puso esto mismo, justo después de la muerte del general, el verano pasado; ¡sienta muy bien!

—¿Qué piensas, prima? —dijo Marie a la señorita Ophelia.

—Es una cuestión de gusto, me parece —contestó la señorita Ophelia —. Puedes juzgar sobre esto mejor que yo.

—Lo que pasa es que no tengo ni un vestido que me pueda poner —dijo Marie—. Y como voy a venderlo todo y me voy a marchar la semana que viene, tengo que decidirme por algo.

—¿Te vas tan pronto?

—Sí. El hermano del señor St. Clare me ha escrito, y tanto él como su abogado piensan que los criados y los muebles deben subastarse y dejar la casa a cargo de nuestro abogado.

—Hay algo de lo que querría hablar contigo a este respecto —dijo la señorita Ophelia—. Augustine le prometió a Tom que le concedería la libertad y empezó los trámites legales para ello. Espero que hagas uso de tu influencia para que se concluyan.

—¡Desde luego que no haré tal cosa! —dijo Marie con sequedad—. Tom es uno de los criados más valiosos de la casa, no podemos

permitírnoslo, en cualquier caso. Y además, ¿para qué quiere su libertad? Está mucho mejor así.

—Pero es que la desea con toda su alma y su amo se la había prometido —dijo la señorita Ophelia.

—Pues claro que la quiere —dijo Marie—, todos la desean, porque son todos una gentuza siempre descontenta que quiere lo que no tiene. Ahora bien, yo, por principio, estoy en contra de la emancipación, se mire por donde se mire. Si un negro está bajo el cuidado de un amo, no se porta mal y es honrado; pero déjalo libre, y se vuelve perezoso y no trabajará más, se emborrachará y seguirá por la pendiente del mal, para convertirse en un tipo despreciable. Lo he visto centenares de veces. Dejarles libres no es hacerles ningún favor.

—Pero Tom es tan serio, tan trabajador, tan piadoso…

—¡Oh, no tienes que decírmelo! He visto a cientos como él. Se portará muy bien si alguien lo tiene a su cargo, y eso es todo.

—Pero, entonces, piensa —dijo la señorita Ophelia— en las posibilidades que hay de que cuando lo subasten le toque un mal amo.

—¡Oh, eso son tonterías! —dijo Marie—. No hay una sola vez de cien en la que un buen tipo dé con un mal amo; la mayoría de los amos son buenos, se diga lo que se diga. Yo he vivido y me he criado aquí en el Sur y no sé de ningún amo que tratara mal a sus criados, los tratan como se merecen. No tengo ninguna preocupación en este sentido.

—Bueno —dijo la señorita Ophelia con energía—. Sé que una de las últimas voluntades de tu marido era que Tom fuera emancipado, fue una de las promesas que le hizo a Eva en su lecho de muerte, y no creo que puedas sentirte libre de no tenerla en cuenta.

Marie se cubrió la cara con su pañuelo tras esta andanada y empezó a sollozar y a oler de su frasco de sales con grandes aspavientos.

—¡Todo el mundo está contra mí! —dijo—. ¡Todo el mundo es tan desconsiderado! ¡No me esperaba de ti que me trajeras esos recuerdos que me trastornan tanto, es algo tan desconsiderado! ¡Pero nadie se preocupa por mí, y mis sufrimientos son tan peculiares! ¡Es tan duro que cuando he tenido una única hija me haya sido arrebatada y que cuando tenía un marido que me convenía perfectamente, y es dificilísimo que a mí me convenga

alguien, me sea también arrebatado! ¡Y tú pareces tener tan pocos sentimientos hacia mí recordándomelo con tanta falta de tacto, cuando sabes muy bien lo derrotada que estoy! ¡Supongo que lo haces con buena intención, pero es muy muy desconsiderado! —Marie sollozaba y perdía el aliento, y llamó a Mammy para que le abriera la ventana y le trajera el alcanfor para dárselo en las sienes y para que le desabrochara el vestido. Y en la confusión general que siguió a esto la señorita Ophelia emprendió la huida hacia su cuarto.

Comprendió que no sería de ninguna utilidad añadir cosa alguna, pues Marie tenía una grandísima facilidad para los ataques histéricos; y tras esto, en cualquier ocasión en la que se aludiera a las últimas voluntades con respecto a los criados de su marido o de Eva, encontraría muy apropiado poner uno en marcha. La señorita Ophelia, entonces, hizo lo que, después de todo, más podía serle de ayuda a Tom: le escribió una carta a la señora Shelby de su parte, contándole sus tribulaciones y apremiándola para que lo socorriera.

Al día siguiente, Tom, Adolph y media docena de criados más fueron conducidos a un mercado de esclavos y pasaron a manos de un traficante que estaba preparando un lote para subastarlo.

Capítulo XXX
El mercado de esclavos

¡Un mercado de esclavos! Quizá algunos de mis lectores quieran evocar las horribles visiones de semejante lugar. Imagínense una sucia y oscura guarida, un horrible Tártaro[1] *informis, ingens, cui lumen ademptum*[2]. Pero no es así, inocentes amigos: en nuestros días los hombres han aprendido el arte de pecar con pericia y amabilidad para no ofender la vista y los sentidos de las personas respetables. La propiedad humana se cotiza a un alto precio en el mercado y, por tanto, se la alimenta bien, está limpia, bien atendida y cuidada para poderla presentar musculosa, fuerte y lustrosa a la venta. Un mercado de esclavos en Nueva Orleans es un edificio que no se diferencia mucho de los demás por su exterior, muy atildado, en donde cada día se pueden ver, bajo una especie de cobertizo que da a la calle, filas de hombres y mujeres allí dispuestos como muestra de la mercancía que se vende en aquellos lugares.

Allí se anima a los visitantes, con cortesía, a que pidan y examinen la mercancía, y allí se encuentra una muchedumbre de maridos, esposas, hermanos, hermanas, padres, madres y niños pequeños que «se venden separados o en lotes, según la conveniencia del comprador»; y su alma inmortal, que en su día fue redimida por la sangre y los sufrimientos del Hijo de Dios, cuando la tierra tembló, las rocas se agrietaron y las tumbas se abrieron, puede venderse, alquilarse, hipotecarse, intercambiarse por alimentos o por productos de mercería en cumplimiento de las diferentes modalidades de la transacción o siguiendo la fantasía del comprador.

Un día o dos después de la conversación entre Marie y la señorita Ophelia, Tom, Adolph y una media docena más de criados de la propiedad de St. Clare quedaron al amable cuidado y atención del señor Skeggs, el

encargado del almacén de la calle …[3], para esperar allí la subasta del día siguiente.

Tom llevaba consigo un baúl considerable lleno de ropa, como casi todos los demás. Por la noche se alojaron en una vasta habitación donde se reunían muchos otros hombres de todas las edades, tamaños y colores, y de allí salían carcajadas y risas despreocupadas.

—¡Ja, ja, ja! ¡Muy bien, chicos, seguid así! —dijo el señor Skeggs, el encargado—. ¡Mi gente está siempre tan alegre! Sambo, eres tú, por lo que veo —dijo alabando a un fornido negro que estaba haciendo las bufonerías de baja estofa que ocasionaban los gritos que Tom había oído.

Como puede imaginarse, Tom no estaba de humor para unirse a estos regocijos, y por ello, poniendo su baúl lo más lejos posible del ruidoso grupo, se sentó sobre él y apoyó su cara contra el muro.

Los comerciantes en este artículo humano hacen escrupulosos y sistemáticos esfuerzos para avivar la alegría ruidosa entre los esclavos como medio para alejar su reflexión y para hacerles insensibles a su condición. El único objeto de todo el proceso que sufre el negro desde que es vendido en un mercado del Norte hasta que llega al Sur es el de volverle insensible, irreflexivo y brutal. El mercader de esclavos reúne su lote en Virginia o Kentucky y lo conduce a algún lugar adecuado y saludable, a menudo un balneario, para que engorden. Entonces se les sirven buenas comidas a diario y, dado que algunos tienen tendencia a ponerse tristes, se les deja con un violinista que les hace bailar todos los días. Si alguno se niega a ello, pues en su alma hay pensamientos hacia su mujer, sus hijos o su casa que le impiden estar alegre, es considerado como siniestro y peligroso y queda sujeto a todo tipo de malos tratos que pueden infligirle las manos de un hombre irresponsable y endurecido. La animación, la viveza y la alegría que presenten, en especial ante los compradores, se ven reforzadas a cada instante por ellos mismos, tanto por la esperanza de encontrar un buen amo como por el miedo de lo que pueda hacerles el capataz si no son vendidos.

—¿Qué haces aquí, negro? —preguntó Sambo acercándose a Tom después de que el señor Skeggs hubiera abandonado la habitación. Sambo era completamente negro, de elevada estatura, muy animado y charlatán,

dispuesto a las bromas y a las muecas—. ¿Qué haces aquí? —repitió Sambo mientras se ponía al lado de Tom y le empujaba en broma—. Meditando, ¿eh?

—Me van a subastar mañana —dijo Tom con serenidad.

—¡Le van a subastar, ja, ja! Chicos, ¿no es esto divertido? ¡Ya me gustaría acompañarte! Dime, ¿no te haría reír? Pero ¿cómo es que os venden a todos mañana? —dijo Sambo, dejando caer su mano pesadamente sobre el hombro de Adolph.

—¡Por favor, déjame en paz! —dijo Adolph furioso, conteniendo su profundo asco.

—¡Mirad aquí, chicos! ¡Este que veis es uno de esos esclavos negros de color blanco! Ya sabéis, con un tono crema y perfumado —dijo acercándose a Adolph y olfateándole—. ¡Ay, Dios mío, servirá muy bien en una tienda de tabacos, le podrán tener para que perfume el rapé! ¡Dios, tendrá toda la tienda perfumada, vaya que sí!

—¡Te he dicho que me dejes en paz! ¿No me has oído? —dijo Adolph rabioso.

—¡Ay, Dios, pero qué finolis somos los negros blancos! ¡Miradnos! —y Sambo hizo una jocosa imitación de los gestos de Adolph—. Aquí hay modales y uno se da aires. Hemos estado en una buena familia, me imagino.

—Sí. He tenido un amo que podía haberos comprado a todos por una miseria.

—¡Vaya! —dijo Sambo—. ¡Es todo un caballerete!

—Pertenecía a la familia St. Clare —dijo Adolph con orgullo.

—Dios mío, ¿de verdad? Que me cuelguen si no han tenido muchísima suerte librándose de ti. ¡Espero que te vendan con un montón de escoria y gente así! —dijo Sambo con una mueca provocadora.

Adolph, enfurecido por esta burla, se lanzó lleno de rabia contra su adversario, jurando y golpeando en donde podía. Los demás reían y gritaban, y el revuelo hizo que el guardián se presentara en la puerta.

—¿Qué es lo que pasa, chicos? ¡Calma, calma! —dijo, y entró en la habitación haciendo restallar un buen látigo.

Todos se dispersaron en diferentes direcciones, excepto Sambo, quien suponía que el favor que gozaba con el guardián le daba derecho a alborotar y que se mantuvo en pie, agachando la cabeza con una mueca divertida cuando este amagaba golpearle.

—¡Por Dios, mire, amo, nosotros somos muy buenos, son estos tipos nuevos que han llegado los que lo están revolviendo todo; no dejan de meterse con nosotros!

El guardián, al oír esto, se volvió hacia Tom y Adolph y les propinó unos cuantos puntapiés y puñetazos, sin hacer más averiguaciones; y dando órdenes a todos de que fueran buenos chicos y se durmieran, se fue de la sala.

Mientras tenía lugar esta escena en el almacén de los hombres, el lector podría sentir la curiosidad de echar un vistazo a lo que sucedía en la sala de las mujeres. Echadas en diferentes posturas sobre el suelo, durmiendo, podría ver numerosas formas de todo tipo, desde el más puro ébano hasta el blanco, y de todas las edades, de la infancia a la vejez. Había allí una

delicada y despierta niña de diez años cuya madre había sido vendida ayer y que esta noche lloraba hasta caer rendida de sueño porque nadie se ocupaba de ella. Allá, una negra vieja y acabada, cuyos flacos brazos y callosos dedos indican que ha trabajado duro, espera a ser vendida mañana como un saldo, por lo que se pueda sacar de ella; y cuarenta o cincuenta más, con las cabezas cubiertas por mantas o ropajes, yacen tumbadas alrededor. Pero en un rincón, sentadas aparte de las demás, hay dos mujeres con una apariencia que se sale de lo común. Una de ellas es una mulata bien vestida, que aparenta tener entre cuarenta y cincuenta años, de ojos azules y fisonomía suave y agradable. En su cabeza lleva un gran turbante hecho con un pañuelo rojo de madrás de primera calidad, su vestido está bien cortado y es de buena tela y demuestra que se lo han confeccionado con todo cuidado. A su lado, y apoyada en ella, hay una jovencita de unos quince años, su hija. Es una cuarterona, como puede verse por su tez más clara, aunque el parecido con su madre se descubre enseguida. Tiene los mismos ojos dulces y oscuros, con largas pestañas, y su cabello rizado es de un castaño muy vivo. También va vestida con una gran corrección y sus blancas y delicadas manos parecen poco acostumbradas a trabajos serviles. Las dos serán vendidas mañana en el mismo lote que los criados de St. Clare, y el caballero al que pertenecen y a quien se enviará el dinero de la venta es miembro de una Iglesia cristiana en Nueva York, quien una vez haya cobrado irá a recibir tranquilamente la bendición de su Dios y de los suyos y no pensará más en ello.

Estas dos mujeres, a las que llamaremos Susan y Emmeline, habían sido las doncellas de una caritativa y piadosa dama de Nueva Orleans, quien las había educado e instruido con todo cuidado en la piedad cristiana. Les había enseñado a leer y a escribir, les había mostrado las verdades de la religión, y su vida había sido tan feliz como pueda serlo la vida de los de su condición. Pero el único hijo de la dueña llevaba la gestión de la propiedad y a causa de sus descuidos y aventuras se había metido en deudas y, al fin, se declaró en quiebra. Uno de los principales acreedores era la respetable firma B. & Co. de Nueva York. B. & Co. escribió entonces a su abogado en Nueva Orleans, quien embargó las propiedades existentes (estos dos ejemplares y un grupo de esclavos de plantación formaban la parte más

valiosa de las mismas) y envió una misiva en este sentido a Nueva York. El hermano B., que como hemos dicho era un buen cristiano y que vivía en un Estado libre, se sintió algo incómodo con este asunto. No le gustaba comerciar con esclavos ni con almas humanas y, desde luego, no lo hizo; pero le ofrecieron treinta mil dólares para sus arcas, y esto era demasiado dinero para que se echara a perder por una cuestión de principios; y así, después de pensarlo mucho y de pedir consejo a los que sabía que pensaban como él, el hermano B. escribió a su abogado para que resolviera el asunto como mejor le pareciera y le mandara cuanto antes el dinero.

Al día siguiente de que la carta llegara a Nueva Orleans, Susan y Emmeline fueron esposadas y conducidas al almacén para esperar la subasta general que se realizaría a la mañana siguiente; mientras sus caras relucen a la luz de la luna que entra por una ventana enrejada, podemos escuchar su conversación. Las dos están llorando, pero tan quedo que la otra no la puede oír.

—Madre, anda, pon la cabeza sobre mi regazo e intenta dormir un poco —dice la muchacha, esforzándose en parecer tranquila.

—No tengo ninguna gana de dormir, Em; no puedo, es la última noche en que vamos a estar una al lado de la otra.

—¡Oh, madre, no digas eso! Tal vez consigamos que nos vendan juntas, quién sabe…

—Si fueras cualquier otra persona, yo también diría eso, Em —replicó la mujer—; pero tengo tanto miedo de perderte que no veo más que el peligro.

—Mira, madre, el hombre nos dijo que las dos éramos bien parecidas y que nos venderíamos muy bien.

Susan recordó las miradas y las palabras del hombre. Con un malestar de muerte en su corazón le vino a la memoria cómo había mirado las manos de Emmeline y levantado su cabello rizado y, tras esto, la había catalogado como un artículo de primera calidad. Susan había sido educada en la fe cristiana, criada con lecturas diarias de la Biblia, y sentía el mismo horror a que su hija fuera vendida para llevar una vida de vergüenza que el que pudiera sentir cualquier otra madre cristiana; pero no tenía esperanza ni protección alguna.

—Madre, pienso que lo mejor que podemos nacer es que consigas una colocación de cocinera y yo de doncella o de sirvienta en alguna familia. Me atrevo a decir que lo conseguiremos. Debemos aparecer lo más guapas y vivas que sea posible; de verdad te digo que podemos conseguirlo —dijo Emmeline.

—Me gustaría que mañana te peinaras con el cabello hacia atrás —dijo Susan.

—¿Para qué, madre? No me queda bien el pelo.

—Sí, pero te conviene más llevarlo así.

—¿Y por qué? —preguntó la chica.

—Las familias respetables te comprarán más fácilmente si pareces sencilla y decente que si te ven muy atractiva. Conozco sus costumbres mejor que tú —dijo Susan.

—Bien, madre, así lo haré.

—Y Emmeline, si no nos volviéramos a ver nunca más después de mañana, si me venden para una plantación en cualquier parte y a ti para otro lugar, recuerda siempre cómo has sido educada y lo que la señora te ha dicho; lleva contigo tu Biblia y tu libro de himnos, y si confías en Dios, Él no te abandonará.

Así hablaba la pobre mujer con amarga desazón, pues sabía que al día siguiente cualquier hombre, por brutal o vil, ateo o despiadado que fuera, con tal de que tuviera dinero para comprarla, se podía convertir en el propietario de su hija, de su cuerpo y de su alma: y entonces, ¿cómo podría seguir siendo una chica honrada? Pensaba en todo esto mientras abrazaba a su hija y deseaba que no fuera hermosa y atractiva.

Le parecía un agravante que se la hubiera educado con tanta pureza y piedad, tan por encima de lo común. Pero no tenía más recurso que rezar, y muchas plegarias como la suya han debido de elevarse de esas cárceles para esclavos limpias y bien arregladas, plegarias que Dios no ha olvidado, pues vendrá el día en que se cumplan las escrituras: «Pero al que escandalice a uno de estos pequeños que creen en mí, más vale que le cuelguen al cuello una rueda de molino de esas que mueven los asnos, y lo hundan en lo profundo del mar»[4].

Los tenues, persistentes y pacíficos rayos de luna se asomaban con fijeza, dibujando los barrotes de las ventanas enrejadas sobre las formas dormidas. La madre y la hija entonaban juntas un cántico extraño y melancólico, muy frecuente en los funerales de los negros:

Oh, ¿dónde está la llorosa Mary?
Oh, ¿dónde está la llorosa Mary?
Llegó a la buena tierra.
Se murió y se ha ido al cielo.
Se murió y se ha ido al cielo.
Llegó a la buena tierra.

Estas palabras, cantadas por voces de una dulzura peculiar y melancólica, con una melodía que parecía el suspiro de la desesperación terrenal en busca de la esperanza del reino de los cielos, se difundían por la oscura cárcel y sus dependencias con una cadencia patética, cuando iban saliendo verso tras verso:

Oh, ¿dónde están Paul y Silas?
Oh, ¿dónde están Paul y Silas?
Se fueron a la buena tierra.
Se murieron y han ido al cielo.
Se murieron y han ido al cielo.
Llegaron a la buena tierra.

¡Ay, pobres almas benditas, seguid cantando! ¡La noche es corta y la mañana os separará para siempre!

Pero ya ha amanecido y todo el mundo se pone en actividad; y el buen señor Skeggs está afanoso y de buen humor, pues un lote de calidad va a pasar a subasta. Hay un riguroso control del aseo y se les aconseja a todos que pongan su mejor cara y que se apresuren; ahora están todos colocados en círculo para pasar revista por última vez antes de ser conducidos al edificio de la Bolsa.

El señor Skeggs, con su sombrero de palma y su cigarro en la boca, merodeaba dando el toque final a su mercancía.

—¿Qué es esto, chica? —dijo deteniéndose enfrente de Susan y Emmeline—. ¿Dónde están tus rizos?

La muchacha miró tímidamente a su madre, quien con la suave destreza que es común a los de su condición le respondió:

—Le dije ayer por la noche que se peinara y colocara el pelo bien estirado y en su sitio para no tener rizos cayéndole por todas partes; así tiene un aspecto más respetable.

—¡Qué tontería! —dijo el hombre, y con tono imperioso se dirigió a la chica—: ¡Ahora mismo vas a rizarte el pelo como es debido! —y añadió, haciendo chasquear una caña que llevaba en la mano—: ¡Y date prisa en volver cuanto antes! Tú te vas con ella —le dijo a la madre—, sus rizos valen por lo menos cien dólares de diferencia en la venta.

Bajo una espléndida cúpula se encontraban hombres de diversos países, yendo y viniendo sobre suelos de mármol. Alrededor del área circular había pequeñas tarimas o estrados para uso de los oradores y subastadores. Dos de estas tarimas, en los extremos de la sala, se hallaban ocupadas por caballeros brillantes e inteligentes que pujaban con entusiasmo en una mezcla de francés e inglés, haciendo expertas ofertas sobre las diferentes mercancías. Un tercer estrado, al otro lado, y todavía vacío, estaba rodeado por un grupo que esperaba que llegara el momento de la venta. Y allí podemos reconocer a los criados de St. Clare, Tom, Adolph y otros más, y también allí se encuentran Susan y Emmeline esperando su turno con el rostro lleno de ansiedad y de desánimo. Varios espectadores, con intenciones de comprar o sin ellas, examinan y comentan las diferentes particularidades de cada uno con la misma libertad con que un grupo de jinetes discutiría sobre las cualidades de un caballo.

—¡Hola, Alf! ¿Qué es lo que te trae por aquí? —dijo un joven exquisito, dándole una palmadita en la espalda a otro joven vestido con pulcritud, quien estaba examinando a Adolph con un monóculo.

—Mira, estaba buscando un ayuda de cámara, y me enteré de que vendían el lote de criados de St. Clare. Decidí venir a echar un vistazo al suyo.

—No se me ocurriría comprar a ninguno de los esclavos de St. Clare. Negrazos malcriados, todos y cada uno. Son arrogantes como el demonio —dijo el otro.

—¡No hay cuidado! —dijo el primero—. Si me quedo con alguno, ya les bajaré los humos, enseguida se darán cuenta de que tratan con un amo bien diferente de *monsieur* St. Clare. Te doy mi palabra, compraré a ese tipo, me gusta la pinta que tiene.

—Pues verás cómo te gastas todo lo que tienes en mantenerlo. ¡Es tan extravagante!

—Sí, pero el caballero tendrá que enterarse de que no podrá ser extravagante conmigo. Bastará con mandarle al calabozo unas cuantas veces y meterlo bien en cintura. ¡Ya te diré si no logro hacerle entrar en razón sobre sus modales! Ya le reformaré yo, de arriba abajo, ya lo verás. Lo voy a comprar, eso lo tengo muy claro.

Tom se había puesto en pie y contemplaba las caras que lo rodeaban, buscando entre ellas una a la que pudiera llamar amo. Si alguna vez, caballero, se halla usted en la necesidad de elegir entre doscientos hombres a uno que se convirtiera en dueño y señor absoluto de su persona, quizá entonces se daría cuenta, como le pasó a Tom, de que son pocos aquellos en los que confiaría para ir con ellos. Tom vio a numerosos hombres: unos corpulentos, fornidos, broncos; otros, menudos, delgados, secos; algunos, duros, ásperos, de gran estatura, y todas las variedades de desocupados y acostumbrados mirones que observan a sus semejantes con la misma indiferencia con que eligen una patata para ponerla al fuego o en un cesto; pero no descubrió a ningún St. Clare.

Un poco antes de que comenzara la venta, un hombre bajo, ancho y musculoso, con una camisa a cuadros abierta sobre su pecho y unos pantalones de la peor estofa, sucios y rozados, se abrió camino a codazos entre la muchedumbre, como el que se dirige con energía a resolver un asunto, y acercándose al grupo empezó a examinarlo sistemáticamente. Desde el momento en que lo vio aproximarse, Tom sintió un inmediato horror y asco hacia él, sentimientos que se acrecentaron cuando estuvo cerca. Se veía que tenía una fuerza gigantesca, a pesar de su corta estatura. Su cabeza, redonda como una bala de cañón, sus grandes ojos de color gris claro cercados por pobladas cejas de color rojizo y su cabello duro como el alambre tieso y descolorido por el sol, eran detalles que no predisponían a su favor, todo hay que decirlo. Su bocaza se encontraba repleta de tabaco,

cuyo jugo lanzaba de cuando en cuando lejos de sí con gran decisión y fuerza. Sus manos eran de una anchura inmensa, peludas y quemadas por el sol, arrugadas y muy sucias, rematadas por unas uñas muy largas y absolutamente descuidadas. Este hombre procedió a un examen muy particular y personal del lote. Tomó a Tom por la barbilla y le abrió la boca para mirarle los dientes, le hizo subirse la camisa para mirarle los músculos, le pellizcó por todas partes y le hizo saltar y moverse para comprobar su agilidad.

—¿Dónde te han criado? —preguntó con breveaad tras sus investigaciones.

—En Kentucky, señor.

—¿Qué es lo que has hecho?

—Me ocupaba de la granja de mi amo —dijo Tom.

—¡Menudo cuento! —dijo el otro secamente, mientras pasaba de largo. Se detuvo un momento frente a Adolph; entonces, escupiendo sobre sus botas bien lustradas y lanzando un gruñido de desprecio, continuó su camino. Al fin, llegó ante Susan y Emmeline. Extendió su mano sucia y pesada y con ella atrajo hacia sí a la chica, le tocó el cuello y el pecho, le palpó los brazos, le miró los dientes y la empujó de nuevo hacia su madre, cuyo paciente rostro mostraba los sufrimientos que había soportado durante la inspección del horrible forastero.

La chica se asustó y se echó a llorar.

—¡Cállate ahora mismo, estúpida! —dijo el vendedor—. No queremos lloros aquí, la venta va a empezar.

Adolph fue vendido por una buena suma al joven caballero que había manifestado su intención de comprarlo y los demás esclavos de St. Clare fueron a parar a diversos compradores, tras la puja.

—¡Ahora te toca a ti!, ¿me oyes? —dijo el subastador a Tom.

Tom subió al estrado y lanzó unas cuantas miradas alrededor; todo apareció confuso entre la agitación y el ruido de voces, los vendedores pregonando sus ofertas en francés e inglés, las pujas que se disparaban con rapidez, a continuación el golpe del martillo que remataba y el claro sonido de la última sílaba de la palabra «dólares» cuando el subastador anunció su precio y Tom fue despachado. ¡Ya tenía amo!

Lo empujaron para que bajara del estrado; el hombre bajo con cabeza de bala de cañón le cogió sin ninguna consideración por el hombro y le puso a un lado, diciéndole con una voz áspera:

—¡Quédate aquí!

Tom apenas se daba cuenta de nada, pero la subasta continuó con gran animación y griterío, ya en francés, ya en inglés. El martillo volvió a caer, Susan había sido vendida. Bajó del estrado, se detuvo y se volvió con preocupación hacia atrás, a su hija que tendía sus brazos hacia ella. Miró con agonía la cara del hombre que la había comprado, un hombre respetable de mediana edad de aspecto bondadoso.

—¡Oh, amo, por favor, compre a mi hija!

—Me gustaría hacerlo, ¡pero me temo que no podré permitírmelo! —dijo el caballero con sincera pena cuando la muchacha subió al estrado y miró en torno suyo, tímida y asustada.

La sangre afluye a sus mejillas, por otra parte muy pálidas, sus ojos se encienden, febriles, y su madre se lamenta al ver que parece aún más hermosa de lo que nunca la había visto. El subastador saca partido de ello y pondera sus encantos con charlatanería, en una mezcla de inglés y de francés, y las pujas se suceden con gran rapidez.

—Haré lo que pueda —dice el hombre bondadoso, acercándose y pujando a su vez. En pocos instantes se ha salido de su presupuesto. Se queda en silencio, el subastador se calienta, pero las ofertas van decayendo poco a poco. Se reducen ahora a las de un viejo aristócrata y a las de nuestro conocido con cabeza de bala de cañón. El aristócrata puja algunas veces, midiendo con gran desprecio a su adversario, pero el cabezota le saca ventaja tanto en la obstinación como en la abundancia de los recursos de su bolsa, y el enfrentamiento solo dura un momento; el martillo cae. ¡Es él quien se ha quedado con la muchacha en cuerpo y alma, a menos que Dios venga en su ayuda!

Su amo es el señor Legree, quien posee una plantación en el río Rojo[5]. La empujan para colocarla con el mismo lote que Tom y dos hombres más y la joven negra se marcha llorando como había venido.

El caballero bondadoso lo siente mucho, pero son cosas que suceden todos los días. Uno puede ver a madres e hijas llorando siempre en estas ventas. Es inevitable. Y se marcha con su adquisición en dirección contraria.

Dos días después, el abogado de una firma cristiana de Nueva York, B. & Co., envía el dinero obtenido en la subasta a los antiguos dueños. Dejemos que al dorso del giro que ha ganado de este modo queden escritas estas palabras del Remunerador Supremo, a quien tendrán que rendir cuentas más adelante: «Cuando él pida cuenta de la sangre, no se olvidará del grito del oprimido»[6].

Capítulo XXXI
La transición

> Tú que tienes ojos demasiado puros para soportar el mal y que no puedes pasar por alto la iniquidad, ¿por qué soportas con tanta paciencia a los que actúan con traición y retienes tu lengua cuando el perverso devora al hombre que es más recto que él?
>
> (*Habacuc*, 1, 13)[1]

En la cubierta inferior de un pequeño y miserable barco que navegaba sobre las aguas del río Rojo iba sentado Tom, cargado de gruesas cadenas en pies y manos y con un peso aún más agobiante que las mismas cadenas sobre su corazón. Todo se había desvanecido de su horizonte, la luna y las estrellas, todo quedaba atrás, como ahora iban pasando los árboles y las orillas, para no volver nunca más. Su hogar de Kentucky, con su mujer y sus hijos y sus bondadosos amos; la casa de St. Clare con su refinamiento y su esplendor; la dorada cabeza de Eva, con sus ojos de santa; el orgulloso, alegre y atractivo St. Clare, en apariencia despreocupado pero siempre tan amable; horas de ocio y de agradable descanso, todo había desaparecido, y en su lugar, ¿qué le quedaba?

Una de las amargas servidumbres de gran parte de los esclavos consiste en que los negros, que son dóciles y adaptables, después de adquirir en el seno de una familia refinada los gustos y sentimientos propios del ambiente de tales lugares, no están en absoluto preparados para convertirse en propiedad de hombres más groseros y brutales, como si una mesa o una silla que hubiera amueblado un hermosísimo salón fuera a parar, desvencijada y rota, a una miserable taberna o a algún antro de vulgar libertinaje. La gran diferencia es que la mesa y la silla no tienen sentimientos, y el hombre, sí; pues aunque haya habido un acto legal en el

que se dictamine que será «tomado, asignado y atribuido como propiedad personal», él no puede apartar de su alma su propio mundo interior de recuerdos personales, de esperanzas, de amores, de miedos y deseos.

El señor Simon Legree, el nuevo amo de Tom, había comprado esclavos en diversos puntos de Nueva Orleans, hasta alcanzar la cifra de ocho, y los había llevado esposados de dos en dos hasta la cubierta del vapor Pirate, que estaba dispuesto a levar anclas para remontar el río Rojo.

Una vez instalados a bordo y con el barco en ruta, paseaba en torno a ellos con ese aire de eficiencia que siempre le caracterizaba a la hora de pasarles revista. Se detuvo delante de Tom, a quien habían vestido para la venta con su mejor traje de paño y con una camisa almidonada, luciendo unas botas lustrosas, y le ordenó:

—¡Levántate!

Tom se levantó.

—¡Quítate esa ropa! —y mientras Tom, impedido por sus grilletes, intentaba hacerlo, le ayudó en su tarea, tirando con mano poco amable de la corbata que llevaba al cuello y guardándosela en el bolsillo.

Legree se volvió después hacia el baúl de Tom, que ya había registrado con anterioridad, y sacando de él un viejo par de pantalones y una chaqueta raída que Tom solo se hubiera puesto para limpiar el establo, y liberándole las manos e indicándole un rincón entre dos cajas, le dijo:

—Vete allí y te pones esto.

Tom obedeció y volvió al cabo de pocos instantes.

—Quítate las botas —dijo el señor Legree.

Tom obedeció.

—Toma —dijo Legree, lanzándole un par de zapatos toscos y recios como los que acostumbran llevar los esclavos—; póntelos.

En su apresurado cambio de ropa, Tom no se había olvidado de pasar su querida Biblia al bolsillo de sus nuevos pantalones. E hizo bien, pues Legree, tras haberle puesto de nuevo los grilletes en las muñecas, procedió a inspeccionar el contenido de los bolsillos de la prenda que Tom se había quitado. Sacó un pañuelo de seda y se lo apropió. Encontró otras chucherías que Tom guardaba sobre todo porque le habían servido para divertir a Eva.

Legree las miró y gruñó con desprecio, lanzándolas al río por encima de su hombro.

El libro de himnos metodistas de Tom, que este había olvidado con las prisas, fue objeto de su atención, y lo hojeó y pasó sus páginas con rapidez.

—¡Ajá! Seguro que eres muy piadoso. Así que… ¿Cómo te llamas? ¿Eres miembro de la Iglesia, eh?

—Sí, señor —dijo Tom con firmeza.

—Bien, pronto te sacaré eso de la cabeza. No quiero a ninguno de esos negros ruidosos que rezan y cantan; que yo recuerde, no hay esclavos de esos en mi finca. Así que ten cuidadito —dijo con una feroz mirada de sus grises ojos dirigida hacia Tom—. Yo soy ahora tu iglesia. Ya estás enterado, tendrás que ser como yo te diga.

En el interior del silencioso hombre negro se produjo una respuesta negativa, un ¡no!, y como repetidas por una voz invisible le llegaron las palabras de una profecía que Eva le había leído en muchas ocasiones: «No temas, pues yo te he redimido y te he llamado por tu nombre, tú eres mío»[2].

Pero Simon Legree no oyó voz alguna. Aquella era una voz que él nunca escucharía. Se limitó a mirar con ferocidad el rostro de Tom y se alejó. Tomó el baúl de Tom, que contenía ropa limpia y abundante, y lo llevó al castillete de proa, donde unos cuantos operarios del barco se arremolinaron a su alrededor. Con grandes burlas hacia los dispendios de los esclavos negros que querían ser como caballeros, las diferentes prendas fueron vendidas con gran rapidez a unos y otros, y el baúl vacío fue subastado. Resultó divertido, pensaron todos, y aún más al ver cómo se preocupaba Tom por sus cosas mientras elfos se adueñaban de todo y subastaban su baúl, que fue lo más gracioso de todo y que les dio pie para hacer numerosos chistes.

Una vez resuelta esta minucia, Simon volvió al lugar donde se encontraba su propiedad.

—Mira, Tom, te he librado de todo el equipaje innecesario y de más que llevabas, fíjate. Ten mucho cuidado con tu ropa, pues pasará mucho tiempo antes de que te dé otra. Yo pienso que hay que procurar que los esclavos

sean cuidadosos, y mis negros no reciben más que una muda al año en mi finca.

Acto seguido, Simon se acercó al lugar adonde se encontraba sentada Emmeline, encadenada a otra mujer.

—Vamos, querida —dijo tomándola de la barbilla—, alegra esos ánimos.

La involuntaria mirada de horror, miedo y aversión que le lanzó la chica no le pasó desapercibida a Legree. Frunció el ceño con fiereza.

—¡Nada de mañas, nena! Tienes que poner buena cara cuando te hablo, ¿me has oído? Y tú, vieja amarillenta, déjate de pamplinas —dijo dándole un empujón a la mulata junto a la que estaba encadenada Emmeline—. ¡No pongas esa cara! ¡Tienes que mostrarte más alegre, te lo aviso! ¡Os lo digo a todos! —añadió retirándose uno o dos pasos hacia atrás—. ¡Miradme! ¡Miradme bien, fijamente a los ojos, ahora mismo! —dijo, marcando casa pausa con su pie.

Como fascinados, todos miraron hacia los gélidos ojos verdosos y grises de Simon.

—Mirad —dijo envolviendo su grande y pesado puño en algo, con lo que parecía ser un martillo de herrero—. ¿Veis este puño? ¡Sopésalo! —dijo poniéndoselo a Tom en la mano—. ¿Ves estos huesos? Pues te digo que se me han endurecido hasta parecer de hierro de tanto pegar a los negros. Todavía no he encontrado un esclavo al que no pueda tumbar de un buen golpe —dijo acercando su puño tanto a la cara de Tom que este perdió el equilibrio y cayó hacia atrás—. Yo no tengo a ninguno de vuestros malditos capataces, ya me ocupo yo de dirigir el trabajo, y os lo digo, eso se ve. Todos y cada uno de vosotros tenéis que hacer todo lo que os diga, os lo aviso, enseguida, sin rodeos, en cuanto lo mande. Esa es la manera de entenderse bien conmigo. No encontraréis en mí ninguna debilidad. ¡Así que ya podéis tener cuidado, pues no tendré compasión!

Las mujeres contuvieron el resuello involuntariamente y toda la partida de esclavos se sentó con caras abatidas y desoladas. Simon se dio la vuelta y se acercó al bar del barco para tomar un trago.

—Así es como trato desde el principio a mis negros —dijo a un hombre de aspecto caballeresco que había permanecido en pie durante su discurso

—. Es mi manera, empezar con fuerza para que sepan qué es lo que les espera.

—Desde luego —dijo el forastero, observándole con la curiosidad del naturalista que estudia algún espécimen fuera de lo normal.

—Desde luego que sí. ¡No soy ninguno de esos caballeros que poseen una plantación y tienen dedos de mantequilla, que no dan ni golpe y se dejan engañar por un maldito y taimado viejo capataz! Mire qué nudillos, toque, toque, y ahora, mire mis puños. Dígame usted, señor, si la carne no se ha puesto tan dura como una piedra practicando con los negros; toque, toque.

El forastero puso sus dedos donde le indicaba y dijo sin más:

—Está durísima. Y me imagino —añadió— que la práctica le ha dejado el corazón igual de endurecido.

—¡Cómo, claro que sí! Se lo puedo asegurar —dijo Simon con una risotada sincera—. Reconozco que hay menos ternura en mí que en cualquier otro. ¡Se lo digo, nadie me gana en eso! Los negros nunca están alrededor mío quejándose o dándome coba, eso es un hecho.

—Tiene aquí un grupo excelente.

—Es cierto —dijo Simon—. Ese es Tom, me dijeron que es excepcional. He pagado demasiado por él y me propongo emplearle como cochero y como capataz; solo que tengo que sacarle de la cabeza las ideas que le han enseñado tratándole como no hay que tratar nunca a los negros por nada del mundo, y entonces hará las cosas bien. La mujer de tez amarillenta me dio el pego. La verdad es que sospecho que está enferma, pero la pondré a trabajar en lo que pueda hacer; me podrá durar un año o dos. No soy partidario de andarme con miramientos con los negros. Usarlos mientras se pueda y comprar luego más, eso es lo que hago; da menos problemas y estoy seguro de que al final sale más barato —y Simon vació su vaso de un trago[3].

—¿Y como cuánto le duran? —le preguntó el forastero.

—Pues, a decir verdad, no se lo puedo decir: depende de su complexión. Los tipos recios duran unos seis o siete años; los que ya están más desgastados se echan a perder en dos o tres. Cuando empecé este negocio me preocupaba por ellos para que se mantuvieran sanos, trayendo a un

médico cuando estaban enfermos, y procuraba que estuvieran bien vestidos y bien instalados. Pues fue todo inútil, perdí montones de dinero y me dieron muchísimos problemas. Así que ahora, ya lo ve, los pongo a trabajar, sanos o enfermos. Cuando se muere un negro, compro otro, y me doy cuenta de que es mucho más fácil y más barato, se mire como se mire.

El forastero se dio la vuelta y se sentó al lado de un caballero que había escuchado la conversación con un reprimido malestar.

—No debe usted tomar a este tipo como un ejemplo de los amos de plantaciones del Sur —le dijo.

—Eso espero —replicó con énfasis el joven caballero.

—¡Es un tipo malo, infame y brutal! —dijo el otro.

—A pesar de ello las leyes no le prohíben tener cuantos seres humanos quiera bajo su dominio absoluto, sin la menor sombra de protección, e infame como es, no puedo decir si no habrá muchos como él.

—Bueno —dijo el otro—, también hay muchos hombres considerados y humanos entre los propietarios de plantaciones.

—Desde luego —dijo el joven—; pero, en mi opinión, esos hombres considerados y humanitarios son los responsables de todas las brutalidades y ultrajes cometidos por estos malvados, pues si no fuera por su influencia y aprobación el sistema entero se vendría abajo en una hora. Si no hubiera sino propietarios de plantaciones como este —dijo, señalando con el dedo a Legree, que estaba en pie dándoles la espalda—, todo esto se hundiría como una rueda de molino. Es el decoro y la humanidad que tienen ustedes lo que abona y permite la brutalidad de este tipo.

—Usted parece tener una elevada opinión de mi bondad natural —dijo el propietario de plantación sonriendo—, pero le aconsejo que no hable tan alto, pues hay personas en este barco que no serían tan tolerantes en materia de opinión como lo soy yo. Mejor será que espere hasta que lleguemos a mi plantación y allí podrá usted insultarnos a todos y todo lo que quiera.

El joven caballero se sonrojó y sonrió, y pronto se enfrascaron en una partida de *backgammon*. Mientras tanto, otra conversación tenía lugar en la parte baja del barco entre Emmeline y la mulata con la que estaba confinada. Como era natural, se estaban contando algunos detalles de sus respectivas historias.

—¿A quién pertenecías? —preguntó Emmeline.

—Bueno, mi amo era el señor Ellis, que vivía en Levee Street. A lo mejor has visto su casa.

—¿Era bueno contigo? —continuó Emmeline.

—En general sí que lo era, hasta que se puso enfermo. Estuvo con la salud quebrantada durante más de seis meses, fue horroroso, y se volvió muy difícil. Parecía como si quisiera que nadie descansara ni de día ni de noche, y se volvió tan melindroso que nada ni nadie le venía bien. Parecía como si cada día se pusiera más insoportable, haciéndome pasar la noche en vela hasta que estaba tan rendida que no podía mantenerme ya despierta; porque una noche me fui a dormir, Dios mío, me dijo unas cosas tan horribles y que me vendería al peor amo que encontrase, y eso que me había prometido que me daría la libertad cuando muriera.

—¿Tenías familia? —dijo Emmeline.

—Sí, mi marido era herrero. El amo le hacía trabajar fuera. Me sacaron tan deprisa de casa del amo que no he tenido ni tiempo de verle, y tengo cuatro hijos. ¡Oh, pobre de mí! —dijo la mujer cubriéndose la cara con las manos.

Hay un impulso natural en todos que hace que cuando se escuchan relatos dolorosos se piense en decir algo como consuelo. Emmeline quería decir algo, pero no se le ocurría nada. ¿Qué era lo que hubiera podido decir? Como de mutuo acuerdo, las dos evitaron con miedo y horror cualquier mención al abominable hombre que ahora era su amo.

Es verdad que existe la fe incluso en los momentos más desesperados. La mulata era miembro de la Iglesia metodista y tenía un espíritu muy piadoso, aunque no estuviera muy versada en la doctrina. Emmeline había sido educada a un nivel mucho mayor, sabía leer y escribir y había sido instruida con gran diligencia en el conocimiento de la Biblia gracias al cuidado de su honrada y piadosa ama, ¿aunque no pondría a prueba la fe del más firme de los cristianos el hecho de encontrarse en apariencia abandonado de Dios en manos de una violencia implacable? ¡Cuánto más tiene que tambalearse la fe en Cristo de los pobres del Señor, carentes de conocimiento y de corta edad!

El barco continuaba su viaje, cargado con su fardo de penas, remontando la corriente roja, cenagosa y turbia por los abruptos y tortuosos cauces del río Rojo; y los tristes ojos de los negros miraban, cansados, las riberas de arcilla rojiza, mientras el barco navegaba con tediosa monotonía. Al fin el barco se detuvo en una pequeña ciudad, y Legree, con su partida de esclavos, desembarcó allí.

Capítulo XXXII
Lugares sombríos

Los lugares sombríos de la tierra están
llenos de moradas para la crueldad.

(*Salmos*, 74, 20)

Siguiendo fatigosamente a un tosco carruaje, por una carretera más que desolada, Tom y sus compañeros continuaban su marcha.

En el carruaje se encontraba sentado Legree acompañado de las dos mujeres, llevaban todavía los grilletes que las encadenaban una a la otra. Estaban colocadas en la parte trasera con algunos baúles. Se dirigían a la plantación de Legree, que quedaba a una considerable distancia.

Era una carretera áspera y abandonada que discurría ora entre lúgubres bosques de pino en los que el viento gemía lastimosamente, ora sobre puentes de troncos tendidos sobre pantanos con cipreses, donde los tristes árboles se elevaban sobre el suelo cenagoso y empapado, adornados por largas lianas de un musgo negro, mientras de cuando en cuando podía contemplarse la repugnante forma de una serpiente mocasín escurriéndose entre los tocones y las ramas caídas que se pudrían en el agua.

Este paseo es ya bastante desconsolador para el viajero que lo da con el bolsillo bien repleto y con un caballo en buenas condiciones, desafiando el camino solitario como un gaje de sus negocios; pero aún es más agreste y siniestro para el hombre cautivo, para quien cada paso que da le aleja aún más de todo lo que ama y aprecia.

Eso es lo que cualquiera hubiese pensado si hubiese podido presenciar las abatidas y descorazonadas expresiones de aquellos rostros oscuros, el

paciente aburrimiento con el que esos tristes ojos se fijaban en los objetos que uno tras otro iban pasando ante ellos en su triste viaje.

Simon seguía adelante, sin embargo, aparentemente muy satisfecho, sacando de vez en cuando una petaca con licor que guardaba en el bolsillo.

—¡Eh, me dirijo a vosotros! —exclamó mientras se daba la vuelta y echaba una ojeada a los rostros desmayados que iban detrás de él—. ¡Animaos, chicos, vamos!

El hombre los miró a todos, y el «vamos» fue acompañado por un hábil restallar del látigo que el cochero llevaba en sus manos. Tom entonó un himno metodista:

Jerusalén, mi dulce hogar,
nombre que siempre me es grato,
cuando acaben mis penas,
vendrán tus regocijos.[1]

—¡Cállate, maldito negro! —bramó Legree—. ¿Te imaginas que quiero escuchar uno de tus infernales y viejos himnos metodistas? ¡Os he dicho que cantéis, pero algo alegre y animado, vamos!

Otro hombre entonó uno de aquellos cánticos absurdos tan comunes entre los esclavos[2]:

El amo me vio cazar un mapache.
¡Arriba, chicos, arriba!
Y se partía de risa, ¿has visto la luna?
¡Jo, jo, jo, chicos, jo!
¡Jo, jo, ji, eh, oh!

El que cantaba parecía interpretar la canción a su gusto, poniendo un particular interés en el ritmo y sin ocuparse demasiado del sentido de la letra, y el grupo participaba a coro, en el estribillo:

¡Jo, jo, jo, chicos, jo!
¡Arriba, eh, oh! ¡Arriba, eh, oh!

Cantaban con gran algazara y con un intento forzado por alegrarse, pero ningún lamento de desesperación ni las palabras de una plegaria sentidísima podían tener la profundidad sagrada que para ellos ocultaban las salvajes notas del coro. Era como si sus pobres y torpes corazones, aterrorizados y

cautivos, se refugiaran en el santuario artificial de la música y encontraran allí un lenguaje en el que cada palabra era una oración dirigida a Dios. Había, pues, oraciones que Simon no podía entender. Solo oía que los chicos cantaban haciendo mucho ruido, y eso le encantaba, pues de esta manera se «mantenían vivos los ánimos».

—Bien, queridita mía —dijo volviéndose hacia Emmeline y poniéndole la mano sobre el hombro—, ¡ya casi hemos llegado a casa!

Cuando Legree gritaba y regañaba, Emmeline se sentía aterrada; pero cuando le puso la mano encima y habló como acababa de hacerlo, hubiera preferido que le hubiese dado una paliza. La expresión de sus ojos le dio asco y le puso la carne de gallina. Involuntariamente, se pegó a la mulata que estaba a su lado, como si se tratara de su madre.

—¿No has llevado nunca pendientes? —le dijo, tocándole las delicadas orejas con sus dedazos groseros.

—No, señor —dijo Emmeline temblando y bajando los ojos.

—Bien, pues te voy a regalar unos en cuanto lleguemos a casa si te portas como una buena chica. No tienes por qué estar tan asustada, no tengo intención de hacerte trabajar duro. Pasarás muy buenos ratos conmigo y vivirás como una dama: solo tienes que portarte bien.

Legree había bebido bastante, así que se sentía muy generoso, y fue precisamente en ese momento cuando empezaron a divisarse las empalizadas que rodeaban la plantación. La finca había pertenecido antes a un caballero opulento y de buen gusto, quien había dedicado grandes atenciones al cuidado de sus tierras. Cuando murió en la indigencia, la propiedad fue embargada y comprada a bajo precio por Legree, quien la usaba, tal y como hacía con todo lo demás, como un instrumento para producir dinero. El lugar tenía esa apariencia vetusta y decadente que produce siempre la evidencia de que el cuidado del antiguo amo ha sido abandonado por completo.

Lo que fuera en tiempos una suave pradera de césped delante de la casa, salpicada de macizos ornamentales, se encontraba ahora cubierto por hierbas ralas y enmarañadas, con postes para atar los caballos, diseminados aquí y allá, y en otros sitios la hierba dejaba paso a zonas desnudas cubiertas de cubos rotos, mazorcas de maíz y otras desagradables basuras.

Aquí y allá un jazmín o una madreselva colgaban casi marchitos de algún soporte apartado que servía como poste para los caballos. Lo que antes había sido un inmenso jardín era ahora un campo de malas hierbas, entre las que alguna planta exótica mostraba su marchita presencia. Lo que antes fuera un invernadero no tenía ya cristales y en los rancios estantes quedaban algunas macetas secas y tristes, cuyas hojas muertas mostraban que en otro tiempo habían sido plantas.

El carruaje rodaba sobre un paseo de grava cubierto de maleza, bajo una noble avenida de árboles chinos, cuyas formas graciosas y cuyo perenne follaje parecían ser lo único que el descuido no podía dañar ni alterar, como si se tratara de nobles espíritus tan enraizados en la bondad, que florecían y se fortalecían en medio del abandono y la decadencia.

La casa había sido hermosa y de vastas dimensiones. Había sido construida al modo típico del Sur: una amplia galería de dos pisos daba la vuelta a todo el edificio y a ella se asomaban todas las puertas exteriores, con la parte baja construida con paredes de ladrillo.

Pero el lugar tenía una apariencia desolada e incómoda: algunas ventanas estaban tapadas con tablas, otras, con los cristales rotos y las contraventanas colgando de una sola bisagra, todo evocaba una gran negligencia y falta de comodidad.

Trozos de tablones, paja, viejos barriles rotos y cajas ocupaban el suelo por doquier, y tres o cuatro perros feroces, atraídos por el ruido del carruaje, llegaron corriendo y fueron apartados de Tom y sus compañeros con grandes dificultades por unos esclavos andrajosos que llegaron tras ellos.

—¡Ya veis lo que os espera! —dijo Legree acariciando a sus perros con gran satisfacción, y volviéndose hacia Tom y sus acompañantes—: Ya veis lo que tengo si intentáis escaparos. Estos perros están adiestrados para cazar negros y se comerían a cualquiera de vosotros como cena. ¡Así que ya podéis tener cuidadito! ¿Qué tal, Sambo? —preguntó a un harapiento tipo que había perdido por completo el ala de su sombrero, y que mostraba unas atenciones extremadas hacia él—. ¿Cómo van las cosas?

—Estupendamente, señor.

—Quimbo —Legree se dirigió a otro negro que hacía serviles demostraciones para atraer la atención de su amo—. ¿Te acuerdas de lo que

te dije?

—Claro que sí, amito, desde luego que sí.

Los dos hombres de color eran sus principales ayudantes en la plantación. Legree les había adiestrado en la barbarie y la brutalidad con el mismo sistema empleado con sus bulldogs, y al cabo de una larga práctica de dureza y crueldad les había hecho adquirir una conducta y unas capacidades parecidas. Hay una observación frecuente y que se considera como una prueba grave de las características de la raza negra, y es que los capataces negros son siempre más tiránicos y crueles que los blancos. Esto quiere decir sencillamente que el alma del negro ha sido más castigada que la del blanco. No es más verdadero en su raza que en cualquier otra raza oprimida en cualquier lugar del mundo[3]. El esclavo es siempre un tirano si se le da ocasión de serlo.

Legree, como ciertos potentados que aparecen en la historia, gobernaba su plantación con una especie de equilibrio de fuerzas. Sambo y Quimbo se odiaban mutuamente y de todo corazón; los esclavos de la plantación, todos y cada uno, los odiaban cordialmente, y azuzando una contra otra a cada una de las tres partes, estaba completamente seguro de tener información de todo lo que pasaba en el lugar.

Nadie puede vivir sin ningún contacto social, y Legree animaba a sus dos satélites negros a una especie de grosera familiaridad con él, una familiaridad que, sin embargo, podía producir en cualquier momento un contratiempo, pues a la menor provocación uno de ellos siempre se mostraba dispuesto a obedecer a una señal de su amo y a administrar su venganza sobre el otro.

Tal y como estaban allí en aquel momento junto a Legree, parecían la comprobación del hecho de que los hombres brutales son mucho más crueles que los animales. Sus rasgos groseros, oscuros y duros, sus grandes ojos, que miraban, envidiosos, hacia el otro, su nabla bárbara, gutural, semianimal, sus vestidos destrozados flotando al viento, estaban admirablemente a tono con todo lo demás del lugar.

—Sambo —dijo Legree—, llévate a estos chicos a los barracones; aquí está la chica que te he traído —dijo separando a la mulata de Emmeline y empujándola hacia él—. Te prometí que te traería una, ya sabes.

La mujer se sobresaltó y, retrocediendo, dijo apresurada:

—¡Ay, amo! Dejé a mi viejo en Nueva Orleans.

—¿Qué es esto? ¿No quieres tener un hombre aquí? ¡Ni una palabra más, vete con él! —dijo Legree alzando su látigo.

—Vamos, señora mía —le dijo a Emmeline—, tú te vienes conmigo.

Un rostro sombrío y fiero apareció un instante en una ventana de la casa, mirándolos. Y cuando Legree abrió la puerta, una voz femenina dijo algo en un tono vivo e imperioso. Tom, que estaba mirando con gran preocupación a Emmeline mientras esta entraba en la casa, se dio cuenta de ello, y oyó que Legree contestaba, muy enfadado:

—¡Cállate la boca! ¡Haré lo que me dé la gana con todos vosotros!

Tom no oyó nada más, pues pronto se encontró tras Sambo camino de los barracones. Estos se alineaban a lo largo de una especie de calle con toscas chabolas, en una parte de la plantación que estaba lejos de la casa. Tenían un aire triste, abandonado. A Tom se le cayó el alma a los pies cuando los vio. Se había estado consolando con el pensamiento de una choza que, aunque pobre, pudiese estar limpia y tranquila y donde pudiera tener una repisa para poner su Biblia y un lugar para estar solo fuera de sus horas de trabajo. Había varios y eran toscos refugios desprovistos de cualquier tipo de muebles, excepto un montón de paja sucia, desparramada de cualquier modo sobre el suelo, que era sencilla y llanamente de tierra, batida por las pisadas de innumerables pies.

—¿Cuál será mi barracón? —le preguntó a Sambo con tono humilde.

—No sé, quédate aquí, digo yo —dijo Sambo—. Espero que haya sitio para alguien más; hay tantísimos esclavos en todas partes, que no sé dónde vamos a poner a los que vengan.

La tarde llegaba a su ocaso cuando los agotados ocupantes de las chabolas llegaron en masa a sus moradas, hombres y mujeres con los vestidos manchados y rotos, hoscos y cansados, sin humor alguno para acoger con agrado a los recién llegados. El pequeño poblado vivía sin sonidos agradables, solo se oían voces roncas y guturales compitiendo con el mazo de moler el maíz, con el que hacían harina para cocinar una torta que constituiría su única cena. Desde las primeras luces del día habían estado en el campo, espoleados a hacer su trabajo por el látigo de los

capataces, pues ahora nos encontramos en lo más intenso de la temporada y no se reparaba en ningún medio para aprovechar al máximo las capacidades de cada uno.

—Es cierto —dice el desocupado hombre de salón—, recoger el algodón no es un trabajo duro.

¿No lo es? Tampoco es un gran inconveniente tener una gota de agua cayendo continuamente sobre la cabeza, esa que fuera la peor tortura de la Inquisición: una gota tras otra, y otra gota tras otra gota, cayendo constantemente con monótona sucesión, con el mismo ritmo. El trabajo, que en sí mismo puede no ser muy duro, se convierte así en tortura, al realizarlo apresuradamente durante horas y horas, con rutina invariable y sin descanso, sin ni siquiera la conciencia del deseo de escapar a su monotonía.

Tom buscó en vano entre los miembros del grupo, según fueron llegando, alguna cara amistosa. Solo vio a hombres tristes y embrutecidos, a mujeres rendidas o que no se mostraban como tales, pues las fuertes apartaban a las débiles, dejando al descubierto el burdo e ilimitado egoísmo de los seres humanos, de los que nada bueno podía esperarse ni desearse, y que tratados en todo momento como bestias se habían degradado hasta el nivel más profundo que pueden alcanzar los hombres. Hasta horas tardías se siguieron oyendo los golpes de los mazos, pues había pocos molinos para los numerosos esclavos, y los más débiles y cansados pasaban después de los fuertes, que se saltaban el turno.

—¡Eh, tú! —dijo Sambo acercándose a la mulata y dejando en el suelo un saco de maíz ante ella—. ¿Cómo diablos te llamas?

—Lucy —respondió la mujer.

—Bien, Lucy, ahora eres mi mujer. Tienes que moler este grano y prepararme la cena para cuando vuelva, ¿lo has oído?

—¡No soy tu mujer y no lo seré! —dijo la mujer con el agudo y repentino coraje de la desesperación—. ¡Lárgate!

—¡Entonces, tendré que pegarte! —dijo Sambo levantando un puño amenazador.

—Puedes matarme si lo prefieres, ¡cuanto antes mejor! ¡Ojalá estuviera muerta! —dijo la mujer.

—Te digo, Sambo, que vas a echar a perder a los esclavos; ya se lo diré al amo, ya —dijo Quimbo, que estaba atareado en el molino, de donde había apartado con maldad a dos o tres mujeres cansadas que estaban esperando para moler su maíz.

—¡Y yo le diré que no dejas que la mujeres usen los molinos, viejo negrazo! —dijo Sambo—. ¡Ponte en tu sitio!

Tom estaba hambriento tras su día de viaje y estaba a punto de desmayarse de hambre.

—¡Eh, tú! —le dijo Quimbo tirándole un sucio saco que contenía un poco de maíz—. Toma, negro, toma esto y cuídalo bien, pues no tendrás más en toda la semana.

Tom esperó hasta tarde para poder pasar por el molino; conmovido por el profundo cansancio de dos mujeres a quienes había visto intentar moler su maíz, hizo el trabajo por ellas, reunió las brasas medio apagadas del fuego donde muchos habían hecho sus tortas antes que ellos y se dispuso, al fin, a preparar su cena. Tom había hecho otro trabajo, el deber de la caridad, que, pequeño como era, despertó una reacción emocionada en los corazones de las mujeres, y una expresión de amabilidad propia del sexo femenino se dibujó en sus rostros endurecidos. Ellas amasaron la torta para él y se ocuparon de cocinarla. Tom se sentó a la luz de la lumbre y sacó su Biblia, pues necesitaba consuelo.

—¿Qué es eso? —preguntó una de la mujeres.

—Una Biblia —dijo Tom.

—¡Santo Dios! No he visto ninguna desde que salí de Kentucky.

—¿Te has criado en Kentucky? —dijo Tom con interés.

—Sí, ¡y también me educaron como es debido, nunca hubiera creído que llegaría a verme así! —dijo la mujer suspirando.

—Pero bueno, ¿qué es ese libro? —preguntó la otra mujer.

—¡Cómo! ¡Pues la Biblia!

—¡Caramba! ¿Y eso qué es? —siguió preguntando la mujer.

—¡No me digas que no has oído hablar nunca de ella! —dijo la otra mujer—. Yo solía escuchar a la señora, que nos la leía en Kentucky; pero, maldita sea, aquí no oímos más que el látigo y los juramentos.

—Lee un trozo de todos modos —dijo la primera mujer con curiosidad viendo que Tom recorría una página atentamente.

Tom leyó: «Venid a mí todos vosotros que trabajáis y lleváis penosas cargas, y en mí descansaréis».

—Son unas palabras muy buenas, esa es la verdad —dijo la mujer—; ¿quién las ha dicho?

—Las ha dicho Dios —respondió Tom.

—Me gustaría encontrarle ahora —dijo la mujer—. Iría con él, pues me parece que nunca lograré descansar. Mis carnes están ajadas y todo mi cuerpo tiembla durante todo el día, Sambo siempre me grita porque no recojo el algodón lo bastante deprisa, no puedo cenar antes de la medianoche, y me da la impresión de que acabo de cerrar los ojos cuando suena el cuerno de nuevo y ya ha amanecido. Si supiera dónde está Dios, se lo diría.

—Él está aquí y en todas partes —dijo Tom.

—Mira, no vas a conseguir que me crea eso. ¡Bien sé yo que aquí no hay Dios que valga! —dijo la mujer—. No sirve de nada que hablemos más sobre este tema. Me voy a echar y a dormir mientras pueda.

Las mujeres se marcharon en dirección a sus chozas y Tom se sentó solo junto a las brasas del fuego, que se reflejaban con tonos rojos sobre su cara.

La plateada luna de rostro hermoso salió en el cielo de color púrpura y miró hacia abajo, serena y silenciosa, como mira Dios las escenas de miseria y de opresión, miró con calma al solitario hombre negro, tal y como estaba sentado, con los brazos cruzados y su Biblia en las rodillas.

¿Está Dios aquí? ¡Ah! ¿Cómo es posible para el corazón no educado mantener la fe sin que se quebrante, frente a la tiranía más horrenda y a la injusticia palpable y no condenada? En aquel sencillo corazón tenía lugar un feroz combate: el agobiante sentimiento del mal dominante, el horizonte de una vida de futuras miserias, las falsas esperanzas pasadas agolpándose con tristeza en su alma cual los cadáveres de la esposa, de los hijos y de los amigos elevándose sobre una ola sombría y apareciendo ante los ojos de un marinero medio ahogado. ¡Ah, claro que era difícil creer aquí y confiar en las palabras fundamentales de la fe cristiana que dicen que «Dios existe y que Él recompensa a los que le buscan con diligencia»!

Tom se levantó desconsolado y entró a tientas en la cabaña que le habían asignado. El suelo estaba cubierto de cuerpos cansados que dormían y el aire viciado del lugar casi le echó atrás, pero el rocío nocturno era helador y sus miembros estaban rendidos, de modo que envolviéndose en una manta raída que constituía su única ropa de cama se echó en la paja y se quedó dormido.

En sueños, una voz amable llegó a sus oídos; estaba sentado en su musgoso banco del jardín, frente al lago Pontchartrain, y Eva, con sus serios ojos dirigidos hacia la Biblia, se la estaba leyendo, y esta era su lectura:

«Cuando pases las aguas estaré contigo y los ríos no te arrastrarán; cuando atravieses el fuego tampoco te abrasarás ni la% llamas se fijarán sobre ti, pues yo soy el Señor tu Dios, el Sagrado y Único Dios de Israel, tu Salvador».

Poco a poco las palabras parecieron fundirse y esfumarse como en una música divina, la niña levantó del libro sus profundos ojos, fijó en él su mirada cariñosa, y un tibio rayo de consuelo pareció llegarle al corazón; como si la música la hubiese arrebatado hacia el cielo, la niña pareció elevarse con alas brillantes, de las que caían como estrellas fugaces copos y chispas de oro, y desapareció.

Tom se despertó. ¿Había sido un sueño? Dejemos que pase por uno de ellos. Pero ¿quién no creería que ese delicado espíritu infantil que durante su vida ansiaba tanto consolar y reconfortar a los que sufrían no había obtenido el permiso de Dios para continuar su ministerio después de muerta?

Es una hermosa creencia
Que siempre nos rondan
Las alas revoloteantes de los ángeles,
Los espíritus de los difuntos.

Capítulo XXXIII
Cassy

> Yo he visto las lágrimas de los que estaban oprimidos y no tenían quien les consolara. La mano de sus opresores les hace violencia, y no tienen quien les consuele.
>
> (*Eclesiastés*, 4, 1)

En poco tiempo Tom se familiarizó con todo lo que podía esperar o temer en su nuevo modo de vida. Era un trabajador experto y eficiente en todo lo que se proponía y era, tanto por hábito como por principio, activo y honrado. De carácter tranquilo y pacífico, esperaba librarse al menos de una parte de los males de su condición por medio de una diligencia sin descanso. Vio bastantes injusticias y miserias como para sentirse enfermo y abatido, pero se determinó a proseguir su tarea con paciencia religiosa confiando en Aquel que juzga con justicia, no sin esperar que se abriese ante él alguna escapatoria.

Legree tomó nota de las buenas disposiciones de Tom sin decirle una palabra. Lo calificó como un trabajador de primera categoría, pero no podía evitar una secreta animosidad hacia él, prueba de la natural antipatía del malo hacia el bueno. Vio claramente que cuando, como era muy frecuente, su violencia y su brutalidad se descargaban sobre los desvalidos, Tom le observaba; y dado que el halo de una opinión, por sutil que este sea, se hace sentir sin palabras, hasta la opinión de un esclavo puede incomodar a un amo. Tom manifestaba de diversas maneras la ternura de sus sentimientos y una conmiseración por sus compañeros de penas que resultaba extraña y nueva para ellos y que era vigilada con celo por Legree. Había comprado a Tom con vistas a convertirle en una especie de capataz general al que le

habría podido confiar sus asuntos durante cortos períodos de ausencia, pero el requisito para ello era, en primer, segundo y tercer lugar, la dureza. Legree dictaminó que si Tom no era duro con sus esclavos, él le endurecería para ello; y pocas semanas después de que Tom llegara al lugar se decidió a emprender el proceso.

Una mañana, cuando los esclavos se habían marchado a trabajar a los campos, Tom vio con sorpresa a una mujer recién llegada cuyo aspecto le llamó la atención. Era alta y esbelta, con manos y pies de una gran delicadeza, e iba vestida con un traje muy elegante. Por el aspecto de su rostro debía de tener entre treinta y cinco y cuarenta años, y una vez que se había visto su cara, no podía olvidarse, pues era uno de esos rostros que al primer vistazo parecen decirnos que han vivido una historia extraña, dolorosa y romántica. Su frente era amplia y sus cejas se dibujaban con hermosa claridad. Su nariz, derecha y bien formada, su boca, de rasgos elegantes, y el gracioso contorno de su cabeza y de su cuello mostraban que en otros tiempos debió de ser guapísima; pero su cara estaba cubierta de arrugas de dolor y de orgullosa y amarga resistencia. Su complexión era frágil y enfermiza, sus mejillas, delgadas, sus rasgos, duros, y toda su cara presentaba un aire demacrado. Pero sus ojos eran el rasgo más llamativo: tan grandes, tan profundamente negros, sombreados por largas y oscuras pestañas, tan desesperados, tristes y expresivos. Había una feroz altivez y una expresión de desafío en cada rasgo de su rostro, en cada curva de sus flexibles labios, en cada movimiento de su cuerpo; pero su mirada reflejaba una expresión tan descorazonadora e infeliz que contrastaba de modo terrible con el orgullo y el desprecio que expresaba su aspecto general.

Tom ignoraba de dónde venía o quién era. Lo primero que supo es que iba andando a su lado, erguida y orgullosa, en el gris sombrío del amanecer. Sin embargo, el resto de la cuadrilla la conocía, pues se produjeron muchas miradas, numerosas cabezas se volvieron, y se notaba una sofocada aunque evidente agitación entre las miserables, andrajosas y hambrientas criaturas por las que estaba rodeada.

—Tenía que acabar así al final, ¡me alegro! —dijo uno.

—¡Je, je, je! —dijo otro—. Ya verá lo que es bueno, señora.

—Ya veremos cómo trabaja…

—Me pregunto si por la noche será castigada como todos nosotros.

—Y me gustaría que unos buenos latigazos le bajaran los humos —dijo otro.

La mujer no se inmutó ante estas burlas, sino que siguió adelante con la misma expresión de airado desprecio, como si no oyera nada. Tom siempre había vivido con gente fina y educada y notó por su aspecto y su porte que la mujer pertenecía a aquella clase; pero cómo o por qué había llegado a esa situación degradante, no lo podría decir. La mujer no le miraba ni le hablaba, aunque durante todo el camino hasta los campos se mantuvo cerca de él.

Tom estuvo pronto ocupado en su trabajo, pero cuando la mujer no estaba a gran distancia de él, la miraba de reojo mientras trabajaba. Vio a primera vista que su natural habilidad y destreza le hacían la tarea mucho más fácil que a cualquier otro. Recogía el algodón muy deprisa y con limpieza y con una expresión desdeñosa, como si despreciara a un tiempo el trabajo y la desgracia y humillación de las circunstancias en las que se encontraba.

A lo largo del día, Tom se puso a trabajar al lado de la mulata que había sido comprada en la misma partida que él. Se encontraba en un estado de enorme sufrimiento, y Tom escuchaba con frecuencia sus plegarias mientras se agitaba, temblaba y parecía venirse abajo. Tom se acercó silencioso y pasó varios puñados de algodón de su cesta a la de la mujer.

—¡Oh, no lo hagas, no lo hagas! —dijo la mujer, que parecía sorprendida—. ¡Te meterás en un buen lío!

Justo en ese momento apareció Sambo. Parecía encarnizarse especialmente contra esta mujer, y haciendo restallar su látigo le dijo en tonos brutales y guturales:

—¿Qué es esto, Lucy, conque haciendo trampas, eh? —y acompañó sus palabras con una patada a la mujer y un latigazo en la cara de Tom.

Este reemprendió su tarea en silencio, pero la mujer, que ya antes estaba en el límite del agotamiento, se desmayó.

—¡Ya la haré yo volver en sí! —dijo el capataz—. ¡Le voy a dar algo que es mejor que el alcanfor! —y sacando un alfiler de la manga de su

abrigo lo hundió hasta la cabeza en la carne de la mujer. Esta gruñó y se levantó a medias.

—¡Levántate, animal; y ya puedes seguir trabajando, si no, ya te enseñaré yo otros truquitos!

La mujer parecía recuperada, pues por algunos momentos trabajó con una fuerza poco común y una intensidad desesperada.

—Sigue trabajando así —dijo el hombre— o te aseguro que esta noche lamentarás no estar muerta.

—Eso lamento ya ahora mismo —oyó Tom que decía y que una y otra vez repetía—: ¡Oh, Dios, cuánto tiempo! Oh, Dios, ¿por qué no nos ayudas?

A pesar de los sinsabores que esto le pudiera acarrear, Tom se acercó a ella otra vez y puso todo su algodón en la cesta de la mujer.

—¡Oh, no debes hacerlo! ¡No sabes lo que te harán! —le dijo la mujer.

—Yo puedo soportar esto mejor que tú —dijo Tom, y volvió a su puesto.

Todo sucedió en un instante.

De repente, la extraña mujer que hemos descrito y que en el transcurso de su trabajo se había acercado lo bastante como para oír las últimas palabras de Tom, levantó sus negros ojos y le miró con fijeza durante un segundo; después, tomando cierta cantidad de algodón de su cesta, se la puso en la suya.

—Tú no sabes nada de este lugar —le dijo— o no habrías hecho eso. Cuando lleves aquí un mes ya no ayudarás a nadie y encontrarás que bastante tienes con cuidar tu propio pellejo.

—¡Dios nuestro Señor lo prohíbe, señora! —dijo Tom empleando instintivamente la fórmula de cortesía apropiada para los de una cuna superior a la suya, con los que había vivido hasta entonces.

—Dios nunca visita estos lugares —dijo la mujer con amargura mientras continuaba ágilmente su trabajo, y de nuevo una sonrisa de desprecio arqueó sus labios.

Pero el vigilante había visto el gesto de la mujer y haciendo restallar el látigo se acercó a ella.

—¡Qué pasa, qué pasa! —dijo a la mujer con tono victorioso—. ¿Te están engañando? ¡Anda, lárgate! Tú estás bajo mi poder, ten cuidado o lo lamentarás.

Algo parecido a un relámpago relumbró en sus negros ojos; con un labio temblando y las aletas de la nariz dilatadas se levantó y lanzó una mirada de rabia y desprecio al capataz.

—¡Perro! —le dijo—. ¡Tócame si te atreves, tengo bastante poder como para hacer que los sabuesos te destrocen, para que te abrases vivo y para que te corten en pedacitos, no tengo más que decir la palabra!

—¿Y entonces por qué demonios está aquí? —dijo el hombre, claramente asustado y echándose, taciturno, uno o dos pasos hacia atrás—. ¡No tenía intención de hacerle daño, señora Cassy!

—¡Entonces, mantente a raya! —dijo la mujer. Y como el hombre creyó tener obligaciones en el extremo opuesto del campo, se fue hacia allá a toda velocidad.

La mujer volvió con presteza a su trabajo, realizando su tarea con una agilidad sorprendente para Tom. Parecía trabajar por arte de magia. Antes de que terminase el día, su cesta estaba llena hasta rebosar y bien apretada, y había puesto algodón en abundancia en distintas ocasiones en la de Tom. Largo rato después del ocaso, el fatigado grupo se puso en marcha con sus cestas en la cabeza, desfilando en dirección al edificio que servía para almacenar y pesar el algodón. Legree estaba allí, conversando con los capataces.

—Este Tom nos va a dar un montón de problemas si sigue ayudando a Lucy. Uno de estos días conseguirá que haya que castigar a los negros si el amo no le vigila bien —dijo Sambo.

—¿Cómo? ¡El maldito negro! —dijo Legree—. Tendremos que meterle en cintura, ¿no os parece, chicos?

Los dos negros hicieron una horrible mueca ante esta confidencia.

—¡Ay, ay! Nadie mejor que el amo para hacerlo como es debido. ¡Ni el diablo mismo le ganaría en eso al amito! —dijo Quimbo.

—Bueno, chicos, lo mejor es que le encarguemos de dar los latigazos hasta que pierda sus principios. ¡Traedlo aquí!

—¡Dios mío, el amo tendrá que hacer mucho para sacarle sus ideas de la cabeza!

—¡Ya se las sacaré, no os preocupéis! —dijo Legree mientras se metía una hoja de tabaco con la boca.

—Aquí tenemos a Lucy, la tía más irritante y fea de todo el lugar —añadió Sambo.

—Ten cuidado, Sam, o empezaré a pensar qué razón hay para que le tengas tanta manía a Lucy.

—Bueno, el amo ya sabe que se enfrentó a usted y que no quiso aceptarme cuando usted se lo dijo.

—Tendría que haberla azotado por ello, pero hay tanto trabajo —dijo Legree escupiendo— que no me pareció oportuno dejarla inútil justo ahora. Es delgada, pero esas chicas delgadas casi se dejarían matar con tal de salirse con la suya.

—Bien, Lucy estaba muy ofendida y perezosa, con una cara larguísima y sin ganas de trabajar, y Tom hizo su trabajo por ella.

—¡Eso hizo, eh! Bueno, entonces Tom tendrá el placer de azotarla. Será un buen ejercicio para él y no me dejará a la chica tan destrozada como vosotros, diablos.

—¡Jo, jo, jo! ¡Ja, ja, ja! —rieron los dos malvados negros, y sus diabólicas risas parecían ser, en verdad, una manifestación adecuada del endemoniado papel que Legree les hacía jugar.

—Bueno, Tom y la señora Cassy le han ido llenando la cesta a Lucy. Estoy casi seguro de que tiene el peso, amo.

—Vamos a pesarlo —dijo Legree con énfasis.

Los dos vigilantes se rieron de nuevo con sus diábolicas risas.

—Así es que —añadió— la señora Cassy ha hecho bien su trabajo de hoy.

—Recoge algodón como el mismo diablo y todos sus ángeles.

—Debe de tenerlos todos en el cuerpo, me parece —dijo Legree, y murmurando algunas palabrotas se dirigió al almacén donde se pesaba la cosecha.

Poco a poco las criaturas cansadas y sin fuerzas se fueron abriendo camino hacia el almacén y con temerosa desgana iban presentando sus

cestas para que fueran pesadas.

Legree apuntaba la cantidad en una pizarra que tenía una lista de nombres a un lado.

La cesta de Tom fue pesada y aprobada, y él dirigió una mirada ansiosa, preocupado por la suerte de la mujer con quien había trabado amistad.

Tambaleándose por la debilidad, la mujer avanzó y entregó su cesta. Daba el peso exigido, como observó Legree, pero este, fingiéndose enfadado, le dijo:

—¡Cómo es esto, bicho perezoso! ¡Otra vez te falta algo! ¡Quédate de pie a un lado, que ahora mismo lo vamos a compensar!

La mujer dio un gemido de profunda desesperación y se sentó en un tablón.

La persona que había sido llamada señora Cassy avanzó entonces y con altanería e indiferencia les entregó su cesta. Mientras la presentaba, Legree la miraba a los ojos con una mirada burlona y, sin embargo, inquisitiva.

Ella clavó con fijeza sus negros ojos en él y sus labios se movieron apenas para decirle algo en francés. Lo que le dijo nadie lo supo, pero la cara de Legree adquirió una expresión completamente diabólica mientras ella hablaba. Empezó a levantar su mano como si fuera a golpearla, gesto que ella miró con un intenso desprecio mientras le daba la vuelta y se marchaba.

—Y ahora —dijo Legree—, ven aquí. Tom. Ya ves, te dije que no te había comprado para el trabajo corriente, quiero ascenderte y hacer de ti un vigilante, y esta misma noche puedes empezar ya a hacerte la mano. Así que ahora coges a esa chica y la azotas, ya habrás visto bastante de eso para saber cómo se hace.

—Señor amo, le ruego que me perdone —dijo Tom—, espero que el amo no me dé ese cometido. Es algo que no tengo costumbre de hacer, que no he hecho nunca y que no podré hacer de ninguna manera.

—¡Ya te enseñaré yo un montón de cosas que no conocías antes de que te sometas! —dijo Legree tomando un látigo de cuero y propinándole a Tom un fuerte golpe en la mejilla: tras esto, siguió administrándole una lluvia de latigazos—. ¡Vale así! —dijo cuando se detuvo para descansar—. Ahora, ¿vas a decirme otra vez que no puedes hacerlo?

—Sí, señor —dijo Tom alzando su mano para quitarse la sangre que le corría por la cara—. Estoy dispuesto a trabajar día y noche y mientras me quede aliento y una brizna de vida, pero esto no me parece bien y no lo puedo hacer: amo, yo ¡nunca lo haré, nunca!

Tom tenía una voz suave y ligera y sus habituales modales respetuosos, que podían haber hecho creer a Legree que se acobardaría fácilmente y que pronto lo sometería. Cuando pronunció estas últimas palabras, un escalofrío de sorpresa sacudió a todos los presentes, la pobre mujer juntó sus manos y dijo: «Oh. Dios mío», e involuntariamente todos se miraron unos a otros y contuvieron el aliento, como si se prepararan para la tormenta que parecía a punto de desencadenarse.

Legree parecía estupefacto y confuso, pero al fin estalló:

—¡Cómo! ¡Infame bicho negro! ¿Vas a decirme a mí que no piensas que esté bien lo que yo te digo que hagas? Maldito cabestro, ¿por qué tenéis que pensar ninguno de vosotros si las cosas están bien o mal? ¡Esto se va a terminar! Vamos, ¿quién te has creído que eres? ¿A lo mejor crees que eres un caballero, Tom, al decirle a tu amo lo que está bien y lo que no? ¿Así que a ti te parece mal azotar a la chica?

—Eso es lo que pienso, amo —dijo Tom—; la pobre criatura está enferma y débil, sería de verdad cruel hacerlo, y es algo que yo nunca haré, eso para empezar. Amo, si me quieres matar, mátame; pero no conseguirás que levante mi mano contra ninguno de los que están aquí, no lo haré nunca, prefiero morir.

Tom habló con una voz suave, pero con una decisión que no inducía a engaño. Legree estaba rabioso, sus ojos verdosos relampaguearon con fiereza y hasta sus bigotes parecían rizarse con pasión; pero al igual que muchas de las fieras que juegan con sus víctimas antes de devorarlas, se guardó sus deseos de violencia inmediata y comenzó una amarga burla:

—¡Bueno, por fin tenemos entre nosotros a un perro piadoso! Un santo, un caballero; y nada menos que nos habla a nosotros, pobres pecadores, de nuestros pecados. Tendrá que ser una criatura bendita con muchísimo poder. Dime tú, sinvergüenza, ¿no has leído nunca en tu Biblia: «Siervos, obedeced a vuestros amos»? ¿No soy yo tu amo? ¿No he pagado acaso mil doscientos dólares por todo lo que hay bajo ese maldito pellejo negro? ¿No

eres acaso mío en cuerpo y alma? —preguntó, dando una patada a Tom—. ¡Vamos, dime!

En lo más hondo de su sufrimiento físico, doblegado por una brutal opresión, esta pregunta llevó un rayo de alearía y de triunfo al alma de Tom. Se levantó repentinamente y mirando intensamente al cielo, mientras le caían lágrimas de los ojos que se mezclaban con la sangre que rodaba por su rostro, exclamó:

—¡No, no, no! ¡Mi alma no es tuya, amo! ¡Tú no la has comprado, tú no puedes comprarla! ¡Ya ha sido comprada y pagada por Aquel que puede guardarla; no importa lo que me hagas, no podrás hacerme daño!

—¿Que no puedo? —dijo Legree burlón—. ¡Ya lo veremos, ya lo veremos! Aquí, Sambo, Quimbo; dadle a este perro una paliza tal que no se pueda levantar en todo el mes.

Los dos gigantescos negros, que tenían ahora a Tom en su poder con un diabólico regocijo reflejado en sus rostros, podían ser una adecuada personificación de las fuerzas del mal. La pobre mujer gritó con aprensión y todos se levantaron como guiados por un mismo impulso cuando sacaron a Tom de la sala sin resistencia por su parte.

Capítulo XXXIV
La historia de la cuarterona

> Yo he visto las lágrimas de los que estaban oprimidos, el poder lo tenían los opresores. Y por ello felicité a los muertos, ya que estaban muertos, más que a los vivos, que estaban vivos.
>
> (*Eclesiastés*, 4, 1, 2)

La noche estaba ya muy avanzada y Tom, gimiendo y sangrando, yacía solo en una vieja cabaña abandonada, entre piezas de maquinaria rota, montones de algodón inservible y otros trastos que allí se habían acumulado.

La noche era húmeda y cerrada y en el denso aire flotaban miles de mosquitos que acrecentaban el incesante dolor de sus llagas, mientras que una sed abrasadora —una tortura peor que las demás— aumentaba todavía más su sufrimiento físico.

—¡Oh, Dios santo! ¡Vuelve a mí tus ojos, haz que triunfe sobre todos los males! —rezaba el pobre Tom en medio de sus dolores.

Se oyeron unos pasos hasta detenerse ante él, y la luz de una linterna le dio en los ojos.

—¿Quién es? ¡Por Dios y su misericordia, por favor, deme agua!

La mujer, Cassy, pues era ella, bajó su linterna y vertiendo el agua de una botella, le sujetó en alto la cabeza y le dio de beber. Consumió trago tras trago con una febril ansiedad.

—Bebe todo lo que quieras —le dijo—. Ya sabía lo que iba a pasar. No es la primera vez que salgo por la noche a traer agua a los que son como tú.

—Muchas gracias, señora —dijo Tom cuando terminó de beber.

—¡No me llames señora! Soy una esclava miserable igual que tú, ¡aún más baja de lo que tú puedas serlo nunca! —dijo con amargura—. Ahora —dijo dirigiéndose a la puerta y metiendo dentro un pequeño jergón sobre el que puso sábanas humedecidas con agua fría—, intenta, pobre amigo mío, envolverte con esto.

Dolorido por sus llagas y magulladuras, Tom tardó mucho tiempo en hacer lo que le decía Cassy, pero una vez que lo hizo sintió un notable alivio gracias a la tela fresca sobre sus heridas.

La mujer, cuya larga dedicación en favor de las víctimas de la brutalidad la había familiarizado con diversas artes curativas, administró a las heridas de Tom algunos cuidados, y se sintió pronto algo aliviado.

—Por el momento —dijo la mujer cuando le colocó la cabeza en alto sobre una pella de algodón usado que le servía de almohada—, esto es lo mejor que puedo hacer por ti.

Tom se lo agradeció, y la mujer se sentó en el suelo y, abrazándose con los brazos las rodillas dobladas, miró fijamente hacia delante con una amarga y dolorosa expresión de su rostro. Su gorrito cayó hacia atrás y unos largos y ondulantes mechones de cabello negro asomaron alrededor de su singular y melancólico rostro.

—¡Es inútil, pobre amigo mío! —comentó al fin—. Es inútil hacer lo que tú has hecho. Has sido un tipo valiente, tienes toda la razón de tu parte, pero todo es en vano y está fuera de lugar que luches contra ello. ¡Estás en las manos del diablo, él es más fuerte y tienes que rendirte!

¡Rendirse! ¿Acaso la debilidad humana y la agonía física no le habían susurrado ya eso antes? Tom se estremeció, pues la mujer, con sus fieros ojos y su voz melancólica, le parecía una representación carnal de la tentación contra la que él estaba luchando.

—¡Oh Dios mío, Dios mío! —se lamentó—. ¿Cómo podría rendirme?

—No sirve de nada invocar a Dios, nunca nos oye —dijo la mujer con sequedad—. O no hay Dios, en mi opinión, o si existe está en contra de nosotros. Todo se pone en contra nuestra: el cielo y la tierra. Todo nos empuja a los infiernos. ¿Por qué no habríamos de ir entonces?

Tom cerró los ojos y tembló ante las sombrías y ateas palabras.

—Mira —le dijo la mujer—, tú no sabes nada de esto; yo, sí. He estado aquí durante cinco años, en cuerpo y alma, bajo la bota de este hombre, y lo odio como al demonio. Aquí te encuentras en una plantación solitaria, a diez millas de la más cercana y rodeado de pantanos, sin un blanco para servir de testigo[1] aunque te quemaran vivo, te escaldaran, te hicieran pedazos, te echaran a los perros, te colgaran o te azotaran hasta matarte. Aquí no hay ley, ni divina ni humana, que pueda ayudarnos lo más mínimo. Podría hacer que se le erizaran los cabellos a cualquiera y le castañetearan los dientes con solo contar lo que he visto aquí y lo que sé que ha pasado, ¡y no sirve de nada resistir! ¿Acaso quise yo vivir con él? ¿No era yo una mujer educada con finura?, y él, Dios del cielo, ¿qué era él y qué es él? ¡He vivido con él estos últimos cinco años maldiciendo toaos los momentos de mi vida, día y noche! Ahora se ha buscado una mujer nueva, una joven preciosa que tiene solo quince años y que ha sido educada, como dice, en la mayor piedad. Su buena ama le enseñó a leer la Biblia y se la ha traído aquí, ¡ha venido al infierno con ella! —y la mujer rio con una risa siniestra y desatada que resonó con timbres sobrenaturales por todo el viejo y destartalado cobertizo.

Tom cruzó sus manos; todo era tinieblas y horror.

—¡Oh Jesús! ¡Señor Jesús! ¿Te has olvidado de nosotros, pobres criaturas? —y estalló al fin—: ¡Ayúdame, Señor, o pereceré!

La mujer continuó impasible.

—¿Y qué son esos miserables y sucios perros con los que trabajas para que tengas que sufrir por cuenta suya? Cada uno de ellos se volverá contra ti en cuanto tenga la menor oportunidad. Ellos son todos tan bajos y crueles unos con otros como no te puedes ni imaginar; no sirve de nada que te sacrifiques para salvarles de sus penas.

—¡Pobrecillos! —dijo Tom—. ¿Qué es lo que les hace ser crueles? Si yo me rindo me terminaré acostumbrando y me volveré poco a poco como ellos. ¡No, no, señora! ¡Lo he perdido todo: mi mujer, mis hijos, mi hogar, y un amo bondadoso que me habría dado la libertad si hubiera vivido tan solo una semana más; lo he perdido todo en este mundo y todo se ha marchado para siempre, de modo que no puedo pensar que vaya a perder también el reino de los cielos; no, no puedo volverme malo a pesar de todo!

—Pero es imposible que Dios cargue en nuestra cuenta los pecados —dijo la mujer—. No puede tenerlos en cuenta cuando nos obligan a ello, se los cargará a los que nos empujan al mal.

—Sí —dijo Tom—; pero eso no nos impedirá volvemos unos malvados. Si me vuelvo tan duro de corazón como ese Sambo y tan degradado, no me importa mucho cómo y por qué lo he hecho; lo que de verdad me inquieta es ser así.

La mujer fijó una mirada extraña y perpleja en Tom; luego, como si un nuevo pensamiento la hubiera alcanzado, dijo con un penoso lamento:

—¡Oh, Dios se ha apiadado! ¡Tú dices la verdad! ¡Oh, oh, oh! —y se tendió en el suelo, entre sollozos, como alguien que está abatido, y retorciéndose como si estuviese en la agonía.

Durante un momento se produjo un silencio en el que se podía oír la respiración de ambos; entonces Tom llamó con voz desmayada:

—¡Por favor, señora!

La mujer se levantó repentinamente, con su habitual y melancólica expresión.

—Por favor, señora, vi cómo tiraban mi chaqueta en aquel rincón, y en el bolsillo de la chaqueta tengo la Biblia; si la señora me la pudiera

alcanzar.

Cassy fue allí y se la trajo. Tom la abrió, a la primera, en un pasaje muy marcado por el frecuente uso, en el que se describían las últimas escenas de la vida de Aquel por cuyos sufrimientos fuimos todos redimidos.

—Si la señora fuera tan buena como para leerme esto… es aún mejor que el agua.

Cassy tomó el libro con aire seco y orgulloso y miró por encima el pasaje. Leyó en voz alta, con tono suave y una llamativa belleza en la entonación, ese emocionado relato de dolor y de gloria. A menudo, cuando leía, la voz le temblaba o se le quebraba a veces, y entonces se detenía con un aire de compostura glacial, hasta que conseguía dominar sus emociones. Cuando llegó a las entrañables palabras «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen», dejó caer el libro y ocultando la cara en la espesura de sus cabellos se puso a llorar convulsivamente.

Tom también estaba llorando y lanzando de cuando en cuando alguna jaculatoria sofocada.

—¡Si al menos pudiéramos tomarnos así las cosas! —dijo Tom—. ¡Eso le salió a Él con toda naturalidad, y nosotros tenemos que luchar tanto por ello! ¡Oh Señor, ayúdanos! ¡Oh bendito Señor Jesús, ayúdanos!

Y se quedó en silencio.

—Señora —dijo Tom al cabo de un rato—, puedo ver que es usted superior a mí en todo; pero hay algo que la señora debe aprender, incluso del propio Tom. Usted dijo que Dios está contra nosotros porque deja que nos maltraten y nos golpeen, pero ya ve lo que le sucedió a su propio Hijo, el bendito Dios de la Gloria: ¿No fue Él siempre pobre? ¿Acaso alguno de nosotros ha llegado a sufrir dolores como los suyos? Dios no nos ha olvidado, estoy seguro de eso. Si hemos sufrido con Él, también podremos reinar, nos dicen las Escrituras; pero si le negamos, Él nos negará. ¿No sufrieron todos? ¿Dios y todos los suyos? El libro santo nos cuenta cómo fueron apedreados y atormentados y cómo vagaron cubiertos con pieles de cabras y ovejas, y cómo fueron despojados de todo, afligidos, martirizados. El sufrimiento no es un motivo para hacernos creer que Dios nos ha abandonado, sino todo lo contrario, si conseguimos tan solo confiar en Él y no dejarnos llevar por el pecado.

—Pero ¿por qué nos pone donde no podemos hacer nada más que pecar? —dijo la mujer.

—Yo pienso que podemos evitarlo —dijo Tom.

—Ya lo verás —dijo Cassy—. ¿Qué otra cosa podrías hacer? Mañana se ocuparán otra vez de ti. Los conozco, los he visto actuar, me aterra pensar todo lo que te reservan, y, al fin, conseguirán que te rindas.

—¡Señor Jesús! —dijo Tom—. ¿Cuidarás de mi alma? ¡Oh Dios mío, hazlo, no dejes que me rinda!

—¡Ay, amigo! —dijo Cassy—. He oído esas lágrimas y esas plegarias antes, y a pesar de todo los han sometido, los han hecho rendirse. También Emmeline intenta mantenerse como tú; pero ¿para qué os servirá? Tendrás que rendirte o te harán pedacitos así de pequeños.

—Bien, ¡entonces moriré! —dijo Tom—. ¡Por más que lo hagan durar, no podrán evitar que termine muriendo un día de estos! Y después de eso, ya no podrán hacerme nada más. Estoy dispuesto, he comprendido. Sé que Dios me ayudará a vencer en la prueba.

La mujer no contestó y se sentó, con sus negros ojos mirando al suelo.

«A lo mejor es ese el camino —se dijo a sí misma—, ¡pero los que han abandonado la lucha ya no tienen ninguna esperanza! Vivimos en la inmundicia y en la más nauseabunda de las abominaciones, hasta que nos volvemos abominables nosotros mismos. Y queremos morir y no nos atrevemos a matarnos… ¡No hay esperanza, no hay esperanza, no hay esperanza! ¡Y ahora esta chica, justo en la edad que yo tenía!».

—Mírame —dijo hablando a Tom con viveza—, mira lo que soy. Pues bien, me crie en un ambiente de gran lujo; los primeros recuerdos que tengo de mi infancia son jugando en salones espléndidos, cuando me vestían como a una muñeca y los amigos de la casa y las visitas me alababan. Había un gran jardín que se extendía bajo las ventanas del salón, y allí jugaba al escondite con mis hermanos bajo los naranjos. Fui a un convento, y me enseñaron música, francés, bordado y otras muchas cosas, y cuando tenía catorce años salí para ir al funeral de mi padre. Murió de forma repentina y cuando se tuvo que repartir la propiedad se dieron cuenta de que apenas llegaba para cubrir las deudas; cuando los acreedores hicieron un inventario de los bienes, yo me encontraba entre ellos. Mi madre era una esclava y mi

padre siempre había tenido la intención de manumitirme, pero nunca lo hizo y por eso me encontraba en aquella lista. Nadie espera que un hombre fuerte y saludable se vaya a morir. Mi padre era un hombre sano hasta cuatro horas antes de morir: fue uno de los primeros casos de cólera de Nueva Orleans. El día que siguió al funeral, la mujer de mi padre tomó a sus hijos y se marchó a la plantación de su padre. Pensé que me trataban de un modo extraño, pero no sabía por qué. Había un joven abogado que se encargaba de todos los asuntos y que venía todos los días y rondaba la casa y me hablaba con mucha cortesía. Un día trajo con él a un hombre joven, de quien pensé que era el más guapo que había visto en mi vida. Nunca olvidaré aquella velada. Paseaba con él por el jardín. Estaba sola y muy apenada, él era tan amable y bueno conmigo, y me dijo que me había visto antes de que me fuera al convento y que le había gustado muchísimo y que quería ser mi amigo y protector; en resumen, aunque él no me lo había dicho, había pagado por mí dos mil dólares y yo era propiedad suya. Fui suya de buen grado, porque lo amaba. ¡Lo amaba! —dijo la mujer deteniéndose—. ¡Oh, cómo lo amaba! ¡Y cuánto amo todavía a ese hombre y lo amaré siempre mientras me quede aliento! ¡Era tan hermoso, tan bueno, tan noble! Me instaló en una bellísima casa con criados, caballos, muebles y vestidos. Me regalaba todo lo que puede comprar el dinero, pero yo no daba valor a estas cosas, lo único que me importaba era él. Lo amaba más que a mi Dios o a mi alma, y aunque lo hubiera intentado no habría podido actuar de ninguna otra manera que siguiendo sus deseos.

»Yo solo quería una cosa, quería que se casara conmigo. Pensé que si me quería como decía y si pensaba de mí lo que parecía pensar, desearía casarse conmigo y hacerme libre. Pero me convenció de que aquello era imposible y que si nos manteníamos fieles el uno al otro era un matrimonio ante Dios. Si esto era cierto, ¿no era yo acaso la esposa de ese hombre?, ¿no le fui fiel? Durante siete años estudié cada mirada y cada movimiento suyos, y solo vivía y respiraba para agradarle. Contrajo la fiebre amarilla y durante veinte días y veinte noches estuve velándolo. Me ocupaba personalmente de darle las medicinas y lo hice todo por él, y él me llamaba su ángel de la guarda y me decía que le había salvado la vida. Tuvimos dos hijos preciosos. El mayor era un chico al que llamamos Henry. Era el vivo

retrato de su padre, tenía unos ojos igual de hermosos, su misma frente, su cabello caía en rizos y tenía el valor de su padre y también su talento. La pequeña Elise, según él, se parecía a mí. Me decía que yo era la mujer más guapa de Luisiana y que estaba muy orgulloso de mí y de los niños. Le gustaba que nos vistiéramos muy bien y sacamos a ellos y a mí en un coche descubierto y oír los comentarios que la gente decía de nosotros, y me llenaba los oídos con los cumplidos que se hacían para elogiarme a mí y a los niños. ¡Oh, aquellos fueron días felices! Yo pensé que era tan feliz como podía ser posible, pero entonces cambiaron los tiempos. Vino a Nueva Orleans un primo suyo, con el que tenía una especial amistad y la mejor opinión del mundo, pero desde la primera vez que lo vi, sin saber por qué, me inspiró terror, pues estaba segura de que traería la ruina a nuestra casa. Consiguió que Henry saliera con él, y a menudo no volvían a casa hasta las dos o las tres de la madrugada. Yo no me atrevía a decir ni una palabra, pues Henry tenía mucho carácter, pero estaba muy asustada. Empezó a frecuentar las salas de juego, y era de los que una vez que están dentro no saben cómo salir. Y entonces su primo le presentó a otra dama, y pronto comprendí que su corazón ya no me pertenecía. Nunca me lo dijo, pero yo lo vi, lo sabía día tras día y sentía que se me partía el alma, pero no podía pronunciar ni una palabra. En ese momento, el malvado le ofreció comprarme a mí y a los niños de Henry para saldar sus deudas de juego, que eran un obstáculo para hacer una boda como él quería, y nos vendió. Me dijo un día que tenía unos asuntos que resolver en el campo, que se iría fuera una o dos semanas. Habló con mayor amabilidad que de costumbre y dijo que volvería, pero no consiguió engañarme. Yo sabía que había llegado la hora; estaba como petrificada, no podía hablar ni verter una lágrima. Me besó y besó a los niños muchas veces y salió. Le vi montar en su caballo y le vi alejarse hasta que se perdió de vista y después caí al suelo desmayada.

»¡Entonces vino él, el maldito infame! Vino para tomar posesión. Me dijo que me había comprado a mí y a los niños y me enseñó los documentos. Le maldije poniendo a Dios por testigo y le aseguré que preferiría morir antes que vivir con él.

»“Como quieras —me contestó—, pero si no te portas como es debido, venderé a tus dos hijos y no los verás más”.

»Me dijo que siempre había tenido la intención de poseerme, desde la primera vez que me vio, y que había hundido a Henry y le había hecho contraer deudas con el propósito de que aceptara venderme. Que consiguió que amara a otra mujer y que yo debía comprender que después de todo eso no iba a echarse atrás por unas cuantas lagrimitas y escenas.

»Me rendí, pues mis manos estaban atadas. Tenía a mis hijos; en cuanto me resistiese a sus deseos, volvería a hablarme de venderlos, y así me hizo sumisa como él quería. ¡Oh, qué vida horrible fue aquella! Vivir con el corazón desgarrándoseme día a día, seguir adelante, adelante, amando cuando no había más que dolor y atada en cuerpo y alma a alguien a quien odiaba. Me gustaba leer en voz alta para Henry, jugar con él, bailar el vals y cantar; pero todo lo que hacía para este era un completo fastidio, aunque no me atrevía a negarle nada. Era muy dominante y duro con los niños. Elise era una niñita tímida, pero Henry era directo y temperamental como su padre y no se dejaba doblegar por nadie mientras pudiera. Siempre le encontraba en falta y peleándose con él, y yo vivía con la aprensión y el miedo a diario. Intenté hacer que el chico fuera respetuoso, intenté mantenerlos apartados, pues quería a los niños más que a mi vida, pero no sirvió de nada. ¡Vendió a mis dos hijos! Me sacó de paseo un día y cuando volví a casa no los encontré por ninguna parte. Me dijo que los había vendido y me enseñó el dinero, el precio de su sangre. Empecé a delirar y a maldecirle, maldije a Dios y al hombre y, por un momento, creo que lo atemoricé. Pero no iba a dejar las cosas así. Me dijo que mis hijos habían sido vendidos, pero que si quería volver a verlos dependía de él y que si yo no me tranquilizaba ellos pagarían las consecuencias. Puedes hacer lo que quieras con una mujer cuando tienes a sus hijos en tu poder. Hizo que me sometiera, me apaciguó, me halagó con la esperanza de que, quizá, los compraría otra vez, y así discurrieron las cosas durante una o dos semanas. Un día, dando un paseo, paré delante de un calabozo y vi a un grupo de gente en la puerta y oí la voz de un niño, y repentinamente mi Henry se escapó de los dos o tres hombres que lo sujetaban y corrió hacia mí gritando y agarrándose a mi vestido. Se acercaron entonces a él, jurando de modo horroroso, y un hombre cuya cara nunca olvidaré le dijo que no se iba a escapar más, que lo iba a llevar de nuevo al calabozo y a darle una lección

para que nunca más se le ocurriera repetir lo que había hecho. Intenté suplicarles y defenderle, pero ellos solo se rieron; el pobre niño gritaba y me miraba a la cara, hasta que arrancándome casi la falda del vestido lo arrastraron dentro, mientras gritaba: “Madre, madre, madre”. Había un hombre en pie que pareció apiadarse de mí. Le di todo el dinero que llevaba si intercedía. Sacudió la cabeza y me dijo que el niño había sido descarado y desobediente desde que lo había comprado y que le iba a meter en cintura de una vez por todas. Me volví y corrí, y durante todo el camino recordaba cómo le había oído gritar. Llegué a casa corriendo y casi sin aliento y entré en el salón, donde me encontré con Butler. Le dije lo que había pasado y le supliqué que interviniera. Él se rio por única respuesta y me dijo que el chico tenía lo que se merecía. Había que meterlo en cintura, y cuanto antes mejor, y me preguntó qué era lo que esperaba.

»Me pareció que algo se rompía en mi cabeza. Me sentí enloquecida y furiosa. Recuerdo haber visto un cuchillo curvo y afilado sobre la mesa, recuerdo vagamente haberlo cogido y haberme abalanzado sobre él; después todo se oscureció y no supe nada más durante días y días.

»Cuando volví en mí estaba en una hermosa habitación, pero no era la mía. Una vieja mujer negra se ocupaba de mí y un médico venía a visitarme y me trataban con los mayores cuidados. Después de un rato comprendí que él se había marchado y que me había dejado en esa casa para que me vendieran y que por eso se ocupaban tanto de mí.

»No tenía intención de ponerme bien y esperaba que no ocurriera, pero a mi pesar la fiebre desapareció y recobré la salud, hasta que por in me levanté. Entonces hicieron que me vistiera bien cada día y un caballero venía y se quedaba en pie, fumando sus cigarrillos, mirándome y haciendo preguntas, discutiendo sobre el precio. Estaba tan taciturna y triste que ninguno de ellos quería quedarse conmigo. Me amenazaron con azotarme si no me ponía más alegre, y no me tomó mucho trabajo ser agradable. Al cabo de unos días se presentó un caballero llamado Stuart. Parecía tener buenos sentimientos hacia mí, comprendió que me había sucedido algo horrible y vino a verme a solas muchísimas veces, hasta que me convenció de que se lo contara todo. Por fin me compró y me prometió que haría todo lo que pudiera para encontrar y comprar a mis hijos. Fue al lugar donde

estaba mi Henry y le dijeron que lo habían vendido a un amo de una plantación, río Pearl arriba, y eso es lo último que he oído de él. Después encontró a mi hija, que estaba al cuidado de una anciana. Ofreció por ella una inmensa cantidad de dinero, pero no se la quisieron vender. Butler se enteró de que él la quería para mí y me mandó un mensaje diciendo que nunca la tendría. El capitán Stuart era muy atento conmigo, tenía una espléndida plantación y me llevó a ella. Al cabo de un año tuve un hijo. ¡Oh, cómo quería a ese hijo! ¡Cuánto se parecía a mi pobre Henry la criaturita! Pero tomé una decisión, sí que la tomé. No dejaría que ninguno de mis hijos viviera hasta hacerse mayor. Tomé al pequeñín en mis brazos cuando tenía dos semanas, le besé, lloré sobre él y le administré una dosis de láudano y lo mantuve apretado contra mi pecho hasta que se durmió para siempre. ¡Cuánto lloré y lo recordé! ¿Y quién podría haber pensado que no era sino un error haberle dado el láudano? Pero ahora es una de las cosas que me alegra haber hecho. No lo he lamentado nunca hasta ahora, al menos así no sufrió. ¡Qué mejor muerte podía darle, pobre niño! Poco tiempo después llegó una epidemia de cólera y el capitán Stuart murió; todos los que querían vivir, murieron, y yo, aunque estuve al borde de la muerte, ¡sobreviví! Entonces me vendieron y fui pasando de mano en mano hasta estropearme, llenarme de arrugas y contraer las fiebres, y entonces este malvado me compró ¡y me trajo aquí y aquí estoy!

La mujer se detuvo. Se había excitado a lo largo de todo el relato, con un sentimiento de profundo y extraño apasionamiento; a veces parecía dirigirse a Tom y a veces parecía hablar sola. Era tan vehemente y tan poderosa la fuerza con la que hablaba, que, durante todo el tiempo, Tom se había olvidado hasta del dolor de sus heridas e, incorporándose y apoyado en un codo, la miraba mientras ella deambulaba sin descanso de un lado a otro, con su larga cabellera negra siguiéndola en todos sus movimientos.

—Dime —dijo tras una pausa— que Dios existe, un Dios que mira abajo y ve lo que pasa. Tal vez sea así. Las monjas del convento me decían que vendría el día del Juicio, cuando todo saldría a la luz, ¡y entonces llegará el día de la venganza!

»Ellos piensan que no es nada, que lo que sufrimos son minucias, que no nos importa lo que sufran nuestros hijos. Según ellos, es un asunto de

menor importancia, pero, a pesar de ello, yo he ido por la calle con penas en mi corazón capaces de anegar una ciudad entera. He deseado que las casas se derrumbaran sobre mí o que las piedras me cayeran encima. Sí, ¡en el día del Juicio me levantaré junto a Dios para denunciar a los que me han perdido, a mí y a mis hijos, en cuerpo y alma!

»Cuando era una niña pensé que yo era muy religiosa, que amaba a Dios y que me gustaba rezar. ¡Ahora soy un alma perdida, perseguida por los demonios, que me atormentan noche y día, que me hacen seguir adelante, y un día lo haré, sí, alguno de estos días! —dijo dando un golpe en su mano mientras que un destello de locura le brillaba en sus ojos—. ¡Le mandaré allí donde le corresponde y por el camino más rápido, aunque me quemen viva por ello!

Una feroz y prolongada risotada resonó en la cabaña y terminó con un sollozo histérico, al cabo del cual se tiró al suelo presa de un ataque de sollozos convulsivos y de contracciones.

Pocos momentos después el frenesí pareció haber pasado y se levantó lentamente, presta a recobrar los ánimos.

—¿Puedo hacer algo más por ti, mi pobre amigo? —dijo acercándose a la yacija de Tom—. ¿Quieres que te dé más agua?

Había una encantadora y compasiva dulzura en su voz y sus modales que contrastaba de modo extraño con su anterior furia.

Tom bebió agua y la miró con intensidad y lástima a la cara:

—¡Oh, señora, me gustaría tanto que llegara hasta el que da las aguas vivas!

—¡Ir a Él! ¿Dónde está? ¿Dónde está? —preguntó Cassy.

—Es aquel sobre el que has leído, ¡Dios nuestro Señor!

—Solía ver un cuadro que le representaba sobre el altar cuando era niña —dijo Cassy, cuyos obscuros ojos tomaron ahora una expresión soñadora y triste—, pero Él no está aquí. ¡Aquí no hay nada más que pecado y una inmensa desesperación! ¡Oh! —se puso la mano en el pecho y contuvo el aliento como si soportara una pesada carga.

Tom pareció querer hablar de nuevo, pero ella le interrumpió antes de que empezara con un gesto decidido.

—No hables, pobre amigo mío. Intenta dormir si te es posible —y dejando agua a su alcance y arreglando todo de manera que estuviera más cómodo, Cassy salió del cobertizo.

Capítulo XXXV
Los recuerdos

> Y, por añadidura, pueden ser muy ligeras las cosas que nos devuelven al corazón el peso del que nos queríamos librar para siempre; puede ser un sonido, una flor, el viento, el océano lo que nos hiciera sacudir la cadena metálica con la que estamos estrechamente atados.
>
> (*Childe Harold's Pilgrimage*, Canto cuarto)

El cuarto de estar de la morada de Legree era una larga y vasta habitación, con una enorme y amplia chimenea. En sus tiempos estuvo decorada con un caro y vistoso papel, que cuelga ahora agusanado, descolorido y hecho jirones de las húmedas paredes. El lugar tenía ese particular olor desabrido y malsano causado por la mezcla de humedad, suciedad y abandono que uno encuentra a menudo en las casas antiguas que no han sido ventiladas. El papel de las paredes estaba manchado en algunos lugares por salpicaduras de vino y cerveza o decorado con trazos de tiza escritos para recordar algo y con importantes y numerosas sumas, como si alguien hubiera estado haciendo ejercicios de aritmética. En la chimenea había un brasero con carbón encendido y abundante, pues aunque el tiempo no era frío, las veladas siempre parecían húmedas y heladoras en aquella habitación, y Legree quería, por encima de todo, un lugar donde poder encender sus cigarros y calentar su agua para el ponche. La luz rojiza de las brasas dejaba ver el revuelto y poco acogedor aspecto de la habitación: sillas de montar, bridas, diferentes tipos de arneses, fustas, abrigos y otras prendas de vestir estaban diseminados por toda la habitación en una confusa variedad, y los perros de los que ya hemos hablado antes se habían adueñado de ellas, de acuerdo con sus propios gustos y necesidades.

Legree, en ese precioso instante, estaba preparándose un vaso de ponche, echando agua caliente de una jarra agrietada y con el brocal desportillado, gruñendo mientras lo hacía:

—¡Maldito sea ese Sambo, está poniendo las cosas difíciles entre los nuevos esclavos y yo! ¡El tipo no podrá trabajar en una semana, ahora, justo cuando estamos en plena temporada!

—Sí, igual que tú —le dijo una voz detrás de su silla. La mujer era Cassy, quien había cazado al vuelo su soliloquio.

—¡Ah, la demonio! ¿Ya has vuelto, no es eso?

—Sí, he vuelto —contestó con frialdad— para hacer lo que me dé la gana.

—¡Mientes, idiota! Te doy mi palabra. O te portas bien, o te quedas en los barracones y compartes el trabajo con los demás.

—Lo prefiero diez mil veces —dijo la mujer—, ¡prefiero vivir en el más sucio de todos los barracones que estar bajo tus pezuñas!

—Pero estás en mis manos, digas lo que digas —añadió Legree volviéndose hacia ella con una mueca horrorosa—, eso es un consuelo para mí. Así que ven y siéntate en mis rodillas, querida, y atiende a mis razones —le dijo tomándola por la muñeca.

—¡Simon Legree, ten cuidado! —le dijo la mujer con un destello terrible en sus ojos, una mirada cuya luz riera y enloquecida la hacía parecer horrenda—. Tú me tienes miedo, Simon —dijo ella con toda intención—, y tienes buena razón para ello. ¡Pero ten mucho cuidado, pues tengo al diablo metido dentro!

Estas últimas palabras se las musitó en un tono susurrante junto a su oreja.

—¡Sal de aquí! ¡Por mi alma, ya lo creo que lo tienes! —dijo Legree apartándola de sí y mirándola con desconfianza—. Pero a pesar de todo, Cassy —le dijo—, ¿por qué no podemos ser amigos como éramos antes?

—¡Como éramos antes! —dijo ella con amargura. Se detuvo en seco. Sentimientos ahogados que venían de su corazón la dejaron silenciosa.

Cassy había ejercido siempre el tipo de influencia que una mujer fuerte y apasionada puede mantener sobre el más brutal de los hombres, pero, poco a poco, ella se había vuelto cada vez más irritable e inquieta, a veces,

bajo el odioso yugo de su servidumbre y su irritabilidad, estallaba en una violenta locura; y esto representaba algo temible para Legree, quien tenía aquel horror supersticioso por los locos que sienten, en general, los espíritus groseros y poco cultivados. Cuando Legree trajo a Emmeline a la casa, todas las agostadas fibras femeninas de Cassy se regeneraron y se puso de parte de la chica, con lo que se produjo un enfrentamiento terrible entre ella y Legree. Este, en plena furia, juró que la pondría a trabajar en los campos si no se apaciguaba. Cassy, con un desprecio altivo, declaró que prefería ir a los campos. Y allí trabajó todo el día, como hemos narrado, para mostrar con qué decisión despreciaba su amenaza.

Legree se encontraba incómodo durante todo el día, pues Cassy ejercía sobre él una influencia de la que no se podía librar. Cuando ella le presentó su cesta para pesarla, él esperó alguna concesión y se dirigió a ella con un tono medio conciliador, medio burlón, pero ella le contestó con el más amargo de los desprecios.

El ultrajante castigo del pobre Tom la había alterado aún más, y había seguido a Legree hasta la casa sin otra intención que la de reprenderle por su brutalidad.

—Me gustaría, Cassy —dijo Legree—, que te comportaras con decencia, como es debido.

—¡Tú hablas de decencia! ¿Y qué es lo que has hecho? ¡Tú que no tienes bastante sentido común como para impedir que echen a perder a uno de tus mejores trabajadores, justo en lo más intenso de la temporada y solo por tu endemoniado mal carácter!

—He sido un idiota, eso es verdad, por dejar que sucediera algo así —dijo Legree—; pero cuando un negro manifiesta sus deseos hay que someterlo.

—Te apuesto a que no lograrás someterlo.

—¿Que no? —dijo Legree levantándose con enfado—. ¡Eso ya lo veremos! ¡Sería el primer negro que se me vaya de las manos! ¡Si hace falta le romperé todos los huesos de su cuerpo, pero terminará rindiéndose!

Justo entonces se abrió la puerta y entró Sambo. Avanzó hada ellos, les saludó y enseñó algo envuelto en un papel.

—¿Qué es eso, perro? —le preguntó Legree.

—Es una cosa de brujas, señor.

—¿Qué dices?

—Algo que los negros obtienen de las brujas. Les impide sentir el dolor cuando les azotan. Tom llevaba esto atado al cuello con una cinta negra.

Legree, como todos los hombres descreídos y crueles, era muy supersticioso. Tomó el papel y lo desenvolvió con desagrado.

Aparecieron un dólar de plata y un rizo rubio, largo y brillante, cuyos cabellos se enrollaron en los dedos de Legree como si tuvieran vida propia.

—¡Maldición! —exclamó en un arrebato, tirándolo al suelo y pisoteándolo, arrancándose los cabellos como si le abrasaran—. ¿De dónde viene esto? ¡Llévatelo, quémalo, quémalo! —gritó, cogiéndolo y tirándolo a las brasas—. ¿Para qué me lo has traído?

Sambo se quedó con su enorme boca abierta y atónito por la sorpresa, y Cassy, que se disponía a dejar la habitación, se detuvo y le miró muy asombrada.

—¡No me traigas más de esas endemoniadas cosas! —dijo Legree mostrando su puño a Sambo, quien se retiró con presteza hacia la puerta, y recogiendo el dólar de plata lo lanzó contra el cristal de la ventana, rompiéndolo en su intento de tirarlo fuera, a la oscuridad.

Sambo se alegró de haber podido escapar. Cuando se fue, Legree pareció algo avergonzado por su incontenible aprensión. Se sentó de nuevo y empezó a tomar su vaso de ponche con tristeza.

Cassy se preparó para salir sin que él la viera y se deslizó al exterior para administrar a Tom los cuidados que ya hemos relatado.

¿Qué era lo que le pasaba a Legree? ¿Por qué un simple rizo de pelo rubio bastaba para desmoronar a un hombre acostumbrado a todas las formas de crueldad? Para contestar a esta pregunta debemos llevar a nuestros lectores a tiempos pasados de su vida. Duro y malvado como este impío hombre parecía ser ahora, hubo un tiempo en el que fue acunado sobre el pecho de una madre, mecido con plegarias e himnos piadosos y su frente, ahora tan fruncida, fue un día lavada por las aguas del santo bautismo. Cuando era pequeño, una mujer rubia le había llevado, al oír las campanas del día del Señor, a rezar y practicar su religión. Allá lejos, en Nueva Inglaterra, aquella madre había educado a su único hijo con infinito

e infatigable amor y pacientes plegarias. Nacido de un padre de muy mal carácter, con el que esta amable mujer había derrochado tesoros de amor despreciado, Legree siguió los pasos de su padre. Colérico, caprichoso y tiránico, despreciaba todos los consejos y rechazaba todos los reproches de su madre y, bastante joven, rompió con ella para buscar fortuna en el mar. Nunca volvió a su casa más que en una ocasión después de esto, y entonces su madre, con el sentimiento de un corazón que necesita amar y que no tiene a nadie, lo acogió y le pidió con apasionados ruegos y plegarias que dejara su vida de pecado en pro de la eterna salvación de su alma.

Y ese fue el día de gracia de Legree. Los ángeles del cielo lo llamaron, su corazón estaba casi convencido y la misericordia le llevaba de la mano. Su corazón se agitó en lo más profundo y se produjo una lucha interior, pero el mal obtuvo la victoria y dominó con toda la fuerza de su áspera naturaleza en contra de las convicciones de su conciencia. Bebía y juraba, era más cruel y brutal que nunca. Y una noche, su madre, en la agonía de la desesperación, se arrodilló a sus pies, pero él la apartó de sí y la dejó inconsciente a sus pies y, entre brutales maldiciones, se marchó a su barco. La siguiente noticia que tuvo Legree de su madre, mientras estaba de juerga con muchos compañeros borrachos, fue una carta que le entregaron en sus propias manos. La abrió y un largo mechón de cabello ondulado cayó de su interior y se enroscó en sus dedos. La carta le decía que su madre había muerto, que le había perdonado y que le enviaba su bendición.

El mal es un temible y misterioso hechicero que transforma las cosas más dulces y sagradas en fantasmas de horror y espanto. Aquella pálida y cariñosa madre, sus últimas oraciones, su amoroso perdón, solo habían traído a este corazón diabólico y pecador un mensaje de condenación eterna, con aterradoras visiones del juicio y una fiera indignación. Legree quemó el cabello y la carta, y cuando los vio ardiendo y crepitando entre las llamas, algo en su interior le hizo temblar pensando en el fuego eterno. Intentó beber, divertirse, olvidar sus recuerdos, pero a menudo, en lo más profundo de la noche, cuyo solemne silencio pone al alma malvada en comunicación consigo misma, veía a su pálida madre al borde de su cama y sentía el suave tacto de sus cabellos alrededor de sus dedos, hasta que un sudor frío le bañaba el rostro y saltaba horrorizado de su cama. Vosotros,

que os habéis maravillado al leer en el evangelio que Dios es amor y un fuego ardiente, mirad cómo para un alma que se ha decidido por el mal el amor perfecto es la más terrible de las torturas, el sello y la sentencia de la más espantosa desesperación.

«¡Demonios! —se dijo a sí mismo Legree mientras sorbía su ponche—. ¿Dónde ha podido encontrar eso? Que me aspen si no era igual que…, ¡ay! Pensaba que ya había olvidado aquello. Que me lleven los demonios si me creo que se puede olvidar algo así; a pesar de todo, ¡al diablo con ello! Quisiera llamar a Em. ¡Ella me odia, esa mona! ¡Me da igual, la haré venir!».

Legree se encaminó hacia una amplia entrada que llevaba al piso superior por lo que en otros tiempos había sido una hermosísima escalera de caracol, pero el paso se encontraba ahora sucio, interrumpido por cajas y abundante basura. Las escaleras, sin ningún tipo de alfombra, parecía caracolear hacia arriba, en dirección a las tinieblas, sin que se supiera adónde iban a parar. La pálida luz de la luna se filtraba por un destrozado arco sobre la puerta, el aire era inhóspito y helador como el de una cripta.

Legree se detuvo al pie de las escaleras y oyó una voz que cantaba. Le parecía extraño y fantasmal en aquel terrible y decrépito caserón, quizá se debía al lamentable estado de sus nervios. ¡Atención! ¿Qué era aquello?

Una voz desgarrada y patética cantaba un himno muy corriente entre los esclavos:

¡Oh, habrá llanto, llanto!
¡Oh, habrá llanto, ante el trono de Cristo el día del Juicio!

—¡Maldita sea esta chica! —dijo Legree—. ¡La voy a machacar! ¡Em! ¡Em! —llamó abruptamente, pero solo el eco burlón de los muros le dio respuesta.

La dulce voz siguió cantando:

¡Los padres y los hijos se separarán!
¡Los padres y los hijos se separarán!
¡Se separarán para no encontrarse nunca más!

Y en las salas vacías resonó con fuerza y claridad el estribillo: ¡Oh, habrá llanto, llanto, llanto!

¡Oh, habrá llanto, llanto, llanto!
¡Oh, habrá llanto, ante el trono de Cristo el día del Juicio!

Legree se detuvo. Le había dado vergüenza reconocerlo, pero gruesas gotas de sudor helado le perlaban la frente y su corazón se encontraba pesado y aterido de miedo; incluso creyó percibir que algo blanco se levantaba y brillaba en las tinieblas ante él, y tembló al pensar que el espectro de su difunta madre se le apareciera de nuevo.

«Solo sé una cosa —se dijo a sí mismo mientras se volvía al cuarto de estar y se sentaba—. ¡Voy a tranquilizarme ahora! ¿Para qué me traería Sambo ese maldito papel? ¡Me parece que estaba embrujado, eso está claro! ¡Estoy temblando y sudando desde entonces! ¿Dónde habrá encontrado ese cabello? ¡No puede ser aquel! ¡Lo quemé, sé que lo hice! ¡Sería una broma si el cabello pudiera crecerles así a los muertos!».

¡Ah, Legree! ¡Esa trenza dorada estaba encantada, cada cabello contenía un mensaje de terror y de remordimiento para ti y fue usado por un poder altísimo para atar tus crueles manos antes de que infligieras la peor de las maldades a los desvalidos!

—¡Vaya! —dijo Legree silbando y dando patadas a los perros—, ¡despertaos y hacedme compañía!

Pero los perros abrieron los ojos a medias y siguieron durmiendo.

—Haré venir aquí a Sambo y a Quimbo para que canten y bailen una de sus danzas infernales, y para quitarme estas horrendas ideas de la cabeza —dijo Legree, y poniéndose el sombrero, salió a la terraza y sopló en un cuerno con el que, de costumbre, llamaba a sus dos ayudantes negros.

Cuando estaba de buen humor, a menudo Legree hacía venir a esos dos personajes a su cuarto de estar, y después de calentarles con *whisky* se divertía con ellos haciéndoles cantar, bailar o pelearse, según le viniera en gana.

Serían entre la una y las dos de la madrugada, y Cassy volvía de prodigar sus cuidados a Tom, cuando escuchó el ruido bárbaro y estrepitoso de saltos, gritos y cantos que venían del cuarto de estar, mezclado con el ladrido de los perros y otras muestras de alboroto.

Se asomó a las escaleras de la galería y miró al interior. Legree y los dos ayudantes, en un estado de furiosa intoxicación causada por el alcohol,

estaban cantando, gritando, poniéndolo todo patas arriba y haciéndose todo tipo de horribles muecas unos a otros para divertirse.

Puso su menuda y delgada mano en la contraventana y los miró fijamente; había un mundo de congoja, desprecio y fiera amargura en sus negros ojos mientras lo hacía.

—¿Sería un crimen librar al mundo de un canalla así? —se dijo a sí misma.

Se volvió con premura, y dando la vuelta por una puerta trasera, se deslizó escaleras arriba y llamó a la puerta de Emmeline.

Capítulo XXXVI
Emmeline y Cassy

Cassy entró en la habitación y encontró a Emmeline sentada, lívida de terror, en el rincón más recóndito. Cuando penetró en el cuarto, la chica se sobresaltó, pero al ver de quién se trataba se precipitó sobre ella, la tomó del brazo y le dijo:

—¡Oh, Cassy!, ¿eres tú? ¡Me alegra tanto que vengas! Me aterraba que fuera… ¡Oh, no puedes saber el ruido tan horrible que hay en el piso de abajo desde hace rato!

—Tengo qué saberlo —dijo Cassy con sequedad—, porque lo he oído ya con demasiada frecuencia.

—¡Oh, Cassy, dime!, ¿no podemos irnos de este lugar? ¡Me da igual adonde vayamos, a una ciénaga con las serpientes, donde sea! ¿No podemos escaparnos a cualquier parte lejos de aquí?

—A ninguna parte, salvo a nuestras tumbas —dijo Cassy.

—¿Lo has intentado ya alguna vez?

—He visto ya demasiadas veces qué es lo que les pasa a los que lo intentan y las consecuencias —dijo Cassy.

—Estoy dispuesta a vivir en los pantanos y a buscar alimento en los árboles. ¡No me asustan las serpientes! Prefiero tener una a mi lado que a él —dijo Emmeline con arrojo.

—Muchos de esta plantación tuvieron la misma idea —dijo Cassy—; pero no podrás quedarte en los pantanos, los perros te encontrarán y te traerán de vuelta, y entonces, entonces…

—¿Qué es lo que haría él? —preguntó la chica mirándola a la cara sin atreverse a respirar.

—Qué es lo que no te haría, deberías preguntarte más bien —dijo Cassy —. Ha aprendido bien su oficio, con los piratas de las Indias Occidentales. Perderías el sueño si te contara cosas que he visto, cosas que cuenta a veces como buenos chistes. Aquí he escuchado gritos que no he podido sacarme de la cabeza semanas y semanas después. Hay un lugar allí abajo, en los barracones, donde puedes ver un árbol renegrido y maldito, y al pie de él todo el suelo cubierto de negras cenizas. Pregunta qué es lo que pasó allí y a ver si alguno se atreve a contártelo.

—¡Oh! ¿Qué quieres decir?

—No te lo diré. Aborrezco pensar en ello. Y te aseguro que solo Dios sabe qué es lo que podremos ver el día de mañana si este horrible hombre sigue comportándose como lo ha hecho hasta ahora.

—¡Es horroroso! —dijo Emmeline perdiendo por completo el color de sus mejillas—. ¡Oh, Cassy, dime qué puedo hacer!

—Lo que he hecho yo. Hazlo todo lo mejor que puedas, haz lo que te obligan a hacer, y hazlo odiando y maldiciendo.

—Quería que bebiera un poco de su horrendo *brandy* —dijo Emmeline —. ¡Y lo odio tanto!

—Será mejor que lo bebas —dijo Cassy—. Yo también lo odiaba, y ahora ya no puedo vivir sin él. Se necesita tener algo, y las cosas no parecen tan terribles cuando las aceptas.

—Mi madre me decía que no debería nunca probar tal cosa —dijo Emmeline.

—¡Tu madre te dijo eso! —replicó Cassy con un énfasis conmovedor y amargo en la palabra madre—. ¿Para qué nos sirve a las madres decir nada? Te han comprado, han pagado por ti y tu alma pertenece a cualquiera que te compre. Así es como funcionan las cosas. Te lo digo, bebe *brandy*, bebe todo lo que puedas y eso te hará las cosas más soportables.

—¡Oh, Cassy! ¡Apiádate de mí!

—¿Apiadarme de ti? ¿No lo estoy haciendo ya? ¿Acaso no tengo una hija, Dios sabe dónde estará y a quien pertenecerá, siguiendo la misma senda por la que ha ido su madre antes que ella y por la que supongo irán sus hijos tras ella? ¡Es una maldición sin fin, eterna!

—¡Ojalá no hubiera nacido! —dijo Emmeline retorciéndose las manos.

—Ese es uno de mis viejos deseos —dijo Cassy—. Ya me he acostumbrado a desear eso. Me mataría si me atreviera —añadió, escudriñando las tinieblas con esa fijeza inmóvil y desesperada que era su expresión habitual cuando descansaba.

—Es un pecado matarse uno mismo —dijo Emmeline.

—No veo por qué; no sería más pecado que muchas cosas que vivimos y hacemos día tras día. Pero las monjas me dijeron unas cosas, cuando estaba en el convento, que hacen que me dé miedo morir. Si solo fuera el fin de nuestras vidas, entonces[1]…

Emmeline se dio la vuelta y escondió la cara entre las manos.

Mientras esta conversación tenía lugar en la habitación de arriba, Legree, repuesto gracias a la juerga, se había sumido en un profundo sueño en la habitación de abajo. Legree no era un borracho habitual. Su ruda y fuerte naturaleza resistía bien y podía soportar beber abundantemente, cosa que habría destruido a otra persona más débil. Pero un profundo sentido de la precaución le impedía abandonarse con frecuencia a sus apetitos hasta perder el control de sí mismo.

Esta noche, sin embargo, en su febril esfuerzo para alejar de su mente los temibles remordimientos que se habían despertado en él, se había permitido excesos más allá de lo acostumbrado; así que cuando hubo despachado a sus acompañantes negros cayó pesadamente en un asiento de la habitación y se quedó allí profundamente dormido.

¡Oh! ¿Cómo se atreve el alma malvada a adentrarse en el mundo del sueño, esa tierra cuyas tenues fronteras están tan cercanas al místico escenario de la retribución? Legree soñaba. En su sueño pesado y febril, una forma velada estaba a su lado y le ponía su mano fría y blanca encima. Pensó que sabía quién era y tembló con un horror cada vez mayor, aunque su rostro estuviese cubierto por un velo. Entonces creyó notar cómo aquel mechón de cabellos se enroscaba en sus dedos y después se escurría con suavidad alrededor de su cuello, apretando y apretando, hasta cortarle el aliento, y soñó que había voces que le susurraban cosas al oído, susurros que le helaban la sangre. Le pareció que estaba al borde de un espantoso abismo, luchando con un miedo mortal, mientras unas manos negras se alzaban y tiraban de él… y Cassy llegaba por detrás de él, riendo, y le

empujaba. Y entonces se levantó la solemne forma velada y se retiró el velo. Era su madre, quien se alejó, y él cayó, cayó, cayó en medio de un ruido confuso de crujidos y lamentos, y de carcajadas demoníacas, y, con esto, Legree se despertó.

El resplandor rosado del alba entró con calma en la habitación. La estrella matutina permaneció, con su solemne y sagrado ojo de luz, contemplando con desprecio al pecador desde el cielo radiante. ¡Oh!, con cuánta solemnidad y con cuánta frescura y belleza nace cada nuevo día, como si dijera a todos los hombres insensatos: «¡Recuerda, tienes todavía una oportunidad! ¡Esfuérzate por conseguir la gloria inmortal!». No hay dialecto ni lengua en la que no se escuche esta voz, sino hombres de corazón duro y oídos sordos que no la oyen. Se despertó con un juramento y una maldición. ¡Qué le importaban a él el oro y la púrpura del día, el milagro diario de cada mañana! ¿Qué le importaba a él la santidad de la estrella que el Hijo de Dios había saludado como su propio emblema? Como una bestia, vio sin comprender y, tambaleándose, fue a servirse un vaso de *brandy*, que bebió a medias.

—¡Vaya nochecita he pasado! —le dijo a Cassy, que acababa de entrar por la otra puerta.

—Y tendrás muchas más así con el paso del tiempo —dijo ella secamente.

—¿Qué quieres decir con eso, descarada?

—Ya lo comprenderás uno de estos días —le contestó Cassy en el mismo tono—. Ahora bien, Simon, tengo un consejo que darte.

—¡Lo que tienes es el mismo demonio!

—Mi consejo es —dijo Cassy sin inmutarse, mientras comenzaba a colocar algunas cosas en la habitación— que dejes en paz a Tom.

—¿Y a ti qué te importa?

—La verdad es que no sé qué es lo que me puede importar. Si tú pagas mil doscientos dólares por un tipo para destrozarlo inmediatamente después en lo más apurado de la temporada y en plena cosecha solo para dar satisfacción a tus rencores, no es asunto mío, yo ya he hecho todo lo que podía por él.

—¿Qué has hecho? ¿Por qué diablos te metes en mis asuntos?

—No es eso, te lo aseguro. Te he ahorrado miles de dólares en diversas ocasiones al cuidar a tus esclavos, y ese es todo el agradecimiento que merezco. Si tu cosecha se queda atrás en el mercado ante la de los otros, ¿no perderás acaso tu apuesta? Tompkins no dejará pasar la ocasión, me parece, y tendrás que darle el dinero pagando como una dama, ¿o me equivoco? ¡Me parece que ya te estoy viendo hacerlo!

Legree, como muchos otros dueños de plantaciones, no tenía más que una ambición: la de presentar la cosecha más importante de la temporada, y tenía numerosas apuestas pendientes en la ciudad para aquella estación. Cassy, por lo tanto, con el tacto propio de una mujer, le tocaba la única fibra sensible que podía hacerle vibrar.

—Bien, me conformaré con dejarle con lo que ya ha recibido —dijo Legree—, pero tendrá que suplicarme que le perdone y prometerme que tendrá mejores, modales.

—Eso no lo hará nunca —dijo Cassy.

—¿Nunca, eh?

—No, nunca —confirmó Cassy.

—Me gustaría saber por qué, señora mía —dijo Legree, con un extremado desprecio.

—Pues porque tiene razón, y como lo sabe, no dirá que ha hecho mal.

—¿Y a quién le importa lo que él pueda saber? Un esclavo negro tiene que decir lo que me dé a mí la gana, o…

—O perderás tu apuesta con la cosecha de algodón si no puede ir al campo, justo cuando más lo necesitas.

—Pero tendrá que rendirse, desde luego que lo hará; ¿acaso no sé yo cómo son los negros? Suplicará como un perro esta mañana.

—No lo hará, Simon; tú no conoces a tipos así. Lo podrás matar poco a poco y no conseguirás sacarle ni una palabra de confesión.

—¡Ya lo veremos! ¿Dónde se encuentra? —dijo Legree saliendo.

—En el trastero del invernadero —dijo Cassy.

Aunque Legree hubiera hablado con tanta rudeza a Cassy, salió de la casa con un grado de recelo que no era frecuente en él. Sus sueños de la pasada noche, unidos a las prudentes sugerencias de Cassy, habían afectado a su ánimo de modo considerable. Decidió que nadie debía presenciar su

encuentro con Tom y determinó que si no podía someterlo con las amenazas, aplazaría su venganza para ocuparse de él en un momento más propicio.

La solemne luz del alba, la gloria angélica de la estrella de la mañana, había entrado por la ventana del cobertizo donde se encontraba echado Tom, y como bajando por los rayos de la estrella, le llegaron las solemnes palabras: «Yo soy la raíz y la descendencia de David, y la brillante estrella de la mañana»[2]. Las misteriosas advertencias y aclaraciones de Cassy, en vez de desanimarlo, le habían confortado como si vinieran de Dios. No sabía que el día de su muerte estaba alboreando en el cielo, y su corazón se regocijaba en medio de sus dolores, mientras pensaba que aquella maravillosa totalidad, que tan a menudo había ponderado, con el inmenso trono blanco y su eterno y radiante arco iris, la muchedumbre vestida de blanco, las voces como cursos de agua, las coronas, las palmas, las arpas, aparecería ante su vista antes de que el sol se pusiera de nuevo. Y por ello, sin miedo alguno, vio cómo se le acercaba su amo.

—Bueno, chico —dijo Legree dándole una despreciativa patada—. ¿Cómo te encuentras? ¿No te dije que tenía que enseñarte una o dos cosas? Y qué, ¿te han gustado? ¿Cómo te ha sentado el tratamiento. Tom? Ya no estás tan excéntrico como anoche. ¡Seguro que no puedes darle un sermoncito a un pobre pecador, eh!

Tom no contestó.

—¡Levántate, bestia! —le dijo Legree dándole otra patada.

Eso era algo muy difícil para alguien que estaba tan magullado y sin fuerzas como Tom, y mientras hacía esfuerzos para levantarse, Legree se burlaba con brutalidad:

—¿Qué es lo que te hace remolonear esta mañana. Tom? ¿Te enfriaste anoche, quizá?

Para entonces, Tom ya había conseguido ponerse en pie, y se enfrentaba a su amo con una mirada inmóvil y serena.

—¡Demonios, sí que puedes levantarte! —dijo Legree contemplándole —. Me parece que todavía no has tenido bastante. Ahora, Tom, arrodíllate inmediatamente y pídeme perdón por lo que hiciste anoche.

Tom no se movió.

—¡Abajo, perro! —le dijo Legree, pegándole con su fusta.

—Amo Legree —le dijo Tom—. No puedo. Solo hice lo que me parecía bien. Haría exactamente lo mismo otra vez si se presentara la ocasión. No haré nunca nada cruel, pase lo que pase.

—Sí, pero todavía no sabes qué es lo que se te va a venir encima, señor Tom. Igual crees que lo que ya has recibido es demasiado. Pues te digo que no es nada, no es nada en absoluto. ¿Qué te parece si te ato a un árbol y enciendo un fuego lento alrededor? ¿Te gustaría eso, Tom?

—Amo, ya sé que puedes hacer cosas terribles, pero —se irguió y unió sus manos— cuando hayas matado el cuerpo no podrás hacerme nada más. ¡Y entonces, vendrá la eternidad!

Eternidad… la palabra atravesó el alma del hombre negro, iluminándole y dándole fuerzas mientras hablaba, y atravesó también el alma del pecador como una picadura de escorpión.

Legree rechinó los dientes para sí, pero la rabia le dejó sin habla, y Tom, como un hombre desencantado, habló con una voz clara y alegre.

—Amo Legree, cuando me compraste, tenía la intención de ser un servidor honrado y fiel. Te habría dado todo el trabajo de mis manos, en todo momento, y toda mi fuerza. Pero no daré mi alma a ningún hombre mortal. Es de Dios, y sigo sus mandamientos antes que todo lo demás, aunque me cueste la vida, de eso puedes estar seguro. Amo Legree, no me asusta para nada la muerte. Hasta prefiero morir. Puedes azotarme, matarme de hambre o quemarme, lo único que conseguirás es mandarme más pronto allí donde quiero ir.

—Haré que te rindas, recuérdalo, ¡ya lo he conseguido antes! —dijo Legree furioso.

—¡Él me ayudará! —dijo Tom—. Nunca lo conseguirás.

—¿Quién diablos te va a ayudar? —dijo Legree con sorna.

—Dios todopoderoso —le respondió Tom.

—¡Maldito seas! —dijo Legree lanzándole un puñetazo que dio con Tom en el suelo.

Una mano suave y fría tocó a Legree en este preciso instante. Se dio la vuelta… era la de Cassy, pero ese tacto suave y frío le recordó el sueño de la noche anterior y atravesando los diferentes rincones de su cerebro le

volvieron las terribles imágenes de sus visiones nocturnas, con el horror que las acompañaba.

—¿Vas a hacer una tontería? —le dijo Cassy en francés—. ¡Déjalo en paz! Permite que me ocupe de él para que pueda volver a los campos. ¿No es lo que yo te había dicho?

Se dice que el cocodrilo y el rinoceronte, aunque estén cubiertos por una coraza a prueba de balas, tienen cada uno un punto en el que son vulnerables; también los más feroces, osados y descreídos réprobos tienen con frecuencia un miedo supersticioso.

Legree se dio la vuelta, decidido a dejar pasar la cosa por esta vez.

—Bueno, hazlo a tu manera —le dijo con obstinación a Cassy—. ¡Eh, tú! —le dijo a Tom—. No me voy a ocupar ahora de ti, porque la cosecha apremia, quiero que todos los míos trabajen, pero yo nunca olvido. ¡Tengo una cuenta pendiente contigo y alguna vez me la pagarás, viejo cuero negro, acuérdate!

Legree se volvió y salió de allí.

—¡Ya has visto! —dijo Cassy, mirando a Tom con aire sombrío—. ¡Tu castigo espera! ¿Cómo estás, mi pobre amigo?

—Dios nuestro Señor ha enviado a su ángel y por esta vez ha cerrado la boca del león —dijo Tom.

—Por esta vez, eso es verdad —dijo Cassy—; pero has ganado su odio y te perseguirá día y noche, como un perro de presa que te mordiera la garganta, chupándote la sangre, bebiéndose tu vida gota a gota. Conozco a ese hombre.

Capítulo XXXVII
La libertad

> No importa con qué solemnidad haya sido dedicado en el altar de la esclavitud; en el momento en que toca el sagrado suelo de la Gran Bretaña, el altar y su Dios se hunden en la tierra y el siervo se levanta redimido, regenerado y libre de sus cadenas por el irresistible genio de la emancipación universal.
>
> (Curran)[1]

Hemos de dejar durante algún tiempo a Tom en manos de sus enemigos, para narrar la suerte de George y su mujer, a quienes habíamos dejado en buenas manos en una granja al borde de la carretera.

Tom Loker se había quedado gimiendo y debatiéndose en la más inmaculada y limpia de las cámaras cuáqueras, bajo la vigilancia maternal de Tía Dorcas, quien encontraba que era un enfermo tan tratable como un bisonte enfermo.

Imaginémonos una alta, digna y espiritual dama, cuyo claro gorrito de muselina cubría apenas sus ondas de color de plata, peinadas sobre una amplia y clara frente, en la que destacaban unos pensativos ojos verdes. Un níveo pañuelo de tul blanco está cuidadosamente dispuesto sobre su pecho y su brillante vestido de seda parda cruje apaciblemente mientras recorre la habitación de un lado para otro.

—¡Demonios! —dijo Tom Loker apartando de un golpe la ropa de cama.

—Te ruego, Thomas, que no uses ese lenguaje —dijo la Tía Dorcas mientras arreglaba la cama con toda tranquilidad.

—Bueno, no lo haré, abuela, si puedo evitarlo —dijo Tom—, pero es que esto obliga a que un tipo jure, ¡está tan condenadamente caliente!

Dorcas le quitó el calentador de la cama, le arregló la ropa y le envolvió en las sábanas de tal guisa, que Tom parecía algo así como una crisálida, haciéndole notar mientra realizaba dichas operaciones:

—Me gustaría, amigo mío, que dejaras de maldecir y de jurar y que cuidaras un poco tus modales.

—¡Qué demonios! —dijo Tom—. ¿Para qué tengo yo que pensar en eso? ¡Es lo último que desearía pensar, así me ahorquen!

Y Tom se agitaba, deshaciéndolo y revolviéndolo todo de una manera espantosa.

—Me imagino que ese tipo y la chica están aquí —dijo, taciturno, al cabo de un rato.

—Aquí están —dijo la. Tía Dorcas.

—Lo mejor que pueden hacer es escaparse por el lago —dijo Tom—, cuanto antes, mejor.

—Probablemente es lo que harán —dijo la Tía Dorcas haciendo punto con gran serenidad.

—Y hay que andarse con cuidado, porque tenemos socios en Sandusky que inspeccionan los barcos por cuenta nuestra. No me importa decirlo ahora. ¡Espero que puedan escaparse, solo por fastidiar a Marks, ese maldito perro, así se lo lleve el diablo!

—¡Thomas! —dijo la Tía Dorcas.

—¡Te digo, abuela, que si se le aprieta a uno demasiado, termina por estallar! —dijo Tom—. Pero volviendo a la chica, dile que se vista de alguna manera que la transforme. Su descripción está expuesta en un cartel en Sandusky.

—Ya atenderemos ese asunto —dijo la Tía Dorcas con su característica compostura.

Puesto que vamos a dejar en estos lugares a Tom Loker, podemos decir también que después de convalecer de su herida durante tres semanas en la morada de los cuáqueros, con una fiebre reumática que vino a añadirse a sus otros sufrimientos, Tom se levantó de la cama bastante más serio y sensato de lo que era, y que en vez de dedicarse a la caza de esclavos se impuso a sí mismo vivir en uno de los nuevos poblados, donde sus habilidades se orientaron con el mayor éxito a la captura de osos, lobos y

otros habitantes del bosque, tarea en la que pronto alcanzó una excelente reputación en los contornos. Tom siempre hablaba con gran respeto de los cuáqueros. «Buena gente —decía—; quisieron convertirme, pero no llegaron a conseguirlo exactamente. Bueno, como te digo, forastero, dejan a un hombre herido como nuevo, de eso no hay duda. Y, además, hacen los mayores y mejores pasteles del mundo».

Como Tom les había avisado de que buscarían a su grupo en Sandusky, pensaron que sería prudente separarse. Jim, con su anciana madre, salió por delante, y una o dos noches después, George y Eliza, con su hijo, fueron conducidos con la mayor discreción a Sandusky y se alojaron al abrigo de un hospital, antes de cruzar el lago.

La noche casi tocaba a su fin y la estrella de la mañana de la libertad se elevaba ante ellos. ¡Qué palabra tan cargada de electricidad! ¿Hay algo en ella además de un nombre, o es un recurso retórico? ¡Cómo, hombres y mujeres de América! ¿No se aceleran los latidos de vuestro corazón ante esta palabra por la que dieron su sangre vuestros padres y por la que vuestras valerosas madres aceptaban que murieran los mejores y más nobles?

¿Existe algo glorioso y querido para una nación que no lo sea también para un hombre? ¿Qué es la libertad de una nación más que la libertad de sus individuos? ¿Qué es la libertad de aquel hombre joven que está sentado allí con los brazos cruzados sobre su ancho pecho, con el color de la sangre africana en sus mejillas, en el oscuro fuego de sus ojos, qué es la libertad para George Harris? Para vuestros padres, la libertad era el derecho de una nación a ser nación. Para él, es el derecho de un hombre a ser hombre, y no una bestia; el derecho a considerar a la mujer que ha elegido su corazón como su legítima esposa y protegerla de la violencia sin ley; el derecho a proteger y educar a su hijo, el derecho a tener un hogar, una religión propia y su propia personalidad, sin estar sometido a los deseos de otro. Todos esos pensamientos se agitaban y movían en el fuero interno de George mientras contemplaba pensativo a su mujer, apoyando la cabeza en la mano, mientras ella adaptaba a sus esbeltas y bonitas formas las prendas de vestir de un hombre, con las que pensó que le resultaría más fácil continuar su huida.

—Bueno, a por ello —dijo mientras estaba frente al espejo y sacudía su abundante y sedosa cabellera rizada—. Te digo, George, que es una pena, ¿no crees? —dijo con un tono juguetón mientras se alisaba los cabellos—. ¡Es una pena que haya que cortarlos!

George sonrió con tristeza y no contestó.

Eliza volvió al espejo y las tijeras se deslizaron cortándole mechón tras mechón.

—Ya está, con esto bastará —dijo, tomando un cepillo para el pelo—. Ahora quedan los últimos toques de fantasía. ¿No soy un chico guapísimo? —dijo volviéndose hacia su marido, riéndose y ruborizándose a un tiempo.

—Siempre serás guapísima, hagas lo que hagas —dijo George.

—¿Qué es lo que te preocupa? —le preguntó Eliza, poniendo una rodilla en el suelo y cogiéndole una mano—. Estamos solo a veinticuatro horas de viaje de Canadá, nos han dicho. Solo un día y una noche en el lago, y después, oh, después…

—¡Oh, Eliza! —dijo George atrayéndola hacia sí—. ¡Eso es! Ahora mi destino se va estrechando cada vez más en este punto. Llegar tan cerca, tenerlo casi a la vista y poder perderlo todo. No podré seguir viviendo si no lo conseguimos, Eliza.

—No temas —le dijo su mujer llena de esperanza—. El buen Dios no nos habría traído tan lejos si no fuera su designio que nos salváramos. Me parece sentirle con nosotros, George.

—¡Eres una mujer bendita, Eliza! —dijo George abrazándola con un arrebato convulsivo—. Pero, dime, ¿podrá ser nuestro este gran favor? ¿Todos estos años y años de penalidades llegarán a su fin? ¿Seremos libres?

—Estoy segura de ello, George —dijo Eliza mirando por encima, mientras le brillaban en sus largas y oscuras pestañas lágrimas de esperanza y de entusiasmo—. Siento en mí que Dios nos librará de nuestra servidumbre este mismo día.

—Te creeré, Eliza —dijo George levantándose con presteza—, me lo creeré cuando hayamos escapado. De verdad —dijo poniéndola a la distancia que permitían sus brazos extendidos—, eres un tipo guapísimo. Esta melena de rizos cortos te queda muy bien. Ponte el sombrero así, un

poco ladeado. Nunca te he visto tan guapa. Bueno, ya es la hora de subir al coche, me pregunto si la señora Smyth ha preparado a Harry.

La puerta se abrió y una respetable dama de mediana edad entró con el pequeño Harry vestido de niña.

—¡Qué niña tan mona parece! —dijo Eliza dando una vuelta alrededor de él—. Le llamaremos Harriet, ya lo ves, ¿no le va bien este nombre?

El niño se quedó muy serio mirando a su madre en su nuevo y extraño disfraz, observando un profundo silencio y lanzando profundas miradas de cuando en cuando bajo sus oscuros rizos.

—¿Harry reconoce a mamá? —dijo Eliza tendiendo sus manos hacia él.

El niño se abrazó tímidamente a la mujer.

—Vamos, Eliza, ¿para qué intentas confundir al niño si ya sabes que hay que separarle de ti?

—Ya sé que es una locura —dijo Eliza—, pero a pesar de ello no puedo soportar alejarme de él. Pero vámonos. ¿Dónde está mi capa? ¿Cómo se ponen la capa los hombres por estas tierras, George?

—Te la tienes que poner así —le dijo su marido echándosela por los hombros.

—De acuerdo —dijo Eliza repitiendo el gesto—. Y habré de pisar fuerte y dar zancadas y tratar de parecer descarado.

—¡Ni lo intentes! —dijo George—. También hay hombres modestos, y pienso que te será más fácil representar ese papel.

—¡Y estos guantes! ¡Que Dios me proteja! —dijo Eliza—. Mira, se me pierden dentro las manos.

—Te aconsejo que no te los quites ni un instante —dijo George—. Tu delicada mano podría echarlo todo a perder. Ahora, señora Smyth, usted estará a nuestro cargo y será nuestra tía, si no le importa.

—He oído —dijo la señora Smyth— que han llegado hombres para avisar a los guardias de la fuga de un hombre y una mujer con su hijito.

—¡Conque han hecho eso! —dijo George—. Bueno, si los encontramos, ya se lo diremos.

Una jaca que tiraba de un carruaje esperaba a la puerta, y la acogedora familia que había recibido a los fugitivos se arremolinó alrededor de ellos con despedidas llenas de buenos deseos.

Los disfraces que el grupo había adoptado estaban de acuerdo con las suposiciones de Tom Loker. La señora Smyth, una respetable dama de una colonia de Canadá, que afortunadamente se encontraba de paso mientras ellos huían y que se disponía a cruzar el lago para volver allá, había aceptado presentarse como la tía del pequeño Harry, y con el fin de atraerse su afecto se había ocupado de él de manera absoluta durante los dos últimos días, y esto, unido a una cantidad suplementaria de tortitas de semillas y de dulces había consolidado un estrecho cariño hacia el joven caballerete.

La jaca llegó al muelle. Los dos jóvenes caballeros, según su apariencia, cruzaron la pasarela hasta el barco. Eliza daba el brazo a la señora Smyth con galantería y George se ocupaba de su equipaje.

George estaba de pie en el despacho del capitán sacando los pasajes, de modo que pudo escuchar a dos hombres que hablaban a su lado.

—Hemos controlado a todos los que han subido a bordo —dijo uno— y estoy convencido de que no están en este barco.

Se trataba de un empleado del barco, y su interlocutor era nuestro viejo amigo Marks, quien con la perseverancia que le caracteriza había venido hasta Sandusky buscando a quién devorar.

—Apenas se podría diferenciar a la mujer de una blanca —dijo Marks —. El hombre es un mulato muy claro y tiene una marca en una mano.

La mano con la que George estaba cogiendo los billetes y la vuelta que le daban tembló un poco, pero se volvió con frialdad, fijó una mirada despreocupada en la cara del que hablaba y se marchó a su aire hacia otra parte del barco, donde Eliza estaba esperándole.

La señora Smyth, con el pequeño Harry, buscó refugio en los camarotes de las damas, donde la belleza de la falsa niñita provocó muchos comentarios halagadores entre las pasajeras.

George tuvo la satisfacción, cuando la campana dio la señal de despedida final, de ver a Marks volver a la orilla por la pasarela y dejó escapar un suspiro de alivio cuando el barco puso entre ellos una distancia que ya no permitía el retorno.

Era un hermoso día. Las azules olas del lago Erie[2] se mecían, danzaban y brillaban bajo la luz del sol. Una fresca brisa soplaba desde la orilla y el señorial navío continuó adelante su flamante travesía.

¡Oh, qué mundo inefable el del corazón humano! ¿Quién pensaría, mientras George recorría de arriba abajo la cubierta del vapor con su tímido compañero al lado, en todo lo que estaba ardiendo en su pecho? El bien inmenso que ya se acercaba le parecía demasiado bueno, demasiado maravilloso para ser una realidad, y sintió un miedo receloso durante cada instante del día de que algo se interpusiera en su camino.

Pero el barco continuó su navegación. Las horas discurrieron y, al fin, claras y distintas, se divisaron las benditas orillas inglesas[3], orillas que estaban encantadas por un poderoso conjuro, conjuro que bastaba con pronunciar para disolver todos los hechizos de la esclavitud, sin que importara en qué lengua ni por qué poder se pronunciara.

George y su esposa permanecieron cogidos del brazo mientras el barco se acercaba a la pequeña ciudad de Amherstberg, en Canadá[4]. Su respiración se volvió difícil y anhelante y cierta humedad le veló los ojos; él apretaba en silencio la menuda mano que se apoyaba temblando sobre su brazo. La sirena sonó y el barco se detuvo. Sin ver apenas lo que hacía, George se fue a buscar el equipaje y a reunir a su pequeño grupo. La pequeña compañía tomó tierra en la orilla. Se quedaron silenciosos hasta que el barco se hubo marchado, y entonces, con lágrimas y abrazos, el marido y la mujer, con su asombrado hijo en sus brazos, se pusieron de rodillas y elevaron sus corazones hacia Dios:

> *Y hay algo como un estallido de la muerte a la vida,*
> *de los negros sudarios a los vestidos de la gloria,*
> *del dominio del pecado y de las cadenas del dolor*
> *a la hermosa libertad de un alma redimida,*
> *cuando se deshacen los lazos de la muerte y el infierno*
> *y el mortal alcanza la inmortalidad,*
> *cuando la mano de la Misericordia ha girado la llave dorada*
> *y la misericordiosa Voz ha dicho: Alégrate, tu alma es libre.*

La señora Smyth condujo enseguida al pequeño grupo al hospitalario domicilio de un buen misionero, a quien la caridad cristiana había puesto allí como pastor de los descastados y los vagabundos que constantemente buscan asilo en esta orilla.

¿Quién podría hablar de las bendiciones de aquel primer día de libertad? ¿No es acaso el sentido de la libertad más agudo y elevado que los otros

cinco? ¡Poder moverse, hablar y respirar, entrar y salir sin vigilancia y libre de peligro! ¿Quién podría describir el descanso de que goza el ser libre, sujeto a unas leyes que le garantizan los derechos que Dios ha dado al hombre? ¡Qué maravillosa y preciosa era para una madre la cara de ese niño dormido, aún más querida por el recuerdo de miles de peligros! ¡Les resultaba imposible dormir ante tantas bendiciones! Y eso que la pareja no tenía ni un acre de terreno ni un techo que pudiera decir que era suyo: se lo habían gastado todo, hasta el último dólar. No tenían nada más que los pájaros, el aire y las flores del campo, y a pesar de ello no podían dormir de alegría. «¡Oh, tú que privas al hombre de su libertad!, ¿con qué palabras responderás a Dios de tus actos?».

Capítulo XXXVIII
La victoria

Demos gracias a Dios, que nos ha dado la victoria.[1]

¿No nos ha sucedido a muchos de nosotros, a lo largo de las fatigas de la vida, sentir en algún momento que sería mucho más fácil morir que seguir viviendo?

El mártir, incluso cuando se enfrenta con una muerte de horribles y agónicos dolores corporales, encuentra en lo terrible de su destino un fuerte y estimulante tónico. Se produce una viva excitación, una emoción y una especie de fiebre que pueden hacer soportable cualquier sufrimiento en el momento en que se aproximan la gloria y el descanso eternos.

Pero vivir, soportar día tras día una servidumbre cruel, amarga, humillante, con los nervios rotos y deprimidos, con la posibilidad de sentir cada vez más fuerte ese largo y destructor martirio del corazón, continuamente desangrado de su vida interior, gota a gota, día a día, esa es la verdadera prueba para saber qué es lo que hay en el fondo del hombre o de la mujer.

Cuando Tom se quedó cara a cara con su malvado amo y oyó sus amenazas, pensó que le había llegado su última hora, su corazón se sobrepuso con valentía e imaginó que podría soportar el fuego y la tortura, soportar cualquier cosa con la visión de Jesús y el reino de los cielos a solo un paso de distancia. Pero cuando Legree se marchó y la excitación desapareció, volvieron los dolores de sus magullados y cansados miembros y volvió la profunda conciencia de su triste situación degradada y sin esperanzas y los días fueron pasando lentamente con un tedio atroz.

Mucho antes de que cicatrizaran sus heridas, Legree insistió en que debía volver al trabajo en los campos, y los días de dolores y fatigas se sucedieron, agravados por toda clase de injusticias y humillaciones que el odio enfermizo de una mente malvada y perversa podía inventar. Cualquiera que en estas condiciones haya tenido la experiencia del dolor, incluso con los atenuantes que se producen en nuestro caso, debe saber que va acompañada de una cierta irritación. Tom ya no se extrañaba de la habitual rudeza de sus compañeros, ni tampoco tenía el plácido y alegre temperamento que durante toda su vida le había sido habitual, pues estaba destrozado y en carne viva. Se habría complacido con la lectura de la Biblia, pero no había nada parecido al ocio en aquel lugar. En lo más intenso de la temporada, Legree no dudaba en explotar a sus esclavos los domingos y los días de la semana por igual. ¿Y por qué no lo haría? Así se recogía más algodón y él ganaría su apuesta; y si con ello echaba a perder unos cuantos esclavos, ya compraría otros mejores. Al principio, Tom solía leer uno o dos versos de su Biblia, al amor del fuego, después de volver de su trabajo cotidiano; pero después del cruel castigo que había recibido volvía a casa tan exhausto que su mente se nublaba y sus ojos le fallaban cuando intentaba leer, y se veía obligado a tumbarse en el suelo con los otros, agotado por completo.

¿Es tan extraño que la paz y la fe que hasta entonces le habían acompañado cedieran ante las sacudidas de su alma y ante las desoladoras tinieblas? Los más entristecedores problemas de esta misteriosa vida se presentaban ante sus ojos, almas quebrantadas y destruidas, el mal triunfador, y Dios en silencio. Pasaron semanas y meses en los que el alma de Tom se debatía contra las penas y la oscuridad. Pensó en la carta que la señorita Ophelia había enviado a sus amigos de Kentucky, y rezaba con fervor para que Dios le enviara el fin de sus sufrimientos. Y entonces empezó a otear el camino, día tras día, con la vaga esperanza de descubrir a alguien que viniera para redimirle; y al ver que no venía, volvía a hundirse en los tristes pensamientos de su alma, que le decían que era inútil servir a Dios y que Dios se había olvidado de él. En algunas ocasiones vio a Cassy, y a veces, cuando le llamaban para que se acercara a la casa, atisbo la

abatida silueta de Emmeline, pero poca comunión tuvo con ninguna de ellas dos, pues, de hecho, no tenía tiempo de hacer vida común con nadie.

Una noche estaba sentado en un estado de profunda tristeza y postración junto a unas brasas medio apagadas en las que estaba cocinando su tosca cena. Puso un poco más de leña menuda en el fuego e intentó avivar la luz que este daba, y después sacó su Biblia del bolsillo. Allí estaban marcados todos los pasajes que tantas veces le habían conmovido el alma, palabras de patriarcas y profetas, de poetas y sabios, quienes desde los primeros tiempos habían predicado al hombre palabras de aliento, voces desde la gran nube blanca que todo lo presencia y que siempre nos rodea en el transcurso de nuestra vida. ¿Había perdido su poder la palabra o no podía contestar más a la poderosa inspiración el ojo medio cerrado y el sentido extenuado? Suspirando con pesar, guardó el libro en su bolsillo. Una grosera risa le sobresaltó y miró hacia arriba: allí estaba Legree en pie frente a él.

—¿Qué te pasa, viejo? —le preguntó—. ¿Encuentras que tu religión no te funciona, al parecer? ¡Me dije que conseguiría sacarte eso de la cabeza tarde o temprano!

La cruel mofa era peor que el hambre, el frío y la desnudez. Tom permaneció en silencio.

—Has sido un idiota —le dijo Legree—, porque yo tenía la intención de tratarte bien cuando te compré. Podrías haber vivido mejor que Sambo y Quimbo y pasar buenos ratos, y en vez de ser castigado y humillado cada uno o dos días, habrías tenido la libertad de dirigirlo todo y de castigar a los demás negros, y te habrías tomado de vez en cuando un buen pelotazo de ponche de *whisky*. Vamos, Tom, ¿no piensas que no habría sido mejor para ti comportarte con mayor sensatez? ¡Quema ese viejo montón de basura y únete a mi iglesia!

—¡Dios lo prohíbe! —dijo Tom con gran fervor.

—Ya ves que Dios no te va a ayudar; ¡si hubiera tenido la intención de ayudarte, no habría permitido que yo te comprara! Toda tu religión no es más que una sarta de mentiras y engaños, Tom. Yo sé todas esas cosas. Lo mejor que puedes hacer es unirte a mí. Yo soy alguien y puedo hacer algo por ti.

—No, amo —dijo Tom—, me mantendré en mi fe. ¡Dios puede ayudarme o no ayudarme, pero yo le seré fiel y creeré en él hasta el final!

—¡Pues peor para ti, imbécil! —dijo Legree escupiéndole con desprecio y propinándole una patada—. ¡No pasa nada, ya te rebajaré yo todavía más y te someteré, ya lo verás! —y se marchó.

Cuando un gran pesar oprime el alma hasta el nivel más bajo que es posible soportar, se produce un instantáneo y desesperado intento para liberarse de esa carga, y por ello la peor de las angustias precede a menudo a una corriente que trae de vuelta la alegría y el valor. Eso era lo que acababa de ocurrirle a Tom. Las burlas ateas de su cruel amo hundieron su antes decaída alma hasta lo más hondo, y aunque la mano de la fe todavía se aferraba a la roca eterna, se trataba de un gesto vacío y desesperado. Tom se sentó junto al fuego como si estuviera aturdido. De pronto, todo lo que le rodeaba empezó a difuminarse y ante él apareció una visión de alguien coronado de espinas, abofeteado y desangrándose. Tom contemplaba fascinado y con sagrado respeto la majestuosa paciencia de aquel rostro, los profundos y patéticos ojos se le clavaron en lo más profundo de su corazón, su alma se despertó, mientras con caudales de emoción alzaba sus manos unidas y se arrodillaba, y de repente la visión se transformó: las agudas espinas se convertían en rayos de gloria y entre un esplendor inconcebible vio que esa cara se inclinaba compasiva hacia él y que una voz le decía: «Aquel que supere las pruebas se sentará conmigo en mi trono, como yo las superé, por eso estoy ahora junto a mi Padre en su trono».

Tom no podría decir cuánto tiempo permaneció allí echado. Cuando volvió en sí, el fuego se había apagado y su ropa estaba humedecida por el frío y abundante rocío, pero la amenaza de su crisis espiritual había pasado y estaba lleno de alearía, ya no sentía el hambre, el frío, la degradación, la contrariedad o la perfidia. Desde lo más profundo de su alma, en aquella hora abandonó todas las esperanzas de este mundo y se despidió de todo, ofreciendo todo su ser en un sacrificio sin preguntar al Infinito. Tom miró hacia arriba, hacia las silenciosas y eternas estrellas, que imaginó como las huestes angelicales que protegen al hombre… y en la soledad de la noche pareció como si resonasen las triunfantes palabras de un himno que él había

cantado con frecuencia en días más felices, pero nunca con el fervor con el que lo hacía ahora:

La tierra se fundirá como la nieve,
el sol dejará de brillar,
pero Dios que me ha llamado aquí abajo
siempre mío será.
Y cuando se termine esta vida mortal,
y la carne y los sentidos se acaben,
yo poseeré del otro lado del velo
una vida de alegría y de paz.
Cuando llevemos allí diez mil años
brillando esplendorosos como el sol,
no tendremos menos días para alabar a Dios
que cuando empezamos a cantar.[2]

Quienes conozcan la historia religiosa de la población esclava saben que sucesos como el que acabamos de referir son muy frecuentes entre ellos. Algunos los hemos oído de sus propios labios, y tenían un carácter emotivo y enternecedor. Los psicólogos nos hablan de un estado en el que los afectos y las imágenes del espíritu se hacen tan dominantes y poderosos que se sobreponen por completo a la visión del mundo exterior. ¿Quién es capaz de medir lo que puede hacer un Espíritu omnipresente en nuestras almas y las mil maneras con las que puede animar a los descorazonados afligidos? Si los pobres y olvidados esclavos creen que Jesús se les ha aparecido y que les ha hablado, ¿quién podría contradecirles? ¿No dijo Él que su misión, por los siglos de los siglos, era consolar al triste y liberar al oprimido?

Cuando la suave y gris aurora despertó a los que dormitaban para levantarse y volver a los campos, entre los andrajosos miserables que temblaban había uno que iba con una confianza manifiesta, pues más que en la firmeza del suelo sobre el que pisaba había puesto toda su fe en el amor todopoderoso y eterno de Dios. ¡Ah, Legree, intenta ahora medir tus fuerzas con él! ¡La peor de las agonías, el dolor, la degradación, las penalidades y la pérdida de todo no harán más que precipitar el proceso por el que se convertirá en un rey y en un sacerdote en Dios!

A partir de este momento una inviolable esfera de paz marcó el ritmo de los latidos del corazón de aquel oprimido, pues la Sabiduría eterna había consagrado allí su templo. Habían terminado los sufrimientos por los

anhelos terrenales, habían terminado las oscilaciones de esperanza, miedo y deseo, la voluntad del hombre se hallaba ahora fundida con la de Dios. Tan corto le parecía ahora el resto del viaje de la vida, tan cercana, tan viva le parecía la esperanza del más allá, que los insufribles dolores que llevaba consigo no podían hacerle ya más daño.

Todos se percataron del cambio. La alegría y la buena disposición parecían volver a él y una serenidad que ningún insulto ni ofensa podía alterar parecía poseerle.

—¿Qué demonios es lo que le pasa a Tom? —le preguntó Legree a Sambo—. ¡Hace poco tiempo estaba dando las últimas boqueadas y ahora salta como un grillo!

—No lo sé, señor, a lo peor es que se va a escapar.

—¡Que lo intente! —dijo Legree con una mueca salvaje—. ¿No te parece, Sambo?

—¡Imagino que lo pasaríamos bien! ¡Ja, ja, ja! —dijo aquel demonio negro como el hollín, riendo obsequioso—. ¡Dios, que divertido! ¡Verle pegado al barro, cazándolo y persiguiéndolo entre los arbustos, echándole los perros encima! ¡Dios, si casi exploté de tanto reír la vez que cogimos a Molly! Pensé que la harían pedazos antes de que yo llegara para apartarlos. Todavía tiene las cicatrices de las dentelladas.

—Y así las tendrá hasta que se vaya a la tumba —dijo Legree—. Pero ahora. Sambo, ándate con cuidado. Si el negro intenta algo en ese sentido, cázalo enseguida.

—Amo, deja eso a mi cargo —dijo Sambo—. Ya le ajustaré yo las cuentas. ¡Jo, jo, jo!

Poco después, Legree montaba a caballo para ir a la ciudad vecina. Aquella noche, ya de vuelta, decidió pasar por los barracones para ver si todo estaba en orden.

Era una hermosa noche de luna llena y las sombras de los graciosos árboles chinos se dibujaban con detalle en la pradera que se extendía bajo ellos, y había una inmovilidad tan transparente en el aire que parecía casi un sacrilegio perturbarla. Legree estaba a poca distancia de los barracones cuando oyó la voz de alguien que estaba cantando. Aquello no era un

sonido habitual en el lugar y se acercó a escuchar. Una musical voz de tenor cantaba:

Cuando pueda leer que tengo derecho
a gozar de mi morada en el cielo,
abandonaré todos los miedos
y me secaré los llorosos ojos.

Aunque la tierra se ponga en contra de mi alma
y me disparen dardos infernales,
podré reírme de la rabia de Satán
y enfrentarme a un mundo adverso.

Dejad que las preocupaciones lluevan cual un diluvio
y que caigan tormentas de pena,
pues yo llegaré seguro a mi casa,
a mi Dios, a mi Cielo, a mi Todo.[3]

—¡Así que estas tenemos! —se dijo Legree a sí mismo—. Eso es lo que piensa, al parecer. ¡Cuánto odio esos malditos himnos metodistas! ¡Eh, dime, negro! —dijo aproximándose con presteza a Tom y alzando su fusta —. ¿Cómo te atreves a cantar estas estupideces cuando debías estar en la cama? ¡Calla tu negro y asqueroso gaznate y vete dentro ahora mismo!

—Sí, amo —dijo Tom con disposición alegre, mientras se levantaba para meterse en el cobertizo.

Legree se sentía provocado y fuera de sí por la evidente felicidad de Tom, y cabalgando hacia él le golpeó en la cabeza y en los hombros.

—¡Toma, perro! —le dijo—. ¡A ver si sigues tan a gusto después de esto!

Pero en esta ocasión los golpes solo cayeron en las espaldas del hombre y no llegaron, como sucedía antes, a su corazón. Tom se comportó con una perfecta sumisión y, a pesar de ello, Legree no pudo ocultarse a sí mismo que su poder sobre su propiedad personal se había esfumado en cierto modo. Y cuando Tom desapareció en su cabaña, él espoleó a su caballo para alejarse y en su mente se produjo uno de esos destellos iluminadores que envía la conciencia atravesando las almas tenebrosas y malvadas. Comprendió claramente que Dios se interponía entre él y su víctima, y blasfemó. Aquel hombre sumiso y silencioso al que ni los insultos, ni las amenazas, ni los latigazos, ni las crueldades conseguían perturbar, hacía

nacer en su interior una voz como la que en otros tiempos provocara el Maestro en el alma de un endemoniado: «¿Qué tenemos nosotros que ver contigo, Jesús de Nazaret? ¿Has venido a torturarnos antes de tiempo?»[4].

Toda el alma de Tom desbordaba de compasión y simpatía por los miserables que lo rodeaban. Para él era como si las penas terrenales hubieran terminado y como si deseara repartir las riquezas del extraño tesoro de paz y alegría con el que había sido dotado para atenuar las penas de los demás. Era cierto que las ocasiones eran raras, pero de camino a los campos y de vuelta a casa y durante las horas de trabajo podía echar a veces una mano para ayudar a los que estaban cansados, descorazonados o desanimados. Las pobres criaturas agotadas y brutalizadas no llegaban al principio a comprender bien esto; pero cuando su ayuda continuaba semana tras semana y mes tras mes, empezaron a despertarse fibras que llevaban largo tiempo dormidas en sus entumecidos corazones. Poco a poco e imperceptiblemente, el extraño, silencioso y paciente hombre que estaba dispuesto a cargar con el fardo de cualquier otro y que no buscaba la ayuda de nadie, que se ponía al lado de todos, que llegaba el último y tomaba la menor parte de lo que les daban y que a pesar de ello estaba dispuesto a repartirla con cualquiera que lo necesitara, el hombre que daría su raída manta en noches de frío para procurar más calor a una mujer que temblaba de fiebre y que llenaba las cestas de los más débiles, corriendo el terrible riesgo de quedarse corto en el peso de su algodón, y que, aunque perseguido con una infatigable crueldad por su amo, nunca había pronunciado una palabra de maldición o de revuelta, ese hombre, en fin, empezaba a tener un poderoso ascendiente sobre ellos; y cuando pasaron los agobios de la temporada y se les permitió de nuevo guardar la fiesta dominical, muchos de ellos se reunían con él para hablar de Jesús. Les habría gustado mucho encontrarse en algún lugar para escucharle, cantar y leer juntos, pero Legree no lo habría permitido y más de una vez impidió algún intento con juramentos e insultos brutales, así que la sagrada buena nueva tuvo que transmitirse de boca en boca. A pesar de ello, ¿quién podría narrar la sencilla dicha de estos desposeídos, para los que la vida era un tormento sin ninguna alegría dentro de una oscuridad desconocida, cuando se les anunció que tenían un compasivo Redentor y una morada celestial? Los misioneros

han declarado que de todas las razas de la tierra, ninguna ha recibido el Evangelio con la docilidad y el fervor de los africanos. La confianza y la fe inquebrantable de que hacen gala es una característica natural en esta raza más que en cualquier otra, y a menudo se ha encontrado entre ella la fuerte semilla de la verdad, llevada por el viento hasta los corazones más ignorantes, o que de modo accidental ha prosperado y dado sus frutos, y su abundancia ha avergonzado a los más nobles y de superior cultura.

La desdichada mulata, cuya sencilla fe se había oscurecido y desmoronado ante la avalancha de crueldades y dolores que habían caído sobre ella, sintió que su alma se elevaba con los himnos y los pasajes de las Sagradas Escrituras, que su humilde misionero le susurraba al oído en ciertas ocasiones, cuando iban o venían del trabajo, y hasta la mente errática y casi enloquecida de Cassy se suavizaba y se confortaba con su simple y discreta influencia.

Abocada a la locura y a la desesperación por las demoledoras agonías de la vida, Cassy había decidido en su alma en muchas ocasiones que le llegaría la hora de la revancha y que su mano se tomaría venganza sobre su opresor por todas las injusticias y crueldades de las que había sido testigo o que ella había sufrido directamente en su propia carne.

Una noche, cuando todo se encontraba sumido en el silencio dentro de la cabaña de Tom, este se despertó de repente y divisó su cara en el agujero que hacía de ventana. Ella le hizo un gesto silencioso para que saliese fuera.

Tom franqueó el umbral de la puerta. Eran la una o las dos de la madrugada, en una noche de luna serena y silenciosa. Tom se dio cuenta, cuando los rayos de luna iluminaron los grandes ojos de Cassy, de que había un brillo extraño y particular en ellos en vez de su permanente desesperación.

—Ven aquí, padre Tom[5] —dijo poniéndole su mano menuda sobre una muñeca y tirando de él como si esta mano fuera de acero—, ven aquí; tengo noticias que darte.

—¿Qué pasa, señora Cassy? —preguntó Tom con ansiedad.

—Tom, ¿no te gustaría tomarte la libertad?

—Ya la tendré, señora, cuando Dios decida el momento —dijo Tom.

—¡Ah, pero es que puedes tenerla esta noche! —dijo Cassy con un estallido de repentina energía—. Vamos.

Tom dudaba.

—¡Vamos! —le dijo ella en un susurro, fijando en él sus negros ojos—. ¡Ven conmigo! Está dormido como una piedra, le he puesto el suficiente *brandy* para que no se despierte. Y más que me hubiera gustado darle, así no habría necesitado tu ayuda. Pero ven, la puerta de atrás no está cerrada… hay un hacha aquí… la he puesto yo… la puerta está abierta… te mostraré el camino. Lo habría hecho yo sola, pero mis brazos son demasiado débiles. ¡Ven y ayúdame!

—No lo haría por nada del mundo, ¡señora! —dijo Tom con firmeza, deteniéndola en su acelerada marcha hacia delante.

—Pero piensa en estas pobres criaturas —dijo Cassy—. Podemos dejarlas libres e ir a cualquier lugar en los pantanos y encontrar una isla y vivir a nuestro aire; he oído que otros lo hicieron[6]. Cualquier vida es mejor que esto.

—¡No! —dijo Tom firmemente—. No hay ningún bien que venga de la maldad. ¡Preferiría que me cortaran la mano derecha!

—¡Entonces lo haré yo! —dijo Cassy dándose la vuelta.

—¡Oh, señora Cassy! —dijo Tom echándose de rodillas ante ella—. ¡Por el amor de Dios que murió por nosotros, no venda su alma al diablo de esta manera! No traerá sino más males todavía[7]. Dios no nos ha predicado la venganza. Debemos sufrir y esperar a que le llegue la hora.

—¡Esperar! —dijo Cassy—. ¿Acaso no he esperado suficiente? ¡He esperado hasta ver que me zumba la cabeza y mi corazón se ha puesto enfermo! ¡Todo lo que él me ha hecho sufrir, todo lo que ha hecho sufrir a cientos de criaturas! ¿Acaso no te está sacando la sangre a ti? ¡Yo he oído esa voz, esa voz de los demás! ¡Le ha llegado su hora y tendré la sangre de su corazón!

—¡No, no, no! —dijo Tom sujetando las pequeñas manos de Cassy, que se habían crispado en una violencia espasmódica—. No, pobre alma perdida, no debes hacerlo. Nuestro bendito y amado Dios no vertió otra sangre que ja suya, y la dio por nosotros cuando éramos sus enemigos. ¡Dios, ayúdanos a seguir sus pasos y a amar a nuestros enemigos!

—¡Amar! —dijo Cassy, con una mirada furibunda—. ¡Amar a tal enemigo! ¡No lo permiten ni el cuerpo ni la sangre!

—Así es, señora —dijo Tom mirando hacia arriba—. Pero Él sí que nos da la fuerza para ello, y así podremos vencer. Cuando podemos amar y rezar por encima de todo y en medio de todas las penalidades, la batalla ha sido ganada y la victoria está en nuestras manos, ¡por la gloria de Dios! —y con la mirada arrebatada y la voz entrecortada, el hombre negro parecía estar ya en el paraíso.

¡Sí, África! La última llamada entre todas las naciones, llamada para llevar una corona de espinas, una terrible carga, el sudor de la sangre, la cruz de la agonía, esta será tu victoria, y por ella reinarás en el reino de Cristo cuando este descienda sobre la tierra[8].

El profundo fervor de los sentimientos de Tom y la dulzura de su voz, sus lágrimas, caían como rocío en el fiero e inquieto espíritu de la pobre mujer. Cierta suavidad pareció velar los espeluznantes fulgores de sus ojos, miró hacia abajo y Tom pudo notar que los músculos de sus manos se relajaban mientras decía:

—¡Oh!, ¿no te dije nunca que los espíritus del mal me seguían siempre? ¡Oh, padre Tom, yo no puedo rezar, me gustaría tanto poder hacerlo! No he rezado nunca desde que mis hijos fueron vendidos. Lo que tú dices puede ser verdad, sé que debe serlo, pero cuando intento rezar solo encuentro en mí odio y maldiciones. ¡No puedo rezar!

—¡Pobre alma! —le dijo Tom con tono compasivo—. Satán desea cogerte y segarte como el trigo. Ruego a Dios por ti. ¡Oh, señora Cassy, vuelve al buen Señor Jesús! Él curará los corazones destrozados y consolará todas las penas.

Cassy permaneció en silencio, mientras gruesas lágrimas caían de sus abatidos ojos.

—Señora Cassy —dijo Tom con un tono de duda después de haberla observado en silencio—, si pudieras salir de aquí, si eso fuera posible…, te aconsejaría hacerlo a ti y a Emmeline, esto es, si pudierais marcharos con las manos limpias de sangre; si no, no lo hagáis.

—¿Nos acompañarías, padre Tom?

—No —dijo Tom—; hubo un tiempo en que lo hubiera hecho, pero Dios me ha dado un cometido entre estas pobres almas y me quedaré para llevar mi cruz con ellos hasta el final. Lo tuyo es diferente, tú no puedes aguantar más, estás en una trampa y lo mejor que puedes hacer es marcharte, si puedes.

—No sé de ningún camino más que el de la tumba —dijo Cassy—. No hay bestia o ave que no encuentre un hogar en donde recogerse, incluso las serpientes y los caimanes tienen refugios donde echarse y estar tranquilos, pero no hay ningún lugar así para nosotros. Allá en los pantanos, sus perros nos darían caza y nos encontrarían. Todos y todas las cosas están en contra nuestra, incluso los mismos animales nos son contrarios. ¿Adónde iremos?

Tom se quedó en silencio y al cabo de un rato dijo:

—Aquel que salvó a Daniel de los leones y a los niños del temible horno, Aquel que anduvo sobre las aguas y que calmó los vientos, Él vive, y confío en que podrá salvarte. Inténtalo y rezaré por ti con todas mis fuerzas.

¿Cuál es esa extraña alquimia de la mente que hace que una idea considerada durante largo tiempo y desechada como una piedra inútil a nuestros pies, se ponga a brillar de repente con una nueva luz, como si hubiéramos descubierto un diamante?

Cassy, a menudo, había reflexionado durante horas sobre todos los posibles o probables esquemas de huida y los había dejado todos por imposibles o impracticables, pero en aquel momento le vino a la mente un plan tan simple y tan factible en todos sus detalles, que le devolvió por un momento sus esperanzas.

—¡Padre Tom, lo voy a intentar! —dijo con presteza.

—¡Amén! —dijo Tom—. ¡Y que Dios te ayude!

Capítulo XXXIX
La estratagema

> El camino de un malvado es como las tinieblas; no sabe en qué piedra tropieza.[1]

El desván de la casa que ocupaba Legree, como la mayoría de los desvanes, era un vasto e inhabitable espacio polvoriento, cubierto de telarañas y lleno de trastos viejos amontonados. La opulenta familia que había habitado la casa en sus días de esplendor había importado una gran cantidad de espléndidos muebles, algunos de los cuales se había llevado consigo, mientras que había dejado otros que aparecían desolados en habitaciones carcomidas y vacías o almacenados en este lugar.

Dos de las inmensas cajas en las que se trajeron estos muebles estaban apoyadas contra los muros del desván. Había una pequeña ventana que aejaba pasar a través de sus cristales sucios y patinados por el polvo una luz escasa e insegura que iluminaba las altas sillas de gran respaldo y las mesas polvorientas que en su día vieron tiempos mejores. El conjunto era algo extraño y fantasmal, pero, aun así, entre los negros habían nacido leyendas que aumentaban el terror que producía el lugar. Unos pocos años antes, una mujer que había causado un gran disgusto a Legree fue encerrada allí durante varias semanas. Lo que pasó no lo decimos, los negros se lo susurraban sombríos unos a otros; pero se sabía que el cadáver de aquella desdichada criatura fue sacado de allí y enterrado, y después de ello se decía que se oían juramentos y maldiciones, y el ruido de violentos golpes, que resonaban en todo el desván y que se mezclaban con lamentos y gemidos desesperados. En una ocasión, cuando Legree alcanzó a escuchar

algo de lo que se decía sobre este tema, se encolerizó con gran violencia y juró que encadenaría en el desván durante una semana al primero que sorprendiera contando historias, para que así supiera lo que había. Esta amenaza bastó para acabar con las habladurías, aunque, desde luego, no perturbó lo más mínimo la credibilidad de la historia.

Poco a poco las escaleras que conducían al desván, y hasta el pasillo que llevaba a la escalera, fueron evitados por todos los de la casa y por todos los que temían hablar de ella y, con el tiempo, la leyenda fue cayendo en el olvido. De repente se le acababa de ocurrir a Cassy hacer uso del miedo supersticioso que tan desarrollado se encontraba en Legree con el fin de obtener su libertad y la de su compañera de sufrimientos.

El dormitorio de Cassy estaba justo debajo del desván. Un día, sin consultar a Legree, decidió cambiar de manera notoria y ostentosa sus muebles y objetos personales a otra habitación muy alejada. Los servidores llamados para realizar este cometido se apresuraban y chocaban entre sí con gran celo y confusión cuando Legree volvía de un paseo a caballo.

—¡Hola, Cassy! —dijo Legree—. ¿Qué es lo que pasa aquí?

—Nada, solo que he decidido cambiar de habitación —dijo Cassy con obstinación.

—¿Y con qué motivo, si se puede saber? —dijo Legree.

—Pues porque lo he decidido así —dijo Cassy.

—¡Demonios, sí lo has hecho! Pero ¿por qué?

—Pues porque de cuando en cuando me gustaría dormir.

—¡Dormir! Bien, ¿y qué es lo que te impide dormir?

—Lo podría decir, me imagino, si me quisieras escuchar —dijo Cassy con sequedad.

—¡Habla de una vez, lagarta! —le dijo Legree.

—¡Oh, no es nada! ¡Supongo que a ti no te molestará! Solo que se oyen lamentos y gente que arrastra los pies dando vueltas y vueltas por el desván, desde las doce hasta que se hace de día.

—¡Gente en el desván! —dijo Legree con cierto malestar pero forzando una carcajada—. ¿Y quiénes son, Cassy?

Cassy alzó sus ojos negros y penetrantes y los clavó en el rostro de Legree con una expresión que le llegó hasta los huesos, mientras le decía:

—A decir verdad, Simon, ¿quiénes podrán ser? Me gustaría que tú me lo dijeras. ¡No lo sabes, me imagino!

Con un juramento, Legree intentó propinarle un fustazo, pero ella se hizo a un lado y cruzó la puerta, desde donde miró hacia atrás y dijo:

—Si duermes en esa habitación lo sabrás. ¡Quizá tengas interés en hacerlo! —e inmediatamente cerró la puerta con llave.

Legree juró y maldijo y amenazó con echar la puerta abajo, pero al parecer lo pensó mejor y se encaminó al cuarto de estar con gran desasosiego. Cassy se dio cuenta de que su treta había alcanzado su objetivo y desde aquel momento, con la destreza más exquisita, no cejó en su cometido de influenciar el ánimo de su amo.

Colocó el cuello de una botella vieja en un pequeño agujero que hizo en el nudo de un tablón del desván, de tal manera que cuando corría la menor brizna de aire se producían los más lúgubres sonidos de dolor y según aumentaba la intensidad del viento llegaban a convertirse en un auténtico gemido, como el que los oídos crédulos y supersticiosos podrían tomar por gritos de horror y desesperación.

Estos sonidos fueron escuchados de cuando en cuando por los criados y refrescaron los recuerdos de las viejas historias de fantasmas, que volvieron con toda su fuerza. Un creciente horror supersticioso pareció llenar la casa, y aunque nadie se atrevía a hablar de ello a Legree, este se encontró envuelto en él y sumergido en la atmósfera que le rodeaba.

Nadie es tan tremendamente supersticioso como el hombre descreído. El cristiano se templa con la creencia de un Padre sabio que lo dirige todo, cuya presencia llena el vacío de lo desconocido con luz y orden; pero para el hombre que ha derrocado a Dios, las regiones del espíritu son, en palabras de un poeta hebreo, «una tierra de tinieblas y la sombra de la muerte»[2], sin ningún orden, en donde la luz es como la oscuridad. La vida y la muerte, para él, son algo misterioso y embrujado, poblado de seres misteriosos, fuente de vagos y sombríos temores.

Legree había sufrido el despertar de sus embotadas capacidades morales tras los encuentros que había tenido con Tom, si bien había resistido a esta voz, entregándose por completo a las fuerzas del mal; pero a pesar de ello se producía una conmoción y un estremecimiento en su oscuro mundo

interior cada vez que escuchaba una palabra suya, una oración o un himno, pues le hacían sentir un miedo supersticioso.

La influencia de Cassy sobre él era extraña y singular. Él era su propietario, su tirano y su verdugo. Ella se encontraba en sus manos, como bien sabía, y sin ninguna posibilidad de ayuda o apoyo; pero a pesar de esto, sucede que ni el más brutal de los hombres puede vivir en contacto continuo con una fuerte influencia femenina sin acabar controlado por ella. Cuando la compró en un primer momento era, como ella dijo, una mujer delicada, y él la había rebajado sin ningún escrúpulo hasta ponerla a los pies de su brutalidad. Pero con el tiempo y bajo el influjo de la degradación, unida a la desesperación, su carácter de mujer se había endurecido y se despertaron en ella feroces pasiones hasta llegar a dominarla, por lo que él la tiranizaba unas veces, y otras la temía.

Esta influencia se había hecho aún más devastadora y eficaz desde que unos visos de locura habían dado a su lenguaje y a sus palabras un aire extraño, misterioso e inquietante.

Una o dos noches después de lo que hemos narrado, Legree estaba sentado en el viejo cuarto de estar, junto a un mortecino fuego de leña que enviaba luces difusas por toda la habitación. Era una noche tormentosa, de viento, una de esas noches que producen infinidad de ruidos indescriptibles en los desvencijados y viejos caserones. Las ventanas vibraban, los postigos golpeaban los muros y el viento rondaba, retumbando y metiéndose por la chimenea, levantando las cenizas y devolviendo el humo, como si una legión de espíritus entrara con él. Legree había estado haciendo sus cuentas y leyendo algunos periódicos durante unas horas, mientras Cassy se nabía quedado sentada en un rincón mirando el fuego con tristeza. Legree dejó de leer su periódico y descubrió sobre la mesa un viejo libro que había visto leer a Cassy al principio de la velada. Lo tomó y empezó a hojearlo. Era una de esas colecciones de historias de asesinatos sanguinarios y leyendas de fantasmas y apariciones de seres sobrenaturales narradas con realismo e ilustradas, relatos que producen una extraña fascinación sobre el que empieza a leerlos.

Legree despreciaba esta lectura, pero la continuó página tras página, hasta que, por fin, después de haber leído unas cuantas historias, tiró el libro

al suelo con un juramento.

—Tú no crees en los fantasmas, Cassy, ¿a que no? —le dijo, tomando unas tenazas para arreglar los leños del fuego—. Pensaba que serías más sensata y que no te dejarías asustar por los ruidos.

—No importa lo que yo pueda creer —dijo Cassy, sombría.

—Unos tipos intentaron en una ocasión asustarme contándome unos extraños cuentos —dijo Legree—. Pero nunca funcionó conmigo. Yo soy demasiado duro para una basura así, de verdad te lo digo.

Cassy se quedó mirándole con intensidad desde las sombras del rincón. Había una extraña luz en sus ojos, algo que siempre había incomodado a Legree.

—Esos ruidos no son más que las ratas y el viento —dijo Legree—. Las ratas hacen un ruido endemoniado. Las oía en ocasiones en la bodega del barco, y el viento, por Dios, ¡no se puede hacer nada con el viento!

Cassy sabía que Legree se sentía incómodo ante su mirada, de manera que no dijo nada y siguió sentada sin quitarle los ojos de encima, con su extraña y enigmática expresión.

—Venga, mujer, habla, ¿no piensas como yo? —dijo Legree.

—¿Acaso pueden las ratas bajar por las escaleras y venir andando hasta la entrada y abrir la puerta cuando ya la has cerrado y has colocado una silla contra ella? —dijo Cassy—. ¿Y pueden andar, andar, andar hasta llegar junto a tu cama y ponerte las patas encima?

Cassy dejó su brillante mirada fija sobre Legree mientra hablaba, y él la contemplaba como un hombre en medio de una pesadilla, hasta que cuando ella se le acercó dejó caer su mano helada y fría sobre la suya, dio un respingo y lanzó un juramento.

—¡Mujer! ¿Qué quieres decir? ¿Alguien te ha hecho eso?

—¡Oh, no, desde luego que no! ¿Dije que me hicieron algo? —preguntó Cassy con una sonrisa de helada burla.

—Pero ¿de verdad lo viste? ¡Vamos, Cassy, dime de qué se trata!

—Tendrás que dormir tú mismo allí —dijo Cassy— si lo quieres saber.

—¿Aquello vino del desván, Cassy?

—Aquello, ¿qué? —dijo Cassy.

—Pues eso de lo que me hablas…

—Yo no te he hablado de nada —dijo Cassy con taciturna obstinación.

Legree recorría la habitación de arriba abajo, muy inquieto.

—Tendré que comprobarlo. Lo haré esta misma noche. Iré con mis pistolas.

—Hazlo —dijo Cassy—. Duerme en la habitación. Me gustaría ver si lo consigues. ¡Y dispara con tus pistolas, hazlo!

Legree dio una patada en el suelo y juró de mala manera.

—No jures —dijo Cassy—. Nadie sabe quién te está escuchando. ¡Ay!, ¿qué es eso?

—¿El qué? —preguntó Legree sobresaltándose.

Un pesado y antiguo reloj holandés que estaba en un rincón de la habitación empezó a dar con lentitud las campanadas de la medianoche.

Por alguna u otra razón, Legree no hablaba ni se movía y una oleada de horror le invadió por completo mientras Cassy, con un brillo malvado y burlón en sus ojos, se quedaba mirándole contando las horas.

—Las doce en punto, bien, ahora veremos —dijo dándose la vuelta y abriendo la puerta que daba al pasillo, donde permaneció de pie como si escuchara—. ¿Qué es eso? —preguntó alzando un dedo.

—Es solo el viento —dijo Legree—. ¿No oyes cómo sopla el maldito?

—Simon, ven conmigo —le dijo Cassy en un susurro, poniendo su mano sobre la de él y conduciéndole hasta el pie de las escaleras—, ¿sabes lo que es esto? ¡Dímelo!

Un ruido terrible bajaba rodando por la escalera. Venía del desván. Las rodillas de Legree chocaban una con otra y su rostro se puso lívido por el miedo.

—¿No harías mejor cogiendo tus pistolas? —dijo Cassy con una burla que le heló la sangre en las venas a Legree—. Ya es hora de saber qué es esa cosa. Me gustaría que subieras ahora, ellos están allí.

—¡No iré! —dijo Legree soltando una blasfemia.

—¿Y por qué no? No hay fantasmas ni nada parecido, ya lo sabes. Vamos —y Cassy subió las escaleras batidas por el viento riendo y mirándole desde arriba—. Vamos, vamos.

—¡Me parece que eres el mismo diablo! —dijo Legree—. Vuelve aquí, bruja. Vuelve, Cassy, no subas.

Pero Cassy se rio sin freno y continuó subiendo. Él la oyó abrir las puertas que conducían al desván. Una fuerte ráfaga de viento apagó la vela que llevaba en la mano y entonces los temibles gritos del más allá parecieron resonarle a Legree en los mismos oídos.

Huyó con frenesí hasta el salón, a donde pocos minutos después llegó Cassy para reunirse con él, pálida, serena, fría como un espectro de venganza y con la misma luz amenazadora en los ojos.

—Espero que estés satisfecho —le dijo.

—¡Maldita seas, Cassy! —le contestó Legree.

—¿Por qué? —dijo Cassy—. No he hecho más que subir y cerrar las puertas. ¿Qué es lo que pasa en ese desván, Simon? ¿Piensas que algo especial?

—¡Nada que sea asunto tuyo! —dijo Legree.

—¿Ah, no? Bien —dijo Cassy—, en cualquier caso, me alegro mucho de no dormir debajo.

Sabiendo que aquella noche haría mucho viento, Cassy había subido y había dejado abiertas las ventanas del desván. Desde luego, en cuanto abrió las puertas, el viento había apagado la llama de la vela.

Esto puede servir como una muestra del juego con el que Cassy se recreaba con Legree, de tal modo que este hubiera preferido poner la cabeza en la boca de un león antes que aventurarse en el desván. Mientras tanto, por la noche, cuando todo el mundo estaba dormido, Cassy acumulaba poco a poco y con todo cuidado una cantidad suficiente de provisiones para poder subsistir durante algún tiempo e iba llevando prenda a prenda la mayor parte de su ajuar y el de Emmeline. Todo lo iba preparando poco a poco, y esperaba una buena ocasión para llevar a cabo su plan.

Haciendo zalamerías a Legree y aprovechando sus momentos de buen humor, Cassy había conseguido que la llevara con ella a la ciudad vecina, que estaba situada al lado del río Rojo. Con una memoria aguzada por una clarividencia casi sobrenatural, examinó cada recodo del camino e hizo una estimación mental del tiempo que tardaría en recorrerlo.

Llegó al fin el momento en que se sintió preparada para la acción y nuestros lectores quizá quieran adelantar la escena y ver el golpe final[3].

Era ya casi de noche y Legree había estado fuera dando un paseo a caballo hasta una granja vecina. Durante muchos días, Cassy había sido más amable y solícita de lo acostumbrado y había estado de mejor humor, así que Legree y ella mantenían excelentes relaciones, en apariencia. Ahora mismo vamos a presenciar cómo ella y Emmeline, en la habitación de esta última, están atareadas preparando dos pequeños hatillos.

—Esto nos servirá, es bastante ancho —dijo Cassy—. Ahora, ponte el gorrito y vamos, es casi la hora.

—¿Ahora? ¡Podrán vernos! —dijo Emmeline.

—Eso es lo que quiero, que nos vean —dijo Cassy con frialdad—. ¿No sabes que tendrán que perseguirnos, pase lo que pase? La cosa tiene que hacerse así: nosotras tenemos que escabullimos por la puerta de atrás y bajar corriendo por los barracones. Seguro que Sambo o Quimbo nos verán. Intentarán darnos alcance y entonces nos meteremos en el pantano; no podrán perseguirnos hasta que vuelvan, den la voz de alarma y preparen a los perros y todo lo demás; y mientras estén dándose órdenes y contraórdenes y obstaculizándose los unos a los otros como siempre ocurre, tú y yo iremos por el arroyuelo que corre por detrás de la casa y lo vadearemos hasta llegar enfrente de la puerta de atrás. Eso dejará a los perros fuera de juego, pues nuestro olor no se quedará en el agua. Saldrán todos de la casa para perseguirnos, y entonces entraremos por la puerta de atrás y subiremos al desván, donde he hecho una buena cama con las cajas grandes. Tendremos aue quedarnos una buena temporada en el desván, pues como te he dicho revolverán el cielo y la tierra para encontrarnos. Seguramente Legree pedirá ayuda a varios vigilantes de otras plantaciones y organizará una gran cacería y explorarán el pantano pulgada a pulgada. Siempre se precia de que nadie ha conseguido escapar de él. Así que le dejaremos que cace a sus anchas.

—¡Cassy, qué bien lo has planeado todo! —dijo Emmeline—. ¿Quién podría haber pensado algo así sino tú?

No había ningún placer ni ninguna excitación en la mirada de Cassy, solo una firmeza desesperada.

Las dos fugitivas se deslizaron, sigilosas, fuera de la casa y se dirigieron a los barracones atravesando las nacientes sombras del crepúsculo. La luna

creciente, como un sello de plata en el cielo, atenuó algo la oscuridad de la noche. Como Cassy esperaba, cuando estaban ya cerca de la orilla de la ciénaga que rodeaba la plantación, oyeron una voz que las ordenaba que se detuvieran. No era Sambo, como habían previsto, sino Legree, quien las perseguía insultándolas desaforadamente. Al oír esto, el delicado espíritu de Emmeline se dio por vencido, y cayendo en los brazos de Cassy le dijo:

—¡Ay, Cassy, me voy a desmayar!

—Si lo haces, ¡te mato! —dijo Cassy mostrando una pequeña daga reluciente y haciéndola brillar ante los ojos de la chica.

El truco surtió efecto. Emmeline no se desmayó y consiguió adentrarse, junto a Cassy, en el laberinto de las aguas del pantano, tan profundas y oscuras que Legree comprendió que no tenía ninguna esperanza de encontrarlas allí sin ayuda.

—¡Bien! —dijo riendo con brutalidad—. ¡En cualquier caso, ya se han metido ellas solas en una buena trampa! ¡Esas mujerzuelas! Allí están bien seguras. ¡Ya lo lamentarán! ¡Venid aquí, Sambo, Quimbo! ¡Aquí todos! —llamó Legree acercándose a los barracones, donde los hombres y las mujeres acababan de volver de su trabajo—. Hay dos fugitivas en el pantano. Daré cinco dólares al esclavo que me las traiga. ¡Sacad los perros! ¡Preparad a Tiger y a Fury, y también a los demás!

La sensación que produjeron estas nuevas fue inmediata. Muchos de los hombres dieron un paso adelante de manera ostentosa para ofrecer sus servicios, en parte por la esperanza de recibir la recompensa y en parte por mostrar esa sumisión rastrera que es uno de los más funestos efectos de la esclavitud[4]. Algunos corrían hacia un lado y otros en dirección contraria. Unos salieron a buscar antorchas de pino. Otros soltaron a los perros, cuyos fuertes y salvajes ladridos añadían no poca animación a la escena[5].

—Amo, ¿podemos disparar contra ellas si no podemos atraparlas? —dijo Sambo, al que su amo le había dado un rifle.

—Puedes disparar sobre Cassy si quieres, ya va siendo hora de que se vaya al diablo, a quien pertenece; pero no le dispares a la muchacha —dijo Legree—. Y ahora, chicos, estad dispuestos y espabilados. Cinco dólares al que me las traiga y un vaso de aguardiente para todos, pase lo que pase.

Todo el grupo, alumbrado por brillantes antorchas y envuelto por la algarabía, los gritos y los salvajes alaridos de hombres y animales, se dirigió al pantano, seguido a cierta distancia por todos los criados de la casa. El edificio se encontraba, por consiguiente, completamente desierto cuando Cassy y Emmeline se colaron por la parte de atrás. Los gritos y las voces de sus perseguidores resonaban todavía en el aire, y mirando por las ventanas del cuarto de estar las dos mujeres pudieron ver a la tropa, con sus antorchas, que se dispersaba a lo largo del borde del pantano.

—¡Observa eso! —dijo Emmeline a Cassy—. La cacería ha comenzado. ¡Mira cómo bailan las luces! ¡Y los perros! ¿No los oyes? Si nosotras estuviésemos allí, nuestra vida no valdría un céntimo. ¡Oh, por lo que más quieras, escondámonos cuanto antes!

—No tenemos por qué apresurarnos —dijo Cassy con frialdad—, todos están de cacería y esa es la diversión de esta velada. Iremos arriba en su momento. Mientras tanto —dijo tomando con intención la llave que estaba en la chaqueta que Legree había dejado caer en su precipitación—, mientras tanto voy a coger algo para que podamos pagar nuestro viaje.

Abrió el escritorio y tomó del interior un rollo de billetes, que contó rápidamente.

—¡Oh, no hagas eso! —dijo Emmeline.

—¿Que no lo haga? ¿Y por qué no? ¿Quieres acaso que nos muramos de hambre en el pantano o que paguemos con esto nuestro viaje a los Estados libres? El dinero lo arreglará todo, chica —y mientras hablaba se lo guardó en su seno.

—Eso sería robar… —dijo Emmeline con un susurro perturbado.

—¡Robar! —dijo Cassy con una risa llena de desprecio—. Los que roban el cuerpo y el alma no nos deberían hablar de ello. Cada uno de estos billetes es robado, ha sido robado a los pobres muertos de hambre, que acabarán yéndose al diablo, en beneficio propio. ¡Deja ya de hablar de robo! Pero vamos, podemos irnos ya al desván, tengo provisión de velas y algunos libros para pasar el rato. ¡Puedes estar completamente segura de que no se acercarán allí para preguntar por nosotras! Y si lo nacen, representaremos una historia de fantasmas.

Cuando Emmeline llegó al desván, descubrió allí una enorme caja que había servido, hace tiempo, para transportar los muebles de la casa. Puesta de costado y de cara a la pared, las ocultaba perfectamente. Cassy encendió una pequeña lámpara y gateando un poco se instalaron allí. El suelo estaba ocupado por dos pequeños colchones y algunas almohadas, y en una caja más pequeña había abundancia de velas, provisiones y todo el vestuario necesario para su viaje, que Cassy había dispuesto en paquetes de tamaño increíblemente reducido.

—Bien —dijo Cassy mientras colgaba la lámpara de un pequeño gancho que había clavado en un lado de la caja con esta finalidad—. Este será nuestro hogar por el momento. ¿Qué te parece?

—¿Estás segura de que no vendrán a buscarnos al desván?

—Me gustaría que Simon Legree lo hiciera —dijo Cassy—. No, desde luego que no vendrá. En cuanto a los criados, preferirían que les diesen un tiro antes que venir a husmear aquí.

Bastante tranquilizada, Emmeline se echó sobre las almohadas.

—¿Qué intención tenías, Cassy, cuando me dijiste que me matarías? —preguntó con toda sencillez.

—Pues lo dije con la intención de que no te desmayaras —dijo Cassy—. Y lo conseguí. Y ahora te repito, Emmeline, que no te desmayes pase lo que pase, no hay ninguna necesidad de ello. Si no te hubiera hecho reaccionar, ese miserable te habría echado la mano encima y estarías en su poder en estos momentos.

Emmeline sintió un escalofrío.

Las dos permanecieron algún tiempo en silencio. Cassy se distraía con un libro en francés. Emmeline, rendida por el agotamiento, se quedó amodorrada y durmió por algún tiempo. Se despertó por los gritos y las fuertes voces, por el ruido de los cascos de los caballos y por el ladrido de los perros y se incorporó con un gemido desmayado.

—No es más que la partida que ya está de vuelta —dijo Cassy con frialdad—, no tengas miedo. Mira por este agujero. ¿No los ves a todos allí? Simon ha tenido que rendirse por esta noche. Mira su caballo cubierto de barro, ha debido recorrer buena parte del pantano; los perros también

parecen bastante cansados. ¡Ah señor mío, tendrás que volver a empezar una y otra vez… el juego no está allí!

—¡Oh, no hables ni digas nada! —dijo Emmeline—. ¿Qué pasaría si te oyeran?

—Si oyeran algo, pondrían el mayor interés en mantenerse alejados —dijo Cassy—. No hay ningún peligro, podemos hacer todo el ruido que queramos, eso no hará más que contribuir al resultado final.

Al fin el silencio de la medianoche cubrió toda la casa. Legree, maldiciendo su mala suerte y pensando en la cruda venganza del día siguiente, se fue a la cama.

Capítulo XL
El mártir

¡No penséis que el Cielo se olvida del justo!
Aunque la vida le niegue sus regalos,
aunque, con el corazón deshecho y malherido,
despreciado por los hombres, se encamine a la muerte.
Pues Dios ha apuntado cada día de pena
y ha contado cada lágrima de amargura,
y los largos años celestiales de gloria recompensarán
todos los sufrimientos padecidos por sus hijos.

(Bryant)[1]

Por largo que sea un camino, siempre se llega a su fin; la más oscura de las noches se termina con la luz de la mañana. Una eterna e inexorable sucesión de instantes siempre está acercando el día de los malos a una noche eterna y la noche de los justos a la luz sin fin. Hemos acompañado a nuestro humilde amigo hasta muy lejos por el valle de la esclavitud, desde el momento de la separación dolorosísima de todo lo que puede querer un corazón humano. Más adelante, hemos servido con él en una isla soleada donde manos generosas han suavizado sus cadenas con flores, y, por último, le hemos acompañado cuando el último rayo de esperanza terrenal se perdió en la noche, y hemos visto cómo en la negrura de las tinieblas de la tierra el firmamento de lo invisible ha brillado con estrellas de un esplendor nuevo y cargado de sentido.

La estrella de la mañana se eleva ahora sobre las cumbres de la montaña, y vientos y brisas, que no vienen de la tierra, anuncian que las puertas del día se están abriendo.

La huida de Cassy y de Emmeline irritó al máximo el ya áspero temperamento de Legree, y su furia, como era de esperar, cayó sobre la

indefensa cabeza de Tom. Cuando anunció a toda prisa lo sucedido a los demás esclavos, se produjo un repentino destello en la mirada de Tom y alzó las manos al cielo, sin que ello escapara a los ojos de Legree. Este vio que él no se unía a la partida de los perseguidores. Pensó obligarle a hacerlo, pero teniendo la experiencia de la inflexibilidad que mostraba cuando le ordenaban que tomara parte en un acto de crueldad, no quiso, dadas las prisas, enfrentarse a él.

Tom, por ello, se quedó atrás con unos pocos a quienes había enseñado a rezar, y que oraban por las fugitivas.

Cuando Legree volvió, burlado y contrariado, todo el antiguo odio que su alma guardaba hacia su esclavo empezó a concentrarse de una forma peligrosa y desesperada. ¿Acaso no se le había enfrentado ese hombre de modo constante, firme y resistente desde que lo había comprado? ¿No había acaso en él un espíritu que, silenciosamente, le quemaba como el fuego del infierno?

—¡Lo odio! —dijo Legree aquella noche al sentarse en la cama—. ¡Lo odio! ¿Acaso no es mío? ¿No puedo hacer yo lo que quiera con él? ¿Quién se iba a oponer, me pregunto? —y Legree se golpeaba los puños y los agitaba como si tuviera algo en las manos que pudiera destrozar.

Pero Tom era, por otra parte, un servidor fiel y valioso, y aunque Legree lo odiase aún más por ello, era una consideración que hasta el momento frenaba algo su ira.

A la mañana siguiente decidió no decir nada aún y reunir una partida con los vecinos de las plantaciones vecinas, llevando perros y armas de fuego con el fin de rodear la ciénaga y realizar el acoso de modo sistemático. Si tenía éxito en su empresa, todo iría bien; pero si no era así, llamaría a Tom a su presencia y… sus dientes castañetearon y la sangre le hirvió en las venas… entonces le metería en cintura o… y se produjo aquí un fatal susurro interior, al que asintió con toda el alma.

Se dice que el interés del amo es suficiente salvaguardia para el esclavo. En la furia de un hombre enloquecido por el deseo, este puede vender su alma al diablo, con los ojos abiertos y por escrito, con tal de conseguir sus fines. ¿Y sería más respetuoso con el cuerpo de su prójimo?

—Bien —dijo Cassy al día siguiente desde el desván, mientras observaba lo que pasaba a través del agujero—, ¡la cacería empieza otra vez!

Tres o cuatro hombres, a caballo, hacían figuras en la explanada de delante de la casa y una o dos traíllas de perros extraños luchaban con los negros que les sujetaban, ladrando y gruñéndose unos a otros.

De estos hombres, dos eran vigilantes de las plantaciones vecinas y otros eran compañeros de taberna de Legree, lugar que frecuentaban con él en la ciudad más cercana, que habían venido atraídos por la aventura. Sería difícil imaginar un grupo más endurecido. Legree estaba sirviendo *brandy* a todos los allí presentes y a los negros traídos de diversas plantaciones para prestarle ayuda, pues para los esclavos era como una fiesta realizar estos cometidos.

Cassy apoyó su oreja contra el agujero y como el viento soplaba en la dirección de la casa pudo escuchar una buena parte de la conversación. Una sonrisa de desprecio se dibujó en su cara, mientras escuchaba cómo separaban a los perros y rivalizaban sobre sus méritos, daban órdenes de disparar y el tratamiento que recibiría cada una de las fugitivas en caso de captura.

Cassy se retiró y uniendo las manos elevó sus ojos hacia el cielo:

—¡Ay, Dios todopoderoso! Todos somos pecadores, pero ¿qué es lo que hemos hecho nosotros, más que el resto de la humanidad, para que nos traten así?

Había una terrible intensidad en su cara y en su voz cuando continuó:

—Si no fuera por ti, niña —dijo mirando a Emmeline—, haría mejor saliendo a su encuentro y le agradecería a cualquiera de esos tipos que me matara, porque ¿de qué me servirá la libertad? ¿Acaso va a devolverme a mis hijos o a hacerme ser como era antes?

Emmeline, con su sencillez infantil, estaba un poco asustada por los accesos de amargura de Cassy. La miró perpleja, pero no le respondió. Solo le tomo la mano con un movimiento amable y cariñoso.

—¡No lo hagas! —dijo Cassy intentando apartarla—. ¡Vas a conseguir que te quiera, y tengo la intención de no encariñarme nunca más con nadie!

—¡Pobre Cassy —dijo Emmeline—, no digas eso! Si Dios nos da la libertad, tal vez te devuelva a tu hija; en cualquier caso, yo seré como una hija para ti. Sé que nunca volveré a ver a mi madre. ¡Y te querré a ti, Cassy, aunque tú no me quieras a mí!

La amabilidad y los modales infantiles vencieron. Cassy se sentó a su lado, le puso el brazo alrededor del cuello y acarició su sedoso cabello castaño; y Emmeline, entonces, se quedó maravillada por la belleza de sus magníficos ojos, ahora suavizados por las lágrimas.

—¡Oh, Em! —dijo Cassy—. ¡He pasado hambre por mis hijos, y por ellos he pasado sed, y mis ojos sufren por no verlos! ¡Aquí, aquí! —dijo golpeándose el pecho—. ¡Está todo vacío, desolado! Si Dios quisiera devolverme a mis hijos, entonces podría rezar.

—Tienes que confiar en Él, Cassy —dijo Emmeline—. ¡Él es nuestro Padre!

—Su cólera ha caído sobre nosotros —dijo Cassy—, nos ha abandonado con ira.

—¡No, Cassy! ¡Será bueno con nosotras! Tengamos fe en Él —dijo Emmeline—. Siempre he tenido fe y esperanza.

* * *

La cacería fue larga, animada y sistemática, pero infructuosa, y con grave e irónica satisfacción Cassy pudo ver a Legree cuando, cansado y desalentado, bajó de su caballo.

—Ahora, Quimbo —dijo Legree mientras se reponía en el cuarto de estar—, te vas y me traes a Tom aquí, ¡ahora mismo! ¡Ese viejo maldito es el origen de todo esto, y ya le sacaré de su viejo pellejo negro dónde se esconden, o se va a enterar de quién soy yo!

Sambo y Quimbo, aunque se odiasen entre sí, compartían un mismo odio no menos cordial hacia Tom. Legree les había dicho al principio, cuando lo compró, que era un encargado general para suplirle a él cuando estuviera fuera, y eso había generado una inquina enfermiza por su parte, que se había acrecentado, dada la naturaleza degradada y servil de estos dos

negros, cuando vieron que él se convertía en motivo de disgusto para su amo. Quimbo, por ello, se marchó contento a cumplir esta orden.

Tom escuchó el mensaje con un presentimiento de su corazón, pues conocía el plan de huida de las fugitivas y el lugar actual de su escondite y sabía del carácter terrible del hombre con quien tenía que tratar y su despótico poder. Pero se sintió fuerte y confiado en Dios y dispuesto a morir antes que traicionar a las indefensas mujeres.

Dejó su cesta sobre el suelo, y mirando hacia arriba dijo:

—¡En tus manos encomiendo mi espíritu! ¡Tú que me has redimido, oh Dios de verdad! —y aceptó con serenidad la brutal y grosera acometida de Quimbo que le tenía agarrado y lo empujaba.

—¡Bueno, bueno! —dijo el gigante mientras tiraba de él—. ¡Ahora te vas a enterar! ¡Que me aspen si el amo no está más que enfadado! ¡Esta vez no tienes escapatoria, te dará tu merecido, de eso no hay duda! ¡Ya verás lo que te parece después ayudar a los negros del amo a escapar! ¡Mira qué es lo que te pasa por ello!

Los oídos de Tom no atendieron a ninguna de estas salvajes palabras, pues escuchaban una voz que decía: «No temas a los que matan tu cuerpo y que, después de esto, no pueden hacer nada más contra ti». Los nervios y los huesos del pobre hombre vibraron ante estas palabras como tocados por el dedo de Dios, y sintió la fuerza de mil almas en una. Mientras cruzaba las arboledas y los campos, las chozas de su servidumbre, el escenario de su degradación, parecían arremolinarse ante él como un paisaje ennoblecido por lo que oía. Su alma palpitaba… su morada estaba a la vista… y la hora del descanso parecía al alcance de su mano.

—¡Bien, Tom! —dijo Legree avanzando y cogiéndole por las solapas de su chaqueta, y hablando entre dientes en el paroxismo de una incontenible furia—. ¿Sabes que he decidido matarte?

—Es muy posible, amo —dijo Tom con serenidad.

—Pues así es —dijo Legree con una calma terrible y fiera—, eso es precisamente lo que he decidido, a menos que me digas lo que sabes de las chicas.

Tom permaneció en silencio.

—¿Me has oído? —dijo Legree pateando el suelo, con un rugido semejante al de un león furioso—. ¡Habla!

—No tengo nada que decir, amo —dijo Tom con una lenta, firme y deliberada expresión.

—¿Te atreves a decirme tú, viejo negro cristiano, que no lo sabes? —dijo Legree.

Tom guardó silencio.

—¡Habla! —tronó Legree sacudiéndolo furiosamente—. ¿Sabes algo?

—Sí lo sé, amo, pero no puedo decir nada. ¡Prefiero morir!

Legree respiró profundamente y conteniendo su rabia tomó a Tom por el brazo y acercando su cara a la de él le dijo con una voz terrible:

—Ten cuidado, Tom. Te has creído que porque te he dejado en paz antes no tengo intención de hacer lo que digo, pero esta vez lo tengo decidido y he calculado lo que me costará. Siempre me has desafiado; esta vez, una de dos: te doblegaré o te mataré. ¡Contaré cada gota de sangre que hay en tu cuerpo y te la sacaré una a una hasta que te rindas!

Tom miró a su amo y le contestó:

—Amo, si estuvieras enfermo o en dificultades o muriéndote y yo pudiera salvarte, daría yo mismo la sangre de mi corazón; y si sacarme gota a gota toda la sangre de mi pobre y viejo corazón pudiera salvar tu preciosa alma, la daría gratuitamente, como Aquel que dio la suya por mí. ¡Oh, amo, no cargues ese gran pecado en tu alma! ¡Te hará más daño a ti que a mí! ¡Hazme las peores cosas que puedas, mis sufrimientos terminarán pronto, pero, si no te arrepientes, los tuyos no tendrán nunca fin!

Como una extraña melodía de música celestial oída en medio de la tempestad, este estallido de sentimientos produjo un compás de silencio. Legree se quedó horrorizado y miró a Tom; se produjo tal silencio que pudo escucharse el tic-tac del reloj, como midiendo con un toque silencioso los últimos instantes de gracia y de arrepentimiento que se le ofrecían a aquel corazón endurecido.

No fue más que un momento. Hubo una pausa de duda, un escalofrío indeciso y silencioso; a continuación, el espíritu maligno volvió con su fuerza multiplicada por siete y Legree, espumeando de rabia, tiró a su víctima al suelo.

Las escenas de sangre y crueldad son desagradables para nuestros oídos y nuestro corazón. Lo que el hombre es capaz de hacer, es incapaz de escucharlo. ¡Lo que nuestros hermanos hombres y nuestros hermanos en Cristo sufren no puede ser contado en nuestras habitaciones privadas, porque hiere demasiado la sensibilidad! ¡Y además, país mío, esto sucede bajo la sombra protectora de tu ley! ¡Oh Cristo, tu Iglesia parece ver esto casi en silencio!

Pero hace mucho tiempo hubo Alguien cuyos sufrimientos cambiaron un instrumento de tortura, degradación y vergüenza en un símbolo de gloria, honor y vida inmortal; y allá donde se encuentra su espíritu, los degradantes azotes, la sangre, los insultos no hacen sino más gloriosa la última lucha del cristiano.

¿Estaba acaso Tom solo aquella larga noche, con su amoroso y valiente espíritu sufriendo en aquel cobertizo golpes y brutales latigazos?

¡No! Había Alguien a su lado… solo visible para él… «el Hijo de Dios»[2].

El tentador se presentó también ante él, cegado por un furioso, despótico deseo, instándole a cada momento a terminar con aquella agonía traicionando a los inocentes. Pero el valiente y sincero corazón de Tom estaba bien amarrado a la Roca Eterna. Como su Maestro, sabía que, aunque salvara a los otros, él no podía salvarse, y las peores torturas no consiguieron sacarle más que palabras piadosas, oraciones de salvación y de sagrada esperanza.

—Ya está casi muerto, amo —dijo Sambo conmovido a pesar suyo por los sufrimientos de su víctima.

—¡Sigue dándole hasta que se dé por vencido! ¡Duro con él! ¡Sigue! —gritaba Legree—. ¡Le sacaré hasta la última gota de sangre que tenga si no confiesa!

Tom abrió sus ojos y miró a su amo.

—¡Pobre y miserable criatura! —le dijo—. ¡Ya no puedes hacer nada contra mí! ¡Te perdono con toda el alma! —y entonces se desmayó por completo.

—Ahora sí que juraría por mi alma que se ha muerto —dijo Legree avanzando hacia él para verle—. Sí, así es. ¡Bien, al menos ya ha cerrado el pico, lo cual es un alivio!

Sí, Legree, ¿pero quién silenciará la voz de tu alma? ¿Esa alma incapaz de arrepentirse, incapaz de rezar, incapaz de ninguna esperanza, en la que el fuego eterno está ardiendo ya?

Pero Tom no había muerto aún. Sus sorprendentes palabras y sus piadosas plegarias habían alcanzado los corazones de los embrutecidos negros que habían sido instrumento de crueldad contra él, y en cuanto Legree los dejó solos, lo cogieron en sus brazos e intentaron reanimarlo, como si aquello sirviera de algo.

—¡Desde luego, hemos hecho una cosa horrible y muy mala! —dijo Sambo—. Espero que sea el amo el que responda de esto y no nosotros.

Le lavaron las heridas, le prepararon una basta yacija hecha con restos de algodón, y uno de ellos, corriendo a la casa, le pidió un vaso de *brandy* a Legree con la excusa de que estaba cansado y que lo quería para él. Lo trajo de vuelta y se lo hizo beber a Tom.

—¡Oh, Tom —dijo Quimbo—, hemos sido muy malos contigo!

—¡Os perdono de todo corazón! —dijo Tom con voz desmayada.

—¡Oh, Tom! ¡Dinos quién es Jesús, dínoslo! —dijo Sambo—. Ese Jesús que te ha estado acompañando durante toda la noche, ¿quién es?

La palabra animó su espíritu desmayado. Pudo articular unas cuantas frases llenas de energía sobre aquel maravilloso Hombre, su vida, su muerte, su eterna presencia y su poder de redimir.

Los dos negros lloraron.

—¿Cómo es que nunca antes habíamos oído esto? —preguntó Sambo —. ¡Pero lo creo, no puedo evitarlo! ¡Señor Jesús, ten piedad de nosotros!

—¡Pobres criaturas! —dijo Tom—. ¡Sufriría de nuevo todo lo que he pasado si con ello consiguiera llevaros a Cristo! ¡Oh Dios, dame estas dos almas, te lo pido!

¡Y su plegaria fue escuchada!

Capítulo XLI
El joven amo

Dos días más tarde, un hombre joven apareció conduciendo un coche ligero por la avenida de árboles chinos y, tirando con energía de las riendas del caballo, se detuvo para preguntar dónde se encontraba el dueño de aquel lugar.

Era George Shelby, y para explicar cómo había llegado allí tenemos que volver atrás en nuestra historia.

La carta que la señorita Ophelia escribió a la señora Shelby se perdió, por algún desafortunado incidente, en alguna remota oficina de correos antes de llegar a su destino y, desde luego, antes de que fuera recibida Tom ya se había perdido de vista entre los remotos pantanos del río Rojo.

La señora Shelby leyó la noticia con la más profunda preocupación, pero cualquier intervención inmediata resultaba imposible. En aquel momento se encontraba a la cabecera del lecho en que se hallaba postrado su marido, quien deliraba en los críticos momentos de un ataque de fiebre. Su hijo George Shelby, que durante este tiempo se había transformado en un joven de elevada estatura, era su fiel y constante ayuda y su único apoyo para resolver los negocios del padre. La señorita Ophelia había tomado la precaución de facilitarles el nombre del abogado que se había ocupado de los negocios de St. Clare, y lo más que pudieron hacer, en su actual situación, fue dirigirle una carta pidiendo más informaciones. La repentina muerte del señor Shelby, pocos días después, trajo, como era de suponer, la presión absorbente de otros intereses durante una buena temporada.

El señor Shelby había demostrado su confianza en la competencia de su mujer, pues la nombró albacea de todas sus propiedades, de modo que

entonces estuvo absorbida por la gran cantidad de asuntos diversos y complicados que tenía entre manos.

La señora Shelby, con su energía acostumbrada, se aplicó a la tarea de sanear los negocios que se tambaleaban, y ella y George pasaron bastante tiempo examinando las cuentas, vendiendo propiedades y saldando las deudas, pues la señora Shelby estaba decidida a que todo quedara claro y bien definido, pues las consecuencias posteriores nos prueban que hay que hacerlo como es debido. Por esta época recibieron una carta del abogado cuyas referencias les había dado la señorita Ophelia diciendo que no sabía nada de Tom, que el hombre había sido vendido en una subasta pública y que aparte de recibir el dinero no sabía nada del asunto.

Ni George ni la señora Shelby podían contentarse con este resultado y, por ello, unos seis meses más tarde, George, teniendo que resolver algunos negocios para su madre río abajo, decidió visitar Nueva Orleans en persona y hacer investigaciones con la esperanza de descubrir el paradero de Tom y de recuperarlo.

Después de algunos meses de búsqueda infructuosa, por una extraña casualidad George se encontró en la ciudad con un hombre que estaba en poder de la deseada información; y con su dinero en el bolsillo, nuestro personaje tomó un vapor por el río Rojo con la intención de encontrar y comprar de nuevo a su viejo amigo.

Al llegar a la plantación, fue conducido a la casa y presentado a Legree, que se hallaba sentado en el cuarto de estar.

—He sabido —dijo el joven— que usted compró en Nueva Orleans un esclavo llamado Tom. Antes trabajaba para mi madre, y vengo para ver si podría comprarlo para llevármelo conmigo.

El ceño de Legree se ensombreció y estalló con rabia:

—Sí, sí que compré a un tipo así, ¡y vaya endemoniada compra que hice con él! ¡Es un perro rebelde, insolente y grosero! Levanta a mis negros para que huyan y ha conseguido que se escapen dos chicas que valen ochocientos o mil dólares cada una. Admitió esto, y cuando le ordené que me dijera dónde estaban, dijo que lo sabía, pero que no me lo diría, y siguió en sus trece, aunque yo le di la mayor maldita paliza que he dado nunca a

un negro. Me imagino que estará por ahí muriéndose, pero no sé si lo ha conseguido ya.

—¿Dónde está? —preguntó George con ansiedad—. Déjeme que le vea.

Las mejillas del joven se habían puesto de color carmesí y sus ojos despedían fuego, pero por prudencia no dijo nada más.

—Está en aquel cobertizo —dijo un niño que sujetaba el caballo de George.

Legree dio una patada al niño y le dedicó una invectiva, pero George, sin decir una palabra, se dio la vuelta y se dirigió hacia allí.

Tom había estado echado durante dos días desde aquella fatal noche sin sufrimiento, ya que toda su capacidad de dolor se encontraba anulada y destruida. Yacía la mayor parte del tiempo en un tranquilo estupor, pues su poderoso y bien construido armazón no estaba dispuesto a dejar escapar con facilidad su espíritu aprisionado. Con cautela, en la oscuridad de la noche, se acercaban hasta allí pobres y desoladas criaturas que se privaban de sus escasas horas de reposo para intentar devolverle de alguna manera las amorosas atenciones que él tanto había prodigado. A decir verdad, estos pobres discípulos tenían poco que dar, solo una taza de agua fría, pero la daban de todo corazón.

Las lágrimas corrían por aquel rostro honrado e inmutable… y también había lágrimas de arrepentimiento tardío en los pobres e ignorantes paganos, en los que el amor, los sufrimientos y padecimientos de su agonía habían despertado sus conciencias y amargas plegarias, dirigidas al Salvador recién encontrado del que no conocían apenas más que el nombre, pero ante el que nunca implora en vano el ignorante y desdichado corazón humano.

Cassy, que había salido de su escondite y que se había enterado de oídas del sacrificio que Tom había hecho por ella y Emmeline, había estado allí la noche anterior, desafiando el peligro de su detención; y conmovida por las últimas palabras que esa alma llena de afecto había tenido todavía la fuerza de susurrar, salió del largo invierno de la desesperación y del hielo de los años, y la sombría y desesperada mujer lloró y rezó.

Cuando George entró en el cobertizo, se sintió mareado y con el corazón roto.

—¿Es posible, pero es posible? —dijo poniéndose de rodillas a su lado —. ¡Pobre Tío Tom, mi querido y viejo amigo!

Algún eco de su voz penetró en el oído del moribundo. Volvió la cabeza con dulzura, sonrió y dijo:

Jesús puede hacer que el lecho de muerte
parezca tan blando como un almohadón de plumas.

Unas lágrimas que honraban a aquel corazón viril cayeron de los ojos del joven mientras se inclinaba sobre su pobre amigo.

—¡Oh, querido Tom! ¡Despiértate, habla una vez más! ¡Mira! Aquí está tu amo George, tu amito George. ¿No me reconoces?

—¡Amito George! —dijo Tom abriendo los ojos y hablando con un hilo de voz—. ¡Amito George! —y le miraba maravillado.

Lentamente la conciencia pareció volver a su alma, su mirada perdida se quedó fija y se iluminó, todo su rostro se encendió, sus fuertes manos se unieron y las lágrimas rodaron por sus mejillas.

—¡Bendito sea Dios! ¡Esto, esto es todo lo que yo quería! No me han olvidado. ¡Eso reconforta mi espíritu, me alegra el corazón! ¡Ahora moriré contento! ¡Bendito sea Dios!

—¡Tú no vas a morir! ¡No debes morirte ni pensar en eso! He venido para comprarte y llevarte a casa —dijo George impetuosamente.

—¡Oh, amito George! Es demasiado tarde. Dios ya me ha comprado y me va a llevar a su casa, allí donde deseo ir. El cielo es mejor que Kentucky.

—¡Oh, no te mueras! ¡Eso me mataría! ¡Se me parte el corazón al ver todo lo que has sufrido y cómo estás en este viejo cobertizo! ¡Pobre amigo!

—No diga que soy pobre —dijo Tom con solemnidad—. He sido un pobre hombre, pero eso pasó, se ha terminado ya. Estoy en el umbral de la puerta, entrando en la gloria. ¡Oh, amito George! ¡Me ha llegado la hora del cielo! ¡He conseguido la victoria! ¡Me la ha dado Jesús nuestro Señor! ¡Gloria a su nombre!

George estaba sobrecogido por un sagrado respeto ante la fuerza con la que Tom pronunciaba entrecortadamente estas frases. Le miraba en un silencio reverencial.

Tom le tomó la mano y prosiguió:

—No debe decirle a Chloe, pobrecilla, cómo me ha encontrado, sería demasiado horrible para ella. Dígale solo que me vio yéndome derechito a la gloria y que no me podía quedar aquí para nadie. Y dígale que Dios estuvo siempre a mi lado y que me hizo todas las penalidades fáciles y ligeras. Y, ¡ay!, los dos chicos y la nena, mi viejo corazón casi se me rompía al pensar en ellos veces y veces. Dígales que me sigan, que sigan mis pasos. Dé todo mi afecto al señor, y a la buena y querida señora, y a todos los del lugar… No puede saber cuánto quiero a todos. ¡Quiero a todo el mundo… en todas partes! ¡No hay nada más que el amor! ¡Oh, señorito George! ¡Qué grande es esto de ser cristiano!

En ese momento Legree apareció en la puerta del cobertizo, miró hacia el interior con un aire de afectada indiferencia y se volvió:

—¡Qué tipo tan diabólico! —dijo George, indignado—. ¡Es un consuelo pensar que el diablo le dará su merecido uno de estos días!

—¡Oh, no diga eso! ¡No debe pensar así! —dijo Tom sin soltar su mano —. ¡Es una pobre criatura miserable, y es horrible pensar en ello! ¡Si tan

solo pudiera arrepentirse, Dios le perdonaría, pero mucho me temo que no lo hará!

—¡Espero que no! —dijo George—. ¡No quisiera verlo en el cielo!

—¡Calle, amito George! ¡Me inquieta! ¡No hay que sentir así! No me ha hecho realmente daño, solo me ha abierto las puertas del reino, ¡eso es todo!

En aquel momento las fuerzas del moribundo, tras la alegría de encontrar a su joven amo, se extinguieron. De repente cayó sobre él un decaimiento, cerró los ojos y ese misterioso y sublime cambio que habla de la llegada de otros mundos se reflejó en su rostro.

Empezó a perder el aliento entre largas y profundas inspiraciones, y su ancho y fuerte pecho se alzaba y caía pesadamente. La expresión de su cara era la de un triunfador.

—¿Quién, quién nos separará del amor de Cristo? —dijo con una voz que luchaba con la debilidad de la muerte, y con una sonrisa se quedó dormido.

George se sentó, sobrecogido, con solemnidad. Le parecía que aquel lugar era sagrado, y mientras cerraba aquellos ojos sin vida y se incorporaba ante el fallecido, se sentía poseído por un único pensamiento, aquel que había expresado su viejo amigo: «¡Qué gran cosa es ser cristiano!».

Se dio la vuelta. Legree estaba de pie, taciturno, detrás de él.

La escena de la agonía había sometido a prueba su natural fiereza y su pasión juvenil. La presencia de aquel hombre se le hacía a George abominable por completo y sintió el impulso de alejarse de él con las menos palabras posibles.

Clavando una dura y malévola mirada en Legree, dijo simplemente señalando hacia el muerto:

—Ya ha sacado de él todo lo que le podía sacar. ¿Cuánto le tengo que pagar por el cuerpo? Me lo llevaré a otra parte y lo enterraré con dignidad.

—Yo no vendo negros muertos —dijo Legree con desprecio—. Está usted invitado a enterrarlo donde y cuando quiera.

—Chicos —dijo George en un tono cargado de autoridad a dos o tres negros que estaban mirando el cadáver—, ayudadme a levantarlo y a ponerlo en mi coche y conseguidme una pala.

Uno de ellos corrió a buscar una pala y los otros dos ayudaron a George a llevar el cadáver al coche.

George no hablaba ni miraba a Legree, quien no contradecía sus órdenes, sino que, en pie, silbaba con un forzado aire de indiferencia. Les siguió en silencio hasta donde se encontraba el carruaje.

George extendió su capa en el coche y colocó el cuerpo inerte con mucho cuidado, moviendo el asiento para hacer sitio. Después se volvió hacia Legree, le miró fijamente y le dijo con afectada compostura:

—Hasta ahora no le he dicho lo que pienso de este asunto atroz en grado sumo, pues este no es momento ni lugar. Pero, señor mío, esta sangre inocente tendrá justicia. Voy a dar cuenta de este asesinato al primer magistrado que vea y a denunciarle.

—¡Hágalo! —dijo Legree sacudiendo sus dedos en un ademán de burla —. Me gustaría verle cuando lo haga. ¿En dónde va a encontrar testigos? ¿Cómo va usted a probarlo? ¡Vamos, vamos!

George comprendió en seguida la fuerza de este desafío. No había ninguna persona blanca en aquel lugar, y en todos los tribunales del Sur el testimonio de las personas de color no tiene valor. Sintió en aquel momento que podría haber llenado los cielos con su indignado grito pidiendo justicia, pero sería en vano.

—Después de todo, ¡tanto revuelo por un negro muerto! —dijo Legree.

Las palabras fueron como una chispa en un almacén de pólvora. La prudencia no había sido nunca una virtud cardinal del chico de Kentucky. George se dio la vuelta y lleno de indignación lanzó un puñetazo a Legree en plena cara tirándolo al suelo y se inclinó sobre él, llameando de ira y arrojo. Podría haber sido una buena personificación de su gran santo patrón luchando contra el dragón[1].

Algunos hombres, hay que decirlo, mejoran mucho con un buen puñetazo. Si otro hombre les hace morder el polvo, de inmediato parecen sentir por él cierto respeto, y Legree era uno de ellos. Cuando se levantó y se sacudió el polvo de la ropa, miró al coche que se alejaba lentamente con un evidente respeto, sin atreverse a abrir la boca hasta que se hubo perdido de vista.

Fuera de los límites de la plantación, George había visto un montículo seco y arenoso a la sombra de unos árboles, y allí cavaron su tumba.

—¿Le quitamos la capa, señor? —preguntaron los negros cuando la tumba estuvo preparada.

—¡No, enterradle con ella! Es todo lo que te puedo dar, pobre Tom, y te quedas con ella.

Le tendieron en el interior y los hombres llenaron en silencio la tumba con paletadas de tierra. La amontonaron sobre él y pusieron verde hierba encima.

—Ya podéis iros, chicos —dijo George dándoles un cuarto de dólar a cada uno. A pesar de ello remoloneaban, no queriendo irse.

—Si el señorito quisiera comprarnos, por favor —dijo uno.

—¡Le serviríamos con toda fidelidad! —dijo otro.

—Aquí la vida es muy dura, señor —dijo el primero—. ¡Ande, amito, cómprenos, por favor!

—¡No puedo, no puedo! —dijo George con dificultad, apartándoles—. ¡Es imposible!

Los pobres hombres parecían totalmente abatidos y se marcharon en silencio.

—A Dios pongo por testigo —dijo George arrodillándose sobre la tumba de su pobre amigo—. ¡A partir de este instante haré todo lo que un hombre puede hacer para arrancar de mi país la maldición de la esclavitud!

No hay monumento que indique el lugar del último descanso de nuestro amigo. ¡No necesita ninguno! Su Señor sabe dónde yace y le levantará, inmortal, para que aparezca con él cuando se muestre en su gloria.

¡No le compadezcáis! ¡Una vida y una muerte como las suyas no son de lamentar! ¡No está en la omnipotencia la principal gloria de Dios, sino en la negación de sí mismo y en el doliente amor! Y benditos sean los hombres a quienes llama para que sean sus compañeros llevando su cruz tras él y sufriendo con paciencia. De ellos se ha escrito: «Bienaventurados los que sufren, porque serán consolados»[2].

Capítulo XLII
Una auténtica historia de fantasmas

Por alguna notable razón, las leyendas de fantasmas adquirieron una frecuencia desacostumbrada en esta época entre los criados de la finca de Legree.

Se afirmaba entre susurros que se oían pisadas al rayar el alba, pasos que bajaban las escaleras del desván y recorrían la casa. Las puertas de la entrada superior habían sido mal cerradas, o bien el fantasma llevaba una copia de la llave en su bolsillo, o se había permitido el inmemorial privilegio de fantasma de pasar por el ojo de la cerradura y pasearse, como antes, con una alarmante libertad.

Los entendidos en la materia se encontraban de alguna manera divididos en cuanto al aspecto exterior del espectro, en razón de una costumbre bastante enraizada entre los negros y, por lo que nosotros sabemos, también entre los blancos, que hace que se cierren los ojos y se oculten las caras bajo las mantas, las enaguas o cualquier otra cosa que pueda usarse como refugio en tales ocasiones. Desde luego, como todo el mundo sabe, cuando los ojos mortales están fuera de juego, los ojos del espíritu se vuelven de una vivacidad y una perspicacia extraordinarias, y entonces se producen detallados retratos del fantasma, acompañados de juramentos y testimonios que, como sucede a menudo cuando se trata de retratos, no tienen nada que ver el uno con el otro, salvo en una particularidad común a toda la familia de la tribu de los fantasmas: el hecho de llevar una sábana blanca.

Las pobres almas no estaban versadas en historia antigua y no sabían que el mismo Shakespeare había dado autenticidad a esta vestimenta, al contarnos:

Los muertos amortajados
chillaban y alborotaban por las calles de Roma.[1]

Y a pesar de esto, no deja de ser un hecho excepcional del espiritismo que todos estén de acuerdo con esto, por lo que atraemos sobre ellos la atención de los estudiosos de los espíritus[2].

Sea como sea, tenemos motivos personales para saber que una figura de elevada estatura, con una sábana blanca, andaba a las horas más apropiadas para los fantasmas alrededor de las habitaciones de Legree, que atravesaba las puertas y se paseaba por la casa, desapareciendo a ratos y reapareciendo, atravesando la silenciosa escalera hasta el misterioso desván, y que, luego, por la mañana, toda las puertas estaban tan cerradas y atrancadas como siempre.

Legree no podía evitar que llegara a sus oídos el murmullo de sus pasos, y eran todavía más preocupantes para él los esfuerzos que hacían todos para no molestarle. Bebía más *brandy* de lo acostumbrado, se sobresaltaba y alzaba la cabeza y juraba más fuerte que nunca durante el día, pero tenía pesadillas y sus visiones nocturnas en su lecho lo eran todo menos agradables. La noche después de que George se hubiera llevado el cuerpo de Tom, se acercó a la ciudad más cercana para emborracharse en una francachela y lo consiguió. Volvió a casa tarde y cansado, cerró su puerta, sacó la llave de la cerradura y se fue a la cama.

Después de todo, aunque se le deje a un hombre hacer todos los esfuerzos para acallarla, el alma humana es una propiedad terriblemente intranquila y fantasmal para el malvado. ¿Quién conoce los castigos y las cadenas que sufre? ¿Quién conoce todas sus espantosas dudas, esos escalofríos y temblores del espíritu que ya no soporta vivir sometido a lo que puede ser un anticipo de su propia eternidad? ¿Quién es el loco que cierra su puerta para alejar a los espíritus, que tiene en su pecho un espíritu con el que no se atreve a encontrarse a solas, cuya voz, ahogada hasta tonos muy bajos, aplastada por montañas de consideraciones terrenales, es como el aviso de las trompetas del día del juicio?

Legree cerró su puerta y puso una silla contra ella, llevó una lamparilla de noche a la cabecera de su cama y dejó allí sus pistolas. Examinó los

cierres y pestillos de las ventanas, después juró que a él «no le importaba nada el diablo ni todos sus ángeles», y se fue a dormir.

Durmió bien porque estaba cansado, rendido por la fatiga. Pero, por fin, sobre su sueño se produjo una sombra, un horror, una aprensión de algo espantoso que pendía sobre él. Pensó que era el sudario de su madre, si bien era Cassy quien lo tenía en sus manos y se lo mostraba. Oyó un confuso ruido de gritos y lamentos, pero, a pesar de ello, sabía que seguía dormido e intentaba despertarse. Estaba medio despierto. Sabía que algo estaba penetrando en su habitación. Sabía que la puerta se estaba abriendo, pero no podía mover ni pies ni manos. Al fin se dio la vuelta con un respingo: la puerta estaba abierta y vio una mano que apagaba la luz.

Había una luz de luna húmeda y neblinosa en la habitación, ¡y entonces lo vio! ¡Algo blanco que se deslizaba dentro de su cuarto! Oyó el silencioso crujido de sus ropas de fantasma. Se quedó petrificado en su cama, una mano fría vino a tocarle la suya, una voz dijo por tres veces en un tenue y aterrador suspiro: «Ven, ven, ven». Y mientras seguía echado, cubierto de sudores de miedo, sin saber qué hacer ni qué pensar, aquello desapareció. Saltó de la cama y tiró de la puerta. Estaba cerrada y atrancada, y Legree cayó al suelo sin sentido.

Después de esto, Legree empezó a beber mucho más. Ya no bebía con precaución y cautela como antes, sino que lo hacía de manera imprudente y temeraria.

Poco después, corrieron noticias por el lugar diciendo que estaba enfermo y agonizante. Sus excesos le habían llevado a esa temible enfermedad que parece proyectar en el presente las horribles sombras del castigo futuro. Nadie podía soportar los horrores de aquella habitación de enfermo cuando él gritaba y deliraba y hablaba de visiones que casi helaban la sangre en las venas a los que le escuchaban y de que a su lecho de muerte seguía acercándose una figura fantasmal y blanca diciéndole: «Ven, ven, ven».

Por una singular coincidencia, la misma noche en que esta visión se le apareció a Legree, la puerta de la casa se encontraba abierta por la mañana, y algunos de los negros habían visto a dos figuras blancas bajando por la avenida hacia la carretera.

Faltaba poco para que saliera el sol cuando Cassy y Emmeline descansaron un momento en un bosquecillo cercano a la ciudad.

Cassy, que iba vestida a la manera de las damas criollas españolas, llevaba todo su atuendo de color negro. Un pequeño sombrerito negro sobre su cabeza, cubierto por un velo guarnecido de bordados, enmarcaba su rostro. Se había convenido que en su huida debería representar el papel de una dama criolla y que Emmeline sería su criada.

Educada desde pequeña en contacto con la alta sociedad, el habla, los movimientos y el aspecto de Cassy estaban en consonancia con esta idea y tenía todavía los restos de lo que fuera un espléndido guardarropa, acompañado de joyas que le permitían representar su papel con ventaja.

Se detuvo en las afueras de la ciudad, donde había visto que se vendían carruajes, y compró uno muy hermoso. Una vez hecho esto, pidió al cochero que lo condujera. Y siguiendo sus deseos y escoltadas por un chico que iba de lacayo, con Emmeline tras ella llevando su bolso de viaje y sus bultos de mano, hizo su aparición en cierto pequeño hotel como una dama digna de consideración.

La primera persona que la vio después de su llegada fue George Shelby, quien estaba allí esperando el próximo barco.

Cassy había visto al joven desde su agujero del desván, le había visto llevarse el cuerpo de Tom y había observado con secreta alegría su encuentro con Legree. Después de ello comprendió, por las conversaciones de los negros que había escuchado mientras se paseaba con su disfraz de fantasma a la caída de la noche, quién era y qué relaciones tenía con Tom. Entonces sintió un inmediato acceso de confianza cuando supo que, como ellas, estaba esperando el próximo barco.

Los modales y el aspecto de Cassy, así como el manejo del dinero, impidieron cualquier predisposición a la sospecha en el hotel. La gente nunca pregunta demasiado a los que se portan bien en el punto principal: pagar como es debido, cosa que Cassy había previsto cuando se hizo con el dinero.

Al final de la jornada se oyó un barco que llegaba, y George Shelby ayudó a subir a Cassy a bordo; con la cortesía natural que es propia de los de Kentucky, se esforzó para que le dieran un buen camarote.

Cassy se quedó en su cuarto, en la cama, con el pretexto de estar enferma, durante todo el tiempo de travesía por el río Rojo, y fue atendida con sumo cuidado por su criada.

Cuando llegaron al río Misisipí, George, una vez enterado de que el viaje de la extraña dama remontaba hacia el Norte, como era su caso, le propuso tomar un camarote para ella en el mismo barco, pues su buen natural se compadecía de su salud delicada y estaba deseoso de hacer todo lo posible para ayudarla.

Veamos, pues, a todo el grupo que en total seguridad se ha trasladado al buen vapor Cincinnati y que va remontando el río bajo un poderoso penacho de humo de la chimenea del barco.

La salud de Cassy mejoró mucho. Se sentó en los sillones de la cubierta, vino a la mesa y en el barco se la calificó pronto como a una dama que debía de haber sido muy guapa.

Desde el primer momento en que George vio su cara, se quedó turbado por uno de esos fugaces e indefinidos parecidos que casi todo el mundo puede recordar y que, en ocasiones, les ha sorprendido. No podía dejar de mirarla, aunque se lo propusiera. En la mesa o en su camarote, siempre encontraba Cassy los ojos del joven puestos en ella, y los bajaba con cortesía cuando ella mostraba con un gesto que había notado su mirada.

Cassy se sentía incómoda. Empezó a pensar que sospechaba algo y, por fin, se decidió a entregarse por completo a su generosidad y le confió toda su historia.

George estaba dispuesto de todo corazón a simpatizar con cualquiera que hubiera huido de la plantación de Legree, un lugar que no era capaz de recordar ni describir sin sufrir, y con el valeroso desprecio a las consecuencias propio de su edad y condición le aseguró que haría todo lo que estuviera en su poder para protegerlas y ayudarlas a escapar.

El camarote contiguo al de Cassy estaba ocupado por una dama francesa llamada De Thoux, que iba acompañada por una hermosa niñita de unos doce veranos.

Esta dama, al enterarse gracias a una conversación con George de que venía de Kentucky, pareció muy dispuesta a cultivar su amistad, y fue

secundada en sus intenciones por su hija, que era el más hermoso juguete con el que divertirse durante el aburrido viaje de quince días del vapor.

A menudo, George colocaba su silla ante la puerta del camarote de Cassy, y ella, sentándose contra la pared, podía escuchar la conversación.

Madame de Thoux era muy minuciosa en sus pesquisas sobre Kentucky, donde dijo haber residido durante un período anterior de su vida. George descubrió, con gran asombro, que su antigua casa debía de haber estado cercana a la suya, y sus preguntas mostraban un conocimiento de la gente y las cosas de los contornos totalmente sorprendente para él.

—¿Conoce usted —le preguntó un día *madame* de Thoux— a alguien de su vecindario que se llama Harris de apellido?

—Hay un viejo tipo con ese nombre que vive bastante cerca de la finca de mi padre —dijo George—. A pesar de eso, nunca hemos tenido mucha relación.

—Me imagino que tendría muchos esclavos —dijo *madame* de Thoux de un modo que parecía traicionar un interés mayor del que deseaba mostrar.

—Así es —dijo George, que parecía bastante sorprendido por su comportamiento.

—¿Ha oído usted hablar de que tuviera un mulato, quizá se haya enterado usted, un chico llamado George?

—¡Oh claro que sí, George Harris, lo conozco muy bien! Se casó con una criada de mi madre, pero ahora está huido, se marchó a Canadá.

—¿Eso ha hecho? —dijo *madame* de Thoux con presteza—. ¡Gracias a Dios!

George lanzó una sorprendida mirada de interrogación, pero no dijo nada.

Madame de Thoux reclinó la cabeza en la mano y rompió a llorar.

—¡Es mi hermano! —dijo.

—¡Señora! —dijo George con un tono de gran sorpresa.

—Sí —dijo *madame* de Thoux levantando su cabeza con orgullo secándose las lágrimas—. ¡Señor Shelby, George Harris es mi ermano!

—Esto es realmente asombroso —dijo George acercando su silla uno o dos pasos y mirando a *madame* de Thoux.

—Me vendieron para llevarme al Sur cuando él era un niño —dijo ella —. Me compró un hombre bueno y generoso. Me llevó con él a las Indias Occidentales, me hizo libre y se casó conmigo. Murió hace poco tiempo, y yo iba a Kentucky para ver si podía encontrar y rescatar a mi hermano.

—Le había oído hablar de una hermana que se llamaba Emily, que había sido vendida en el Sur —dijo George.

—¡Sí, claro! ¡Soy yo! —dijo *madame* de Thoux—. Dígame qué tipo de…

—Era un tipo estupendo —dijo George— que no se doblegó nunca ante la maldición de la esclavitud. Tenía una personalidad de primera categoría, tanto por su inteligencia como por sus principios. Y lo sé, ya lo ve —le dijo —, porque se casó en el seno de nuestra familia.

—¿Con qué clase de mujer? —preguntó *madame* de Thoux con ansiedad.

—Un tesoro —dijo George—, una chica guapísima, inteligente y afable. Era muy piadosa. Mi madre la había criado y la había educado con tanto cuidado, casi, como a una hija. Sabía leer y escribir, bordaba y cosía muy bien y cantaba de un modo maravilloso.

—¿Había nacido en la casa?

—No. Mi padre la compró en el transcurso de un viaje a Nueva Orleans y la trajo como regalo para mi madre. Debía de tener entonces unos nueve o diez años. Mi padre nunca quiso decirle a mi madre lo que le había costado, pero hace unos cuantos días, al mirar sus papeles, nos topamos con la escritura. Pagó una suma realmente extravagante por ella, eso está claro. Me imagino que en razón de su extraordinaria belleza.

George estaba sentado de espaldas a Cassy y no vio la expresión absorta de su rostro mientras él iba dando todos estos detalles.

En este momento de la historia ella le cogió por el brazo, y con el rostro completamente lívido, le preguntó:

—¿Sabe cómo se llamaban las personas a las que la compraron?

—Un hombre que se llamaba Simmons, me parece, era el encargado de la transacción. Al menos, creo que era ese el nombre que había en la escritura de venta.

—¡Oh, Dios mío! —dijo Cassy, y cayó sin sentido sobre el suelo de su camarote.

George ya se había recuperado de la sorpresa y también *madame* de Thoux. Aunque ninguno de los dos podía suponer cuál era la razón del desmayo de Cassy, no por ello dejaron de hacer todo el alboroto propio de estos casos. George tiró al suelo un jarrón con agua para lavarse y rompió dos vasos a causa de los nervios; varias damas del barco, al oír que alguien se había desmayado, se precipitaron hasta la puerta el camarote y estorbaron todo lo que pudieron, de tal manera que, en resumen, todo se hizo como podía esperarse.

¡Pobre Cassy! Cuando volvió en sí se puso de cara a la pared y lloró y sollozó como una chiquilla; quizás tú, madre, sepas lo que estaba pensando. Quizás no lo sepas, pero tuvo la seguridad en aquel momento de que Dios se había apiadado de ella y de que vería a su hija, como sucedió meses más tarde cuando… pero estamos anticipando los acontecimientos.

Capítulo XLIII
Resultados

El resto de nuestra historia se cuenta muy deprisa. George Shelby, interesado como cualquier joven caballero hubiera estado por lo novelesco del incidente, sin por ello olvidar los sentimientos humanos, se tomó la molestia de enviar a Cassy el documento de compra de Eliza, cuya fecha y nombre correspondían en todo con los hechos que ella conocía, y no tuvo ninguna duda sobre la identidad de su hija. Solo le quedaba seguir sus huellas por la ruta de los fugitivos.

Madame de Thoux y ella, desde entonces unidas por la singular coincidencia de sus destinos, se dirigieron inmediatamente a Canadá, y empezaron una serie de pesquisas en todos los lugares donde se reunían los numerosos fugitivos. En Amherstberg se encontraron con el misionero que había dado refugio a George y a Eliza cuando acababan de llegar a Canadá y a través de él pudieron seguir su rastro hasta Montreal.

George y Eliza vivían ya libres desde hacía cinco años. George había encontrado un trabajo estable en el taller de un adinerado industrial, donde ganaba un buen sueldo con que mantener a su familia, la cual, mientras tanto, había aumentado con el nacimiento de otra hija.

El pequeño Harry, un niño guapo y listo, iba a una buena escuela y estaba progresando mucho en sus estudios.

El buen pastor de la estación, en Amherstberg, donde llegó George al principio, se mostró tan interesado por las historias de *madame* de Thoux y Cassy que accedió a la petición de esta última de acompañarlas a Montreal en su búsqueda, con todos los gastos a cuenta de ella.

Ahora cambia el escenario para convertirse en una pequeña y limpia casa de vecinos en las afueras de Montreal, al atardecer. Un animado fuego

llamea en el hogar; una mesa para el té, cubierta con un mantel blanco como la nieve, se encuentra ya dispuesta para la cena de la noche. En un rincón de la habitación puede verse una mesa con un paño verde en la que hay un escritorio abierto, plumas, papel y, al lado, una estantería con libros bien elegidos.

Este era el despacho de George. El mismo celo de superarse a sí mismo que le había empujado a adquirir las codiciadas artes de leer y escribir, a pesar de todos los sinsabores de su vida anterior, le llevaba todavía a dedicar todo su tiempo libre a cultivarse.

Ahora mismo está sentado a su mesa, tomando notas de un volumen de la biblioteca familiar que ha estado consultando.

—Ven, George —dice Eliza—, has estado fuera todo el día. Deja ese libro y ven a hablar mientras preparo el té, venga.

Y la pequeña Eliza secundaba el esfuerzo, acercándose con sus pasos inseguros hasta su padre e intentando quitarle el libro de la mano, instalándose en su lugar como sustituía.

—¡Ay, qué brujilla! —dijo George protestando como se sienten obligados a hacerlo los hombres en tales ocasiones.

—Eso es verdad —añadió Eliza, mientras se disponía a cortar una hogaza de pan. Parece algo más madura, sus formas son algo más llenas, su aspecto, más parecido al de una matrona que antaño, pero con toda evidencia vive contenta y feliz como necesita serlo una mujer.

—Harry, hijo mío, ¿qué tal te ha ido hoy con las cuentas? —preguntó George mientras ponía su mano en la cabeza de su hijo.

Harry había perdido sus largos rizos, pero no podría perder nunca sus ojos y pestañas y esas hermosas cejas que mueve con aires de triunfo mientras contesta:

—¡Lo he hecho todo yo mismo, papá, y nadie me ha ayudado!

—Eso está bien —dijo su padre—, que dependas de ti mismo, hijo mío. Tienes mejor suerte que la que tuvo nunca tu pobre padre.

En ese momento suena un golpecillo en la puerta y Eliza va y la abre. El encantador «¡Cómo! ¿Es usted?» atrae la atención de su marido y el buen pastor de Amherstberg recibe la bienvenida. Hay dos mujeres que le acompañan, y Eliza les pide que tomen asiento.

En honor a la verdad, hay que decir que el honrado pastor había preparado un pequeño programa, de acuerdo con el cual debería desarrollarse el asunto, y durante su viaje, con gran prudencia y cautela, había exhortado a sus compañeras a que no dejaran que las cosas fueran de cualquier modo, sino que siguieran lo planeado.

¡Cuál no sería, pues, su consternación! Justo cuando invitaba a las mujeres a sentarse y se sacaba el pañuelo del bolsillo para secarse la boca, para proceder después al discurso de presentación siguiendo el orden debido, *madame* de Thoux alteró todos sus planes echando los brazos al cuello de George y soltándolo todo de una vez:

—¡Oh, George! ¿No me reconoces? ¡Soy tu hermana Emily!

Cassy se había sentado con mayor compostura y habría desempeñado muy bien su papel de no haber aparecido de repente la pequeña Eliza, con la misma apariencia y formas, los mismos rasgos y los mismos rizos que tenía su hija cuando la había visto por ultima vez. La niñita escrutaba su cara y Cassy la cogió en brazos y la apretó contra su pecho, diciendo lo que, en aquel momento, ella creía:

—¡Hijita, soy tu madre!

De hecho, fue un asunto peliagudo lo de hacerlo todo en el orden debido, pero, por fin, el buen pastor consiguió calmar a todo el mundo y pronunciar el discurso con el que había intentado abrir las maniobras, y tuvo tanto éxito que toda su audiencia lloraba a su alrededor de un modo que habría debido satisfacer a cualquier orador, antiguo o moderno.

Se arrodillaron todos juntos y el buen hombre rezó —pues algunos sentimientos son tan agitados y tumultuosos que solo pueden encontrar el reposo cuando se vierten en el seno del amor del Todopoderoso—, y entonces, levantándose, la recién encontrada familia se abrazó, con una confianza sagrada en Aquel que a través de tantos peligros y riesgos, y siguiendo caminos tan inescrutables, los había reunido por fin.

El cuaderno de un misionero que atiende a los fugitivos que van a Canadá contiene verdades más extrañas que la ficción. ¿Cómo puede ser de otro modo cuando prevalece un sistema que avienta las familias y dispersa a sus miembros, como el aire se lleva y aleja las hojas de otoño? Estos lugares de refugio, como la orilla eterna, reúnen a menudo en feliz

comunión a corazones que han sufrido la pérdida definitiva de otros. Y con afecto inefable se produce entre ellos una gran ansiedad ante cada llegada por si, por ventura, les pudiera traer noticias de su madre, hermana, hijos o mujer, todavía perdidos en las sombras de la esclavitud.

Las hazañas heroicas se dan aquí más que en las novelas, cuando, desafiando la tortura y retando a la misma muerte, los fugitivos deciden volver a los peligros y terrores de aquella sombría tierra, para traer a su hermana, a su madre o a su mujer.

Un joven, del cual nos habló un misionero, fue capturado en dos ocasiones y sufrió infamantes castigos por su heroísmo, pero se volvió a escapar, y en una carta que hemos leído les decía a sus amigos que iba a volver por tercera vez, para intentar, por fin, sacar de allí a su hermana. Mi buen señor, ¿este hombre es un héroe o un criminal? ¿No haría usted lo mismo por su hermana? ¿Acaso se le puede hacer algún reproche[1]?

Pero volvamos a nuestros amigos, a quienes hemos dejado secándose los ojos y recobrándose de una alegría demasiado grande y repentina. Están ahora sentados a una animada mesa y están trabando unas excelentes relaciones; el único inconveniente es que Cassy, que tiene en su regazo a la pequeña Eliza, de cuando en cuando estruja a la niñita de un modo que la sorprende mucho y se niega a que la pequeña le llene continuamente la boca con bizcocho en unas cantidades disparatadas, alegando —cosa que deja muy perpleja a la niña— que tiene ya algo mucho mejor que el bizcocho y que por eso no lo quiere.

Desde luego, en dos o tres días se ha producido tal cambio en Cassy, que nuestros lectores difícilmente podrían reconocerla. La expresión desesperada y enloquecida de su rostro ha dejado paso a una de amable confianza. Parece haberse integrado en el seno de la familia y llevar a los pequeños en su corazón, como siempre había añorado. Es más, su amor parece fluir con mayor naturalidad hacia la pequeña Eliza que hacia su propia hija, pues es la imagen exacta y encamada de la niña que había perdido. La pequeña era un florido lazo de unión entre la madre y la hija, a través del cual se acrecentaban el afecto y la confianza. La piedad firme y consistente de Eliza, regida por la lectura constante de la palabra sagrada, fue una guía excelente para la mente abrumada y exhausta de su madre.

Cassy respondió rápidamente y con toda su alma a las buenas influencias y se convirtió en una devota y ferviente cristiana.

Al cabo de uno o dos días, *madame* de Thoux habló más en detalle con su hermano de sus asuntos. La muerte de su marido le había dejado una gran fortuna, que ofreció compartir con su familia con gran generosidad. Cuando le preguntó a George qué era lo mejor que podía hacer por él, este le contestó:

—Dame una educación, Emily; eso ha sido siempre el deseo de mi corazón. Entonces, yo podré hacer lo demás.

Tras una seria deliberación, se decidió que toda la familia iría durante algunos años a Francia, hacia donde se embarcaron llevando con ellos a Emmeline.

La belleza de esta última atrajo el amor del contramaestre del navío, y poco después de llegar a puerto se convirtió en su mujer.

George asistió durante cuatro años a una universidad francesa y, aplicándose a sus estudios con una dedicación constante, obtuvo una educación muy completa.

Los problemas políticos en Francia, al fin, llevaron a la familia a buscar asilo de nuevo en este país[2].

Los sentimientos y opiniones de George, como hombre educado, quedaron expresados de modo muy claro en una carta a uno de sus amigos:

> Me siento algo confundido sobre cuál debe ser mi camino a seguir. Es verdad, como me has dicho, que podría introducirme en los círculos de los blancos de este país, pues el tono de color que tengo es muy suave y, al igual que el de mi mujer y mi familia, apenas perceptible. Bien, quizá lo haga si es necesario. Pero para decirte la verdad, no tengo ningún deseo de hacerlo.
>
> Mis simpatías no están de parte de la raza de mi padre, sino de la de mi madre. Para él no era más que un buen perro o un caballo: para mi pobre y destrozada madre, era un hijo, y aunque nunca la vi después de la cruel venta que nos separó hasta que murió, yo sé que siempre me quiso con todo su amor. Lo sé por mi propio corazón. Cuando pienso todo lo que ella sufrió, o en mis primeros años de dolores, en las aflicciones y luchas de mi heroica esposa, en mi hermana vendida en el mercado de esclavos de Nueva Orleans, aunque espero no tener sentimientos anticristianos, he de decir, sin embargo, que no tengo ningún deseo de hacerme pasar por americano o identificarme con ellos.
>
> Es con la oprimida y esclavizada raza africana con la que me identifico y, si pudiera elegir, desearía ser dos veces más oscuro, en vez de ser más blanco.

El deseo y anhelo de mi alma es el de tener una nacionalidad africana. Quiero un pueblo que tenga una existencia tangible y aparte que le sea propia. ¿Y dónde voy a buscarlo? No en Haití, pues en Haití no hay nada con lo que empezar. Un curso de agua no puede volverse atrás hasta su manantial. La raza que ha formado el carácter de los haitianos estaba ya gastada y afeminada y, desde luego, la raza sometida tardara siglos en ser algo[3].

¿Dónde buscaré entonces? En las costas de África hay una república, una república formada por hombres escogidos, quienes con energía y fuerza de voluntad para educarse bien han conseguido en muchos casos superar sus condiciones de esclavitud. Después de un periodo de prueba de gran debilidad, esta república, por fin, ha sido declarada como un país más sobre la faz de la tierra y reconocida tanto por Francia como por Inglaterra[4]. Es allí a donde desearía ir y encontrar un pueblo donde integrarme.

Soy consciente de que ahora te tendré contra mí, pero antes de que te abalances, escúchame. Durante mi estancia en Francia he estudiado con gran interés la historia de mi pueblo en América. He seguido la polémica entre los abolicionistas y los colonizadores[5] y he sacado algunas conclusiones, como espectador distante, que nunca habría sacado así en tanto que actor.

Doy por hecho que esta Liberia[6] puede haber servido a todo tipo de propósitos, siendo manipulada por nuestros opresores en contra nuestra. Sin duda, la idea ha sido utilizada de manera injustificable como un medio para retrasar nuestra emancipación. Pero la pregunta que me hago es si no estará Dios por encima de todos los planes del hombre. ¿No puede acaso haber superado sus designios y haber fundado una nación para nosotros?

En estos tiempos, una nación nace en un día. Y nace con los grandes problemas que la vida y la civilización han forjado con su mano… no hay que descubrirlos, sino sencillamente hay que aplicarse a resolverlos. Que nos dejen, entonces, ponernos manos a la obra con todas nuestras fuerzas y veamos qué es lo que se puede hacer con esa nueva empresa, y que el magnífico continente de África se abra por completo ante nosotros y nuestros hijos. Nuestra nación sabrá tender los lazos de la civilización y de la cristiandad a lo largo de sus orillas y hará nacer allí poderosas repúblicas que, creciendo con la rapidez de la vegetación tropical, tendrán futuro.

¿Dices que estoy desertando de mis orígenes de esclavo? No lo creo. ¡Si los olvido una hora o un minuto de mi vida, que Dios se olvide de mí! Pero ¿qué puedo hacer por ellos aquí? ¿Puedo acaso romper sus cadenas? No, yo solo no; pero déjame ir y formar parte de una nación que tendrá su voz en el concilio de las naciones, y entonces podremos hablar. Una nación tiene el derecho de argumentar, de protestar, de suplicar en su favor y de representar la causa de los de su raza, cosa que no tiene un individuo.

Si Europa se convierte alguna vez en una organización de naciones libres, algo en lo que confío como en Dios; si allí la esclavitud y todas las injustas y opresivas desigualdades sociales han sido abolidas; si estas naciones, como han hecho Francia e Inglaterra, reconocen nuestra posición, entonces nos haremos oír en el congreso de las naciones y presentaremos la causa de nuestra esclavizada y martirizada raza; y no será posible que la libre e ilustrada América no desee entonces borrar de sus blasones esa marca siniestra que la desdora ante las

naciones y que es, en verdad, una maldición tanto para ella como para los esclavizados.

Pero, me dirás tú, nuestra raza tiene los mismos derechos a mezclarse en la república americana que los irlandeses, los alemanes o los suecos. Estoy de acuerdo con esto. Debemos ser libres para encontrarnos y mezclarnos, para elevarnos por nuestro propio esfuerzo, sin ninguna consideración de casta o de color; y los que nos niegan este derecho cometen falsedad en sus declarados principios de igualdad humana.

Nosotros, en particular, hemos de ser admitidos aquí. Tenemos más derechos aun que los demás hombres, tenemos el clamor de una raza maltratada que pide una reparación. Pero a pesar de ello, yo no lo quiero, quiero un país y una nación propios. Pienso que la raza africana tiene peculiaridades que una vez sacadas a la luz de la civilización y del cristianismo, aun no siendo las mismas que las de los anglosajones, puede considerarse que, desde el aspecto moral, son incluso más nobles.

El destino de este mundo ha sido confiado a la raza anglosajona durante su período pionero de luchas y conflictos. Sus ásperas, inflexibles y enérgicas cualidades eran aptas para esa misión, pero como cristiano espero que venga una nueva era. Confío en que estemos ya en sus comienzos y que las aflicciones que agitan ahora a las naciones no sean, como espero, más que los dolores del parto de un tiempo de paz y fraternidad universales[7].

Creo que el desarrollo de África debe ser regido por el cristianismo. Si los africanos no son una raza dominante y dispuesta a ejercer el mando, al menos son afectuosos, magnánimos y misericordiosos. Llevados al horno de la injusticia y la opresión, han necesitado apretar aún más contra sus corazones aquella sublime doctrina de amor y perdón mediante la cual podrán conquistarlo todo y que tienen por misión extender por todo el continente africano.

Yo mismo, lo confieso, soy algo débil en esto, pues la mitad de la sangre que me corre por las venas es la ardiente e impaciente sajona; pero encuentro a una elocuente predicadora del evangelio que siempre está a mi lado en la persona de mi hermosa mujer. Cuando me hago preguntas, su espíritu, más dulce que el mío, me calma siempre y mantiene ante mis ojos la llama del cristianismo y nuestra misión para nuestra raza. ¡Como un patriota cristiano, como profesor de cristiandad, me marcho a mi país, mi elegida y gloriosa África[8]! Y hacia ella dirijo con mi corazón aquellas espléndidas palabras de la profecía: “Porque fuiste aborrecida y odiada, hasta el extremo que ningún hombre venía hasta ti, haré de ti una excelencia eterna, el regocijo de numerosas generaciones”.

Podrás tacharme de entusiasta, me dirás que no he considerado bien lo que estoy emprendiendo. Lo he pensado bien y he calculado el precio. Voy a Liberia no como a un Elíseo de novela, sino como a un campo de trabajo. Espero trabajar con todas mis fuerzas, trabajar duro, luchar contra toda clase de dificultades y desánimos, y trabajar hasta mi muerte. Esa será mi misión y estoy más que seguro de que no me arrepentiré.

Cualquiera que sea la opinión que te merezca mi determinación, no te distancies de mí ni me retires tu confianza, y piensa que en todo lo que pueda hacer actúo con el corazón completamente entregado a mi pueblo.

George, con su mujer, hijos, hermana y madre, embarcó hacia África algunas semanas después. Si no nos equivocamos, el mundo pronto tendrá noticias suyas.

De nuestros demás personajes tenemos poco más que escribir, excepto algunas palabras en cuanto a la señorita Ophelia y a Topsy se refiere, y un capítulo de despedida que dedicaremos a George Shelby.

La señorita Ophelia se llevó con ella a Topsy de vuelta a su casa de Vermont ante la grandísima sorpresa del grave y tedioso cuerpo que los habitantes de Nueva Inglaterra reconocen bajo el nombre de «Nuestros amigos». «Nuestros amigos», al principio, pensó que se trataba de un extravagante e innecesario añadido a su bien rodada y eficaz organización casera, pero tan concienzudamente trabajó la señorita Ophelia con su discípula, que aquella niña se ganó rápidamente el favor y la gracia de la familia y del vecindario.

Cuando llegó a ser una mujer, fue bautizada siguiendo sus propios deseos y se hizo miembro de la Iglesia cristiana del lugar; mostró tal inteligencia, actividad, celo y deseo de hacer el bien por todo el infundo que, al fin, fue admitida y recomendada como misionera para África, y hemos oído de ella que la actividad e ingenuidad que de niña la hacían tan incansable y traviesa, las emplea ahora para enseñar a los niños de su propio país.

P. S. Para algunas madres será una satisfacción saber que tras algunas pesquisas realizadas por *madame* de Thoux se descubrió el paradero del hijo de Cassy. Joven lleno de alegría, se había escapado algunos años antes que su madre y había sido acogido y educado en el Norte por los amigos de los oprimidos. Pronto seguirá a su familia a África.

Capítulo XLIV
El libertador

George Shelby le había escrito a su madre unas líneas, anunciando el día en que esperaba llegar a casa. No tuvo valor para describir la escena de la muerte de su amigo. Lo había intentado varias veces y lo único que había conseguido era violentarse a sí mismo; terminaba siempre por cubrir el papel de lágrimas, secándose los ojos y corriendo a cualquier lugar retirado para calmarse.

Había una placentera agitación en la mansión de los Shelby aquel día a la espera de la llegada del señorito George.

La señora Shelby estaba sentada en su confortable salita mientras un alegre fuego combatía el frío de un anochecer a finales de otoño. Una mesa estaba dispuesta para la cena, con una reluciente vajilla y vasos de cristal tallado; presidiendo todos estos preparativos se encontraba nuestra vieja amiga Chloe.

Lleva un vestido de calicó[1] nuevo, con un delantal blanco y limpio y un turbante alto bien almidonado; su cara está radiante de satisfacción y se alarga en los preparativos con un celo y una minuciosidad excesivos como simple excusa para hablar un poco con su ama.

—¡Mire ahora! ¿No le va a parecer natural? —dijo ella—. Aquí está, he puesto su sitio justo donde le gusta, al lado del fuego. El señorito George quiere siempre un asiento bien calentito. ¡Ay!, ¿pero por qué? ¿Por qué Sally no ha sacado la mejor tetera, la pequeñita nueva, la que el amito George le regaló a la señora en Navidades? ¡La voy a sacar yo! ¿Y la señora ha sabido algo del señorito George? —preguntó.

—Sí, Chloe; he recibido unas líneas diciendo que llegaría a casa esta noche si puede, eso es todo.

—No dijo nada de mi buen viejo, supongo… —dijo Chloe enredando todavía más con las tazas de té.

—No, no dijo nada. No hablaba de nada, Chloe. Dijo que ya nos contaría todo cuando llegara a casa.

—Así es el señorito George, siempre está muy orgulloso de decirlo todo él mismo. Siempre me gustó eso del señorito George. No llego a comprender cómo los blancos pueden soportar tener que escribir tantas cosas como escriben, pues es un trabajo muy lento y muy difícil.

La señorita Shelby sonrió.

—Estoy pensando en que mi viejo no va a conocer a los chicos ni a la niñita. ¡Dios mío, pero si es ya una niña grandísima! Y muy buena y muy guapa, así es Polly. Está fuera de casa, ahora, preparando una torta. Lo hace según la receta que tanto le gustaba a mi viejo. Es más o menos la misma que le hice la mañana en que se lo llevaron. ¡Que Dios nos bendiga! ¡Cómo me sentí aquella mañana!

La señora Shelby suspiró y sintió una pesada carga en su corazón ante esta alusión. Se había sentido incómoda desde que había recibido la carta de su hijo, sospechando que había alguna desgracia oculta tras el velo de silencio que él había echado sobre el asunto.

—¿La señora tiene los billetes? —dijo Chloe con ansiedad.

—Sí, Chloe.

—Porque le quiero enseñar a mi viejo esos billetes que me dio el «repostrero». Y me dijo: «Chloe, me gustaría que te quedases más». Y yo le respondí: «Muchas gracias, señor, pero mi viejo va a volver a casa y la señora ya no puede pasar más tiempo sin mí». Eso es lo que le dije. Un tipo simpático ese señor Jones.

Chloe había insistido con gran obstinación en que aquellos billetes con los que se le habían pagado sus salarios debían ser conservados para mostrárselos a su marido como monumento a sus dotes culinarias. Y la señora Shelby había accedido de buena gana a satisfacer su petición.

—¡No va a conocer a Polly, mi viejo no la reconocerá! ¡Dios, hace cinco años que se lo llevaron! Era una nenita entonces, solo sabía tenerse en pie. Recuerdo lo que se reía cuando la niña no podía dejar de caerse al echar a andar. ¡Santo Dios!

Entonces se oyó el ruido de unas ruedas.

—¡El señorito George! —dijo la tía Chloe abalanzándose a una ventana.

La señorita Shelby corrió a la entrada de la puerta y estrechó a su hijo en sus brazos. La tía Chloe permaneció en pie, ansiosa, escudriñando con sus ojos las tinieblas.

—¡Oh, pobre tía Chloe! —dijo George deteniéndose lleno de compasión y tomando su dura y negra mano entre las suyas—. Habría dado toda mi fortuna para traerle conmigo, pero se ha marchado a un país mejor.

Se produjo una apasionada exclamación de la señora Shelby, pero la tía Chloe no dijo nada.

El grupo pasó al comedor. El dinero del que Chloe estaba tan orgullosa se encontraba sobre la mesa.

—Tome —dijo, reuniéndolo y llevándoselo a su ama con mano temblorosa—, no quiero volver a verlo ni a oír nada de él. ¡Ya sabía yo que pasaría esto, vendido y asesinado en esas malditas plantaciones!

Chloe se dio la vuelta y atravesó la habitación con la cabeza bien alta. Con delicadeza, la señora Shelby la siguió y tomó una de sus manos, la hizo sentarse en una silla y tomó asiento a su lado.

—¡Mi pobre y buena Chloe! —le dijo.

Chloe apoyó la cabeza en el hombro de su ama y empezó a sollozar:

—¡Oh, señora, dispénseme, pero tengo el corazón destrozado! ¡Eso es todo!

—Ya lo sé —dijo la señora Shelby mientras iban cayendo sus lágrimas —. Yo no puedo consolarte, pero Jesús sí. El consuela los corazones de los afligidos y sana sus heridas.

Se produjo un silencio durante algún tiempo y todos lloraron juntos. Al fin, George, sentándose al lado de una Chloe hecha un lamento, la tomó por la mano y con sencillo patetismo le relató la escena triunfal de la muerte de su marido y sus últimos mensajes de amor.

Como un mes después de esta escena, todos los esclavos de la propiedad de los Shelby fueron reunidos en el gran vestíbulo que atravesaba la casa para oír unas pocas palabras de su joven amo.

Para sorpresa de todos, apareció ante ellos con un montón de papeles en su mano. Eran los certificados de libertad, que fue leyendo uno a uno y entregándolos entre los sollozos, las lágrimas y los gritos de los allí presentes.

Muchos, sin embargo, se arremolinaban alrededor de él, suplicándole que no los despidiera y con rostros inquietos le devolvían sus papeles de libertad.

—No queremos ser más libres de lo que ya somos. Siempre hemos tenido lo que queríamos. ¡No queremos dejar este sitio donde hemos pasado tantos años, ni al señor ni a la señora, ni al resto!

—Mis buenos amigos —dijo George en cuanto pudo conseguir que se hiciera el silencio—, nada os obliga a dejarme. Este lugar necesita para seguir funcionando las mismas manos que hasta ahora. Necesitamos para la casa lo mismo que necesitábamos antes. Pero vosotros sois ahora hombres libres y mujeres libres. Os pagaré un salario por vuestro trabajo, sobre el que tendremos que ponernos de acuerdo. La ventaja es que si yo contrajera deudas o me muriese, que es algo que puede pasar, no podríais ser vendidos ni sacados de aquí. Espero seguir adelante con la hacienda, dirigirla bien y enseñaros algunas cosas que quizá tardaréis algún tiempo en aprender, como emplear los derechos que os he dado como hombres y mujeres libres. Espero que seáis buenos y que tengáis deseos de aprender, y confío en Dios

para ser leal con vosotros y tener la voluntad de enseñaros. Ahora, amigos míos, mirad hacia arriba y agradecedle a Dios la bendición de la libertad.

Un negro de edad avanzada y aspecto patriarcal que había encanecido y perdido la vista en la hacienda se levantó entonces y alzando su mano temblorosa dijo:

—¡Demos gracias a Dios!

Mientras todos se arrodillaban a una, el más conmovedor y sentido *Te Deum* que nunca subió al cielo se hizo oír, pues nacía del sonido de un órgano, de campanas al vuelo y de las salvas de cañón que vienen de los honrados viejos corazones.

Al levantarse, otro negro entonó un himno metodista, cuyo estribillo era el siguiente:

> *El año del Jubileo ha llegado.*
> *Volved, pecadores redimidos, volved a casa.*[2]

—Tengo que deciros algo más —dijo George cuando interrumpió los parabienes de los allí reunidos—. ¿Os acordáis todos de nuestro viejo amigo Tom?

George les relató brevemente la escena de su muerte y de su despedida llena de afecto para todos los del lugar, y añadió:

—Sobre su tumba, amigos míos, decidí ante Dios que nunca más tendría esclavos mientras me fuera posible manumitirlos; que nadie por mi causa corra el riesgo de verse desarraigado de su hogar y de sus amigos y vaya a morir a una ignorada plantación como él. Así, cuando disfrutéis de vuestra libertad, pensad que se lo debéis a ese buen hombre y manifestádselo con amabilidades hacia su esposa y sus hijos. Pensad en vuestra libertad cada vez que veáis la cabaña del Tío Tom y haced de ella un monumento que nos traiga a todos su memoria y su ejemplo, y seguid sus pasos y sed honrados y fieles como él lo fue.

Capítulo XLV
Comentarios finales

Con frecuencia la escritora ha recibido cartas de lectores de diversos puntos del país en las que se le preguntaba si su relato era auténtico, y por ello le gustaría dar una respuesta general a todas esas preguntas.

Los diversos sucesos que componen esta narración son en gran medida hechos reales y muchos de ellos se han producido en presencia de la autora o de sus amigos más íntimos. Ella o sus amigos han conocido a gente que responde a los personajes aquí presentados y muchas de las cosas que narra son una fiel transmisión, palabra por palabra, de lo que oyó o de lo que le contaron.

El aspecto físico de Eliza y el temperamento que se le ha dado se han inspirado directamente del natural. La incorruptible fidelidad, piedad y honradez del tío Tom tienen más de un ejemplo, por lo que ella puede saber. Algunos de los particulares más trágicos o románticos, algunos de los más terribles, tienen también un equivalente en la vida real. El incidente de la madre cruzando el río Ohio sobre el hielo es un hecho probado y bien conocido. La historia de la vieja Prue, en el segundo tomo[1], es algo que pudo comprobar directamente el hermano de la escritora, que era en aquella época contable en una gran empresa comercial de Nueva Orleans. De la misma fuente procede el personaje del propietario de plantación Legree. Su hermano escribió lo que sigue al relatar una visita a su plantación en una jira para cobrarle cierto dinero: «Nada más llegar me hizo tocar su puño, que era como un martillo de herrero o una bola de hierro, diciéndome que se le había “endurecido de darles puñetazos a los esclavos negros”. Cuando dejé la plantación suspiré profundamente y me sentí como si me hubiera escapado de la morada de un ogro».

También hechos como el trágico destino de Tom tienen demasiadas veces paralelismo con la realidad y hay muchos testigos vivos en todo el país para declararlo. Recordemos que en los Estados del Sur hay una ley que impide declarar en juicios contra los blancos a las personas de color, y es fácil que tal caso se produzca allí donde se encuentre un hombre cuyas pasiones sean más fuertes que sus intereses y un esclavo con hombría o principios suficientes para resistir a sus deseos. Es más, no hay otra cosa en este momento para proteger la vida del esclavo negro más que la conciencia del amo. Hay sucesos demasiado desagradables para ser contemplados que consiguen abrirse camino y llegar a la opinión pública, pero los comentarios que se producen sobre estos hechos son aún más insoportables que el hecho en sí. Se dice: «Seguramente ocurren cosas así de cuando en cuando, pero no son la regla general». Si las leyes de Nueva Inglaterra estuvieran dictadas de tal manera que un amo pudiera torturar hasta la muerte a un aprendiz, aunque solo fuera de cuando en cuando, ¿sería aceptado esto con la misma tranquilidad? ¿Se diría también que son casos muy raros y no un ejemplo de la práctica general? Esta injusticia es inherente al sistema esclavista, no puede existir sin él.

La venta pública y desvergonzada de hermosas mulatas y cuarteronas ha adquirido gran notoriedad tras los incidentes que se produjeron tras la captura de la Perla[2]. Citamos parte del discurso del honorable Horacio Mann, uno de los consejeros legales de la defensa en este caso. Dice así: «En aquel grupo de setenta y seis personas que consiguieron huir del Distrito de Columbia en la goleta Perla y a cuyos oficiales tengo el honor de defender, se encontraban varias chicas jóvenes y sanas que tenían aquellas particulares formas y constitución que tanto gustan a los entendidos. Elizabeth Russel era una de ellas. Cayó inmediatamente en las garras de un traficante de esclavos y fue condenada a partir hacia los mercados de Nueva Orleans. Los corazones de los que la habían visto se enternecieron con su destino. Dieron ochocientos dólares para redimirla, y muchos ofrecieron prácticamente todo lo que tenían, pero la decisión del traficante de esclavos fue inexorable. Enviada a Nueva Orleans, a medio camino Dios se apiadó de ella y alivió sus penas con la muerte. Había otras dos chicas en aquel grupo de nombre Edmundson. Cuando iban a ser enviadas al mismo

mercado, una hermana suya de más edad se acercó arrastrándose para suplicarle a su miserable dueño que, por el amor de Dios, perdonara a sus víctimas. Él se burló de ella, hablándole de los hermosos muebles y vestidos que tendrían las chicas. “Sí, puede estar muy bien para esta vida, ¿pero qué será de ellas en la venidera?”. Las dos fueron enviadas a Nueva Orleans, pero después fueron rescatadas por un precio elevadísimo y volvieron de nuevo». ¿No queda claro con esto que las historias de Emmeline o de Cassy pueden tener sus equivalentes?

La justicia nos obliga también a declarar que la nobleza de espíritu y la generosidad atribuida a St. Clare tienen también su paralelismo, como lo demostrará la siguiente anécdota. Hace algunos años un joven caballero del Sur se encontraba en Cincinnati[3] con su criado favorito, que había sido su ayuda de cámara desde niño. El joven aprovechó esta oportunidad de asegurar su propia libertad y huyó bajo la protección de un cuáquero, que era una persona muy conocida en asuntos de este tipo. El propietario se indignó muchísimo. Siempre había tratado con gran bondad a su esclavo y tanta era su confianza en él, que pensó que le tenían que haber lanzado un conjuro para que se escapara. Se fue a visitar al cuáquero, furioso; pero como tenía un candor y un sentido de la justicia fuera de lo común, se apaciguó enseguida ante sus argumentos. Había algo del tema que él nunca había escuchado, sobre lo que nunca había reflexionado, e inmediatamente le dijo al cuáquero que si su esclavo quería decirle eso en la cara, él le liberaría acto seguido. Entonces se concertó una entrevista y el joven amo preguntó a Nathan si en alguna ocasión había tenido razones para quejarse del trato recibido.

—No, señor —dijo Nathan—, siempre ha sido usted muy bueno conmigo.

—Bien, entonces, ¿por qué quieres dejarme?

—El señor puede morir y, entonces, ¿quién sería mi amo? Prefiero ser un hombre libre.

Después de un momento de deliberación, el joven amo le respondió:

—Nathan, poniéndome en tu lugar, creo que me sentiría igual que tú. Eres libre.

Inmediatamente le preparó sus papeles de manumisión, depositó una suma de dinero en manos del cuáquero para que la emplease juiciosamente e iniciara su nueva vida, y dejó una carta muy sensata y amable dando referencias sobre el joven. Esa carta ha estado por algún tiempo en manos de esta escritora.

La autora espera haber hecho justicia a esa nobleza, generosidad y humanidad que en muchos casos caracteriza a los individuos del Sur. Esos ejemplos nos salvan de la completa decepción ante nuestra especie. Pero a continuación pregunta a cualquier persona que conozca cómo es el mundo: ¿sucede así en todos los lugares?

Durante muchos años la autora había evitado toda lectura o toda alusión al espinoso tema de la esclavitud, considerando que era demasiado doloroso investigar sobre él y que se extinguiría con el progreso de las luces y de la civilización. Pero desde que se promulgaron las leyes en 1850, al oír con consternación y sorpresa totales que gentes cristianas aconsejaban entregar a los fugitivos para devolverlos a su esclavitud como un obligado deber de buenos ciudadanos… de unos y otros… y a menudo de personas bondadosas, compasivas y respetables que viven en los Estados libres del Norte… cuando escuchó argumentos y discusiones sobre cuál había de ser el deber de un cristiano en este particular, no pudo más que pensar que estos hombres y cristianos no pueden saber lo que es la esclavitud, pues si lo supieran, esa cuestión ni se discutiría. Y de esto nació el deseo de mostrar lo que era una realidad viva y dramática. Se impuso como tarea mostrarla de una manera justa, en sus mejores y peores aspectos. En los mejores, quizá haya tenido éxito, pero ¿quién puede decir lo que permanece callado en el valle de sombra y muerte que está al otro lado?

Hacia vosotros, generosos y nobles hombres y mujeres del Sur, hacia vosotros cuyas virtudes, magnanimidad y pureza de carácter son aún mejores ante el severo juicio por el que habéis pasado, ha dirigido la autora su llamada. ¿No habéis sentido en lo más secreto de vuestras almas, en vuestras conversaciones íntimas, que hay males y vicios en este maldito sistema que van mucho más allá de lo que aquí está vagamente descrito o de lo que pueda describirse? ¿Puede ser de otro modo? ¿Es acaso el hombre un ser al que se le pueda confiar un poder irresponsable por completo? ¿Y

no produce acaso el sistema de la esclavitud, al negar al esclavo todo derecho legal a prestar testimonio, que todo amo se convierta en un déspota irresponsable? ¿Puede alguien evitar la hipótesis de lo que será el resultado práctico de esto? Si hay, como admitimos, sentimientos sociales entre vosotros, hombres de honor, de justicia y de humanidad, ¿no hay acaso otro tipo de sentimiento generalizado entre los rufianes, los violentos y los degenerados? ¿Y no pueden acaso los rufianes, los violentos y los degenerados, por las leyes de la esclavitud, poseer tantos esclavos como los mejores y los más puros? ¿Son acaso los honrados, los justos, los de pensamientos nobles y los compasivos mayoría en cualquier lugar del mundo?

El tráfico de esclavos es considerado ahora, según las leyes americanas, como un acto de piratería. Pero el comercio de esclavos, del modo tan sistemático como se practicaba en las costas de África, es una consecuencia inevitable y el resultado de la esclavitud en América. ¿Y pueden enumerarse el dolor y los horrores que causa?

La escritora no ha dado más que un pálido reflejo, un tenue esbozo, de la angustia y de la desesperación que en este mismo momento está atenazando a miles de corazones, sacudiendo a miles de familias y conduciendo a una raza sensible e indefensa al frenesí y al descorazonamiento. Hay quien conoce a madres a las que este condenado tráfico ha empujado al asesinato de sus hijos o que han buscado en el suicidio un refugio contra unos males más temibles que la propia muerte. Ninguna tragedia escrita, narrada o imaginada puede igualar la terrible realidad de escenas cotidianas y continuas que se producen en nuestro territorio bajo la protección de la ley americana y a la sombra de la cruz de Cristo.

Y ahora, hombres y mujeres de América, ¿es esto algo que se pueda considerar con frivolidad, algo que se pueda defender o sobre lo que se pueda pasar por alto? Granjeros de Massachussetts, de New Hampshire, de Vermont, de Connecticut[4] que leéis este libro a la luz de vuestro fuego en las veladas invernales, valerosos y generosos marinos y armadores de Maine, ¿es esto algo que podéis soportar o alentar? Bravos y generosos hombres de Nueva York, granjeros del rico y alegre Ohio, y vosotros los de

los Estados de la Gran Pradera, contestadme: ¿Es algo que podéis proteger y soportar? Y vosotras, madres de América, que habéis aprendido a amar y sufrir por toda la humanidad a través del amor sagrado hacia el hijo que lleváis en vuestro seno, por la alegría que sentís durante su infancia hermosa y sin tacha, por la piedad maternal y la ternura con la que guiais sus años de crianza, por las preocupaciones de su educación, por las plegarias que pronunciáis por el bien eterno de sus almas, ¡os conmino a apiadaros de la madre que siente lo mismo que vosotras y que no tiene ningún derecho legal a proteger, guiar o educar al hijo de sus entrañas! Por los momentos de enfermedad de vuestro hijo, por los ojos moribundos que nunca podréis olvidar, por los últimos llantos que os destrozan el corazón cuando no podéis prestarle ayuda ni salvarle, por la desolación de esa cuna vacía, de esa habitación silenciosa, os lo suplico, apiadaos de las madres que constantemente se ven privadas de sus hijos por el tráfico de esclavos en América[5]. Y decidme, madres de América, ¿es esto algo que puede ser defendido, con lo que se pueda estar de acuerdo o que se pueda pasar por alto y acallar?

¿Decís que la gente de los Estados libres no tiene nada que ver con ello y que no puede hacer nada? ¡Quisiera Dios que esto fuera verdad! Pero no lo es. El pueblo de los Estados libres lo ha defendido, lo ha alentado y ha participado en ello y es aún más culpable ante Dios que los del Sur, pues él no tiene la excusa de la educación o de la costumbre.

Si las madres de los Estados libres hubieran tenido mejores sentimientos en tiempos pasados, sus hijos no habrían sido propietarios de plantaciones y, proverbialmente, los más duros amos de esclavos; los hijos de los Estados libres no habrían comerciado como lo hacen con los cuerpos y las almas de los hombres por algo que equivale solo a dinero en sus negocios mercantiles. Hay multitud de esclavos poseídos por algún tiempo y revendidos por traficantes de las ciudades del Norte, ¿y debe, pues, recaer la culpabilidad o la deshonra de la esclavitud únicamente en los del Sur?

Los hombres de Norte, las mujeres del Norte y los cristianos del Norte tienen que hacer algo más que denunciar su hermandad con los del Sur, tienen que buscar el mal entre ellos mismos.

Pero ¿qué es lo que puede hacer un individuo? Cada uno lo podrá juzgar en su fuero interno. Hay algo que todos podemos hacer: ver si tenemos buenos sentimientos. Una atmósfera de compasión acompaña a cada ser humano; y el hombre o la mujer de buen corazón que se interesa de modo saludable y justo por la humanidad, es un benefactor de la raza humana. ¡Mira, entonces, cuáles son tus sentimientos en este asunto! ¿Están en armonía con los de Cristo? ¿O están, por el contrario, pervertidos por los sofismas de la política mundana?

¡Cristianos y cristianas del Norte! ¡Podéis hacer más, podéis rezar! ¿Creéis en las plegarias? ¿O se han convertido las oraciones en una vaga tradición? Si rezáis por los paganos de fuera de nuestro país, rezad por los paganos del nuestro. Y no olvidéis en vuestras oraciones a esos cristianos que sufren y cuya única oportunidad de salvación depende de la compra o venta en el mercado, y para los que seguir la moral cristiana es en muchos casos imposible, a menos que desde arriba se les conceda el valor y la gracia del martirio.

Pero hay todavía más. A las fronteras de nuestros Estados libres están llegando los miserables, destrozados y deshechos restos de familias, hombres y mujeres que han escapado por providenciales milagros al oleaje de la esclavitud. Tienen pocos conocimientos y en muchos casos deformaciones en su moral, que provienen de un sistema que destruye todos los principios del cristianismo y de la moralidad. Vienen a refugiarse con vosotros, vienen en busca de una educación, de un saber, de la religión cristiana.

¿Qué es lo que les debes a esos pobres desdichados, oh, cristiano? ¿Acaso no deben todos los cristianos americanos algún esfuerzo como reparación por los males que les ha infligido la nación americana? ¿Deben cerrarse ante ellos las puertas de las iglesias y de las escuelas? ¿Deben los Estados arrojarlos fuera? ¿Debe la Iglesia de Cristo escuchar en silencio la burla que se les hace y apartarse de las manos desvalidas que se les tienden o contribuir con su silencio a la crueldad que los arrojaría fuera de nuestras fronteras? Si así aconteciera, constituiría un lamentable espectáculo. Si así sucediera, el país entero tendría buenas razones para temblar, al recordar

que el destino de las naciones se encuentra en las manos de Aquel que es misericordioso y tierno y compasivo.

Decís: «No los queremos aquí, llevémoslos de vuelta a África», ¿no es así?

Que la Divina Providencia les haya dado un refugio en África es, desde luego, un hecho notable; pero no hay razón para que la Iglesia de Cristo abandone su responsabilidad sobre esta raza proscrita.

Llenar Liberia con una raza ignorante, sin experiencia y medio salvaje, recién escapada de las cadenas de la esclavitud, no haría más que prolongar durante siglos el período de luchas y de conflictos que amenaza el cumplimiento de nuevas empresas. Dejad que la Iglesia del Norte reciba a estos pobres que sufren en el espíritu de Cristo, acogedlos con las ventajas educativas de una república cristiana hasta que hayan adquirido cierta madurez moral e intelectual, y ayudadlos entonces a marcharse a aquellas costas, donde pondrán en práctica las lecciones que han aprendido en América.

Hay un puñado de hombres en el Norte que han estado haciendo esto, y como resultado este país ha podido contemplar ejemplos de hombres, antiguos esclavos[6], que han adquirido rápidamente propiedad, reputación y educación. Sus talentos se han desarrollado, lo que, si tenemos en cuenta las circunstancias, no deja de ser admirable; y sus virtudes morales de la honradez, la bondad, la ternura de sentimientos —puestas de manifiesto por los heroicos esfuerzos y los sacrificios soportados para rescatar a sus familiares y amigos que siguen siendo esclavos— han sido hasta tal punto notables, que si consideramos el entorno en el cual nacieron, nos resultan sorprendentes.

La escritora ha vivido durante muchos años en la frontera con los Estados esclavistas, y ha tenido muchas oportunidades para observar a los antiguos esclavos. Habían entrado en su familia como criados, y a falta de otra escuela que los acogiera, en muchas ocasiones les ha instruido ella en una escuela familiar, con sus propios hijos[7]. Tiene también el testimonio de misioneros que reciben a los que huyen a Canadá, que coinciden con su propia experiencia, y sus conclusiones respecto a esta raza son alentadoras en grado sumo.

El primer deseo del esclavo emancipado suele ser el de tener una educación. No hay nada que no quieran dar o hacer con tal de que sus hijos sean instruidos, y según las observaciones de la propia autora o los testimonios de otros maestros que se ocupan de ellos, poseen una notable inteligencia y aprenden con rapidez. Los resultados de las escuelas fundadas para ellos en Cincinnati por individuos de buen corazón apoyan por completo esta afirmación.

La autora enumera los siguientes hechos, autorizados por el Profesor C. E. Stowe, miembro del Seminario Lane de Ohio, sobre esclavos emancipados que actualmente viven en Cincinnati, para mostrar con ellos la capacidad de la raza negra, incluso sin ninguna ayuda especial ni aliento particular[8].

Solo se darán las iniciales de sus nombres. Todos ellos residen en Cincinnati:

> «B… Ebanista, lleva veinte años en la ciudad; tiene una fortuna de diez mil dólares, todos ellos ganados con su trabajo; de religión baptista».
>
> «C… Negro bozal, capturado en África. Vendido en Nueva Orleans, libre desde hace quince años; se rescató a sí mismo pagando seiscientos dólares; posee varias granjas en Indiana. Presbiteriano, su fortuna se estima en alrededor de quince mil dólares, todos ganados por él».
>
> «K… Totalmente negro; agente de la propiedad inmobiliaria; su fortuna se eleva a treinta mil dólares; unos cuarenta años de edad, libre desde hace seis, pagó mil ochocientos dólares por su familia; miembro de la Iglesia baptista, recibió una herencia de su amo, que ha conservado y aumentado con éxito».
>
> «G… Totalmente negro; comerciante en carbón, unos treinta años, con una fortuna de unos dieciocho mil dólares; pagó dos veces su rescate, siendo defraudado en mil seiscientos dólares en su primer intento; ganó todo su dinero con su esfuerzo personal, gran parte mientras era esclavo, haciendo trabajos durante su tiempo libre y cuidando sus propios negocios; tipo caballeroso y excelente».
>
> «W… Negro cuarterón; barbero y camarero de Kentucky, lleva diecinueve años siendo libre; pagó por él su familia más de tres mil dólares; diácono de la Iglesia baptista».
>
> «G. D… Tres cuartas partes de negro; encalador, de Kentucky, lleva nueve años libre; pagó por él y su familia más de tres mil dólares; murió hace poco a la edad de sesenta años; su fortuna se estima en seis mil dólares».

El Profesor Stowe dice: «Exceptuando a G…, los he conocido personalmente y los he frecuentado a todos ellos y hago estas afirmaciones basado en mi conocimiento directo».

La escritora se acuerda mucho de una vieja mujer de color que trabajaba como lavandera en casa de su padre. La hija de esta mujer se casó con un esclavo. Era una muchacha notablemente activa y capaz, y gracias a su trabajo, a su frugalidad y a grandes sacrificios, reunió novecientos dólares para obtener la libertad de su marido, que puso, en Cuanto los hubo reunido, en manos del amo. Le faltaban cien dólares para alcanzar la suma total, cuando murió el amo. Nunca recobró su dinero.

Estos son algunos casos de entre los muchos que pueden ser aducidos para probar el sacrificio, la energía, la paciencia y la honradez que ha mostrado el esclavo en libertad.

Y recordemos que estos individuos han conseguido con su coraje una relativa posición social y riqueza, a pesar de todos los obstáculos y desalientos. El hombre de color, por las leyes del Estado de Ohio, no puede votar, y hasta hace algunos años incluso se le negaba el derecho de prestar testimonio en procesos contra blancos. Estos ejemplos no se limitan al Estado de Ohio. En todos los Estados de la Unión sabemos de hombres recién escapados de las cadenas de la esclavitud que con esfuerzos autodidactas, nunca bastante admirados, han alcanzado una posición respetable en la sociedad. Pennington entre los clérigos, Douglas y Ward entre los editores, son ejemplos conocidos por todos[9].

Si esta raza perseguida, a pesar de sus penas y decepciones, ha hecho ya tanto, ¡cuánto más podrá hacer la Iglesia cristiana por ellos en el espíritu del Señor!

Esta es una época en la que las naciones tiemblan y sufren convulsiones. Hay poderosos influjos que cambian y conmocionan el mundo, como un terremoto. ¿Y está América a salvo? Toda nación que lleva en su seno una injusticia grave y no reparada tiene en sí misma los elementos de una convulsión[10].

Porque ¿cuál es el misterioso poder que impide en todas las naciones y lenguas que no puedan ser pronunciados en favor de la libertad y la igualdad del hombre?

¡Oh, Iglesia de Cristo, lee los signos de los tiempos! ¿No será acaso este poder el espíritu de aquel cuyo reino está aún por venir y cuya voluntad se hará en la tierra como en el cielo?

Pero ¿quién podrá soportar el día de su venida? «Pues tal día quemará como un horno y Él aparecerá como testigo de cargo contra los que oprimen a los que trabajan a sueldo, a la viuda y al huérfano, y los que niegan sus derechos al extranjero, y entonces hará pedazos al opresor»[11].

¿No son estas unas palabras temibles para una nación que mantiene dentro de sí una injusticia tan patente? ¡Cristianos! Cada vez que pedís en vuestras oraciones que venga el reino de Cristo, ¿podéis olvidaros de las profecías asociadas, en temible compañía, del día de la venganza con el tiempo de los redimidos?

Todavía se nos concede un día de gracia. Tanto el Norte como el Sur han sido culpables ante Dios, y la Iglesia cristiana tiene una pesada cuenta de la que responder. No se salvará esta Unión si se alían sus partes para proteger la injusticia y la crueldad y para formar un capital común de pecados, sino por el arrepentimiento, la justicia y la compasión, pues más infalible que la ley eterna por la que las piedras de molino se hunden en el océano es la fortísima ley por la que la injusticia y la crueldad atraerán sobre las naciones la cólera del Dios Todopoderoso.

Una novela escrita con prisa

El libro de Harriet Beecher Stowe llevó a su autora a la fama mundial con un éxito de ventas nacional e internacional sin precedentes y rara vez igualado. Sin embargo, ha disfrutado de una apreciación mucho más entusiasta entre el público que entre el conjunto de los críticos literarios. Y es que se trata de una novela escrita con prisa, con la pasión y con la energía de quien tiene algo que decir al mundo y que se expresa con su mejor voluntad, aunque sin dar lugar a una obra perfecta o completamente pulida. Y a pesar de la impresión de descuido o precipitación que puede producirnos su estilo, otros grandes autores como Tolstói o Henry James han reconocido su mérito.

Por otra parte, los detractores de la obra le reprochan expresar con sus ideas un racismo más o menos voluntario en el que atribuye a los negros unas características de bondad y mansedumbre que explicarían su sometimiento, a la vez que les otorga cierta superioridad moral sobre los blancos.

Numerosas traducciones

Aunque la valoración de esta obra siga siendo polémica en nuestros días, hay que señalar el efecto propagandístico y contrario a la esclavitud que produjo la novela en todo el mundo, con numerosísimas traducciones, ediciones y versiones para diversas edades de esta novela, que presentamos en esta ocasión en su versión íntegra de la primera edición.

Para poder comprender mejor la controversia que existe aún en nuestros días sobre la obra y las ideas que esta contiene, convendría estudiar más de cerca el tema que aborda directamente tal y como se planteaba en su época: la esclavitud y el racismo vistos y controlados por la política y la religión en América.

Historia

La Ley de Esclavos Fugitivos

La autora misma nos cuenta que el factor histórico que desencadenó su obra fue la Ley de Esclavos Fugitivos, o Compromiso de 1850, que obligaba a todo ciudadano de los Estados Unidos a entregar a los esclavos a sus amos sin prestarles ningún tipo de ayuda en su fuga. Los políticos americanos anteriores a la Guerra de Secesión (1861-1865) revelaban con esto la voluntad de unir dos sociedades enfrentadas en su modo de vida y en su concepción de la sociedad.

En efecto, al Norte se encontraban los colonos de añeja raigambre americana, herederos de experiencias religiosas y sociales antiguas de carácter muy original, que empezaban a desarrollar una industria propia y a protegerla con determinadas medidas proteccionistas, mientras que al Sur se establecían grandes terratenientes explotadores de plantaciones de algodón, caña de azúcar o tabaco que necesitaban una mano de obra abundante para estos u otros cultivos y que eran partidarios del librecambismo más absoluto para vender sus productos tanto al Norte como a las potencias europeas.

Desaparición de la esclavitud

Quince años después, con la victoria de la Unión (Estados del Norte), partidaria del abolicionismo, sobre los Estados Confederados del Sur, secesionistas, la esclavitud desapareció como institución en los Estados Unidos de América (1865), tras una guerra terrible que produjo más de seiscientos mil muertos y que empleó por vez primera todos los adelantos industriales con fines bélicos.

Los prejuicios, la discriminación y las injusticias raciales perduran hasta nuestros días, a pesar de todos los progresos que se han producido en este sentido a mediados de nuestro siglo, pero la abolición de la esclavitud supone un cambio radical en las relaciones de los grupos blanco y negro, que llevaban una existencia paralela y contraria a los principios evocados en el momento de la Independencia.

Abraham Lincoln, el primer presidente abolicionista, es todo un símbolo de los cambios profundos que se produjeron en el conjunto de los Estados, aunque la segregación y la persecución contra los negros siguiera produciéndose en particular en los estados sureños, donde el Ku-Klux-Klan y otras milicias del antiguo poder perduraron hasta nuestros días.

La presencia de negros en los Estados Unidos, su participación en la sociedad y en la vida americana ha seguido siempre un esquema de dominación del hombre blanco sobre el negro. El sometimiento de los negros a la esclavitud por parte de un pueblo que se preciaba de sus libertades como eran los ingleses y, todavía más aún, por los colonos que vinieron al Nuevo Mundo huyendo de las persecuciones religiosas y de la falta de libertad de pensamiento en Europa, no dejaba de ser polémico y fue objeto de numerosas objeciones y críticas por parte de ciertas comunidades cristianas.

En esta dinámica, podemos señalar algunos momentos que nos ayudarán a comprender cómo se organizaron las relaciones sociales esclavistas.

La palabra «nigger»

La palabra *negro* para referirse a los seres humanos de color aparece por vez primera en la lengua inglesa a mediados del siglo XVI, como prueba de que los primeros contactos con la institución vinieron de América Latina. Sin embargo, tanto esta palabra como la que llegó medio siglo después, *mulatto*, no tuvieron nunca el sentido despreciativo, insultante e ignominioso de la palabra *nigger*, que se empleó en el momento de gran auge de la trata de negros para denominar exclusivamente a los esclavos negros sometidos. El término *black* ha sido adoptado posteriormente para describir a la población americana de color con respecto a los blancos, *white*, sin connotaciones racistas.

La llegada de los primeros negros a Virginia tuvo lugar en 1619, y las Leyes de Maryland (1639) los excluyen ya del derecho al voto, al igual que a los no cristianos, a los indios y a las mujeres.

La esclavitud, o algunas formas muy acusadas de sometimiento a servidumbre por aprendizaje, deudas o condena penal, se produjeron para habitantes del Nuevo Mundo no necesariamente negros entre 1640 y 1660, pero a partir de 1642 solo se reserva a los extranjeros y el *Statute Book* de

Maryland, Virginia y otras colonias establece que solo se reservará a la raza «maldita».

Con ello se daban las bases legales e institucionales para el establecimiento de un sistema esclavista basado en criterios racistas.

Diferentes grados de sometimiento

Hay que señalar los diferentes grados de sometimiento y sus diferencias de relación entre amo y esclavo. En su origen todo esclavo es un cautivo, sobre el que su propietario tiene un derecho de vida o muerte porque se trata de un enemigo graciado. Esclavo, *slave* o *eslavo* es en origen la palabra latina que nos recuerda la captura y la compra y venta de los bárbaros en el Imperio Romano. Pero no hay que remontarse a la Antigüedad para encontrar ejemplos de esclavitud: en la época moderna, los piratas y otros navegantes del Mediterráneo atacaban las naves cristianas y, más precisamente, los berberiscos y turcos tenían un sistema de captura y rescate que había permitido conocer a los pueblos europeos, en su propia carne, los dolores del cautiverio.

La religión cristiana justifica la esclavitud por el pecado

A diferencia de la servidumbre o del vasallaje medieval, la esclavitud es un lazo ignominioso en el que el dominado no conserva ningún derecho y pierde no solo su libertad, sino también su estatuto de ser humano comparable al amo. Contraria al derecho natural, la religión cristiana justificaba la esclavitud por el pecado. Así, el canibalismo o las prácticas paganas perdurables, o incluso su mera suposición, eran motivos suficientes para someter y esclavizar a determinados pueblos rebeldes a la evangelización. En los Estados Unidos, la condición de esclavo era, además, hereditaria y perpetua, y señalada por la más o menos aparente diferencia racial. Tras las dudas y discusiones sobre si era lícito o no someter a los cristianos, o esclavos convertidos y evangelizados, se estableció un criterio racista por encima del criterio religioso.

Alrededor de 1700, se produce un gran flujo de esclavos traídos de África que hacen la fortuna de los traficantes europeos: las colonias del Sur y las regiones del Caribe y la zona ecuatorial, donde la población india había desaparecido en proporciones catastróficas en los dos siglas de presencia europea, constituyen los espacios donde fueron establecidos.

Ya en 1682 y en 1693 los cuáqueros, afincados en Pensilvania y otros Estados de Nueva Inglaterra, debatían sobre la moralidad de la posesión y compra de esclavos, pero solo en 1758 se decidieron a condenar con eficacia y de raíz la esclavitud y el trato inhumano hacia las razas no blancas.

Los cuáqueros contra la esclavitud

La legislación y los esclavos

A pesar de este ejemplo, las demás sectas e Iglesias americanas estaban muy divididas y tenían un celo variable sobre la cuestión y argumentaban sin cesar en un debate que permaneció muchos años abierto. Se tomaban medidas intermedias, como el pago de una tasa importantísima a la comunidad por la compra de un esclavo (Pensilvania, 1699), o se mejoraba el trato a los esclavos, a quienes se consideraba como *servants*, criados, o *hands*, trabajadores, según su cometido en las diversas dependencias de una hacienda. La manumisión era rara, e incluso excepcional, a pesar de que ciertos esclavos fueran hijos del amo. Las leyes establecían la transmisión materna de la condición de esclavo o bien la paterna en otros Estados, y muchos hacían imposible la manumisión o establecían leyes que permitían la captura o rapto de los negros (*kidnapping*) y la explotación de los negros libres o fugitivos durante cierto tiempo antes de expulsarlos fuera del Estado, como era el caso de Illinois, en la ruta hacia Canadá. Pero a pesar de su estatuto legal, y a pesar de que los negros libres fueran siempre considerados como enemigos por la opinión que tenían de la esclavitud y las acciones posibles de ayuda a sus hermanos oprimidos, el contacto entre las dos razas fue continuo. Las fuertes condenas por delitos sexuales interraciales, con doble pena por ese agravante, parecían indicar los deseos de evitar el mestizaje por parte del legislador. Y sin embargo, por encima de todas las prohibiciones, las relaciones sexuales entre hombres y mujeres de distinto color se producían constantemente. La mezcla racial a lo largo de algunas generaciones terminó con el rasgo distintivo que había servido para caracterizar a la «raza maldita», y muchos de los esclavos no se diferenciaban de manera perceptible de sus amos, por lo que en los Estados esclavistas las medidas racistas y de segregación se incrementaban, ayudadas por los argumentos de carácter religioso que se apoyaban en

determinados pasajes de la Biblia, del Evangelio o de San Pablo para justificar el sometimiento.

Así, el mandamiento de «honrarás a tu padre y a tu madre, a tu amo y a tu ama y a los que tienen autoridad sobre ti» se interpretaba como una aprobación de la esclavitud, al igual que el episodio en el que el apóstol Pablo le dice a un esclavo que vuelva con su amo. El argumento al que hace alusión la autora y que era un tópico en la época se refería a la estirpe maldita de Cam, hijo de Noé, y de Canaán, su descendiente, destinado a ser sometido por el pueblo de Dios.

Consecuencias de la Guerra de Independencia

Y a pesar de ello, en algunos momentos cruciales los destinos de blancos y negros parecieron unirse: por su participación en la Guerra de Independencia, durante la cual fueron cortejados tanto por los ingleses como por los colonos americanos, se liberó aproximadamente un veinte por ciento de los esclavos de la época (1775-1783).

Los negros que se pusieron de parte de los ingleses fueron distribuidos por las colonias antillanas, Nueva Escocia o Londres. Un pequeño grupo, ayudado por algunos abolicionistas ingleses, fundará en África el país de Sierra Leona. Los que fueron capturados tuvieron que trabajar en las minas de plomo como condena o fueron revendidos a beneficio del Estado. Algunos consiguieron huir a los territorios ocupados por los indios, particularmente Georgia y Florida, donde crearon unas comunidades mestizas e independientes de cimarrones y rebeldes.

Los negros que lucharon junto a los independentistas lograron su emancipación a título personal, pero vieron cómo la institución de la esclavitud no solo permanecía, sino que se agravaba con el paso de los años, pues la Nueva Nación había establecido sus principios con el consenso común de apoyar su expansión sobre la explotación y expoliación de otras comunidades americanas no blancas: los negros y los indios.

Las Iglesias norteamericanas ante el abolicionismo

Cuando los activos luchadores contra la esclavitud obtuvieron que el Parlamento Británico votara en 1807 la Abolición de la Trata de Negros, que se consideraría como un acto de piratería a partir de 1808, la reacción no se hizo esperar y las diversas Iglesias locales norteamericanas —más precisamente

los presbiterianos, baptistas, anabaptistas y metodistas— manifestaron que no se oponían a la esclavitud por razones teológicas, ni pensaban que la esclavitud fuera un pecado contra Dios tal y como se practicaba en los Estados Unidos.

Cada una de estas Iglesias, así como las sectas de mayor o menor importancia, tenían sus ideas sobre la cuestión, que era objeto de escándalo para muchos cristianos y para los defensores de los Derechos Humanos.

Los metodistas

La renuncia al abolicionismo por parte de los metodistas, lo que iba en contra de sus ideales de origen, los llevó a ser los más activos y eficaces predicadores y evangelizadores en el Sur, como compensación. Esta será a Iglesia que la autora atribuirá a Tom, precisando que se había convertido unos cuantos años antes durante una campaña de evangelización (*field meeting*).

Hay que considerar que en la época un cuarto de los esclavos pertenecía a alguna Iglesia, por lo que los argumentos para su sometimiento por no ser cristianos iban perdiendo fuerza moral, sobre todo cuando se trataba de nacidos en América desde hacía varias generaciones y que, a pesar de ciertas supervivencias de aspectos particulares de su origen africano, eran menos extranjeros que muchos blancos y se encontraban adaptados a la vida americana o «aculturados», es decir, cortados para siempre de sus raíces.

Además de la corriente abolicionista de la que hemos hablado y representada fundamentalmente por los cuáqueros y los librepensadores, defensores de los Derechos Humanos, se producía otra filosofía en relación con este tema: el colonizacionismo.

Partidarios de una sociedad americana no africanizada y conscientes de sus responsabilidades y de las compensaciones que los blancos debían a los negros, los colonizacionistas eran partidarios de devolver a los negros americanos al continente africano como pioneros y evangelizadores. Este fue el razonamiento que dio lugar a la creación del estado de Liberia en las costas africanas, siguiendo el modelo de los colonos ingleses en América. Las sociedades filantrópicas establecían allí a los esclavos liberados y en la época en la que se escribió el libro las dos soluciones a la esclavitud se enfrentaban en continuos debates.

La autora, que conocía bien esta polémica, la incorpora con habilidad a su narración, hasta tal punto que en una obra posterior, *La llave de la cabaña del Tío Tom*, necesitó explicitar su posición claramente abolicionista.

En esta confrontación sería la corriente abolicionista la que predominaría, puesto que abordaba el problema con realismo, ya que era materialmente imposible llevar a cabo la empresa de instalación en África con la totalidad de la población negra americana, que, por otra parte, se oponía a esta especie de deportación de beneficencia.

La lucha de los abolicionistas

La lucha de los abolicionistas chocó contra la acérrima defensa de los partidarios de la esclavitud, que, lejos de limitarse a los argumentos teológicos, emplearon en muchas ocasiones la fuerza y la violencia física para acallar las molestas voces que señalaban la esclavitud con indignación. Elijah P. Lovejoy de Albion, que había fundado en San Luis el periódico *The Observer* en 1837, sufrió varios incendios en su imprenta y, tras haberse establecido en Alton, fue atacado a tiros y forzado a abandonar el lugar. También el hermano de la autora, Henry Ward Beecher, que era editor de un periódico, así como un aventajado alumno de su padre, Theodore D. Weld, fueron incomodados por sus publicaciones y declaraciones abolicionistas. Nuestra escritora por aquella época, a pesar de simpatizar con el movimiento, se sentía más preocupada por los atentados que sufría la libertad de expresión con los motines y la violencia que por la esclavitud misma.

La mujer y la esclavitud

Sin embargo, al igual que para muchas mujeres, para ella el problema de la esclavitud resultaba fundamental. Por estar en parte adscrito al ámbito doméstico y a las buenas costumbres, les correspondía a ellas sancionar si era o no lícito tener esclavos y en qué condiciones. Tradicionalmente tachadas de «instintivas», «sensibles» y «maternales», las mujeres parecían más aptas desde un punto de vista emocional para comprender los sufrimientos de las familias separadas y de la perdición del alma por el pecado. Esto las acercaba más desde el Derecho Natural que desde un punto de vista filosófico, como querían imponer los abolicionistas.

La participación femenina en esta cruzada contra la esclavitud fue muy importante, tanto en los Estados Unidos como en Europa, donde ciertas damas de alcurnia tomaron posturas abolicionistas. También constituyó el núcleo del posterior movimiento de sufragistas, que, luchando por el voto de la mujer, parecían querer probar que la libertad era indivisible. La imagen a menudo caricaturesca que se ha dado de estas mujeres viene en gran parte de las medidas que tomaban para proteger la moralidad y la familia con leyes represivas sobre el consumo de alcohol, a menudo responsable de violencia y malos tratos contra la mujer y los hijos. La mezcla de la religiosidad y del activismo político se encontró a menudo íntimamente ligada durante estos primeros tiempos. Esto mismo encontraremos en toda la obra de Harriet Beecher Stowe. Siguiendo sus papeles tradicionales de madres o amas de casa, o solidarizándose con los oprimidos contra una autoridad que también las sojuzgaba, lo que sí es seguro es que las mujeres abolicionistas aprendieron unos métodos que las ayudarían poco más tarde en sus propias reivindicaciones.

Afianzamiento de la Nación Americana

Otro aspecto histórico que cabe destacar por su importancia en la obra es el afianzamiento de la Nación Americana. Los temas patrióticos y las frecuentes referencias a los momentos históricos capitales son evocados con frecuencia, así como se apela en muchas ocasiones al orgullo de ser americano o de alguno de los Estados americanos. La construcción del libro favorece la variedad de ambientes y la autora refleja en ellos su conocimiento directo de los lugares en los que sitúa la acción o bien las descripciones de primera mano de miembros de su familia. Toma el partido de utilizar el habla y las características locales, haciendo dialogar a sus personajes de manera teatral en muchos momentos de la narración.

La forma de hablar de los negros

Tiene especial importancia el haber dado la palabra a los negros tal y como la empleaban (o más bien, como se figuraba la autora que lo hacían), pues otros autores o autoras contemporáneos se contentaban tan solo con describirlos o hacerles hablar como a los blancos.

La autora muestra un buen conocimiento de las prácticas de los negros y, aún más, de sus cánticos de todo tipo, que a veces califica de bárbaros y que

en otras ocasiones admira.

Esta innovación de incluir diálogos no es la única novedad literaria que encontramos en la obra: la novela tiene un estilo particularmente adaptado a su modo de publicación en revistas periódicas que sirvieron para transmitir no solo la literatura, sino también las ideas políticas y los testimonios diversos sobre los temas de actualidad. Cada capítulo del libro, que corresponde a una entrega, en principio, responde a esta necesidad de argumentación y debate y en más de una ocasión se cierra con una especie de sermón moralizador que tan bien conocía la autora por su formación y creencias firmemente cristianas. Por ello hay una innegable atracción por la descripción de la vida religiosa individual o colectiva, y una de las preocupaciones fundamentales es la salvación del alma de los diferentes personajes.

El afán de parecer verídico y, en ocasiones, de inspirarse en hechos auténticos es constante en un libro que quiere dar testimonio para contribuir a la reprobación de una institución considerada como algo pecaminoso e indigno. Las mismas revistas en las que la autora escribía, y que probablemente leía, publicaban con cierta regularidad relatos de antiguos esclavos que por lo novelesco de sus peripecias no tenían nada que envidiar a la ficción más imaginativa.

Idea propia de la vida de los desposeídos

Con estas y otras fuentes más o menos directas, la autora se formó una idea propia de la vida de los desposeídos que a veces no coincidía exactamente con la realidad, como le reprocharon muchos de sus detractores. A pesar de esto, muestra un buen conocimiento de las prácticas de los negros, y sobre todo de sus cantos e himnos metodistas, que reproduce con profusión en el texto. En efecto, parece admirar en algunas ocasiones su buena disposición para la música, aunque en otras califica su arte de extraño, bárbaro o salvaje, cuando expresa sentimientos menos devotos. Y es que la celebración de ritos propios o aprendidos formaba parte del acervo cultural de los negros americanos y muchas de las canciones rítmicas que les parecían absurdas a los blancos tenían un valor simbólico determinado en el panteón de las divinidades africanas. Incluso, durante la celebración de oficios religiosos cristianos la elección de uno u otro cántico correspondía a códigos precisos

y bien establecidos, mediante los que se comunicaba a menudo la intención de huir de algún esclavo o su llegada a la «Tierra Prometida», que en el caso de los fugitivos era Canadá. El empleo acertado que la autora hace de estos cánticos nos permite suponer que había leído o escuchado comentarios sobre las biografías de esclavos, como la de Frederick Douglas (1817-1895), fundador del periódico abolicionista *North Star* de Rochester, en Nueva York.

Críticas por su moderación

Siempre oscilando entre un racismo basado más en los estereotipos comunes entre los blancos que en el odio, y una fascinación innegable por el Sur y el mundo de los negros, la autora es una verdadera hija de su tiempo. Las críticas que recibió por parte de historiadores o literatos por su moderación o por su invitación a la sumisión o al exilio, deben ser comprendidas en este sentido.

La negación del derecho a rebelarse ante la opresión que le atribuyen ciertos críticos de nuestro siglo es más que discutible, pues algunos de sus personajes se rebelan y consiguen romper sus cadenas, pero lo que sí es verdad es que el libro propone un modelo de negro sumiso y lleno de admiración hacia sus amos. Y también es cierto que son los mulatos, en los que las características raciales se han diluido, los que tienen éxito en sus empresas de huida y muestran una inteligencia superior.

Sin embargo, esto no debe considerarse tanto una manifestación de racismo cuanto un deseo de acabar con el mito del negro sanguinario y dominado por unas pasiones que solo pueden someterse bajo el látigo del amo. En efecto, con un funcionamiento proyectivo, los blancos atribuían a los negros unas intenciones que coincidían con las prácticas que ellos llevaban a cabo con ellos: la brutalidad, la violencia, la crueldad, la violación y los abusos no fueron comportamientos particulares o exclusivos para ninguna de las dos razas.

Rebeliones armadas de negros

Destaca en la constitución de este mito del negro sanguinario el personaje de Nat Turner, un esclavo visionario que recibió una sólida formación y un buen trato por parte de su amo, contra el que se rebeló y a quien asesinó, en un delirio de su vocación redentorista. Este esclavo fue uno de los raros casos de rebelión armada de negros en Estados Unidos y sembró el pánico y la destrucción por

toda su región. La autora no comenta este caso, pero sí habla con detalle de otro ejemplo en este sentido: el baño de sangre que se produjo en Santo Domingo con la primera revuelta victoriosa de esclavos, que dio lugar a la creación de Haití como estado en la parte occidental de la isla.

Toussaint l'Ouverture

Toussaint l'Ouverture fue el esclavo negro, teórico de la igualdad de derechos entre los hombres de diversas razas, que favoreció la alianza con la Revolución Francesa en la isla de Haití en 1791. Primer presidente tras la declaración de la independencia en Haití, su condición de revolucionario *sans culotte* le valió la animosidad de Napoleón, que lo obligó a rendirse y lo llevó prisionero a Francia, donde murió en 1803. Muchos abolicionistas y luchadores en favor de los Derechos Humanos, como Wendell Phillips, lo tomaron como ejemplo.

El Emperador Dessalines

Sin embargo, en la mente del vulgo se había forjado otra imagen mucho más sangrienta y temible que había perdurado a lo largo del siglo: el baño de sangre con el que el Emperador Dessalines había aniquilado a todos los blancos que quedaban en la isla cuando accedió al poder en 1804.

Este ejemplo hizo que los blancos americanos fueran muy prudentes con el control militar y con el aislamiento de las plantaciones, para evitar rebeliones que podían serles fatales.

Los negros de las colonias de América Latina, tanto españolas como portuguesas, habían conseguido rebelarse o escaparse en numerosas ocasiones y existía una población importante de negros cimarrones que eran perseguidos con un celo variable. Su participación en la independencia de los diferentes países hispanoamericanos les dio la libertad y los grandes caudillos como Bolívar se preciaban de haber emancipado a los negros, que hacia 1850 eran libres en los diferentes Estados. Solo Cuba, todavía colonia de la metrópoli española, mantenía un sistema esclavista, así como Brasil.

En los Estados Unidos estas rebeliones se redujeron a casos aislados, entre otras cosas porque el instinto de supervivencia era fuerte entre los esclavos y las posibilidades de éxito de su acción, dado su carácter minoritario y aislado, aun en los Estados esclavistas, eran muy escasas. Se limitaban a levantamientos de iluminados que, guiados por creencias o

revelaciones, se lanzaban a aventuras condenadas al fracaso más o menos inmediato.

Los negros afirman poco a poco su cultura

Una vez tomada la vía de la resignación, los negros afirmaron poco a poco sus particularidades y su cultura propia. La práctica de la segregación los hacía ser un grupo con unas características y unas costumbres muy particulares. En los lugares en los que la vida de familia era posible, establecieron lazos de parentesco y de amistad o enemistad con sus compañeros de suerte y en ocasiones se les propuso la vigilante formación a cargo de sus amos. Hay que decir que los esclavos de mayor valor eran los que sabían realizar un oficio o los que se destinaban al servicio directo con los blancos como criados o como compañía de placer, por lo que la educación o el aprendizaje suponía una buena inversión para sus amos. Los candidatos a este tipo de formación estaban en contacto con una sociedad blanca a la que imitaban en el afán de lujo y en el cuidado extremo de su aspecto físico. La relación entre estos mulatos, esclavos de lujo, y los demás esclavos negros fue a menudo difícil y la autora evoca al respecto varios ejemplos de racismo entre esclavos.

La voluntad de mantener la raza y la identidad del grupo no fue exclusivamente un deseo blanco, sino que en muchas ocasiones el rechazo del mundo del opresor llevó a los negros a reafirmarse en contra de los valores blancos dominantes.

Recursos de autodefensa y sabotaje

Ciertas características atribuidas a los trabajadores negros, como la pereza o la ineficacia, formaban parte de sus recursos de autodefensa y sabotaje, como forma permanente de rebelión que no podía manifestarse con éxito de otro modo. Al choque frontal se oponía entonces el engaño o la resistencia pasiva que tanto encolerizaba a sus amos.

Y, sin embargo, una vez libres los negros se mostraban emprendedores e industriosos, apegados a su familia y deseosos de educarse y de practicar intensamente su religión: habían integrado por completo los valores de sus dominadores, salvo algunas ligeras diferencias de matiz.

Conviene señalar su cultura propia en la vida de grupo y en la práctica de la música, el canto y el baile, en los que más se aprecian los rasgos

característicos de su cultura africana, que ha prevalecido a pesar de los siglos de sometimiento.

No obstante ser una minoría, por sus características y su actividad, paradójicamente, los negros americanos han hecho que los productos musicales y culturales reconocidos y apreciados como auténticamente americanos provengan de su despreciada raza esclava.

El contacto y la «contaminación» que tanto se habían temido han resultado ser fuente de resultados positivos con el tiempo y encontramos con frecuencia figuras de importancia nacional que descienden de los antiguos esclavos.

Esto puede ser una pequeña compensación por los sufrimientos y sacrificios realizados a lo largo de varias generaciones y que, desgraciadamente, aún no han terminado para la mayoría de los negros americanos.

La autora

Una mujer poco común

Para comprender bien el proceso de creación y la resonancia de *La cabaña del Tío Tom* parece necesario saber ciertas cosas sobre su autora, una mujer poco común que estaba al borde de la enfermedad nerviosa y que sentía una atracción morbosa por la muerte y el sufrimiento. Su psicología estaba en cierto modo modelada por sus firmes creencias cristianas, en las que encontraba fuerza y consuelo para superar las diferentes pruebas que se le presentaron en su vida. Curiosa, inteligente, imaginativa, con más intuición que pulcritud en sus escritos, nos intenta emocionar con sus páginas como ella sufría bajo los efectos de la indignación o del dolor. La palabra «compasión» resumiría bien el sentido último del libro, que pretende despertar la piedad y el amor al prójimo, sea cual sea su color.

Harriet Elizabeth, hija de Lyman Beecher y de su primera esposa Roxana Foote, nació en Litchfield, Connecticut, el 14 de junio de 1811.

Era la penúltima de los ocho hijos que sobrevivieron a su madre, que murió en 1816, cuando su hija tenía cuatro años. Toda la familia veneraba el recuerdo de la difunta, e incluso su hermano Henry Ward, un año menor que la autora, defendía que su madre era la persona que más había influido en su vida. Sin embargo, los recuerdos de su hija se limitan a una regañina por comerse unos bulbos de unos tulipanes, creyendo que eran cebollas, y a otras escenas domésticas más prosaicas. En cualquier caso, aquella mujer tímida y piadosa, que deseaba que todos sus hijos fueran pastores, determinó con su ausencia la infancia de la niña.

El recuerdo de la madre

El padre

Lyman Beecher era calvinista protestante, de la Iglesia congregacionista precisamente, y se trataba de un activo y brillante predicador del «período jacksoniano», cuyo exceso de energía le llevaba incluso a cambiar de lugar montones de arena de uno a otro extremo de su sótano. Gran amante de la música, tocaba el violín e instaló con gran reverencia un piano en su casa.

Su primera composición

En 1824, la niña escribe su primera composición, sobre la pregunta: «¿Puede probarse la inmortalidad del alma a la luz de la Naturaleza?», a la que respondió de modo negativo, recibiendo las felicitaciones de su padre sin saber que ella había sido la autora, momento que señala como el que mayor orgullo le produjo nunca.

La vida en la casa de los Beecher estaba regida por la religión: la educación de los niños consistía al menos en dos tercios en su buen conocimiento y reflexión. Cinco de sus seis hermanos, respetando los deseos de su madre, fueron pastores. La madrastra de Harriet era una mujer distante y elegantísima, como nos indica una amiga íntima, y los principales afectos de la niña eran sus hermanos, con los que jugaba y paseaba como un chico más, y su criada negra, Candance, que mantenía viva con devoción la memoria de su madre. También tenía buenas relaciones con sus tíos y con Dinah, una sirvienta de color que le serviría más tarde para inspirar personajes de su novela.

Su hermana Catherine

La muerte del prometido de su hermana Catherine, que era su heredera, hará que tras un período de postración y duelo la

joven mujer se decida a fundar una escuela para chicas en Hartford, el Hartford Female Seminary, donde Harriet será primero educada bajo la dura férula de su hermana y luego destinada a la enseñanza de las nuevas alumnas. Aparte de la disciplina implacable, Catherine desconoce casi todo lo demás de la enseñanza y reprime con dureza las veleidades literarias de su hermana, que a los doce años escribió una tragedia inconclusa en verso libre, *Cleón* (1825). Y sin embargo, no era totalmente insensible al arte de su hermana, doce años menor que ella, pues más tarde se apropió de algunos escritos presentándolos como suyos y publicó con ella tratados de economía doméstica y del arte de educar a los niños.

Traslado familiar

En 1832, Lyman Beecher obtiene un puesto importante en Cincinnati, Ohio, ciudad que estaba adquiriendo una enorme importancia como avanzadilla de la Unión hacia el Oeste. Será el director del Lane Theological Seminary. Su hija mayor sigue sus pasos, estableciendo allí su Western Female Institute o Escuela Femenina del Oeste. Su tío materno, Samuel Foote, afable librepensador, se reunió con ellos. Por sus cartas sabemos que a Harriet le gustó el nuevo ambiente y que había superado sus dudas religiosas y los problemas de salud y de nervios que habían ensombrecido su penosa adolescencia. En esta época, además de su trabajo como profesora en la escuela de su hermana, se dedica a escribir en sus ratos libres. Siempre defenderá que ha escrito para ganar dinero, pero es indiscutible que para Harriet, «Hattie», como la llamaban en familia, es una revancha contra los sinsabores de su vida. Sus escenas de costumbres son publicadas en el periódico *Western Monthly Magazine* y recibe incluso un premio literario de cincuenta dólares por su cuento *A New England Sketch*, que se publicó en 1834.

Matrimonio

El 6 de enero de 1836 se casa con el viudo Calvin Stowe (1802-1886), a quien conocía bien y con quien compartía el culto a su anterior esposa, Eliza, que había sido su amiga. Los recuerdos no les impiden tener una numerosa prole, y seis de los siete hijos del matrimonio nacerán en Cincinnati.

Publica su primer libro

En 1843 publica su primer libro de cuentos, The Mayflower, que hace referencia al mítico barco cargado de

puritanos que fundaron las colonias de Nueva Inglaterra. Será reeditado más tarde (1855) con el mismo título y algunos cuentos más.

Muere uno de sus hijos

Durante la epidemia de cólera de la ciudad, en 1849, muere de esta enfermedad uno de sus hijos, lo cual le produce una horrible crisis moral y una situación nerviosa alarmante.

Radicalización ante la esclavitud

En 1850 su marido recibe un empleo de profesor en el Bowdoin College, en Brunswick, Estado de Maine, y ella le sigue, aprovechando el viaje para visitar a su hermano Henry Ward. La familia atraviesa un mal momento económico y la prosperidad de su hermano le produce una fuerte impresión. Otra visita a su hermano Edward, pastor en Boston y relator de los sucesos de Alton (1838), la hará radicalizarse en sus posiciones contra la esclavitud. Por invitación de su cuñada empezará a pensar en escribir algo sobre la esclavitud, respondiéndole así: «Mientras que el niño (se trata de su hijo menor, de un año de edad, que será uno de sus biógrafos oficiales) duerma conmigo por las noches, no puedo hacer demasiado, pero terminaré haciéndolo. Escribiré si me queda vida para ello» (Fields, *Life and Letters*).

Comienza a trabajar en la obra

La autora era en aquel momento una atareada ama de casa de cuarenta años, que acababa de tener un niño, de salud frágil y sistema nervioso delicado. Sin embargo, se puso a trabajar en la obra a partir de febrero de 1851, tras haber experimentado una visión al comulgar: un negro colmado de santidad que perdonaba a sus implacables torturadores mientras moría. Eso sería el momento culminante de la historia, la victoria. Envió el primer capítulo a Gamaliel Bailey, director del periódico abolicionista *The National Era*, que ya había recibido otras contribuciones suyas.

Se publica la obra

Los episodios parecían alargarse mucho más de lo previsto, y se produjo un momento de inquietud en su editor, pero las manifestaciones de entusiasmo y el interés que el relato suscitó en los lectores llevaron a John P. Jewett, de Boston, a publicar la obra entera en dos tomos el 20 de marzo de 1852. Los libros eran comprados a una rapidez prodigiosa, y en octubre ya se habían superado los ciento cincuenta mil ejemplares vendidos en América.

La autora había escrito el mayor éxito editorial del siglo XIX y habría podido amasar con él una inmensa fortuna, de haber establecido un contrato más preciso con su editor.

El mayor éxito editorial del siglo XIX

Su creación dio lugar a canciones, obras de teatro y otras manifestaciones artísticas, fue objeto de adaptaciones y ediciones más o menos autorizadas en lengua inglesa y fue traducida a numerosos idiomas por plumas prestigiosas y a menudo igualmente abolicionistas.

En 1852 la familia se muda a Andover, Massachusetts, donde Calvin Stowe se integra en el claustro de su Seminario Teológico.

En 1853, para justificarse ante sus detractores y para continuar la polémica, escribe la clave, o *La llave de la cabaña del Tío Tom*, en la que cita sus fuentes y precisa sus ideas.

Viaje a Europa

Aunque pensó que su obra sería demasiado suave para el gusto de los abolicionistas por su concepción y contenido fundamentalmente religiosos, aquellos son quienes la apoyan con el mayor entusiasmo. Es invitada a viajar a Europa, donde es recibida con grandes honores, que nos relata en un libro de recuerdos (*Sunny Memories of Foreign Lands*, 1854). Establece una correspondencia con la novelista inglesa George Eliot y es traducida al francés por George Sand. A diferencia de sus colegas europeas, nunca empleó un pseudónimo (salvo el de May para su concurso de cuentos) y siempre escribió con su propio nombre, sin caer en las rúbricas hiperfeminizadas de ciertas escritoras americanas.

Amistades europeas

Conservará durante largo tiempo sus amistades europeas, particularmente la de Lady Byron, George Eliot, los Ruskin, la Duquesa de Sutherland y Lord Shaftesbury, a quienes visitará en dos ocasiones más (1856 y 1859).

Sin embargo, y a pesar de los honores de la rancia aristocracia inglesa, nunca se considerará «un autor», sino una mujer que pone sus dotes literarias al servicio de una idea, de modo pragmático, e incluso llega a esconderse tras su fuente de inspiración y declara que no fue ella quien lo hizo, sino que el libro se escribió solo, como dictado por Dios.

Sus biógrafos nos cuentan que escribía su obra de manera compulsiva, en medio de la agitación doméstica, y que en una ocasión en la que no le quedaba papel, utilizó para ello un papel de estraza que había servido para envolver alimentos. También nos dicen que contaba a sus hijos los distintos episodios de la historia, para inspirarse antes de darles su forma definitiva.

Una escritora compulsiva

Insensible a las críticas formales que recibe, y a la vez poco inclinada a volverse orgullosa, Harriet Beecher Stowe publica en 1856 otra novela de esclavos, *Dred*, en la que el héroe toma el partido de la rebelión y es asesinado. Cada vez que su editor le reprochaba su falta de cuidado estilístico, se limitaba a señalarle las cifras de ventas.

Un año más tarde, muere ahogado su hijo mayor, Henry, y sufre una nueva serie de trastornos. La pérdida de los seres amados la llevará a interesarse por el espiritismo y a establecer una importante correspondencia con Elizabeth Barrett Browning, especialista en la materia.

Muere su hijo mayor

Siguiendo el ejemplo de sus hijas, se convertirá a la Iglesia episcopaliana, más similar a la anglicana que el puritanismo calvinista de su padre. Su nueva religión confía más en las obras para procurar la salvación de las almas y su visión del pecado no es tan opresiva como le había resultado hasta la fecha en la religión paterna.

Se convierte a la Iglesia episcopaliana

Publica en el *Atlantic Monthly* los episodios de su primera novela, de tema situado en Nueva Inglaterra, muy en relación con la muerte de su hijo y los problemas de fe que se le plantean, titulada *The Minister's Wooing*, o *El galanteo del pastor* (1859).

En 1862, tras su aparición por entregas en el *Independent*, publica *The Pearl of Orr's Island*.

Su padre muere en 1863, y su marido se jubila en 1864.

Tras la muerte de su amiga y confidente Lady Byron, publica en 1869 en el *Atlantic Monthly* un artículo sensacionalista sobre las supuestas relaciones incestuosas del poeta con su medio hermana Augusta Leight y sobre el fruto de estos amores. *Lady Byron Vindicated*, en forma de libro, contribuirá

Publica un artículo sensacionalista y polémico

a la leyenda de maldito del héroe y escritor romántico, que tanto había entusiasmado a la autora durante su adolescencia y de quien cita versos, seguramente de memoria, en *La cabaña del Tío Tom*. La publicación de este escrito le ocasiona la descalificación ante numerosos críticos y antiguos partidarios, que la acusan de buscar la notoriedad con cualquier excusa.

Publica, sin hacer uso de las revistas por vez primera, su novela *Oldtown Folks* en 1870, a la que seguirán irnos apuntes de alabanza a Florida, donde vivió los inviernos de 1868 a 1884: *Palmetto Leaves* (1873). En estas obras, de estilo más cuidado, parece haber escuchado los consejos y ejemplos de su marido.

Su última novela, *Poganuc People*, tras su publicación como serie en la revista *The Christian Union*, aparece como libro en 1878.

Muerte de su marido

El 6 de agosto de 1886 muere su esposo, Calvin Stowe, cuyos recuerdos habían inspirado una buena parte de su obra situada en Nueva Inglaterra. La pérdida de este compañero del éxito y de las dificultades de su esposa, tras medio siglo de vida común, supuso un cambio importante en su actitud mental, desligada del mundo y de sus preocupaciones.

Su muerte

El 1 de julio de 1896 muere la autora, tras unos diez años de distracción casi permanente, en la que parece disfrutar de un estado de paz.

Sus biógrafos

Sus biógrafos autorizados son su hijo menor, Charles Edward Stowe, y su vieja amiga Annie Fields, que publican sus trabajos respectivamente en 1889 y en 1898.

Individualista, era incapaz de comprometerse con un grupo o una ideología que no fuera otra que su fuero interno. Harriet Beecher Stowe nos refleja el mundo en que vivió. Si el resto de su obra no alcanzó la fama y la gloria de *La cabaña del Tío Tom*, no fue por ello menos característica de su formación, sentimientos y preocupaciones religiosas.

Su glorificación de la maternidad y de los papeles tradicionalmente femeninos va acompañada de una profunda conciencia de la injusticia que supone la desigualdad de derechos entre hombres y mujeres, por lo que es difícil situarla en un movimiento de liberación determinado.

Idealista y apasionada

Idealista y apasionada, se contentó con plantearse las cuestio fundamentales de su tiempo y con llamar la atención de las conciencias dormidas sobre el dolor y el sufrimiento de los negros y de los oprimidos. De allí el subtítulo original de su obra más conocida: *La vida con los de abajo*, los humildes que nada pueden esperar sino la compasión antes de que cambie su destino.

El libro

Medio millón de ejemplares vendidos

El libro *La cabaña del Tío Tom* terminó de escribirse el 20 de marzo de 1852. Había ido apareciendo por entregas en el periódico de Washington *The National Era* a partir de 1851. El éxito editorial que supuso la venta de más de medio millón de ejemplares y su incalculable y deseada influencia en la historia social de los Estados Unidos hacen de esta novela una obra fundamental para explicar el proceso de los cambios que culminaron con la abolición de la esclavitud.

Saludo de Abraham Lincoln

En enero de 1863, cuando el presidente Abraham Lincoln hizo pública la Proclamación de la Emancipación de todos los esclavos norteamericanos en los Estados de la Unión, no se olvidó de saludar a la autora, refiriéndose a ella como «la pequeña dama que hizo esta Gran Guerra».

Sin poder responsabilizar a la pacífica ama de casa rodeada de hijos que escribió la novela de que se produjera la Guerra de Secesión entre los Estados esclavistas del Sur y los Estados abolicionistas del Norte, la intención declarada del libro era contribuir a la polémica sobre la justificación moral de la esclavitud, empleando no solo la argumentación, sino también las emociones y los sentimientos naturales de repugnancia ante los sufrimientos y la privación de libertad de los seres humanos de color.

Estilo patriótico, moralista y religioso

En efecto, el estilo del libro es fundamentalmente patriótico, moralista y religioso, sin que por ello la autora abandone un relato lleno de aventuras y acción en el que el lector vive de modo apasionante las peripecias de los diferentes personajes,

que nos presenta con una energía y una habilidad innegables. Precisamente, podemos pensar que el éxito enorme que alcanzó la obra maestra de Harriet Beecher Stowe se debe a la fuerza y a la intensidad de sus convicciones abolicionistas, planteadas desde un punto de vista cristiano. En su prosa se encuentran sus ideas expuestas de una manera amena y novelesca, mostrándonos un excelente conocimiento del tema del que trata y un talento notable para la narración de aventuras emocionantes.

Emplea una paleta muy variada que va desde la cuidada y detallada descripción de la vida hogareña en cada una de las viviendas en las que se encuentran los distintos personajes en sus movimientos incesantes hasta los registros de pura acción, que podrían poner en relación a nuestra autora con los más dinámicos escritores de novelas del Oeste.

El habla de los negros

Otro de los aspectos importantes, que además constituye una innovación en la literatura, consiste en reproducir el habla de los negros, con su acento peculiar, así como las expresiones características de los habitantes de cada Estado, en un esfuerzo muy útil para conocer la vida cotidiana y el vocabulario empleado efectivamente por los americanos de la época.

La importancia de la religión

La inclusión en la obra de himnos, plegarias y cánticos nos da una idea de la importancia que tenía la religión en el contacto entre la cultura blanca americana y la negra de herencia africana. Podemos decir que la religión no fue solo otro instrumento más de aculturación y de dominación que los blancos utilizaron contra los negros, sino que constituyó para muchos esclavos la posibilidad de recobrar una dignidad humana que les era negada en otras esferas y la posibilidad de verse y frecuentarse entre ellos en reuniones permitidas o al menos toleradas.

Crítica a algunas Iglesias americanas

Las diferentes Iglesias de los Estados Unidos tenían puntos de vista a menudo divergentes sobre la esclavitud y esta controversia sobre el tema sirve a la autora para arremeter con energía contra aquellos que utilizaban la Biblia y la religión para perpetuar el sistema de opresión que sufrían los así llamados malditos por proceder de la estirpe de Canaán, descendiente de Noé.

Por otra parte, la lucha contra la esclavitud toma como principal argumento la odiosa separación de miembros de una misma familia, lo cual constituía el peor de los castigos para un negro esclavo, que perdía así a sus seres queridos y la única posibilidad de conservar una dignidad humana y una vida afectiva estable.

Distintos aspectos de esclavitud

La esclavitud presentaba aspectos distintos en los Estados de explotaciones agrícolas en las que había trabajo todo el año y en las que los esclavos tenían una relativa independencia. Esta era la situación de Tom al comenzar la obra, en una hacienda de Kentucky en la que su estatuto de privilegio se ve de repente completamente alterado, peripecia concebida con la intención de hacernos comprender la fragilidad de una situación que parecía inquebrantable en cuanto a la confianza y el afecto entre amos y esclavos.

En las grandes plantaciones del Sur la situación era muy diferente, pues los negros trabajaban a destajo en condiciones infrahumanas y eran castigados severamente por cualquier pequeña falta. Ser vendido «río abajo» siguiendo el curso del Misisipí era el peor de los destinos que podía esperar a un esclavo, mientras que la huida hacia el Norte, y más precisamente hacia Canadá, donde tiempo atrás las teorías abolicionistas se habían impuesto y no existía la esclavitud, significaba un paso adelante hace la libertad.

La lealtad de Tom

Eso constituye una parte importante de la intriga: la lealtad de Tom hacia su amo le impide huir, mientras que Eliza, otra esclava que hasta ese momento disfrutaba de relaciones privilegiadas con sus amos, decide marcharse para evitar que su pequeño Harry sea vendido en los mercados del Sur. A lo largo de toda la novela, la autora va relatándonos este doble viaje en direcciones opuestas. Así, mientras Tom es testigo de los horrores del tráfico de esclavos y tras diversas peripecias es víctima directa del envilecimiento y la degradación que produce el agotamiento físico y moral en las plantaciones de algodón, Eliza luchará hasta el fin por la reunión de su familia y será ayudada en sus esfuerzos por blancos generosos que desafían las leyes de su país respecto a los esclavos fugitivos.

Los personajes

La novela no es exclusivamente un relato de la vida de los esclavos. Encontramos en ella numerosos retratos de

familias blancas, trazados con particular cuidado para celebrar las virtudes de las buenas madres que saben mantener vivo un orden moral en el corazón de sus hijos, incluso después de muertas. La importancia de las figuras maternas como fuente de conciencia o de remordimiento parece ser una constante a lo largo de la obra. Otros personajes que acompañan a Tom en sus peripecias son igualmente interesantes. Encontraremos en este libro héroes románticos como Augustine St. Clare o George Harris, y figuras caricaturescas que van adquiriendo tintes de nobleza, como la de la señorita Ophelia, con sus métodos traídos desde el Norte para dirigir una casa sureña, o como Topsy, la negrita endiablada que parece ser capaz de burlar cualquier intento de educación. Además de los personajes de una bondad y una generosidad sin límites, encontramos a sórdidos traficantes que participan en el despreciable tráfico de esclavos, a cazadores de recompensas de moralidad más que dudosa y a amos brutales, estúpidos y obcecados como Harris o Legree.

Evangeline

Entre todos los personajes brilla con una luz propia y particular la angelical criatura que hace llevadera su servidumbre a Tom, Evangeline, que con su amor por los esclavos y su inocencia infantil representa una bondad comparable a la del bienaventurado Tom, victorioso de todas las pruebas morales a las que es sometido en su difícil y continuo itinerario de hombre virtuoso y no violento.

El fervor religioso, la experiencia mística o la revelación de la divinidad cobran un relieve particular en estos personajes, que quedan unidos en Jesucristo aunque todo lo demás los separe: edad, raza, sexo y condición social.

La importancia de la religión para unos y otros acaba siendo un factor de igualdad, así como la muerte, que irá llevándose uno tras otro a los protectores de Tom.

Los episodios lacrimosos, tristísimos y desgarradores de esta novela se ven compensados de alguna manera por otros mucho más alegres y pintorescos en los que se pone de manifiesto el extraordinario poder de imaginación de la autora, así como por numerosas uniones y reencuentros familiares que producen inesperados finales felices entre los personajes.

Valores fundamentales de los norteamericanos

En resumen, podemos comprender el éxito que tuvo la n ella se encuentran de manera explícita los valores fundamentales de muchos norteamericanos de la época y, más aún, de los lectores potenciales que tenían una visión de la familia y de la maternidad en armonía con la de Harriet Beecher Stowe.

La idea de nación

Por otra parte, la idea de nación aparece reflejada en muchas ocasiones, a veces en los discursos o sermones, y en otras a través de símbolos, como bien puede ser el vapor La Belle Rivière que baja por el Misisipí con su carga de negros en un barco de pasajeros blancos. La autora consideraba la esclavitud y el tráfico de esclavos como una vergüenza nacional e, incluso, como un gran pecado.

El amor por la patria se traduce en muchas ocasiones por la sensibilidad exacerbada hacia el paisaje y la naturaleza. Hay que señalar también las descripciones de amaneceres y atardeceres, de cielos estrellados y, sobre todo, del lucero de la mañana, que la autora identifica con Jesucristo. La contemplación de la naturaleza como obra de Dios llega a grados de adoración y la autora la considera más clemente con los hombres que la sociedad.

Uno de los personajes femeninos, Emmeline, que quiere evitar a toda costa su envilecimiento, preferiría vivir en los pantanos entre serpientes a hacerlo con Legree; y Eliza, en su huida, encuentra más ayuda que obstáculos ante un río con trozos de hielo flotando en sus aguas. Los ojos de Tom, en su viaje sin retorno, ven la amplitud geográfica de la nación y, también, los diferentes tipos humanos.

Cassy

Cassy es uno de los personajes principales de la última parte y consigue imponerse a Legree con sus estratagemas y su dominio psicológico. Será ella quien cambie su apodo a Tom, que deja de llamarse «Tío» para convertirse en «Padre». Es decir, con el cambio de nombre queda investido de la función sacerdotal que llevaba a cabo desde su llegada a la plantación, por el ejemplo y el consuelo que prodigaba a todos los esclavos negros de la hacienda. Gracias a Tom, ella recobrará la fe y la esperanza, e incluso lo que consideraba ya perdido para siempre en este mundo.

En la novela, contrariamente a la literatura escrita por o para mujeres en la época, el galanteo o la seducción son prácticamente insignificantes, pues los personajes femeninos y masculinos ya están casados, son solteras empedernidas como Ophelia, o demasiado jóvenes para pensar en ello. Es un tema que parece interesarle muy poco a la autora, que siente una gran aversión por los que consideran a las bellas mulatas como un mero objeto sexual. La atracción que siente Legree por Emmeline nunca llegará a consumarse y la pureza y religiosidad de la chica parecen venirle en su ayuda a cada ocasión en la que podría caer en el pecado.

Ausencia de galanteo o seducción

Sin ser abiertamente feminista, la autora piensa íntimamente que las mujeres y, aún más, las madres, son moralmente superiores a los hombres, o al menos sus iguales, y así nos lo muestra en muchos episodios. La excepción a la regla sería la pareja formada por Marie y Augustine, los padres de Eva, pero como si hubiera sido presa de un error incontenible, la autora ha puesto un nombre femenino a su personaje masculino, cuya grafía francesa sería normalmente «Augustin».

En efecto, podemos ver cómo, de manera más o menos perceptible, la autora muestra desconfianza, desprecio e incluso odio hacia bastantes de los personajes masculinos, especialmente cuando son esclavistas o justifican esta institución. Y sin embargo, describe con gran simpatía a los aventureros y arrojados hombres que defienden hasta con las armas en la mano su libertad o la de los demás.

A pesar de algunas deficiencias de estilo debidas a la falta de cuidado y de relectura, como son las repeticiones o los diálogos no siempre bien logrados, la autora consiguió escribir un libro que bien merecía el éxito que tuvo.

Aunque no seamos tan sensibles a los problemas religiosos que se plantea la novelista, podemos apreciar todavía su libro con el placer que producen los clásicos de la literatura. La prueba es que rara vez ha sido editado y reeditado un libro tantas veces. Y es que los lectores en su conjunto constituyen también una crítica autorizada.

El libro en España

El abolicionismo en España

Cuando la obra de Harriet Beecher Stowe se escribió, la cuestión del abolicionismo estaba en España de candente actualidad. La esclavitud permanecía en Cuba con una redoblada intensidad desde que la industria textil de la península (Barcelona y Levante principalmente) se desarrollaba y necesitaba materia prima. Por otra parte, la notoria fragilidad de la situación española en la colonia hacía que los indianos explotaran con la mayor rapidez posible sus haciendas, con el fin de amasar fortunas lo antes posible.

Platos como la «olla podrida» —un guiso de sobras, que ha alcanzado una gran popularidad— o animales como los sabuesos cubanos, destinados a perseguir fugitivos, nos hablan de estos tiempos coloniales y de la vida criolla, en la que la situación de los negros era muy similar a la de los negros norteamericanos.

Las traducciones

En la península se levantaron numerosas voces contra esta situación. Una de ellas fue la del editor Wenceslao Ayguals de Izco, que había escrito una obra de teatro, *Los negros*, con intenciones abolicionistas. Es el autor de una de las primeras versiones, traducida del francés, que tituló *La choza de Tom* y en la que incluía al principio de cada capítulo versos de su drama, así como una traducción rimada de himnos y citas poéticas. Otras traducciones del inglés se publicaron en México y en Barcelona en 1853, con títulos como *La cabaña del Tío Tomás*, *La choza del negro Tomás o la vida de los negros de los Estados Unidos*, hasta que el título consagrado, *La cabaña del Tío Tom*, desbancó los demás intentos de traducción y dio lugar a numerosísimas versiones y ediciones infantiles y juveniles. La obra ha sido editada y reeditada en muchas ocasiones, pero rara vez en su versión íntegra y con notas, como la que aquí se presenta. Y es que a pesar de su fama internacional, la autora ha sido manipulada y mal comprendida y continúa siendo una desconocida para muchos lectores, incluso después de conocer la trama en una de estas versiones resumidas.

Esperemos que la lectura de la presente traducción sirva para recuperar algunos de los valores de la autora que aún perduran y ayude a situarla en su contexto histórico.

ISABEL VÁZQUEZ DE CASTRO

Las ilustraciones de Cruikshank

Datos biográficos

George Cruikshank (1792-1878) nació en Londres de padres escoceses. Isaac Cruikshank, su padre, se ganaba la vida como dibujante y grabador, actividades a las que, en mayor o menor medida, se dedicaron sus tres hijos, Robert, George y Eliza Margaret.

La formación artística de George fue autodidacta. Ya de niño ayudaba a su padre en sus grabados y pronto comenzó a publicar trabajos. Pero su actividad profesional se inició al morir su padre en 1811. Entonces su hermano mayor y él tuvieron que hacerse carpo de la familia. Durante los primeros diez años realizo caricaturas e ilustraciones para revistas, folletos y libros.

En algún momento de este período inicial de su carrera se casó por primera vez; su mujer murió en la segunda mitad de la década de 1840. Se sabe que contrajo un segundo matrimonio y que tuvo alguna relación con una mujer, madre de diez hijos, a quien dejó una parte considerable de sus bienes en su testamento.

Se decía de él que tenía una excesiva afición a la bebida —aunque no se sabe hasta qué punto esto es cierto—, pero con los años se hizo un ferviente defensor de la abstinencia de bebidas alcohólicas, así como de la necesidad de reformar la sociedad.

Poco más se sabe de la vida de Cruikshank, hombre de una fuerte, compleja y controvertida personalidad, que ya desde sus comienzos se vio rodeado por la fama y que con los años se convirtió en una leyenda viva.

Valoración crítica

Publicó más de 6000 obras y gozó siempre de un gran prestigio. Esto propició la aparición de numerosos imitadores,

que incluso utilizaban el apellido Cruikshank para firmar sus trabajos. Su fama fue especialmente grande entre los coleccionistas, llegando a ser uno de los artistas gráficos más codiciados desde los últimos años de su vida hasta bien entrado el presente siglo.

Sin embargo, esta popularidad no ha sido demasiado beneficiosa para la justa valoración de su calidad como artista. Esto se ha debido a que tanto los coleccionistas como los escasos estudiosos de su obra han hecho hincapié en su labor como ilustrador de libros desatendiendo otras dimensiones de su actividad. Incluso para muchas personas George Cruikshank ha quedado como el ilustrador de *Oliver Twist* —publicado en el número 95 de esta Colección— y nada más, a pesar de no ser este su mejor logro.

Grabado para la edición de *Pulgarcito* publicada en Londres en 1853.

También se ha visto perjudicado por otros dos hechos: por un lado, a causa del escaso aprecio que los historiadores del arte han otorgado durante mucho tiempo a las formas populares del arte gráfico, incluidas las

ilustraciones de libros; por otro, debido al menosprecio de las formas artísticas cómicas, como la caricatura, que en ocasiones ha llevado a Cruikshank a ser juzgado simplemente como un artista «divertido».

Quehacer artístico

Una más ajustada apreciación de su obra nos obliga, en primer lugar, a la necesidad de estudiar los diversos medios y empresarios para los que trabajó el artista. Las necesidades y tendencias de cada uno de los soportes —revista, libro, folleto…— y de las distintas editoriales imprimían en sus obras variaciones de estilo y de calidad. Igualmente, la mayor o menor remuneración recibida por un trabajo podía influir en el cuidado puesto por el artista al realizarlo.

Entre los muchos libros que ilustró se deben señalar el *Quijote*, *Robinson Crusoe*, *La maravillosa historia de Peter Schlemihl* de Adelbert von Chamisso —publicado en el número 57 de esta Colección— y algunas obras de Scott, como *El enano negro*, incluido también en el número 83 de «Tus Libros».

Cruikshank empleó distintas técnicas, entre las que puede citarse el grabado en vidrio. La parte más importante de su obra la constituyen los aguafuertes, de los que él mismo era dibujante y grabador. Sin embargo, también tiene relevantes ilustraciones para grabados en madera —que nunca hacía él personalmente—. Por el contrario, sus intentos en el campo de la litografía fueron los que menos éxito alcanzaron, ya que no supo aprovechar al máximo las posibilidades que ofrecía la piedra.

La producción de este artista se incluye, en gran medida, en la caricatura, género que en su época había alcanzado ya una gran complejidad y que tenía toda una tradición de motivos y temas. Al nuevo autor que se incorporaba al género se le pedía, más que la invención de nuevos caminos, la reinterpretación de los antiguos. A la luz de esta idea deberían estudiarse y entenderse muchas de las caricaturas de Cruikshank, el cual, por otro lado, siempre hacía bocetos previos para sus obras, lo que confirma su clara conciencia artística.

Su estilo, que siempre prestó un gran interés a los detalles, evolucionó con el tiempo hacia construcciones cada vez más complejas, en las que disponía, en un pequeño espacio, un gran número de elementos.

Grabado para la edición de *El gato con botas* aparecida en Londres en 1864.

También son de señalar en sus obras otros aspectos, como su inclusión en la tradición narrativa del arte visual y su tendencia a la sátira y la moralización. Asimismo es interesante su uso del lenguaje, siguiendo la tradición del empleo de elementos lingüísticos en el arte de humor, así como su preferencia por lo grotesco y por la atribución de vida a objetos inertes o por la humanización de animales y plantas.

La primera edición de *La cabaña del Tío Tom* con ilustraciones de George Cruikshank apareció en entregas semanales en 1852. Poco después se publicó ya en forma de libro y posteriormente se reeditó numerosas veces tanto en Inglaterra como en América.

«La cabaña del Tío Tom»

Los veintisiete grabados realizados para ilustrar esta novela no se cuentan entre las obras mayores del artista. En concreto, se le achaca su escasa habilidad en la pintura de los negros, que, como en otros artistas ingleses de la época, parecen blancos con las caras pintadas o personajes cómicos estereotipados.

Por otro lado, el hecho de que Cruikshank ilustrara esta novela refleja su creciente interés por toda una serie de problemas sociales y de movimientos reformadores del momento. En lo que respecta a Harriet Beecher Stowe, consideraba que la escritora había mostrado por primera vez a los ingleses los auténticos males de la esclavitud.